

HISTORIA POLITICA
DE LA
ESPAÑA MODERNA.



R. 5.206

HISTORIA

POLITICA

DE

V-337

LA ESPAÑA

MODERNA,

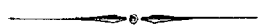
POR

el Señor de Mexliani,

PUESTA EN CASTELLANO

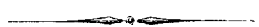
POR EL

Traductor de la Historia de España de Romey.



SEGUNDA EDICION,

aumentada con un apéndice que explica las ocurencias de 1841.



BARCELONA.

IMPRENTA DE D. ANTONIO BERNES Y COMPAÑIA. CALLE DE ESCUDELLERS, N.º 2.

1841.

740032
Aves

U. S. 2. 506



PROLOGO.

FORCEJA mas y mas, hace seis años, la España con vicisitudes sin ejemplar en la historia. Perspectiva muy nueva es la de un pueblo que echa allá al través lo pasado, conservando tradiciones aciagas, dejando todavía en pié sus achaques administrativos, y desalándose tras un porvenir que nunca logra alcanzar, y por medio de una guerra civil que se va siguiendo sin ímpetu, sin entusiasmo, y si cabe, sin ánimo de terminarla. Y cuando, sobreviniendo circunstancias extraordinarias, la mejor soldadesca de Don Carlos arrima las armas, la pacificacion de las provincias Vascongadas y de la Navarra queda infructuosa y sin mejorar la suerte de España. La unanimidad de las Cortes recién nombradas acarrea suma desavenencia entre las potestades del estado, sin que halle el ministerio otra contestacion á los cargos de los diputados sino una disolucion violenta, arrojando de nuevo el pais á los azares de conmociones nuevas.

La causa constitucional de España, agasajada con afan en su principio por todos los amantes de la libertad, ha ido dejando de interesarles. Problema inesplicable, en cuya solucion anda cada cual mas ó menos ansioso. Ya no hay mas que una conmiseracion tibia por quebrantos cuya trascendencia no enjendra sublimidades, ni siquiera aquella desesperacion que suele ser el postrer ímpetu de los padecimientos.

¿Por ventura feneció todo en España, hasta la precision de la existencia? ¿Cómo es que las voces *libertad* y *constitucion* no son mas que sonidos huecos, sin causar el menor eco, cuando la España está ya contando tan crecido número de mártires de la libertad? ¿De dónde dimana esa carencia fatal de todo empuje? pues media desvalimiento militar, cortedad parlamentaria, debilidad gubernativa y postracion popular.

Si ya no se niega el eslabonamiento de las causas con sus efectos, nos haremos cargo de que el estado de la España procede allá de hechos efectivos, que si no han salido todavía á luz, no por eso dejan de ser existentes. No cabe

que todo un pueblo se complazca en un sistema destructor y sempiterno; es el suicidio un yerro mental del individuo aislado que allá se arroja á su atentado con un raptó instantaneo; y así no cabe tampoco que doce ó mas millones adolezcan de aquel deváneo criminal, y el aborrecimiento de la vida no para jamás en agonía pausada y voluntaria.

Reina sin embargo tal desaliento y cansancio en España, que al parecer la muchedumbre yace yerta, como los miembros entorpecidos por un frío intenso. Se le hiela la sangre, está viendo venir la muerte; con un movimiento escaso se reharía; pero no tiene brio para levantarse; así sucede en España, pues le bastaría un ímpetu de voluntad para atajar sus bascas actuales, y no acierta con aquel impulso. El pueblo mas ufano con su nacionalidad parece que está ya careciendo de aquel brio, y es tal su postracion, que ha conceptuado la intervencion extranjera el único específico para sus quebrantos. ¡Qué cambio tan amargo en poquísimos años! Aquel pueblo, que se irguió como un solo hombre contra Napoleon, admite, sin resistencia apenas, resignado, si no gozoso, al duque de Angulema á los diez años, y habiendo mediado otros tantos, de todos los ámbitos de España está pidiendo, á fuer de gran fineza, la intervencion de la Francia. Así pues, en treinta años hace la España una resistencia desesperada, aguanta una invasion sin disparar un tiro, y por fin acude al extranjero: tres aspectos que están retratando lo varonil, la decadencia y la postracion de la nacion entera. Hechos sucesivos son los que han de ir descifrando la prontitud de tamaña mudanza. Tanto vaiven político y violento como estamos presenciando se ha de eslabonar con causas mas remotas de lo que jeneralmente se conceptúa. No sé si atinaré felizmente con las causas del desamparo de la España, mas creo que nadie se ha hecho cargo de esta cuestion bajo su verdadero aspecto.

Mírese cómo, al extremo contrapuesto de Europa, se está desplomando allá otro imperio, por causas idénticas. No pierde el apresador de vista su presa, ansiada de antemano tan arteramente. Ya acamparon los Rusos al umbral del serrallo, y en medio del estampido de edificios antiquísimos, desmoronados por el tiempo y las reformas, acuden la Turquía y la España á la intervencion extranjera; y es que una y otra se asoman á la rejeneracion, exhaustas y moribundas con la ponzoña dilatada del despotismo, con la diferencia de que, cristiana la España, está atesorando, en la creencia progresiva y filosófica del cristianismo, su esperanza de resurreccion, al paso que la Turquía yace con su creencia relijiosa gangrenada de muerte.

Se conceptúa de estraña la guerra civil de España, y parece una desventura inesperada, por cuanto se ignora que es el resultado de quebrantos anteriores, y que en suma se reduce á un recargo del achaque efectivo ú pre-dispuesto. Hubo por cierto guerra civil antes de la rebelion navarra, esto es, guerra entablada por el gobierno contra todo impulso caballeroso, todo progreso de sabiduría y toda sobresalencia de las potencias humanas. Amaneció el día en que el gobierno, desacatándolo todo y atropellando toda moralidad pública, ya no pudo guerrear contra todos; y entónces todos le han declara-

do la guerra. El estado actual de la España viene á ser una trasformacion de la lid encubierta en lucha de mano armada , predispuesta por siglos de un régimen idiota, fanático é inmoral. Horrorizan las persecuciones del gobierno, el cual teniendo que hacer alto en su desenfreno, se desploma desvalido , y lo retan por donde quiera. Desentendiéndose de sus compromisos públicos, voló su crédito; se propasó el clero en su intolerancia , y luego lo tratan desapiadadamente. Alza Fernando VII el pendon del contraresto en 1814: violenta es la reaccion, y la España jira y rejira desde aquel punto por el cerco interminable de las reacciones sangrientas. La proscripcion desde aquel punto tremola sus ínfulas. Al pronto los constitucionales de Cádiz y los afectos al imperio corren parejas bajo sus vengativos enemigos; y luego estos huyen al vuelo del restablecimiento de la constitucion en 1820. Sobreviene en seguida la crecida emigracion de 1823, y en fin la que actualmente está llenando la Francia de Españoles de todo jénero de opiniones.

La cuestion tan batallada en España es política y es moral, pero ante todo es social y de gobierno.

No se cifra el achaque en la forma de las instituciones actuales , ni menos en la de todas las recien-desbancadas. Plaga suma fueron por cierto la inquisicion y la frailería; y por supuesto mayorazgos y derechos dominicales y el agolpamiento de haberes en manos muertas han sido causas de decadencia; pero aquellos quebrantos del tiempo anterior trascendieron á la Europa, y aun siguen reinando en varios países, mas no han sido tan estragadores como en España. La prosperidad y el bienestar se han alzado sobre las nulidades de sus instituciones , y es porque tan desacertada organizacion ha ido viviendo junto á un gobierno tambien desatinado, pero que caminaba por el rumbo vividor que alcanzaba ya la civilizacion de aquellos tiempos. Por el contrario, nunca rijió en España otro gobierno, prescindiendo de su planta , que el de la arbitrariedad y sus ímpetus, pues el régimen público jamás se atuvo á otra pauta que el antojo de los gobernantes. Siguió siempre el achaque metido en los tuétanos, y asoma ahora mismo con el predominio que trae consigo la tradicion de siglos. esta es la clave del enigma sobre las vicisitudes aciagas de aquel país desventurado.

Fenece la España por carencia de un gobierno capaz de hermanar todos los elementos desparramados por la sociedad , y con fuerza adecuada para aca-
nalarlos por el rumbo único de aquel objeto. En suma adolece la España de una anarquía gubernativa , que está hace siglos dominando todas las situaciones , desgastando todos los individuos y anonadando todas las instituciones. Hubo anarquía real , feudal, inquisidora, estatutista y constitucional, pero siempre anarquía. Con este descarrío se ha ido creando el estado actual é indefinible de los negocios, en que todo se imposibilita , escepto el daño, y que atenaceando el cuerpo social en sus entrañas , lo desangra y lo aboca al sepulcro. Si pudiese fenecer una nacion , feneciendo estaria ya la España.... pero no , la España no yace desahuciada. No cupo á uacion tan hidalga el es-



pirar en las fatigas de una agonía dilatada y sangrienta. No se estampó allá en el cielo aquel decreto sacrilego de maldicion desmerecida.

Crecida es la suma de quebrantos que están acosando á la España , pues tres siglos de mil devaneos políticos no cabe pasen de largo sin atropellar á todo un pueblo. Tamaña destruccion no es obra de la reforma , antes al contrario, es aborto del catolicismo enfurecido y estragado, que trascordó los preceptos del Evangelio , al arrimo de un trono tiránico y embrutecido. Quedan uno y otro vencidos y como traídos á su instituto por el progreso de la filosofía y por aquel afan intelectual que está aguijando al orbe entero , encaminándolo al respeto de los derechos y al cumplimiento de los deberes, así por el prepotente, como por el desvalido. Entró ya la España por el rumbo jeneral de la humanidad ; pero va marchando á ciegas , pues se le agolpan lo presente y lo venidero, sin el asiento que requieren los ánimos, absortos con teorías cavilosas é inciertas , ajenas de prevision y de ajuste á la verdadera práctica. Aquel reflejo deslumbrador no podia menos de estraviar los entendimientos y engolfarlos por los desiertos de la ideología. El pueblo español, cuya sensatez está siempre alerta, temeroso de algun descarrío , aguarda atónito que le patenticen una carretera obvia , llana y recta para caminar. El desasosiego mental es positivo : todos están allá ansiando asirse á una jestion acarreadora de resultas palpables; y no aparece en aquel agolpamiento de enconos sempiternos. Fuera pues teorías, vengan pensamientos prácticos, y va á salir á luz el buen orden. Harto y aun demás se ha estado cavilando; ya es hora de obrar y de hacer algo.

Por mas postrada que yazca , puede la España desengolfarse de tantísimo laberinto , recobrar en breve su fuerza, y formarse una prosperidad , que jamás asomó por sus ámbitos , pues tiene en su mano los medios que el cielo le franqueó á manos llenas. Esta conquista sí que equivaldria á la de todas las Américas , pues atesora la España en su regazo preciosidades muy superiores al oro de Méjico , y solo falta ponerlas en cobro. Descargada de sus posesiones flamencas é italianas, que le redundaron siempre en guerras arruinadoras , y colocada allá al extremo de Europa , puede muy bien desentenderse de competencias y rompimientos exteriores; y entónces embargada toda en sí misma , bástale un gobierno pujante , atinado y pundonoroso, para entonar el conjunto, despejar la maleza y desentrañar de la tierra las riquezas que yacen soterradas. Si nada hemos planteado en treinta años que llevamos de batallar por la libertad, han ido por lo menos á tierra muchísimos tropiezos que estaban contrarestando su establecimiento, pues tenemos conquistada la vida política , con la libertad de imprenta y la tribuna pública. (Vamos pues encaminando estos elementos de coordinacion y de prosperidad por el rumbo que establece pensamientos prácticos, bien penetrados de la trasformacion que compete á nuestra nueva organizacion social. Este es el modo de afianzar la dicha, la libertad y el bienestar de todos; y no me queda duda en que lo hemos de conseguir. Estoy creyendo en la salvacion de mi patria, por cuanto tengo fe en el porvenir de las naciones.

Desentrañar allá en su primer impulso las causas de la situación de la España moderna, despejar los manantiales de sus quebrantos, es preparar su remedio. Al desviarme del concepto jeneral é indiscreto sobre el estado de la España, logre quizás derramar alguna luz sobre una cuestión que trae visos de inapeable.

No basta el denuedo para rasguear la historia contemporánea; se requiere también patriotismo. Desde luego contamos con que se conceptuará la censura de pedantería ridícula, y el elogio como un agasajo mezquino, y escasas serán las escepciones de esta regla jeneral. Ajeno es de estadistas el reconocer sus yerros: los acontecimientos son siempre los culpados, y allá se malogran los desengaños para cuantos intervinieron en los negocios. Si tamaña ceguedad fuese predominante, fuera mas acertado arrojar la pluma que hablar á los hombres venideros de desventuras pasadas. No sucede así; por árida que sea la tarea del historiador, no queda infecunda, y á todos nos incumbe, aun cuando no medie interés, el patentizar el escollo en donde puede fracasar la sociedad entera. Si, navegando, asoma un incendio, todo pasajero, desentendiéndose de sus padecimientos, acude desaladamente al salvamento jeneral, desaparecen desavenencias, y un solo pensamiento hermana las voluntades. Las conspiraciones de los absolutistas y los estragos de la anarquía no traen consigo menos peligro para la libertad que el fuego para un bajel; pues uno y otro cundirán, si no se les ataja. ¿A qué es pues tanto despego con la muerte moral, y tan sumo ahinco en salvar materialmente nuestra vida? Consiste en que cualquiera se hace cargo de este último peligro; y aquel, con toda su inmensidad asoladora, va pasando de largo, conceptuándose cada cual en salvo de sus alcances.

Corresponde pues á toda alma jenerosa el desentenderse de las iras infundadas y los enconos arrebatados de cuantos oyen algun desengaño contra sus aciagas ilusiones; pues el médico concienzudo desengaña siempre acerca de una enfermedad grave, por mas dolorosa que sea su sentencia al paciente y á su familia. Mi pundonor como ciudadano es pues el que me infundió el intento y el arrojo de manifestar cuanto he visto y conceptúo. Si atiné, provechosas han de ser mis advertencias; si me equivoco, venga el desengaño, pues siempre me quedará la satisfaccion de haber provocado una discusión sobre el porvenir de mi patria, con la cual puede salir á luz la verdad.

Por desalado que sea mi rendimiento á la causa que profeso, no sigo partido alguno. Inmóvil en mi fe política, doy crédito al convencimiento de mis contrincantes, y respeto el concepto de los demás. Al ir examinando los hechos, no me paro á dudar de la sinceridad en los intentos; y tan solo pido que se me juzgue en la ejecución de esta empresa por el ánimo patriótico que me ha inclinado á entablarla, pues nada tengo que violentar mi amor propio al confesar que no me mueve mas ambición que la de servir pundonorosamente á mi país y á la causa de la libertad y de la civilización.

Si me preguntan ahora porqué, siendo español, he puesto mi libro en francés, respondo que llevo la mira igualmente de rectificar las equivocacio-

nes de los extranjeros , y de retratar á mis conciudadanos al vivo cuantos acontecimientos han presenciado; cuanto mas que en España entienden el francés todos los sujetos á quienes puede encaminarse esta obra; y si por dicha inesperada , viniese á ser algun tanto sonada , me servirá de suma complacencia el dedicarme algun dia á trasladarla en nuestro hermoso y poético idioma.

HISTORIA

POLITICA

DE

LA ESPAÑA

MODERNA,

POR

el Señor de Marliani.

CANSADA la Europa de guerrear, á la caída del Imperio en 1814, no trató mas que de sus intereses positivos. Brota á la sazón una actividad portentosa, y sobresale una civilización rodeada toda de placeres. Tras tanto movimiento de tropas, asoma el impetu de la industria. El afán de conquistas y el estruendo de cuestiones políticas, abarcadoras del universo entero en su transformación social, se truecan en deslindes y acicalamientos de aranceles, de aduanas y de tratados de comercio; todo con miras mezquinas de contaduría, ansiando mas agolpar caudales que mostrarse gallardo y jeneroso, y siendo el punto de los presupuestos mas halagüeño que todos los rasgos de humanidad. Sube mas y mas aquel guarismo, prospera sin término el rico, y nada le cabe al artesano, nada al labrador, nada al menesteroso. Sobrepuja en Francia la gratificación á los teatros, á la policía secreta y ponzoñosa, á cuanto se emplea en la educación del pueblo y en la enseñanza fundamental. En las manufacturas, se acicalan los medios de cercenar la paga al operario, instrumento de la faena, y abultar el cupo del capitalista haragan, quien se embolsa por entero los productos. Casi nadie se ha dedicado de veras á realizar el pundonor de las clases preferentes de la población. Todo corre parejas en Europa, desde que un solo pensamiento, el de granjearse mas y mas riquezas, vino á embargar todas las potencias de los ya acaudalados. Con el sistema representativo, al par que con los gobiernos absolutos, la nueva aristocracia plebeya no sueña apenas mas que en ir siempre aumentando la suma de sus riquezas. En esta nueva era de civilización, las máquinas de vapor por mar y por tierra son los

móviles positivos y eficaces de los vinculos que median entre los pueblos, mucho mas que las ideas de una humanidad jenerosa.

Temporada de pequeñeces sin cuento: se está subdividiendo la mente humana para crear entidades de un día, tal es el atropellamiento reinante de utilizar materialmente la vida, empapándola en sensaciones fugaces. No habrá asomo de grandiosidad en tal estado de la sociedad toda material, y en que el despego individual está enjendrando el egoismo de todos. Por los afueras del jentío frívolo y especulador, asoman ingenios grandiosos y gallardos, que haciéndose cargo de la nonada universal del día, van patutando allá un porvenir vistoso. Atendidos á su racionalidad, auteniendo contingencias por los ámbitos de su fantasía, nadie siquiera hace alto en aquel afán recóndito y congojoso. ¿Quién intenta pesquisar las angustias de cuantos se desviven por la dicha del jénero humano? Pero en amaneciendo el día en que la nueva fe constituya la creencia universal, el día en que dicha fe cunda por una sociedad esclarecida y trasformada, todos esclamarán atónitos que no alcanzaron ante unos principios tan sencillos de hermandad y de amor. Se están ahí desvelando tras el contrapeso de las potestades. ¡Ay mi Dios! el equilibrio en el empuje social, la proporcion adecuada entre el bienestar de todos, es lo que se ha de buscar; pues tan solo entónces logrará la sociedad su asiento sólido y duradero, y podrá, sin vaivenes ni revoluciones, caminar por el rumbo de la perfectibilidad humana.

Este ímpetu universal de fuerzas dispersas queda atajado á la falda del Pirineo, y en vano intentó trasponer sus cumbres. La denegación

tácita de asociarse, mostrada por los gobiernos de España, ha tenido el paradero de estranjerarla para toda la Europa. Con este antecedente, nadie se ha dedicado á estudiar un pueblo en el cual todo aparece peregrino, y la voz barbarismo se encaja sin reparo en la pluma de cuantos escritores se esmeran en retratar á la España sin asomarse á conocerla. Allá va el juicio temerario, por cuanto es mucho mas obvio el sentenciar á bulto, que el pararse á estudiar con ahinco; y luego menudean á miles los desatinos de cuantos acriminan á los moradores de la Península el no vivir por la pauta de los demás Europeos. Si prescindiesen de sus vulgaridades los que se ponen á escribir sobre la España, en vez de argüir con analogías, se dedicaran á deslindar las causales de tanta diferencia; las que aparecen á las claras en la historia de aquel pais.

Invasada la Península en diferentes épocas, por Romanos, por Godos y por Arabes, allá estuvo peleando mas y mas contra la dominacion de los meridionales. Al contrario, los Godos aviniéndose voluntariamente al predominio de una civilizacion mas adelantada que la propia, no tuvieron que batallar con aquel implacable contraresto, prohibiendo los usos y costumbres de la nacion avasallada; y así queda poco de aquel tránsito de los Godos, al paso que la España está formando ahora mismo un pueblo semilatinos y semi-arábigo como la lengua que habla.

El paradero de la lid contra los Moros fué su espulsion definitiva. En medio de las iras de ocho siglos, asoma el tipo arábigo en las mas de nuestras provincias; literatura y costumbres saben aun al origen oriental y á sus guerras interminables; y casi todos los escritores españoles fueron soldados. Mendoza, general y embajador de Carlos V, escribe la historia de la última lucha con los Moros; pelea Boscan por su pais, componiendo sus idilios inimitables; pierde Garcilaso la vida en el sitio de Niza; sirve Caideron en los ejércitos de Flándes y de Italia; Lope de Vega lleva su arcabuz en la *Armada invencible*; Cervantes sale herido de la batalla de Lepanto; Ericilla pelea contra los Indios-bravos del Arauco, y compone un poema sobre aquella guerra; y en fin, Melo describe la campaña de Cataluña, en que tuvo su parte muy activa. No dirán sino que en aquella temporada inmediata á los postreros tiempos con los Moros, encerraba el estruendo de las armas un género de inspiracion poética, de que se embriagaba el pueblo entonando todavía su victoria.

Quien anda por los reinos de Andalucía y de Valencia ya presenciando usos, costumbres, habla, todo arábigo; pueblos, aldeas, cerros y frutos

tienen sus nombres moriscos; y aquellos Arabes agudos y sociables hicieron de la Vega de Granada y de la Huerta de Valencia los terrenos mas productivos del orbe; pues ahora mismo la Huerta está contando hasta veinte y dos mil individuos por legua cuadrada.

Tras tantos dominadores como han ido desangrando la Península, sobresale todavía el tipo nacional, pues atesora la índole española allá un ímpetu inalterable que subsiste siglos y mas siglos sin descaecimiento. Zaragoza y Jerona fueron en la guerra de la independencia otra Numancia y otro Sagunto, cuyos vecindarios heroicos se degüellan entre sí antes que entregarse á los Romanos. Los Aragoneses de Zaragoza, acorralados en una iglesia, entonan el cántico de los agonizantes, se arrojan á la brecha y fenecen. Los soldados del Cid, al par de los de Pelayo, de Viriato y de Sertorio, son todavía los de ahora. Partidarios denodados, se agolpan en cuadrillas infatigables; sobrios, esforzados y sin subordinacion, sus prendas y sus nulidades son las mismas; y así el arte de la guerra superior no llegará á formar escuela en España, y saldrán sumos *guerrilleros*, pero jenerales adocenados. A cada refriega interior brotarán varones arrojados, emprendedores, y ante todo arrolladores de tropiezos, y despreciadores de todo desman, pasando su vida aventurera en peleas perpetuas sin sosiego y sin gloria, cuyo paradero es una muerte arrinconada.

Aquella índole nacional se deshermana con la de todos los pueblos de Europa, y así vivió la España en desvío incesante de las demás naciones. Este aislamiento, favorecido por la situacion topográfica del pais, robustece mas y mas el empuje de las tradiciones. Aquel instinto conservador, aquel cariño tan ciego á lo anterior, no cabe en la cabeza de naciones que viven ya en lo venidero, y en las cuales cada generacion está presenciando una trasformacion política y social acabada. Por supuesto que todo estadista ha de ir proporcionando mejoras y desterrando achaques en cuanto quepa, pues no desdicen los progresos de cuanto se halla ya corriente y abonado; pero aquel tino deslindador entre las ventajas del retoque y la contingencia de una innovacion atropellada no parece que cupo á los hombres; y si al norte del Pirineo se adolece del flujo de innovar, el defecto contrario es el reinante á la parte del mediodía. Lo bueno en España, si lo hubiese, vendría á eternizarse al par de lo malísimo y por una razon idéntica; pues entre nosotros la ninguna aficion á novedades, y el acatamiento á cuanto existió en todo tiempo se opone al asomo de nuevas necesidades.

No hay que pasmarse de este género de civili-

zacion escepcional, pues los Españoles, revueltos por largos siglos con los Arabes, han tenido que contajarse con su instinto de estancamiento, tan propio del natural primitivo de los indijenas. Ajenos, con su cielo despejado, de tanto invento peregrino de la molicie moderna, no se engolfan en urjencias nuevas. Al condolerse los extranjeros de tanta sobriedad en la vida, ¿no debieran mas bien lamentarse de tanto apuro como les acarrear sus propensiones antojadizas, que los están sentenciando á un sinnúmero de privaciones desconocidas en nuestro pais? Venturoso con su clima bonancible, sin zozobra para lo venidero, sosegado siempre como la naturaleza halagüeña que lo embelesa, con tal cual tormenta repentina y transitoria, nada pide el Español, al lujo y poquísimo á la tierra tan pródiga de sus dones. España, en suma, es el pais donde se cometen menos suicidios.

Al pararme ante los monumentos suntuosísimos de todos tiempos que descuellan por la Península, me alzo contra ese cargo de barbarismo con que se suele tildar á la España, por cuanto, dicen, no corre parejas con la civilizacion francesa ó inglesa; pues para acertar hay que añadir lo incompatible que es tan decadente civilizacion con la esencia del pais, y como estamos ya poseyendo una cultura diversa, propia de nuestras costumbres y tan sobresaliente como la de los parajes con que suelen parangonarla; pues cierto no escasean de alcances los Españoles; lo que les está faltando es la aplicacion de su capacidad innata, que siempre ha sido descarriada.

En los pueblos mas menesterosos y casi desamparados, enmudece atónito el viajero al ver las iglesias, cuya arquitectura majestuosa está pregonando la ciudadanía de las artes; y luego se pasma de embeleso con los primores de pintura y de escultura que atesoran. Oro, plata, pedrería preciosísima, mármoles peregrinos y realizados con la maestría de sumos artifices, enajen el recinto adonde acude compactamente el vecindario á reverenciar al Dios de sus antepasados, sin que en medio de aquel lujo esplendoroso asome impulso alguno de pesar ó de envidia por el labio entrañablemente religioso del Español. La diferencia que media entre una iglesia centelleante de opulencia y su ahumada choza tan solo le recuerda la distancia inmensa que lo separa de su Criador. Está rezando con fe intensa y sincera, dando siempre gracias al Todopoderoso, sin que le ocurra que el boato mundial de la morada del Señor estaria mas bien empleado en habilitar la carretera que lo trae en casa, donde luego reparte su pan entre el fraile y el mendigo; pues el Español á toda hora y por

donde quiera acredita su aguante, su resignacion y su afectuosa caridad.

Se echa de ver por estos pormenores, que retratan al vivo las costumbres nacionales, que ni el afan desalado, ni las competencias apasionadas que azoran á otros pueblos, han de tener cabida por largo tiempo en España. Me quejo de que se nos juzgue por analogía, y así voy analizando con ahinco nuestro interior, con el intento de comprobar que para justipreciar atinadamente la trascendencia de los acontecimientos actuales, hay que acudir al estudio de la índole nacional, y que sus causas se han de sacar á luz por la historia pasada, en la cual se cifra todo para España, como que todo es invariable.

Se ha escrito ya tanto acerca de la España, que se hace ya muy arduo el innovar en cuanto á los hechos; pero hasta ahora no se han estudiado filosóficamente las circunstancias que han venido á formar el estado del pais, cual se hallaba al desalestargarse despues de siglos y eslabonarse en parte con la Europa arrebatada tras la revolucion francesa de 1789.

No careció España de instituciones políticas, ni aun en lo mas remoto, encabezando sobre este particular á la Europa toda, ya por el régimen de ayuntamientos y concejos bajo el imperio romano, y luego con los concilios en la monarquia goda; despues con las córtes entonadas y pujantes en toda la temporada larguísima de la invasion árábica, apocadas bajo la dinastia austríaca, y por fin soterradas por la casa de Borbon. No menos descollaron los Españoles en descubrimientos y conquistas, pues sojuzgaron la América, y por donde quiera, en Europa, Asia, y Africa, sobresalieron con sus armas victoriosas. Resplandecieron grandiosamente en literatura y artes, y su nombre esclarecido proporcionó un caudal de obras maestras á las demás naciones. Carecieron sí en todo tiempo de un vínculo de comunidad social, de un foco de civilizacion inflamadora y trascendiente de jeneracion en jeneracion, y que progresase por entre tropiezos y malezas; en suma, un gobierno, un régimen. Pudiera decirse que en España nunca medió eslabonamiento de temporadas; pues no asoma aquel enlace de sucesos que van guiando la humanidad por el rumbo de los adelantamientos. En toda la historia española, los acontecimientos mas abultados van de por sí, prescindiendo de los demás, trascendiendo este aislamiento á la literatura y las artes. Aquella campea con partos de númen, con obras maestras ajenas de toda imitacion, pues tenemos poetas ó dramaturgos arrebatados por una fantasia deslumbrante; pero todo yace con ellos, sin una sola obra de filosofía, de metafísica, ni de eco-

nomiapolítica (1). Si asoman ingenios meditados, vagan allá por los ámbitos de la teología y de la mística. Viene Cervantes, arroja su númen sobrehumano con el raudal de su habla sin par, y escarnece de muerte los libros de caballería, sin que le anteceda maestro ni le siga discípulo; su racionalidad sublime va salpicando su novela de pensamientos filosóficos y trascendentales, mas para ponerlos en jiro, tenía que verterlos por boca de un loco formalísimo y de un campesino candoroso.

La pintura vino á producir una jeneracion sola sin antepasados ni descendientes, « quedando ceñida al escaso plazo de siglo y medio (2). » Las ciencias encumbradas, la historia natural y las artes mecánicas no merecieron enseñanza: allí era imprescindible el adelanto, y jamás lo hubo en el aislamiento, el cual abarcó individuos y provincias enteras. En teniendo que ir á mas los conceptos, se esterilizó todo en España, mancomunándose tan solo las especies relijiosas; y sabidos son los ámbitos aciagos y lastimosos que han usurpado.

Desmedraron las instituciones políticas con la carencia de pensamientos grandiosos y fecundos; valla asombrosa opusieron las córtés por cierto al despotismo rejio y á la codicia recaudadora; pero tras haber enfrenado estas las furias de todo poderío monárquico, no se levantó un solo pensamiento civilizador; permanecian las córtés al separarse en acecho por la libertad política, mas no encajonaban al gobierno por el rumbo de los adelantamientos, y así aquella institucion peregrina yace estancada, pues asoma en el siglo XV cual en el XIII, siempre enfrenando y siempre conteniendo, mas nunca adelantando. Se desplomó por no acertar á trasformarse segun las urjencias de la temporada en que vivia.

Ahínco sumo aplicaban por otra parte los reyes en dar mas y mas vuelo á su poderío, hollando la libertad pública, pero sin otra mira que la de vivir á lo despota, pues á ninguno de ellos ocurrió el intento de plantear arreglos y de fomentar mejoras políticas ó intelectuales. En quitando de la vida de los reyes de España peleas, desavenencias y demasías, hay que apersonarse

con la nada. Lloroso y amarguísimo se hace el recuerdo de aquella rigurosa fatalidad que dejan solos siglos y siglos sin ofrecernos un soberano capaz de mirar por el provecho de sus pueblos, pues á mediar un centro de empuje, una lumbrera con unidad moral y fuerza positiva, no tropezaríamos con la esterilidad monstruosa de instituciones en extremo democráticas y populares; pero ni antes ni despues de la unidad monárquica, la reunion de las diversas provincias alcanzó á variar en la Península ibérica su estampa peculiar, pues no parece ahora mismo sino que se agolparon unas repúblicas encabezadas por una soberanía nominal, con leyes y usos diferentes, con monedas de cuño respectivo, y un sistema de impuestos particular; y con este desvío mutuo ha venido la España á carecer de un centro civilizador donde se creen conceptos trascendentales. Jamás asoma en nuestra historia un impulso poderoso con su rumbo bien deslindado, pues no hablo del intento degollador del jénero humano que profesaba la Inquisicion, y era sin embargo el único.

Estado social tan raro ha venido á imposibilitar hasta el ejercicio de una potestad absoluta despejada y sistemática, pues la soberanía no alcanzaba á abarcar las lejanías, y los encargados de la autoridad suprema se andaban allá formando su absolutismo jenial, desentendiéndose de apuntes ajenos; y así el despotismo ha ido variando con las interpretaciones arbitrarias de vi-reyes ó gobernadores, como que en España la arbitrariedad ha sido la reinante, mas bien que el absolutismo.

Careciendo de gobierno y de enlace nacional, ha debido la España yacer atascada; y al asomar su decadencia en el roce con los demás estados, se patentizó luego su quebranto militar y político por su ningun influjo en Europa, y no por la debilidad de su pujanza interior, que nunca estuvo mas entonada que ahora mismo. Pasma la escasez de caudales en todo tiempo, sin que el oro de América redunde en abundancia, pues el desórden administrativo ha ido mas y mas ensanchando la sima sepultadora de tantísimo tesoro, sin que el desamparo público haya jamás aconsejado destino mas atinado para opulencia tan exorbitante.

He querido rasguear desde el primer asomo todo el ámbito de mis intentos. Necesitan en mi concepto los hombres aun mas la justicia y la economía que la libertad; y si la España antigua permaneció estancada, no fué por carecer de instituciones liberales, sino de gobierno, y esta llaga heredada es la que está causando todas sus desventuras.

Diferenciase la España actual de sus tiempos anteriores por el teson en llevar adelante su li-

(1) Parece que el autor no ha tenido presente á Campomanes ni á Jovellanos. N. del T.

(2) Viardot, Estudios sobre la España, p. 397. Se equivoca Viardot en gran manera, pues además de los artistas peregrinos de la escuela Valenciana, posteriores á los maestros de la Sevillana, florecieron, hácia fines del siglo anterior, los dos pintores mas eminentes de Europa en su tiempo, ambos aragoneses, Goya y Bayen. Inmortales se ostentan sus obras en la techumbre del Pilar de Zaragoza.

bertad; pero queda siempre por plantear un gobierno de entereza y avance, un mancomún nacional en pos de un objeto positivo de civilización, cuyos beneficios de ahora vayan ya abarcando los venideros. En desempeñando, como puede, la España tan escelsa tarea, planteará al par una época nueva de rejeración social, tras sus temporadas de conquista y decadencia.

Lo mas arraigado en las costumbres de la Península es sin disputa el sistema municipal: contrarestó los embates de la potestad absoluta, por cuanto constituye la base de la vida pública; en pie descuellan todavia las franquicias concejiles en muchas provincias, conservando el pueblo por donde quiera tradiciones de todo su cariño, y que engrien con orgullo plebeyo al alcalde mas arrinconado. La sublevación navarra, parto de fanatismo político y relijioso, se ha escudado con la valla de sus fueros, los cuales han venido á triunfar tras seis años de peleas, feneciendo ya el influjo monacal y realista.

Los ayuntamientos españoles son hoy, hasta cierto punto, las municipalidades romanas, conservando hasta estos últimos tiempos sus condiciones mixtas de herencia y de elección. Los vecindarios eran y aun son como unas pequeñas repúblicas que se nombran sus encargados á parte para el gobierno y la administración. Huérfana ya Roma de sus comicios, siguió España disfrutando el derecho de juntar á sus concejales ó diputados, para dedicarse á los intereses jenerales de sus provincias, y todo está comprobando la prosperidad del pais en aquella larga temporada; y así los ayuntamientos sobreponiéndose á la caída del imperio romano, contrarestaron intactos las invasiones de Godos y de Arabes. Han estado conservando una independencia efectiva contra los redoblados embates de la potestad real; al querer la unidad monárquica de España empozar las libertades públicas, manifestaron las franquicias concejiles una resistencia que no alcanzó á avasallar por entero la espada de Carlos-Quinto en Vllalar; y así los ayuntamientos, como única institución popular vividora, debieron servir de plantilla para la formación de las constituciones modernas; como que por haberse desentendido de un elemento tan obvio y tan pujante, se ha mostrado la muchedumbre tan despegada y tan ajena del actual sistema representativo.

Trascendió luego la decadencia del Imperio romano á todas sus provincias, y en el reinado de Honorio, los Godos sus dependientes, acaudillados por Alarico, lograron un convenio para ir á ocupar la España; y mas desapareció en breve aquella irrupción de bárbaros sobre un pueblo mas culto; se fueron mezclando con la nación, y el cristianismo, planteado ya en España, con-

tribuyó en gran manera al hermanamiento de entrambos pueblos.

Heredó España de la antigua Roma su régimen municipal, y los Godos le trajeron sus juntas nacionales, llamadas por el pronto concilios. Era la monarquía de estos electiva bajo la fórmula de: *Rex eris, si recta facias; si non facias, non eris*,» briosamente traducida por los Aragoneses con su *se no, non*.

Recien establecidos los Godos en la Península, ejercitó el clero á sus anchuras un influjo fundado é inmenso en aquellas gavillas de soldadesca idiota, y los obispos elejidos por el pueblo fueron sus verdaderos representantes. Constaban los primeros concilios de individuos del alto clero; en el tercer concilio celebrado en Toledo, lograron hacer abjurar el arrianismo; y desde entonces tomó el poderío sacerdotal crecidos vuelos. Sale á luz en 641 el código *Eurico*, precediendo al *Fuero-Juzgo*, preparado en el concilio duodécimo *Toledano*, y redondeado á fines del siglo VII por el concilio décimosexto. El *Fuero-Juzgo*, corriente todavia, sirvió para la redacción del código de las *Siete-Partidas* de Alfonso el Sabio, y del *Fuero-Real* de Alfonso el Justiciero.

La organización entera de la monarquía goda se cifra en esta máxima de los pueblos germánicos que trae Tácito: «*De minoribus rebus principes consultant, de majoribus omnes*» (1).» En el cuarto concilio de Toledo, con motivo de los disturbios acarreados por el apeamiento del rey Suintila y la elevación de Sisenando, recuerdan a este los derechos del pueblo, amagando con escomunión á cuantos reyes abusaren de su poderío.

Ventilábanse las leyes en aquellos concilios, compuestos de la grandeza y del clero superior; muchas de ellas se encaminaban á atajar la potestad real en sus demasías; y todas rebosan de ímpetus de independencia. Era requisito para muchas de las jestionés del gobierno la anuencia espresa de los concilios; y así guerra y paz, reglamentos por el valor y quilates de la moneda, corrian por cuenta de los concilios: y sobre todo era imprescindible su intervención en materia de impuestos. Habia derecho de petición para acudir á los concilios en demanda de todo desagravio; y en suma se estaba presenciando una representación nacional en los concilios; y ellos fueron el orijen de las córtés.

Si la monarquía goda tenia sus visos de feudal, no asoman allí ni feudo, ni jurisdicción aparte, sin que el mismo clero, ya tan prepotente, gozase inmunidad alguna, pues obispos, clérigos, monjes, todos vivian subordinados al derecho jeneral del gobierno y de la justicia

(1) *De moribus Germanorum*, c. VII.

secular, aplicando las leyes civiles á cuantos eclesiásticos se desentendian de las sentencias de los tribunales ordinarios. No disfrutaban tampoco los prelados, ni menos las iglesias, la inmensidad de riquezas que fueron despues adquiriendo, pues ni existia el diezmo, ni disfrutaban los obispos temporalidad alguna. El clero superior, contentándose con unos haberes comedidos y suficientes para sus urgencias, iba preparando su grandeza venidera con su preponderancia progresiva en los concilios, y por el arrimo que franqueaba al pueblo contra las usurpaciones del poderío rejio y de la grandeza.

Así que, al paso que una nueva fuerza pública se iba mudamente ensalzando, medraba mas y mas la potestad espiritual del clero, propendiendo á abarcar el poderío temporal; permanecia no obstante firme el sistema municipal en su trascendencia, junto á los dos elementos el monárquico y el relijioso.

A los 297 años de existencia, fenece la monarquía goda con el rey Rodrigo en la batalla de Guadalete, en 714, y la prole del desierto domina la España.

Amanece aquí una época nueva harto reparable por la repugancia indómita de los indíjenas á doblegarse al dominio extraño. Se entabla una lid que sigue por 774 años, y tiene por paradero la espulsion total de los invasores. En aquellas peleas diarias donde jeneraciones enteras se van relevando incesantemente, cada provincia plantea sus leyes, establece costumbres de utilidad peculiar, conducentes á robustecer la resistencia. En estos monumentos históricos se cifra el galardón de la victoria; pues una guerra popular no podia menos de ir enjendrando instituciones populares.

Sobreviven las de los Godos al derribo de sus fundadores. Al principio de la lid, un puñado de Cristianos refugiados en Asturias reta al poderío musulman; júntanse concilios en Leon ya desde 904, y en Astorga en 934 y en 937. Apersonase la nacionalidad española con Pelayo, encabezando el empuje sobrehumano para reconquistar la patria; van descollando las instituciones, se celebran siempre juntas, donde se ventilan puntos políticos al par de los relijiosos.

Aun mucho despues de la muerte de Rodrigo, siguen los concilios componiéndose únicamente de prelados, pues eran los conservadores únicos de la ciencia; mientras nobles y plebeyos viven sobre las armas. Desde aquella fecha ejerce el clero sumo influjo en la suerte de España, y fué siempre muy á mas en una guerra de siete siglos, lid nacional al par que relijiosa, pues además del perdón propio contra el estra-

ño, tremolaba la bandera de Cristo contra la media luna de Mahoma. Este fué el cimiento de la preponderancia del clero, sostenedor del pueblo y embellido en sus filas batalladoras, con la espada de caballeros de todas las órdenes militares; organizacion verdaderamente armada de la España cristiana.

Ya lo hemos dicho; en los concilios nacionales iban alternando las cuestiones políticas con las relijiosas, pues tras los negocios eclesiásticos, entraban en cuenta los intereses y obligaciones del rey, y luego los derechos del pueblo; y así la junta, variando como de esencia dejaba de representar el clero, para venir á representar la nacion y el estado.

En breve estos objetos diversos se fueron separando, y las juntas, en vez de concilios, se apellidaron *córtes*; y el pueblo, escluido hasta entónces de las reuniones políticas, logra representantes con asiento junto al clero y la nobleza. Convoca, en 1169, Alfonso VIII á las *córtes de Búrgos á los ciudadanos y á todos los ayuntamientos de Castilla*. Llama Fernando II, en 1188, á las *córtes de Carrion á todos los concejos de Castilla*. Junta Alfonso IX, en 1202, las *córtes en Benavente, convocando diputados de todas las poblaciones del reino*; y en 1208, las llama de nuevo á Leon, juntando á *todos y cada uno de los pueblos del reino*. Pero como todo principio fecundo para lo venidero no puede menos de ir siempre descollando, los diputados de los pueblos, esto es, el elemento democrático, señorea aquellas juntas, creando una fuerza nueva que arrolla á los demás. Entrampos estamentos predominantes seguan aun en los reinados de Fernando III y Alfonso X, con crecida autoridad; pero luego despues de Sancho IV, los individuos de aquellos brazos vinieron á perder todo influjo en los negocios públicos.

El pueblo, sacudiendo una tutela tan dilatada, se iba ya ensalzando como potestad política; los ayuntamientos, briosamente constituidos, fueron fomentando esta fuerza popular con el móvil de una organizacion poderosa. Las cabezas de familia formaban la junta ó ayuntamiento, de donde se escluián así el clero como la nobleza, que no tenian la menor intervencion en sus elecciones. Los *concejales*, *alcaldes* y *regidores*, manejaban el concejo, y luego los *merinos* ó *jurados* desempeñaban el cargo de jueces. Habia rejidores perpetuos ó vitalicios, cuyo ejercicio era personal. En algunos pueblos no tenian número fijo los concejales; pero despues Alfonso XI lo determinó. Nombraba el rey los *correjidores*, cuya autoridad era al mismo tiempo judicial y municipal.

Las juntas de cabezas de familia, ó *concejos*,

nombraban al pronto á los concejales, y luego les cupo el elegir los diputados á cortes, quienes se apellidaron *procuradores*.

El nombramiento de los diputados tenia que ser absolutamente libre, pues se oponia la ley á que el rey, sus ministros y todo sujeto de influjo se asomase á las elecciones. Las cortes han ido recordando á temporadas esta condicion imprescindible, y con especialidad las de Búrgos en 1430, de Zamora en 1432, de Valladolid en 1442 y 1447, y de Toledo en 1457 y 1462. Quedaban escluidos los asalariados por el rey, en razon á que no podian estar cabalmente libres en sus votos para bien del pueblo, y por tanto daban cabida á la sospecha, segun la declaracion de las cortes de Madrid de 1329.

Los costeaban los concejos, y desde 1468, se acordó en las cortes de Medina, aprontándoles 140 maravedises diarios, á expensas de sus representados.

Eran los diputados, desde el dia de su partida hasta el regreso á sus hogares (1), inviolables, sin que en aquella temporada se les pudiese demandar en justicia (2). Ninguna tropa podia parar, ni aun acercarse al paraje donde se habian juntado las cortes, por cuanto podia su presencia predominar el ánimo y los votos de los procuradores.

Pero si disfrutaban los diputados sumas regalías, indispensables para su cabal independencia, se les exijian en cambio resguardos muy fundamentales contra los halagos del poder. Juramentábanse, no con el monarca, sino con sus delegantes, para dedicarse únicamente al bien público, sin pararse en miramientos, y sin pensar jamás en sí mismos. No debian admitir empleos ni agasajos de sus soberanos, ni para sí, ni para amigos ó deudos, sopena de padecer, como perjuros, gravísimas penas. Mediaron abusos, y se burló la ley, y entonces las cortes de la Coruña, en 1520, pidieron pena de muerte y confiscacion de bienes contra todo diputado que llegase á quebrantar su juramento, ó á recibir la menor fineza, por cuanto se debian mostrar ajenos de toda ambicion, para vincularse todos en el servicio de Dios, de los reyes y del pueblo, que les tenia encargados sus intereses. Se les residenciaba además por el desempeño del poder que tenian á su cargo, habiéndolos á veces tratado los electores severísimamente sobre este particular.

Se está viendo pues que mientras yacia la Europa hollada por la prepotencia de los reyes,

(1) Leyes 2 y 4 de la 2.^a partida; ordenamiento de las cortes de Medina en 1318, y de Madrid en 1329.

(2) Acuerdo de las cortes de Valladolid en 1350, y de Tordesillas en 1401. Leyes 10 y 11, título 6, libro 66 de la Recopilacion.

estaba la España disfrutando un gobierno representativo, ceñido á condiciones que en vano solicitan en el dia algunos pueblos mas adelantados en civilizacion.

No se juntaban las cortes á plazos fijos ó periódicos, ó no asoma por lo menos documento que lo acredite; abarcaba sin embargo la ley nacional todos los casos en que los intereses del estado requerian su convocacion; y hasta el tiempo de la monarquía austríaca, nunca los reyes se desentendieron de su obligacion fundamental, cual era la de juntarlas en los casos previstos; y en sobreviniendo algun trance, se juntaban las cortes por sí y ante sí, y sin esperar la convocacion del soberano.

Revestian los concejos á las cortes de poderes concretos y muy ceñidos, dándoles instrucciones imprescindibles; con que así su contenido era por esencia imperativo. En intentando la corona jestionés ajenas de su encargo, los diputados, ateniéndose á las cláusulas terminantes de sus poderes, rechazaban tenazmente las pretensiones de la soberanía; como lo acredita el último ejemplar de la resistencia animosa de las cortes de Santiago con Carlos Quinto. Pide esta un subsidio extraordinario; D. Pedro Laso, diputado por Toledo, lo rechaza, alegando la insuficiencia de sus poderes. No hay embate que vuelque su oposicion, clamando que, como delegado del pueblo, tenia que respetar la voluntad de sus delegantes; que no le cabian facultades para propasarse de sus instrucciones, prescindiendo de las resultas, *dispuesto á morir*, si era forzoso, antes que obrar en otros términos, esponiéndose á dar un *paso perjudicial á Toledo y á todo el reino*. No asoman por ahora diputados como Laso.

Cuanto llevo dicho acerca de las cortes de Castilla viene á cuadrar, con leves diferencias, á las demás provincias. Tan solo en Aragon tenia el rey que juntar las cortes jenerales (siendo todos en lo demás los ayuntamientos romanos y juntas nacionales de los Godos) anualmente en Zaragoza (1). En 1307, quedó el rey Don Jaime facultado para convocarlas de dos en dos años solamente; pero segua una dipu-

(1) Historiadores aragoneses afirman que hasta el tiempo de Pedro el Ceremonioso, al proferir la fórmula, el Justicia estaba en pié, apuntando la daga al pecho al rey, que hincaba una rodilla y decia: *si juro*; y entónces se levantaba este, y sentándose en el trono, iba juramentando al Justicia, á los ricos homes, á los infanzones, al clero y á los procuradores, quienes le hincaban tambien la rodilla; pero sin el ceremonial de la ddaga.

Sabido es que en Aragon eran cuatro los estamentos; en Castilla solos tres, nobleza, clero y procuradores. N. del T.

tacion permanente y veladora, encargada de conservar ilesta la libertad nacional.

Abarca la constitucion aragonesa una institucion absolutamente peregrina; hablo del *justicia mayor*, majistrado político terrible, quien sentenciaba, asesorándose con algunos letrados, entre la potestad real y la nacion en punto á desafueros. Representaba la potestad suprema del pueblo, y cuando el *justicia mayor* Vinatea tuvo aliento para decir al rey «que haria sentenciar y morir afrentosamente á sus validos, si, descarriado por ellos, desacataba las leyes del reino,» se estremeció la reina y quiso que se escarmentase al denodado representante del pueblo; pero aplacó el rey sus iras con estas palabras: «*En Aragon la jente es libre.*» Cifrada estaba en la persona de este majistrado la soberanía nacional, y de sus manos recibia el rey la corona y la investidura. El *justicia mayor* era quien prorumpia en aquella fórmula grandiosa y patriótica que tan hidalgamente compendia los derechos de los Aragoneses:

Nos, que cada uno somos tanto como vos, é todos juntos valemos mas que vos, os hacemos rey de Aragon, con tal que jureis é guardéis nuestros fueros é privilejios; é se no, non.

Ya se alcanza cuán poderosamente ceñida estaba la potestad real con tales instituciones, pues no solo se hallaban pautadas por la costumbre, sino que las tenian deslindadas las leyes. Así es que la ley 2.^a, tít. I del *Fuero Juzgo* contiene la siguiente declaracion: «Planteamos leyes para nosotros mismos, como para todos nuestros súbditos; pues tendrán que respetarlas, al par de nosotros, nuestros descendientes y sucesores.» La ley 1.^a, tít. I, libro 2 del mismo *Fuero Juzgo* se espresa en los términos siguientes: «Añadimos estas leyes á las antiguas, y las pregonamos despues de haberlas acordado con los ministros de Dios y la anuencia del pueblo.» Otra ley del *Fuero Juzgo* trae: «Mandamos que se cumplan nuestras leyes, convenidas con el clero, nobleza y pueblo.» La fórmula de los derechos de Aragon era esta: «Nos, acordes con el congreso nacional, mandamos, etc.»

Esta era la organizacion política de España hasta fines del siglo XV; siendo una monarquía templada con instituciones municipales y políticas, donde sobresalia poderosamente el elemento democrático.

El primer período de nuestra historia es el de las libertades de España, y en él quedaron siempre enfrenados los intentos usurpadores de toda prepotencia. La corona, de suyo briosa y acatada, estuvo jeneralmente respetando tambien las instituciones nacionales, aviniéndose á veces aun á decisiones contrapuestas á la vo-

luntad del soberano, pues no conceptuaron los reyes desdorar su señorío en guardar miramientos decorosos con la voluntad de los representantes de la nacion, haciéndose cargo de que las franquicias de los diputados eran la salvaguardia mas certera de su solio. Dice Don Alonso el Sabio en una de sus leyes: «Debe el pueblo imposibilitar al rey jestionen cuyas resultas pudieran redundar en desventura del reino, desde luego con su consejo, y despues de hecho, contrarestando á sus consejeros. Hay que contar tambien con súbditos fieles y cabales, ajenos de permitir al rey la perseverancia en actos que le acarreesen menosprecio.»

Juan II se espresaba así en su convocatoria para las córtes de 1419: «Por cuanto los reyes mis antecesores siempre acostumbraron, antes de introducir innovaciones en el reino, juntar las córtes de la nacion, y con su consejo establecer y poner en ejecucion tales novedades, y no de otro modo, trato de hacerlo igualmente.»

Decian las córtes de Ocaña á Henrique IV: «Segun las leyes del reino, siempre que los reyes van á entablar una empresa de suma entidad, no deben ponerla en planta, sino á sabiendas y por consejo de los diputados de las ciudades y concejos.»

Así se estuvieron conservando por siglos las instituciones de España, pues si la soberanía tropezó á veces con su contraresto, la nacion se mantuvo siempre incontestable en su arrimo. Aquel feliz contrapeso entre unos principios que estamos viendo en otras partes batallando de continuo constituyen la gloria de aquella época esclarecida. «Las córtes, dice el célebre Marina, no tan solo sentaron el cimiento del blason y la dicha de la república, sino que su política, tino y sabiduría fueron consolidando el grandioso edificio que levantaron, sosteniéndolo en viniendo á asaltarle tormentas que lo esponian á peligros inminentes; pues fué el augusto congreso nacional en todas ocasiones el puerto de salvamento donde se guareció la nave de Castilla.»

Incorpóranse al fin las coronas de Castilla y de Aragon, se crea la unidad monárquica, y por desgracia asoma con ella la decadencia de las instituciones populares; pues el destino parece que saja aquel principio de unidad en su vástago primero. Tienen Fernando é Isabel por sucesora una hija, *Juana la Loca*, y con ella fenecen lastimosamente la dinastía castellana.

Ya se está viendo el encumbramiento de poderío que alcanzó el clero en este segundo período, no menos trascendental para la religion que para la nacionalidad. Poderosísimo era con los Godos el clero por su influjo en los conc-

lios, y no tuvo mas que irlo corroborando cuando se trató de rechazar la invasion arábiga. Internada esta hasta el mismo corazon de la Francia, quedó atajada en los campos de Turs por la espada victoriosa de Cárlos Martel. Arrollados los Arabes sobre España, ya no trataron de trasponerla, vinculando todo su ahinco en avasallarla, pues los naturales, en su lid incesante, los contuvieron en el ámbito de la Península. El teson de España para dar al través con el Islam salvó quizás á la cristiandad de nuevas irrupciones, cuando los triunfos del Arabe estaban al parecer amagando á la Europa con una conquista jeneral.

Mas no bien derriba la España el postrer valladar del poderío musulman, y forma una monarquía cabal, cuando se le agolpan achaques diversos que aletargan, en vez de encumbrar, sus pensamientos, como parecia ser naturalmente el resultado de la concentracion de fuerzas en todo un pueblo, pues en medio de guerras tan interminables, ni un asomo de organizacion social, ni la planta de un gobierno arreglado pudieron tener la menor cabida. Pelean anarquía contra anarquía, aposentada entre los Arabes, al par que en los reales de la cristiandad.

Corresponde á la historia filosófica el considerar cómo poseyendo ya la nacion instituciones muy superiores á todas las demás de Europa, y que consigue borrar hasta el mínimo rastro de invasion tan dilatada, ceja de repente en el rumbo de los adelantos, y se atasca igualmente con el fanatismo religioso y el embeleso de las conquistas. La Inquisicion, la América y Cárlos Quinto retraen á los Españoles de establecer en la Península la era bonancible que no podia menos de rayar tras una lid de ocho siglos por la independencia nacional. Ultrajada la humanidad con el tribunal horroroso de la Inquisicion, con las atrocidades ocurridas en la conquista del Nuevo Mundo y con las guerras del emperador, infinito tuvo que padecer por el conjunto de estos tres azotes; pero los Españoles, atropellados por el interior con la intolerancia religiosa y el despotismo político, estuvieron presenciando el fallecimiento de sus libertades por el alfanje de un extranjero y por las hogueras que encendia Roma por mano de sus encargados sangrientos, al paso que por fuera iban avasallando un mundo desconocido para entrambos enemigos de su prosperidad, y cargaban con el ímpetu espantoso que les infundian de reinar por medio de sacrificios humanos. Época esclarecida y sangrienta, que luego rechazó sobre los que tuvieron en nada la vida de sus enemigos á trueque de halagar su sed de oro. La carencia de todo pensamiento

conceptuoso y moral trocó á los Españoles en instrumentos ciegos de una revolucion en el globo; y sus portentosas heroicidades no alcanzan á borrar el desdoro que les cupo. Voy á examinar estos tres acaecimientos, cuya coincidencia decidió de la suerte de España.

Llega el siglo XIII, plantea San Luis, segun los concilios franceses, la Inquisicion de asiento, tercia Fernando con Gregorio IX en sus miras, y permite á los discípulos de Santo Domingo introducir bajo forma permanente el Santo Oficio. Va dando sus primeros pasos por Cataluña en el obispado de Urjel; se interna luego por Aragon, Navarra y Castilla, y en 1301 ya separa la Península en dos grandísimos trozos, apellidándolos España y Aragon. Solemniza el inquisidor Bernardo autos de fé, y á instancias de Clemente X, se persigue á los templarios. Se encienden hogueras en Aragon; y en 1325, el rey Don Jaime y sus dos hijos están presidiendo las ejecuciones.

Pero principalmente en el trance de formarse la monarquía en 1474, por el desposorio de Isabel de Castilla con Fernando de Aragon, incorporando tambien la Navarra, quitada á Juan de Albret, campea el pavoroso azote de la Inquisicion.

Los Judíos son las primeras víctimas que se atraviesan ante su saña. Habian ido atesorando aquellos hijos de Israel con maestría consumada inmensidad de riquezas, al paso que los Españoles, desentendiéndose allá de los demás afanes, se vinculaban en pelear con la morisma. Los Judíos, al primer asomo de persecucion, abjurán desaladamente su fe, y mas de cien mil familias se apellidan con el bautismo *Cristianos nuevos*. Desde luego se deja entender lo que serian aquellas conversiones.

Codicioso Fernando V y fanático por especulacion, se enteró al golpe de que una persecucion religiosa traspasaria á sus manos todas las riquezas de los recién convertidos, poniendo de manifiesto su fementida conversion. Sixto IV, cuyo afan insaciable ansiaba abarcar la España en su potestad espiritual, robusteció los intentos codiciosos de Fernando, y así la Inquisicion vino á España á guisa de comodín de tahir, con la codicia ruin del príncipe y la ambicion avasalladora del papa. Inventóse, dice Segur, la Inquisicion para despojar á los ricos de su caudal y á los poderosos de su predominio.

El 2 de setiembre de 1477, los reyes católicos autorizan el tribunal de la Inquisicion, y el año siguiente queda revalidado por un breve del papa en 1.º de noviembre de 1478, y luego planteado en Sevilla el 2 de enero de 1481; nombrando á Torquemada inquisidor jeneral. A pocos dias, ya están espirando seis reos en la hoguera, y en

lo restante del mismo año, doscientos noventa y ocho los acompañan. Va luego pujando por años el número de los abrasados, y en breve llega á dos mil. Otros diez y siete mil padecen varios géneros de tormento, pues una sola provincia, la de Toledo, viene á contar hasta setecientos veinte y siete sentenciados á suplicios bárbaros. Aterra el pavor la España entera.

Conmuévase un tanto Roma horrorizada y como quejosa, pero luego se desdice, y Torquemada logra el dictado de inquisidor jeneral de Aragon, como lo era de Castilla. Funda Fernando el consejo real de la Inquisicion, nombrando presidente al mismo espantoso Torquemada, con el intento de agolpar la potestad civil y la eclesiástica en manos del monstruo que pregona atropelladamente en Sevilla su código sangriento.

Rechaza Aragon tan horrenda tiranía, y se alborotan sus poblaciones. Envian las cortes diputados al papa; y viendo el malogro de sus intentos, acude el pueblo á la venganza, asesinando al primer inquisidor, Pedro Arbués, en la catedral de Zaragoza; y mas adelante Alejandro VII canoniza, en 1664, á este, ya beatificado, adalid de Torquemada; pues la Inquisicion ha ido alistando santos mártires por donde quiera que echaba raíces: en Francia es un Pedro de Castelnau, muerto por los Albijenses; Pedro de Verona en Italia, y Arbués en España.

Cae Granada en poder de los reyes católicos el 2 de enero de 1492, dia del aniversario de la plantificacion del Santo Oficio. Preséntase en la ciudad rendida Cristóval Colon á los vencedores, ofreciendo redondear aquella conquista con la del Nuevo Mundo. Desairado en las repúblicas de Jénova y de Venecia, desconocido por los reyes de Francia, de Inglaterra y de Portugal, halla arrimo en la reina Isabel, que se esmeraba en atajar las demasías de la Inquisicion. En poco estuvo que el Santo Oficio no diese al través con los intentos de Colon, quien tuvo que demostrar su solidez, no con marinos, sino ante un consejo de teólogos. Aboga Fernando por codicia contra el proyecto, alegando el desembolso, y contesta la grande reina: « Yo lo tomo á mi cargo en nombre de mi corona de Castilla, pues hasta mis joyas, si es preciso, costearán la empresa; » y Colon da la vela el 3 de agosto de 1492.

Sobreponese Isabel á todos los monarcas contemporáneos, y acierta á enterarse cabalmente de aquel intento ajigantado de una alma sobrehumana; pero consiente que el mismo año quede mancillado su nombre con su decreto horroroso de espulsion de Judíos, en 31 de marzo de 1492. Arrójanse de España hasta ochocientos mil Israelitas: tratan de comprar su permanen-

cia; Fernando apetece el dinero, y aboga por ellos Isabel; pero se presenta desaforadamente Torquemada, con un crucifijo en la mano, á los reyes católicos, y les habla en estos términos: « Júdas fué el primer vendedor de su maestro por 30 dineros; vuestras Altezas tratan de negociarlo por treinta mil duros; aquí están, cojedlo y vendedlo al punto (1). » Aquel fanatismo arrebatado hace abandonar un impulso de compasion, y queda sentenciada la espulsion de los Judíos. Al presenciar mentalmente aquella determinacion, hay que graduarla de uno de los sumos desbarros del entendimiento humano con el cual se conforma todo un pueblo; y aquel mismo Colon, adivinador, con su grandioso alcance, de otro hemisferio, sigue apocadamente el raudal, congratulando á los reyes católicos en una carta por haber arrojado á los Judíos de sus reinos y señoríos.

Así es que los reyes católicos envian á descubrir allá rejiones desconocidas para plantear el catolicismo y granjear á ciegas riquezas inciertas, y desalojan de España súbditos despejados y vividores, defraudando el pais de jente provechosa y de caudales productivos. Estravió destinado é inapeable de la razon humana, contrastada por el fanatismo religioso, cifrado todo en la estampa sangrienta de Torquemada. Aquel sayon insaciable está sacrificando, en los diez y ocho años de su ministerio abominable, miles y miles de víctimas, quema cuantos libros se le deparan, y estrema en tanto grado su saña asoladora, que Alejandro VI, el mismo infame Borja, se escandaliza con sus atrocidades; y atemorizado con el clamor jeneral, intenta apear al inquisidor del poderío que le habia encargado, cuando fallece Torquemada en 1498.

Sucédele dignamente el dominico Deza, pues en los ocho años de su presidencia al Santo Oficio, se le cuentan hasta treinta y ocho mil cuatrocientos y cuarenta reos, de los cuales se quemaron dos mil quinientos y ochenta.

Solicita y logra además Deza la espulsion de los Moriscos de entrambos sexos de mas de catorce años. Segun el cómputo mas comedido, en el primer reinado de la monarquía unida, con la espulsion de Judíos y Moros y las víctimas de la Inquisicion, menguó la poblacion en dos millones (2).

Mientras la fiera de los inquisidores se hermana con la codicia soez y la hipocresía odiosa de Fernando, anda Roma traficando públicamente con las conciencias, fomentando la inmoralidad y vendiendo á todo buen comprador su

(1) Llorente, tomo 1, pág. 260.

(2) Llorente, Historia de la Inquisicion, tomo 1, pág. 267.

patrocinio. El caudillo de la cristiandad descarga á Fernando, con la mediacion de metales, de todos sus juramentos contraidos con las córtés de Aragon, y luego recoge aquella absolucion simoníaca. Se trocaron y emponzoñaron los ánimos con tales pasos; el terror y el cohecho fueron arrollando el afán por la libertad y por el bien público, con impulsos egoistas de conservacion personal. Esta abnegacion de todo pensamiento jeneroso fué labrando eficazmente el terreno al déspota que luego habia de aherrojarlo todo con las cadenas fraguadas por el fanatismo y la codicia. El anhelo de evitar tantísima persecucion, y la urgencia de una vida azorada y violenta para unos ánimos aventureros defraudados del pábulo de peleas, acarrearón una indiferencia jeneral para con las desventuras del pais, y clavarón la atencion pública en los acontecimientos exteriores, en guerras y conquistas.

CARLOS QUINTO.

Esta era la España cuando Cárlos Quinto subió al trono. Heredero ya de la monarquía de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragon, le cupo luego la corona imperial, como nieto de Maximiliano, emperador de Alemania, con pretensiones al ducado de Borgoña, por nieto de María, hija única del último duque, Cárlos el Temerario. A los veinte años se halló Cárlos dueño de un imperio mayor que el de Carlomagno, y un mundo nuevo estaba en ademan de reconocer su señorío.

Pero el ay de Cárlos Quinto habia sido Adriano de Utrecht, despues inquisidor jeneral, y luego papa. Su ministro primero fué el cardenal Jimenez de Cisneros, tambien inquisidor jeneral, condenador de cincuenta y dos mil quinientos cincuenta y dos Españoles, de los cuales tres mil quinientos sesenta y cuatro al fuego. Y así, ya por su educacion, ya por los consejos que le suministró su ministro al ceñirse la corona, se halló Carlos Quinto imbuido en los principios exclusivos del fanatismo religioso y de la tiranía política, y en breve descolló como alumno amestrado por ambos inquisidores.

Sobreponíanse todavía en España al pavor de la matanza inquisidora varones osados que defendían á todo trance las libertades públicas. La reunion de córtés, verdadero paladio de las instituciones, se habia verificado en Valladolid, para dar al Flamenco Cárlos Quinto la investidura nacional de la corona; y la primera jestion del extranjero fué desentenderse de aquella autoridad, negándose á acudir á las córtés, y enviando encargados que se presentaron en su nombre para recibir el pleito-homenaje de los diputados de la nacion. Pero se niegan las córtés á ad-

mitir los comisionados y notifican al príncipe que no se le reconocerá por rey, si no acude personalmente á jurar su acatamiento á las leyes del pais. Aquel teson acobarda á Cárlos Quinto; pasa á Valladolid, y contestando ante las córtés á la fórmula dispuesta de antemano, jura: «Que guardará leyes, ordenamientos, libertades, fueros y usos de los estados, que no enajenará el menor trozo de la corona, ni agraciará á extranjero alguno con cargo, empleo, beneficio ú encomienda de ninguna especie.» En aquellas córtés fué el despidio de todo acento de la libertad agonizante: «Tened presentes, señor, dijeron al príncipe engreido, que un rey es el asalariado de la nacion.»

Retuvo por lo visto Cárlos Quinto aquellas espresiones entonadas, y se propuso no olvidarlas, pero se guardó mucho de estrellarse con aquella gallardía plebeya, y acudió al terror no menos que al cohecho. Así logró debilitar la pujanza popular, y cargó con lo mas florido y trascendental de la nacion para Flándes, á fin de arrollar á viva fuerza las franquicias municipales, entregando al rejente é inquisidor jeneral Adriano el desempeño de su esterminio por toda España.

¡Qué actividad asombrosa y qué arrojo sobrehumano arrebatan repentinamente á los Españoles! No cabe sosiego en pechos tan impetuosos, y no habiendo con quien pelear por el interior, allá se inflaman tras las huellas de Colon. Enarbola en 1517 Vasco Nuñez Balboa la bandera de Castilla en el Darien; la tremola en Méjico Hernan Cortés en 1519, y en el Perú, Pizarro en 1524. Denodados guerreros, su impetu y el fanatismo religioso y atroz que los enardece nos dejan atónitos, sin que sus atentados alcancen á contener nuestro asombro. En aquellas lejanías sin límites escasean de espacio sus primeros conquistadores; y parece que el cielo quiso sentenciarlos á tirarse al degüello por largos años, en castigo de sus maldades.

Penetró hasta el alma á Cárlos Quinto la humillacion forzosa ante las córtés de Valladolid, y su pecho despótico, ansioso de ostentar desmentidas aquellas espresiones de que *el rey es un asalariado de los súbditos*, arroja la mascarilla al verse con brio para acuchillar la libertad.

No se doblegan todavía los Españoles á la tiranía que se está ensayando, y así se sublevan contra aquella violenta tropelía; la justicia popular descuartiza á los diputados perjuros. Segovia es la primera en mostrar el ejemplar de una sentencia de muerte contra un diputado traidor á su encargo: aborótanse otros pueblos, y se formaliza la santa liga de Avila. Celebran los diputados comuneros sus sesiones en Tordesillas, y el 20 de octubre de 1520, estienden una protes-

ta de agravios, monumento muy reparable de señorío, de fortaleza y de patriotismo, dedicada al emperador (1). Cárlos Quinto les contesta desahorando á cuantos diputados se hallan reunidos en Tordesillas.

Inevitable se hace ya la guerra civil, y el porvenir de las libertades de España está pendiente de la suerte de las armas: capitanea Padilla á los comuneros, pero el desvío de las provincias, la deshermandad entre las diversas partes de la nación, deja sin resultas el vuelo de aquel ímpetu sublime; las jerarquías privilegiadas se arriman al emperador, y el clero, menos el obispo de Zamora, se atiene á las disposiciones de la Inquisición. Se había apoderado no obstante Padilla de la fortaleza de Torrelobaton; pero no teniendo mas que reclutas consigo, no puede contrarrestar á los Imperiales: lo alcanzan en las campiñas de Villalar, el 23 de abril de 1521, y su hueste queda dispersa, cayendo él mismo en manos del enemigo. A poco tiempo, Padilla, mártir de la libertad, fenece en el cadalso, y con él se entierran las franquicias de Castilla.

Ahoga Cárlos Quinto en la sangre del último representante de la potestad popular todo contraresto al despotismo, y en aquel mismo punto descuellu un nuevo contrario en Alemania. Alza Lutero su voz ya poderosa en la dieta de Worms, reta al papa y al emperador, estremece al catolicismo, y desenvuelve el principio reformador que en lo sucesivo ha de separar el imperio de la iglesia romana. Aquel mismo año de 1521 presencié el fallecimiento de la libertad en España y su renacimiento en Alemania, como si el Altísimo providenciase para que el foco de la vida y del entendimiento jamás viniera á apagarse. Quizás á no mediar las demasías abominables de la Inquisición, jamás lograra Lutero contrarrestar el poderío exterminador de los pontífices romanos. ¡Coincidencia harto conceptuosa! Asoma el caudillo reformador el año de 1517 en Witemberg, y contraresta al dominico Tetzel, farfante descocado, vendedor, en nombre de Roma, de indulgencias para todo género de delitos, y vocando: «*Queda todo purgado en sonando el metálico por las gabetas del papa*» (2).»

En aquel mismo año de 1517, subió Cárlos Quinto al trono de España.

Así es que entrambos gigantes para la historia, batallando de poder á poder en Alemania, desuellan en idéntico plazo sobre el teatro del mundo; el uno de destructor, y el otro de fundador de la libertad; el uno, emperador y rey, guerrero sobresaliente, estadista esclarecido, ostentando incontrastable predominio, vence-

dor en Pavia, dueño de la Italia, arrollador de los Turcos despavoridos, allá se enajena y se encumbra en alas del despotismo, y desempeña á las mil maravillas su instituto horrendo de dar al través con la libertad por donde quiera que la alcance su diestra. Sigue treinta años lidiando con ardid, hipocresía y desnudo á competencia; allá se desploma abrumado de timbres insustanciales; su estrella se empaña ante Mauricio de Sajonia en Inspruck, y Henrique II en los Obisposados; tiene que transijir en 1552 con sus enemigos en Pasau; aquel mismo, encumbrado por la dieta de Francfort para caudillo de la cristiandad militante, desangra la España, le saltea su libertad, y para en ocultar encerrado entre claustros su desaliento y cansancio. Traspasa la corona de España á su hijo, y el cetro imperial á su hermano, y así yace por fin el que sembró fatalidades agolpadas por sus ciegos sucesores.

Mas asoma Lutero, fraile desvalido de Witemberg, desaleatarga la Alemania, asalta de frente á las maldades de Roma y los abusos de la Iglesia, y reentona el cristianismo con los manantiales de la filosofía; contesta á las bulas del papa, ufano de verse atropellado por «defensor de las libertades del género humano;» y el 10 de noviembre de 1520, el innovador denodado, vito-reándole el vecindario agolpado á la puerta mayor de Witemberg, arroja al fuego la bula del papa con los decretales y otros libros pontificios. Brota aquel ímpetu y mas y mas fructifica, y su empresa se encumbra como todo intento grandioso y trascendental para lo venidero, descolante siempre contra un mundo de perseguidores. Conmuévase hondamente la Alemania al vaiven de opiniones muy nuevas, pero rebozantes todas de afectos religiosos. Avasalladas las conciencias, sobrevienen recios acontecimientos: en 1524 y 1532, se alborotan los campesinos como en España y pelean igualmente sin mancomún; pero las armas arrolladoras triunfan en Ulma y en Luptenstein, como habia sucedido en Villalar, y así víctimas á millares son sacrificadas por la Alemania al par que en la Península.

Cárlos Quinto abarca el orbe con su nombradía, sus timbres y su ajigantado poderío, sin que le ocurra jamás el establecer en España un régimen despejado, y su afán de empuñar en toda la autoridad suprema se cifró en proporcionar un instrumento de tiranía, sin acudir á la menor mejora á favor de sus pueblos (1). Cerca-

(1) No es absolutamente cierta esta proposición, pues se trató mucho de carreteras y de navegación interior, pero el desvarío guerrero lo orilló todo. Se planteó sin embargo el canal de Aragon, y la presa de aquel tiempo en el Ebro ha servido algunos años para

(1) Sandoval, Historia de Cárlos V, libro 7, 81.

(2) Mem. de Lutero, tomo 1, pág. 21.

do de extranjeros, jamás se hizo cargo de las urjencias de la España. Todo desfalleció bajo su mano estragadora; pausado en romper, nunca cejó en habiendo entablado una determinacion, sin ceder en un ápice para la mas leve concesion, arrollando riesgos y precisiones (1). « Soy jenialmente terco en mis opiniones acertadas, » decia un dia á Contarini; quien le contestó: « Señor, el insistir en el acierto no es terquedad, sino entereza. » Y el emperador le interrumpe diciendo: « Tambien soy tenaz en las equivocaciones. »

Solían Italianos y Flamencos infundirle estos descarrios, quienes eran sus palaciegos. Era Jevres su camarero mayor; Maingoat de Launoy su caballerizo; un Croy fué arzobispo de Toledo; Nasau y Buren merecian suma privanza, y Granvela, obispo de Arras, presidiendo el consejo supremo, terciaba con Gatinara en las intimidades del emperador. Vinculábase la grey extranjera, como era de suponer, en sus medros; el desquicio en la administracion, el boato costosísimo de la corte, la guerra, una arbitrariedad violenta y ciega y el menosprecio de las leyes siguieron desangrando el pais. Desde 1520 llegaron los impuestos á tal exorbitancia, que los pueblos manifestaron que debian sobrar para el aumento en las rentas de la corona sin mas contribuciones, y sin recargar, segun su espresion, la conciencia del rey; cuyo resultado se lograba, añadian, con ajustar el príncipe sus desembolsos á sus rentas (2). Gastaban los reyes católicos doce mil maravedises al dia, y Cárlos Quinto llegó á espendir hasta 150 mil (3).

No alcanzaron las contribuciones ordinarias á tanto desembolso; oponíanse las córtés á nuevos pagos, y no votaban subsidios sino despues de los desagravios. Tropezó Cárlos Quinto en las de la Coruña con una resistencia tenaz para votar impuestos; logró vencerla sin embargo, y luego se desenredó de trabas tan congojosas, precisando á las córtés al apronto de caudales, antes de contestar á sus reclamaciones; despidió las de 1529, que contrarestaban los nuevos impuestos, y todavía tropezó con ellas en Toledo, lidiando mas y mas contra sus desafueros.

Logró Cárlos Quinto del papa impuestos so-

bre los bienes eclesiásticos, y entre aquellas concesiones se halla la bula de la Cruzada (1), y recargó horrorosamente el comercio y la industria. Acudió Cárlos Quinto al dote de su mujer para los gastos de la guerra; en 1527, su ejército, falto de paga, se encamina al papa en busca del dinero que les debe el emperador; y en 1529, imposibilitado de pasar á Italia por la misma causa, traspasa á los Portugueses por una cantidad crecida los derechos de Castilla sobre las Molucas (2). Vende á Cosme de Médicis las fortalezas de Florencia y de Liorna por 150 mil ducados; y estuvo ya para vender al papa Farnesio los estados de Milan y de Siena (3).

Apurados todos aquellos arbitrios, acude á empréstitos extranjeros, y la desconfianza en su crédito y la urjencia de los apuros le precisan á pagar intereses de 10, 20 y aun 30 p. 100 (4). ¿No viene á ser la España del dia? Entónces, como ahora, se derrochaban de antemano las rentas del Estado.

Tenia Cárlos Quinto en 1550 empeñado casi el total de sus rentas; las de Castilla en 800 mil ducados sobre los 910 mil que estaba pagando; las de Nápoles y de Sicilia en 700 mil sobre los 800 mil que componian su conjunto; las de Milan de 400 mil estaban empeñadas por entero, como tambien gran parte de las de Flándes, y todo esto prescindiendo de las remesas de América, cuyo guarismo está en disputa, y que no podian menos de ser de consideracion.

Asoladoras eran estas logrerías para el pais, y la misma insuficiencia precisaba al emperador á nuevas demandas, pero ya nadie le prestaba sino con hipoteca. Entónces los extranjeros, únicos contratistas, lograban privilejios que anudaban el comercio y la industria de los naturales; y en los prestamistas se vinculaba la saca de renglones, cuya estraccion estaba prohibida á los Españoles, cargando igualmente con el monopolio de la introduccion; y así en manos de aquellos quedaba estancado casi todo el comercio interior y exterior y el de las Indias. En balde fueron las reclamaciones mas encarecidas, pues creciendo mas y mas las urjencias del príncipe, ninguna cabida tenian en él los lamentos justísimos del pueblo.

embocar el agua por el cauce moderno.

Por lo demás es muy positiva la plaga por el pronto de los extranjeros sedientos de oro, pero despues Antonio de Leiva, quien solia quedar en Viena de gobernador en Alemania, en ausencia del emperador, el duque de Alba y los demás jenerales españoles le merecian toda su confianza. N. del T.

(1) Cavallo, Contarini, Ranke, pág. 117.

(2) Ranke, pág. 359.

(3) Teoría de las Córtés, Mariana, tomo 2, pág. 426.

(1) En aquella bula se cifraba la facultad de comer carne, cerdo y huevos en los dias vedados para lo demás de la cristiandad, cuya contribucion abulta todavía ahora mismo con la cantidad de 15,166,000 reales en el presupuesto. Presupuesto de Mendizabal, pág. 397.

(2) Ranke, pág. 364.

(3) Vida de Don Diego Hurtado de Mendoza, pág. 20.

(4) Ranke, pág. 365. Cavallo.

Por tanto ni rastro de organizacion interior, ni viso de gobierno asoma con el despotismo militar del príncipe primero de la casa de Ausburgo. Carlos Quinto dió al través con las libertades públicas, estragó la nobleza, tiranizó y desangró al pueblo, soterró la industria y el comercio, viviendo siempre por medio de arbitrios y de logrerías. Una administracion pujante y atinada pudo aumentar las rentas del estado con la riqueza jeneral; Carlos Quinto plagó la España con todo jénero de vicios y excesos, y con una arbitrariedad asoladora que restaba los manantiales de la prosperidad nacional.

FELIPE II.

Sucede á Carlos Quinto el adusto Felipe II, cuya mocedad corre por cuenta del sanguinario y fanático duque de Alba, y honra el alumno al ayo.

Por el pronto Felipe, embargado en maquinaciones políticas, se desentendiende de la guerra, y se empeña en reinar con el terror, plantea al intento un sinnúmero de espías que abarcan su anchuroso imperio, y constituyéndose inquisidor sumo, los sobrepuja á todos en fanatismo y fervor monástico. Tiene en todas las diócesis correspondientes que le rotician el desempeño respectivo de los eclesiásticos, y en todas las universidades algun ajente que le participa la mas mínima novedad. Conoce de antemano á cuantos aspirantes acuden á un empleo, estando ya enterado de su índole, su mérito y su conducta particular. Al estallido de la Flándes ya tenia en su mano informes individuales sobre los revoltosos, sabia sus conciliábulos, su edad, su traza, sus mañas y sus acompañantes. En las demás córtes, sobre los embajadores apatentados, tenia emisarios secretos que se carteaban directamente con él (1).

Por el interior, tenia consigo algun ministro para imponerle en las sesiones del consejo; y Antonio Perez se granjeó, con este jénero de servicios, la privanza de Felipe, la que le redundó luego en sumo daño, pues tras haber sido el cómplice sanguinario del tirano, vino á parar en su víctima. « No asisto al consejo, solia decir Felipe II, para que cada cual desahogue sus ímpetus, y me basta una razon circunstanciada de su contenido para quedar enterado (2). » Hecho una vez cargo de las propensiones encubiertas de sus consejeros, se valia de ellos mientras negocios de entidad le precisaban á conservarlos; mas pasado el trance, una mirada de Felipe anunciaba al privado las iras enfrenadas por largo plazo y asestadas á su existen-

cia. « Cortísima es la distancia, decian los palaciegos, que media entre la sonrisa de Felipe y su puñal. » Con la perseverancia del padre en sus intentos, solia variar los medios, valiéndose alternativamente de los sujetos mas encontrados en opiniones y afectos, en pudiendo contar con su desempeño para el logro de las empresas. Requesens, apacible por esencia, relevó en el gobierno de los Países Bajos al degollador duque de Alba; y á los asomos de la paz, envió allá Felipe á Don Juan, Flamenco de nacimiento, conceptuándolo mas grato á sus compatriotas; pero con el malogro de tales medios, volvió Felipe á las crueldades aterradoras del duque.

Desaparecen los extranjeros con Felipe, prescindiendo de su jerarquía, pues ni servicios ni miramientos les dan cabida ni en la corte ni en los consejos. Con esta mudanza fundamental encabeza la Castilla todos los estados sujetos al cetro español. « No aprecia el rey, dice Soriano, mas que á los Españoles. »

El duque de Alba, Ruy Gomez de Silva y Espinosa, fueron los ministros predominantes en el reinado de Felipe.

El duque de Alba es el dechado mas cabal del frenesí calenturiento de sangre que estaba á la sazón atenaceando los pechos españoles; revestido de la confianza de Felipe, que le habia dado su firma en blanco sobre los Países Bajos, llegó á ser ferocísimamente cruel. Desaforó á las provincias flamencas para traer des-pavoridos á los moradores con sus degüellos, comprendiendo entre los ajusticiados á los condes de Egmont y de Horn en Bruselas; cuya muerte vengada fomenta la libertad y desale-targa el pueblo. Pero yacen diez y ocho mil víctimas á manos del sanguinario gobernador de los Países Bajos, antes que el castigo alcance á la cerviz de los verdugos. Trataba aquel tirano implacable con el mismo teson á su amo que á los súbditos alborotados; y en medio de la lóbreguez silenciosa que estaba cercando á Felipe, prorumpia el duque de Alba: « No vengan á esprimirme todo el jugo; no me han de calar por entero, pues todo libro leído queda ya orillado. » (1). Se avenia á ser instrumento de una tiranía jenial para su altivez; pero esta no se allanaba á reconocer albedrío superior al suyo, y así nunca se mostró flexible y obsequioso, ni aun con el mismo rey.

Ruy Gomez de Silva, palaciego mañoso y avenible, se contraponia á las ínfulas del duque, pues se anonadaba en público ante Felipe, rendido siempre á sus disposiciones, y luego con arterías recónditas realizaba sus intentos. Des-alado todo tras la privanza, no escrupulizaba

(1) Banke, p. 131.

(2) Cartas de Antonio Perez.

(1) Perez, Segundas Cartas, pág. 136.

los pasos para conseguirla; y competidor de Alba, vino á desbancarle arrimándose siempre á las miras y propensiones del monarca; y así el duque, refiriéndose á Ruy Gomez, decia en la antecámara, apuntando al dormitorio del rey: «Mi contrincante no atina con los mejores consejos, pero se amaña á cuantos caprichos hay por allá dentro.» No cabe piucelada mas retratante de Ruy Gomez.

Tan encontradas índoles, siempre contrapuestas y dividiendo el ánimo de Felipe, vinieron á encabezar sus bandos respectivos. Jamás trató el rey de hermanarlos, pues en suma se complacia con aquella desavenencia; como que llevaba por tema el reinar dividiendo, y allá se reconocia con pujanza suficiente para avasallar los dos partidos que presenciaba; descolaba en el uno aquel denuedo brioso que estaba todavía sobreviviendo á la pacificación de la España, y en el otro se apersonaba la hipocresía monástica, entrometiéndose por donde quiera con rendidos ardides.

Brota de suyo entre bandos contrapuestos un tercer partido, como hijuelo de los otros: y así, entre aquella competencia del duque de Alba con Ruy Gomez, asomó un tercero en discordia, el doctor Diego Espinosa. Atareábase día y noche Felipe II; y Espinosa, ambicioso y acicalado, y tan eficaz como placentero, y luego perspicaz en extremo (1), se hizo cargo de que el rumbo acertado para privar con el rey era el trabajar hasta lo sumo. Logró de sobras su intento, pues el receloso Felipe vino á encelarse de tanto desempeño para los negocios públicos. Lo fué desde luego encumbrando á todos los cargos, haciéndolo presidente del consejo de Castilla y de Italia, inquisidor supremo y cardenal. Tan suma privanza le granjeó tal concepto, que le apellidaban el monarca de Castilla (2); pero le redundó en daño con el verdadero rey; y un día al endiosarse el cardenal con su escelso poderío, el adusto Felipe le participa atropelladamente su caída. No pudo sobrellevar Espinosa tan inesperado golpe, y falleció en el mismo año (3).

Ya se está viendo cómo los bandos batalladores en las mismas gradas del solio traen larguísima fecha en España, y que el gobierno, embebido todo en tramoyas palaciegas, no ha podido menos de ser una tiranía intolerable.

Todo se vuelve cohecho en el reinado de Felipe II, y el cargo de diputado es un ramo de granjería. Uno de ellos lo compra en 14,000

ducados (1); desfallece el patriotismo, las instituciones se anonadan; y no son ya les córtés mas que un instrumento manejable segun el albedrío de una soberanía desenfrenada, y sujeta por otra parte al fanatismo religioso.

Conserva Aragon tal cual independencia; y se está en acecho de coyuntura para dar al través con aquellas córtés, cuando viene de suyo á rodearse. Prenden á Antonio Perez, ministro apeado, en Calatayud; se empeña la Inquisicion en apoderarse del preso, que el *Justicia mayor* y la diputacion permanente habian negado al rey; se alborota el pueblo (2), arrebatá á Perez de las garras de los inquisidores, y favorece la huida del reo á Francia. En seguida envia Felipe sus tropas; acandilla el *Justicia* al pueblo contra el ejército real, queda vencido y fenece en una hoguera de la Inquisicion en octubre de 1592 (3).

Espiran las libertades de Aragon con Lanuza, como las de Castilla con Padilla, y desde entónces no son ya las córtés mas que un remedo lejano de las que hemos ido manifestando á nuestros lectores; y en llegando á la dinastía francesa, verémos cómo ya no se convocan sino para su avenencia servil á la coronacion de un rey, ó al reconocimiento del heredero presunto del solio, pues todo se reduce á un mero acatamiento al derecho divino, en cuya virtud se va traspasando la corona.

Anuladas las córtés, todo asomo de vida política desaparece ya en España. Reina la Inquisicion á sus anchuras, apropiándose la potestad de unos soberanos idiotas y fanáticos. La administracion publica paró en un tráfico vergonzoso; y mientras toda la Europa se va como trasformando, destrozando las cadenas que le atajan el vuelo, en Alemania con la reforma, en Inglaterra con el propio móvil y el derribo de los Estuardos, y en Francia con el prodigioso vuelo de los injenios en el reinado de Luis XIV, trascuerda la España sus instituciones, al pronto con el embeleso de sus conquistas y la gloria militar, y luego con la aniquilacion absoluta de su fuerza vital. La poblacion diezmada ya siempre á menos, y el desamparo, la esterilidad y la ignorancia se aposentan en aquel territorio yermo.

En medio de la postracion jeneral, allá descuella un nombre esclarecido, escepcion aven-

(1) Marina, Teoría de las Córtés, pág. 27. Crónica del cardenal Don Juan de Talavera.

(2) El vecindario de Zaragoza mató á navajazos las mulas del coche de la Inquisicion. N. del T.

(3) No fué así: Lo degollaron en la plaza llamada hoy de la *Justicia* ó del *Justicia*, junto al mercado.

N. del T.

(1) Perez, Segundas Cartas.

(2) Ranke, pág. 173.

(3) Cabrera.

tajada en aquella época de estragado fanatismo; y es Don Juan de Austria, el hijo de Cárlos Quinto. Criado en el castillo de Villagarcía al cargo de un caballero, ignora Don Juan el nombre de su padre, y Felipe lo hace venir á un bosque cercano á Valladolid para noticiarle que es hermano suyo; secreto encargado por el emperador, poco antes de morir, al heredero de la corona. Lo destinan al pronto á las dignidades eclesiásticas; pero Don Juan está ansioso de nodadamente el peligro y el alboroto de las armas; huye de su rincón de Villagarcía y se embarca en la escuadra española anclada en Barcelona, al mando de García de Toledo. Tiene que volver á Valladolid por disposición de Felipe.

Se habian sublevado los Moriscos en las Alpujarras, y con ellos hace don Juan el estreno de sus armas. Su denuedo fogoso y su temprano desempeño en el arte de la guerra van ya pregonando al heredero de la nombradía de Cárlos Quinto. Habian los revoltosos arrollado á los jenerales veteranos; llega el lozano guerrero y tremola ya sus palmas triunfadoras en Guejar, Galita, Orjiva, Galera y Cadiar. Bondadoso, comedido y agradable, descuella don Juan al par con su humanidad, sus modales finísimos y la brillantez de su gloria; bañando en lágrimas el cadáver de su ayo, traspasado á los umbrales de Guejar. Ya está esperando la España en don Juan la venida de un hombre grande, capaz de aliviar las desventuras públicas; pero asoman ya por el alma alevosa de Felipe zozobras, recelos y envidias, que atajan á don Juan la carrera entablada con su acero, y le llama á Madrid. Llegado á la corte don Juan, es el único que se atreve á implorar la conmiseracion de Felipe á favor de los Moriscos, sus vencidos; y los apadrinó en todo tiempo.

Vano es su abinco; manda Felipe II que todos los Moriscos sean arrojados de Granada y traspuestos á las aldeas de Andalucía y de Castilla; se les acorralla, el 23 de junio de 1529, en una iglesia y en un hospital, y luego con su cuerda al cuello y maniatados se les conduce con escolta. Sujetos pudientes y aun holgados van hechos unos forajidos, y muchos fenece por el camino de cansancio y desamparo; faltando así de Granada largos millares de familias. Por de contado las tropas, alojadas y mantenidas antes por los Moriscos, carecieron de todo con la ausencia de sus huéspedes. Rematado fué el desconcerto, pues el soldado viéndose á merced de los abastecedores, cebados todos en su robo, se entregó á toda clase de desórdenes; y el gobierno tuvo que disimular todas sus demasías,

para evitar su rebeldía ó desercion (1).

Embargaba ya don Juan los ojos de los Españoles, pero mas esclarecida era su estrella, pues luego habia de asombrar al orbe con sus hazañas. Toma don Juan el mando de las escuadras combinadas contra los Turcos; tropieza con la armada otomana en las aguas de Lepanto; va recorriendo el frente de sus naves, se encara y habla con las tropas, enarbola en seguida la señal del trance, y se abalanza ante todos sobre el almirante turco. Desbarata el enemigo, echa de ver que el ala derecha de la escuadra á las órdenes de Doria se halla en situacion arriesgada; vuela allá para libertarla y alcanza nueva victoria. Atónita la armada toda con los prodigios de valor de su jeneralísimo, no acierta á espresar mejor su asombro que con estas palabras: «*Es verdadero hijo del emperador*». Ansiaba don Juan, tras la victoria, marear sobre Constantinopla y dar al través con la potencia otomana, brindando á la Grecia entera con su libertad; mas Felipe habia colocado junto á su hermano un ayo, un enfrenador hipócrita y vendido. Disuade Requesens á don Juan, quien se atiene al dictámen que conceptuaba cuerdo y desinteresado.

Llega la nueva de la mayor victoria que los Cristianos alcanzaran contra los Turcos, y promueve Felipe: «La debemos á Dios, y no á mi hermano.» Envían á don Juan al Africa; sus nuevas proezas acongojan al monarca cuyo poderío está dilatando; el héroe de Lepanto y de Biserta se aparece á guisa de enemigo al mismo cuyos pendones tenia cuajados de laureles. Se esmera Felipe en desviar á los sujetos de mayor desempeño que cercan á don Juan, pues le quita á Soto, su secretario, enviándole á Escovedo; mas era este todavía mas ardoroso y mas entrañable que Soto, y en lo sucesivo le costó la vida aquel cariño con el príncipe que estaba sirviendo.

Gobierna don Juan los Países Bajos y contrapone á la desconfianza de los moradores un comedimiento y yagasajo que los asombra; le requieren que despida el ejército español, y se aviene á su demanda, paga á los soldados sus atrasos, y presta á los mismos estados una cantidad que les urja; á la despedida, clama la soldadesca por ver á su gallardo jeneral; pero don Juan se desentiende de los extremos de su jente, compuesta de tercios veteranos de Castilla, que recobran en breve la Italia á las órdenes del conde de Mansfeld. Corresponde la Bélgica con su agradecimiento á tan grandiosa conducta, pues

(1) Don Diego de Mendoza, Guerra de Granada.

jura don Juan en Bruselas y en manos del obispo de Bois-le-Duc, respetar los fueros de la Bélgica; mas la índole de Felipe II desesperanza á las provincias de la revalidacion del juramento, azora un susurro aciago á la muchedumbre, y estalla luego un rompimiento. Apodérase don Juan de Namur por medios poco decorosos á su escelsa nombradía, gana la batalla de Jemblus sin acobardar á los revoltosos, mientras desamparado por el rey de España, empieza á conocer lo doloroso que se le ha de hacer el guerrear contra un pueblo donde ha nacido. Escribe á Felipe; no merece contestacion; azorado y perseguido por las mas siniestras aprensiones, envia su secretario Escovedo á Madrid. Sabedor Felipe del afán de Escovedo por los timbres de don Juan, lo manda asesinar; y este aborto horroroso sale de la diestra de Antonio Perez, logrando por premio el protonotariato de Sicilia, que reditúa 12,000 ducados.

El golpe que traspasó á Escovedo alcanza al pecho grandioso de don Juan, y el desaliento se apodera de aquella alma abrasada con el afán de la gloria, tras la cual, decia, se habia de arrojar por una ventana, si asomaba otro amante de ella mas fogoso (1). Anhela don Juan arriuncarse en una celdilla entre los ermitaños de Monserrate, y ni aun aquella fineza desesperada puede recabar de Felipe. Desahuciado del porvenir y de su hermano, enferma tan de repente, que no cabe dudar en que la mano idéntica que mató á Escovedo fué la envenenadora de don Juan, viniendo á espirar con estremecimientos pavorosos. Su cadáver se salpicó al punto de pintas cárdenas y denegridas, se le acartonó el cuerpo, y la piel como chamuscada aparecia rojiza. Falleció, á los treinta y tres años, el 1.º de octubre de 1578. Era la divisa de don Juan: «Quien no adelanta ceja.» Felipe tenia escogida la de Tarquino: «Echar abajo todo el que descuelle.» Cupo á don Juan esta nivelacion horrorosa de la tiranía.

¿Cuál seria el sistema gubernativo de un monarca que dispone tamaños atentados, y que halla en la teología el desahogo competente para ellos? Antonio Perez, ministro de aquel gobierno, llamado «de venganza y no de justicia (2)» por el almirante de Castilla, escribia á Felipe: «Para cometer un delito arrojado, yo no acudo mas que á mi propia teología;» y Felipe le contesta al márgen: «Segun mi teología, opino como vos (3).»

Si defraudó Felipe á los Españoles de la poca

libertad respetada por su padre, ahondó mas y mas la llaga mortal de su administracion pública. Al empuñar las riendas de tan grandiosa monarquía, halló exhaustos los recursos, apuradas las rentas ordinarias, y la nacion exánime con deudas é intereses agolpados.

Aquella situacion administrativa de la monarquía prepotente en Europa, es al parecer el postrer término del desórden administrativo y de la miseria jeneral; pero los sucesores de Carlos Quinto van á sobrepujarle en demasías tan inauditas.

Para contrastar tanto apuro, acuden los consejeros de Felipe II á las tropelías de la consumada irracionalidad y al despojo de haberes á diestro y siniestro. Orillando toda ley y hollando la humanidad, idean al pronto el *repartimiento* de los Indios por dinero, esto es, la venta de hombres á otros hombres. Se trató tambien de bancarota. Pregonaron osadamente los ministros de Felipe que no estaba el rey obligado á reconocer las deudas de su padre, pues quedaban harto reintegrados los acreedores con los intereses exorbitantes que habian ido cobrando, y eran de dictámen que ni se cubriesen desembolsos, ni se siguiese pagando los réditos (1). Se acordó fabricar moneda falsa, pero se cesó luego por una reyerta que sobrevino entre el asentista y el confesor del rey que mediaba en el negocio (2).

Desecha Felipe los dos arbitrios primeros: el primero por zozobra de encumbrar feudatarios poderosos mas bien que por miramientos de humanidad, y el segundo por temor de quedarse sin prestamistas; pero se vale de otros medios no menos odiosos y violentos para lograr caudales. Envia á Ruy Gomez de Silva á Castilla, facultado para empeñar y enajenar cuanto fuese dable, y juntar dinero á toda costa. Tiene la princesa Juana que avenirse á la venta de diez cuentos de renta que tenia impuesta actualmente sobre la *Alcabala*. Se precisa á los particulares á hacer préstamos de palabra. Adelanta el rey de Portugal una porcion de mercancías de la India que se negocian en Flándes; se toman á rédito usurario 300 mil ducados en la feria de Villalon (3). Pide Felipe á los Países Bajos un préstamo de veinte y cuatro toneles de oro, y lo consigne; exige en seguida 800 mil florines, y en fin con diferentes jéneros de desembolsos desapropia de aquellas provincias en un solo año hasta 5 millones de ducados.

Es el comercio de lana el mas floreciente del

(1) Ranke, páj. 180.

(2) Khevenhiller, *Anales de Fernando*, 1, fol. 41.

(3) Memorial, 198, Cabrera, Felipe II, lib. II, c. VI, páj. 1008.

(1) Ranke, 380.

(2) Soriano al senado de Venecia. Ranke, 380.

(3) Michell, *Relazioni d'Inghilterra*, folio 79, Cabrera, Soriano, Ranke, p. 382.

estado, y Felipe le carga el impuesto de un ducado por saca, estraida por buques españoles á Flándes, y dos á las que pasan á Francia ó Italia, duplicando el derecho á los extranjeros. Claman las córtés, y contesta Felipe: «Así lo requieren las urjencias (1);» y sigue adelante por tan desastrado rumbo. Enajena cortijos, aldeas, vasallos, jurisdicciones y fincas concejiles; y al recordarle las córtés en 1558 sus comprometimientos jurados y contrapuestos á tamañas tropelías, Felipe, por via de contestacion, va vendiendo encomiendas, ejecutorias, rejidurias, alcaldías y escribanías; destinos (2) todos reservados hasta entónces para recompensa de servicios públicos. Nada basta; pide Felipe al papa la venta de fincas eclesiásticas con calidad de reintegro (3); y atropellándolo todo, se apodera del caudal de comerciantes y viajeros procedente de las Indias. Así pues un rey fanático por la relijion, besando rendidamente la mano de un clérigo, está robando públicamente por método administrativo, y para lograr el perdón del clero dejado en carnes con tanto subsidio, allá se arroja enfermizado con la relijion y la cristiandad; pero el comercio es el mas recargado de contribuciones, cuyo producto se le hace imprescindible, pues en 28 de mayo de 1566 espide tres decretos pujando los derechos de entrada y de salida á 7, á 10 y á 20 p. 100.

Inaguantables son exacciones tan redobladas; pero jamás llegan á cuajar las arcas reales, pues el descamino, compañero perpetuo de las tropelías administrativas, alejaba de su cauce aquel raudal del pueblo desangrado. Simaba la guerra una porcion por fuera, y la España desventurada yacia en mortal desamparo. En 1575 y 1578, se fueron al parecer estremando estos gravámenes fuera del ámbito de la resignacion mas rendida (4). Un edicto de 1576 suspende todos los vales de los acreedores del estado, ya sobre rentas públicas, ya sobre el patrimonio real. Se van rebajando de los capitales las cantidades recibidas sobre el importe de los réditos que se prefijan de nuevo: se les entregan vales refrendados con arreglo á la reduccion arbitraria, dándole efecto retroactivo sobre todos los contratos celebrados desde 1560 (5). Al estar ahora viendo el réjimen público de España despeñarse por los mismos descarrios, hollando contratos solemnisimos con la maldad de los ministros de Felipe, no hay que ir en busca de otras causas de

nuestro descrédito y decadencia espantosa; pero al sentenciar nuestra época de inmoralísima, en no repudiar las tradiciones inicuas del absolutismo, pedimos por lo menos que se reconozca cómo las tropelías, injusticias y falta de fe que están tiznando la administracion de la España moderna traen oríjen muy remoto. Si hasta ahora la democracia no se ha hecho cargo de que el pundonor en el gobierno y el acatamiento á los contratos son las reformas preferentes para encabezar la administracion de España, que está padeciendo en esta parte los estragos del ejemplo y las resultas de tres siglos de espantoso desconcierto; este aciago sistema es aborto de monarcas derrochadores ó mercedatarios, despojadores, embusteros y sin vergüenza, y compendiadores de toda su sabiduría administrativa en esta cantilena: *Dueños de vidas y haciendas*.

Al ver Felipe II desangrado al indefenso pueblo, y al clero destituido de gran parte de sus riquezas, se revuelve en torno de sí tras algun asidero, y en aquel allanamiento jeneral, no descubre ya mas que la grandeza por esprimir. Retrocediendo al principio de las mercedes hechas por sus antecesores, va requiriendo pruebas terminantes de la validez de sus fincas. Asaltan los fiscales la propiedad de varios señores, desapropiándoles el diezmo marítimo que estaban gozando desde muchos años (1).

Los mismos que habian visto sangrar la nacion sin chistar se alborotan al mirar amagadas sus riquezas por las garras de la corona. Ajenos de las desventuras y padecimientos del pais, se hermanan para la defensa de sus intereses, y tiene Felipe que cejar en este postrer intento.

Desahuciado y medroso de asaltar la jerarquía que le estaba sirviendo de estribo para derribar la libertad pública, Felipe se arroja contra el clero y los ayuntamientos. Concédale Pio IV, no solo la mitad de las rentas de la Iglesia (2), sino tambien auxilios incesantes para el mantenimiento de las galeras. Pio V le revalida la contribucion del *escusado*, esto es, el diezmo de los bienes del clero (3), y luego la *cruzada* (4). Acudiendo siempre á Roma para que le santificase las exacciones que se rozaban con los bienes eclesiásticos, negoció y logró de Gregorio VIII un nuevo empréstito sobre el clero, del im-

(1) Cabrera, Ranke, 397.

(2) Lettera di Mula, amb. ven. Roma, 28 de junio de 1566.

(3) El *escusado* era el derecho que tenia la hacienda para escojer la casa mas aventajada de cada pueblo, y cobrar todos sus esquilmos, los diezmos que tuviese á su cargo.

(4) Catena, Vita di Pio V, p. 184.

(1) Cortes de Valladolid de 1558.

(2) Cabrera.

(3) Lettera di Mula, amb. ven. Roma alli 28 di giugno, 1566, mscr. Ranke. 397.

(4) Ranke, páj. 394.

(5) Cabrera.

porte de 170,000 escudos anuales (1).

Todo el desembolso del clero no bastó para las urjencias de Felipe; se habian soslayado los grandes al embate despojador, y el monarca seguia siempre menesteroso. Así pues se revuelve todavía sobre el pueblo, ya exánime en su desamparo, y puja el derecho de alcabala hasta el 10 p. 100. Estanca los naipes, el azogue, va vendiendo derechos dominicales (2), recarga los derechos de entrada, y aumenta el ya crecidísimo de las lanas. Sube mas y mas los aranceles (3).

Al presenciarse las desventuras y el hambre que están acosando el país, prorumpen las córtices desaladamente en quejas; claman y reclaman contra la exorbitancia de impuestos, tan contraria á cuantas promesas se habian hecho á la nación, y vocean en suma que la desdicha y los padecimientos de tantos recargos sobrepujan á las fuerzas humanas.

Pero ¿qué suponian para un tirano desalmado el desamparo y las angustias de cuantos pueblos padecian la desventura de vivir bajo su centro desangrador? ¿No tenia que estar asalariado tramoyas y vilezas en Francia y por donde quiera, costeando asesinos, agasajando á príncipes extranjeros y cumpliendo plazos de pensiones enormes, entre ellas, por ejemplo, la del duque de Urbino, con 12 mil escudos para su mesa? ¿No tenia que seguir degollando poblaciones en Flándes, sosteniendo guerras arruinadoras, y para eso que sacar dinero y mas dinero? No habia llegado todavía la España al trance postrero de sus desventuras, pues tenia que suministrar á su soberano abominable medios para tender por la lejanía el luto con que estaba ya cubriendo su reino exhausto.

No quedándole ya dinero que saltear, pide Felipe préstamo en especies, y las provincias tienen que entregar cuanto cojen. Dale la Andalucía dos mil quintales de galleta. Sevilla sola diez mil toneles de vino, y Galicia le suministra seis mil quintales de cecina (4). No basta; en 1589, idea Felipe el impuesto llamado de *millones*, abarcando los consumos de primera necesidad, vino, aceite y carnes (5). Venian á rentar ocho millones de ducados al año, cuya suma no redime los apuros de Felipe. En 1590 se encara con los grandes, no como amo, sino con rendimien-

tos de pedigüeño; les pide un agasajo que los grandes, ajenos de la escasez pública, le aprontan. Abre un empréstito; lo cubren casas extranjeras, y produce ochocientos y cincuenta mil ducados; mas cuando se trató de anticipaciones sobre los millones sobredichos, no pudieron los pueblos exhaustos aprontar mas que una parte escasa (1).

Sepúltanse los tesoros de América en aquella sima. Se regulaba la renta de las provincias ultramarinas, en 1595, hasta dos millones de escudos (2), y solo el Potosí rendia, en 1579 un millon de duros (3). Se descubrió por 1574, una mezcla de bronce y mercurio, cuya innovacion aumentó el producto de las minas (4). En 1595 se triplicó este producto, y llegaron á San Lúcar treinta y cinco millones de escudos en oro y plata, y en 1596, ni rastro quedaba de aquel dineral en Castilla (5); subsistiendo los apuros intrincados cual nunca en el erario; y mostrándose este siempre horrorosamente desnudo. Acude entónces Felipe á sus consejeros para que le descifren aquel fenómeno; y tan idiota en los ramos de administracion como tirano en su despotismo, está lamentando su estremada pobreza en medio de tantos caudales arrebatados á viva fuerza. Y no le ocurre otro arbitrio y específico para aquel achaque mortal que el de nuevos salteamientos. Volviendo á las andadas de 1575, dispone que se retiren á los acreedores del estado sus rentas, derechos, propiedades empeñadas, cuantos títulos se les hayan entregado, reponiendolo todo al cargo del erario (6). Aterró en casa y fuera aquel robo trocado en sistema de gobierno, acarreado á miles quiebras de infelices desposeidos. Claman los acreedores, y la contestacion se reduce á mas y mas demandas de caudales, aceptando empréstitos usurarios, obligando las rentas del estado, y engullendo de antemano todos sus productos. Halla todavía prestamistas ciegos y sedientos de ganancia. Espendido aquel caudal, se halla el estado sin rentas y sin asomo de recursos; y el rey de España, aquel Felipe II, verdugo de su hijo, de su hermano y de sus vasallos, robador de todos, trastornador de la paz del orbe, va mendigando, en 1591, de puerta en puerta un don gratuito: avillanamiento muy propio de un poderío empapado en sangre; y entónces llega por fin al término de sus salteamientos, cuando los pueblos se niegan á pagar, por

(1) Negociacion de monseñor Segá, ms. Ranke, p. 400.

(2) Cabrera.

(3) Ranke, 461. Marina, Teoría de las Córtices, t. 1 p. 304; t. 11, p. 394.

(4) Aparato de la guerra de 1588. Tesoro público, tomo I, páj. 67.

(5) Gallardo Fernandez, Oríjen de las rentas de España.

(1) Khevenhillier, tom. III, p. 170.

(2) Contarini..

(3) Humboldt, IV, 175.

(4) Ulloa.

(5) Gonzalez de Avila, Vida y hechos del rey Felipe II, p. 35.

(6) Ranke, p. 405.

cuanto el producto entero de las haciendas no alcanza á cubrir los impuestos; y el señor de una monarquía, en cuyo ámbito jamás se pone el sol, tiene que ir alargando indecorosamente la mano; ¡ está mendigando!

Queda retratado el gobierno de Felipe II; ni los escesos mas rematados de los días peores de la revolucion patentizan un cuadro de tropelías, desafueros y maldades comparable á aquel reinado de tantísima desventura. Todo se achica junto á tales atropellamientos de la fe pública, de los derechos de la humanidad, y de los miramientos mas obvios del pundonor; y sin embargo no habia aun estremado la suerte sus rigores con la España, ni los ahogos de una tiranía mas y mas delirante, sin poderse detener en el sesgo de la vileza y afrenta adonde la habian arrebatado el fanatismo religioso, la codicia y la ignorancia; y valiéndome de las espresiones de Mr. Ranke, «era la España con Felipe II como un estanque desaguado con sobrados derrames, y sin manantiales suficientes para sostenerlo; y así iba asomando el fondo, y se estaba palpando la precision de abocarle manantiales, cuyo raudal quedaba sin embargo exhausto antes de llegar á su destino.»

Aun este concepto pintoresco del autor alemán no me parece absolutamente cabal, pues su símil supone manantiales disponibles. Mas se asemeja Felipe al necio de la fábula que degüella la gallina ponedora de huevos de oro, pues con su rematado desgobierno quita toda posibilidad de remedio. Desangró la España, le arrancó la vitalidad, dejando un esqueleto social que ha empleado tres siglos en venir pausadamente á postrarse y fallecer, ó á padecer revoluciones, vaivenes políticos que determinan las crisis desalvacion pública, parando por fin nuestra época en la disyuntiva de fenecer ó sublevarse; y la España se ha sublevado.

FELIPE III, FELIPE IV, CARLOS II.

Implacablemente inhumano habia sido Felipe II, á impulsos de un fanatismo yerto, pero sanguinario; teniendo que encubrir sus pensamientos con solapado disimulo, para sobrecojer inopinadamente amigos y enemigos.

Hermana Felipe III con la crueldad del padre un rendimiento indecoroso ante la potestad monástica, postrándose á las plantas de frailes hediondos, cuya bendicion está implorando. Embrutecido con su educacion claustral, carece de albedrío, y pone las riendas del estado en manos de sus validos. Dispone que la firma de uno, el duque de Lerma, equivalga á la suya, y todo un rey de España aspira, por sumagloria, á ir peregrinando hasta Roma.

No bastan los estragos de cadalsos y espulsiones desaforadas de Judíos y de Moriscos; pues un número crecido de aquellos desventurados logra salvarse de tanta persecucion, y Felipe III toma á su cargo el redondear los afanes de abuelo y padre. Un arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, que Roma beatificó sin rubor, manifiesta á Felipe la precision de arrojar del reino de Valencia los Moros restantes; *por cuanto su maestria en labranza y artes daba motivos fundados para maliciarlos de trastornadores del sosiego público* (1). Por mas que clamen los hacendados contra aquel destierro que va á defraudarlos de la jente mas laboriosa y dejarles yermas las campiñas, refuerza la Inquisicion la instancia del arzobispo; y Felipe III fija el plazo de aquella espulsion de los Moriscos al 11 de setiembre de 1609 para los de la provincia de Valencia, y al 10 de enero siguiente para todo lo restante del reino; emigracion nueva que defrauda á la España de un millon de habitantes vividores y provechosos.

Estas barbaridades eran obra de una corte que estaba alternando entre ejercicios devotos y aun supersticiosos, y representaciones teatrales que ansiaba con desenfreno. ¿Cuál venia á quedar el pais en medio de aquel hervidero revuelto de palacios, clérigos y farsantes?

Mengua por puntos la poblacion, desaparecen el comercio y la industria, pero centellea galanamente la corte con festejos, y rebosan de oro los privados. Gasta solo el duque de Lerma en el desposorio del rey 300,000 ducados, 400,000 en el cambio de madama real de Francia con la infanta de España (2), y dedica 1,153,283 ducados á fundaciones particulares, y así todo palaciego se va enriqueciendo á proporcion de su jerarquía (3); y el clero, recibiendo á diestro y siniestro caudales y fincas, se va apropiando la mayor parte de las haciendas del reino (4).

Inmensas son las sumas que suministra la América en el reinado de Felipe III, pues de 1608 á 1616, llegan de 10 á 11 millones de ducados al año, y aun de 1620 á 1624, ascendió el producto á 14 millones (5); y todo estaba ya empezado de antemano con el derrochamiento de la corte y el desquicio administrativo.

En las dos pinceladas siguientes, del consejo de Castilla y las córtes, está hablando el reinado de Felipe III. Decia el primero al rey: «Las casas se desploman y nadie las reedifica; huyen

(1) Llorente, t. III, páj. 429.

(2) Ranke, 4to.

(3) Dávila, Khevenhiller.

(4) Representaciones de las córtes españolas, Felipe IV, p. 583.

(5) Ranke, 403.

los moradores, las aldeas quedan desiertas, los campos yermos y las iglesias vacías.» Luego las córtés prorumpian así: «Si el desconcierto sigue, no habrá en breve labradores para cultivar las campiñas, ni pilotos para conducir las naves; nadie se casará, y no cabe que en tan suma miseria pueda el reino durar todavía un siglo (1).»

Ninguna mejoría cupo á la España con el ascenso de Felipe IV al solio, en 1621. Siguió el desfrenado derrochador de la corte, y la guerra asoladora arrastró con cuantos recursos podían quedar en un país destruido; y desahuciados todos por parte de los hombres, nombraron á santa Teresa de Jesús por patrona del reino, esperando el patrocinio del cielo con su mediación. Escandalizó la novedad á los devotos de Santiago, cuyas plegarias habían redundado hasta entonces en tanto provecho de la España.

Exhausto está de todo punto el erario de Felipe IV, pues habiéndose pactado, en el desposorio de la infanta doña María Teresa con Luis XIV, un dote de medio millón de escudos de oro, estuvo M. Lionne muy advertido en apuntar, al estender el contrato, que *en virtud del pago* de aquella cantidad se realizaria la renuncia de la infanta á sus derechos para la corona de España. Nunca Felipe IV aprontó el dote, y suministró así á Luis XIV un pretexto para dar por nula aquella renuncia y declarar una guerra de devolucion; trocando así una cuestion de derecho público en un contrato civil.

La segunda infanta Margarita Isabel, desposada con el emperador Leopoldo, estuvo detenida dos años en Madrid, por no haber dinero para costear el viaje (2). Tan estremado era aquel desdoro, que escribía Luis XIV al duque de Beaufort, en 17 de setiembre: «Donde quiera que tropeceis con bajeles ó galeras de España, hay que obligarles á saludar mi pabellon.»

No alcanzan palabras á retratar la nonada en que se simó la España con Carlos II. Desvalida para pelear en Portugal y en los Países Bajos, é incapaz de hacer frente, ni acierta á negociar, ni á prever. Ya está asomado Luis XIV sobre Flándes, y aun insiste la corte en deshacer el embate que la amenaza; los avisos remitidos por el gobernador del Franco-Condado, marqués de Monroy, los pliegos del embajador en París, marqués de la Fuente, desembozando los intentos enemigos de la Francia, no alcanzaban á desaleargar á los ministros insensatos, desperdiciando un tiempo precioso en discutir sobre el sentido de las cartas que van recibiendo, sin

dar un paso conducente á la resistencia.

Para enterarse de lo que era á la sazón el gobierno español no hay mas que leer lo que participaba á la corte de Madrid el gallardo gobernador de Flándes, marqués de Castel Rodrigo, único Español que por entonces descollase con algun desenfado. Esta carta notabilísima tiene la fecha de Bruselas, en 16 de marzo de 1667.

«Di cuenta á V. M. por correo extraordinario del estado en que me hallaba y de mis zozobras de un rompimiento con la Francia, de sus crecidos preparativos sobre la raya, de nuestro desamparo, de la carencia de recursos en estas provincias, de la necesidad en que nos hallamos de tropas españolas é italianas, y de todo jénero de mejoras en nuestra situacion. Sigo como antes, y redoblando á V. M. las mismas instancias, debo decirle... que no hay medios ni arbitrios para abastecer las plazas de guerra cual convendria... *Los 200 mil escudos que tengo recibidos en seis meses* no alcanzan al centésimo de las urgencias... Me hago cargo de las necesidades que os apremian por España; mas el tenerlo así entendido en nada remedia los apuros que estoy padeciendo... Si vienen los Franceses á embestirnos, yo no veo arbitrio para salvar los Países Bajos, si no es por un milagro... No ignora V. M. que estoy clamando y protestando por largo tiempo... no hay convenio ajustado con el emperador, ni se ha providenciado para afianzarnos su arrimo, como lo estoy pidiendo muy de antemano... Por fin, señora, en nombre de Dios, suplico á V. M., si queda todavía tiempo, se haga cargo de la arriesgada situacion actual de los negocios, pues amaga nada menos que la destruccion total de la monarquía.... Por lo demás, en cuanto á mí, me siento con el teson competente para arrostrar todas las tormentas y desventuras, pudiendo creer V. M. que se hace aquí mas de lo posible, y que procuraré acudir á todas las urgencias, sin faltar en nada á su servicio, pronto á fenecer como leal y acendrado vasallo, tanto yo como cuantos se hallan aquí, vendiendo nuestras vidas tan caras como sea dable.»

Asaltan á los Países Bajos y se pierden; el príncipe de Condé conquista el Franco-Condado, sin que la corte de Madrid, desprevenida de dinero y de medios para ajenciarlo, pueda hacer nada para defenderse. Se acudió, por falta de arbitrios, á los dones gratuitos, y fueron ningunos. Se trató de nuevos impuestos; pero manifestó el consejo supremo la imposibilidad de aquel aumento, no pudiendo los pueblos aprontar ni aun los ya existentes. Se idearon expedientes, como rebaja de sueldos, reduccion de rentas constituidas, atropellando como siempre los empeños públicos, un impuesto sobre

(1) Córtés primeras de Felipe IV, Céspedes, p. 105.

(2) Pliegos del embajador de Francia, Madrid, 20 de junio de 1663.

las mulas de tiro y otros desvarios de este jaez; en fin, tras una campaña afrentosa en el Franco-Condado y los Países Bajos, tiene la España que avenirse á la ley del vencedor. Firma, el 3 de abril y 2 de mayo de 1668, la paz de Aquisgran, cediendo á la Francia un cordón de plazas fuertes y preparándola para redondear su conquista de todos los Países Bajos.

Pongo á continuacion documentos de oficio, por donde se conceptuará el régimen administrativo de aquel reinado; y con ellos el extracto de una memoria del consejo de estado, fecha en 25 de noviembre de 1667, contestando á varios proyectos consulados al consejo por la reina rejente. Se trataba de aprontar medios para acudir á los apuros orijinados por la guerra con Portugal y los Países Bajos.

Se esplaya anchamente el consejo, y llega á sus conclusiones, que son del tenor siguiente:

«Que desde el reinado de Fernando el Católico, nunca se vió la monarquía española tan exhausta ni tan destituida de todo arbitrio para hacer frente á tamaño peligro; por tanto, entre los varios medios propuestos para juntar caudales, el consejo persuade á V. M. que se sobreponga á toda zozobra, aplicando á las urjencias del estado la mitad del dinero, metales preciosos y diamantes que llegan por los galeones. Este es el arbitrio ejecutivo y conforme con las necesidades para acudir á los peligros de la monarquía, recayendo el gravámen sobre individuos opulentos, extranjeros los mas y por consiguiente no contados entre los súbditos de V. M.; pero procurando indemnizar á cuantos alcance el sacrificio de aquel producto por ocho ú diez años. Al proponer tal arbitrio, no desconoce el consejo de estado el quebranto que va á redundar al comercio y al crédito del estado, puesto que los interesados habian venido á contratar en Indias bajo el concepto de la fe pública, con pactos revalidados por el rey nuestro señor; mas tambien le consta que de continuo hay quien se deja cortar un brazo ó una pierna á trueque de salvar el cuerpo; que en un incendio se arrojan por las ventanas alhajas quebradizas, y que en una tormenta, aun el naviero mas avariento tira igualmente al mar los tesoros mas ricos por alijar la nave. Al mismo tenor queda abonada la retencion de rentas y otros arbitrios, con la rebaja de valores ya planteada por aquel ramo; y si aquellas providencias son efecto de la necesidad, el extremo á que V. M. se halla reducida sincerará el partido que en su concepto debe seguir, con tanto mayor fundamento por cuanto ningun otro ofrece las mismas ventajas, ni acarreará tantos y tan prontos recursos como ahora se requiere. Hecho tambien cargo de que la situacion no consiente

desatender el menor arbitrio para juntar dinero, suplica el consejo de estado á V. M. que se entere de si seria ó no del caso pedir á mil individuos de todas clases, eclesiásticos ó seculares, á que le preste cada uno hasta mil ducados; encargando á dependientes amaestrados en negocios, y ante todo desinteresados, la tarea de formar las primeras listas; y los mismos comprendidos en ellas pudieran luego ir apuntando los demás, hasta mil, en disposicion de pagar 500 ducados. Todos los pasos relativos al empréstito correrian, fuera de la corte, á cargo de los prelados y correjidores, que se entenderian entre sí para que se ejecutase todo bajo el método mas oportuno y con el mejor éxito que fuese dable (1).»

El documento segundo es un razonamiento pronunciado ante la reina rejente, el 6 de diciembre de 1667, por el conde de Castrillo, presidente del consejo de rejencia. Allá va literalmente:

«Mi edad larga y quebrantada y el sinnúmero de negocios intrincados me precisan á devolver en manos de V. M. los cargos que ejerzo, por cuanto estoy viendo cuan diverso es el gobierno de la monarquía de aquello que debiera. Plantearon los reyes de España consejos, para tener ministros con la vista clavada en los reinos, buscando siempre sujetos de todo desempeño para los cargos, y para que en vista de sus servicios y de las razones que mediasen, los propusieran al rey para nombrarlos. Nada de esto se practica en el día, pues la reina es árbitra en valerse del ayo de su conciencia (2) y en informarse de él, sin contar con el consejo, y por su propia autoridad corre con el nombramiento de los destinos en todas las secretarías. Venturosa fuera la España, si no adoleciese de otros achaques; mas todos los ministros principales se muestran acordes en que nada bueno cabe esperanzar con tal gobierno, y que la monarquía va corriendo arrebatada á su total estermínio. Dolorisísimo se me hace el estar presenciando tamaño quebranto en el reinado de V. M.»

El reinado de Carlos II se redujo á una continuacion desastrada de aquel desórden anterior. Tan rematada era la idiotéz de aquel príncipe malthadado, que en 1697, cuando perdió á Mons, para escusarle la pesadumbre que le podia resultar, le manifestaron que Mons era de Inglaterra. Carecia á la sazón España de tropa, de navíos, de dinero y de consejo; andaban los grandes desavenidos, ambiciosos todos, y sin

(1) Archivo de Simancas, serie A, legajo 8, p. 42 Mignet, t. 2, p. 604.

(2) El padre Nitardo.

crédito ni autoridad (1). «Los Españoles, desvalidos y desgobernados, no podían estorbar la ejecucion de mi tratado con el emperador, la Inglaterra y la Holanda (2).» «Carece España de todo recurso, el gobierno está imposibilitado de suplir la falta de dinero y de fuerza, y el consejo y la corte andan desavenidos (3).» Era un cadáver. En fin yacia la nacion tan rematadamente difunta, que los estranjeros fueron tratando de apropiarse sus trozos descuartizados y en podredumbre; y Carlos II, monarca mentecato, dejó la corona, exhausta, envilecida por su interior é insultada por de fuera, á un príncipe estranjero, como si fuese una hacienda particular.

Esta fué la dinastía de Ausburgo en España. Entronizada por un déspota guerrero, dedica dos siglos á acabar en España con todos los manantiales de la prosperidad pública, y dejar apagadas las pavesas del entendimiento humano. La gloria militar, que centelleó esplendorosamente en el trance de fenecer las libertades públicas, embelesó instantaneamente á un pueblo de suyo ardoroso y recién salido de una guerra de largos siglos empleados en conquistar su independencia nacional. En la embriaguez del triunfo, se desvian los alaridos de las víctimas sacrificadas á la conquista y al enfurecimiento implacable del fanatismo político y religioso. Entre aquellos estravíos que encaminaban á la barbarie, no percibían los Españoles las yertas cadenas que les estaban remachando la Inquisicion y la soberanía. Así que, para el pueblo, el malogro de las instituciones es el envilecimiento, y para el solio la huesa; y así en España los reyes, con el afán de derribar la libertad, destruyeron su pujanza y poderío. A impulsos de un instinto asolador, siguiendo á la Inquisicion autojadiza é insensata, fallecieron moralmente, bastardearon, se consumieron y se alelaron. No cabiendo fuerza en Felipe III, en Felipe IV y Carlos II como en Carlos V y Felipe II, fueron cobardemente inhumanos. Enemigos se les hacían todos, y se retrajeron del público, allá emparedados en un palacio franqueado únicamente á privados, ramerías é inquisidores, apersonándose con la nacion tan solo en tropelías y en aparatos lúgubres de autos de fe. Empezó la dinastía con un déspota y acabó con un insensato. «Carlos Quinto fué jeneral y rey, Felipe II solamente rey (pero ¡qué rey!); Fe-

lipe III y Felipe IV ni aun reyes fueron, y Carlos II ni siquiera hombre (1).»

Es pues muy obvio que la decadencia siempre redoblada de España se eslabona con las causas recién-espuestas. Traspasaron las entrañas á la nacion, se internaron hasta su esencia vital, trascendiendo á su poblacion y sus productos. La España, despedada para con sus propias instituciones y opuesta á la libertad en las ajenas, se avino tácitamente á persecuciones horrendas en sus hogares, como tambien al sistema exterminador de sus célebres capitanes en guerras lejanas; y así ha venido á sentenciarse á las desventuras y padecimientos que la están acosando.

Despues acá no hubo arbitrio para henchir el vacío hecho en la poblacion por la soberanía y por el tribunal implacable de la Inquisicion, soterrando castas enteras de jente en sus lóbregas mazmorras, ó abrasándolas por millares en sus hogueras. Arrojáronse allá hombres sin cuento, y sabido es que la despoblacion es una de las plagas mortales de la España desventurada. Sobre tan pavoroso desenfreno, estamos luego presenciando guerras desapiadadas y degolladoras. con el alfanje católico, ya en América, ya en los Países Bajos. En los siglos XV y XVI, la España parece que se vincula en matar á diestro y siniestro donde quiera que asoma el pendon de la Inquisicion y de la soberanía. En Méjico, en Lima, Cartajena de Indias, Sicilia, Cerdeña, Oran y Malta, la Inquisicion entabla su rumbo y va degollando víctimas innumerables. En Milan, en Nápoles y en Flándes, países del señorío español, intenta plantearse la Inquisicion; y el catolicismo de entónces se patentiza por el rastro larguísimo de sangre que va dejando en pos de sí. El clero, tan irracional como implacable, no sabe sino acuchillar y mas acuchillar; deleitándose al parecer con aquel aciago sistema asolador, y alentando desahogadamente al anonadar la fuerza y la intelijencia de la nacion; y así solio, religion y pueblo ya no existen mas que sobre un cúmulo de escombros.

¿En qué habia de parar un país todo calenturiento de crueldad estremada y hecho alternativamente víctima ó verdugo? En lo que ha venido á ser. — Con tales costumbres desaparecieron las instituciones. Apeada la España de su encumbramiento, y ajena de toda prosperidad interior, se hundió en la miseria mas espantosa, que ha parado en estado normal.

Pueblos, dinastías é individuos han de pautar su moralidad y su justicia por un rumbo cuyo

(1) Memorias de Torcy, t. I, pág. 12.

(2) Pliegos de Luis XIV, del 16 de agosto de 1699. al marqués de Harcourt, p. 107.

(3) Memorias de Torcy, p. 123.

(1) Mignet, Introduccion á la coleccion de documentos inéditos sobre la sucesion de España, página XXXII.

desvío es perniciosísimo; y si no, ahí está la historia pregonando que las atrocidades llevan tarde ó temprano su castigo. El hombre anda, y Dios es su guía. Con esta guardiania invisible, nuestro libre albedrío dispone de los medios; sucede que nuestros cortos alcances no calan los intentos allá recónditos de la Providencia; mas nunca nos cabe dudar de que en todo hay un blanco para la disposicion del orbe y el réjimen de la vida. En descreyendo la moralidad de un árbitro superior, tendrémós que justipreciar los hechos como actos materiales, nuestra existencia vendrá á ser un juego del acaso, al par de cuantos acontecimientos la acompañan; pero por dicha el devaneo de este ateísmo embrutecedor se nos está patentizando á cada paso, é imposibilita un yerro tan afrentoso.

FELIPE V, FERNANDO VI, CARLOS III,
CARLOS IV.

Sucede la dinastía francesa á la austriaca, y entronizados acá los Borbones, desaparece toda política nacional. La España viene á parar en satélite de la Francia, esclavamente avasallada por el influjo lastimoso que ya no puede menos de aguantar; y en queriendo sacudir tan indecoroso yugo, tiene que arrostrar tremendos sacrificios. Esta prepotencia que la Francia se ha empeñado en ejercer sobre la España abortó una competencia de predominio extranjero harto aciaga para el país, pues ha querido la Inglaterra contrapesar á la Francia; y de aquí dimanau las oscilaciones del gabinete de Madrid, entre política inglesa ó francesa, sin dejar cabida al sistema castizamente español.

Con la paz de Utrecht, pacificada la España y reconocida la nueva dinastía por la Europa entera, la adhesion constante de un sinnúmero de Españoles, la victoria y tambien cierta magnanimidad en Felipe, todo se agolpó para legitimar un derecho que no adolecia de mas quiebra que la falta de aprobacion solemne de las córtés. Imbuido Felipe en los mandamientos del abuelo, en castigo de la resistencia de algunas provincias que le tenían airado, les quitó las reliquias de sus fueros y exenciones, y este nuevo embate acabará los quebrantos que se estaban ya padeciendo. Continué la Inquisicion su carrera de atrocidades, pues hasta 1.032 personas fenecieron en las llamas de los autos de fe, y la suma de sus victimas lastimosas, en el reinado de Felipe V, ascendió á 9.992.

Habia ya la dinastía austriaca allanado la carretera al despotismo, y el advenimiento de nueva dinastía tenia que dar la señal para nuevos atropellamientos contra los derechos de la nacion.

El primer desafuero consistió en el *auto acordado* de 1713, aboliendo la ley de sucesion, vigente en la monarquía desde siglos, para sustituirle la de los Agnados. No me cabe ahora el abogar por el sistema antiguo en sucesion, ni menos por la legitimidad de la reina Isabel, habiéndolo ya verificado en coyuntura reciente y como á voz de pregon, para tener que repetirlo; cuanto mas que suscitó ya esta cuestion en Alemania, el año pasado de 1839, dando campo al sabio catedrático de la universidad de Heidelberg, el Dr. Henrique Zepfl, para publicar su *Ensayo histórico sobre la sucesion de España*, obra que despeja todo asomo de duda sobre la validez de los derechos de la reina Isabel II. Hermanáronse la justicia y la victoria para encumbrar el derecho, correspondiendo á los conatos de la nacion, y demostrando la España cuán desvalido es el albedrío de un déspota contra el dictámen de la mayoría del pueblo.

Era el testamento de Carlos II un atropellamiento innegable de las leyes y costumbres del país, acta que ha trascendido tanto para el destino de España, y se eslabona tan estrechamente con los acontecimientos actuales, que manifestará mas adelante por qué tramoyas se vino á redondear aquel último yerro del reinado de Carlos II. Ya por dos veces, en menos de siglo y medio, el aciago menosprecio de las leyes, que escudan tanto ú mas al solio que á las instituciones de un pueblo, ha encendido la guerra en el corazon de España. Aborto en 1700 del testamento del rey postrero de la dinastía austriaca, la nacion se abalanzó á las armas; y ahora el *auto acordado* de 1713 ha servido de pretesto para la sublevacion; y ambos fracasos demuestran desde luego que está harto arraigado en España el derecho nacional, y que el atropellarlo redundará siempre en escarmiento. Carlos II y Felipe V, fieles á su sistema de ciego despotismo que tenia esclavizado el país, conceptuaron indecoroso para sus regalías el acudir á las córtés para disponer, el uno de la corona, y el otro de la ley que pautaba la sucesion, teniendo que bastar su mero albedrío para dar vado á todo lo venidero.

Estragados los tiempos, corria valida esta creencia, y se daba por escusado el beneplácito de la nacion; pero una guerra de trece años fué la protesta engeñada que debió manifestar á Felipe V como no carecia España absolutamente de energía. Desentendiéndose de todo, y con su innovacion tiránica en la sucesion correlativa de la corona, nos impuso la obligacion tremenda de protestar solemnemente contra tamaño quebrantamiento del derecho nacional. Mas venturosos que nuestros antepasados, yacerá ante nosotros el despotismo, y volará para siempre el

déspota que ha venido á pedir el solio en virtud del *auto acordado* de 1713.

Otro acto de Felipe V, que, por menos trastornador, no le ha redundado en tanto vituperio como la derogacion de la antigua ley de sucesion, y mas monstruoso todavia, si cabe tal gradacion en el menosprecio de las leyes, es su renuncia y su recobro de la corona. No solo contraviene entrambos pasos á todas las leyes de España, sino que atropellan tambien el mismo *auto acordado* de 1713, de forma que el fundador de esta nueva lejislacion fue el primero en quebrantarla.

Si no cabe descifrar aquel arrebato de Felipe V en destruir la ley en cuya virtud lo habia Luis XIV sentado en el trono, menos se alcanza todavia por qué extraño destemple viene á abdicar una soberanía, á los cuarenta años de edad, y tras haber movido una guerra jeneral en Europa, acarreado tanta desventura á Francia y á España, para luego reasir el cetro á pocos meses y seguir empuñándolo hasta su fallecimiento. Pero en no teniendo un rey mas regla para providenciar que su antojo y sus impetus, es por demás el pararse á averiguar el móvil de los estravíos de su arbitrariedad.

Conceptuó Felipe V escusada la concurrencia de las córtés para variar la ley de sucesion, y debió suponerse todavia mas desahogado para su renuncia, sin contar con la nacion ni juntar las córtés. Sin embargo, mientras estas han sido realmente tales, cuantos reyes de España renunciaron manifestaron sumo respeto á los estilos, la tradicion y las leyes fundadas por la sabiduría y el derecho nacional.

Ley fundamental y pacto mutuo entre la nacion y el pueblo es aquella ley que pauta los derechos y prerogativas de la corona. La familia en cuyas manos para el desempeño de aquella majistratura suprema tiene que observar la ley al par que el pueblo, manantial sempiterno de todos los derechos nacionales. Mientras las instituciones han sido en España la norma invariable de los reyes, todos se han ido atentamente doblegando á las obligaciones que les imponian, á fin de que se acatasen los derechos que les franqueaban. Abalanzóse el primero Carlos V contra las libertades públicas, y fué tambien el primero en descañarse la corona sin participacion de las córtés. Antes siempre tenian que sujetarse tales renunciaciones á la aprobacion de las córtés; y ninguno de ellos arrimó las insignias reales sin preceder el beneplácito de los diputados de la nacion.

Deja Wamba, en 680, la corona, que es electiva, y Ervigio, nombrado sucesor, tiene ante todo que testimoniar como es libre la renuncia de Wamba. Convoca al intento el segundo con-

cilio de Toledo, y se presenta con sus documentos justificativos de la espontaneidad de aquel acto, en el cual Wamba recomienda Ervigio á los grandes y condes palatinos para su eleccion. Aprueba el concilio todo lo hecho, revalida el nombramiento de Ervigio, descarga al pueblo del juramento tributado á Wamba, y encarga respeto y obediencia al nuevo rey.

Encumbraron á Bermudo I (el Diácono) al solio contra su voluntad en 788; los relumbros de la corona no le retraen de su propension al retiro, anhelando siempre vivir arrinconado. Se afana Bermudo por afianzar la paz, y aplacar las discordias que se oponian al reconocimiento de Alfonso el Casto, y logra traspasar el cetro al sucesor, aceptada una vez legalmente la renuncia.

Trata Alfonso el Grande, juntando grandes y prohombres, de retirarse, y en su presencia deposita las insignias de su potestad real, con esta fórmula de solemne renuncia: *Regimine se privavit presentibus filiis et potioribus regni sui*; y de resultas, proclaman rey á su hijo, el príncipe Don García.

Traspasa Alfonso IV (el Monje) la corona de Leon, en 913, al infante Don Ramon, su hermano, despues de consultar con los representantes de la nacion juntos en córtés en Zamora.

Las córtés de Valladolid, muerto Henrique I, proclaman por reina á Doña Berenguela en 1217; pero jenialmente mal hallada esta princesa con el bullicio de palacio, pide á las córtés se le franquee el traspaso de la corona á su hijo el infante Fernando; acceden las córtés, y sube al solio Fernando III.

Desde el siglo XIII, ya no aparece en la historia ejemplar de renuncia hasta la de Carlos Quinto á favor de su hijo Felipe, en Bruselas, el 16 de enero de 1556. Harto avezados tenia Carlos Quinto á los Españoles en el menosprecio de sus leyes, para que extrañasen aquella nueva arbitrariedad; y nadie se admirará de un paso que se da tanto la mano con toda la vida de aquel príncipe. Delinquiendo en cuanto debia á la España, guardó al menos consecuencia; pero aquel desprecio con las instituciones del pais corria parejas con el sumo tedio de los negocios en que su situacion lo habia puesto.

Despues de la paz de Crespy, muerto ya Francisco I, ajustó la Francia un tratado de alianza con los príncipes protestantes contra el emperador. Se renuevan las hostilidades en 1552, y Carlos Quinto fracasa en Metz, mientras los Franceses van penetrando por los Países Bajos, el Henoa, el Artois y la Picardia. Aquella alma fogosa y conmovedora de la Europa entera flaquea de improviso; apeado del embeleso del mando, quebrantado de afanes infructuosos.

renuncia el imperio y apetece la paz á todo trance. « La estaba ansiando , dice Robertson, no solo por el interés de su hijo , sino por lograr el timbre , al desviarse del mundo , de devolver á la Europa aquel sosiego de que la habia defraudado casi desde el principio de su reinado. » Queda pues descifrada aquella renuncia con el cansancio de treinta años de contienda , sin alcanzar el blanco de sus anhelos , y con el quebranto de sus fuerzas corporales , como que sobrevivió apenas dos años.

Nada de esto se echa de ver en la abdicacion de Felipe á favor de su hijo el infante Luis , príncipe de Asturias , mancebo de diez y seis años , que falleció á pocos meses ; mas adolecia Felipe de raptos de melancolía rayanos de la demencia (1).

Llevaba Felipe V veinte y dos años de reinado ; hallábase pues en edad de esperiencia y consejo como de fuerza y desempeño , y necesitaba la España una mano amaestrada en la cumbre del poderío para cicatrizar llagas muy hondas. De repente , por un antojo inesplicable , Felipe , sin contar con la nacion y sin juntar las córtes , se desprende de la corona , disponiendo de ella á fuer de patrimonio , alegando allá vulgaridades , que desmiente luego al ocupar de nuevo el solio.

Dice el texto de la renuncia : « Don Felipe , etc. etc. Sea notorio á todos los presentes y venideros , como hallándome de cuarenta años , y habiendo padecido , en los veinte y tres de guerra , quebrantos , trances , dolencias y desvelos , como saben todos , debo á la Providencia divina , que me ha apadrinado con tanta dignacion , el haberme desengañado de los devaneos del mundo , y no queriendo desentenderme de su enseñanza , he acordado , tras larga y madura reflexión , en conformidad con el dictámen de la reina (2) , mi muy querida y amada esposa , descargar me del sumo gravámen del gobierno de la monarquía. Bajo todos estos conceptos y consideraciones , usando de todo mi albedrío , *de motu proprio* , he resuelto ceder y renunciar en vos , príncipe Don Luis , como en virtud de esta acta cedo y renuncio en vos todos mis estados , reinos y señoríos. Y esta renuncia , que os hago sin reserva , etc. , etc. , quiero y entiendo que se mire y tenga por todos como *si lo hiciera yo en córtes á instancia de los procuradores*

(1) Historia de mi tiempo , tomo I , p. 44.

(2) Renuncia hecha contra la voluntad de la reina , que ansiaba gobernar el mundo , y no podia vivir mas que en el solio , y que , para estorbar que el rey estuviese desabrido en el trono , lo convino empeñándolo mas y mas en nuevas guerras. (Historia de mi tiempo , tom. I , páj. 14.)

de las ciudades , villas y aldeas del reino ; supliendo , como lo hago , á cuantas nulidades cupieren , y finalmente empeño mi fe y palabra real , y ofrezco mantener y observar esta acta de renuncia , y mando que se guarde y observe , á pesar de todas las leyes , fueros , usos y derechos comunes y particulares del reino que sean ó puedan ser contrarios á cuanto se espresa en mi renuncia , por cuanto es mi voluntad que cuanto en ella se comprende se tenga por ley espresa , teniendo la misma fuerza y vigor que si se hubiese formado y promulgado en córtes jenerales tras deliberacion madura y con su anuencia (1).»

Así que el descocado despreciador de las leyes pretende que su voluntad sea mirada como ley votada en córtes : confesion estraña del desvalimiento de aquel déspota , atropellador del derecho público , empeñado en que se respete aquella acta tiránica , como si tuviese sancion legal ; pues al renegar de la soberanía nacional , tiene que confesar que á ella sola compete el legitimar su renuncia ; invocando el nombre de las córtes como único medio de lograr obediencia.

En el mismo día de aquella abdicacion , el 10 de enero de 1724 , Felipe V otorgó un testamento , en que dispone de la corona como de una hacienda propia , instituyendo heredero universal de sus estados á su primojénito , el infante Don Luis , y á sus hijos y lejitimos descendientes , y en su defecto , *al infante D. Fernando y su posteridad , guardando el orden y grado establecido por el auto acordado de 1713* (2).

Aceptó el príncipe Don Luis la corona por acta fecha en San Lorenzo , el 15 de enero de 1724 , y en virtud de la renuncia otorgada por el rey su padre , de 10 de enero del mismo año. Fué Don Luis proclamado rey en Madrid el 9 de febrero siguiente.

Mas el enfado con las grandezas del mundo suele amainar ; quedaron trascordados los avisos saludables de la divina Providencia , y la palabra real , solemnísimamente empeñada en la continuacion de aquella renuncia , se revocó muy pronto. Fallece el rey Luis el 31 de agosto siguiente , y firma , al espirar , una acta , en que , sin disponer por sí de la corona , faculta plenamente á su padre para testar en su nombre y arreglar el solio como tuviere por conveniente.

« Concedo , dice en acta otorgada el 30 de agosto , víspera de su muerte , plenos poderes , y en la forma que mejor quepa en derecho , al rey Felipe V , mi padre y señor , para que en mi nombre , y como pudiera verificarlo yo mismo ,

(1) Marina , Teoría de las Córtes.

(2) Marina , Teoría de las Córtes.

arregle mi testamento, dictando mi voluntad postrera, pues nombro á S. M. por mi albacea *in solidum* para que ejecute lo que tenga por conveniente, en cuanto venga á enterarse de mi voluntad, pues mi ánimo entero y cabal es que S. M., en virtud de estos poderes, pueda practicar cuanto pudiere yo hacer en vida, sin la menor escepcion.»

Aquí tenemos un rey, mancebo de diez y seis años, quien ignora que su padre poco antes, en menosprecio de todos los derechos de la nacion, ha pautado la sucesion á la corona en su familia. Segun su albedrío, ignora igualmente que, en virtud de este arreglo dinástico, el heredero de la corona se halla en la persona de su hermano; se desentiende Don Luis del *auto acordado* en 1713, y habilita á su padre para disponer tras él del reino. En la vida privada de las jentes, semejante abuso de la facultad de disponer de un patrimonio ajeno se declararia nulo por todos los tribunales; y la nacion entera ha estado aguantando hecho tan escandaloso de unos poderes amplios para disponer de la corona de España.

Sucede Felipe V sin la menor dificultad á su hijo Luis; desapropia á su hijo segundo, reniega de las declaraciones solemnes del 10 de enero, se desentiende allá del *auto acordado* de 1713, obra suya, rease las riendas del estado, retractándose de los términos de su acta de renuncia del 12 de enero, y reentabla un reinado de veinte y dos años. Así es que ya en el primer caso, en que el *auto acordado*, decretado como ley reguladora de la sucesion al solio, tiene aplicacion, su mismo autor Felipe V es quien la quebranta, sin hacer mas aprecio de su propia ley que de las de la antigua monarquía. Acude por escarnio al consejo de Castilla, avillanado y servil, el cual le dice: «*Que Dios quiere con evidencia que reine, y que seria una impiedad el desoir su voz.*» Se consultan igualmente teólogos sobre la validez de la renuncia solemne hecha por Felipe V, *con ánimo de no ceñirse mas la corona, ni gobernar el estado en coyuntura alguna*. Estos rezadores palaciegos del despotismo contestan: «*Que á pesar de la renuncia hecha de la corona, cometeria Felipe V pecado mortal, si no se reencargaba del gobierno ó de la rejencia del reino*, la junta, hecha cargo de que la obligacion de recobrar la corona no es tan terminante y ejecutiva, puesto que si resultan gravísimos inconvenientes de que el rey se desentienda del gobierno ó la rejencia del pais, no sucede otro tanto en el caso de que S. M. se desentienda de sentarse otra vez en el solio.»

Equívoca pareció esta contestacion desde luego, pues apetecia la reina que Felipe fuese

rey, no rejente, y así se acudió nuevamente al consejo, proponiéndole dos puntos: 1.º Si se quebrantaba ó no el derecho del infante don Fernando con proclamar á Felipe V, rey de España. 2.º Si podria el rey gobernar como rejente, y si en aquel caso, tendria accion *para escluir á los tutores* (nombrados por él mismo en el acta de renuncia), *escojer otros, y tomar cualquiera otra disposicion*.

Insiste el consejo en su primer dictámen, y opina que debe reencargarse de las riendas del estado, *en concepto absolutamente de rey, so pena de apartarse de la voluntad de Dios*.

Convencido ya Felipe con razones tan concluyentes, se avino al dictámen del consejo y reasó la potestad suprema.

Hay que presenciar las actas auténticas de tales entremeses para darles crédito; y hay que buscar ejemplares tan desatinados de menosprecio de las leyes y derechos de un pueblo en las revoluciones del serrallo, donde el antojo de un déspota suele ser la única ley para la sucesion al solio. Si provocan á ira las demasias odiosísimas de la potestad real, acongoja aun mas la postracion afrentosa en que yacen las allá esclarecidas córtés de España, y antetodo el estremo de vileza con que los destructores de la libertad habian estragado al pueblo. Aquel afan malvado iba progresando con una tiranía apoltronada y cobarde, que daba al través con todas las instituciones, sin que medrase la potestad, siempre irracional, pues el despotismo fundado por la dinastía austriaca sigue acosando en la francesa, careciendo además de aquellos asomos de grandiosidad, independendencia y señorio; gobierno en que bastardeó la soberanía y se personó ahora nuevamente en don Carlos, flor, nata y dechado cabal del absolutismo. Se hizo cargo la España de su porvenir, y rechazó pundonorosamente al prototipo de tan embrutecedora servidumbre.

Sigue la España desmadrando por el pendiente en que se hallaba al encumbrarse Felipe V al solio, pues el desórden de la administracion y la falta de gobierno se están palpando. Nos valdrémos de las obras de Luis XIV para algunas citas sobre el estado de la hacienda y el rumbo del gobierno con su nieto; pues debía justipreciarlo adecuadamente. «Fenecieron como antes las rentas del rey de España, pues no se pagan las tropas (1). Estoy viendo hace tiempo que no cabe esperar auxilios de España; hasta que se atajen los abusos reinantes en la hacienda de S. M. C. (2)... Se carece absolutamente en Es-

(1) Carta de Luis XIV á M. de Belcur, enviado de Francia en Madrid, 13 de junio de 1701.

(2) Carta de Luis XIV al duque de Harcourt, 22

pañá de dinero, aun para los desembolsos mas imprescindibles, pues no hay arbitrio para acudir á la guerra de Italia, para cumplir los tratados, sostener las alianzas... en fin, estoy llevando á cuestas y solo todo el dispendio de la guerra (1)... Teneis que dedicaros, por vuestra propia gloria, al restablecimiento de los negocios, pues harto presenciales su desórden por la desidia de vuestros antecesores (2). Estais apreciando y aborreciendo cuanto os apunta la princesa de los Ursinos... Os empeñais en gobernar una monarquía mal afianzada sin consejo (3)... Estais enterado de la endeblez de mi nieto; cabe el que diga á la reina cuán vergonzoso conceptúo para él, y aun lo gradúo de oprobio para su reinado, el que la deje terciar en el gobierno (4).»

Véase cual era en 1744 el concepto de M. de Argençon, ministro de Luis XV, y se verá cuan enconrados iban siempre los intereses de ambos países.

M. de Argençon hizo cargo al rey «De que mientras viviese Felipe V, y siguiese gobernando su mujer, se haria muy arduo el ajustar la paz general de convenio con España, por cuanto jamás en aquella corte se proporcionaban los medios con los fines; que no se miraba mas que á los intereses propios agria y descortesmente, desentendiéndose siempre de los ajenos; que todo se encaminaba por el consejo de pasiones torpes, como orgullo, codicia y venganza; que se hacia forzoso negociar reservadamente la paz, prescindiendo de este aliado; y que manejando los negocios cuan acertadamente cupiere, con el ánimo acendrado de S. M. para todo, *no se noticiasen las condiciones á la España sino tras su conclusion muy afianzada, por mas que dijeseu o hiciesen* (5).

No agolparé aqui mas citas, pues el concepto de Luis XIV, sacado de su propia correspondencia, y el de M. de Argençon, ministro de Luis XV, dan barto á conocer lo que eran, en dos épocas diversas y en realidad, el gobierno de Felipe V, y las relaciones de ambas coronas, á pesar de los vínculos dinásticos que mediaban.

Sucede á Felipe V Fernando VI en 1746; príncipe endeble, y aunque bien intencionado, sin

de junio de 1701.

(1) Carta de Luis XIV al conde de Marcin, 31 de octubre de 1701.

(2) Carta de Luis XIV á Felipe V, 10 de setiembre de 1706.

(3) Carta de Luis XIV á Felipe V, 20 de setiembre de 1704.

(4) Carta de Luis XIV al duque de Gramont, 6 de enero de 1705.

(5) M. de Flassan, tom. 5, p. 237.

acierto para entablar mejoras, y mas con los quebrantos que padeciera el reino en la guerra de sucesion. La reina, hermana del rey de Portugal, parcial de la Inglaterra, y luego los ministros, recelosos del predominio que el gabinete de Versalles habia estremado con Felipe V, aunaron sus conatos para relajar los vínculos de sangre entre Fernando y Luis XV. Todo se volvió amaños en Madrid desde el asomo de aquel reinado, y el duque de Duras, embajador de Francia, se esmera en contrarestar el influjo inglés, cuyos sostenedores manifestos eran la reina, el privado duque de Alba y el ministro Wall. El padre Rábago, confesor del rey, era el único palaciego propenso á la Francia, y así quedó pronto apeado. Despavorido el ministerio francés con el influjo de la Inglaterra en el gabinete de Madrid, echó el resto para arrollar las indecisiones de Fernando VI, sin que jamás lograse vencer su debilidad; y poco prosperó durante aquel reinado el gabinete de Versalles con todo el parentesco de entrambos reyes de España y Francia, hallando tan solo indiferencia al ir en busca de su arrimo.

El quebranto de su salud fué imposibilitando mas y mas á Fernando VI para todo afán esmerado, estando bajo el yugo de la reina, sin que amainase un punto su influjo. Su fallecimiento acabó de traspasar al rey, en 27 de agosto de 1758, siéndole el golpe funestísimo. Retirado á Villaviciosa, vino á parar su hipocondría en desvarío. Quedó luego como paralítico y ajeno de sí mismo, pasando semanas enteras tendido sobre las sillas, con raptos mortales de locura. Llegaron á serle ya insufribles sus padecimientos, y en uno de aquellos ímpetus frenéticos, trató de suicidarse, orillando los afectos religiosos que siempre habia manifestado. Su coliente fantasia lo arrebató así por dos veces, pero en uno de sus lúcidos intervalos, le presentaron un testamento, en el cual su hermano, el rey de las Dos Sicilias, quedaba reconocido por heredero único de la monarquía; pero, á imitacion de la mania de su hermano Luis I, no quiso firmar el testamento, contentándose con dar poderes al duque de Béjar, quien firmó en su nombre y en presencia de los ministros. Falleció este desastrado príncipe el 10 de agosto de 1759, dejando en su última temporada la España en aciaga anarquía, y el palacio hecho un hervidero de amaños y tramoyas.

No se rehizo la España con su administracion de su desconcierto anterior; pues Fernando, á las instancias hechas por la Francia, en 1755 para recabarle algun auxilio, contesta: «Que la postracion de la hacienda en España no le consiente mas que ansiar siempre la paz;» y el ministro Wall acaba manifestando al embajador

de Francia, marqués de Aubeterre, que la España se hallaba imposibilitada de prestar á la Francia, ni en todo ni en parte, los 36 millones que pedía (1).

El rey de las Dos Sicilias, heredero de la corona, se estaba en vano desviviendo para atajar las tramoyas que se fraguaban en torno de su hermano moribundo, y tan solo su presencia podia contenerlas. Por tanto acudió atropelladamente á Madrid al saber el fallecimiento de Fernando VI, despues de disponer del solio de Nápoles en virtud del tratado de Viena del 3 de octubre de 1739.

Hizo Cárlos III testimoniar jurídicamente la incapacidad del príncipe real, y escluyéndolo del solio de España y del de las Dos Sicilias, nombró por heredero presuntivo de la corona á don Cárlos su hijo segundo, y para rey de las Dos Sicilias al hijo tercero, quien reinó con el nombre de Fernando IV hasta en 1824.

Revivió algun tanto la nacion, mas todavía asomaron autos de fe, siendo la última víctima abrasada en Sevilla el 7 de noviembre de 1781. Apagóse para siempre la hoguera de la Inquisicion, mas no habia mejorado el régimen de la hacienda, puesto que Cárlos III, estrechado por el duque de Choiseul para un apronto metálico, contestó como su antecesor: «Que el estado fatal de sus propios negocios no le permitia acudir en auxilio de la Francia, teniendo que reducirse á sus finos deseos.» Los gastos de la corte, ceñidos en el reinado de Fernando VI á 30 millones de reales, se duplicaron, ascendiendo al noveno de la renta jeneral del reino. Se recargó la deuda pública para acudir á los desembolsos de la guerra de América, y con el sucesor, que aumentó los empréstitos, subieron los gastos de la corte á 100 millones, esto es, al quinto de la renta jeneral; habiendo llegado Fernando VII á gastar hasta 120 millones al año.

Hubo sin embargo mejoras efectivas con Cárlos III, y recobró la marina su brillantez antigua.

Desplomóse el edificio quebradizo en el reinado del sucesor, y una privanza soez mancilló la

corona. Cárlos IV, viviendo en el cazadero, suelta las riendas del estado y entrega la España á la codicia horrenda de un valido que todo lo pone en almoneda. Sardanápalo de escalera abajo, para manar en oro, todo es feria en la administracion pública, y trueca su morada ostentosa en un mercado oriental, un hervidero de torpezas.

Tanto desenfreno indispuso á los naturales; y entronizado el vicio, estaba ya harto patente su descoco para no mover las iras de todos. Tenia que feneceer la España con aquel ambiente ponzoñoso, y el extremo de la maldad acarreó su contraresto, pues vendido ya todo al por menor, quiso Godoy vender tambien la Península en globo á Napoleon, y ser príncipe soberano de los Algarbes y del Alentejo. La desesperacion desaletarga el orgullo en los Españoles, á quienes cupo libertar la Europa de la monarquía universal, soñada y casi realizada por el númen del emperador. Caducan allí las monarquías añejas de Europa, y al ir á desaparecer en 1808, los raudales de gloria que las van arrollando, se estreñan contra la pujanza española. Sin la batalla de Bailen, no mediaba la de Leipzick, y el águila imperial señoreaba el porvenir del universo.

No aparece en la historia insurreccion mas caballerosa que la de los Españoles en 1808. Rompe disparadamente á impulsos del pundonorajado por un valido desvergonzado, dueño de la monarquía; se va luego formalizando en defensa del territorio invadido, y bajo la misma artillería enemiga se rehace de aquella especie de vuelco de sus derechos públicos; pero para entender toda la grandiosidad de tan briosa protesta contra el despotismo interior y contra el extranjero, hay que tender allá velozmente una mirada sobre el estado de la Península á la sazón.

Estaba la España en 1808 como amoldada al despotismo lacio y desidioso de los Borbones, y aquella fuerza guerrera de los Españoles yacia yerta bajo una indiferencia en que un gobierno cadavérico se hermanaba en todo con el apoltroamiento un tanto arábigo de la nacion; pues mientras la Europa iba marchando, se estaba la España adormecida. No alcanzaron las contiendas religiosas, ni la reforma en el siglo XV á apagar las hogueras de la Inquisicion, pues los impulsos de la libertad política tan solo fueron cundiendo entre los Españoles por unas ráfagas imperceptibles sobre la valla de granito labrada por la supremacia eclesiástica. En cuanto al pueblo, abandonado todo y sin asomo de gobierno eficaz y pensador, podia á sus anchuras aguantar la miseria que abortaban las demasías de la iglesia y el derrochamiento de la corte, ó bien protestar con mano airada contra los pudientes y

(1) Se hace de estrañar el silencio del autor respecto al célebre D. Zenon de Somoedeva, marqués de la Ensenada, ministro universal, fundador de los tres arsenales, constructor de doce navios de línea á un mismo tiempo, en el Ferrol, etc., etc. Llevaba ya adelante su empeño de atesorar hasta cien millones de duros en el erario, cuando lo separó una tramoya palaciega, siendo de advertir que vivió despues hasta 40 años en Medina del Campo. La contestacion de Wall es muy posterior á su caída, y pudo tambien ser un esquinace, ó agachada de táctica diplomática, que poco ó nada significa. N. del T.

labrarse á punta de espada una ley agraria segun su paladar. Así es que se estaban viendo, en medio de la paz y del desenfreno del gobierno, gavillas de salteadores como rejimentadas y tratando de potestad á potestad con un rey *dueño de vida y hacienda*, dogma profesado con igual convencimiento por los campeones de las carreteras y el gobierno de entónces. Es Don Carlos el representante dignísimo de aquella temporada, en que la máxima de *dueño de vida y hacienda* tenia por intérpretes el verdugo y la intendencia de Madrid, con la carabina y el trabuco naranjero en ristre. Los competidores en desventuras, esterminios y tropelías, no podian menos de venir á hermanarse; llega el trance en que ya no es la España mas que un campo anchuroso de salteamientos y asesinatos, desde que desapareció el nombre de *bandolero* con el despotismo político y monástico, y que ya no hay mas que facciosos.

Iba la España feneciendo pausadamente, y la tisis social se estremaba hasta su postrer periodo, cuando de repente una agresion tan injusta como desatinada de parte de la Francia es el padron de aquella resurreccion asombrosa que ostentó al orbe la pujanza vividora del Español. Suena y resuena, á manera de trueno, el cañonazo del 2 de mayo por toda la Peninsula, y desde la orilla del Bidasoa al Guadelete, desde el Guadiana al Fluvía, retumba el alarido de guerra contra el extranjero; y la nacion entera vuela á la lid, sin ejército, sin jenerales y sin gobierno.

Pero aquel impetu heroico las habia con un pueblo destituido de toda organizacion entonada y fundamental, gangrenado y leproso hasta los tuétanos; así que, por desdicha y por patriotismo, todos empuñan las armas y corren en busca de un porvenir que no se quiere tomar de mano de un extranjero. El infimo individuo, á quien un gobierno mentecato no habia enseñado á manejar la esteva, conceptúa que un fusil le ajenciará mantenimiento á su salvo. Así salieron á luz aquellos raudales de jente armada llamados *guerrillas*, ajenas de toda combinacion militar, especie de Cosacos, hostigadores y acosadores del enemigo, peleando en pos de la fortuna no menos que de la nombradía. Aquella vida errante, aventurera y provechosa fué muy halagüeña para un tropel avezado á vivir á la intemperie, sin acordarse jamás del día siguiente, y cuya subsistencia tenian á su cargo la mendiguez y la caridad interesada de los frailes.

Alzamiento tan jeneral fué poderosísimo para la derrota del extranjero, pero redundó en intrincar aun mas la carrera á la España victoriosa, por cuanto jamás disfrutó un gobierno

efectivo para ir amaestrando al pueblo, y aplicar en beneficio de todos su disposicion nativa y asombrosa para el desempeño de todo jénero de faenas. Resabiado con sus demasías, todo el pueblo, como prendado de su soberanía absoluta, iba desde luego á abrigar su memoria y su aficion por largo tiempo. Aquella plaga de proletarios abitos y armados era ya una riada de trabajoso afán para reverterla en su cauce. Un mero desarme venia á ser una sentencia de muerte por hambre, y el gobierno de aquella temporada, en vez de utilizar unos brazos cansados de peleas, concentró todo su ahinco en perseguir los injenios patrióticos que los habian acaudillado. Al ir encarcelando á los capitanes del sublime alzamiento contra todo jénero de servidumbre y despotismo, sumerjia al pueblo en el embeleso de la ociosidad. Encargóse el estado de martirizar á los prohombres de la nacion, y los conventos de malcar mas y mas á la infima hez del pueblo. ¡Hermandad asombrosa del trono y del altar para imperar en los escombros, y acto de ingratitud horrenda, ó mas bien de rematada locura!!!

Así se ha ido enconando una de las llagas mas hondas de España, y en ella se cifran el oríjen y la explicacion de la guerra civil, teniendo por precursora la de 1823. Al defender el solio derribado de un monarca preso, se fué avanzando la plebe, ajena de todo porvenir y condenada á la servidumbre del terron, á ajenciarse á viva fuerza la subsistencia que la sociedad le niega por su trabajo. Los nombres de los *guerrilleros* encumbrados á las graduaciones superiores del ejército han quedado en los ánimos como trofeos patentes. Mas en cuanto á los medios de medrar, poco se escrupuliza en su eleccion, en hallándose la sociedad desgobernada. Cada cual guerrea entónces por su propia cuenta; y buscando así el derecho para sus violencias, se cohonestan luego con cualquier pretesto. Quien carece de amparo se lo proporciona por sí mismo, y atropellando á los demás, resulta una anarquía pavorosa, cuyo paradero es una disolucion social. Tal viene á ser el estado de España, que, como he dicho, trac larguísima fecha, pero la reaccion de 1814, herida todavía tan abierta, remató el estrago.

Si Fernando VII se hiciera cargo de su esclarecido instituto, el valladar de la prosperidad pública atajara las resultas de aquel desenfreno; mas no le cabia el entablar la empresa de una rejeneracion sin el arrimo de ciudadanos selectos; y allá los sentenció en globo valiéndose de la irracionalidad bravia de un populacho soez y del fanatismo de un clero idiota é inhumano.

Acarreó pues á la España revueltas largas y

asoladoras, poniendo en manos del pueblo una semilla feroz y anti-social. En sobreviniendo un acontecimiento de trascendencia, no podía menos de brotar; se estaba acechando coyuntura; y la rebeldía de Don Carlos brindó con ella. Si la muchedumbre, acudiendo á las armas que siempre ha conservado, se sublevó en su nombre, consistió en que, por mas estragados que sean los hombres, jamás se atreven á pregonar el robo y el salteamiento; pero en suma, las gavillas de Cabrera y del conde de España jamás abrigaron otro intento. ¿Qué les interesa el triunfo del pretendiente y del clero? Si lidian por su causa, es en cuanto, prescindiendo de los trances de la guerra, cometen á su salvo horrendas atrocidades. Con el empeño de disciplinarlos y precisarles á guerrear decorosamente, pronto menguáran sus filas con la desercion. Ya tuvo allá España los *siete niños de Ecija* (1); en nuestros días el harto afamado *José María* (2), y en este punto Cabrera, Palillos y otros hacen sus veces, y toda la diferencia se cifra en el número de los forajidos y en los ámbitos de sus correrías. Estos son los desastados, oprobio de España y de la humanidad, á los cuales el partido político que blasona de encumbradamente conservador en Francia, en Inglaterra y en Alemania, se asocia entrañablemente y sin rubor, ignorando por supuesto la vileza de los entes soeces que está fomentando.

Siempre se han equivocado las causas verdaderas de los quebrantos de la Península, pues en vez de hacerse cargo de cuán infausta es la herencia que nos ha cabido en desconcierto, inmoralidad y reacciones, se está acriminando á los innovadores con la responsabilidad de la época presente. — No por cierto; esta situación es el recargo del idéntico achaque; y si la España exhausta y yerta no ha podido rehacerse con el empuje necesario para arrollar de una embestida los yerros anteriores, y para plantear briosa y ejecutivamente las reformas imprescindibles en su estado, consiste en que si el despotismo no mata, destronca para siempre á las naciones que señorea. ¿Por qué pues, cuando, en medio de escombros antiguos y nuevos, los Españoles, ansiando algun específico para sus padecimientos, tratan de plantear un sistema restablecedor, se les apoda de revolucionarios y matadores, tildando así á unos hombres que tan solo piden respirar y vivir?

Pero voy á encararme con estos acusadores y pregoneros contra la España constitucional, y les pregunto: ¿Serán los innovadores los que encarcelaron en el castillo de San Antonio al

esclarecido Malaspina al regreso de su viaje al derredor del mundo, quemando sus papeles científicos? ¿Empozaron los innovadores en las mazmorras del castillo de Berver al ínclito Jovellanos, reo de haber embargado la atencion pública en su obra inmortal sobre el estado de la agricultura en España, acerca de los innumerables abusos que le atajaban el vuelo, y de haber, en el folleto asombroso de *Pany Toros* (*panem et circences*), tiznado con un borron indeleble á su gobierno contemporaneo? ¿Proscribieron los innovadores á Olavide? Y habiéndolo atropellado y martirizado en tal extremo á los ingenios sobresalientes de España, y constituyendo la ciencia en delito, ¿cabe estrañar la falta de sumos alcances en las jerarquías eminentes, lo que tampoco es cierto, y se estrañarán tambien costumbres desaforadas en un pueblo para el cual se ha planteado escuela de tauromaquia, defraudándolo de enseñanza fundamental y cerrando las universidades?

Si apartamos un instante la vista de la perspectiva desconsoladora de tanta persecucion contra los prohombres de la inteligencia nacional, y del total desamparo de la educacion pública por parte del gobierno, y nos atenemos á los intereses palpables del pueblo, ¿son por ventura los innovadores los que han derrochado los tesoros de España en dispendios desatinados? ¿Tienen culpa de que no medien comunicaciones desahogadas entre las ciudades principales del reino? Hace pocos años que por fin se planteó una carretera desde la capital á Zaragoza. ¿Son los innovadores los que acabaron con la marina? Por donde quiera están asomando todavia los escombros de la guerra de la independencia, y están allí zahiriendo el abandono criminal del gobierno.

Absurda sinrazon es pues el achacar las desdichas actuales á los sujetos que han echado el resto en remediarlas: si no les cupo arrollar el contrarresto de los verdaderos destructores de la prosperidad pública de España, tanto en casa como fuera, planteándola de nuevo en beneficio de la humanidad angustiada, ¿quiénes son los culpados?

Y si todavia descuella algun residuo de aquel nûmen esplendoroso de los antiguos Españoles, brota de las plumas de los llamados innovadores. Quintana, Marina, Gallego, Bûrgos, Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, Argüelles, el duque de Rivas, Breton de los Herreiros, etc., etc., todos estos nombres esclarecidos son nuestros. A ver cómo me citan una sola obra apreciable de ese partido apostólico que ha intentado señorear la España. Una existencia volandera, y una idiotez allá servil, con impetus sanguinarios: tales son sus costumbres y

(1) Gavilla famosa de salteadores.

(2) Capataz de bandoleros.

tales sus intereses. Exhaustos están los manuales del entendimiento en manos de ese gobierno que ha logrado esterilizar los ánimos que los innovadores se empeñaban en promover.

Vicisitudes sin par son las de España, pues jamás asomó otro gobierno tan afanado en desconcepar la aristocracia, atropellar el vecindario honrado, desterrar todo jénero de talentos y complaciéndose en desenfrenar y embrutecer la plebe y en estremar su ferocidad. En tan horrenda estrañeza se cifra pues la historia moderna de España, y con ella se alcanza aquella hermandad tan obvia entre D. Carlos y el populacho, tras el triunfo del despotismo, pues para este, así como para el rey, no habia ni leyes ni tribunales. La clase media, por decirlo así, era la única avasallada, interpretando el rey á su albedrío sus pensamientos, para manifestarlos y aplicarlos luego igualmente á su antojo. En haciéndose cargo de esta particularidad innegable y dolorosísima, se acertará á esplicar los acontecimientos de la Península adecuadamente; y las llamadas estrañezas españolas vienen así á parar en ilaciones muy lójicas de los hechos anteriores. El pueblo, dicen, no gusta del gobierno representativo y rechaza una constitucion que es la ley universal; y es porque, al par del soberano, jamás alcanzó sino tropelías en beneficio propio. Promediaba con el monarca el poderío y la fuerza, y le cabía la porcion mas aventajada.

Inocente es la España de 1840 de sus actuales desventuras, pues no abortó el desconcierto de su réjimen, la anarquía gubernativa, ni la quiebra imprescindible; achaques todos heredados de un despotismo desatinado. Aquella tiranía ciega, cruel en casa y cobarde fuera, es la matadora del comercio, de la industria, de la agricultura, artes, ciencias y literatura, y para redondear sus afanes, perdió todo un mundo.

Apeada de su escelso encumbramiento y de la jerarquía que le cupo allá por dos siglos entre las potencias mayores, para yacer en la grada inferior, nada era la España cuando Napoleón ideó señorearla soberanamente, último

baldon para la nacionalidad moribunda; pero no pudieron los Españoles sobrellevar tamaño desacato.

Desprendidos por fin de todo lo anterior har-to vergonzoso, hemos intentado desaherrojarnos de esa servidumbre que ajó nuestra lozanía. Llevamos ya treinta años de estar batallando por la causa esclarecida de la libertad, y si todavía no queda afianzado su triunfo, se echará de ver que ni escasearon mártires, ni se adoleció de apocamiento, ni faltó tampoco el teson. Mas ahora mismo nos está acosando lo pasado con las aciagas tradiciones que atajan el vuelo á nuestra rejeneracion. Este logro muy asequible requiere mas y mas entereza; lo alcanzaremos, porque es la constancia nuestra prenda dominante en el trance angustioso propio de situacion tan violenta. Acordémonos de que cuantas naciones nos han tomado la delantera en tamaña empresa no han padecido menos que nosotros. Inmensos sacrificios costó por donde quiera la conquista de la libertad civil y derechos políticos contra la potestad absoluta, pues no cabe paz, sino victoria, entre pueblos libres (1). Batallamos mas y mas desde 1810 en pos de esta victoria, esto es, el logro, la aplicacion de los principios políticos que han de variar la planta de nuestra sociedad actual. A la sombra de estos principios conseguiremos, no tan solo rehacer nuestro pais de su postracion, sino plantear un gobierno capaz de enjendrar entre nosotros la prosperidad de que están gozando naciones menos agraciadas por el cielo que la nuestra.

Campeará en España esta era nueva, y este es el anhelo, esta la voz de la Providencia. Vivan la racionalidad, el brio, la sabiduría y la tolerancia, que serán las prendas triunfadoras de mil preocupaciones y de la resistencia porfiada, de aquel empeño, á su decir, conservador, el cual, inmóvil en el centro del movimiento universal, necesitaria, para renunciar á su incredulidad fanática sobre el porvenir del mundo, otro Galileo que le dijese: « *E par si muove.* »

(1) Guizot, Washington. Introduccion, p. 16.

TEMA POLITICO.

CAPITULO PRIMERO.

Primera temporada constitucional desde 1810 hasta 1814.— Reunion de las cortes en Cádiz.— Sus tareas.— Su composicion.— Constitucion de 1812.— Rejencias.— Gobierno.— Regreso de Fernando VII.— Caída de la Constitucion.— Reaccion de 1814 hasta 1820.

Se suele decir : la España no está en sazón para la libertad, y la guerra civil del día lo está demostrando.

Ante todo, conceptúo al hombre siempre sazonado para la libertad, y no alcanzo en qué paraje y clima puede una nación oprimida enamorarse de la servidumbre. Acompaña en el hombre el amor á la libertad al de la igualdad y la vida, ó por mejor decir, se aúnan en un mismo impulso. Si no cupiese al hombre el goce de la independencia y la igualdad entre sus semejantes, dejaria de ser la obra cabal de la creacion, y hasta los irracionales se le sobrepondrian. El ave y la fiera descaecen y mueren al verse defraudados de su libertad : pues ¿ cómo cabe que el hombre, ente único dotado de las tres facultades del entendimiento, la sensibilidad y la sensacion, pueda complacerse en el desapropio de su albedrío, de sus ideas y de sus movimientos ? Equivaldria esto al afirmar que tan solo está en sazón para una corta dosis de vida, por cuanto en la libertad se cifra la vida, que es la manifestacion de toda existencia.

¿ No sería mas denodado, y ante todo mas candoroso, el decir sin rodeos, que se trata de confiscarle la libertad de que el pueblo tiene derecho para gozar, con ánimo de pantarle la norma bajo la cual le cabe aceptarla ? Y allá cuando el pueblo, con su instinto precioso, rechaza la planta que se le impone, descubre el pensamiento recóndito, que es el desapropio de los derechos de la mayoría en beneficio de unos cuantos, se le tilda de no gustar de la libertad, y de no estar aun sazonado para poseerla. Pero si esas instituciones lastiman sus intereses y se estreñan con sus costumbres; si al hablarle de libertad, echa de ver que lo maniatan con una sarta de artículos que llaman constitucion ó fuero ; ó si no se le pide parecer sobre esos mandamien-

tos políticos, requiriendo, con ínfulas de infalibilidad, que se avenga á ellos á ciegas y sin reparo ; en fin, si con vuestro arreglo electoral se le excluye de todo derecho de discusion y de sancion sobre la ley jeneral, ¿ qué estraño es que la muchedumbre no se enardezca ni tras esos derechos usurpados de lejisladores, ni con la obra de que estais blasonando ? La mudez con que el pueblo contesta á ese soñado poderío lejislativo muestra á las claras que protesta contra cuantos le desheredaron de sus derechos innegables ; mas no cabe ciertamente que su indiferencia con esa constitucion sea una comprobacion de su falta de afán por la libertad, sino que la apetece por otro rumbo y en otros términos ; la apetece mas efectiva y de mejor especie. Esta desavenencia entre esas opiniones y el albedrío de los pueblos acarrea el contraste que hace la tarea tan trabajosa, por no decir, imposible.

Al presenciar tanto tropiezo como se atraviesa contra la libertad en cualquiera pueblo, hay que maliciar alguna quiebra en el sistema que se le plantea, que no acude á sus urjencias, ni á los anhelos de la mayoría ; pero tildar á un pueblo de ser desafecto á la libertad é igualdad, que siempre corren parejas, es prorumpir en una blasfemia y en una necedad. Apetece el pueblo la una y la otra, con tanto mas abinco cuanto siempre le han defraudado de entrambas, cacareando allá unos principios coartadores, que son en suma mero egoismo, fraguando un monopolio en beneficio del número menor.

El engreimiento y el interés peculiar de ciertas jerarquías, y el empeño de ser las únicas enteradas del provecho de la nación, atajan mas bien la rejeneracion de todo pais que la ignorancia de la clase menesterosa. Suele ser el afán por la libertad, en las primeras, ansia de arrojar un yugo que las unce desde mas arriba, y no el

anhelo de plantear de mancomun el bienestar competente para todos los individuos de la sociedad. Al desentenderse del opresor, no se retraen de oprimir; y por lo menos este es el rumbo á que propenden las revoluciones políticas del día; aborto de costumbres achacosas, y falta de toda organizacion. Sobrevienen peleas, corre á raudales la sangre del pueblo, y en aquellos trances sumos, se le requiere el sacrificio de su vida, como una obligacion por la causa de la libertad; abonanza luego, y tras el triunfo, se le estrella el desengaño de que todavía le queda que padecer, y á lo sumo, se le franquea el derecho de quejarse.

Cuanto acabo de sentar como principio jeneral, en contestacion al empeño desatinado de conceptuar la madurez de un pueblo para la libertad por la tibia acogida que muestra con ciertas disposiciones políticas, cuadra á las mil maravillas con España, tierra clásica en instituciones populares y en grandiosas franquicias concejiles; en ninguna parte de Europa asoman instintos mas democráticos, y en ninguna parte se hermana mejor la dignidad varonil con el acatamiento que el pueblo suele tributar á los que mira como sus prohombres en alcances y des-empeño.

¿Dónde se hallará fórmula mas enérgica del principio de libertad é igualdad que entre los Aragoneses, encarándose con sus reyes en estos términos tan memorables: «Nos que cada uno somos tanto como vos, é todos juntos valemos mas que vos, etc.» En costumbres y en organizacion social, por mas atrasada que esté la España, todo rebosa de libertad é igualdad, por cuanto allí, mas que en ninguna otra parte, el despotismo es advenedizo, pues el origen de los impulsos democráticos de los Españoles es tan antiguo como su historia, como que constituyen la vida pública y las costumbres mismas del pais.

Aquel jaez democrático de relaciones diarias entre las varias clases de la sociedad se eslabona positivamente con recuerdos tradicionales de derechos antiguos atropellados por la violencia, y con la conservacion de franquicias concejiles. El ejercicio de aquellas regalías, salvándose de todas las tropelías de la potestad absoluta, ha venido á quedar de padron y pertenencia esclusiva del pueblo en las cortijadas donde no asoma jamás el pudiente. Quizás en la índole nacional hay sobrada entereza para doblegarse y tributar servilmente homenaje tan solo al mérito de las riquezas y del nacimiento.

Aquellos impulsos de igualdad premeditada, que ni grandes ni ricos intentan jamás desacatar, descuellan en todas las clases de la sociedad, como compañeros del cariño á la libertad, y

comprueban de mas que el pueblo español se halla en sazón para poder disfrutar sus agasajos. Nacion ardorosa para con todo concepto que ha venido á idear, pero atinada de suyo para justipreciarlo desmenuzadamente, jamás se acalora tras lo que desde luego no se le hace obvio con todas las ventajas que le ha de traer consigo. No mediaba en 1808 la menor desavenencia política entre los Españoles, pues la defensa del solar patrio contra un extranjero era el concepto despejado y terminante que alcanzaron todos, y unánime por tanto fué el ímpetu de la nacion. Ya no ha sucedido lo mismo con el campo ideal de una constitucion, pues nunca el pueblo encabezó esos altos y bajos constitucionales, por cuanto los prometidos logros zozobraron en una lid mortal, sostenida por los enemigos de su rescate, y jamás han podido evidenciarse con aquella manifestacion que únicamente es capaz de preudar á los Españoles. El yerro clásico de cuantas constituciones se han ido planteando en España se cifra en haberse empapado en legislaciones extranjeras, orillando las tradiciones y costumbres populares. Nadie se ha hecho cargo del contraresto que hallaria todo lo extranjero en un pueblo tan amante de su orijinalidad; pues su impulso primero y nacional por esencia es ser él mismo, sin adulteracion estraña. Con esto esa proposicion tan trillada de que no está la España en sazón para la libertad queda á mi entender soterrada, pues tan solo le cuadran instituciones de suyo españolas, que se enlacen con los usos y costumbres del pais. Todo el abinco de los liberales debe ceñirse á bañar la reforma con el temple y matiz español, y el día en que se logre hermanar las instituciones con las costumbres, al punto se echará de ver si el fuego sagrado de la libertad está apagado en España.

¿Y porqué dejarian los Españoles de ansiar sus antiguas franquicias, constándoles que su decadencia trae la misma fecha que el estermio de aquellas? Por donde quiera, en ciudades, aldeas y campiñas, todo le está recordando los estragos de la potestad absoluta; ni apenas habrá familia, con especialidad en la temporada última, que no cuente alguna victima de aquel gobierno asolador y delirante. Se estremó de remate la arbitrariedad con Fernando, así como la vil torpeza con el príncipe de la Paz; mas ni la desvergüenza afrentosa de aquella privanza, ni las tropelías tiránicas habian anonadado el amor á la libertad entre los Españoles. En su alzamiento contra el extranjero en defensa propia, idean ante todo el protestar contra la existencia harto dilatada y aciaga de la potestad absoluta. Tremoló, hace ya treinta años, la libertad su estandarte; la refriega contra el des-

potismo acaba de ser mas tremenda que nunca, pero tambien ha de ser la postrera. Centellea mas y mas el triunfo de la racionalidad contra los elementos de una arbitrariedad anti-social.

Tras siglos de silencio impuesto con cuanta atrocidad cabe en la suma tiranía, desemudece la nacion en alzamiento jeneral contra el extranjero con su alarido de libertad. ¿Cabe orijen mas escelso? ¿cabe impulso mas nacional? ¿y cabe manantial mas puro que la manifestacion de una corazonada, cuyo móvil era desconocido en 1808, pues en tal extremo tenia la Inquisicion despavoridos á los pechos jenerosos?

Por mas que se empeñen, escatimando el jiro de los acontecimientos, en alegar que un cortísimo número de sujetos estuvieron esforzando la voz sobre el estruendo de la artillería sitiadora para pregonar los principios de libertad é igualdad; por mas que se cavile contra la legitimidad de las córtés y de su obra, con mil sutilezas inapeables de puro rastreras y mezquinas; por mas que se vayan desmenuzando uno por uno los lunares de la constitucion de 1812, todo parará en unalegato villano contra el pensamiento grandioso y patriótico de convocar las córtés en Cádiz, donde salió á luz la constitucion.

Allí descuellan el majestuoso monumento de nuestra época; qué supone el que saliera descabalado? vivirá mas y mas su principio; y quien se afana en ir analizando la materialidad de la ejecucion para zaherir y asactear amargamente á las córtés de 1812, acriminándoles como delitos los desaciertos, está confesando su propia incapacidad para justipreciar la grandiosidad de aquel acontecimiento para el porvenir. Esto es achicarse hasta la estrechez de un solo dia. Los zaheridores de aquella obra, que no tributan la menor alabanza al objeto que llevaron por delante los autores de la constitucion, se parecen á quien, al presenciar un edificio levantado para abrigar á la humanidad doliente, prorumpiera en mil maldiciones contra el arquitecto por tal cual defecto en el pormenor del conjunto. Los ámbitos de un principio, la trascendencia de la cuestion es lo que se ha de medir y sondear; ¿que nos supone la esterilidad? el tiempo la entonará de sobras.

Acreeedora se hace la constitucion de 1812 al agradecimiento de todos los liberales, aunque no sea mas que por haber imposibilitado el ejercicio pacífico de la tiranía; pues planteó una España nueva, que, por mas que se empeñen, jamás ha de cejar. Sembradas por la sociedad las ideas de rejeneracion, ellas van brotando, sin que sea asequible ya su desarraigo; las revoluciones sociales son como la maquinaria de un

péndulo, irá mas ejecutiva ó mas pausada, y aun se parará, mas nunca llegará á retroceder. Cuanto hay en el dia, como las peleas trabadas ya por la libertad, es aun obra de las córtés de 1812; y si por entónces no se hubiese pronunciado el nombre de córtés, símbolo esclarecido de la libertad, yacería quizás ahora en el olvido.

Sean pues todos mas justos con los rejeneradores de la España, pues pudieron equivocarse en cuanto á la planta de su empresa; pero ensalcemos á varones tan denodados, que, presenciando autos de fe y un gobierno desaforado, abrigaron allá en sus entrañas las tradiciones sagradas y los principios vivicantes y aseguradores de la existencia moral de las naciones. Ellos solos eslabonaron con sus propias manos lo pasado con lo venidero; se arrojaron á pregonar el rescate del pueblo á la faz del extranjero y bajo el fuego de sus baterías; y aquellos varones sobresalientes y mártires de su fe nos han traspasado los principios por los cuales ahora mismo estamos peleando. ¿Qué seríamos sin ellos? presa de la arbitrariedad y del fanatismo, bajo el duplicado cetro del poderío ajigantado de la soberanía y del malvado tribunal de la Inquisicion. Inclitos diputados de Cádiz, autores de la constitucion de 1812, la posteridad os descargará de esa fiscalizacion injusta y parcial de vuestros contemporáneos. No era cabal vuestra obra, pues al cabo erais hombres, pero salvasteis la civilizacion en España, y es inmortal vuestra obra.

Por lo demás, se equivocaria en gran manera quien conceptuase que otra constitucion mereciera consideraciones en la reaccion de 1814; pues comprueba lo contrario el paradero del decreto de 4 de mayo, acto absolutamente voluntario de Fernando VII, y en que prometia convocar las córtés. Niñería viene á ser el intento de querer descargar sobre las córtés de Cádiz las jestion es soberanas de 1814. Si el contenido material de la constitucion necesitaba revision ó reforma, obvio era el camino. El encarcelamiento y martirio de los diputados de Cádiz demuestran que no era solamente el ánimo anonadar un código imperfecto, sino los principios ante todo, y con ellos á los hombres que los pregonaron.

Al abolir la constitucion, todo castigo era poco para cuantos habian conceptuado la libertad compatible con el solio, cuyas prerogativas habian defendido al cercenarle el poderío.

No cabe enterarse de las cuestiones actuales, sin acudir al orijen de aquel pensamiento rejenerador que se está ventilando en España, para irlo siguiendo en sus varias trasformaciones. Uno ha sido en todas las temporadas, y en esta

unidad se cifra su salvamento. No se quiere ya despotismo ni potestad absoluta; se está sediento de arreglo y coordinacion, y acongojan sobremanera los yerros de la arbitrariedad mas desatinada que se impuso á ningun pueblo de la tierra. Este es el empuje verdadero que ha escludido á don Cárlos.

En cuanto á mí, me apresuro á decirlo: defensor del solio de Isabel II, la legitimidad sacrosanta de esta reina-niña se cifra principalmente en la sancion de los principios de libertad que le custodian la cuna. En su reinado esperamos un porvenir aventajado; puede acarrear la dicha á mi patria y devolverle su brillantez y los beneficios de la civilizacion moderna. Bajo este concepto suya es mi vida por entero, y si se logra que la legitimidad dinástica de la reina se dé la mano con el rumbo intelectual de los Españoles, es un acaso venturoso que la nacion proija como prenda de un pacto nuevo que está sancionando un derecho jeneralógico antiguo; pero declaro desde ahora que si don Cárlos fuese rey lejítimo, por cuanto su existencia monárquica fuera un desdoro para la humanidad, y la plantificacion de su gobierno un trance violentísimo, yo echara el resto en contrastarlo. Lo digo sin rodeos: la legitimidad dinástica, sirviendo de cimiento y sancion para la tiranía, asalta mi entendimiento á fuer del desbarro mas espantoso del alcance humano, y desde aquel punto la contrarestaría hasta el estremo con cuerpo y alma. Solo puede haber un gobierno lejítimo; y es el que labra la dicha del pais que está rijiendo.

Hallóse la España en 1808 en plena posesion de sus derechos y árbitra de su destino, pues nunca se realizó mas solemnemente la soberanía nacional. Armé la nacion entera, y en aquel ímpetu calenturiento de todos, el restablecimiento de las córtes reinaba entre todos los sujetos racionales como la voz de mando para que la libertad se aposentase de nuevo en España tras un destierro de tres siglos. Fernando VII fué el primer demandante de las córtes, al verse preso en Bayona. Al instalarse la junta central, prometió solemnemente la reunion de córtes, y por el mes de marzo de 1809, notició su convocacion cercana. Fué consultando con las juntas provinciales, los tribunales supremos, los ayuntamientos, el clero superior, los cabildos, universidades y demás cuerpos del reino, sobre la forma de reunion de las córtes, sobre la porcion de votos que se habian de franquear á las provincias ultramarinas, y en fin sobre los puntos principales que el gobierno debia sujetar al dictamen de las córtes. Preguntaba ante todo la junta cuáles habian de ser los elementos de una nueva constitucion para el

reino, conceptuando la planta de un código fundamental como el objeto primario y de mayor entidad que los representantes de la nacion tenian que ventilar.

Variaron tan solo accidentalmente los informes que fué recibiendo la junta; córtes y constitucion era el anhelo unánime; todos pedian que se convocase una nueva representacion mas adecuada á los tiempos modernos; apetejian todos que un código, afianzando la libertad política y civil, fuese la valla sempiterna que atajase el despotismo y libertase la nacion de la anarquía interior: tal era sustancialmente el contenido de las contestaciones de los cuerpos consultados.

Una comision de la junta central fué juntando y coordinando estos informes, preparó los materiales de un código, y se dedicó á la revision de códigos anteriores y á la reforma administrativa.

La junta central publicó, el 28 de octubre de 1809, un manifiesto convocando las córtes para el 1.º de marzo de 1810: «Las córtes, decia, nombre que servia de misterioso estudio á los eruditos y de zozobra para los estadistas, y que horrorizaba á los tiranos.» «Se esmeraba, añadía, en reunir los representantes de la nacion, como único móvil para alentar á los débiles, enfrenar á los ambiciosos, doblegar á los engreídos y á los aspirantes indiscretos, y sobre todo atajar á los insensatos asoladores del pais.

Este fué el acto postrero de la junta central. En medio de las desavenencias que dieron con ella al través, se desprendió de su autoridad, y planteó la primera rejencia, compuesta del obispo de Orense, de don Francisco Javier de Castaños, don Francisco Saavedra, don Antonio Escario y don Miguel de Larizabal, hombres todos poco afectos al sistema de la libertad; y muy ajenos de afanarse por la reunion de las córtes, fueron dilatando su convocacion. El desasosiego público, de suyo arrollador, orilló la voluntad aviesa y las tramoyas que hervian en torno de la rejencia. Juntaronse las córtes el 24 de setiembre de 1810.

La convocatoria se estendiósegún los apuntes ya manifestados por la junta central; declaraba que la tarea preferente de las córtes seria plantear una constitucion digna de la nacion española y capaz de «encumbrar un pueblo grandioso á la jerarquía de un estado constituido sobre el cimiento de la libertad.» Apenas los rejentes juramentaron á los diputados é instalaron las córtes, se despidieron: en términos que las córtes, desde el principio de su existencia, se hallaron sin gobierno, en una ciudad sitiada, y en medio de los estragos de la fiebre amarilla. No desahuciaron sin embargo á la patria, y su teson

acertó á sobreponerse á tal cúmulo de quebrantos. En abrigando pechos magnánimos un intento grandioso, los tropiezos que se les atraviesan en su rumbo mas y mas los encumbran y los sobrehumanan. Apóstoles y mártires van adoctrinando á la muchedumbre, padecen y mueren por ella.

Apostolado mas esclarecido que el de las cortes de Cádiz no lo vió el orbe; ni vió tampoco martirio mas horroroso que el padecido por los varones eminentes de aquella junta constituyente. Destierro, confiscacion, tormento moral, presidios para satisfacer la venganza de sus enemigos: han tenido que apelar á mil arbitrios para tizarlos como delirantes ó malvados. Curiosísimo fuera el historiar las cortes de Cádiz, y no me retraigo de esta empresa nacional, mas ahora me ciño á una relacion compendiosa, pero suficiente, para sincerar á los autores denodados de la constitucion de las calumnias torpísimas arrojadas contra ellos.

El primer acto público de aquellos sujetos tan lastimosa y encarnizadamente perseguidos fué decretar, el 25 de setiembre, á los cinco dias de su instalacion, que ningun diputado pudiera obtener ni solicitar para sí ni para otro empleo ni gracia de ninguna especie durante la temporada de su ejercicio, ni en un año despues; y el 2 de diciembre, decretaron la rebaja de sus situados, por mas comedidos que fuesen, aun en concepto de la misma junta central, su señaladora. Afanáronse desde luego en ir atajando los abusos reinantes hasta su tiempo.

Públicos eran sus debates; causando asombro la aparicion repentina de oradores de primera jerarquía, y me corre prisa el manifestarlo, todos eran del partido reformador, á saber: Argüelles, Toreno, Calatrava, Muñoz Torrero, Lujan, Porcel, Antillon, Zumalacarregui, Jiraldó, etc., etc.

Descollaron desde las primeras discusiones los dos bandos de liberales y serviles con que se diferencian en España los parciales de la libertad y del absolutismo; habiendo parado en europea la voz liberal, como distintivo político. Su oríjen fué el siguiente en España:

Por un error particular, cuya rectificacion no me ha venido hasta ahora á las manos, se conceptuó siempre á las cortes de Cádiz como una junta aunada en opiniones, y que trataba de reducir el solio á una presidencia nominal; dando tambien como hecho sentado que las elecciones habian parado en una reunion compuesta esclusivamente de jacobinos. Falsísimo todo.

Dividiáanse las cortes de Cádiz, preescindiendo ahora de su sistema de nombramientos, en dos porciones harto desiguales.

La una constaba de eclesiásticos, de sujetos

de clase privilegiada y de empleados del gobierno; esta era la mayoría, sostenedora de los abusos; y la otra se componia de cuarenta y cinco individuos, independientes todos, y encaminados denodadamente á la reforma de los desaciertos.

El ramo de hacienda fué el tema diario de las cortes, desde sus primeras sesiones, y el público se enteró al golpe que la mayoría abogaba siempre por la conservacion de todo el desconcierto administrativo, valiéndose de argumentos vulgares y *serviles*. Lo minoría, al contrario, embestia á todos los descaminos en la hacienda, clamando por su reforma y apelando á la censura pública para enmendarlos, y encabezando su despejo con el ejemplo de la rebaja voluntaria de sus señalamientos. Así que, el público, hecho cargo del entrañable *liberalismo* de la minoría, vitoreó desde luego sus dictámenes.

Al ventilarse luego las cuestiones capitales de libertad política y civil, se arrojaron los mismos abusistas en el ramo de hacienda contra todas las ideas constitucionales, esforzadas al contrario por los reformadores de aquel cáos de la administracion jeneral. Desde aquel punto, la voz *liberal*, aplicada al pronto en el concepto de jeneroso, trascendió á denominacion política y contrapuesta á la de *servil*, que cupo á los defensores de toda especie retrógrada.

Este es el oríjen de tales adjetivos que deslindan los dos bandos en España desde 1810; y los serviles de entónces son los carlistas de ahora.

Se hace obvia la pregunta de cómo tuvieron cabida las reformas con una mayoría tan contrapuesta; mas era esta de suyo cobarde, y quedó arrollada por la opinion jeneral y por la imprenta. Prorumpia su propension aviesa en tal cual discurso desatinado, impugnado al punto con maestría por los reformadores. Pateuizaban estos despejadamente las llagas del estado y de su réjimen, y en la votacion se acobardaba la mayoría, teniendo que avenirse á providenciar las reformas.

No hay tampoco que coleccionar de la resistencia á toda mejora que pudiese redundar en perjuicio de los mismos opositores, que estos rebosasen de afan por las regalías del solio.

Siempre se estuvo mostrando el partido servil muy avenible en punto á las prerogativas de la corona, con tal que este allanamiento suyo quedase compensado con el de los liberales á la conservacion de los abusos eclesiásticos y administrativos.

Sucedió con esto que en la comision nombrada para estender el proyecto de constitucion, conceptuada tan democrática, la mayoría era servil. Uno de ellos, el canónigo Cañedo,

que paró luego en obispo de Málaga y arzobispo de Burgos, proponia que se coartasen todavía mas las regalías, con tal que se consintiese en la representacion separada, ya del clero, y ya de la nobleza. «Dejais demasiado prepotente al rey,» dijo á Muñoz Torrero, tambien canónigo, pero defensor de la «libertad, y como clérigo, debierais abogar mas bien por la iglesia que por el solio.» Obispo despues Cañedo, y empozaron á Muñoz Torrero en una mazmorra.

Sobresale en todas las dicusiones sobre constitucion el mismo afan de oposicion á la corona en el partido anti-liberal, y el mismo teson en el bando opuesto para defender sus prerogativas; verdad que se patentiza en cuantas discusiones mediaron sobre los varios artículos de la constitucion.

Brindóse tambien el partido servil á ser instrumento de las tramoyas de la infanta doña Carlota para lograr la rejencia; pero el público se enteró muy á las claras de que en tales amañes se cifraba el intento mal encubierto de alzarse con la corona. El menosprecio de los príncipes de la alcurnia de Cárlos IV en cuanto á derechos lejitimos al solio trae ya fecha muy remota, y el afan de usurpacion no es seguramente nuevo.

En aquella propension al cercen de la autoridad rejia, se está viendo el encono implacable de los alumnos de Torquemada. La única potestad enfrenadora de la Inquisicion era la corona, y sus familiares trataban de vengarse; pero al asomar el peligro en la existencia del Santo Oficio, echó este el resto en su defensa; y en la contienda que encabezó su esterminio, el partido servil sacó á luz cuantos arbitrios cabian en su númen maléfico; pero apesar de aquel ahinco, tras catorce dias de solemnísimos debates, quedó sentenciada la abolicion de aquel tribunal sangriento y monstruoso.

La libertad de imprenta fué como un sentido nuevo desembozado repentinamente en los Españoles, y su ejercicio no podia menos de rozarse luego con el abuso. Aquellos estravíos, naturalísimos en un ensanche tan ejecutivo y sin el menor intermedio, á nadie podian pasmar, si los entusiastas arrebatados de la libertad fueran los únicos abusadores de un derecho en que se estaban ensayando; mas el partido servil fué el que desde el primer dia acarreó suma odiosidad al desahogo caballeroso del pensamiento. Los dos periódicos intitulados *el Procurador jeneral de la nacion y del rey*, y *la Gaceta de la Mancha*, como despues *la Atalaya de la Mancha*, se dejaron muy en zaga al mas rematado desenfreno. Era el redactor del primero don Guillermo Hualde, canónigo de Cuenca, y el del segundo el monje Castro Jerónimo, y se hace

harto doloroso el decir que la rejencia estaba costeando aquellos periódicos para zaherir á las córtés y á la constitucion. Hay que advertir cómo aquel mismo Castro habia predicado en la iglesia de *Infantes en la Mancha*, el dia de promulgarse la constitucion, un sermon estremado de liberal, calificando la constitucion de *código sagrado*. Otro de los escritores mas serviles, el frai le Manuel Martinez, habia antes comparado la constitucion con las *Tablas de la Ley recibidas por los Israelitas en el monte Sinaí*; y este mismo paró despues en predicador del rey y consejero de la Inquisicion.

Así es que, con un lenguaje hipócrita y exageraciones sacrílegas, unos hombres revestidos de carácter sagrado, y profesando un instituto de paz y de concordia, se empeñaban en hacer odiosa la libertad desde su primer asomo; y luego lograron la coyuntura de pedir á la potestad absoluta el pago de sus servicios. Cúpoles su salario

Una relacion esmerada de cuantas maquinaciones y dificultades experimentaron las córtés de Cádiz seria harto larga; pero creo haber manifestado lo suficiente para ensalzar la memoria esclarecida que corresponde á los conatos patrióticos de aquella junta.

La comision que redactó el proyecto de constitucion redondeó sus tareas en el mes de julio de 1811. Advertí ya que la mayoría era del bando servil; dividíanse los quince individuos que componian la comision de esta manera: *mayoría*, Huerta, Perez, Valiente, Cañedo, Bárcena, Ros, Jáuregui, Mendiola; *minoría*, Muñoz Torrero, Argüelles, Espiga, Oliveros, Perez de Castro, Leyva y Morales Duarez; el último indeciso.

Se habian ido ventilando los artículos en el regazo de la comision; pero acordado el proyecto, se firmó sin reserva por todos sus individuos; encabezándolo don Agustin Argüelles con un discurso que es obra maestra de tino y de erudicion. Entablárouse los debates el 1.º de agosto de 1811, bajo la presidencia de Jiraldó. Irregularidad monstruosísima fué la de algunos vocales de la misma comision, hablando contra el mismo proyecto y votando además contra todos sus artículos, aprobados ya por ellos mismos en la comision, y al propio tiempo vertiendo principios de liberalismo estremado y aparentando sumo afecto á la constitucion entera.

Tamañas inconsecuencias airaron á las jentes, é hicieron penosísimo el desempeño de diputados en córtés; pero se sobrepusieron á todo y continuaron sus tareas con asombroso teson y entereza. Promulgóse la constitucion, tan trabajosamente preparada y defendida, en 19 de

marzo de 1812. Formóse nueva rejencia, componiéndola sujetos escogidos por el bando liberal contra los del opuesto, y para mayor estrañeza estos mismos liberales fueron empeñadamente molestados por los reyes, el duque del Infantado, don Juan de Villavicencio, el conde del Abisbal, don Joaquin Mosquera y don Ignacio Martinez de Rivas, siendo tan solo el primero hechura de los serviles; y luego habiendo tenido que hacer dimision el conde del Abisbal, lo reemplazó Villamil, que terció en las hostilidades con sus compañeros.

Esta rejencia fué la que asalarió escritores para zaherir á las córtes y á la constitucion, estremando su empeño hasta el punto de estimular al cabildo de Cádiz para que desobedeciese un decreto de las córtes. Apuróseles entónces el sufrimiento; y el 8 de marzo de 1813, depusieron aquella rejencia, nombrando otra, compuesta de tres consejeros de estado; el cardenal de Borbon, don Gabriel Ciscar y don Pedro Agar.

En aquella heroicidad de las córtes se cifró el salvamento de la libertad, pero exasperó hasta el extremo al partido servil.

Por mas que se haya dicho é impreso contra aquella constitucion y el recibimiento que mereció, es muy positivo que logró aceptacion gozosa, juntamente con los principios que dejó sentados. Se la miró como un repudio de todo lo anterior y un estandarte del alzamiento victorioso contra el extranjero. Despues, ya los muchísimos intereses que lastimaba, ya los abusos que corregia, y tambien sus nulidades esenciales, le han suscitado un sin número de enemigos. Sobrevinieron circunstancias sumamente aciagas y complicadoras; la conclusion de la guerra trajo á Fernando VII á España, y recargó la balanza con el peso de aquel poderío imponderable que le proporcionó su milagroso rescate en el rapto primero de un júbilo desaforado. La constitucion, careciendo de sólido arraigo, fué al suelo; su existencia de dos años, ceñida por el pronto á Cádiz y algunos pueblos libres, apenas se habia asomado por las provincias, al paso que las tropas imperiales seiban retirando.

Mas consta innegablemente que las córtes recibieron mil parabienes sinceros de todos los puntos de España. Los cuerpos en jeneral, los consejos, los tribunales supremos, prelados, cabildos, casi todas las comunidades religiosas, los ayuntamientos, los empleados de todas graduaciones, un sin fin de particulares, aun residentes en el extranjero, remitieron sus adhesiones (1). Ascienden á largos miles estos docu-

mentos públicos, y si se ha de conceptuar lo bienquista que fué la constitucion por el número y el enardecimiento de tantísimas enhorabuena, no hubo jamás institucion humana merecedora de alborozo mas jeneral y entrañable; ni se recibió y juró jamás un código político en parte alguna con mayor solemnidad.

No fué la aprobacion unánime en el interior la sancion única que mereció la obra de las córtes; pues las potencias extranjeras, que se le declararon enemigas en el congreso de Verona, la habian reconocido allá en otra temporada, insertando al intento en los tratados solemnes una cláusula especial, cuya razon quedaria en tinieblas no teniendo presente que en 1812 y 1814, algo suponía la España armada en la contienda con el Imperio. La Rusia, en el tratado firmado en Weleski-Luki, el 20 de julio de 1812, dedica el artículo 3.º á dicho reconocimiento con las palabras mas terminantes. Merece que se trasladen literalmente en prueba del valor de esos principios políticos tan decantados, y á los que se les da sin reparo un despedido ejecutivo, segun cuadre el prohiarlos ó desecharlos con los intereses ó los afectos del momento.

«ART. 3.º S. M. el emperador de todas las Rusias reconoce por lejitimas las córtes jenerales y estraordinarias reunidas actualmente en Cádiz, como tambien la constitucion que han decretado y sancionado.»

No estuvo menos terminante la Prusia en su tratado, firmado con la España, en Basilea, el 20 de enero de 1814.

«ART. 2.º S. M. el rey de Prusia reconoce á S. M. Fernando VII como único rey lejitimo de la monarquía española en ambos hemisferios, como tambien á la rejencia del reino que durante su ausencia y cautiverio lo está representando, en virtud de su eleccion lejitima por las córtes jenerales y estraordinarias, y la constitucion sancionada por estas y jurada por la nacion.»

Estremóse mas el canciller de Rusia, conde de Romanzoff, pues acusando el recibo de un ejemplar de la constitucion, enviado por la rejencia al emperador de Rusia, escribió, en 25 de noviembre de 1812, al señor Zea Bermudez: «Ha recibido S. M. este nuevo testimonio del afecto que merece al gobierno español, con tanta mayor complacencia por cuanto esta acta solemne afianza la prosperidad de esa nacion valiente y pundonorosa á la cual profesa S. M. sumo aprecio.»

Con que lo mismo que era tan lejitimo en 1812 y 1814 para el concepto de la Rusia y de la Prusia se trocó en criminal, algunos años despues, para las mismas potencias congre-

(1) Guardo en mi poder la coleccion completa de estas actas de adhesion.

gadas en Verona, y lo idéntico que estaba afianzando la prosperidad para la España en 1812 vino á ser en 1822 motivo para apearse á la España del derecho de jentes.

Al recapacitar aquel modo de maltratar á los prohombres de las córtes, se echa de ver el abandono que manifestó la España de sus derechos y de su libertad, y la ingratitud de los príncipes y soberanos de Europa, con uno de aquellos desengaños amarguísimos que engolfan las almas selectas y afectuosas en un piélago de dudas sobre las obligaciones del ciudadano. Mortal desaliento embarga el ánimo, que nos conduciría á la misantropía, al egoismo, si los varones animados del afán por la justicia, la patria y la libertad no lograsen siempre sobreponerse á tamaños embates; toda rejeneración ha de tener sus mártires, y hay que avenirse á empuñar aquella palma, acudiendo á su propia conciencia y á la satisfacción de haber desempeñado su obligación, consuelo de que no cabe á la ingratitud humana defraudarnos.

He ido bosquejando por mayor la estampa de las córtes de Cádiz, conceptuando que algunas pinceladas de bulto bastarian para retratar al vivo aquella junta memorable. Si las córtes al historiar aquella temporada, embargan toda la atención, es que tan solo ellas echaron el resto y abarcaron todo el porvenir, pues en solas ellas parece que se habia vinculado la vida intelectual de España.

En aquel ímpetu unánime de la nación para plantear una ley fundamental y para defender la patria, la torpeza del gobierno anonadó todo su empuje. En los seis años de guerra, por ningún rumbo acertó la autoridad suprema á coordinar las operaciones militares, y las córtes se hicieron cargo de la precision de concentrar el mando en un solo caudillo, y nombraron al duque de Ciudad-Rodrigo (1) jeneralísimo de las tropas españolas. Jamás asomó un ministro en la tribuna para derramar alguna luz sobre las discusiones, ó manifestar la existencia del gobierno con alguna jestion briosa ú ocurrencia atinada. En todo el ámbito de aquel plazo no aparece un ingenio para manejar con maestría los negocios. Variaron las rejencias, y en todas ellas aparecieron hombrezuelos engreidos con su vanagloria pueril, finchándose mas y mas con sus ínfulas de soberanía, y asomando tan solo para enzarzar su carrera á las córtes, y suscitarle un sinuúmero de tropiezos. Ni siquiera se tomaron los rejentes el trabajo de encubrir sus torcidas intenciones y su encono contra el establecimiento de un sistema constitucional, manifestando en todas ocasiones sus

ímpetus de hostilidad, y acudiendo al mismo tiempo á medios reservados para atascar á las córtes en todos sus pasos. Solian componerse aquellos consejos de rejencia de sujetos criados en la corte y amoldados á los hábitos del despotismo. En sus escasísimos alcances no cabia lo que correspondia á la España, ni mucho menos el movimiento que habia por sus alrededores. Conceptuaban la voluntad absoluta del monarca un mandamiento incontrastable, y la obediencia rendida de un servilismo rastrero á la potestad real el evangelio político de los Españoles.

Hay que exceptuar la última rejencia, pues el cardenal de Borbon era hombre atinado, y sus intenciones purísimas le hacian veces de pensamientos grandiosos, enterándose de ellos además á la primera manifestacion. Sus dos compañeros, don Gabriel Ciscar y don Pedro Agar, eran sujetos de mérito esclarecido.

Por tanto cupo á estos tres rejentes el agasajo de la persecucion.

En cuanto á los varios ministros que fueron encabezando las secretarías, sueñan sus nombres cuando mas en las anualidades de aquella temporada, y merced á tales colecciones de oficio, podrá la posteridad enterarse de los ministerios de la época mas grandiosa y esclarecida de nuestra historia; y en suma, será una reseña muy cumplida de entes ó inservibles ó perjudiciales en causa tan preeminente.

Terminaron sus tareas las córtes constituyentes, encargando á las sucesoras el desempeño de consolidar el edificio constitucional que tan á duras penas y arrollando tropiezos imponderables habian ido encumbrando.

Se habia atareado aquella junta, calumniada tan atrozmente, con los intereses fundamentales del país, sin mas ambicion que la de esmerarse en el bien público; pues constaba de varones entrañablemente convencidos en la sanidad de sus teorías, y que abrigando intenciones puras, ansiaban la dicha de su patria. Coartaron las prerogativas de la corona, á impulsos mas bien del recuerdo de tantísima demasia cometida en los reinados anteriores que por zozobras para lo venidero. No habia en 1812 un Español que dejase de amar con entusiasmo á Fernando VII, y escusado fuera afanarse en buscar por todas las discusiones de córtes una sola voz que suene á predisposicion ó á encono contra el solio. Votaron siempre en conciencia los diputados liberales, y no conceptuaron propasarse en sus poderes de encargados de la nación coartando las facultades del monarca. La vida hubieran dado á trueque de salvar al rey. Si se atuvieron á ciegas á teorías políticas traídas del extranjero, permanecieron ajenos de todo esceso

(1) El duque de Wellington.

y al votar la constitucion, afectísimas y de todo corazón estuvieron las córtés á la monarquía.

Ya llevo dicho cómo los vocales tratados luego tan bárbaramente habian escudado al solio contra el partido servil, y añado que si la constitucion admitió una sola cámara, este mismo partido fué el causante, pues apetecian los liberales dos cámaras como institucion mas adecuada á los tiempos modernos. Opusieron los serviles con el afán de plantear los tres *brazos* ó estamentos, al remedo de las córtés de Navarra. No cabia tanta subdivision de la potestad legislativa, y no teniendo en su mano la innovacion de las dos cámaras, los liberales, atendidos á la tradicion de las córtés de Castilla, se ciñeron al establecimiento de una sola cámara. Por punto jeneral, los lunares mas aparentes de aquella constitucion son mas bien obra de los amaños del partido servil que de un acaloramiento democrático, que nunca hubo, y bajo ningún concepto medió premeditacion de lastimar á la corona, ni ánimo de plantear allá principios por aborrecimiento al solio.

Abrieron las córtés ordinarias sus sesiones, el 1.º de octubre de 1813, en Cádiz. Las elecciones de donde dimanaban, por ensayo primero de la ley electoral, parto de la constitucion, resultaron opuestas á su afianzamiento, y el partido liberal fué únicamente el mal hallado. Este mismo hecho está comprobando que no se llevó por blanco, al estender dicha ley, el predominio democrático, y que era imponderable la equivocacion, si hubiese mediado aquel intento.

Componíanse aquellas córtés, no solo de sujetos poco propensos á seguir la oleada de la reforma, sino de enemigos declarados de la constitucion; y como el bando servil, decantando mas y mas, entónces como ahora, el interés del trono y del altar, no atendia en realidad mas que á sus intereses personales, se perjuraron todos alevosamente en pos de sus fines. En la historia desastrosa de las inconsecuencias y devaneos del linaje humano, lo mas rematado por indecoroso y despreciable es la conducta de los diputados serviles de las córtés de 1810 á 1814.

Aceptan el cargo de diputados; juran solemnemente defender la constitucion, hablan y votan bajo este concepto toda la temporada de las córtés, y al asomar el rey al confin español, enterados de su ánimo enemigo del código constitucional, se ofrecen desaladamente á todos sus anhelos. Sesenta y nueve diputados del bando rastroero encaminan, el 12 de abril de 1814, una peticion al rey para que anule el mismo código en cuya virtud se habian juntado. Hollando juramentos y renegando de sus propios actos, se

constituyen delatores (1), piden cadalsos para sus compañeros, despotismo para su patria y galardones para sí. Acoje el gobierno officiosamente sus anhelos y plantea un sistema acosador, cual ni lo idearan inquisidores implacables.

Descubramos esta página de luto y de afrenta, en que todo, todo es villanía por parte de los verdugos, y todo heroismo entre las víctimas. Vamos á presenciar la falta de gobierno bajo el aspecto mas horrendo: jenerales gloriosísimos defensores de su patria, diputados revestidos con su carácter sacrosanto de inviolabilidad, ministros que empuñaron el timon del estado, reñentes que habian desempeñado la potestad suprema, obrando todos con el único afán de rechazar al enemigo y lograr el rescate del rey, quedan allá confundidos en una misma proscripcion. Todo vil y todo perjuro rebosa por el contrario de premios y de privanza. La potestad, enfurecida y empapada en su hidrópico delirio de castigos, se ciega y suelta la rienda á la anarquía, rematada cual nunca en los seis años primeros del reinado de Fernando VII.

Zozobran las tropas francesas en la Península con las campañas memorables de 1812 y 1813 en Rusia y en Alemania. Está Napoleon batallando con la Europa entera, tiene que llamar á sus falanjes veteranas de España, y tras aquella guerra asoladora de todos sus ámbitos, ofrece la paz; la fatalidad iba allá acosando á Napoleon en sus relaciones con España. Notorios son los ardides, harto indignos de un emperador, con fué atrayendo á Bayona la familia real, la tuvo presa, y luego soñó que unas renunciias arrebatadas á viva fuerza á Carlos IV y á Fernando VII le afianzaban la conquista de la Península. Este abuso tan lastimoso de la prepotencia, esta toma de posesion tan ridícula de la corona de España, acarrecó una guerra de muerte, con cuantas desdichas trae consigo.

Cuando el emperador, tras seis años de peleas, acordó poner término á la guerra, acudió aun mas á su sistema engañoso y soezmente astuto.

El 12 de noviembre de 1813, escribe Napoleon una carta á Fernando noticiándole como «las circunstancias en que se hallan su imperio y su política le inclinan á apeteecer el dar un corte á

(1) Los diputados que atestiguaron, fiscalizando encubiertamente contra sus compañeros, fueron, Lasauca; Inganzo; Ros; conde de Buenavista; Villagomez; Caballero; Azuarez; Lopez del Pan; Tadeo Segundo; Gil; el obispo de Pamplona; Gomez Calderon; Foncerrada; Perez; conde de Vigo y Garate. Dieron todos su declaracion por escrito.

los negocios de España; que la Inglaterra está allí fomentando la anarquía y el jacobinismo, empeñadísima en acabar con la monarquía y exterminar la nobleza; y como no puede menos de apesadumbrarse con ese esterminio de nacion tan vecina á sus estados, etc. etc. (1).»

Así que Napoleon es el primero que arroja en el ánimo del monarca aquellas semillas de encono contra las instituciones liberales; tilda á la Inglaterra de fomentadora del jacobinismo y se hermana con el partido servil: y así lo encamina á su reaccion contra las libertades públicas de España. ¡Patria harto ruin, aborto de su afán de castigar á las córtés por su ahinco en salvar la independencia y la libertad del país! Siéntese un desconuelo involuntario al presenciar en ese prohombre de nuestros tiempos un lenguaje tan impropio en él, y al oír espresar el quebranto que le cabe con *el esterminio de la España* al mismo que, atropellando tratados, habia entrado á sangre y fuego en aquel país hermosísimo, y seguia por seis años asolándola sin conmiseración.

El portador de la carta del emperador para Fernando fué el conde de Laforest. En su arena al rey, todavía preso en Valençay, sobrepujó en su tema al emperador. Fué repitiendo su acusacion contra los Ingleses, que «todo lo habian trastornado introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo solar yace talado y exhausto, la religion destruida, el clero desamparado, la nobleza abatida, la marina solo de nombre (2), las colonias de América desmembradas, y en fin todo el país cubierto de ruinas.»

Tanta desventura, segun Mr. de Laforest, es obra de aquellos isleños, quienes no llevan otra mira que la de trocar la monarquía en república.

«Enfin, continúa M. de Laforest, la anarquía está sajando á los Españoles (3), puesto que los Ingleses, mientras están celebrando córtés en Cádiz, y aparentemente apetecer un rey, su ánimo en suma es plantear una república. Siéntelo en el alma los verdaderos Españoles, quienes están llorando tamaña desdicha, y ansiando ver rayar el orden en su patria acosada, y tener afianzadas sus haciendas. Tan sumo desconcierto ha movido al emperador, quien me envia á enterar á V. A. R. del estado aciago de los negocios.»

¡Qué mojiganga tan horrorosa! y ¡qué modo tan hipócrita de aparentar un interés alevoso, preparando de antemano nuevas desventuras para la España, y predisponiendo así el ánimo

de Fernando para no ver sino enemigos en cuantos le han defendido el solio que desamparó en 1808!

Respondió Fernando VII el 21 de noviembre á la carta que Mr. de Laforest le habia entregado de parte del emperador.

Napoleon no dió á su preso mas dictado que el de alteza real, sin reconocerle todavía por rey, aun ofreciéndosele oficiosamente para tratar con él sobre los negocios de España.

Contesta Fernando á la carta con que S. M. I. y R. le *ha honrado*: «Señor; no puedo menos de repetiros cuanto he dicho de palabra á Mr. de Laforest, y es que permanezco siempre bajo la *proteccion* de V. M., profesándole mas y mas aquel *cariño* y aquel *respeto* de que le tengo dadas tantas pruebas... V. M. me trajo á Valençay, y *si gusta* reponerme en el solio de España, *puede hacerlo*, teniendo en su mano arbitrios de que yo carezco, para tratar con la junta; mas si V. M. absolutamente apetece entenderse conmigo, en tal caso necesito que vengan acá diputados de la junta con anuencia de la nacion para enterarme de los negocios de España. Si la política de V. M. y las circunstancias en que actualmente se halla le imposibilitan el avenirse á estas condiciones, seguiré viviendo sosegado y gozoso en Valençay. Ingleses y Franceses me interesan igualmente; pero lo que yo debo anteponer á todo es el interés y la dicha de mi patria. Quedo esperando que V. M. no verá en todo esto mas que un nuevo testimonio de mi *sinceridad* y del *cariño entrañable* que profeso á V. M.»

Un rey preso, por cuyo rescate toda la nacion está guerreando y derramando allá á raudales sangre y tesoros, conceptúa que su alcaide le *honra* al escribirle negándole el dictado de rey que debia á la nacion tanto ú mas que á su nacimiento, puesto que la revolucion popular de Aranjuez lo habia entronizado. ¡Repíte aquello de su *cariño entrañable* y su *respeto*! «Napoleon, dice, tiene en su mano el reponerlo en el solio de España, si le place.» En cuanto á la hidalga nacion española, queda toda á la parte de afuera. Se aviene Fernando á permanecer en Valençay *gozoso*, y en suma los Ingleses pelean-do por su rescate, y los Franceses, sus destronadores y los asoladores de su patria, «le interesan igualmente.»

Orillemos toda reflexion que debilitaria la trascendencia de esta carta, pues á mi entender, queda en su contenido cifrada por entero la historia del reinado de Fernando, pues rebo-sa de aquella flaqueza y de aquella ruindad que asoma en todas las gestiones de este monarca.

El 11 de diciembre inmediato, reconoce Napoleon por rey á su preso, y se firma un tra-

(1) Carta de Napoleon, fecha en San-Cloud.

(2) Habia con efecto fenecido en Trafalgar *por la Francia*.

(3) Cierto, pero ¿quién tiene la culpa?

tado entre el emperador de los Franceses y el rey de España, en Valençay, por sus respectivos plenipotenciarios, el conde de Laforest y el duque de San Carlos. Me desentendiendo del ningún valor de aquella acta, anulada radicalmente por la situación de las partes interesadas.

Sale para Madrid el duque de San Carlos, portador del tratado y de una carta del rey á la rejencia, con fecha del 8 de diciembre de 1815. Mandaba en ella S. M. «que se ratificase aquel tratado *tan felizmente concluido* en Valençay, donde S. M. *habia logrado un espléndido hospedaje*.» Recibió además el duque de San Carlos instrucciones reservadas, cuyo principal contenido era el siguiente (1):

Encarga el rey á su embajador «que escudriñe si el ánimo de la rejencia y de las córtes se halla ó no imbuido en *deslealtad* y en *jacobinismo*, como tenia hartos motivos para temérselo (art. 1). Si con efecto trasciende el jacobinismo á la rejencia y á las córtes, el duque debe encubrir con esmero las intenciones del rey, contentándose con el empeño único de que la rejencia dé su ratificación, lo que no serviría del menor óbice para la continuacion de la guerra (art. 3.º)»

«Pero si el enviado hallase lealtad y cariño á la persona del rey, debia con sumo sigilo manifestar á la rejencia que S. M. apetecia aquella ratificación, reservándose, vuelto á España, declarar nulo y forzado el tratado todo; sin que nunca los Franceses tuviesen derecho para quejarse, si S. M., enterado del estado de la España con datos de que careció en su *esclavitud*, y hecho cargo de lo gravoso que era el tratado para la nacion, le negase su real aprobacion.»

El texto de aquella instruccion reservada, en que se repite el nombre de jacobinismo, está evidenciando sin réplica que Fernando tomó aquella calificación de la carta del emperador y de la arenga de Mr. de Laforest. A las primeras jestionés en que se restablecen los enlaces de la nacion con el rey, salen á luz las impresiones siniestras estampadas en su ánimo por los carceleros. Desconfia Fernando de la *lealtad* y del *cariño* de la rejencia y de las córtes, y teme el *jacobinismo*. Ya se está disponiendo para desentenderse de un tratado *felizmente concluido en su espléndido hospedaje*, aunque en carta del 21 de noviembre de 1813, tenia escrito al emperador: «Si yo prometiese algo á V. M. y luego me viese precisado á practicar todo lo contrario, ¿qué concepto mereceria yo á V. M.? Diria que he carecido de entereza; y

mofándose de mí, me deshonraria á la faz de la Europa.»

Que el emperador, enemigo de la España, haya tratado, al poner al rey en libertad, de hacerlo instrumento de una venganza que se deja en zaga las peleas; que haya sido el primero en contajiar á Fernando VII con el encono á todo pensamiento liberal y á los prohombres de España, esplicase todo esto hasta cierto punto en un pecho gangrenado contra la resistencia tenaz de los Españoles; y por mas criminal que sea venganza tan ruin, por fin se comprende, así como se alcanza una pasion torpe. Pero ¡Dios mio! ¿qué dirémos de los hombres que estaban ladeando á Fernando VII en Valençay? En un dia mismo, le hacen decir que *si no cumple su palabra, lo deshonrará* ante la Europa, y luego le predisponen para desdecirse de esta misma palabra *sin temor de infamarlo*. ¿Cómo cabe estrañar ya la conducta del rey á su regreso á España, imbuido todo en los recelos que le habia sugerido el emperador, y en manos de consejeros que lo apeaban de todo señorío? Tan solo podian resultar las desventuras que voy á referir á mis lectores.

Llega el duque de San Carlos á Madrid, se divulga el tratado que trae, y conmueve indignamente al público. Vergonzosísimo se hacia semejante baldon en medio de la victoria, y así se recibió al duque con tibieza. Aquel recibimiento tuvo luego suma trascendencia para los acontecimientos, pues el mensajero de Valençay tuvo que volverse con el ánimo poco avenible.

Contestó la rejencia, el 8 de enero de 1814, con todo el acatamiento debido á la desventura y á un soberano; rebosaba el contenido el pundonor nacional que estaba á cargo de la rejencia.

Contentóse pues con decir á S. M. «que no podia menos de hacerle presente el decreto de las córtes del 1.º de enero de 1814 (1), y que

(1) Iba el manifiesto firmado por el presidente Antonio Joaquin Perez y por los secretarios. Fué Perez uno de los autores de la constitucion, y fué tambien uno de sus defensores mas acalorados en las discusiones. Al tratarse de las dos cartas al rey, Perez, como presidente, no se contentó con aprobar su contenido, sino que arrebatado de celo, quiso estenderlas de propio puño, al paso que con la otra mano estaba firmando con otros sesenta y ocho diputados la representacion del 12 de abril para que la constitucion quedase abolida. Habia igualmente firmado Perez el manifiesto de las córtes á la nacion con motivo del tratado de Valençay, todo sin perjuicio de luego delatar á sus compañeros.

(1) Estas instrucciones se hallan en el folleto publicado por el canónigo Escobiquiz en 1816.

al incluírselo, no conceptuaba la rejeñcia tener que hacer la menor observacion sobre el tratado de paz, congratulándose solamente con el rey de ver ya cercano el día en que lograse la dicha de poner en manos de S. M. la autoridad real, que ha estado conservando fielmente como un depósito sagrado, durante el cautiverio de S. M.»

El tratado de Valençay ocasionó en las córtcs el decreto de 2 de febrero de 1814, confirmando el del 1.º de enero del mismo año, y añadiendo que «el rey quedaria reconocido por libre, cuando en el regazo del congreso nacional hubiese formalizado el juramento prescrito por la constitucion.» Los demás artículos de aquel decreto se referian al recibimiento del rey.

Publicaron las córtcs el mismo día un manifiesto á la nacion, dándole cuenta de su conducta en cuanto al tratado de Valençay. Espresaron haber quedado atónitas al oír un mensaje que de órden de la rejeñcia les habia presentado el ministro de estado, relativo á la llegada y el encargo del duque de San Carlos. Apellidaron el tratado de Valençay como «un baldon para el rey, convenio vergonzoso, y contrato ajustado entre la víctima y el verdugo.» Añadieron que aprobaban la conducta de la rejeñcia, la cual, por única contestacion al encargo del duque de San Carlos, le habia entregado una carta espresiva para el rey, guardando un silencio decoroso acerca del tratado de paz. Despues de esplayarse en las razones que motivaban el decreto del 2 de febrero, para el cual habia servido de norma el del 1.º de enero de 1814, renovaban las córtcs todas sus protestas sobre su amor y lealtad al rey.

Participa por fin Fernando su salida de Valençay, y el jeneral Zayas trae á la rejeñcia una carta de S. M. con fecha de 1.º de marzo de 1814. Escribe el rey que partirá de Valençay el 13, encaminándose por Cataluña, y acaba con esta cláusula. «En cuanto al restablecimiento de las córtcs, como todo lo que se ha hecho en mi ausencia en provecho del reino, lo aprobaré, como que se conforma con mis reales intenciones.»

Entra Fernando en España el 24 de marzo de 1814, y el jeneral Copons lo recibe en la raya de Cataluña. Abstiénese el rey de toda jestion de soberania durante su mansion en Cataluña y en Aragon, á donde se encamina desviándose de su primer itinerario que lo conducia en derecho á Valencia. Llega allí Fernando el 19 de abril, y allí arranca la reaccion violenta que aun no habia asomado en los pasos del rey. Lo estaban esperando en Valencia el cardenal de Borbon, presidente de la rejeñcia, los ministros del despacho con toda la comitiva que de-

bia acompañarle. Agasaja al pronto al dignísimo prelado, mas luego le trata con ceño, manifestándose ya á las claras el enojo hasta entónces encubierto.

El bando servil se azora, y una de sus juntas habia ya impresionado sumamente al rey en Teruel, acudiendo á diestro y siniestro emisarios para brindársele con su oficiosidad. Valencia es el hervidero de alevosias y ruindades que descreeria la posteridad á no mediar testimonios auténticos que las están comprobando. Perjúransen sin rubor los sujetos mas encumbrados por su esfera: un (1) duque del Infantado, un jeneral Elio, hasta entónces fiel constitucional, quien esgrime ante todos el acero á favor del despotismo; luego sigue su ejemplo el conde del Abisbal (2), que está mandando el ejército de reserva; llega en seguida el diputado por Sevilla, D. Bernardo Mozo Rosales (3), portador de la representacion famosa del 12 de abril, firmada por sesenta y nueve diputados á córtcs, pidiendo la abolicion de la constitucion. Los rejentcs Lardizabal (4) y Villamil (5), antes parciales acalorados de la constitucion, acuden

(1) Al tomar posesion de la rejeñcia, el 15 de junio de 1814, prorumpió en los mismos términos que sus compañeros en 19 de marzo; luego proclamó dos veces cuanto tenia dicho hablando con Españoles y Americanos en 30 de agosto y 1.º de setiembre de 1822. «Ya, decia, con la constitucion, no ha de ser la España patrimonio de un rey, pues nos escudará contra todo antojo y arbitrariedad; y las ideas liberales y benéficas que van siguiendo las córtcs patentizan anchuroso campo para la prosperidad pública. Somos libres, y cada cual vivirá ya enterado de sus propios derechos. (*Diario de las Córtcs*, tomo XIII, páj. 485).

(2) El conde del Abisbal, rejeñte, se presentó á las córtcs en la sesion del 22 de enero, con sus compañeros Mosquera, Villavicencio y Rivas, y dijo: «Persuadidos estamos de que la constitucion ha de ser el cimiento conservador de la monarquía por largos siglos; y sostendrémos cuanto llegue á decretar la soberania de las córtcs. (*Diario de las Córtcs*, tomo XI, páj 364).

(3) Que se afamó luego bajo el nombre de marqués de Mata-Florida, ministro de Fernando VII, é individuo de la rejeñcia de Urjel, en 1823.

(4) Lardizabal, en una representacion dirigida á las córtcs el 6 de enero de 1810, decia: «No me ocurre la menor duda acerca de la legitimidad y plena autoridad de las córtcs existentes en el día; pues semejante duda seria un yerro en otros, pero en mí un delito. (*Diario de las Córtcs*, tomo IX, páj 291 y 292).

(5) Publicó en 1808 una carta, con fecha del 29 de agosto en Madrid, diciendo: «que se requería una constitucion nueva, devolviendo sus libertades públicas á la nacion. Despues fue rejeñte en Gádiz

también á Valencia en demanda de su estermínio.

Adelanta Elío sin estruendo algunas tropas sobre la capital, donde las zozobras y congojas que siempre anteceden á las sumas catástrofes se apoderan de los pechos; escriben las córtes al rey por dos veces que apresure su venida para afianzar el sosiego público.

En aquel trance, como en otros muchísimos, careció la España de gobierno, pues la rejenicia se mantuvo absolutamente pasiva, como también los ministros, sin que nada providenciasen tampoco las córtes. Mientras los enemigos de la libertad se desalaban descaradamente á diestro y siniestro tras el vuelco de la constitucion, cuantos debían escudarla, y que no habían acertado á infundir interés con ella ni á consolidar la reforma, acudieron todavía menos á sostenerla con disposiciones enérgicas. Nada apetecieron, nada osaron, dejándose acuchillar sin ponerse en defensa. Yacen aletargadas las córtes al par del gobierno, y aparece el decreto del 4 de mayo con sus visos de transitorio entre la constitucion y el nuevo réjimen que debe sucederle.

«Aborrezco y detesto, dice Fernando en el decreto, el despotismo, que no tiene ya cabida con las luces y la civilizacion de la Europa. Para precaver abusos, voy á tratar con los diputados de España y de Indias en córtes, legalmente convocadas, compuestas de unos y de otros, tan pronto como pueda juntarlas.»

Sentaba además ya por sí mismo los cimientos de aquel nuevo contrato.

«Al resguardo de leyes que arreglen el orden y el sosiego público, quedarán también afianzadas la libertad y la seguridad individual, franqueando á todos nuestros súbditos el goce de una libertad racional.

«Disfrutarán todos la facultad de comunicar por medio de la imprenta, sus opiniones y sus pensamientos.

«Se separarán las rentas del estado de los dispendios de la familia real, etc.

«Las bases sentadas, añadía, bastan para dar á conocer mi real ánimo, en el gobierno de que voy á encargarme; pues por cierto no son los intentos de un déspota y de un tirano, sino de un rey, padre de sus vasallos.»

Promulgado este decreto, dispone el rey su marcha de Valencia para Madrid. Cuantos lo rodean están ya bien resueltos á no dejarle cumplir un ápice de lo mismo que está prometiendo á la nacion con una espontaneidad que redundaba en mayor odiosidad del menosprecio con que luego falta á su palabra. Antes de salir, quebrantando cuantas promesas acaba de hacer tan solemnemente á la nacion, da orden para la

disolucion de las córtes y para el arresto de rejenices, ministros y diputados. Nombra por ejecutor de la orden al jeneral Eguia, capitan jeneral de Castilla la Nueva y gobernador de Madrid, y antes diputado servil; á Don Ignacio Martinez de Villela (1), á Don Antonio Alcalá Galiano (2), á Don Francisco de Leyva (3) y á Don Jaime Alvarez de Mendieta (4), intitulándose jueces de la comision de policía.

Los nombres de los presos é incomunicados en Madrid son los siguientes:

Martinez de la Rosa, Capaz, Ganga Argüelles, Cepero, García Herreros, ministro de gracia y justicia, Argüelles, Zumalacarregui, Muñoz Torrero, Oliveros, Villanueva, Calatrava, Zorratuin, Larrazabal, Arispe, Feliu, Teran, Gallejo, Golfín, Traver, Dueñas, Rivero, diputados todos de 1810 ó de 1814.

Otros cuatro lograron ponerse en salvo, á saber: Toreno, Caneja, Diaz del Moral é Isturiz. Prendieron en Aragon al diputado Antillon; yace mortalmente enfermo en su lecho, le arrebatan y fallece en el tránsito á la cárcel de Zaragoza.

En la noche del 10 al 11 de mayo se siguió prendiendo á otros individuos que no correspondian á las córtes, como Alvarez Guerra, ministro de la gobernacion, los jenerales Odo-

(1) Ya era conocido Villela por su índole fementida y vengativa; pues fué de la junta de Bayona en 1808, y enviado de Napoleon á los Aragoneses para que se avasallasen. Pasó con efecto á Aragon; publicó proclamas bajo aquel concepto; las cojieron los patriotas, se quemaron por mano del verdugo; y se condenó su nombre á la execracion perpetua en la *Gaceta de Zaragoza*, por mandato del jeneral Palafox. Se le procesó en Sevilla por aquella maldad, pero se disculpó con haber sido forzado. Descargó el tribunal por falta de pruebas, pero la opinion pública siempre lo conceptuó reo, en términos que nombrado diputado, se trató de no admitirle. Ya se alcanza cuál seria su ánimo respecto á los compañeros.

(2) Decia Alcalá Galiano á las córtes el 19 de marzo de 1812: «Aprovecho el día en que se publica la sabia constitucion que hemos anhelado con ansia para manifestar á las córtes con gratitud y acatamiento el júbilo que esperimonto recapacitando los bienes que se labran á la nacion con el código capaz de encumbrar la España á lo sumo de la consideracion y de la felicidad.» (*Diario de las Córtes*, tomo XII, pág. 321).

(3) Leiva dedicó á las córtes, el 30 de enero de 1812, parabienes que se adelantaba á tributarles desde luego, para manifestarles su dicha y su agradecimiento por la obra grandiosa de la constitucion que iba á salir á luz. (*Diario de las Córtes*, t. IX, p. 437).

(4) Sujeto pandonoso que hizo dimision al vez el rumbo que se iba á seguir.

nojú y Aguirre, el poeta Quintana, el conde de Noblejas, mariscal de Castilla, su hermano Don Ramon Chaves, el comisario de guerra Rubio, los tenientes coroneles de estado mayor Moscoso y Landaburu y los hermanos Escario. Encargóse Eguia de prender personalmente á entrambos reyes y á los ministros, procediendo sus cuatro asesores al arresto de los diputados que habian asistido á la sesion en aquel mismo dia, muy ajenos de la disolucion de las córtes.

Este fué el principio de la reaccion que, desenfrenándose mas y mas á diestro y siniestro, trocó en cárcel el ámbito de la Península. Presos los sujetos sobredichos, en la madrugada del 11 de mayo se publica el decreto del 4 de mayo, que redunda en desacato á la racionalidad y en baldon para la humanidad entera; pues el rey está diciendo en él que *aborreca y detesta el despotismo*, y que *afianza la seguridad y libertad individual*, en el idéntico punto de estar el despotismo mas execrable defraudando de su libertad á unos ciudadanos pacíficos y afanados por el servicio de su país.

Llega el rey á Madrid; pavor mortal nubla los corazones. Es el 14 de mayo, y se plantea al golpe una comision de policía, que es para Madrid una verdadera junta de salvacion pública realista, como allá en otro tiempo la de Paris. Se nombra un ministerio encarnizadamente enemigo de la constitucion: el duque de San Carlos de estado, el ex-reyente Lardizabal de las colonias, Macanaz de gracia y justicia (1), el ex-diputado y jeneral Eguia de guerra, y el ex-diputado Góngora de hacienda. El duque del Infantado es presidente de Castilla, en cuyo consejo descuellan los diputados serviles mas furibundos. Menudean delatores y arrebatan los empleos. Andan los periódicos asalariados pidiendo de continuo la cabeza de los presos. El redactor forajido de la *Atalaya*, ¡un clérigo! clama en uno de sus números, *porque se les ahorque á todos antes de encausarlos*. Suenan y resuenan en los templos del Señor los mismos alaridos de malanza: tributos de sangre están pidiendo los pulpitos.... Se desprende la pluma de la mano....

Se nombran hasta tres comisiones diversas para sentenciar á los reos, y no asomando cuerpo de delito, no aciertan, en medio de su afanosa venalidad, á deslindar un castigo. Inco-

municadas yacen las víctimas tres meses, y aun están ignorando el motivo de su prision. El fiscal del consejo de Castilla, Don Antonio Segovia, presenta, el 1.º de julio, su informe á la comision de policía, manifestando la implicancia de procesar á cierto número de diputados, al paso que otros votantes por el mismo rumbo en las córtes merecian la confianza del gobierno; alegando por conclusion que los reos habian apetecido una *monarquía moderada*, contrarestando únicamente la *soberanía absoluta* del rey.

La comision, muy ajena de conformarse con el dictámen de Segovia, quiso terminantemente que lo rehiciese, descubriendo delitos. Incurrió Segovia en la flaqueza criminal de constituirse instrumento de tamaña bastardia, y el 17, presentó nuevo informe capitulándolo con varios cargos ideales.

Pasó el expediente á uno de los tribunales ordinarios, que entregó las carpetas al fiscal Don Mateo Zendoquiz (1). Descubrió este las nulidades del sumario y manifestó la imposibilidad de seguir sustanciando la causa, no abarcando á cuantos diputados habian votado como ellos. Los jueces, cuanto mas se internaban en la causa, mas desenfadadamente declaraban que nunca se avendrian á revalidar una votacion arbitraria, y aun parece que el tribunal trató de elevar una representacion al rey demostrándole la sinrazon y la ilegalidad de la sustanciacion entablada contra los diputados. Mas apenas se traslució aquel dictámen de los jueces, se les quitó arrebatadamente el conocimiento del negocio.

Nombró el rey, á principios de setiembre, una junta extraordinaria, apellidándola *Comision de estado*, que debia sujetar sus fallos á la sancion del monarca. Componíase del capitán jeneral de Madrid, Arteaga (2), de los consejeros de Castilla,

(1) Zendoquiz, empleado en el consejo, dedicó á las córtes, el 28 de marzo de 1812, sus parabienes. « ¡Felicísimo, decia, quien habiendo nacido bajo un gobierno opresor, podrá luego vivir al resguardo de una constitucion liberal! ¡Venturoso mil veces quien haya podido contribuir al nombramiento de las córtes tan afanadas tras la dicha de sus conciudadanos! ¡Loor esclarecido y gloria inmortal á las córtes constituyentes! ¡así su constitucion sea sempiterna! (*Diario de los Córtes*, tomo XII, páj. 357).

(2) Ascendió Arteaga en las antecámaras de palacio; imbuido en todas las máximas del despotismo, era un paniaguado muy lego, adusto, insociable, instrumento ciego, materia dispuesta á toda obediencia rendida y sin límites.

(1) Estuvo poco despues Macanaz indiciado de traidor, y fué el rey en persona á prenderlo y ocuparle los papeles, para luego encerrarlo en el castillo de San Anton en la Coruña.

conde del Pinar (1), y Lasauca (2), del ex-rejente Mosquera (3) y de Galiano (4), todos enemigos personales de los reos, destemplados y tanto mas enfurecidos en la persecucion cuanto habian terciado en el gobierno constitucional; delito que intentaban cohonestar echando el resto de su ruindad y de su encono.

Rendidísimo estaba á la sazón el consejo de Castilla, y sin embargo era tan sumo el desafuero de aquella comision especial, que representó al rey declarando que su existencia sola se estrellaba con todas las leyes del reino, y que el gobierno ni podia ni debía retraer á los reos de la jurisdiccion de los tribunales ordinarios; mas quedó desatendido el dictámen del consejo, y se instaló la comision.

Se franqueó á los seis meses la comunicacion á los presos, y se entablaron los interrogatorios. Don Mateo Zendoquiz, cuyo primer informe le era tan honorífico, tuvo el encargo de sumariar á los reos con orden positiva de sacarlos culpados. Cometió, al par de Segovia, la vileza de venderse, y ateniéndose al mandato, pautó allá una demanda con pena de muerte contra el conde de Toreno, contumaz, García Herreros, Calatrava, Argüelles y Martínez de la Rosa. Este desastrado Zendoquiz, reconvenido por un majistrado, amigo de los reos, sobre qué jaez de cargos ó delitos le habian podido mover para pedir aquel degüello, contestó: «Lo que pido, aunque nada resulta contra ellos, aun no alcanza á desempeñar el encargo de la superioridad.»

Se descentendieron al pronto Argüelles y Calatrava de toda defensa, no reconociendo por jueces á los comisionados; mas los presos se opusieron jeneralmente á este dictámen, por cuanto el silencio se pudiera achacar á imposibilidad de sincerarse, y así se acordó la defensa, protestando mas y mas contra la ilegalidad del procedimiento y la incompetencia de la comision.

Asombroso fué el teson de los presos contra la tormenta, desde la lobreguez de sus mazmorras; como que dos de ellos, Canga Argüelles y García Herreros, presentaron un alegato embistiendo al tribunal particular que los procesaba, y recusando su competencia, como atropellador de las leyes del reino; y era tan briosa su representacion, que se pasó al consejo de Castilla para que diese su dictámen. Repitió este cuanto tenia espuesto acerca de la existencia de la comision, añadiendo que los demandantes se hallaban con derecho para recusar, cuando menos, á algunos de sus jueces. Separaron á Arteaga, Alcalá Galiano se ausentó, y los sustituyeron Navia Bolaño (1) y Ugarte. Redundó aquel logro en mayor aliento, pues fué tan enérgica la representacion de Calatrava contra el conde del Pinar, Lasauca y Mosquera, que los tres tuvieron que hacer dimision, reemplazándolos tres consejeros de Castilla, Alvarez de Contreras, Torres-Cónsul y Fernandez Quesada. Retiróse igualmente Zendoquiz con ascenso, sustituyéndole Marchamalo, oidor de la audiencia de Madrid.

Muda todo de aspecto; la nueva comision favorece á los presos, y por tanto la orillan, sustituyéndole Sobrado, Vazquez, Varela y Valdecebro, traídos de Galicia, como ya habilitados con pruebas de crueldad en la Coruña, donde habian sobresalido acosando á los liberales. Piden los nuevos y dignísimos jueces que sea la vista á puerta cerrada; recluyen á los presos, sin dejarles ni aun comunicar con sus defensores, sino presenciándolo sus alcaides, y negándoles el uso de pluma y de papel.

En vista de tropelías tan inauditas, manifiesta Calatrava, quien estaba trabajando su propia defensa, que si le imposibilitan el escribir, no se defiende, y pide que se le deje elevar un recurso al rey, como se le concede. Quéjase del mal tratamiento que está padeciendo, y alega el derecho de extender su propia defensa. Merece acojida su demanda, y aquel desabogo se hace extensivo á todos los presos.

Suma seria su inocencia, cuando los nuevos jueces no pudieron hallar un estribo en donde hacer hincapié para entablar una acusacion, pues ni el extremo de su maldad alcanzó á culpar á los encausados. Hechos cargo de la imposibilidad de fiscalizarles con fundamento y sin quebrantar todas las leyes del reino, aquellos viles

(1) Era el conde del Pinar uno de los enemigos mas desaforados de las córtés y del alzamiento nacional. Enviado por Murat con el célebre Melendez á Asturias, como predicadores de todo rendimiento á las armas francesas, ambos emisarios fueron presos en Oviedo y estuvieron á punto de ser ajusticiados. Salvaron á duras penas al conde del Pinar algunos de los que despues condenó él mismo; y se le miraba como dechado de crueldad implacable. Inventó los apremios ó esposas que apretando los pulgares, se hincan con sus dientes entre uña y carne.

(2) Lasauca, diputado antiguo de las córtés constituyentes, y sujeto fanático.

(3) Era de la rejencia que se presentó á las córtés el 22 de enero de 1812, y llevó la voz. El 19 de marzo del mismo año, dia en que se publicó la constitucion, acudió á las córtés con sus compañeros, para rendir su juramento á la constitucion, y dió Mosquera mil parabienes á las córtés por el código sagrado, que abrigaba todas las leyes tutelares de la libertad y de la independencia, esplayándose luego pomposa é hiperbólicamente en un sinnúmero de elojios. (*Diario de las Córtés*, tomo XII, pág. 319).

(4) Véase la nota 2.^a de la pág. 55.

(1) Diputado á Córtés, hombre honrado.

para ajusticiar á sus víctimas , aconsejan al rey que condene á los reos en virtud de su soberanía todo poderosa. Con efecto, en la noche del 17 al 18 de diciembre de 1815, se presenta un individuo de la comision de estado, y lee á los presos la sentencia pronunciada por el rey contra cada uno de ellos en los términos de un decreto del 15 de diciembre, sin especificar el delito. Tras esto, sin dar lugar á los presos para avisar á sus familias, se les desencarcela, se les arrebató de Madrid en carruajes escoltados por tropa; acompañando á los nombres en la lista las sentencias con las penas, recargadas algunas con su notilla de mano del rey. Cuarenta eran los atropellados, los unos enviados á los presidios de Africa, como Argüelles, Calatrava, Martínez de la Rosa, Zorraquin, etc., y otros encerrados en fortalezas y conventos.

Las víctimas de reaccion tan execrable, destinadas á los presidios de Africa, llegan á Málaga, sin poder escribir á sus familias; las embarcan, y luego yacen revueltas con los demás presidiarios.

Referidas las gestiones de tan atroz tiranía, relatadas ya tantísimas crueldades, hay que desahogarse recapacitando rasgos animosos que intermedian aquellas vilezas que me ha sido forzoso historiar.

Propuso el jeneral Aróstegui, gobernador de Málaga, á los presos el ponerlos en libertad y acompañarlos en su escape á Jibraltar.

Hallábase en aquel puerto un comodoro americano con buques de guerra, y se brindó, por medio del cónsul de los Estados Unidos, á apoderarse á viva fuerza del bajel, en estando embarcados, ya en el puerto, ya en alta mar, y á conducirlos á Inglaterra, á Jibraltar, ó á los Estados Unidos, tomando á su cargo toda la responsabilidad.

Rehusaron los presos ambos ofrecimientos jenerosos, no queriendo que su fuga suministra-

se algun cargo contra ellos, ensangrentándose entónces mas y mas aquella tiranía; y ajenos de presumir sus horrorosos extremos, trataron de aguantarla. Un decreto real del 10 de enero de 1816 prevenia á los gobernadores de los presidios y fortalezas que no dejaran ver á nadie los presos, ni se les permitiese escribir ni recibir carta alguna. No cabe retratar los padecimientos de aquellos sujetos, los prohombres selectos de la nacion; ¡y mediaron seis años de tan amarga agonía, sin que se ahitasen de venganza los verdugos! Sobrevino una revolucion animadora de aquellos mártires de la libertad, sentenciados á muerte con un tormento perpetuo por la reaccion de 1814. Habia en Madrid quien se regalaba, á la manera de los tigres, lamien-do la llaga de las víctimas desangradas.

He ido refiriendo en parte los desafueros de aquella temporada; mas para redondear el cuadro tengo que ofrecer al lector un estado de la injusticia de aquel gobierno bárbaro é insensato con tantísima crueldad. Así se presenciá el rumbo que los ministros de Fernando vinieron á dar á la reaccion, y cuál era la justicia distributiva que estuvieron ejerciendo en su nombre.

Ya queda explicado cómo los diputados de córtés, presos en sus viviendas, se habian entresacado de los que habian votado ciertas providencias y leyes particulares. Mas para dar un conocimiento cabal de aquella monstruosidad, será del caso ver cuál fué el paradero de los diputados aprobantes de aquellas providencias y leyes que fueron luego unos actos criminales. Cuesta arriba se haria el creer la verdad de cuanto afirmo, si mis asertos no trajesen el arrimo de pruebas y documentos auténticos.

Entre los varios cargos contra los presos, he ido entresacando hasta ocho, cuyas resultancias para los diputados votantes son las siguientes, segun se ve en el estado de enfrente:

Sesion secreta de las córtes del 2 de noviembre de 1812.	Voto del 1.º de enero de 1812 para que ninguna persona real terciase en la rejencia.	Resolucion del 15 de agosto de 1812 contra los que se negaron á jurar la constitucion.	Resolucion sobre la Inquisicion.	Resolucion sobre la Inquisicion.	Abolicion de la Inquisicion.	Revocacion de la rejencia.	Artículo 3.º de la Constitucion, declarando la soberania del pueblo.
Destierro del obispo de Orense por haberse negado al juramento.	—	—	—	—	—	—	—
Por 61 contrá 45.	Por 93 contra 33.	Por 84 contra 29.	Por 100 cont. 49.	Por 92 cont. 60.	Por 91 cont. 60.	Por 87 cont. 48.	Por 128 contra 24.
Sobre los 61, por: Encausados 8	Idem 14	Idem 14	Idem 17	Idem 16	Idem 16	Idem 16	Idem 15
Muertos antes de su arresto 7	Juzgados 1	Idem 1	Idem 1	Idem 1	Idem 1	Idem 1	Idem (1) 1
Libres y sin proceso 32	Contumaces 2	Idem 2	Idem 2	Idem 2	Idem 2	Idem 2	Idem 2
No solo libres, sino repuestos en sus destinos 9	Muertos 7	Idem 7	Idem 8	Idem 5	Idem 6	Idem 7	Idem 12
No solo libres, sino premiados por el rey (1) 5	Libres y sin causa 50	Idem 42	Idem 54	Idem 49	Idem 50	Idem 47	Idem 69
61	Libres y con sus empleos 8	Idem 8	Idem 8	Idem 8	Idem 7	Idem 9	Idem 13
(1) Eran estos últimos, cuatro clérigos y un jeneral, á saber: D. Manuel Ros para el obispado de Tortosa; el jeneral Eguia, encarcelador de sus compañeros; Cañedo, obispo de Málaga; don Jerónimo Ruiz y don Francisco de Bárcena, prebendados.	Premiados por el rey (1) 11	Idem (1) 10	Idem 10	Idem 9	Idem 10	Idem 5	Idem 16
	93	84	100	90	92	87	128
	(1) Los cuatro diputados adjuntos, y además Borrull, Mendiola y Navarrete, nombrados para un tribunal supremo; Creus pasó de obispo de Mallorca; Key prebendado; Meigarejo consejero rejio; Gutierrez de la Huerta fiscal en el mismo consejo.	(1) Villagomez consejero de Castilla; Perez obispo de la Puebla; Rosas y Ros consejeros supremos; Quintana y Puño en Ros-tro intendentes.					(1) El diputado sentenciado fué don Joaquin Manialu de Vera-Cruz, condenán-dolo á destierro y multa de 20,000 rs.

Esta fué la justicia de aquella reaccion política y monástica, que está exhalandoinaudita sed de venganza. ¡Castigar, indultar y premiar por un mismo hecho! Dudo que asome en los anales de pueblo alguno jestion comparable con este trascurdo de todo rubor en un gobierno.

Sobresalen sin embargo en aquella temporada delirante dos hechos muy reparables: el primero, que me apresuro á manifestar, es que el gobierno reaccionario de 1814 no pudo hallar jueces para condenar, y que tras haber nombrado tres comisiones especiales de los enemigos personales de los presos y de los sujetos mas tildados, tuvo que desentenderse de hacer pronunciar sentencia; y entónces tiene que traspasar el delito al rey. ¡Llor á la magistratura española, y baldon y menosprecio á esos viles sayones de la potestad que se encargaron de hallar delitos en la inocencia y tuvieron que soslayarse de sus víctimas! amilanados ante la virtud, y sordos al susurro de la opinion pública, se embozaron el rostro como el esclavo cimbrío delante de Mario.

El segundo hecho, no menos reparable, es el paradero de aquel proceso memorable. Los serviles de entónces, que lo repito, componen el partido carlista de ahora, firman con una mano la constitucion, y con la otra están pidiendo su anonadamiento, enfureciendo la reaccion contra sus compañeros, en nombre de la religion que amancillan y de una soberanía que están envileciendo. Perjurios á diestro y siniestro, y no alcanzando la ley á dejarles cometer el delito, precisan al rey á ser instrumento de sus conatos. Avillanan la majestad rejia hasta el punto de hacerle lanzar una sentencia infamante contra enemigos que no han acertado á descubrir culpados. Endosan á la persona del monarca el desdoro de sus fallos, y le hacen agravar de su puño las penas ya señaladas. ¡Esta es la esencia del partido carlista! ¡Qué diferencia media entre el decreto del 15 de diciembre de 1815 y el de Estella del 22 de febrero de 1839! ¿Cuál encierra mayor odiosidad?

Mientras los ministros de Fernando están echando el resto y desperdiciando el tiempo en aquella reaccion desaforada, nada se dispone por el interior para sanar las llagas de la guerra, ni por el exterior para reencumbrar la España á su jerarquía competente, por cuanto la España era la nacion que de todas las de Europa habia contribuido mas á la pacificacion de 1814. Uno de los perjuros á la constitucion, don Pedro Gomez Labrador, fué enviado de embajador al congreso de Viena (1).

(1) Don Pedro Gomez Labrador, huido de Francia, y vuelto á España, hizo á las córtes una ma-

Ni siquiera pudo alcanzar la España la devolucion inmediata del ducado de Parma á su lejítimo soberano; y en el mismo congreso, decantador vocinglero de los principios de legitimidad monárquica, no se conceptuó de trascendencia aquella escepcion violenta, por ser España la única protestadora. Se desapropió al infante Cárlos Luis, duque de Parma y de Plasencia, para traspasarlo á la archiduquesa austríaca Maria Luisa; concediendo allá por merced al soberano lejítimo una mera reversibilidad, é interinamente el ducado de Luca, con una pension de 300 mil francos, pagaderos por el Austria y la Toscana.

Así pues la España, triunfadora en aquella contienda tan esclarecida, tras haber contribuido mas que todos los demás paises á salvar la Europa de la monarquía universal ideada por Napoleon, no logró mas que desaires de la ingratisima Europa. Pero la España, como siempre, carecia á la sazón de gobierno, de réjimen y de arreglo; los ministros, afanados en destrozar la patria con sus propias manos, y en apagar con tropelias lo poco que le quedaba de vida, no pensaron mas que en sus venganzas, y á los únicos instrumentos de ella se entregó toda la administracion pública. Aunque me he ceñido á las demasías de la reaccion en Madrid, *crimine ab uno disce omnes*; la España de extremo á extremo quedó espuesta al enfurecimiento del bando servil. Asomaron luego las resultados de tamaño desconcierto. Desembarca Napoleon en Frejus, atraviesa triunfalmente la Francia; tratan de adelantar dos cuerpos de ejército por la raya de Cataluña y de Guipúzcoa, y aquellos ciento y ochenta mil hombres, dejados por las córtes á Fernando, están tan menguados y exánimes, que no fué dable juntar

nifestacion, el 31 de agosto de 1814, en la que decia: «Doy mi parabien á las córtes por la *sabia constitucion* que deja sentado el cimiento de la felicidad venidera del pais; estoy pronto á jurarla en los términos dispuestos, pues mis servicios anteriores afianzan á las córtes mi afan muy patente para el desempeño de cuantas obligaciones tiene impuestas un código que encierra las ideas afinadas de los antiguos con cuanta mejora requiere la mudanza ocurrida en los gobiernos modernos, por efecto del tiempo y de los adelantos del entendimiento humano.» Leyóse esta esposicion en la sesion de córtes de 10 de setiembre de 1814. (*Diario de las Córtes*, tomo XV, páj. 71).

El partido liberal ensalzaba á Labrador para la rejencia, y su competidor Villanil tan solo le sobrepujó en tres votos. Fué Labrador ministro de estado en Cádiz, y luego despues se enemistó encarnizadamente con la *sabia constitucion*, como agente de Don Cárlos durante la guerra civil.

bastante tropa aun para componer aquellas divisiones. Se logra por fin cuando ya la cooperacion de España era inservible para el triunfo de la restauracion. El duque de Angulema, venido á Madrid durante los cien dias para pedir el mando del ejército español contra la Francia, sin poderlo alcanzar, notifica por sí mismo al cuerpo reunido la prohibicion de hollar el territorio francés; por tanto queda mas y mas desautorizada la España en el congreso de Viena de 1815, sin que asome ya mas por los congresos que se fueron celebrando tras la restauracion segunda.

¿Y quién podrá menos de prorumpir indignadamente y arrojar mil anatemas contra los gobiernos anteriores á 1808, por haber así devorado de antemano el quilo de cuantas jeneraciones debian sobrevenir? Todo lo habia emponzoñado con Carlos IV el príncipe de la Paz, cebando con mil cohechos la desastrada aristocracia de los empleados, la mas abominable de todas, la tónica á la sazón efectiva y poderosa en España, pero sin alcances, sin señorío personal, sin independencia y sin pundonor, como que se estaba revolcando á las plantas de un privado soez y de una reina descocada, para lograr con torpes vilezas el pago de su rendimiento. Bisoñas las córtex en conocimiento de mundo y de negocios, se equivocaron aciagamente en la eleccion de individuos para la potestad ejecutiva, pues los antiguos tramoyistas de la temporada anterior, escaseando de inteligencia y desempeño para el gobierno, rebosaban de mañas y dobleces para embaucar á pechos jenerosos.

Aquellos entes, hastillas carcomidas del gobierno de Carlos IV, lograron colmadamente su intento, y Fernando VII echó el resto de su dádioso agradecimiento. Habian estraviado la opinion pública, ahogado todo ímpetu liberal, y reducido aquel grandioso movimiento de 1808 á una guerra asoladora; y allá se agolparon desaladamente en palacio para pedir al cautivo real, ya libre, el premio de sus villanos servicios, durante su encarcelamiento. Galardones hubo para aquellos enemigos de la civilizacion, mas hubo tan solo martirios para los reformadores. El desamparo del pueblo, macilento y exánime, no alcanzó un átomo de conmiseracion y jenerosidad. Nada se providenció para rehacerlo de tantísimo fracaso, y nada tampoco en beneficio del ejército; y el veterano lisiado echó menos la muerte en un trance de honor. La osamenta de medio millon de víctimas yaciendo por las llanuras de España fué el único trofeo de la gloria nacional, el monumento único que la soberanía acertase á ostentar ante el extranjero, venido de lejos á pasmarse con un pueblo tan

esforzado y leal, que murió por la defensa de sus hogares y el rescate de su rey.

Aquel impulso sublime y sin par de los Españoles desde 1808 hasta 1814 ha venido á parar en un mero hecho histórico, como un ejemplar tristísimo de lo que le cabe esperar á un pueblo apeado de sus derechos. Tantísimo sacrificio de la nacion sirvió tan solo para reentronizar á un rey, cuya primera jestion fué soterrar la libertad granjeada á costa de la sangre mas castiza, y restablecer los abusos antiquísimos de la Iglesia y del gobierno, y ante todo aquella horrenda camarilla cuyas tramas habian coadyuvado para la invasion de 1808. En este hecho de pavoroso recuerdo, ¿no se está viendo el empuje deletéreo de la anarquía gubernativa que va desencajando los elementos de toda rejeneracion, sea cual fuere su pujanza? pues si en medio de aquella unanimidad nacional descollara un gobierno brioso y animador, ¿no asomara sobre tanto escombros el edificio de la civilizacion? ¡Cómo! Con que se mueve y se azora un pueblo entero, hollando la muerte por salvar su nacionalidad; la flor de sus prohombres pregona la libertad civil y política, y el conjunto de tan sumo ahinco de fuerzas y de entendimiento ¿ha de tener por paradero el triunfo de la Inquisicion? Escarnio malante de cuanto el hombre ama y reverencia: el heroismo que allá se sacrifica por el bien jeneral queda escupido, ¡y el galardón de los sumos servicios tributados á la patria es un presidio! Guerreros, lejisladores, todos yacen indistintamente en holocausto para desenfurecer á los enemigos de la humanidad; toda virtud queda desconocida, todo servicio olvidado. Delito vino á ser la lealtad. Invasion verdadera, de barbarie que no hizo alto alguno hasta lograr colmadamente su intento, hasta que no le quedaron ya fuerzas para alancear. Para que ningun pecho español alcance á presenciar los sollozos de aquellas víctimas desesperadas, encarcelan á las principales allá en los presidios de la costa de Africa.

La carencia de gobierno en los años de la guerra de independencia acarreó la reaccion de 1814. Si una diestra esforzada abarazara en un mismo empuje los de toda la muchedumbre, si al arrebatarla á la pelea imbuyera los ánimos en aquella máxima tan racional, de que la nacionalidad sin libertad es un ente de razon; si enardeciendo y sublimando los ímpetus hidalgos de aquella temporada, patentizara á todos los Españoles que su mengua era aborto del despotismo que los estaba acosando hacia tres siglos, se preparara la debida resistencia con unanimidad al despotismo interior, así como se estaba aguijando aquel teson contra el extranjero. Ya lo llevo dicho: contra este no nece-

sitaba guías el pueblo, pues de su interior salía aquel impulso jeneroso; mas para encariñarlo con la libertad política, careciendo de enseñanza y deporvenir con los gobiernos anteriores, había que explicárselo todo, y así lo intentaron teóricamente las cortes. Mas ¿á qué conducian sus afanes patrióticos y sus decretos civilizadores, cuando abrigaban á un gobierno enemigo de la libertad, y que aun se oponia al jiro de los mandatos espeditos para afianzarla? Cargos injustísimos se han hecho contra las cortes de Cádiz, y se ha pasado por alto el único verdadero, y es su responsabilidad para con los contemporaneos, con la posteridad y la civilizacion, por haber carecido de aquel teson brioso que imposibilita á todo trance á cuantos enemigos se están presenciando. Las cortes, á la sazón todo-poderosas, debian escarmentar ejemplarísimamente á cuantos malvados estaban conspirando contra la libertad de España ahogando sus jérmenes en la cuna.

¿Y quién ha de estrañar lo dilatado de la actual guerra civil que por desgracia no ha sacado á plaza un gobierno planteador á todas luces de la rejeneracion de España, palpable y al alcance de cualquiera, cuando la unanimidad de la nacion no acertó á enjendrar una administracion que abroquelase la libertad al nacer con defensores leales y experimentados? Entónces, como ahora, es la misma causa que está produciendo los idénticos efectos.

Si desde 1808 hasta 1814, mediara en España un vinculo entre el gobierno y el pueblo, si sus relaciones apuntaran al uno cuanto debia practicar para la dicha y el bienestar del otro, si percibiera la nacion el resultado de aquella rejeneracion planteada por ella y para ella, todo el poderío de Fernando se estrellara contra la voluntad nacional organizada en los seis años de guerra. Mas fueron allá las cortes una máquina desviada de la potestad ejecutiva y el pueblo; y así estaba jirando al aire sin entronque alguno. Ninguna reforma se planteaba; tenia el gobierno ya el fanatismo, ya la clerecía, asalariada para decantar la odiosidad al nombre de cortes y á su obra. El pueblo, incapaz de maliciar tan suma iniquidad, estaba desempeñando, sin pararse á recapacitar, el encargo que corria por su cuenta en la contienda; sostuvo la refriega contra el extranjero, sin tener mas noticia de las cortes que por el turbion de calumnias que les descargaban los enemigos de toda reforma, acaudillándolos la misma potestad ejecutiva. La

prueba terminante de que el concepto de la libertad ansiada fué por lo mas entrañable, se cifra en el entusiasmo que causó en 1812 la constitucion; pensamiento abstracto contra el cual no sonó la menor demanda. Por tanto no hubo empeño en desconceptuar el intento, sino su pormenor en el escrito, interpretándole y zahiriéndole ante el pueblo como código de impiedad.

Lo repito mas y mas: aquella alevosía pausada y tenaz de la potestad ejecutiva, desde 1808 hasta 1814, en algunos de sus agentes; las dañadas miras ó el desvío de algunos otros, y la incapacidad de todos, prepararon las desventuras de 1814, pues las actuales se están hermanando con aquella reaccion tan aciaga. He tenido que desemboscar el orijen del achaque, para explicar mejor sus desdichadas consecuencias; y por cuanto quiero despejar y comprobar tan amarga verdad, de « que la carencia de gobierno es el manantial de todos los quebrantos de la España, » he querido tambien demostrar que dicho periodo de seis años se parece á todos los de nuestra historia. Él nos ofrece un fenómeno estrañísimo, y es que de la unanimidad de toda una nacion por el triunfo de su independendencia, no han venido á quedar mas que escombros y un pensamiento, pero pensamiento fecundísimo que está descollando sobre todas las persecuciones asettadas contra él. Hasta tres veces se ha trabado ya la pelea para realizarlo, por donde se comprueba victoriosamente que estamos ya en sazón para la libertad. No amainará nuestro teson, y harto caro nos ha de costar el triunfo para que no quepa duda acerca del precio en que conceptuamos el predicamento de un pueblo libre. Mas para mitigar los sacrificios de la nacion y arrojar al enemigo, hay ante todo que plantear un gobierno. Estamos ya enterados de las resultas de su carencia durante la guerra; vamos á verlo que aventajó el pueblo con la paz, al regreso del rey. Aquella potestad absoluta no fué mas que una anarquía horrorosa, inhumana, inicua y desapiadada. Yace todavia el ánimo despavorido al recapacitar su enfurecimiento en la reaccion; con solo el recuerdo de tan suma ingratitude, nosotros, ya hijos de otra jeneracion, casi hemos prorumpido repetidas veces en maldiciones contra el ímpetu grandioso de 1808; pues, para preservarnos de la conquista de un hombre grande, nos arrojaron allá á las plantas de Fernando y de la Inquisicion.

CAPITULO SEGUNDO.

Segunda época constitucional de 1820 á 1823.—Gobierno de 1814 á 1820.—Tentativas militares.—Alzamiento del ejército expedicionario de la isla de Leon.—Restablecimiento de la constitucion de 1812.—Gobierno de 1820 á 1823.—Invasion francesa.—Derribo de la constitucion.

Si me empeñase en historiar por mi cuenta el gobierno de España desde 1814 hasta 1820, acaso se conceptuaria que la ira y el menosprecio que me infunden las maldades y devaneos de aquella temporada funestísima me arrollaban abultando mis dictámenes; por tanto me retraeré de relatarlos por mí mismo. Me valdré pues del concepto, háto imparcial sin disputa, de un empleado francés, tan afamado por su ingenio como por su comedimiento. La obra pues sobre la intervencion de 1823, por Mr. Martignac, comisario real junto al duque de Angulema, obra que impugné á su salida (1), me va á suministrar el retrato fiel del gobierno de España en aquel período. A nadie se ha de hacer sospechoso su dictámen, pues ha demostrado de sobras lo poco que conjeniaaba con las córtes y con la constitucion de 1812. Hable su contrario, si ya no es su enemigo, Mr. Martignac, páj. 148.

«El decreto de 4 de mayo encerraba compromisos.

«No cabe declaracion mas formal y terminante, ni promesa manifestada en palabras mas positivas; ni hubo nacion que recibiese de su príncipe comprometimientos mas auténticos, en trance mas grandioso y mas solemne.

«¿En qué paró aquel compromiso? ¿Qué ha hecho para su desempeño? ¿Cuáles son las leyes que se han promulgado? ¿Bajo qué resguardo se hallan la libertad y la seguridad individual? ¿Dónde está el ensanche concedido á la imprenta? ¿Por qué rumbo se ha providenciado para afianzar los caudales publicos, no solo contra la infidelidad, sino contra toda sospecha? ¿Cuándo se han convocado las córtes para deliberar sobre todas estas jestioncs, y para acordar con el monarca un gobierno sentado y una lejislacion arreglada?

«Nada de esto se ha hecho ni entablado; se restableció cuanto habia seis años antes, con los abusos comprobados por la esperiencia, con los achaques consabidos y con los peligros bien patentes; se restableció, no interinamente para

evitar una suspension aciaga, sino definitiva y absolutamente, como disposicion permanente y para siempre, como institucion, como elemento de la constitucion del estado.

«Entre las reformas planteadas por el gobierno de José, y tras él por el de las córtes, las habia tales que un réjimen advertido se debia dar por muy venturoso en verlas ya corrientes, manteniéndolas ó variándolas con tino y miramiento, rodeándose así una coyuntura preciosísima para desarraigar abusos añejos y muy trabajosos de zanjar.

«Ni soñó el rey en utilizar aquella ventaja, sin deslindar las jestioncs por su naturaleza, sino por su orijen; pues bueno y malo, todo fué al través en la proscriptcion jeneral.

«Brindóse de suyo, cual nunca, el momento propicio para minorar y pautar aquellas posesiones exorbitantes, simadas en manos muertas, muy en detrimento de las haciendas comunes.

«Replabláronse los conventos con frailes antiguos y nuevos, devolviéndoles todos sus bienes sin el menor desfalco. Ofrecieron en verdad ayudar al gobierno con algunos auxilios, mas no se les requirió prenda para el cumplimiento de su promesa, que luego quedó pospuesta ú olvidada. No medió providencia restrictiva para lo venidero, y aun en vez de reducir, hubo aumento. Desterró Cárlos III los jesuitas, y sabido es cuán trabajoso le fué el logro de aquel intento atinado y político; vuelve Fernando VII de Valençay, les franquea de par en par las puertas de España, y echa el resto de su poderío en favorecer su restablecimiento.

«Tras seis años de disensiones intestinas, acarreadas por la precision en que se halló un gran pueblo de gobernarse y defenderse por sí mismo, tras el restablecimiento milagroso de un solio abandonado, las primeras voces del soberano al volver á palacio debian ser *indulto* y *olvido*.

«Tambien habló Fernando de amnistia; pero este nombre, cotejado con el acta en que se estaba esplicando, tuvo para el concepto de las jen-

(1) La España y sus Revoluciones, 1833.

tes todos los visos de un escarnio.

« Diez mil Españoles habian padecido la desventura de adherirse al partido francés, siguiendo luego el ejército francés en su retirada; se les desterró y privó de sus bienes, condenándolos á perecer de hambre en pais extranjero.

« Los individuos de la rejencia y de las córtes, los ministros y cuantos habian cooperado á formalizar la constitucion, ó que se le habian mostrado finos parciales, fueron procesados por comisiones para sentenciarlos sin trámites legales.

« Crecidísimo fué el número de los condenados: presidios, castillos y destierros fueron las penas que se les imponian; y el rey, cuyo pecho estaba empedernido y ajeno de toda compasion por influjo de los palaciegos, tenia olvidado que el derecho de indultar es el atributo mas precioso de la corona.

« Siquiera tantísimo rigor, de suyo antipolítico é inhumano, hubiera sido breve y pasajero, como de transicion; siquiera cupiese entenderlo como un ímpetu en el trance de aquel triunfo, y como preciso para arredrar hondamente los ánimos, se le mirara como un accidente aciago causado por vaivenes violentos; pero la particularidad principal de aquellos actos fué la *pausa* y la *yerta perseverancia* con que se fueron consumando. Ya llevaba el rey dos años de establecimiento en el pleno ejercicio de su poderío, y seguian aun atestadas las mazmorras, y aun iban asomando larguissimas listas de *proscritos de cuando en cuando, como para traer mas y mas asustadas las familias*.

« Todo era terror en Madrid y en las ciudades principales del reino; y la imprenta, arrebatada y parcialísima, se enfurecia hasta lo sumo, al arrimo de la autoridad real, pidiendo de dia en dia nuevas víctimas.

« Al presenciar tanto desacierto, tantos actos donde la *desvergüenza* corre parejas con la crueldad, se pregunta con afan qué númen aciago estaba desangrando la España, y se pesquisan los nombres de los incitadores de sus amos por tan arriesgado rumbo. Pero los ministros de aquella *temporada de ira y de ceguedad* iban, antes ó despues, yaciendo bajo otra autoridad mas poderosa que la suya, y su caida estaba manifestando la existencia de otro consejo donde se disponia del paradero de los mas encumbrados.

« El foco donde se maquinaban todos los golpes de estado, donde se fraguaban las listas de proscripcion, y se ensalzaban ó derribaban ministros, era todo *palaciego*, *abrigándose en el dormitorio y en las antecámaras del rey*. Componíase aquel consejo de *clérigos tramoyistas y de la servidumbre infima*, que venian á formar la famosa *camarilla*, cuya existencia mal negadas,

harto se patentiza por sus estragos.

« Aquella hermandad lastimosa que el rey habia dejado formar á su mismo lado habia llegado á traerle mas desfavorido acerca de su seguridad personal, apuntándole á toda hora y por donde quiera enemigos contra él, y avasallando incontrastablemente su albedrío.

« Ya se echa de ver el sumo influjo que tendria aquel réjimen para la prosperidad interior del pais; y con todo difícilmente se puede formar concepto de aquel *estado de trastorno, desazon y desvalimiento* en que yacia todo.

« Orillado quedaba el sistema de hacienda planteado en la revolucion, y el único practicable y el intento de restablecerlo habian costado al ministro Garay su deposicion. El clero seguia gozando sus bienes devueltos, desentendiéndose allá de las promesas bajo cuyo concepto se les habia afianzado la restitution ansiada.

« Habia que recurrir á impuestos arbitrarios, á derechos exhorbitantes de aduana que acababan de echar al través el comercio, y en fin á empréstitos sin crédito ni amortizacion, sin condicion alguna que los hiciese llevaderos.

« *No se podia acudir á las primeras urgencias del estado*, desamparando ú desatendiendo los servicios mas principales.

« *No se pagaba el ejército*; la marina, destruada en el furibundo combate de Trafalgar, no podia rehacerse de su quebranto.

La administracion jeneral, careciendo de todo medio para obrar, *nada hacia, y nada podia emprender para la mejora interior del pais, ni aun para el mantenimiento de lo que ya se hallaba existente*.

« De allí procedia el descontento de los pueblos. »

Tras este cuadro, hirviendo todo de verdades, ¿ qué mas dirémos de aquel gobierno de *ira y ceguedad*, sino que desangrado con tan estremada anarquía, logró por fin redondear su afan de esterminio? En vez de encaminar la España por un rumbo rejenerador, la derrocó sobre una sima de reaccion, causa de todas sus desventuras y de su estado presente.

Sus demasías iban acarreando nuevos alzamientos en el ejército. Tanto devaneo y maldad, é ingratitud tan horrorosa no podian menos de atraerse el castigo que Dios les tenia reservado. Término habia de tener aquel sistema encarnizado en el daño. Nuevo alzamiento militar, por fin vencedor, derribó el poderío de Fernando; y la nacion entera vitoreó aquel derrocamiento, dándose por venturosa de libertarse por un medio ú otro, por mas arriesgado que fuese, de tiranía ya tan insufrible.

Aquel aciago sistema de Fernando, atropellador de infinitos interces, y de pasiones gallar-

das, no podia menos, con tanto estrago, de acarrear una reaccion. Imposibilitado una vez el desagravio por el rumbo leal, ¿quién ha de extrañar que se eche mano de cualquiera medio? Brotan luego con la desesperacion tramas y maquinaciones, que paran en el cadalso.

Intenta Mina, en 1814, apoderarse de Pamplona; pero en medio de su malogro, se pone en salvo de la suerte que le aguardaba.

Quiere el jeneral Porlier proclamar en Galicia la constitucion en 1815, y paga con su vida el malhadado empeño.

Richard, en 1816, deja igualmente en Madrid su cabeza en el cadalso.

Pasan por las armas en 1817 al esforzado jeneral Lacy en las islas Baleares, por haber querido restablecer la constitucion.

El coronel Vidal y sus compañeros fenecen, el año de 1818, en Valencia, por haber soñado tambien aquel mismo intento.

Se entabla una nueva tentativa tras el mismo objeto, en 1819, por el ejército expedicionario de América. El conde del Abisbal, que lo mandaba, al pronto echó el resto en apoyo de la conspiracion, pero luego cavilando desconfió del éxito, y varió de parecer. En la madrugada del 7 de julio, el mismo conde del Abisbal, auxiliado por el jeneral Sarsfield, arrestó á diez ó doce prohombres en la trama, mientras estaban haciendo el ejercicio en el Palmar del puerto de Santa María. Apesar de aquel servicio ya tardío, depuso el gobierno al caudillo reemplazándole con el jeneral Calleja, conde de Calderon.

Tantos ensayos sangrientamente malogrados no alcanzaron á escarmentar de conjuraciones. Estallido mas jeneral dió el ejército que el gobierno enviaba á fenecer por las inmensas soledades de las Pampas, ó sobre los despeñaderos de los Andes, por una contienda que ya no podia redundar en beneficio de la metrópoli.

El 1.º de enero de 1820, el comandante de batallón Riego, con alguna tropa, proclama la constitucion de 1812, en las Cabezas de San Juan, sale y sorprende el cuartel jeneral, prendiendo al jefe y á todo su estado mayor; se lleva á los tres batallones de guardia y se encamina á la isla de Leon, á donde llega el 7, á las ocho de la mañana, despues de alguna mansion en Jerez, el 4, y el 5 en el Puerto de Santa María. Ya lo está esperando el coronel Quiroga en San Fernando con otros tres batallones, y como todos ellos estaban completísimos y al pié de guerra, componian reunidos un cuerpo efectivo de seis mil hombres.

Llega á Madrid la noticia de aquel alzamiento, y se despachan plenos poderes al jeneral Don Manuel Freire: toma el mando del ejército que ha de obrar contra Riego, encerrado en la isla

de Leon y fortificado en aquel punto inespugnable.

¿Cuál fué entónces la conducta de Riego y de su hueste? ¿Eran los principios que estaban pregonando subversivos y revolucionarios? Oigamos á uno de sus enemigos.

«Era, dice Mr. Martignac, el contenido de sus proclamas comedido, halagüeño y persuasivo, sin desacato alguno á la majestad real. No se trataba mas que de ilustrar la sabiduría del rey, estimular su cariño á los pueblos, y encaminarlo por el rumbo único donde su interés legítimo debia afianzarlo: espresiones conciliadoras que hermanaban inalterablemente el amor de la libertad con el antiguo respeto al solio.»

Despues del triunfo de 1825, ¿cuál fué el habla de la soberanía absoluta? La proscripcion en globo de todos sus contrarios; la muerte.

Acertado el golpe de mano de Riego, hubo ya un estribo, un centro de accion á donde cada cual pudo ir acudiendo, y ya la resistencia vino á ser grandiosa; y de ahí se fueron originando obviamente los movimientos sucesivos de Galicia, Valencia, Zaragoza, Barcelona, Pamplona, y al fin el de Ocaña.

¿Qué fué lo que providenció el gobierno contra aquel incendio abrasador del reino con la pavesa encendida en San Fernando? Nada para contrarestarlo, y nada para aplacarlo.

Median dos meses cabales desde el 1.º de enero hasta la entrada de marzo, sin disponer ni intentar ejecucion alguna. Sigue el jeneral Don Manuel Freire con su sitio de San Fernando, arrostra á Riego y á su hueste, y conceptuando atinadamente aquella situacion, se arroja, desempeñando su obligacion como leal y punzonoso, á manifestar la verdad al rey; no se le escucha.

No se acertó ni á contrarestar denodadamente la insurreccion, ni á aquietarla con entereza y cordura. El movimiento de Ocaña por el conde del Abisbal con el rejimiento *Imperial Alejandro* zanjó la contienda. Hallábase aquel jeneral en Madrid solicitando del rey la honra de ir á embestir á los rebeldes de Cádiz; sale con una comision, llega á Ocaña, situado á pocas leguas de Madrid, y punto estratégico de suma entidad, por cuanto domina las carreteras de Valencia y Andalucía; se encuentra con el *Imperial Alejandro*, mandado por su hermano Alejandro O'Donnell, capitanea la tropa, y proclama la constitucion de 1812.

Queda entónces patente la capital. — «Desde aquel punto, en vez de aquella tenacidad denodada é incontrastable, de aquella altanería desdenosa, con que solian corresponder á los gritos y lamentos, vamos á ver los consejeros de la corona ir en busca de su salvamento con

rendimientos, con el abandono total de los derechos, con el afán de las concesiones (1).»

A los dos meses de estar vergonzosamente titubeando, cuando la asonada está ya en los umbrales de Madrid, habla el rey con la nación, pero le hacen usar un lenguaje indecoroso y muy apropiado para estimular los ímpetus á los cuales se estaba ya en ánimo de avenirse. «Las urjencias del ejército, el desconcierto de la hacienda, los abusos introducidos en la administración y que están recargando al pueblo de impuestos, las dilaciones de la justicia, la decadencia de la agricultura y las trabas del comercio y de la industria han embargado por fin mi atención.»

Esta concesion primera, que ni aun se extendía tanto como el decreto de Valencia del 4 de mayo de 1814, no pudo aquietar los ánimos acalorados con los sucesos de Ocaña; y la segunda, aunque mas amplia, tampoco logró mejor acogida. ¿Qué se podía esperar de aquellas negociaciones de carteles y bandos con un vecindario enardecido? Si el rey, mejor aconsejado, obrara en vez de andar parlamentando, aun en aquel extremo á que lo habian reducido, podia encabezar el movimiento que ya no alcanzaba á enfrenar; mas tanto él como sus inmediatos carecian esencialmente de tino y de fortaleza.

El 9 de marzo de 1820, proclama Fernando la constitucion de 1812; nombra una junta presidida por el arzobispo de Toledo, cardenal de Borbon, y compuesta del jeneral Ballesteros, del conde de Taboada, etc., etc. El jeneral Sancho fué el secretario. La junta convocó las córtes para el 9 de julio.

Avínose el infante Don Carlos plena y enteramente á la variacion política y á la constitucion de 1812, con la proclama siguiente al ejército, del cual era jeneralísimo:

« SOLDADOS :

«Al prestar en vuestras banderas este juramento á la constitucion de la monarquía, habeis contraido obligaciones inmensas; carrera esclarecida de gloria se os está preparando. Amar y defender la patria, sostener el solio y la persona del rey, respetar las leyes y enlazaros con el pueblo para consolidar el sistema constitucional: estas son *vuestras obligaciones sagradas*, y esto es cuanto el rey espera de vosotros, y lo mismo cuyo ejemplo os prometo por mi parte,

«Vuestro compañero

«CARLOS (2).»

No satisfecho con esta manifestacion de sus pensamientos, Don Carlos, como coronel de la brigada de carabineros reales, escribió la carta siguiente al rey (1):

« Señor ;

«Tengo el honor de remitir á V. M. la exposicion adjunta de la brigada de carabineros, cuyo mando es una de las finezas que debo á la dignacion de V. M.

« Alternando en los afectos que encierra, junto mis anhelos con los de la brigada, congratulando á V. M. con el *entusiasmo mas ardiente* por vuestra resolucion magnánima de restablecer el santuario de las leyes fundamentales que abarca la *sabia constitucion* de la monarquía española, publicada en Cádiz el 19 de marzo de 1812. Sabrá la brigada sostener con teson los votos que tiene la honra de dedicar á V. M.

« CARLOS. »

Ya se está viendo cómo el restablecimiento de la constitucion mereció el aplauso de Don Carlos mismo, pues dicha unanimidad, mas ó menos sincera, se verificó positivamente. Harto habian estado padeciendo los Españoles en los seis años que acababan de transcurrir, y vieron con alborozo el término de tanto devaneo. Esperanzaron desde luego mejor porvenir; se estaban muriendo, y revivieron. Venia á ser el trance de Hamlet, la caestión del tránsito de una vida á otra, de la muerte á la resurreccion: *To be or not to be, that was the question*. Por desgracia no se enteraron de ella. En vez de aquel tino práctico y disponedor de las conmoções grandiosas en beneficio del pais, vinieron todos á quedar confiadamente colgados de lo venidero, y la ceguedad jeneral no se hizo cargo del contraresto poderosísimo que se le atravesaria por el interior, y del dañado intento que asomaria por defuera.

El restablecimiento de la constitucion de 1812, á impulsos de un alzamiento militar, no podia menos ciertamente de estremecer á la Europa entera, y mas cuando se estaba por donde quiera echando el resto del ahínco por enfrenar los impulsos liberales á punta de bayoneta. Conceptuaba la santa Alianza de menor trascendencia aquel ímpetu trastornador por la situacion jeográfica de España, y aun quizá se lo disimulara en disculpa de la reaccion desahorada que habia padecido por espacio de seis años. Pero los alborotos militares de Nápoles,

(1) Martignac, páj. 191.

(2) Gaceta extraordinaria de Madrid del 12 de marzo de 1820.

(1) Gaceta extraordinaria de Madrid del 15 de marzo de 1820.

Lisboa y Turin constituyeron ya el trauce inevitable; pues desde aquel punto vinieron á mirar la España como el foco de una propaganda desbaratadora que iba cundiendo por la milicia; y así desde aquel momento se pudo prever que algo mas temprano ú mas tarde, el paradero sería practicar contra España cuanto se había ejecutado en Nápoles y en Turin, acarreado los congresos de Tropau y de Laybach el de Verona.

Podia la España con sus medios conjurar la tormenta que la estaba amenazando. Se cifraba el primer paso en desengañarse de que se hacia forzoso el hermanar sus instituciones con las de otras potencias constitucionales, é imposibilitar así la agresion por parte de la Francia. Debia prepararse con el ademán de nacion grandiosa, que va sosegadamente revisando unas leyes fundamentales planteadas en una temporada de agitacion, pero pronta para rechazar toda intervencion extranjera en sus negocios internos, si en medio de aquellas garantías de arreglo jeneral se intentaba lastimar su independencia. La moderacion realza á la energía, pues el sistema conciliador se hermana de suyo con el teson premeditado.

Consistia el segundo medio en atenerse únicamente al ímpetu popular, arrostrar los trances de la pelca, plantear un gobierno revolucionario y anticiparse á los vecinos en el avance. Preparada en extremo se hallaba á la sazón la Francia para alborotos interiores.

Ni uno ni otro se hizo, pues la revolucion, que había devuelto su constitucion á la España, no le proporcionó gobierno, pasando al contrario de la anarquía del despotismo á la de una libertad teórica é intelectual. Se entablaron por el interior atropelladamente reformas imperfectas, pues se quiso que por ensalmo, en un mismo día y hora, variase la España de costumbres tan velozmente como de instituciones. Sin hacerse cargo de resistencias y rozamientos, allá se botó al agua la máquina constitucional, no correspondió el desempeño de cada rueda al intento, y vinieron todas á estrellarse.

Harto que hacer estaban dando ya los enemigos interiores, robustecidos por una corte que abrigaba un foco de conspiracion, aunque era superable aquel contraresto. Pero se debia evitar á toda costa, menos el honor, la guerra extranjera, pues sin esta condicion zozobraba la libertad.

Por efecto de un procedimiento de suyo honroso, abultó el gobierno sumamente sus fuerzas; soñando el entusiasmo de 1808 y la victoria contra las lecciones aterradoras del imperio, allá se enloqueció con la flaqueza de los soldados bisoños de la restauracion. Se contó con

una fuerza moral que no habia; sin esta palanca volcadora del mundo, y sin la cual todo empuje material yace luego exhausto, quedó imposibilitada la resistencia.

Media una diferencia esencial entre esta época constitucional segunda y la primera. No asomó desde 1810 hasta 1814 mas ímpetu que el del bien público, y mas objeto que el de la independencia nacional y su rescate político.

Hubo reaccion en 1820, pues se hacia inevitable con los despiques y enconos nacidos de las persecuciones de 1814. Habian los ministros de aquellos seis años anteriores comprometido en tanto grado el nombre del rey, y empeñado tan aciagamente su responsabilidad, que habian ya imposibilitado toda armonía entre las potestades del estado, y cuantos vínculos enlazan en una monarquía los diputados de la nacion con el soberano habian fenecido. Los ministros, entresacados de los sujetos mas desangrados con el azote del despotismo, vivian en extremo zozobrosos, sin llegar jamás á infundir al rey la menor confianza; y culpadísimos es Fernando sobre este punto. Así que el resultado de posicion tan violenta no podia menos de ser una anarquía completa; por tanto aquellos tres años ofrecen el espectáculo congojoso de un mútuo desasosiego, donde no tiene cabida gobierno alguno. No hubo arbitrio para desimpresionar al monarca sobre los intentos de las cortes; tampoco acudió á rumbo alguno de conciliación, que, entablado con señoría y buena fe, hubiera redundado en alguna concordia, pues en medio de todo, reinó en la primera temporada sumo comedimiento. Si al primer asomo de aquella nueva planta, alcanzara Fernando cuánto poderío cabia á un rey de España para hacer que se escuchase su voz hablando el lenguaje de la racionalidad y del honor, hermánara los ánimos en términos de facilitarlos todo. Pero criado allá Fernando VII en aquel cerco de atalayas con que lo estuvo estrechando un privado poderosísimo y receloso, en nadie tenía confianza, y aun desconfiaba de sí mismo. Asombradizo y medroso se arrinconaba allá para valerse de registros menguados; en teniendo que manifestar sus pensamientos, se estremecía; precisado desde la niñez á vivir con ardides, jamás llegó á encumbrarse á la índole y señoría que son los escelsos atributos de la soberanía.

Conceptúese cuál pudo ser aquella temporada del reinado de Fernando, teniendo que asomar y oficiar sobre el teatro político en términos que luego en sus adentros estaba desmintiendo. Se puede afirmar que los tres años se emplearon en una pugna lastimosa de engaños y recelos reciprocos, sin que se haya jamás procedido á orillar aquel rumbo de finjimientos inservibles,

aviniéndose sobre el porvenir del país, estando todos interesados en conocerlo y realzarlo.

Cundió la anarquía por todos los ramos de la administracion; el rozamiento, inseparable de toda reforma, siguió agravando mas y mas los achaques del antiguo desconcierto, y abortó un verdadero caos moral, intelectual y político.

Los enemigos de la constitucion, acobardados por el pronto con la rapidez del impetu liberal, volvieron luego en sí al presenciar la oposicion patente que le estaba mostrando el desafecto de la corte; y así el partido servil acudió, como en 1814, á ofrecer sus servicios.

Estando todavía reciente la guerra de la independencia, se hacia muy obvio el ir alistando jente avezada á guerrear, sin pararse apenas en el objeto del armamento. El clero, que estaba viendo amagadas sus riquezas escandalosas y grandiosos cotos, trató de á todo trance defenderse y aprontar los caudales para la guerra civil que autorizaba la misma corte con su estandarte. Con tales elementos se deja entender cómo se fué organizando la sublevacion anti-liberal, que luego estalló y tomó las armas. No cabia sin embargo en todo el ahinco agolpado de los facciosos el volcar por sí mismos la constitucion; pero terció la Francia en la contienda, echó su espada en la balanza, y quedó la cuestion resuelta.

Voy á historiar con desapasionado esmero los acontecimientos de aquella segunda época constitucional. Asombrosa es la perspectiva de un pueblo dejado á su albedrío, y despavorido con las demasías posibles de una revolucion triunfadora. Escudados con la justicia de su causa y de sus derechos, los Españoles tuvieron fe en el porvenir, y antepusieron el rumbo pausado que ya se tenian delineado de antemano, sin manciillarse con los atentados políticos que suelen tiznar la causa de la libertad, ni atrepellar la victoria con proscripciones y con la cuchilla del verdugo. Irémos viendo allá cómo los trastornos y delitos mas abultados se van reduciendo á unos hechos individuales, que menudean harto donde quiera y por desgracia, aun en circunstancias muy obvias.

En el mismo 9 de marzo de 1820, dia en que proclamó Fernando la constitucion de 1812, empezaron ya los amaños callados y pertinaces de los absolutistas, aunando más y mas sus conatos para derribar lo mismo que estaban aun plau-teando.

Los sujetos llamados en virtud del nuevo sistema, para el ministerio (1), iban tropezando á

cada paso con los estorbos que les atravesaba de continuo un partido todavia recóndito. Sino fueron árbitros de enfrenar los desbarros de un pueblo recién redimido, supieron por lo menos sacrificar su popularidad á la precision de conservar el órden, alterado á veces por las pasiones, y comprometido a toda hora por las tramas palaciegas.

Para justipreciar un acontecimiento, la opinion de cuantos se le han manifestado opuestos se debe conceptuar concluyente, cuando resulta su aprobacion terminante. Bajo este concepto, áculo á Mr. Martignac, autor de un libro á favor de la intervencion de 1823 para sentenciar la revolucion de 1820.

« Ciudades mayores, comercio, industria, profesiones liberales, el ejército y los proletarios recibieron con entusiasmo el nuevo sistema.... Miraron el clero y los monacales aquella mudanza con desconuelo, y los campesinos con zozobra (1). »

La acogida que mereció la constitucion, confesada por uno de sus enemigos, es, á mi entender, una prueba irrefragable que la necesidad de aquella mudanza se hallaba en todas las clases pensadoras é ilustradas de la nacion, y aun entre los proletarios, para quienes la amargura de sus padecimientos hacia veces de raciocinio.

Admitió la nobleza la constitucion de 1812. Las dos primeras autoridades de Madrid, después del 9 de marzo, fueron el marqués de Rubianes y el de Cerralbo, grande de España. Otros tres, el marqués de Santa Cruz y el de Revilla Jijedo y el duque de Frias, pasaron á las embajadas de Paris, de Lisboa y de Lóndres. Nombraron al principe de Anglona capitán de la guardia; los empleos palaciegos pararon largo tiempo en manos de los mismos que los ejercian antes del restablecimiento de la constitucion.

Mas adelante las reformas planteadas en la organizacion aristocrática y feudal de España lastimaron los intereses de la nobleza, y amainó en gran manera aquel primer entusiasmo. Se hace doloroso que una jerarquia tan trascendental en una sociedad caduca no se haya hecho cargo de que la independencia nacional debe constituir el primer impulso de los hijos de una misma patria, y de que el yugo extranjero es el mas odioso y mortal de todos.

La esposicion de la grandeza de España al duque de Angulema, dueño de Madrid, solemnizaba con aquella adhesion, escusada al principio de intervencion, el abuso de la fuerza estran-

luego por Don Cayetano Valdés; Don José Cangas Argüelles, de hacienda; García Herreros, de gracia y justicia, y Porcel, de ultramar.

(1) Mr. Martignac, pag. 213.

(1) Don Evaristo Perez de Castro, ministro de estado; Don Agustín Argüelles, de la gobernacion; el marqués de las Amarillas, de la guerra, reemplazado

jera. No se le mostró agradecido Fernando VII, y la entereza nacional tiene derecho para afearle aquella manifestacion, como ajena de todo afecto patriótico y de su propia dignidad.

En el clero superior, ya hemos visto al cardenal de Borbon, de la familia real, presidente de la junta provisional; y lo fué de las cortes de Sevilla, en las cuales se hallaban los obispos de Madrid, de Mallorca y de Sigüenza.

En cuanto á los frailes, fueron lo que debian ser.

Supieron los campesinos aquella mudanza, esperanzados y zozobrosos. como sucede por donde quiera en los de su clase, al asomo de una nueva era política. En ninguna parte se temió espontaneamente el estandarte de la rebeldía; pero hubo frailes oficiosos para predicar, en nombre del Dios de la paz y por motivos absolutamente materiales, una asonada contra la libertad, sin que faltasen fanáticos secuaces de sus doctrinas; y donde la seduccion quedaba desvalida, el oro de los absolutistas y de los extranjeros acudia á alborotar crecido número de labriegos.

Las víctimas esclarecidas de 1814, arrojadas por el despotismo á presidios y mazmorras, quedaron desaherrojadas y puestas en libertad. Agasajólas la nacion esplendorosamente, y el tránsito del cautiverio al palacio y al consejo del rey era harto contrapuesto; por tanto los nombrados se desentendieron al pronto de aquel ofrecimiento, pero el rey les precisó á aceptar los nuevos destinos. Uno de los transeúntes del presidio al ministerio, Argüelles, insistia en rehusar el desempeño de la gobernacion; Fernando VII hizo llamar al mismo que habia tenido encarcelado por seis años seguidos, y asiendo un ejemplar de la constitucion, le dijo: « La he jurado libremente y de todo corazon, y la cumpliré y la haré cumplir escrupulosamente. » Publicado el paso, sirvió de asunto para una lámina que el rey celebró sobremanera.

Juntáronse las cortes el 9 de julio, y la mayoría se mostró muy comedida en principios y en sistema; nombrando por presidente á Don José Espiga, arzobispo de Sevilla.

La primera jestion de las cortes fué la votacion de la lista civil, y en medio del estado lastimoso de la hacienda, votaron el guarismo de cuarenta millones de reales, fuera de la dotacion de los infantes hermanos del rey; suma exorbitante que se llevaba mas de un veinteno del presupuesto.

Anularon las cortes en seguida un decreto espedito en Cádiz, por el cual el infante Don Francisco y la reina de Etruria, á la sazón presos en Francia, quedaban escludidos de la sucesion á la corona.

El ejército reunido en la isla de Leon no podía menos de causar zozobra al gobierno, pues la soldadesca se mostraba acaloradísima con sus logros; y luego no acompañaba á los jefes toda la cordura y toda la autoridad en el mando cual se requeria para sosegar los ánimos aprensivos. Se propuso el despido de aquel ejército á pesar de la oposicion de los periodistas; y el general Riego, comandante de aquellas fuerzas, fué nombrado capitán general de Galicia.

De improviso, Riego, que no procedió siempre con arreglo á su nuevo encumbramiento, debido á los nuevos sucesos, llega á Madrid el 31 de agosto á las diez de la noche. Azóranse todos con aquella aparicion impensada y misteriosa. Se sobresalta el gobierno con aquella desobediencia, y en vez de intimar al capitán general de Galicia la órden para que acuda á su destino, se entablan coloquios, se cavila, se glosa y así dejan á Riego, ya entónce el ídolo del público, ensanche para embriagarse de vítores tras-tornadores de pechos endebles, arrojados por el acaso en el torbellino de la vida política.

La tertulia de la Fontana de Oro le da, el 2 de setiembre, un banquete cívico, y se le dispone un medio triunfo. La comitiva se para delante del teatro donde están representando una funcion de circunstancias, y las cabezas se enardecen hasta lo sumo; se apea Riego de su carroza triunfal, piden todos cantares patrióticos, despues el *Trágala*, canturia soez, que debió arrinconarse con menosprecio, y que sin embargo sonará en la historia. Opónese la autoridad á que se entone el *Trágala*; crece el alboroto y se le contraresta, echando el telon; llega tropa, y se restablece el órden, alterado en extremo.

El ministerio, conceptuándose ajado, deponia á Riego de su mando, y le manda salir para Oviedo su patria; sale con efecto, y ocasiona el apeamiento del general Velasco, gobernador de Madrid, y el de varios oficiales, por falta de entereza.

Abonanza todo, cuando el 5 de setiembre, el ministerio, engañado sin duda por informes equivocados, se conmueve y providencia, como para precaver algun peligro inminente, poniendo artillería en la puerta *del Sol* y en otros varios puntos de la capital. Las cortes llaman y reconvienen á los ministros sobre tanta disposicion militar, cuya precision no aparece; y así suenan y resuenan cargos en sesion alborotadísima; y aquel incidente lastimoso tuvo trascendencia mortal para el rumbo de los acontecimientos.

Divídense los constitucionales desde aquel punto en moderados y exaltados, y el 5 de setiembre puede conceptuarse como el principio

del empeño aciago y retrógrado del movimiento de 1820.

En medio de aquel intrincado embolismo que dificulta mas y mas la rejeneracion del pais, llevan los diputados adelante sus conatos civilizados. Se vota la espulsion de los jesuitas, pero una espresion del decreto, aludiendo al establecimiento de la órden por Fernando VII tras el destierro fulminado por Carlos III su abuelo, disuena al rey en el punto de sancionarlo; y luego una diputacion le lleva la ley corriente en términos de venir á despejar las aprensiones del monarca asombradizo.

Prohíbe otra ley los votos en los conventos, franqueando á los frailes su permanencia en comunidad, con tal que lleguen á doce; y siendo menos, debían incorporarse con las comunidades inmediatas, quedando los bienes de todo convento vacante en beneficio del estado.

Repugna al rey al pronto el sancionar esta última ley, que era imprescindible para el afianzamiento del sistema constitucional y el fomento de la agricultura; pero mejor aconsejado, dió su sancion para desdecirla luego, y todo el conato del ministerio no puede recabar que se avenga á disposicion tan cuerda.

Corre la noticia de aquel torcido empeño, y causa una fermentacion en el público; con lo cual tiene que cejar Fernando, siempre medroso, y todo se aquieta. Tratan las córtés entonces de manifestarle todo jénero de miramientos, y noticiosas de que apetecía la conservacion de algunos conventos, le suplican que fije su número, y se exceptúan hasta ocho de la providencia jeneral que abarcaba aquellos establecimientos, ateniéndose á los monasterios mismos apuntados por el rey.

Terminan las córtés su lejislatura el 9 de noviembre, y todo es sosiego en Madrid; pero el númen fatal de España se desvela en el Escorial, donde habita voluntariosamente Fernando, á pesar de la representacion de sus ministros sobre el desvío en que se situaba de sus consejeros naturales y responsables. Certeras aparecen luego las zozobras de los amantes del órden, pues cercado el rey de privados necios y aduladores, se arroja luego contra la misma constitucion recién jurada tan solemnemente.

Tiene á su cargo el mando de la provincia de Madrid el teniente jeneral Vigodet, sujeto comedido, que con sus dilatados servicios se habia granjeado el aprecio jeneral y merecido la confianza íntima de Fernando VII. Habían los ministros conceptuado agradar al rey con aquel nombramiento, agasajando al mismo tiempo á un militar esclarecido, cuya presencia afianzaba el órden y la seguridad jeneral. Colocan de repente en aquel mando, deponiendo á Vigodet,

al jeneral Carvajal, tachado con siniestros antecedentes, sin que su nombramiento venga refrendado por ninguno de los ministros, y Vigodet se niega á entregarle su cargo.

Corre la voz de aquel embate á la constitucion, y se alborota el vecindario; la diputacion permanente de las córtés y el ayuntamiento representan al rey con suma entereza y señorío. Se revoca el nombramiento, y vuelve Fernando á Madrid, donde le esta esperando una acogida heladora, pues no oye mas aclamaciones que las de: *Viva la Constitución!*

Con arreglo á esta el 1.º de marzo de 1821, se abre la segunda lejislatura; y vamos á ver bajo qué funestos auspicios entabla aquella junta sus tareas; «siendo su principio un acto sin ejemplar (1).»

«Pasa el rey,» dice Mr. Martignac, páj. 275, al salon de córtés, acompañándole los ministros y ocupando sus respectivos puestos. Empieza el rey su discurso, y habla con ahinco y entereza de su apego á la constitucion; manifiesta su voluntad incontrastable de sostenerla contra sus enemigos nacionales y estranjeros; y se declara reciamente contra la invasion amagada por el Austria contra Nápoles. Nunca habia sonado en sus labios lenguaje tan enérjico y terminante, y los ministros iban advirtiéndole con estrañeza muy natural las adiciones y mudanzas hechas en su escrito, robusteciendo los dictámenes que intentaba espresar, con sumo despejo y vehemencia. Mas nuevo pasmo y de muy diverso jaez los estaba esperando.

«Toma el rey de repente un ademan brioso y espresivo, y esforzando cual nunca la voz, espone amargamente los desacatos que está ya por cuatro meses padeciendo, y esplayándose allá largamente por un sinnúmero de agravios y quejas, acusa formalmente á los ministros de haber faltado á su obligacion fundamental.»

Queda la concurrencia atónita y fundadamente airada al ver la majestad del solio comprometida tan á las claras. Los diputados se reportan en presencia del rey; pero en saliendo, una explosion unánime demuestra que todo el congreso abraza un idéntico dictámen, y que le es muy doloroso aquel rompimiento que acaba de presenciar, ajeno de todo decoro.

Los incitadores del rey á paso tan arriesgado no se dan todavía por contentos, sino que exigen la deposicion del ministerio, que se manifiesta en seguida; pero las córtés, aunque airadísimas, acatan siempre la irresponsabilidad del monarca. Nómbrase una comision para informar al congreso del estado del pais, la cual declara únicamente que los ministros al retirarse

merecían mas y mas el aprecio y el agradecimiento de la nacion.

Se plantea á bulto un nuevo ministerio con sujetos que ni aun se conocen entre si (1). Sus nuevos individuos se hacian recomendables al concepto público por sus dilatados y honrosos servicios; pero ajenos todos del movimiento de 1820, no pueden dar adecuado empuje á los acontecimientos.

Se entrega el mando de Madrid al jeneral Morillo, quien obtuvo el título de conde de Cartajena con la toma importante de aquella plaza de Colombia, y el de marqués de la Puerta, tras la victoria que alcanzó en la batalla de aquel nombre. No mereció Morillo la aprobacion jeneral, pues su índole causaba suma zozobra el hábito de dictador con que se habia resabiado en América en seis años de guerra á muerte, el pormenor de represalias atroces que se le achacaba, su vida soldadesca, sus modales broncos y su natural destempe, todo lo estaba retratando al vivo como un déspota militar mas bien que como caudillo propio para mandar en aquellas circunstancias tan arduas para la capital y para todo el pais. Sobrevienen disturbios, quiere Morillo habérselas con los amotinados cual si fueran enemigos, se propasa de todo viso de racionalidad en medio de pasiones tan encontradas, y exaspera los ánimos. Sin embargo un arranque suyo garboso sosiega el vecindario. Morillo mismo pide que se le residencie; juzgado y descargado, se le devuelve el mando de Madrid sin oposicion, y así se patentiza cómo la mayoría grandísima del vecindario está muy predispuesta á seguir el orden á todo trance.

Se hace violento el decirlo, pero la sensatez de la muchedumbre atinaba, en virtud de los antecedentes, en negar al jeneral Morillo el dictado de defensor de la constitucion; mediaba allá un iñstinto recóndito de que el conde de Cartajena, militar escelente, ni era estadista, ni mucho menos afecto á la constitucion. Dicho jeneral, en 1823, desamparó la bandera nacional, despues de aceptar el mando en jefe del ejército de Galicia, poniéndose á las órdenes del jeneral francés conde de Bourke: con lo cual echó un borron indeleble á la nombradía que se granjeara en las contiendas desventuradas de la metrópoli con sus colonias americanas.

(1) D. Eusebio Bardají para estado; Valdomero para la gobernacion, que luego obtuvo Felín; el jeneral Moreno Daoiz para guerra; Barata para hacienda; Cano Manuel para gracia y justicia; Escudero para la marina; Felín para ultramar, y cuando pasó á la gobernacion, lo reemplazó Pelegrín.

Mientras la capital está viendo el sosiego público afianzado con la conducta sensata y comedida del vecindario principal, sobreviene repentinamente un estallido, facilísimo de evitar, entre el ministerio y los probombres de la mudanza política solemuizada por la nacion.

Desarrinconan á Riego y le dan el mando de Aragon. Una trama ridicula de un Francés, Cugnet de Montarlot, sacó á luz la desavenencia ya anterior entre Riego y Moreda, jefe político de Zaragoza. Era este uno de los sujetos, siempre muchos, que al principio de una mudanza están viendo por enemigos á todos los entusiastas de aquella novedad. Andaba Riego por Aragon para enterarse del estado de los ánimos; en su roce con el jentío, quizás no usaba todo el comedimiento apetecible; mas no le cabia otro vituperio mas que su demasia en el acaloramiento. Por cuanto las quejas de Moreda contra Riego se hermanaban con la propension medrosa del ministerio, el héroe de la isla de Leon quedó irracionalmente depuesto; fué ejemplar su obediencia, pasando luego á Lérida, que era el paraje señalado por el gobierno para su destierro.

Esta providencia, en realidad arbitraria, aunque cobonestada con su legalidad, acabó de enconar los ánimos, y una provocacion desatinada del rey acarreó la explosion de un descontento sumo con el príncipe y con el sistema de blaudura de sus consejeros responsables.

Habia el ministro de la guerra, D. Tomás Moreno Daoiz, enviado una columna lijera de algunos centenares de hombres por el rumbo de San Ildefonso para celar aquel sitio, donde residia la corte. Logran persuadir al rey que tratan de asaltar á su persona, y se queja Bardají, que, como ministro de estado, se hallaba en el sitio, se lo participa al compañero, el cual, lastimado en su pundonor militar, contesta enviando su dimision. No tiene Bardají entereza para oponerse á que se le acepte. Pero ¿qué sucede? Aquella misma noche envia Fernando á su primer ministro una esquelilla, con este contenido: «He venido en nombrar al jeneral Contador ministro de la guerra;» y ni la persona ni el nombre del nuevo ministro han llegado jamás á su noticia. Se acude á la Guia de Forasteros, y se encuentran con que el jeneral Contador es un jefe de escuadra de ochenta y cuatro años, imposibilitado hacia tiempo de todo jénero de servicios. Los ministros tan ruínnemente burlados hacen dimision: mas Fernando VII la rechaza, y revoca el nombramiento de Contador, reemplazándolo de su propio albedrio con el jeneral Martínez Rodriguez, tan desconocido como su antecesor. Se practican nuevas dilijencias, y resulta que Martínez, ha-

ruido gravemente en la cabeza en Badajoz, con la explosion de un barril de pólvora, se halla desde entónces, en 1823, absolutamente dementado.

Con este nuevo insulto, tienen los ministros que extender una esposicion de los motivos de su retirada inmediata. Queda revocado el segundo nombramiento, dejando al arbitrio de los ministros el señalamiento para compañero en el despacho de la guerra. Llega la noticia de tales manejos á Madrid, y acalora mas y mas los ánimos.

El ayuntamiento, temeroso de un estallido, hizo una esposicion al rey, suplicándole que tratase de aplacar los ánimos acalorados, regresando á la capital; mas el rey no tuvo por conveniente acceder á la instancia. Iban las cuadrillas agolpándose por las calles con la jente holgazana que rebosa por los pueblos crecidos. Tremolaron el retrato de Riego por las calles principales, pero un destacamento de guardias nacionales apresó el estandarte, y el ademán de la tropa arredró á los alborotadores.

Por entónces se declaró la fiebre amarilla en Cataluña, y uno de los recintos mas industrioses de España, la grandiosa ciudad de Barcelona, estuvo padeciendo un azote que no podia ceder sino á la mediacion del tiempo; y la política enemiga de la restauracion se abalanzó al pretexto de plaga tan horrorosa para intrincar mas y mas los apuros de nuestra situacion, tirando ya sus líneas para el intento que despues vino á plantear como á dos años de intermedio. Prestando pues un cordon sanitario, el gabinete de las Tullerías fué juntando tropas fomentadoras de la sublevacion de Cataluña. Cesó la causa aparente de aquella reunion de fuerza, mas no por esto se desviaron los cuerpos; trocándolos luego muy obviamente en ejército de observacion (1), siendo ya una ridiculez la denominacion de cordon sanitario.

El ministerio español se iba desconcertando mas al mostrarse tan aletargado ante los preparativos ya indudablemente hostiles de la Francia. Providenciaban; desacertadamente los prohombres del sistema constitucional, sin que compensaran sus yerros con demostraciones que acreditasen afan sincero de sostener la nueva planta de gobierno contra los embates de sus enemigos. Desamparados por el bando patriota y hostilizados encubierta, pero eficazmente, por los serviles, no podian contar ya los ministros entre sus defensores mas que á los cobardes y ansiosos de lo mejor en « un medio cabal, » sin acertar á realizarlo, contentándose con ir vi-

viendo de día en día, y llorando achaques incurables para ellos.

En noviembre de 1820, Sevilla y Cádiz se rebelan y lanzan de su recinto á las autoridades que intentan atajar el alboroto. Quiere el ministerio español reponerlas, mas no pudiendo recabar su admision, acude á las córtés con un mensaje, en el cual el rey se queja de que sus órdenes quedan desatendidas. Entónces las córtés, transformándose en tribunal de árbitros, culpan á entrambos partidos, declarando que los amotinados son reos, pero que los ministros han perdido « la fuerza moral. »

Con acuerdo tan extraño, vinieron las córtés á votar como una adehala para cebo de los alborotadores; yerro fundamental que trascendió en gran manera para el trastorno de la nacion. Descuellan desde aquella fecha las facciones en Cataluña y en Navarra, pues el gobierno francés, siempre en acecho, conceptuó la coyuntura oportuna para fomentar la guerra civil contra un gobierno que tan solemnemente estaba pregonando su desvalimiento para enfrenar las facciones interiores.

Sentenciados así los ministros, trataron de retirarse como debian, pero el rey no les admitió la dimision, é incurrieron en la flaqueza de permanecer. Los jenerales Campo Verde y Moreno Daoiz con alguna tropa restablecieron el sosiego en Sevilla y Cádiz, y este desenfado, aunque tardío, sesgó algun tanto las tramas de Fernando y de la camarilla; mas de repente, sin el menor asomo de anuncio, un decreto del rey del 5 de enero de 1822 despide á los ministros, y sigue la España constitucional sin secretarios responsables hasta el 1.º de marzo.

Se juntan las nuevas córtés, resabiadas desde luego con los contrastes de opinion que habian ido descollando desde el restablecimiento del sistema constitucional, advirtiéndose entre la jente nueva sujetos mas acalorados. Recayó por lo mas la eleccion en 1820 sobre individuos ya señalados por su conducta anterior al último alzamiento; pero en los nombramientos de 1821 tuvo ya mas cabida la inclinacion mas ó menos patente á la novedad, la adhesion mas ó menos desalada al sistema, y á la oposicion á un gobierno cuyos pasos mal afianzados estaban causando zozobra.

Aquella transformacion ya descubierta de la propension jeneral se manifestó desde el nombramiento de presidente en las córtés, pues recayó en 1820 sobre el arzobispo de Sevilla, y cupo en 1822 al jeneral Riego. Asomó sin embargo en el congreso un partido moderado, aunque liberal sin rebozo, encabezado por Don Agustín Argüelles, los jenerales Valdés y Alava y Don Ramon de la Cuadra.

(1) Congreso de Verona. Chateaubriand, tom. 1, pag. 99.

Un ministerio, compuesto en gran parte de los diputados salientes, empuñó las riendas del gobierno. Mientras la sublevación por la raya de Francia iba creciendo en términos sobremedida temibles, el ministerio sobredicho, encabezado por Martínez de la Rosa (1), andaba soñando otro sistema representativo, una planta á la francesa con dos cámaras, como ha venido á realizarse en 1834 con el Estatuto Real, sin echar de ver que el despotismo mero y absoluto era el alma de las tramoyas de la camarilla y de los apuntes del gabinete francés. De aquí nacieron las jornadas de julio, en que la sangre española corrió por la capital, cuya catástrofe tuvo por paradero el preparar y atropellar la intervención de 1823.

La adhesión vehemente á intentos de reforma sobre el código fundamental fué por entonces lo que indujo á nombrar los sujetos encumbrados á la potestad, y así anduvieron mudando en gran parte las autoridades civiles y militares para colocar individuos de su pandilla. «Entablaron una reacción violenta y jeneral contra los liberales (2),» entorpeciendo ante todo por donde quiera las operaciones militares contra los facciosos. En la sesión del 3 de mayo por la noche, manifestó el diputado Alcalá Galiano que el ministerio estaba imposibilitado de obrar con acierto, y recabó de sus compañeros el votar una exposición al rey, que se le presentó el 25 del mismo.

Estallaron luego síntomas alarmantes y precursoros de los trastornos que desconsolaron muy en breve la capital.

Hallábase el rey en Aranjuez, y el 30 de mayo, con motivo de sus días, acudió grandísima concurrencia al sitio. Suenan, en medio del bullicio, voces de *Viva el rey absoluto*; corre á las armas la guardia nacional, pero la guardia real se escuadrona con ceño amenazador. El predominio del jeneral Zayas y el afán de las autoridades locales logran por fin enfrenar aquella esplosión inminente.

Acontecimientos de mas entidad estaban á la sazón sucediendo en Valencia.

Con motivo del día de San Fernando, el 2.º regimiento de artillería, ya mal opinado, como constaba al gobierno, pasa á la ciudadela para hacer la competente salva, y se vale de la coyuntura para apoderarse del fuerte, bloqueado al punto por las tropas constitucionales y la guardia nacional. Se intima la rendición á los rebeldes, y se

resisten voceando que no reconocen otro superior que el jeneral Elio, encerrado en la misma ciudadela desde el restablecimiento de la constitución. Se rompe el fuego el 31 por la madrugada desde los edificios de la aduana, del convento de los Remedios y de la Torre de Santo Domingo. El regimiento de Zamora y la guardia nacional toman la ciudadela y hacen rendir las armas á los rebeldes.

Sonó ruidosísimamente la coincidencia de los dos alborotos en un mismo día, el uno en Aranjuez, residiendo el rey, y el otro en Valencia y en la misma ciudadela que encerraba al jeneral Elio, el enemigo mas implacable de la constitución; y así la sesión de cortes del 3 de junio fué en extremo borrascosa. El diputado Beltrán de Lis formalizó una acusación fiscal contra el ministro de la guerra; se tomó el cargo en consideración por las cortes, pero se agolparon luego acontecimientos que orillaron aquel asunto.

Situación tan congojosa trae los ánimos desasosegados, y entretanto vuelve el rey de Aranjuez para cerrar las cortes. Pronuncia Fernando un discurso en que da gracias al congreso por el arreglo que ha planteado en la hacienda, y la economía que resulta en los desembolsos. Reconoce el acierto en el aumento del ejército votado por las cortes, y en la providencia de valerse de las milicias, aun fuera de sus provincias. Se condele de los quebrantos de Cataluña, y vive esperanzado de que presto van á quedar enfrenados los facciosos, etc.

El presidente Gomez Becerra contesta al monarca: que cabe á las cortes el loor de adelantarse á los anhelos de S. M., franqueando sumas facultades á su gobierno para robustecer sus disposiciones, *restablecer el orden interior, y afianzar el sosiego público.*

Concluida la ceremonia, se encamina el rey á palacio, y al atravesar su carruaje la plaza de Oriente, algunos ciudadanos pacíficos lo vitorean con las voces de: *Viva el rey constitucional!* De repente salen de las filas unos granaderos de la guardia, despejan el jentío á bayonetazos, hieren á muchos, y entre ellos á Casasola, oficial de su cuerpo, quien se esmeraba en atajar aquella tropelía.

Al primer aviso, el jeneral Morillo, aunque se halla en cama, monta á caballo, y tras él San Martín, jefe político, y con la eficacia de varios oficiales y sarjentos logran por fin acuartelar á los enfurecidos.

Va la guardia nacional patrullando por todo el pueblo, y al desembocar un piquete sobre la plaza de Oriente, le vocean los soldados de la guardia: «*¡Viva el rey neto!*» Landuburu, primer teniente de guardias, quiere aplacar el alboroto, pero no se le obedece. El comandante

(1) Martínez de la Rosa, de estado; Moscoso, de la gobernación; Sierra Pamblas, de hacienda; Gareli, de gracia y justicia; Balanzat de guerra; Romarato, de marina; y Bodega, de ultramar.

(2) Martignac, pág. 396.

del batallón y un oficial llamado Mesa, rescatan á Landaburu de manos de la soldadesca, y lo introducen en palacio; pero cunde la asonada, hieren al teniente Toja, y el desventurado Landaburu en medio del fuego y traspasado á bayonetazos, espira á la puerta de la estancia del rey.

Aquel homicidio abominable apesadumbra á todo Madrid; se junta luego el ayuntamiento y da la queja al rey.

El 2 de julio se mueve toda la guardia, y el vecindario está viendo que la tropa real toma la ofensiva, pues salen de Madrid hasta cuatro batallones, y se sitúan en posiciones militares que dominan al pueblo.

El ayuntamiento, del 2 al 6, está providenciando con eficacia, pone el parque de artillería á buen recaudo, y convoca á la guardia nacional. Las tropas de línea, infantería y caballería, al mando de caudillos leales, rebosan en denuedo, y únicamente los ministros permanecen en inaccion y paran en hacer su renuncia; pero los retienen presos en palacio hasta ver el paradero del trance.

El 6 por la tarde, los batallones sublevados se disfrazan, se apoderan de la puerta del Conde-Duque, se internan en el pueblo, y desembocan en cuatro columnas paralelas por las calles inmediatas al palacio; pero es tan redoblado el fuego, que tienen que cejar. Aquellos soldados ciegos, y dignos por su denuedo de sostener mejor causa, vuelven hasta cinco veces á la carga, y otras tantas los rechaza un turbión de balas y metralla que los clarea y desbarata. Por fin un nuevo avance de la guardia nacional y de la tropa de línea logra su intento, derrotando y acosando á los rebeldes á punta de bayoneta hasta el palacio. Envía el rey un parlamentario para que cese el fuego, pretestando que se arriesga la vida de S. M.; pero el general Ballesteros, que acaudilla el avance, contesta que mandará suspender el fuego, mas no la marcha de su tropa.

Se junta luego la diputación permanente de cortes, y convoca al consejo de estado, á la diputación provincial, al ayuntamiento, al comandante en jefe y al jefe político.

Se acuerda recibir á los enviados venidos á tratar del armisticio; pero bajo la condición imprescindible del desarme ejecutivo de los batallones sublevados. El marqués de Casa Sarria, uno de los oficiales enviados por el rey, se opone resueltamente, alegando que el desarme de la guardia es indecoroso para S. M. Mientras se está deliberando sobre lo que se ha de providenciar, vuelve la guardia á las hostilidades y renueva el fuego; pero rechazada reciamente por los generales Ballesteros y Copons, va ya cejando hácia el Campo del Moro; y entonces embestida en campo raso por caballería y artillería, aquellos

infelices soldados, sin arbitrio ya con tanta carga que no les permite formar el cuadro, van cayendo á los tiros de sus contrarios y se rinden á discrecion.

Se fragua una trama en Sigüenza, y estalla el mismo día que la de Madrid; los carabineros y algunos soldados de las milicias provinciales de Córdoba se sublevan en Andalucía y marchan sobre la capital; pero acobardados al saber la derrota de la guardia, rinden las armas en Almodovar del Campo á las tropas del general conde de Valdecañas.

Procesados los oficiales cojidos con las armas en la mano, uno solo resulta condenado (1). Apareciendo por el proceso que la trama se había fraguado en palacio, y que había sido seducida la tropa por influjo encumbrado, quedaron atajadas las diligencias. La historia manifestará cómo los probombres de 1820 nunca se desmandaron, pues no cabe partido victorioso mas comedido que el de los constitucionales; no quisieron apurar la residencia por aquella sangre derramada, por temor de tropezar en los trámites judiciales con reos que la ley y las circunstancias no permitian castigar.

Lajornada del 7 de julio no trajo resultados, pues en suma nada produjo. Cuando unos ministros idiotas ó malvados han podido dejar organizar ó han dispuesto por sí mismos una conspiración como la que estalló el 30 de junio y quedó soterrada el 7 de julio, parece que un escarmiento proporcionado debía alcanzarles; pero se contentaron con reemplazarlos por sujetos, cuyo convencimiento entrañable y sumo influjo con la muchedumbre conceptuaron que habían de entablar una nueva carrera (2); mas nada resultó; pues tan solo el mando en jefe de todas las fuerzas de Cataluña, entregadas al general Mina, fué la única disposición que produjo un efecto terminante. El ejército de la fe derrotado y exhausto, quedó lanzado del territorio español, á pesar de los auxilios, del fomento y del oro del gabinete de las Tullerías.

El ministerio francés, arrebatado por sujetos hermanados en anhelos y en fanatismo con los *serviles* de España, tiene que avenirse á la ley del bando que lo ensalzó al poder y que tiene clavada su idea en la intervención. Conmuévase de nuevo la Santa Alianza, júntase el congreso de Verona, y el partido *ultra* ó desaforado, repre-

(1) El teniente Goeffieux, convencido de incitador al homicidio de Landaburu, salió condenado á muerte, y se le ajustició.

(2) San Miguel para estado; Gasco para la gobernación; Lopez Baños para la guerra; Ejea para hacienda; Navarro para gracia y justicia; Badillo para ultramar, y Capoz para la marina.

sentado allí por M. Montmorency, se compromete á ejecutar en España la restauracion del despotismo; y así Luis XVIII toma asiento en Verona y en el banco de la Santa Alianza.

Vuelve Montmorency, se encuentra con el ministerio indeciso en punto á emprender aquella cruzada, pues M. de Villele está esperanzado todavía de reducir la intervencion á meramente diplomática, y con la tibieza del rey y del ministro tiene Montmorency, ya comprometido en Verona, que hacer dimision, reemplazándole Mr. de Chateaubriand (1).

Con el fin de tropiezos que las potencias extranjeras van atravesando á la España, se juntan los muchos fraguados en el interior del palacio.

En el momento en que tan necesario era el empuje al ministerio, el rey lo despide, sin mas motivo que el de atenderse puntualmente á su plan trastornador de ir mudando los ministros á cada reunion de córtes.

Muévense luego las tropas francesas sobre la raya y desengañan á los mas incrédulos, siendo ya inevitable la guerra; entrégase la comandancia en jefe del ejército español que se está organizando en el Bidasoa al teniente jeneral Don Francisco Ballesteros.

Era Ballesteros teniente del resguardo en 1808, y con su arrojo, con aquel denuedo personal muy descollante, se encumbró luego en la guerra de la independencia á los primeros grados del ejército, aunque ajeno de todo desempeño militar. Logró algunos lances brillantísimos en la Serranía de Ronda y aquel fué el origen de su popularidad en la temporada del acalorado ímpetu nacional. Aconsejó en 1820 eficazmente al rey que publicase la constitucion, aparentó muchísimo fervor patriótico y encabezó la sociedad de los *Comuneros*. Embelesado con aquel entusiasmo constitucional, quiso el ministerio, al darle el mando del ejército dispuesto ya para descargar los primeros golpes en defensa del territorio, dar una garantía á las opiniones mas estremadas y hermanar todos los convencimientos. Necesitaba, como consejero de estado, Ballesteros la autorizacion de las córtes para obtener algun empleo, y lograda luego plenamente, fué traidor á la causa nacional y capituló ver-

gonzosamente con los Franceses. El destierro en que ha muerto fué el premio único que le reservó el rey, y los mismos extranjeros, compradores de su espada, le correspondieron con el menosprecio; corroborando así la máxima de Tácito: *Proditores, ipsi ad quos confugere inveni.*

Las córtes y el gobierno, con el desengaño de la guerra inminente, trataron de alejarse de la capital, y por mas que se opuso el rey, tuvo que ceder. Toman la determinacion impropia de parar en Sevilla, en vez de marcharse en derecha á Cádiz, adonde habo de pasar luego con una providencia estremada. ¿Mas quién podía conceptuar desertor á Ballesteros?

Al llegar á Sevilla, se sabe el tránsito del Bidasoa el 7 de abril por el ejército francés. No podía menos de encarsarse al golpe con el de Ballesteros, compuesto de la flor de los rejimientos; y allí se cifraba el destino de España, pendiente del primer trance. No cabe encargo mas hermoso y esclarecido para un jeneral, y los soldados están ardiendo de hidalgo entusiasmo; pero Ballesteros los desmoraliza con su retirada cobarde de doscientas leguas, sin ver al enemigo mas que para tratar de capitulacion.

Además del ánimo denodado de nuestros soldados, su prepotencia numérica y la ventaja de nuestras sierras y desfiladeros para una guerra defensiva, era la resistencia tanto mas obvia cuanto la situacion de las tropas francesas se hizo sumamente crítica desde su entrada en el territorio español, pues consta que, con motivo de ciertas desavenencias entre el ministro de la guerra, mariscal duque de Bellune, y el mayor jeneral conde Guillemín, se halló el ejército del duque de Angulema de repente sin víveres y sin medios de transporte.

¡Cuán imponderable ventaja no le cabia al jeneral español, atacando denodadamente al enemigo, que carecia de todo en un pais rebosante todavía de recuerdos heroicos de los naturales contra Napoleon!

Mas los Franceses van avanzando velozmente, pues Ballesteros continúa su retirada sobre el reino de Valencia. El 20 de mayo, tras una contienda gloriosa para el jeneral Zayas contra el ejército de la fe, mandado por Besières (1), Madrid indefenso abre las puertas al ejército francés.

Sevilla queda patente, y allí están reunidas las córtes. Reconviene el diputado Alcalá Galiano á los ministros sobre la situacion de los ejércitos y las disposiciones tomadas para el resguar-

(1) Apesadumbra el ver semejante nombre, un injenio esclarecido, apandillarse para una empresa vinculada en el triunfo de la ignorancia y del fanatismo; apesadumbra aquel yerro en tan sumos alcances acarrearlo luego el meterse á apolojista del abuso mas inicuo de la fuerza material. Correspondia examinar el libro de Mr. Chateaubriand sobre el *Congreso de Verona* bajo el aspecto de la civilizacion, y así trato de practicarlo en el capítulo siguiente.

(1) Fusilado cuatro años despues de orden de Fernando VII.

do del rey, de las córtes y del gobierno; y le contestan que, segun los partes recién llegados, Sevilla se halla en peligro. Propone Alcalá Galiano que se envíe un mensaje al rey, suplicándole que disponga la partida para Cádiz; y las córtes aprueban su propuesta. Preséntase una diputacion á Fernando VII, quien se niega irreduciblemente á conformarse con el dictámen del congreso y del gobierno.

En su vista pide Galiano la aplicacion del artículo 187 de la constitucion, que dice: «Gobernará una rejencia el reino, siempre que el rey se halle imposibilitado de desempeñar su autoridad por cualquier motivo físico ú moral.»

Aprueban las córtes la propuesta, y nombran una rejencia, compuesta del jeneral de marina Valdés, del consejero de estado Ciscar y del teniente jeneral Vigodet, quienes dispusieron la marcha, que se verificó al dia siguiente.

Esta fué la sesion memorable del 11 de junio, debida al señor Alcalá Galiano y cuya determinacion se ha zaherido amargamente; no podian sin embargo los diputados de la nacion estarse esperando sosegadamente la entrada del enemigo en Sevilla, ni presenciar con tibieza aquella connivencia innegable del rey con los extranjeros.

Verificóse la salida de Sevilla en la tarde del 12; estábamos hacia treinta horas sobre las armas; la guardia nacional á caballo de Madrid y de Sevilla cercaba el coche del rey, y la infantería cubria por escalones la carretera. En medio de tantos motivos de queja, se trató á Fernando en todo el viaje con sumo respeto. Se daba todos los dias la órden para salir á las cinco de la madrugada, mas nunca se partia hasta las once, y la parada era á las cuatro de la tarde; infiérase de ahí lo infinito que padecería la escolta, aguantando el sol abrasador de junio en Andalucía. En llegando al puerto de Santa María, varió de repente nuestro paso, pues Fernando nos hizo atravesar á escape las cuatro leguas mortales que hay hasta Cádiz, de modo que no llegábamos á cuarenta los acompañantes del carruaje al apearnos.

Entró el rey en Cádiz el 13 de junio, y la rejencia en seguida le devolvió su potestad.

Ningun preparativo se habia entablado para el sitio que nos amagaba, y se acudió atropelladamente á las disposiciones mas urgentes; pero sobrevinieron luego los Franceses. Estaban atargadas las autoridades, y así quedaba campo para maquinarse en todo el recinto de la ciudad, y mas yendo y viniendo diariamente barquillos al puerto de Santa María para los abastos del rey. Apeteció Fernando una gran torre de madera sobre el terrado mas alto de su palacio; se le construyó, y allí solia pasar dias enteros en re-

montar cometas de todas hechuras y colores; con lo cual los sitiadores se estaban de continuo enterando de cuanto podia interesarles.

Sabe la guarnicion de Cádiz el 24 de julio la traicion de Morillo, verificada el 16, y á pocos dias la capitulacion afrentosa de Ballesteros con el jeneral Molitor.

La pérdida del Trocadero el 30 de agosto, á pesar de la defensa valerosa de la guarnicion y de su digno caudillo, el coronel Grases, causó suma sensacion por haber abultado de mas la entidad de aquel punto, y luego la siguió la del fuerte de Santi Petri. Revivió al parecer el teson al empezar la escuadra francesa el bombardeo de Cádiz, en 25 de setiembre, mas no habia remedio alguno. Se entablaron hablas con el duque de Angulema, y desde entonces quedaron consumados el derribo de la constitucion y el malogro de la independencia nacional.

Dejó á Cádiz el rey el 2 de octubre, y pasó al puerto de Santa María, publicando antes una proclama en que decia, que «labrar la dicha de sus vasallos es el instituto primero de un rey, y por eso se adelantaba á sosegar las zozobras que pudieran mediar con la aprension del establecimiento venidero del despotismo, y de las reacciones de todo partido;» declarando por tanto:

1.º Que si la necesidad requeria la alteracion de las instituciones de la monarquía, plantearia un sistema de gobierno que constituyese la dicha de la nacion y afianzase la seguridad individual y los bienes y la libertad civil de los Españoles.

2.º Que daba absoluta y redondamente al olvido todo lo pasado.

3.º Que las deudas y obligaciones contraidas por la nacion y el gobierno bajo el régimen constitucional quedarian reconocidas, como las reconocia desde luego con aquella declaracion.

4.º Que reconocia á todos los empleados eclesiásticos, civiles y militares sin escepcion, que se habian comprometido en la causa de la constitucion, afianzando la mitad de los sueldos á cuantos, por efecto de las reformas imprescindibles, no pudieran conservar sus empleos.

Apenas Fernando VII se vió libre en medio de las bayonetas extranjeras, se desdijo de la proclama de la víspera, sancionando los decretos sanguinarios de la rejencia de Madrid. Nueva era de sangre, de persecuciones y desdichas se renueva en España, y estas calamidades han seguido por diez años; teniendo tan solo por término la vida de aquel príncipe, baldon y desventura del pais donde ha reinado. La llaga que está corroyendo á la España, la anarquía gubernativa, no ha cesado con las vicisitudes políticas, pues desde 1820 hasta 1823 no hubo mas gobier-

no que en las dos temporadas anteriores de 1808 á 1814, y desde este á 1820, se ha ido encontrando mas y mas; y ahí se cifra la esplicacion de tanta decadencia, por cada dia mas patente. Aun se hace trabajosísimo el alcapzar cómo este pais desventurado no yace ahora mismo en la mas re-

matada barbarie, pues se requería un gran caudal de intelijencia en el pueblo español para abrigar aquel aliento vivifico que todavía lo enardece, y le infunde pujanza para pelear en nombre de la libertad.

CAPITULO TERCERO.

Intervencion de 1823.—El Congreso de Verona por M. de Chateaubriand.

Por no entorpecer la narrativa de los acontecimientos, hablé tan solo por incidencia de la intervencion francesa. Aquel acontecimiento aciago, que atajó toda rejeneracion en España, y abortó un nuevo despotismo político y frailesco, por cada dia mas frenético y horroroso, me ha parecido acreedor á un capítulo separado, asiendo así oportunamente la coyuntura de contestar al ministro historiador del congreso de Verona.

Malhaya el atentado mas atroz que se pudo jamás cometer contra la independenciam de un pueblo vecino y amigo, pues la intervencion de 1823 fué toda en esterminio de los principios *constitucionales* por un gobierno *constitucional*. Harto singular es el empeño de los escritores de la Restauracion en afirmar que la Francia *constitucional* estaba interesada en derrocar la *constitucion* que regia en la monarquía española, por cuanto era mas democrática que la suya. Por esta regla, tendríamos nosotros que conceptuar como enemigo al gobierno de la Restauracion, y debíamos internarnos en Francia pregonando nuestros principios y acudir á la irracionalidad de la fuerza para derribar su carta otorgada, por menos democrática que la nuestra. Pero al arrimo de teorías tan descabelladas se plantearia una guerra sempiterna entre todos los pueblos, pues no cabe que dos paises rayanos se gobiernen con un sistema tan sumamente idéntico, que no se puedan aplicar mutuamente este nuevo principio del derecho de jentes.

Harto desagraviados quedamos por lo demás los Españoles de aquel atentado de la Restauracion, pues aquella empresa tuvo quizá mas influjo del que se supone en los acontecimientos de 1830; como que el soldado francés vive muy ajeno del temple irracional de un Cosaco, pues ratiocina y deslinda, y así debió hacerse puntualmente cargo del móvil de aquella expedicion.

Se hermanaba con los constitucionales, peleando contra ellos á su pesar por el honor de sus banderas, abrigándolos siempre que estuvo en su mano, y menospreciando las gavillas de la Fe, que quisieron darle como auxiliares. El ejército estuvo viendo que se atropellaba la libertad de un pueblo, y así pudo prever de rechazo que irian á desmoronar la que reinaba en Francia. Salieron los Franceses de la Península conculiéndose de una guerra desastrada, y sobrecojidos de zozobra por los resultados que pudiera acarrear á su pais; pues una guerra contra la libertad era un bautismo de fatal agüero para la escarapela blanca. Al cavilar sobre los motivos de aquella agresion liberticida, se hacia muy obvio el presenciar ya su rechazo sobre la Francia; envalentonado con aquel éxito, el partido avasallador de Luis XVIII no podia menos, pujando mas y mas en sus intentos, de recabar de la Restauracion que pregonase la belleza ideal de gobierno que habia logrado restablecer en España.

Escribió Mr. Chateaubriand en 1815, en su *Monarquía con arreglo á la Carta*, estas espressiones reparables:

« ¿Quién es mas Francés de nosotros dos, vos que me estais hablando de estranjeros al citar-me las leyes de mi patria, ó yo que he dicho en la Cámara de los Pares las palabras que voy á repetir: debo sin duda á la sangre francesa que está corriendo por mis venas esta impaciencia que padezco, cuando al ir á votar me hablan de opiniones ajenas de mi patria, pues si la Europa civilizada se empeñase en imponerme la Carta, me iria á vivir en Constantinopla (1)? »

En 1822, era Mr. de Chateaubriand plenipo-

(1) De la monarquía con arreglo á la Carta, Obras completas de Mr. de Chateaubriand, tomo 18, pag. 392.

tenciario de la Restauracion en el congreso de Europa, no para *imponer*, sino para *desapropiar* su constitucion á la España.

En 1825, Mr. de Chateaubriand se encoleriza, como ministro de Luis XVIII, de que el Señor de San Miguel, ministro español, « prorumpa en aquellas iras hidalgas, al hablarle de estraujeros para ventilar las leyes de su patria, y de que, al ir á votar, le citen opiniones ajenas de su patria. » Luego verémos cómo se espresa Mr. de Chateaubriand, al asomar un ministro español que acierta á hablar como él mismo.

Allá se las haya quien se empeñe en esplicar tamañas contradicciones en una sublimidad ambidestra, tanto en lo intelectual como en lo político; pues por mi parte me bastará el demostrar á Mr. de Chateaubriand que el que volcó la libertad en España ha venido á dañar á la España, á la Francia, á la soberanía y á la civilizacion.

Al publicar Mr. de Chateaubriand su *Congreso de Verona*, le escribí protestando contra su obra; me favoreció con su contestacion, pero motivos personales me hicieron orillar el intento de impugnar aquel libro. Estoy ahora historiando la España contemporanea, y así llegó ya el día de pararme á examinar una obra cuya refutacion es muy obvia, á pesar de la situacion, y aun la autoridad del escritor, quien me está suministrando los medios.

La aplicacion cavilosa de aquella política trastornadora y anti-social, cuyo promotor y planeador fué Mr. de Chateaubriand, con ánimo de preservar la Francia de una revolucion y proporcionar á los Borbones (1) un ejército leal y valeroso, lo arrebató palpablemente hasta pasarse de su primer intento. « *La victoria del Delfín cegó á la legitimidad* (2), y la misma que derribó la libertad en España creyó que podría exterminar la Carta; quedaron destronados los Borbones: « Tras la accion, la reaccion; es corriente (3). »

Se me hace el libro de Mr. de Chateaubriand una obra inesplicable en un estadista al par que realista. Como realista, imbuido allá en su monarquía, usa respecto á los reyes un lenguaje que no dionaria en boca de un republicano adusto. « No tienen los reyes mas atractivo para nosotros que nosotros para ellos (4). Habian acudido á Verona operistas y farsantes para entretener á otros comediantes, los reyes (5). »

« ¿ Los soberanos ? — Es allá una necesidad de la educacion descabalada de los pueblos, y nos avenimos á tamaña precision con lealtad y respeto, y á todo trance. ¿ Acaso no basta ? (1). » Esto es cabalmente lo que piensan, dicen y hacen, mediante algun miramiento por ahora, los enemigos del solio.

Echa el resto Mr. de Chateaubriand por el rescate de Fernando VII, logra el intento, y menosprecia, como verémos, al redimido, por quien comprometió la Francia, descargándole adjetivos injuriosos.

Como estadista, Mr. de Chateaubriand nos rasguea sus planes de 1822, cual si los acontecimientos no trajesen consigo luego el desengaño mortal de sus cálculos, y el malogro patente de sus esperanzas. Al decirnos lo que apeteció por entónces; al presenciar la falsedad de todos sus intentos, escepto el de anonadar la libertad en España, extrema luego su afán harto escusado de cronista, empeño incomprensible en un entendimiento tan encumbrado.

Que insistiera Mr. de Chateaubriand hasta 1829, como enamorado de sus propias sublimidades, en aquella creencia, es corriente, pues le abonaba el intento, ya muy logrado, pero muy amargo de las desdichas de España; mas al ser ministro Mr. de Polignac, conceptuó Mr. de Chateaubriand que peligraba la libertad de la Francia, é hizo caballerosamente dimision de la embajada de Roma. Es así que Mr. de Polignac habia ido antes á la de Lóndres por el empeño redoblado de Mr. de Chateaubriand con Luis XVIII, que no lo apetecia, y con Mr. de Villele, que lo deseaba menos (1).

Consumáronse horrorosamente en 1830 las zozobras que habia causado el ministerio de Mr. de Polignac; quedó la Carta destrozada; pero la revolucion avasalló á sus enemigos. Se negó Mr. de Chateaubriand á hermanarse con el triunfo de la libertad, y acudió á la Cámara de los Pares para resistir al juramento de la revolucion de julio.

¿ Y en suma, de dónde procedió el naufragio total de la soberanía ? De haber querido Mr. de Polignac hacer en Francia lo que Mr. de Chateaubriand habia efectuado en España; la diferencia entre el asalto á la constitucion española y el posterior á la Carta francesa se reduce únicamente al resultado inmediato, y sabido es que se suelen eslabonar las resultas de los mayores trances políticos; pues la España ha hecho en 1836 cuanto ejecutó la Francia en 1830.

El encumbramiento de Mr. de Polignac, y la

(1) Congreso de Verona; carta al jeneral Guilleminot, 25 de junio de 1828, tom. 2, páj. 17.

(2) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 420.

(3) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 435.

(4) Congreso de Verona, tom. 1, páj. 242.

(5) Congreso de Verona, páj. 70.

(1) Congreso de Verona, páj. 224.

(2) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 268.

revolucion de julio, que fué su contraresto, debieron apear á Mr. de Chateaubriand de su entusiasmo con la intervencion de 1823, y desengañarle de que en los tiempos que alcanzamos, los reyes pasan de largo, y que no es servirlos el estrellarlos contra la libertad: él mismo confiesa el daño que ha causado al solio, diciendo: «Mi estrella, no á sabiendas mías, me precisó á coadyunar para el derribo de la sociedad añeja, alestar yo echando el resto por conservarla (1).» Es muy positivo; pero en tal caso, ¿cómo cabe blasonar de tan malhadado ahínco?

Embargado con su aciago triunfo en España, asegura Mr. de Chateaubriand «que puso el pan de la victoria en manos de la Restauracion, la cual abusó de la vida que le habia devuelto (2).» Se equivoca; no hizo mas la Restauracion que abusar del instrumento arriesgado que le habian hecho empuñar, y se ha suicidado. Entregad armas de fuego á dementes ó ciegos, y veréis cómo las usan. «Por supuesto que cuanto la Francia abarca aferradamente con su puño le queda, y tan solo Dios se lo podrá hacer abrir (3).» Mas los Borbones no eran la Francia; esta habia empuñado aferradamente la Carta con una mano, y le quedó; pero rechazó con la otra á Cárlos X. y á su linaje.

Ya se está viendo cómo para refutar á Mr. de Chateaubriand no tengo mas que acudir á él mismo; mas antes de internarnos en el escrutinio de sus pensamientos políticos, voy á rectificar algunos hechos, demostrando los yerros palpables con que tropezo desde las primeras páginas, y cuán á lo que *salire* echó repentinamente á luz esta obra.

El pacto de familia entre la España y la Francia se ajustó el 15 de agosto de 1761, y no en 1768 (4).

Ascendió al trono Cárlos IV en 1788, y no en 1778 (5).

«Tras la insurreccion de Madrid y la instalacion de José, treinta y cuatro diputados se constituyeron rejentes en Aranjuez; la rejencia desamparó á Sevilla, se refugió en Cádiz, y se juntaron las córtes (6).»

Desatino. Equivoca Mr. de Chateaubriand la *junta central* con la *rejencia* de Cádiz. La primera se planteó en 1808, la rejencia de Cádiz en 1810; tampoco se hace cargo de que colocado José en Madrid, se hacia muy arduo que se estableciese una rejencia en Aranjuez, esto

es, á siete leguas del principal cuartel jeneral de los Franceses, ni de que salido una vez el intruso de la capital, no venia al caso que la rejencia se plantease mas que en el mismo Madrid.

La jenealojía de las rejencias está igualmente disparatada, pues la junta central fué la que nombró la primera, compuesta de cinco individuos, y convocó las córtes. Luego estas fueron nombrando las varias rejencias que se sucedieron hasta el regreso de Fernando VII.

«Fueron las córtes un remedo de nuestras juntas revolucionarias; pues se estuvieron allí proponiendo proscripciones, esterminios, homicidios (1).»

Retamos á Mr. de Chateaubriand para que cite un solo hecho, una palabra en apoyo de semejante cargo, y tan atajado quedará como si se le preguntase cuál es el artículo de la constitucion «que reservaba á las córtes el nombramiento de los empleados públicos (2).»

Estos son los términos del artículo 171:

«El rey nombra para todos los empleos civiles y militares.

«Nombra para todos los obispados, prebendas y beneficios eclesiásticos que le competen, sobre la terna del consejo de estado.

«Nombra igualmente á todos los majistrados de los tribunales civiles y criminales, bajo la misma forma.

«Concede honores y distinciones de todas clases, con arreglo á las leyes.

«Manda ejércitos y escuadras y nombra á los jenerales.»

Se evidencia pues que Mr. de Chateaubriand ni siquiera ha leído la constitucion que está desmenuzando, y contra la cual dispara cien mil armas. ¡Error lastimoso del injenio!

Sigamos:

«Acude el jeneral Freire con trece mil hombres para atacar á los diez mil sublevados; mediaron conferencias con Riego y San Miguel, quienes se retiraron con una columna de quince mil hombres (3).»

No eran mas de seis mil los sublevados; mas aun cuando fueran diez mil, ¿cómo podian retirarse con una columna de quince mil? ¿A qué viene luego aquella comparacion estrambótica que trae Mr. de Chateaubriand entre Riego y Don Quijote? Una muerte horrenda, á la cual asistieron las bayonetas de la Restauracion, debia escudar la memoria del malaventurado Riego contra los baldones y escarnios; y tanto mas por cuanto nunca hizo el viaje que plugo á la fan-

(1) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 268.

(2) Idem, tom. 1, páj. 315.

(3) Idem, tom. 1, páj. 98.

(4) Tomo 1, páj. 365.

(5) Tomo 1, páj. 5.

(6) Tomo 1, páj. 21.

(1) Tomo 1, páj. 23.

(2) Tomo 1, páj. 24.

(3) Tomo 1, páj. 29.

tasia poética de Mr. de Chateaubriand hacerle emprender por las huellas del héroe de Cervantes.

¿Mas cómo cabe defraudar al autor del *Congreso de Verona* de menear á su albedrío los personajes, cuando se apropia el don de arrebatarse el Tajo de su sosegado cauce y desencajarlo desde Toledo ú Aranjuez hasta Madrid, para que Fernando jure la constitucion «sobre aquel rio que cria oro y piedras preciosas (1)?» Si no se ha querellado el Manzanares, será por falta de poeta que le desagравie de tamaña usurpacion, como lo hubo allá para llorar sus padecimientos bajo un puente magnífico, cuando el cuitado Manzanares se atraviesa á pié enjuto casi todo el año.

«En el regazo de las córtés de 1820, sonó entre los diputados que las quejas del pueblo merecian la justicia de los puñales (2).»

Repetimos sobre este cargo lo dicho acerca del anterior contra las córtés de 1810 no hay mas que citar quién, cuándo y cómo profirió nadie en el regazo de las córtés máximas tan sangrientas.

Mr. de Chateaubriand se esplaya y agasaja á sus lectores con los estatutos de las sociedades secretas.—¿Serán auténticos?—No me consta; jamás me acerqué á tan lóbregas zahurdas, jamás me hermano con mi fe á la fe ajena, con vínculos misteriosos y criminales; pero supongo que en esa retaila de juramentos sobre puñales contra la vida de los reyes, hay mucho del coco espanta-niños. Estas garrambainas á puerta cerrada, si fueron ciertas, habrán sido segunda parte de alguna comilona, pues nunca daré por factible la pandilla de los asesinos, como que la maldad campa siempre por sus respetos. En España ni siquiera es soñable el rejicidio, pero en otras partes ya hemos visto á muchos de estos matadores amanolados parar luego en desalados monarquistas.

Sigue Mr. de Chateaubriand favoreciéndonos mas y mas con aquellos embustes, dichos y redichos por los historiadores sobre noticias de periódicos; ya asoma la patraña de Cugnet de Montarlot ideando con Riego una república doble en Zaragoza (3); ya sale á relucir «la órden del Martillo instituida en Madrid tras el homicidio de Vinuesa (4);» vulgaridades allá desmentidas mil veces, y repetidas otras tantas por la ignorancia y la parcialidad. A manantiales mas cristalinos debiera acudir Mr. de Chateaubriand.

Basta de rectificación en los hechos, y es hora de llegar al escrutinio de «los intentos que Mr. de Chateaubriand estaba rumiando para el sal-

vamento de los Borbones (1); pues en la guerra de España se cifraba lo de ser ó no ser (2), y si hubo algun reo en aquella empresa, es el autor del *Congreso de Verona* (3);» pues á su misma obra le de acudir mas y mas en busca de la condenacion de sus yerros. No se agraviará indudablemente, puesto que «blasona de la guerra de España, en vez de disculparla (4).»

«Tres fueron los pensamientos tras los cuales se estuvo afanando Mr. de Chateaubriand en Verona: 1.º Soterrar un foco de jacobinismo, reentronizando á un Borbon con las armas de otro (5); 2.º plantear dos ó tres monarquías borbónicas constitucionales en América (6); 3.º Anular los tratados de Viena (7).»

En cuanto al primero, afirmo que no habia tal foco de jacobinismo en España, pues el afan era por ser libre, mas no se queria destronar á Fernando. Dejó este de ser rey en la hora y punto de caer en manos de los extranjeros, y allá va la prueba, y muy concluyente: «Encasquetaos bien, escribió en 17 de enero de 1824, Mr. de Chateaubriand á Mr. Talaru, encasquetaos de lleno que sois rey de España, y que vais á reinar (8).» Con que ahí tenemos á Fernando VII cabal y redondamente destronado por el ministro predicador de la cruzada contra las córtés, por haber planteado un trono constitucional donde no habia mas que una soberanía enfurecida. Durante la segunda época constitucional, creo haber demostrado que tan solo reinaba un desasosiego mortal, por estar viendo «que el rey no habia jurado la constitucion mas que para traicionarla (9). ¡Príncipe aborrecible! (10) capaz de abrasar su reino en un cigarro (11), contrarestando toda disposicion racional (12).—Constaba á los Españoles que en desbozándolo, quedaba el reino atenuado por su frenesí (13).» Pues para desbocar á semejante príncipe se emprendió la guerra contra la constitucion.

Estuvieron esperando los Españoles, desde 1814 hasta 1820, con la resignacion mas estoica que Fernando VII se desembraviese de su ciego despotismo; y al estar ya apurado el sufrimiento,

(1) Tomo 1, pág. 362.

(2) Tomo 1, pág. 101.

(3) Tomo 1, pág. 73.

(4) Tomo 1, pág. 362.

(5) Tomo 1, pág. 145.

(6) Tomo 1, pág. 425.

(7) Tomo 2, pág. 375.

(8) Tomo 2, pág. 332.

(9) Tomo 1, pág. 57.

(10) Tomo 2, pág. 688.

(11) Tomo 2, pág. 231.

(12) Tomo 2, pág. 7.

(13) Tomo 2, p. 197.

(1) Tomo 1, pág. 48.

(2) Tomo 1, pág. 43.

(3) Tomo 1, pág. 18.

(4) Tomo 1, pág. 41.

estalló la revolucion. ¿Se le hace á Mr. de Chateaubriand escaso el plazo que la porcion pensadora de la nacion otorgó á la soberanía para volver en sí? ¡Ay Dios! Vaya repasando su pliego á Mr. de Talaru en 17 de enero de 1824: «Se le acabó la paciencia á Luis XVIII, pues tanto él como su gobierno se hallan ya cansados de ver correspondidos tantos sacrificios con la suma ingratitud (1).»

Si á los cuatro meses de embates se apuraba el sufrimiento á Luis XVIII, si él y su gobierno estaban ya cansados de tanta ingratitud, ¿á qué vienen esas iras contra los Españoles que habian hecho mucho mayores sacrificios á príncipe tan ingrato? ¿Habia asomado en su mando mas que un establecimiento sanguinario, codicioso y fanático, un despotismo dasatinado y la anarquía mas rematada «de que se estuvo lamentando» Mr. de Chateaubriand en su pliego á Mr. de Talaru en 7 de octubre de 1823 (2)? Y si aquellas resultas afrentaban la campaña, y desconcep- tuaban á la Francia en España (3), ¿no les sobra- ba razon á los Españoles para rechazar seme- jante sistema, que la Restauracion acudió á restablecer? ¿Era acaso menor para ellos el baldon?

No pudo el mismo Mr. de Chateaubriand man- tenerse empedernido al presenciar tanto des- poncierto, pues tomó respecto á Fernando VII el partido mas estremado que tenia en su mano: «Amenazad con la retirada de la tropa, escribió á Mr. de Talaru, el 17 de octubre de 1823 (4), si el gobierno sigue disparando venganzas y de- vaneos; no hemos de tolerar que unos proscrip- tores anden tiznando nuestras victorias, y que las hogueras de la Inquisicion sean las aras en- cumbradas por nuestros triunfos; no hemos de aguantar los desatinos del rey de España y sus decretos inconsiderados. Nos interesa el no traer visos de cómplices en la idiotez y el fana- tismo (5). Tan enojado se muestra el rey con la ingratitud de Fernando, que á nada quiere dar oídos (6), y si no os hacen caso, tendrémos que desamparar al monarca malaventurado que he- mos ido á rescatar, y allá se las haya con el des- tino cuya carrera no nos cabe desviar (7).»

¿Cómo ha podido condenar la revolucion, im- prescindible en una situacion tan intolerable, ese ministro que está profesando semejantes

opiniones respecto al gobierno que acosaba á la España, aun durante la ocupacion militar de los Franceses? Y sobretodo, al presenciar las desven- turas acarreadas por la invasion, ¿cómo le cabe el blasonar de haber hecho triunfar un poderío tan horrorosamente desenfrenado?

M. de Chateaubriand ha venido á tiznar el gobierno de Fernando VII con mayor raudal que los supuestos jacobinos españoles mas vio- lentos, valiéndose, para lograr concesiones barto insignificantes, de magos equivalentes, en caso de ejecutarlos, á una revolucion. Corriente; pero menospreciados aquellos amagos, ¿á qué jénero de disposiciones se atenia M. de Chateaubriand? Por supuesto á la retirada de las tropas fran- cesas del territorio español; en cuyo caso seguia la Restauracion el ejemplo dado por la España en 1820. No pudiendo recabar legalmente cosa al- guna de potestad tan insensata, se zanjó la con- tienda con un alzamiento del ejército, como la Francia estaba dispuesta para ejecutarlo con la retirada de sus tropas allende el Pirineo. Allá se va lo uno con lo otro, cuanto mas que el predom- inio único ejercido contra la España absolutis- ta se cifraba en las bayonetas, teniendo que con- fesar Mr. de Chateaubriand que «para afianzar el influjo militar de la Francia en España, tenia que reducirse á una impotencia política (1), y que para obrar algo, se habia de hermanar con la po- blacion realista, por mas violenta que se mos- trase (2).» Papel brillantísimo por cierto para la Francia el de aquellas amenazas hueras, y el de aquel desvalimiento político sin enlace con una ralea desenfrenada, para la cual reserva Mr. de Chateaubriand, despues del éxito, decir «cuanto conceptuaba acerca de ella, teniendo qué disi- mular hasta entónces la afrenta y encubrir en el interior su menosprecio (3).»

Contradictoria fué toda la conducta de Mr. de Chateaubriand, pues habia manifestado que «el gobierno francés llevaba por máxima el no inter- venir en nada en la política interior de España, por ningun título (4).» ¿Seria acaso en desem- peño de aquel sistema el participar al jeneral Bourmont (5): «Ministro que desagrada á la Fran-

(1) Carta á Mr. de la Ferronaye, Paris, 11 de julio de 1823, tomo 2, p. 82.

(2) Carta al jeneral Guilleminot, del 31 de agosto de 1823, tomo 2, p. 141.

(3) Carta al jeneral Guilleminot, del 5 de setiemb- re de 1823, tomo 2, p. 157.

(4) Carta á Mr. de Polignac del 1 de setiembre de 1823, tomo 2, p. 144. Carta de Mr. de Villele, Ve- rona 10 de noviembre de 1822, tomo 1, p. 148.

(5) Carta al jeneral Bourmont, 19 de enero de 1824, t. 1, p. 333.

(1) Tomo 2, p. 332.

(2) Tomo 2, p. 276.

(3) Tomo 2, p. 327.

(4) Tomo 2, p. 276.

(5) Tomo 2, p. 297.

(6) Carta á Mr. de Polignac del 16 de octubre, p. 175.

(7) Lo mismo.

cía se debe despedir, y el que gusta debe permanecer? Todo estará parado, si nosotros no gobernamos; nos toca dictar la amnistía, disponer los empréstitos, despedir y reformar el ejército, y á la Francia y á su embajador corresponde el apuntar los ministros que han de colocarse al frente del estado.» Se quiso libertar á Fernando VII de la potestad tiránica de las cortes, cuando reinaba constitucionalmente. ¿Seguía aun reinando tras las órdenes que acabamos de sacar á luz? Aquí sí que está la facultad suprema de las cortes para la provision de los empleos trasladada á manos de la Francia y de su embajador. ¿Qué realce para el solio de España el de esa tutela de un extranjero! Allá se las haya Mr. de Chateaubriand regalándose con la estampa de Fernando que «reíba racionalmente bajo el látigo de la Francia (1);» no cabía esto, y allí se cifra el yerro, por no decir el delito, de la invasion. Aquel aborto de expedición «no es ya mas que suma pesadumbre (2),» con las desdichas que ha venido á acarrear. «Pero la oleada de las revoluciones recae sobre la Francia y la España, y las anega de nuevo (3);» allá se llevó la Restauracion y con ella el despotismo horroroso que vino á imponer á España «con el apremio material de las bayonetas (4).»

Todas esas cavilaciones de Mr. de Chateaubriand sobre las maquinaciones del partido liberal español en Francia son aparentes y añiñadas. Ajeno está de saber la fíndole de los naturales de la Peninsula y su estremado retraimiento, cuando cree en esos estudiados amaños; y luego ¿qué zozobra podía infundir á la Francia «una nacion toda de arrieros y pastores soldados (5)?» Parando en esto la cuestion por la cortesania del señor vizconde, es muy obvia la pregunta de cómo un estadista podia sobresaltarse con semejante chusma de idiotas y cerriles?

Pero lo que positivamente no practicó la España constitucional de 1822, ¿no corresponde de justicia achacarlo á la Restauracion? ¿Qué era pues lo que Mr. de Chateaubriand aconsejaba á Mr. de Villele en su carta de Verona del 20 de noviembre de 1827? La jestion mas ruin y malvada en que puede incurrir un gobierno para con otra nacion confinante; pues le aconsejaba que fomentase mas y mas disturbios, y atizase la guerra civil en España. «Propondré el rumbo del sistema que hemos de seguir; aprontar armas y dinero á los Españoles fieles, dejarlos

terminar ellos mismos la contienda, ciñéndose á sostenerlos en ciertas posiciones para afianzarles la victoria (1).» Aquí se echa de ver quién fué el agresor en aquella guerra que Mr. de Chateaubriand pregona «no haber sido injusta, pues habia derecho para emprenderla, por cuanto peligraban los intereses fundamentales de la Francia (2).» Los intereses de una pandilla absolutista, corriente; pero los de la Francia, es asunto de risa.

¿Guarda mas consecuencia Mr. de Chateaubriand en sus opiniones liberales cuando dice: «Estamos deseando para España lo mismo que apetecemos para todos los pueblos, una libertad comedida al tenor de sus mas ó menos luces (3)?» No por cierto.

Ante todo, á ver cuál ha de ser el tribunal que justiprecie la suma de libertad condigna para cada pueblo; y luego ¿se ha dejado á los Españoles, únicos jueces en sus propios negocios, el plazo y los medios para revisar su constitucion? De ningun modo. Por el pronto se les ha suscitado una guerra civil, como lo estamos viendo. La corte de Madrid se correspondió luego y conspiró con la de Paris (4); se orilló despues la mediacion de Inglaterra, y en fin el paradero ha sido vocear amenazas y baldones, usando con los Españoles un lenguaje soezmente denigrativo. «En vez de entreteneros en pasar notas á Madrid, escribió Mr. de Chateaubriand á Mr. de Villele el 28 de noviembre de 1822, entraos ejecutivamente por España, despues de enviar un ultimatum á las cortes pidiéndoles la contestacion en veinte y cuatro horas.»

A pesar de los desvios de la Francia, seguía el gabinete inglés dando pasos para evitar un rompimiento. «La paz, la paz, la paz; este era el anhelo de Mr. Canning (5).» Con este intento habia enviado al ministro de estado de Francia copia de una nota pasada por el gobierno español al señor William A'Court, ministro inglés en Madrid, instando los buenos oficios de la Inglaterra para evitar el rompimiento.

Decía San Miguel en aquella nota que «el gobierno español insistía en sus dictámenes, y que si habia lunares en la constitucion, trataria la misma nacion de enmendarlos cuando conceptuase que habia llegado el momento oportuno para ejecutar aquellas variaciones; y luego instaba á la Inglaterra para que lograrse que se disolviera el ejército de observacion.»

(1) Tomo 2, p. 425.

(2) Tomo 2, p. 425.

(3) Tomo 2, p. 420.

(4) Carta á Mr. Talaru del 26 de mayo de 1824, tomo 2º, p. 369.

(5) Tomo 2, p. 420.

(1) Tomo 1, p. 268.

(2) Lo mismo.

(3) Tomo 1, p. 290.

(4) Tomo 1, p. 159.

(5) Carta de Mr. Canning á Mr. de Chateaubriand, del 24 de enero de 1824; tomo 1, p. 460.

En suma, era decir: «fuera esos amagos y ese ademán guerrero, pues por acá verémoslo que corresponda variar en la constitucion; con libertad podremos dedicarnos á tamaña tarea; á viva fuerza no se hará jamás.» Era Mr. Canning de dictámen que el mismo gobierno español hiciese las modificaciones (1).

Ansiaba M. de Chateaubriand la guerra á todo trance, y no alcanzando ya á justipreciar el punzonador de aquellos representantes de un gran pueblo, el lenguaje de San Miguel, el único que correspondia á un ministro español, lo destempla hasta lo sumo. «¿Con que no es esa una proposicion tan insultante como burlona?» escribió á Mr. Canning, en 27 de enero de 1823; «¿y cabe modo semejante de entablar una negociacion? Ya lo estais viendo, se han empeñado en apurarnos (2).» Muchachada aparentando un enojo que no habia, y muy parecida á las zozobras que manifiesta en la misma carta sobre las resultas de los amaños de las sociedades secretas. «No queremos que estén ahí de continuo cohechando á nuestra soldadesca: ¿conceptuais vos la Inglaterra menos amagada que la Francia con las tertulias de Madrid?» Se hace cuesta arriba el creer que Mr. de Chateaubriand, ministro de un pais como la Francia, haya escrito tales renglones; y se estraña mas todavia que no los haya ocultado en los archivos mas recónditos del reino. Ya se haria cargo Mr. Canning, al leer aquel párrafo, de que el poeta sobrepujaba al ministro, y prorumpiria en risa con aquella hipérbole increíble del gran peligro que corria la Inglaterra con las reuniones de Madrid. En cuanto á la soldadesca francesa, parece que el arbitrio mas certero para preservarla de todo género de cohecho era el alejarla de la raya, como lo estaba pidiendo San Miguel. Es tan positivo que cualquier otro lenguaje de San Miguel no hubiera merecido mas aprecio á los ministros de la Restauracion, que Mr. de Chateaubriand escribió á Mr. de Polignac, en 1.º de setiembre de 1823: «Mas vale que nos posesionemos de Cádiz con bombas que con cartas, pues entonces no cabrian concesiones (3).» ¿Bajo qué concepto apetecia pues tratar el ministro, que no entraba en concesiones, ni tampoco hizo alguna despues del triunfo?

Mr. de Chateaubriand se habia visto en Verona con los enviados de la rejencia de Urjel: «Hablaban, dice, como jente que profesaba dictámenes parecidos á los del siglo. Se pasma de que se les concepturase desalados tras el absolutismo, al pedir córtés y al vocear que, sin la

avenencia del pueblo, no se podia ni cargar impuestos, ni exigir contribuciones (1).» Luego Mr. de Chateaubriand ha presenciado la misma jente en ejercicio, y él mismo nos dice que «un decreto del rey lastimaba solo en Madrid á sesientas personas de las familias mas principales (2). ¡Cuán irracional (3) (atroz era la voz propia) es esta junta! ¡cuánto desatino está haciendo! y ha publicado un decreto tan amenazador contra los militares vueltos á sus casas, que el duque de Angulema ha tenido que publicar la ordenanza de Andújar (4),» desaprobada altamente, digámoslo de paso, por Mr. de Chateaubriand, «y tales demasias traen consigo la anarquía (5);» y esta anarquía de España viene á recaer en la misma Restauracion y en sus ministros (6), puesto que la Francia tomó la causa á su cargo (7).

Vamos ahora al rey. Ya se ha visto en qué términos se espresaba Mr. de Chateaubriand acerca de su persona. Hablaba Mr. Canning mai de Fernando; pero el autor del *Congreso de Verona* nos confiesa que «lo conceptuaba peor que el ministro inglés (8).» En cuanto á la vida del rey, Mr. de Chateaubriand la daba muy á barato. He aquí lo que escribia al jeneral Guilleminot, en 23 de junio de 1823: «Por supuesto que no os asusta la *aprension mentecata* de que pueda una bomba alcanzar al rey. Estoy esperando de que no le ha de sobrevenir algun desman; pero en suma, tan solo se trata de la soberanía, y un rey no es mas que un jeneral en tiempo de guerra... Con zozobras y apocamientos se atasca todo (9).»

En vista de cuanto antecede, se evidencia que la intervencion no podia menos de parar en resultas aciagas para España y para Francia. «Ya que no cabe derribar una institucion jenerosa, donde quiera que fuere, sin descargar el golpe sobre la especie humana (10);» con Fernando y el partido que lo avasallaba, aquel golpe habia de ser mortal, y la Francia iba á verse en la imposibilidad de atajar las resultas de aquel

(1) Tomo I, p. 98.

(2) Carta á Mr. de Talaru, del 15 de octubre de 1823, tomo 2, p. 104.

(3) Carta á Mr. de Talaru, 2 de agosto de 1823, tomo 2, p. 104.

(4) Tomo I, p. 387.

(5) Carta á Mr. de Rayneval, ministro en Berlin, 17 de febrero de 1822, tomo 2, p. 345.

(6) Carta á Mr. de Talaru, 25 de noviembre de 1823.

(7) Tomo I, p. 98.

(8) Tomo I, p. 416.

(9) Tomo 2, p. 66.

(10) Tomo 2, p. 225.

(1) Tomo I, p. 461.

(2) Lo mismo.

(3) Tomo I, p. 144.



regreso al despotismo. «Ello es que derribar la obra de las córtes sin proporcionar el poderío y el rescate de Fernando, era tan solo obrar algo para la seguridad del trance; redondeado ya el intento, no quedaba el porvenir de la monarquía ni espedito ni afianzado, retoñando luego las turbulencias en España (1).» Esto es cabalmente lo que ha venido á resultar.

Así es que al asegurar á las potencias del Norte, reunidas en Verona, «que la Francia justificara blasona de tener que preservar la Europa del azote revolucionario (2),» M. de Montmorency decia una vaciedad realista, pues la Francia desechaba el blason que con tantas ínfulas tremolaba el consejo absolutista; porque protestaba toda al pronto con el silencio, luego con la revolucion de julio, y al fin con su adhesión á la causa constitucional de España.

El establecimiento de dos ó tres monarquías borbónicas constitucionales en América era un sueño harto estrambótico, y mas derribando por viade ensayo una monarquía constitucional en España.

«La España, dice Mr. de Chateaubriand, nos traía al despeñadero con sus principios y su separacion del reino de Luis XIV. Allí se cifraba el verdadero campo de batalla, donde podíamos rehacer nuestro poderío político y nuestra fuerza militar.»

Si los principios políticos de España en 1820 eran peligrosos para la Restauracion, ¡cuánto no debían recelar allá las repúblicas americanas con los afanes de Mr. de Chateaubriand! No eran únicamente los principios los que separaban á los nuevos estados americanos del reino de Fernando VII, sino una independencia absoluta. No cabía el ir á Méjico, Lima, Buenos Aires y Colombia á cambiar el sistema de gobierno, sino que se trataba nada menos que de imponer, con la conquista, monarcas á la América meridional. ¿Por ventura opina de veras el autor del *Congreso de Verona*, que, sin su caída del ministerio, habia de acarrear la intervencion aquellas resultas? ¿Se pudo cegar hasta el extremo de creer que consentiría la España, se avendrian la Inglaterra y los Estados Unidos, y se avasallarian los Americanos?

«Figurémonos, dice Mr. de Chateaubriand, dos ó tres monarquías borbónicas en América, sirviendo, en beneficio nuestro, de contrapeso al influjo y al comercio de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña.»

Hermosa seguramente seria la perspectiva, pues no podia menos de embelesar el estar vien-

do á los Estados Unidos y á la Gran Bretaña, espectadores pacíficos, presenciar con los brazos cruzados aquel trastorno en beneficio de la Francia, cuando por entónces «una escuadra de veinte navíos, enviada por Mr. Canning antes de la campaña de Cádiz, apurara en extremo á la Francia (1).» A la verdad, no parece sino que se están leyendo los cuentos de *Mil y una Noches*.

El tercer pensamiento de Mr. de Chateaubriand fué el de destroz ar los tratados de Viena. Anheló generoso y patriótico, tarea honorífica para quien intenta desempeñarla. Pero ¿cibia el que en un gobierno sin fuerza y sin raíces en el país, cuando la Francia estaba abarcando bajo un mismo y único pensamiento los quebrantos de 1814 y 1815 con el regreso de los Borbones, que abusando en provecho suyo de la fuerza irracional para sofocar la libertad en un pueblo confinante; cabía, repito, que el empeño nacional de Mr. de Chateaubriand llegase á colmo?

La campaña que nuestro estadista intentaba emprender contra la porcion odiosa de los tratados de 1815, se abria con un congreso donde los principales firmantes de aquellos tratados se juntaban con los representantes de la Francia para saltar la independencia de España; renovando así contra la Península cuanto los tratados de Viena habian impuesto á la Francia. En 1814 y 1815 no se daban oídos á Napoleon, como tampoco á las córtes en 1823; y en ambos casos, se aseguraba que España y Francia quedaban orilladas, pues el tema era contra la ambicion del conquistador y contra la constitucion.

Los impulsos hidalgos del autor del *Congreso de Verona*, y sus propias jestiones y su correspondencia se deshermanan, y tampoco se alcanza cómo, «por el éxito en España, se habia de lograr *tal prepotencia* que avasallase los tratados de Viena.»

Habia de ser la Francia la emprendedora de la guerra; corriente; pero habia tambien de acudir al auxilio moral y *efectivo* de las potencias del Norte.

Allá va un fragmento de las comunicaciones verbales de 20 de octubre de 1822, en el congreso de Verona:

«Al prever el caso de una guerra con España, y al subordinar á los intereses comunes de la grande alianza cuantas consideraciones se rocen con el empeño principal, la Francia, lo repetimos, ha tenido que contar con el arrimo de sus aliados, y aun si lo requieren las circunstancias, con auxilios materiales. Está ante todo convencida de que en la actualidad, es ya precisa la asistencia de las altas potencias para con-

(1) Tomo I, p. 307.

(2) Tomo 2, p. 117. Comunicacion del vizconde de Montmorency, del 21 de octubre de 1822.

(1) Congreso de Verona, tomo II, p. 475.

servar la *unanimidad de miras*, que es el distintivo fundamental de la alianza; siendo de sumo interés el mantenerla y ostentarla para afianzar el sosiego de Europa.

« Sobre la planta de esta asistencia moral, y sobre las disposiciones adecuadas para asegurar el auxilio material que puede requerirse en lo sucesivo, conceptúa la Francia que terminantemente debe llamar la atención de sus augustos aliados.

« Resumiendo pues cuanto va espuesto y han apetecido saber, la Francia somete á su alta prudencia las tres cuestiones siguientes :

• 1.^a En el caso de verse la Francia en la precisión de retirar de Madrid el ministro que tiene autorizado y de cortar toda relacion diplomática con España, ¿ las altas cortes estarían dispuestas á providenciar en los mismos términos el retiro de sus respectivas legaciones ?

• 2.^a Si la guerra tiene que estallar entre Francia y España, ¿ en qué términos y con qué jefesiones franquearán las altas potencias el apoyo moral que redunde en el mayor poderío de la alianza é infunda un temor beneficioso á los revolucionarios de todos los países ?

• 3.^a ¿Cuál es en fin el ánimo de las altas potencias en cuanto á la sustancia, y á la forma del auxilio material que estuviesen prontas á suministrar á la Francia, en el caso de que á su instancia se hiciere precisa su intervencion positiva, admitiendo allá una restitucion que la Francia manifiesta y reconocerán las potencias ser absolutamente imprescindible segun la propension general de los ánimos ? (1) »

Ahora pregunto á Mr. de Chateaubriand: ¿ por qué rumbo se iba encaminando al estermínio de los tratados de 1815, puesto que mancomunaba los intereses de la Francia con los de la Santa Alianza para conservar la *unanimidad de las miras* ? Esta unanimidad era el cerceñ de la Francia, y es la primera vez que se ha ideado el rescindir un tratado aumentando la intimidad entre el oprimido y el opresor; á menos que no se esperance algun alivio con un rendimiento negro á los principios políticos del vencedor. No se hace menos extraño el preparar una peticion de la independencia propia, solicitando tomar la delantera para atropellar la ajena.

Ufanas las potencias absolutistas de ver á la Francia escuadrada bajo sus banderas, ofrecieron auxilio moral y *positivo*, pues la propaganda absolutista no se acobarda, como que es de suyo emprendedora, y aquel comprometi-

mas solemne de los tratados de Viena.

Nos participa Mr. de Chateaubriand cómo la comunicacion de Mr. de Montmorency no es obra suya; pero además de la responsabilidad que le corresponde como plenipotenciario en el congreso, terciaba en tanto grado sobre opiniones con su compañero, que el 10 de diciembre de 1822 escribió al ministro austriaco Gentz: « Sirvanme de arrimo los impulsos afectuosos de los gabinetes de Europa, y quedo robustecido. » No fué desairado, pues Mr. Gentz le contestó cariñosamente desde Viena, el 16 de enero de 1823: « El negocio de España, aunque de suma entidad, al cabo no viene á ser sino un átomo en la carrera anchurosa que os está esperando; bajo vuestros auspicios y los de Mr. de Villele, ya llegaremos, por cuanto la Francia somos nosotros, á unos resultados que en esta contienda afanosa conceptuamos en extremo superiores á nuestras esperanzas. Así opina Mr. de Metternich... Aunque tranquilos y escudados con nuestras instituciones antiguas, ¿ cómo habíamos de dar por estable tanta dicha, si la Francia no tuviese á bien devolvernos el mismo apoyo moral que con tanto derecho debe esperar de nosotros ? »

Abundaron pues los estímulos, voceando ufanamente: « *la Francia somos nosotros*; » esto es, la Santa Alianza, su fuerza irracional, artillada y cuajada de hierro, encarelando, proscribiendo y defraudando al hombre de su facultad de pensar. Para la Restauracion tales elogios eran el ropaje de Dejanira, que debia reducirla á cenizas. Cumpliósse la sentencia de la suerte.

Vano es pues el empeño de Mr. de Chateaubriand en sincerarse del paradero de la guerra de España; esta es la mies que le ha cabido. La posteridad le tildará de cuantas desdichas se han originado; no le queda escape. Niñería es venirnos diciendo que las potencias del Norte no han sido las incitadoras de la Restauracion para esta guerra contra la libertad española: ¿ y á qué conducia, estando ya de suyo tan ansiosos ? Para descargar al gobierno francés de tamaña flaqueza y de procedimientos indecorosos, se acude á vituperar aquel impetu espontaneo para entronizar un despotismo irracional. No alcanzo lo que granjea la Restauracion con aquel cambio de la opinion pública; idéntico fué el delito para el concepto de la Francia y de la civilizacion.

Para rasgar los tratados de Viena se requeria espada; mas la Restauracion habia tributado la suya á Fernando VII, á la Inquisicion y á la anarquía realista, y se halló desarmada al alancearla el destino. Lo estaba desde 1823.

Al anonadar la libertad en España, llovieron sobre Mr. de Chateaubriand condecoraciones de las cortes absolutistas, y se atropellaron por

(1) Tomo I, p. 108.—110.

cual le habia de enviar mas insignias de sus órdenes y agasajos y loores, pues príncipes y ministros se deshacian en parabienes. La publicacion de las cartas que tuvo Mr. de Chateaubriand en aquel amarguísimo trance no es lo que menos pasmó en la leyenda del *Congreso de Verona*.

« Poderosamente habeis contribuido á tan grandiosas resultas, le participa el emperador Alejandro, y no cabe galardón mas precioso para vuestro ingenio y vuestros conatos (1). »

« Me complazco tanto en daros gracias, le escribe el rey de Prusia, como que me consta que esa victoria decisiva sobre el sistema revolucionario de Europa, que la Europa está debiendo al ahínco de S. M. Cristianísima, es tambien el triunfo de los principios vuestros y el objeto sumo de vuestros desvelos (2). »

« Acaba la Proidencia de afianzar un triunfo justísimo á la causa mas sacrosanta, dice el emperador de Austria, y me deleito con este motivo en aseguráros todo mi aprecio (3). »

« Campea ya el triunfo del sistema monárquico afianzado, y el ministerio de V. E. todo esplendoroso.

« Os pido vuestro permiso para juntar mis parabienes con acaecimientos tan esclarecidos. Obra vuestra es en parte tamaño triunfo, y os acompaño de corazón en la complacencia que debe causaros (4). »

Justísimos eran estos elogios, pues habia hecho Mr. de Chateaubriand un servicio siu par á la Europa absolutista (5), profesando en Verona los idénticos principios que los ministros de aquellas potencias; y habiendo triunfado la causa tan recta y sacrosanta del despotismo, se hacia acreedor á dignísimos premios: y con efecto, se los prodigaron.

Mas para euternarnos de las resultas inmensas que habian conseguido, además del derribo de un gobierno representativo, único anhelo de los monarcas por derecho divino, acudamos al mismo Mr. de Chateaubriand, pues á la vuelta de aquella hoja rebosante de pomposos elogios, tropezamos con estos renglones: « Oponiase Fernando á todo asomo de racionalidad. ¿Qué cabia esperar con un príncipe que, allá cautivo, habia estado ansiando la mano de una mujer de la alcurnia de su alcaide? Se evidenciaba que abrasaria su reino dentro de un cigarro... Entablóse el reinado de las camarillas al fenecer el de las córtes. Los embajadores extranjeros se fueron apan-

dillando con halagos, lisonjas ó desaires á alguno de los privados; esmerándose en lograr con Fernando algun valimiento ajeno de la Francia. Las juntas nos habian aquejado menos, pues con ellas bastaba la fuerza; pero enredados en las tramas, trabajoso se nos hacia el arrollar lazos invisibles, mas y mas añudados, mañosamente entretrejidjs con mil redobles y laberintos (1). »

Con que se habia celebrado un congreso, empujado á cien mil hombres y cometido el atentado mas solemne para lograr, ¿a ver qué ventajas á la Francia y á la España? Añadamos el rescate de un rey « que se habia estrellado con actos de irracional barbarismo (2). » Cuidado que no soy yo quien lo digo, sino el intervencionista de 1823; nos conformamos con este dictámen, aun los impugnadores de la intervencion.

Antepusiera, dice Mr. de Chateaubriand, á todo ese cúmulo de cartas imperiales, reales y ministeriales, una esquelilla de Henrique IV; desde luego lo creemos, pues el Bearnés le advirtiera por supuesto que iba á pelear contra los verdaderos enemigos de la Francia.

Como celebrador entrañable del nimen de Mr. de Chateaubriand, quisiera que la libertad, la humanidad y la civilizacion ciñeran su sien con el único realce que le corresponde; una corona cívica, en premio de los servicios que su entendimiento abarcador tributara á la libertad. Debía ser su columna y escudo; ha preferido su esterminio en España, alucinado allá con sueños de una gloria aciaga, inasequible y estéril. Si tanto daño como nos ha causado, si la sangre que su yerro indefinible ha hecho derramar, no le está royendo las entrañas « como una pesadilla pavorosa, » será porque el amor sacrosanto de la humanidad es una palabra huera. ¿A qué podrémos dar crédito, puesto que las inspiraciones del nimen carecen de verdad y de fe? Mal haya pues la temporada en que las almas que estamos ensalzando por privilegiadas del cielo paran en fementidas y descarriadas alempuñar la potestad suprema. Al encumbrarse tanto, debieran abarcar el horizonte, y tras él allá la humanidad toda con grandiosos intentos. ¿Porqué no se atuvo Mr. de Chateaubriand á aquella máxima tan preciosa y atinada, y que es toda de su cosecha? de que « al derribar una institucion jenerosa, donde quiera que sea, lastima el golpe á la especie humana. »

La constitucion de 1812 no era de unos mameucos españoles, sino una obra nacional, por supuesto defectuosa, pero de oríjen hidalgo y

(1) Tomo I, p. 203.

(2) Tomo I, p. 204.

(3) Carta de M. Bernstorf, tomo I, p. 206.

(4) Carta del rey de Prusia, tomo I, p. 112.

(5) Carta del rey de Cerdeña, tomo I, p. 113.

(1) Tomo I, p. 230.

(2) Carta de M. de Serre, 18 de julio de 1822, t. 2, p. 92.

colizo. Ventilada en las c6rtes y en medio del fuego del extranjero, y á impulsos del vuelo nacional mas sublime que hemos estado presenciando, ¿no debia granjearse el cari6o de todo pecho pandonoroso, afaado por la gloria y la independencia de su pais? En vez de este logro, ¿qué alcanzó á descubrir Mr. de Chateaubriand en la intervencion criminal de 1823? «La restauracion cabal de los Borbones, ó su *derrumbo final* (1).» A pesar de aquel éxito, ú mas bien por causa suya, sonó la hora de su esterminio. «Un triunfo encari6aría para siempre el ejército con el rey,» escribió Mr. de Chateaubriand el 14 de junio de 1823. Si el rumbo fuera hácia el Rin, contra el despotismo y por la libertad, corriente; pero aquel logro contra la libertad confirm6 cuanto estaba ya maliciando la Francia sobre el intento final de los Borbones contra la *Carta otorgada*, y de allí sobrevino el *derrumbo final*, en el dia de justificar Cárlos X todas las dudas con las ordenanzas de julio.

Voy á terminar esta refutacion de los desaciertos públicos del hombre grande, cuyo número literario no tiene elojador mas acalorado que yo, con una contestacion á dos reconvencciones que dirige á la Francia de julio:

«¿Cuál viene á ser pues aquella guerra cuyas resultas se han bendecido universalmente?» — Sepamos ante todo quiénes fueron aquellos bendecidores. — «Roma, que está dos dias iluminando sus escombros; y Viena, Berlin y Petersburgo que vitorean.» Contestado queda Mr. de Chateaubriand con las pocas palabras que anteceden. Fué una guerra contra la libertad política y religiosa á favor del fanatismo frailesco y desbótico. El papazgo y el absolutismo debian echar el resto de su palmoteo al saber aquel paradero venturoso. Si Mr. de Chateaubriand nos agasajase con los vtores de la Francia verdadera y los parabienes de L6ndres y de Washington, la posteridad veria en la intervencion de 1823 un hecho glorioso para el ministro que se está ahora lisonjeando de haber sido su autor principal; pues no creemos que revalide los elojios redoblados de los soberanos del Norte á Mr. de Chateaubriand.

«Tentad el vado, sigue diciendo Mr. de Chateaubriand á la Francia de julio; ¿porqué pues los en el trance, no acudis al recreo de pasearos por Cataluña y las Castillas?»

Si Mr. de Chateaubriand gusta hourarime leyendo mi obra, se encontrará con que no elojio yo la política del gobierno francés, firmante del tratado de la cuádruple alianza. Es sin embargo cierto que si los ministros de Luis Felipe ajenciaran un congreso para entronizar á Don Cár-

los, les llovieran tantos y mas cordones que á los de la Restauracion. Por de contado «iluminara Roma sus escombros,» y no les faltara la asistencia moral y positiva de las potencias del Norte. Mas por esta vez hay que escudar la libertad en vez de degollarla, y ahí estriba la diferencia. Escasean las entendederas en Viena, Berlin y Petersburgo, cuando se trata de encumbrar triunfadoramente las ideas liberales; y la Francia, al comprometerse en España para hacer el contraresto de 1823, tuviera que ir positivamente á resguardar la Península sobre el Rin. Ahora la Francia las ha con la Santa Alianza; ya no tiene Cosacos á la espalda, y los arrostraria de muy buena gana. En cuanto á la España, si la ínfima hez del populacho, por confesion de Mr. de Chateaubriand, recibió á la Restauracion con los brazos abiertos, al par de la frailería; en el dia, la flor de la nacion vitoreara con entusiasmo á la bandera tricolor. Harto se ha estado pidiendo la intervencion; pero á Dios gracias, no cupo este segundo baldon á mi patria. Obra nacional es el convenio de Vergara, y constituye la página mas vistosa en la vida del jeneral Espartero.

Si he ido esplayando mis pensamientos sobre la intervencion de 1823, es porque se me representa, no solo como muy trastornadora del órden natural en los sucesos de España, sino como trance arriesgado para la libertad. Todo atraso en el libertamiento de los pueblos y su enseanza me parece calamidad lastimosa para el jénero humano. Adolecia la España innegablemente desde 1820 á 1823 de nulidades esenciales, pero transitorias, y la intervencion fué una curandera agravadora de la dolencia, pues empenándose en zanjar la cuestion nacional á punta de lanza, no hizo mas que dilatarla, encomendando al porvenir una solucion mucho mas intrincada y trabajosa. Devaneo fué el conceptuar que se daria al través con aquel afan de libertad, como si se matasen los pensamientos á bayonetazos. Demostrado dejaron los mártires en todas las creencias que nunca se ajustician ni se atajan en su carrera las ideas.

Las resultas de aquella invasion fueron para España el malogro de su libertad y el regreso de los desbarros que redondearon el esterminio de toda prosperidad pública, repusieron otra vez en planta todos los abusos eclesiásticos y administrativos, encarcelaron á los prohombres del pais, y encaramaron los mas briosos al cadalso. En cuanto á la Francia, le costó la intervencion 800 millones de reales (1). Los Borbones de la rama primojénita, cebados con sus logros en España, se engrieron, y conceptuando el ejército escua-

(1) Carta á M. Talaru, del 2 de agosto de 1823, tomo 2, p. 104.

dropado todo bajo su dinastía, tuvieron la ocurrencia de las ordenanzas de julio, sin maliciar que al firmarlas estaban firmando su propia sentencia.

Allá va la carta que tuve la honra de escribir á Mr. de Chateaubriand, en 6 de junio, con la contestacion que le merecí:

« Señor Vizconde:

« Habiendo leído la obra de Vd. sobre el congreso de Verona y la intervencion de 1823, no puedo menos de apetecer que la jeneralidad de mis conciudadanos pueda estudiar como yo estas revelaciones y esas máximas sobre la política francesa respecto á España. Harto preciosas son para que cuantos Españoles se afanan tras el porvenir de su patria se esmeren en recojerlas. No alcanzo, Señor Vizconde, si semejante estudio redundaría en provecho de la Francia; pero nosotros los Españoles nos reconocemos deudores de sumo agradecimiento á quien tanto nos ha enterado de aquella política. Nunca se dijo con mas elocuencia y menos rodeos que la Península debe servir de pedestal para el poderío francés, aun cuando se hacinen cadáveres de los defensores de la libertad para cuajar la gradería del solio, y hacer veces de tarima para el triunfo de la Inquisicion.

« Como la enseñanza es tan acendrada, no puede menos de sernos provechosa.

« No ha sido á la verdad tan certera la política de Luis XIV, que convenga seguirla; pues ni la guerra de sucesion, ni la del imperio, ni la de 1823, han mejorado en gran manera los intereses de la Francia; la primera abocó á Luis XIV á su perdicion; la segunda contribuyó poderosamente al derrocamiento de Napoleon, pues sin la batalla de Bailen, no asomara la de Leipzig, y la tercera, frustrando el objeto que llevabais por delante, tan solo apareció al orbe culto como un atentado monstruoso contra la libertad de los pueblos. Zozobra mortal debieron abrigar desde aquel punto los Franceses sobre el paradero de su constitucion; el rastro está diciendo si aquellas zozobras eran soñadas, pues si las ordenanzas de julio fueron consecuencias de la intervencion de 1823, no lo fué menos la espulsion de Carlos X. y de su linaje.

« El despidio de Vd., Señor Vizconde, fué el anuncio de la reaccion que estaba Vd. ajeno de preparar en la realidad. Cuando allá andaba soñando glorias para la Francia á costa de la libertad española, á su lado de Vd. se estaba palmo-teando el derribo de la constitucion del año 1812 como floreo para el de la Carta. Aciago es el triunfo contra la libertad de un pueblo, pues el tocar aquella arca sacrosanta es una demasía que tarde ó temprano lleva su escarmiento. Ahí

está, Señor Vizconde, la justicia de Dios arrebatando á Carlos X al destierro, donde ha fallecido destropado, devolviéndonos á los prospectos al regazo de nuestra patria para restablecer la misma constitucion que nos volcaron. A ver, ¿qué es lo que queda de esa intervencion? de sus entidades nada, y de los hombres, solo Vd. para referirnos cuanto pasó en Verona, como lo atestigua la nota cronológica que trae al fin el citado libro. Así sucede que la violencia y las tropelías nada producen jamás, dejando al derecho lejítimo su animacion sempiterna.

« Nunca pude alcanzar, cómo Vd., señor Vizconde, cuyo hidalgo y jeneroso pecho está siempre latiendo con ímpetus de gloria por la Francia y por su libertad, ha podido soñar que estaba sirviendo á la una y la otra, al arrollar á una nacion de mano armada, doblegándola allá bajo el yugo de los frailes. El empeño equivale al de mejorar la hacienda propia talando la inmediata; pero todavia alcanzo menos cómo, tras esa nada, con los quebrantos de España de aumento, abortados en el congreso, y la intervencion de 1823, blasone Vd. de sus timbres en la invasion; pues en realidad su obra de Vd. me parece bajo este concepto un anacronismo completo. Daba yo por imposible que todo ese ingenio quiera en 1838 añadir á tantas palmas de verdadera gloria la de haber sido el destructor de la libertad de un pueblo.

« Constituyóse Mr. de Martignac, en 1832, apolojista de aquella intervencion liberticida; no conocia la España ni los Españoles, y así se equivocó en todo como acaba de suceder á Vd. Proscrito yo á la sazón, acudí á contestarle, y con toda mi escasa voz, y en medio de tan desigual pelea, quise trabarla y estendí esas páginas que tengo la honra de encaminar á Vd. Tenga Vd. á bien leerlas, Señor Vizconde, pues hallará una causa grandiosa defendida con hechos, con el ardor de un pecho acendrado, y con el convencimiento cabal que me harán veces del desempeño literario. Tambien podrá Vd. enterarse de que me constaba cuanto habia ocurrido en el congreso de Verona, y de que hice á Vd., desde 1823, la justicia que conceptuó Vd. harta tardía para reclamarla. No fui de los muchos contra quienes Vd., se querella sobre los promotores verdaderos de aquella intervencion: nombré á Vd., y tuve la dicha de dar á conocer desde entónces en sustancia los pormenores que acaba Vd. de sacar á luz; y así mi escrito merece el concepto de contestacion anticipada á esa obra.

« Traté de dar una nueva demostracion de mi apego á una causa por la que abogué con arma y pluma, analizando aquel contenido, y con especialidad los yerros históricos que encierra.

Vd. mira el asunto como francés; yo bajo el concepto de español y de amante de la humanidad. Devaneo parecerá tal vez en mí el habérmelas con el entonador sublime de la *Atala* y de *Renato*; pero si los hechos están conmigo, si me sirve de arrimo la historia inexorable, y en fin si alcanzo á demostrar, aunque español arrinconado, que uno de los prohombres de la Francia se ha equivocado al hablar de mi país, ¿á qué viniera el cejar ante la verdad? Me atreveré á manifestar á esa Francia, nuestra dañadora, que su política de predominio material sobre España ha sido siempre un yerro que ha redundado en dolorosísimo quebranto á la misma Francia. Créame Vd., Señor Vizconde, otro rasgo mas esclarecido la compete, pues en desentendiéndose de su influjo en la Península con la fuerza física, y dedicándose á derramar sobre ella la ráfaga bonancible del saber y la civilización, los mismos que hemos contrarrestado á la Francia serémos los primeros apóstoles de esta obra de hermandad y regeneración. No hay mas que una potestad, Señor Vizconde, ante la cual todas las cervices deben doblegarse, como derrame del mismo Dios, y aquella reside en Vd.

«Téngame Vd. por suyo, etc.

«MARLIANI.»

Paris, 6 de junio de 1835.

El Señor Vizconde de Chateaubriand al señor Marliani:

«Muy señor mío: agradezco á Vd. en el alma la obra que ha tenido á bien remitirme, honrándome sobremañera con ese afán de venir tan lejos en busca mía. Voy á leer la *España y sus revoluciones*, pero con ahínco y provecho, instruyéndome igualmente luego con la publicación de esa obra de entidad que está Vd. disponiendo contra el *Congreso de Verona*; pues irá Vd. por supuesto examinando algunos hechos con la imparcialidad de un historiador. Al entrar nosotros en España en 1823, esos carbonarios se daban la mano con los nuestros (1), y trataban de sublevar á nuestro ejército; conspiración que ya no se niega y de que todos blasonan. Dejaba el gobierno de Madrid anunciar

todas las mañanas nuestro cercano estermínio (1); la Península, en vez de hallarse sosegada, era el mismo trastorno; vuestras provincias nos estaban instando para que acudiésemos á establecer en ellas el orden (2); el mismo rey Fernando clamaba por nuestra asistencia (3). Nunca lográbamos internarnos por aquel país, si los denodados compatriotas de Vd., para con los cuales abrigo un aprecio antiguo y entrañable, no nos llamaran; y la facilidad de nuestros adelantos está comprobando la voluntad de España. Tampoco opinará Vd. que yo, defensor incontrastable de la libertad de imprenta y del gobierno representativo (4), apetecia restablecer en España el despotismo de la Inquisición (5); y en el *Congreso de Verona* me esplico con tanto desenfado acerca de Fernando y de la camarilla, que no cabe sospecha contra mis dictámenes (6).

«Hablo así por mi sistema justiciero; pues fue-
ra de esto, yo no salgo en defensa de mis escritos, sin trabar contiendas, ni contestar jamás; me atengo á las críticas, agradeciendo los consejos que tengan á bien darme, y mas cuando vienen, como los de Vd., expresados con tanto comedimiento y cortesanía.

«Quedo, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

(1) ¿Qué potestad tenia el gobierno? ¿no sabe M. de Chateaubriand que la libertad de imprenta carecia de límites? En cuanto á los periódicos del gobierno, esto es, la *Gaceta* de Madrid, reto desde ahora que se cite alguna provocación de esa especie, en cuyo caso único asistia á la Francia derecho para la queja; y en cuanto á los demás, el embajador de Francia era muy árbitro de ponerlos por justicia.

(2) Corriente, así como los realistas estaban llamando á los Rusos y los Prusianos en 1814 y 1815.

(3) Así como Luis XVIII estaba implorando en 1815 la de los aliados.

(4) ¿Cómo pues el defensor incontrastable de la libertad de imprenta y del gobierno representativo ha conceptuado asunto de guerra la demasía de la imprenta y los errores del gobierno representativo?

(5) No me consta que era lo que M. de Chateaubriand apetecia restablecer en España; sabemos únicamente lo que se restableció, esto es, el mas horrendo despotismo.

(6) Nada maliciaré jamás contra el pundonor de Mr. de Chateaubriand, pero me conduelo del yerro que lo arrebató á causarnos tantísimo daño.

(1) Aun dado por cierto el hecho, ¿porqué habia de estar aquel ejército amenazando en la raya? ¿no era harto lejíitima la defensa?

CAPITULO CUARTO.

Reaccion de 1823.—Ministerio de Zea Bermudez.

Ya hemos presenciado las reacciones de 1814 y de 1820; ahora veremos cómo se va ensanchando su ámbito con el segundo período reaccional del reinado de Fernando. Empiezan con el suplicio de Riego por el pronto, y paran en el degüello, en la misma hora y sitio, de Torrijos y sus cincuenta y cuatro compañeros. Por esta vez no se vincula el estrago en los Españoles; acude el ejército francés en auxilio del gobierno absoluto, y la soldadesca de una monarquía constitucional robustece el sistema perseguidor cuyo enfurecimiento sobrepujo á cuanto cabe imaginar. Bastará, para retratar al vivo esta nueva reaccion, citar el decreto de la rejencia de Madrid, de mayo de 1823. Sentenciaba á muerte á cuantos diputados habian votado en Sevilla la traslacion del rey á Cádiz, á los ministros que lo acompañaron, á la rejencia provisional nombrada por las córtes el 11 de junio, y en fin á todos los oficiales del ejército y de los varios batallones y escuadrones de guardias nacionales que fueron escoltando la corte y el gobierno. Debía ejecutarse la pena capital «sin mas formalidad que el mero reconocimiento de la identidad.» Este fué el extremo del programa fielmente desempeñado en los diez años consecutivos del restablecimiento de la potestad absoluta, rebajando tal cual tregua proporcionada por ministros mas humanos é ilustrados; pero luego arrebatados tambien con el raudal de pasiones desenfrenadas que estaban acosando el solio. No bastaba esto, pues el rey paró en sospechoso para la faccion apostólica que por dos veces intentó derribarle. Ni aun era ya árbitro Fernando de conservar ministros opuestos á tan ciegas persecuciones, teniendo que desviarlos de sí para trasponerlos á los puñales del bando apostólico.

Al vuelo salvaré los diez años de quebrantos que siguieron á la intervencion de 1823. Si crueles habian sido las persecuciones de 1814, las sobrepujo en gran manera esta segunda temporada de reaccion. Centuplicáronse las víctimas, y el ímpetu de las pasiones apareció infinitamente mas horroroso. Campearon organizadas las venganzas, y fueron mas y mas implacables, encargándose la mitad de España de encarcelar

ó desterrar á la otra mitad. Tomó la anarquía en el gobierno todo jénero de visos; siguió desquiciada la administracion en todos sus ramos; y si asomó alguna mejora en industria ó comercio, fué contra viento y marea del gobierno. Una de sus primeras jestionés fué la infraccion de la fe pública, negándose á reconocer todo empréstito de la temporada constitucional; y sin embargo habia que ir viviendo con empréstitos extranjeros. Diez años de paz y una ocupacion de tropas aliadas durante cinco años no permitieron al gobierno de Fernando el nivelar los desembolsos con las entradas. Aumentóse la denda 1.745, 850, 666 reales, que es la suma de aquellos empréstitos (1); y así cada año habia que cubrir esta suma con el desfaldo de un décimo. Pregúntese á aquella administracion derrochadora é incapaz el paradero de tan inmensas sumas; no lo sabe. Allá se empozó todo en la sima del desconcierto y la anarquía; nada sobrevive para atestiguar el empleo de capitales tan subidos, no solo en destinos provechosos, mas ni aun en gastos de lujo y de gala. No cabe ajuste de cuentas con el desconcierto administrativo, pues con él no hay mas contestacion que dar á toda residencia sobre descarríos tan criminales de los haberes públicos.

Aquel decenio nefando es reparable por un acaecimiento ajeno de toda idea intelectual que iba descollando en España desde 1810, y sin embargo ha venido á poner en contrarresto los dos principios opuestos y á producir la guerra presente; en tanto grado es positivo que en cundiendo un pensamiento fecundo por cualquier pais, los hechos mas inconexos con él redundan en su provecho y contribuyen para su triunfo.

Hermanidad afectuosísima habia reinado entre Fernando VII y su hermano, el infante don

(1)	1er. empréstito real,	Reales	334.000,000
	2º. —	5 p. 3/4 ..	188.870,000
	3º. —	— ..	300.000,000
	4º. —	— ..	293.000,000
	5º. —	— ..	61.844,000
	6º. —	3 p. 3/4 ..	569.136,666

Total. . . . 1,745,850,666

Carlos desde su niñez; mancomunándose además en su vida de cautiverio y de rescate, como igualmente en opiniones; pues habia bastado la reaccion de 1814 para los parciales de la potestad absoluta.

Nada de esto sucedió desde 1825, pues no les bastaba ya Fernando; el bando inquisitorial, apellidándose apostólico, lo graduaba de blando y endeble en sus providencias. Habia peligrado el absolutismo con la revolucion de 1820, y habia que imposibilitar ya toda conmocion, esterminando obvia y ejecutivamente á todos los liberales; y Fernando carecia de brio y fanatismo para redondear por entero aquella empresa.

Conspiróse pues en palacio contra el rey, y los defensores del trono y del altar cañonearon en brecha á la soberanía en nombre de la Iglesia.

La primera tentativa de 1825 no tuvo séquito, y el caudillo Besieres fué cojido y ajusticiado.

En 1827, el partido apostólico habia ido anudando su trama en Cataluña, y una sublevacion general estaba amenazando abrasar el principado entero (1). Conceptuóse el alzamiento harto trascendental para requerir la presencia del rey, pues solo él podia arrollarla, haciendo caer las armas de manos de los revoltosos.

Suele eslabonar la Providencia combinaciones ajenas de nuestro alcance, como sucede aquí con aquel acontecimiento provocado por la intolerancia política y el fanatismo religioso. Con él se engarza la libertad de España y el advenimiento de Isabel II al solio de sus padres; la ley de 1789 habia revocado el *auto acordado* que Felipe V quiso publicar en 10 de marzo de 1715, quebrantando las leyes de sucesion á la corona, acatadas en España por espacio de diez siglos. Fernando VII publicó la ley de 1789.

Generalmente se ignoran los motivos de promulgarse la pragmática sancion de 1789, y de restablecerse la ley antigua de la sucesion á la corona de España. Conquista de los liberales se ha conceptuado aquella innovacion, suponiendo que para lisonjear la ambicion de Maria Cristina y sus anhelos de madre, habian pactado afianzarle la corona á su hija, á trueque de que devolviese á España la libertad malograda.

Con tanto afán se ha desencajado la historia, sin hacer alto en la fecha de la promulgacion de la ley, que desde luego demuestra la falsedad de aquel concepto, siendo de 1789. Citar el influjo de los liberales en el mes de marzo de 1830, cuando yacian allá desterrados, ó presos, ó desfavoridos, es una de aquellas apreusiones disparatadas que se desploman de suyo; pues para descargar al partido constitucional de toda in-

tervencion en aquel documento de tanta trascendencia, basta decir que lo publicó el ministro Calomarde.

Siendo positivo que para nada sonaron los liberales en aquellas interioridades palaciegas, es igualmente cierto que la promulgacion de la ley de 1789 es obra esclusiva del partido apostólico y de Calomarde, su privilegiado representante en el gabinete de Fernando; y por mas impropia que á primera vista aparezca esta interpretacion de los hechos, no por eso deja de ser puntualmente histórica.

Ya llevo dicho cómo, tras la intervencion de 1823, se fraguó un bando, siempre dispuesto para enfurecerse contra todo asomo de liberalismo; apellidóse *apostólico*, por estar allá empapado todo, á su decir, en los intereses predilectos de la religion; y no pudiendo estremar á Fernando hasta el punto que tenian conceptualo, trató á lo menos de colocar en el ministerio una hechura avasallada. Calomarde fué el escogido, pues humilde y arrinconado en su carrera, se encumbró á ministro de gracia y justicia; en una palabra, en instrumento ciego de la pandilla apostólica.

La sublevacion de Cataluña requirió, como se ha dicho, la presencia del rey, y los alborotadores invocaban por grito banderizo el nombre de don Carlos.

El bando apostólico, preparador del alzamiento, suponiendo sumo teson en los sublevados, quiso que Calomarde, quicio de todo aquel embolismo, acompañase al rey. Ufano Calomarde, se avino al intento, esperanzado de venir á desempeñar el papel de medianero, ensanchando así mas y mas su privanza y granjeándose poderoso influjo con los apostólicos.

Llega el rey á Cataluña, se desploma la sublevacion y se ajustician sus prohombres. Calomarde, en acecho para utilizar los acontecimientos (nada le suponen ya sus cómplices), en vez de escudarlos, viene á ser su verdugo. Impónense castigos horribles y se apaga con sangre toda semilla de conspiracion carlista.

Calomarde se hace cargo de su odiosidad para con el bando apostólico y del sumo peligro que le está amagando. Le va la cabeza en el trance, y para sortearlo, acuerda alzar una valla insuperable entre el solio y don Carlos, cuyo reinado iba á ser el de los apostólicos.

Asoma la preñez de la reina Maria Cristina; y Calomarde, previendo el nacimiento de una princesa, aconseja eficazmente á Fernando la promulgacion de la ley de 1789, que revoca el *auto acordado* de Felipe V. Verificóse la promulgacion el 29 de marzo de 1830, esto es, siete meses antes del nacimiento de la reina Isabel, salida á luz el 10 de octubre de 1830.

(1) El principado comprende las cuatro provincias citadas de Cataluña.

Con que así el abortamiento de la rebeldía apostólica encajonó á Calomarde, su instrumento y hechura, en la precision de venir á descargar el golpe que habia de alejar á don Carlos para siempre del solio.

No apareció asomo de protesta contra la legalidad de aquella acta de Fernando VII, ni antes ni despues del nacimiento de su hija Isabel, enmudeciendo allá don Carlos y todo su bando. Se fraguaron tramoyas encubiertas, y se prepararon asaltos contra la nueva ley que reponia á las mujeres en el trono de España, como habia rejido desde tiempo inmemorial.

Adolece el rey desahuciadamente en otoño de 1832, y rodea la ansiada coyuntura. Acuden los apostólicos y don Carlos al lecho del monarca moribundo, y se trata de aprovechar el trance para arrebatarle una revocacion del acta de 29 de marzo de 1830.

Ni el plan ideado ni los medios convenidos corresponden á la nacion española.

Hallábanse reunidos en la Granja varios individuos del cuerpo diplomático; conferenciaron intimamente para ver de lograr á todo trance la revocacion de la pragmática sancion, en la agonía de Fernando VII. Acordes ya en el rumbo que habian de seguir, Antonini, ajente de policia, y á la sazón enviado de Nápoles en Madrid, quedó encargado de tramoyista para la ejecucion; pues, á fuer de ministro de familia, se le franqueaba mas el palacio, y luego era de temple muy adecuado para el desempeño de tan rematada iniquidad. Clavado Antonini á las plantas de la reina Cristina, en aquel trance de quebranto que traía como enlutado el palacio entero, á la perspectiva del rey moribundo se añadía el azoramiento de tanta maquinacion como se entreteja á diestro y siniestro. Es de estrañar que la reina no lanzase de palacio á un ministro de familia que, aparentando sumo interés por ella y por su hija, la estaba acosando con zozobras, ostentándole un cuadro de fracasos horribles que iban á saltar á toda la familia al espirar Fernando, si no diligenciaba en precaverlos con la revocacion del acta de 29 de marzo de 1830. Cercada de enemigos, sin arribo y sin consejeros, María Cristina, postrada con el afán y los desvelos dedicados con asombroso extremo al alivio de los quebrantos de su esposo, asustada con aquella descarga incesante de siniestros anuncios, tuvo que amainar á tan redoblado martirio y se desprendió por fin de la anuencia que le estaban requiriendo los apostólicos.

Apresada una vez aquella adhesion, desentrañada con los quebrantos de reina y de madre, encargóse Antonini de avenirse con el conde de Alcudia, ministro de estado, para estender el

acta de revocacion; pero el conde previendo allá las resultas posibles de aquella tropelia, fué poniendo reparos á la forma y la sustancia del documento que le pedian, y paró en negarse á facilitarlo, diciendo que el acta correspondia al ministerio de gracia y justicia, y que acudiesen á Calomarde, malquisto hasta entónces con los conspiradores, por autor de la misma acta que estaban ansiando anular.

Antonini, de suyo perspicaz, se enteró de lo mucho que podrian recabar del mismo Calomarde en aquella coyuntura; se encara desde luego con este sujeto, se esplaya sobre lo infinito que arriesgaba, en muriendo el rey, para purgar las ejecuciones sangrientas de 1827 en Cataluña, y la fealdad de su delito para con don Carlos, promulgando la ley que lo excluía del solio. Obvio se le hace el demostrar á Calomarde que el único arbitrio para desagrarle, y amistarse de nuevo con el bando al cual debia su encumbramiento, es el estender el acta de revocacion accedida por la reina. Ufano de reencompadrar con sus camaradas anteriores, Calomarde se aviene gustoso á la retractacion que abonaba su conducta pasada. Redactada el acta por Cruz Mayor, se encargó el conde de Alcudia de presentarla al rey, quien la firma en garabatos inlejíbles, que hicieron veces de todos los requisitos.

«Estaba ya el rey oleado y ajeno de todo conocimiento, y al parecer en el trance de la muerte; aun se le habia conceptuado difunto algunas horas antes, participándolo así el embajador francés á la corte de las Tuilerías. Entónces Peña y Gonzalez, confesores del rey, se entrometieron hasta su dormitorio, y utilizando la postracion del moribundo, le amenazaron, con voces solemnes y ademan vehemente, con el castigo sempiterno, si no revocaba el decreto que llamaba á su hija al solio. Mandaron á la reina, que se hallaba presente, que lograse de S. M. que hiciese lo que únicamente podia salvar su alma, y dejarle morir con la conciencia sosegada. El rey, con el entendimiento ya enmarañado por la cercanía de la muerte, al ver que le estaban imponiendo terminantemente una jestion, sin enterarse de sus circunstancias, volvió rendidamente la vista hácia su esposa. Tristísima seria la situacion del pecho de la reina en tan apurado trance; y así estrechada por una parte, y consultada por otra, no le cabia mas arbitrio que sacrificar toda consideracion terrena al alivio de los postreros momentos de un rey espirando. Concedió la reina su anuencia, y el conde de Alcudia, que estaba en accecho á la puerta, entró, á una seña del confesor, con el decreto ya corriente: la firma real, tal como puede formarse en aquel punto, se logró, arrebátandola á una mujer postrada y llorosa y á la mano tré-

mula de un moribundo; y aquella acta, rebosante de injusticia personal, ha sido el manantial de las calamidades nacionales de España (1).»

Alcanzada la firma de Fernando, ú lo que debia hacer sus veces, los capataces de aquella tramoya volaron con el acta al respetable decano del consejo de Castilla, don José Puig, para que dispusiese su publicacion; pero aquel dignísimo majistrado se desentendió de todo el empeño del partido apostólico antes del fallecimiento del rey, y retuvo en su poder el documento (2).

Descuella aquí uno de aquellos decretos incomprensibles de la Providencia, ajenos todos de nuestros alcances; pues los carlistas, siempre tramadores, acarrearón la promulgacion del acta que están ahora hostilizando, y Calomarde, su hechura y su comodín, es el promulgador de la pragmática sancion de 1789, y luego de la revocacion desencajada á Fernando en el trance de morir.

Cuando el rey, ya convalidado, se hizo cargo de las tramoyas maquinadas en su angustiosa y dilatada agonía, despidió á cuantos ministros intervinieron en aquella trama, y fué ya calando los intentos de su hermano y del partido que acaudillaba. Formó luego un nuevo ministerio, se ajuió en sus miras, y en fin, mas comedido, atajó el torrente de persecuciones que duraban ya desde nueve años, y así empezó á rayar por el horizonte la aurora de otra era nueva. Alternó la reina en la autoridad suprema, mediaron razones conciliadoras, y la primera amnistía franqueó las puertas de su patria á un sinnúmero de Españoles desterrados desde 1823. Tras el despotismo reaccionista, asomó una tolerancia efectiva, que se apellidó luego *despotismo ilustrado*, contrapuesta á la realidad mentecata que hasta entónces habia servido de norma al gobierno; y así en medio del idioma intrincado que se estaba usando, aparecian las incertidumbres. Campeaban ya en la nueva potestad los visos del principio fundamental de la libertad política. Providenciando así el despotismo, desfallecia mortalmente en el propio monarca que tanto lo habia estremado. Zea Bermudez fué el encargado de aquel tránsito reparable, y desenfurecida ya la persecucion, amaneció allí cierto miramiento con las opiniones políticas. Se remontaron los ánimos en alas de aquella tolerancia primera, y al paso que se iban entonando, amainaba mas y mas el poderío. Hablaba ya este de reformas positivas, y aun las estaba

apeteciendo, pero al mismo tiempo rechazaba toda reforma política. Despropósito estrañísimo en que han incurrido sujetos de ingenio, pues conceptúan muchos que cabe la reforma en abusos administrativos, aborto del atropellamiento de los derechos de toda nacion; no reponiéndola desde luego en su decoroso asiento, devolviéndole el ejercicio lejítimo de sus derechos. Intento desatinado es el de creerse engreidamente mas pujante á solas y prescindiendo de pensamientos y de empuje, que obrando á la luz del desengaño. Tal apareceria un caudillo que, arrojando una hueste crecida, entablase la pelea sin tropa y sin auxilios.

Cabe en un soberano el empeño de su potestad ilimitada, prescindiendo de toda cooperacion. Pedro el Grande, ejerciendo su absolutismo por mano del verdugo, fué arrollando el contraresto de la barbarie á sus intentos civilizadores. Degolló á los Estrelizes y sentenció á muerte á todo barbudo. Mahmud, tremolando allá el pendon del profeta, alcanzó con el arrimo del pueblo, el esterminio de los jenizaros, y con diestra brios, derrumbando todo el edificio añejo de la barbarie, pudo llamar á la civilizacion en su auxilio.

Cupo á Fernando VII aquella postestad sin límites, pero la empleó para contrarrestar la civilizacion, monstruosidad casi insoñable para nuestro siglo. Pero ¿cómo se ha llegado á conceptuar que semejante carrera asoladora habia de sobrevivir á su inventor, y que vendria un ministro de suficiente desempeño para seguir con el ejercicio de una potestad absoluta, ya inasequible, aun encaminada al acierto? Yerro gravísimo era el conceptuar á la España sentenciada á yacer sempiternamente maniatada con los cordeles de la arbitrariedad. No cabe pujanza que haga enmudecer los acontecimientos, cuya voz encierra un desengaño patente de la instabilidad de todo lo humano.

El manifiesto del 4 de octubre de 1833 zanjó la cuestion de la existencia del ministerio, ciñendo en sustancia su programa á estas palabras: *Nada de innovacion*; como si la precision en qué se hallaba de patentizar á la nacion el rumbo que iba á seguir no fuese ya lo sumo de las innovaciones. ¿De cuándo acá habia el gobierno de España tributado aquel acatamiento á la opinion pública, para desembozarle á las claras sus íntimos pensamientos?

Esta opinion, por cada dia mas descontentadiza, ni un ápice agradeció á Zea, ni su ademan esforzado con los carlistas, ni su heroicidad en lanzar á don Carlos de Madrid, á ciencia y presencia de 300 mil voluntarios realistas armados.

Cuentan que el manifiesto del 4 de octubre

(1) Bosquejo de la política inglesa respecto á la España, en contestacion á la obra del conde Carnarvon, intitulada Portugal y Galicia.

(2) Quedó revocada el acta en la célebre reunion de 31 de diciembre de 1832.

mereció la aprobacion de las potencias del norte, y aun añaden que el príncipe de Meternich aseguraba que le estampara su firma. Como aquel estímulo meramente diplomático no se comprobó con demostracion alguna de afecto, esto mismo está diciendo que dicho programa era muy ajeno del impulso de pensamientos que iba descollando en España. Dechado infausto para su remedo era el de la yerta y sempiterna inmovilidad del Austria, pues siendo de suyo monstruoso el intento de encallar la sociedad teniéndola des-pavorida, y si la racionalidad se destempla contra aquella potestad desaforada, á lo menos cuando se ha cumplido con todos los requisitos del orden y del bienestar positivo respecto á los dependientes, como lo está realizando el todopoderoso archicanciller del Austria hace ya treinta años, cabe abogar por la inmovilidad; mas por cierto que los ministros españoles ni en un ápice podian alegar igual jénero de des-empeño, pues carecian de toda la habilidad administrativa del imperio austríaco. Tanto allí como en Prusia, ha venido el absolutismo á hacerse llevadero con su método y despejo gubernativo, al paso que en España, siempre se ha hecho mas y mas abominable por sus robos y su idiotez, al par que por sus crueldades.

El estadista que remeda debe hacerse cargo de la identidad de circunstancias que se le hagan comparables. No lo hizo Zea, y así le cuadra aquel cargo tan sonado con los constitucionales innovadores, y es haber querido embocar á la España, ajena toda de los elementos adecuados, un sistema advenedizo. Despavorido Zea con el peligro de las innovaciones, y embelesado con la prosperidad de los estados absolutistas, se empeñó tras un sistema insensato, y exánime ya con Fernando VII. En una palabra, trabó Zea una lid en pro de una potestad ya difunta para la España entera y que ninguna fuerza humana alcanzara á conservar.

Yerros y delitos acompañan innegablemente á ratos la libertad; pero los visos aciagos de su existencia suelen ser efecto de la resistencia que há de desarrollar; ¿mas á ver qué disculpa cabe con una potestad que, siempre voluntariosa y sin mas norte ni fiscalia que su propio albedrío, tan solo supo derrocar y abortar aquel caos administrativo, yermando el pais mas opulento y fecundo de toda Europa? Entonador y beneficioso sin par tiene que ser un gobierno absoluto para hacerse acreedor á una especie de tolerancia tácita de parte de la moral y la filosofía; y cuando, á fuer de todo poderoso, está arrojando hasta los derechos mas sagrados del hombre, tiene que producir mil bienes y dichas palpables en la sociedad, como el Nilo, cuyas aguas van fertilizando las campiñas que anegan.

Mas si, en vez de todo esto, la potestad absoluta desustancia y esteriliza, allá se le arroja fundadamente el odio del jénero humano. Esta potestad no ha sido en España mas que un raudal desbocado y asolador, mereciendo únicamente sobresalto y maldicion.

Se afirmó que las potencias del norte iban á reconocer á Isabel II, cuando la caída de Zea les hizo variar de rumbo; y el ademan ostentado por aquellas potencias al fallecimiento del rey, está demostrando su desafecto para con nuestra jóven reina; y así no soy de los ilusos que creen aun en aquel cambio eventual. El afan de lejitimidad dinástica nunca enardeció esclusivamente á los soberanos del norte, y sobran pruebas para evidenciar su tolerancia, y aun su tibieza en punto á dinastía. Mas con este pretexto de mudanza en el orden de sucesion, se encubria un principio político, cuya causa se mostraba muy patente. Prusia, Austria y Rusia acordaron ya entónces no reconocer á la hija de Fernando VII, y así aquella cuestion de dinastía se les rodeó muy oportunamente para cohonestar su desvío de principios.

Difunto Fernando, latió la esperanza en todos los pechos jenerosos; entrañable era ya la fe en la libertad, pues era el estribo del porvenir de España, habiendo tenido que sobreponerse á tan amargas pruebas, y conservándose cabal en medio de los martirios de aquel aciago reinado. Ya estamos presenciando el movimiento de las ideas vuelto á su cauce, tras las reacciones de 1814 y de 1823, arrebatando los últimos rastros de la potestad absoluta. El justísimo engrimiento nacional ansiaba tambien borrar las huellas de la intervencion liberticida de la Francia; pues forzoso se hacia el protestar contra tamaño atentado.

No se hizo cargo Zea, como estadista, de la situacion y circunstancias de España, en particular tras la muerte de Fernando. Aquel ministro denodado no se enteró de que tal acontecimiento, precedido de la mudanza en la ley de sucesion, era una revolucion entera, y que quedaban yertas desde aquel punto las fuerzas todas del gobierno absoluto.

Conceptuó Zea que para el exterminio de los carlistas en 1834 bastaba quererlo, como ya lo habia querido en 1825; mas no alcanzó que su fuerza ministerial de entónces no le era de modo alguno personal, sino un destello del poderío de Fernando VII, y que aquella prepotencia ya no existia. En vez de agolpar bajo una misma bandera para lo venidero opiniones inconexas y fuerzas nuevas, desahució á todos con estas palabras: *Ninguna concesion*, en el mismo punto en que, á impulsos de la opinion pública, tenia que franquear las puertas de Es-

pañá los emigrados de 1823. Imprudencia suma fué el proferir aquella espresion que recuerda el rótulo del Dante á la puerta del infierno:

«Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.»

Necesita el hombre esperar, y no era de mas, despues de doce años de quebrantos, el franquear cierta esperanza de mejor porvenir; y así en vez de lograr el agradecimiento de los emigrados entrantes, los tuvo Zea á todos encontrados. Su presencia en el suelo patrio robusteció la opinion pública. Nadie se avenia á

dejar ya la suerte de la nacion en manos de un ministerio que se desentendia de todos. Por una parte, una opinion naciente, bastante poderosa para demostrar su ánimo de tramontar los límites del manifiesto del 4 de octubre, y por otra, la insurreccion carlista, mas y mas amenazadora, hacian muy arriesgada y resbaladiza la posicion del ministerio. El contraste violento entre lo pasado y lo porvenir imposibilitaba de todo punto el *statu quo*; y tuvo Zea que retirarse.

CAPITULO QUINTO.

Tercera temporada constitucional. — Ministerio de Martinez de la Rosa. — El estatuto real. — Ministerio de Toreno. — Sublevacion de las provincias. — Caída del ministerio.

Estamos en 1834. — El pensamiento de libertad que descolló en 1810, en medio de una lid memorable para siempre en los fastos de la independencia de las naciones, sobrevivió y medró con las persecuciones. Asalta, vuela y arrolla todos los tropiezos; contraresta los mayores fracasos, no se apaga con la sangre de tantas víctimas esclarecidas, y aquel fuego sagrado baña por tercera vez con sus vivificos destellos los ámbitos de España. Al cesar la potestad tiránica de Fernando, el ímpetu de libertad se dispara á manera de un resorte comprimido largo tiempo, y recobra su elasticidad.

No se asemeja esta tercera perspectiva de la era constitucional á las anteriores, y está atestiguando con qué teson se conservaron las tradiciones de la grande é hidalga iniciativa de las cortes de Cádiz.

En 1834, no es ya una asonada militar que está con espada en mano pidiendo el restablecimiento de las instituciones; no es una revolucion que estrella cuanto encuentra, ni es tampoco rebeldía de los pueblos: es la opinion pública sosegadamente triunfadora del despotismo agonizante, con el empuje único del dogma vividor de la libertad. La soberanía misma es la que acude á pedir para la cuna de una reina niña el arrimo de los principios vedados hasta el día de su ascenso al trono. Aquella hermandad pactada entre la nacion y la corona, sagradamente enlazadas con la libertad, se jura á la paz del fanatismo político y religioso. Ruje á lo lejos pregonando la pelca que va á trabar con la presa que se le escabulle; y este será el postrer trance para la libertad. Olvidan los Españoles sus

desventuras pasadas, y en la hija de Fernando están viendo tan solo el símbolo de su rejeneracion. Reciben á Isabel II de manos de su augusta madre y la proclaman por su reina lejitima; oye María Cristina, al par de María Teresa, el grito caballeresco: *Moriamur pro rege nostro*, y la corona de Isabel queda á cargo del pundo-nor castellano. ¿A qué pueblo cupo jamás el hacerse acreedor á un agradecimiento tan entrañable de parte de su monarca? ¿Qué nacion habrá venido á derramar tanta sangre por conservar la corona á las jeneraciones de reyes? Desapropiada de Fernando VII por usurpacion extranjera, contrarrestada á Isabel II por usurpacion doméstica, sagrada es ya para los Españoles dicha corona, por cuanto en 1808 y en 1834 ha estado desempeñando el grandísimo principio de la rejeneracion nacional: la annuencia y la aclamacion del país constituyen únicamente la lejitimidad de los solios, y entónces verdaderamente un rey es el unjido del Señor.

Sucedió un ministerio al de Zea, que se cifraba en su caudillo Martinez de la Rosa. Esperanzas halagüeñas se eslabonaban con un nombre amado por los enamorados de la libertad, y har-to experimentado con el martirio padecido magnánimemente en los presidios de Africa; mas por desgracia se frustraron.

Inmenso adelanto era el advenimiento de Martinez de la Rosa en 1834 por el rumbo en que España ansiaba, hacia un cuarto de siglo, emprender su marcha; y los nombres de cortes y de constitucion corrian parejas con el del nuevo ministro.

Desaciertos de trascendencia tendrá por cier-

to que tildar la historia en este prohombre, afamado por su ingenio y sus prendas esclarecidas; mas nadie le tachará el haber desertado por entero de las banderas que tan hidalgamente habia seguido. En medio de los infaustos desvíos que los principios de libertad han venido á padecer en su ánimo, se mantuvo siempre leal en cuanto á la esencia; y si ha ido variando en sus aplicaciones, nos harémos cargo de que su convencimiento íntimo, por mas aciago que fuese para la patria, es hijo de su conciencia y acreedor al respeto público.

No pudiendo abarcar sino los acontecimientos mayores de cada época, como padrones que las deslindan, no iré desmenuzando por ápices el desempeño del Señor Martínez; pues todo sigue como siempre, y tan solo me cabe repetir lo mismo y evidenciar que en la administracion, ó mas bien en su carencia cabal, se cifra la llaga que causa todos los quebrantos de España. Fué pues el ministerio de Martínez de la Rosa, al par de los anteriores y posteriores, eodeble, atascado, sin impulsos y sin asomo de grandiosidad en sus intentos. Auarquía gubernativa fué siempre la norma de su administracion, sin plantear cosa alguna acreedora al recuerdo de las jeneraciones venideras. Un padron mas será un tránsito del señor Martínez de la Rosa por los negocios, para ir siguiendo aquel carril árido y trillado por tantos ministros que no han venido á dejar mas que una manifestacion de sanos intentos sin el menor resultado.

Las dos únicas jestionones de bulto en el ministerio del señor Martínez de la Rosa son el estatuto real y la cuádruple alianza.

Cuando en 1810 recobraron los Españoles por primera vez el ejercicio de sus derechos políticos, confiscados por la monarquía, tremolaron en sus banderas el principio de la soberanía nacional. Armado el pais en defensa propia, el primer paso terminante para el rescate del pueblo fué una constitucion; quedando así indeleblemente consagrada. Habia el monarca desamparado el pais, estando cautivo en Valençay, y el día de su redencion, tenia que aceptar el pacto social; mas ya se ha visto cómo quedó desechado al asomar la monarquía por el suelo reconquistado de la patria.

Median diez años, y un alzamiento militar restablece aquella misma constitucion volcada á viva fuerza. La soberanía vencida la acepta y protesta interiormente, llama luego á cien mil bayonetas y logra derribar por segunda vez la constitucion nacional.

En 1834, el ministerio es el que brinda con un nuevo pacto que la nacion tiene que aceptar á ciegas; pero lo orilla la nacion como debia.

Ni aun fué el estatuto real de Martínez de la

Rosa un fuero otorgado por la corona, embo-cándoselo á España por cédula ministerial. Carece acaso de ejemplar un convenio con visos de fundamental, sin que lo vote la nacion ni lo conceda el albedrío personal del monarca. ¡ Un ministro que se hace constituyente ! ¡ Usurpar á un tiempo la soberanía del pueblo y la iniciativa rejia ! Con solo este yerro insoldable, fué el estatuto real un enjendro muerto al nacer, pues concebido mera y ministerialmente, no le cupieron accidentes de vida. ¡ Y cuánta desdicha acarreó tan aciaga usurpacion ! Hablando de las antiguas leyes fundamentales de la monarquía democrática de España, salia con un bosquejo macilento de constituciones extranjeras y descabaladas. Tachaban á las córtés de Cádiz de remedadoras de la constitucion francesa de 91, y trascordando descabelladamente las libertades antiguas de España, se toma por norma la carta otorgada de la Restauracion francesa, finada ya en las jornadas de julio de 1830, quedándose en el remedo muy en zaga de su mente, de suyo antiliberal.

Desentendiéndose Martínez de la Rosa voluntariamente de la nombradía mas esclarecida que puede anhelar un estadista. Si hecho cargo de la grandiosidad de aquel empeño en plantear un nuevo sistema político y social, lo estribara en el principio incontrastable de la soberanía del pueblo, convocara la nacion á córtés jenerales para labrar una constitucion castizamente española, conservando cuanto suministrasen las córtés antiguas para la planta moderna en la sustancia y en la forma, si repudiara toda estranjería, como antipática á la nacion, poseeria la España una ley fundamental de carta toda española, planteada por el consentimiento libre de la nacion y de la corona. Por entónces no habian las pasiones todavía causado los estragos sobrevenidos posteriormente. Grandísimo fuera el influjo de un gobierno convocador de la nacion y ventilador de un pacto nuevo para el arreglo de aquella ley fundamental, escuadronándose la España de extremo á extremo bajo una idéntica bandera. En vez de aquel respeto tributado á la majestad nacional, se arrojó allá, como agraciando á la ansiedad jeneral, el estatuto rejio, cuya traza estranjerada fué ya un motivo de repulsa. Este desatinado remedo francés vino á ser un hachon de discordia entre los constitucionales, y enjendró un partido nuevo, cuando se debian aventar los ya existentes. En suma, nadie admitió de veras el estatuto real, ni lo aceptó ni lo prohibió partido alguno de corazon. En analizando brevemente aquella obra de los adoctrinadores de España, quedará demostrado que la oposicion que encontró al nacer fué el anuncio de su derribo inevitable.

Al presentar el estatuto real á la nacion, manifestó el ministerio que se reducía al cimiento sobre el cual tendrían los diputados que levantar el edificio constitucional; y bajo este concepto venían á guardar cierto miramiento con el anhelo del público. No era sin embargo sincera aquella manifestacion, habiendo antes providenciado cuanto conducía para imposibilitar la empresa que se aparentaba confiar al patriotismo de los delegados de la nacion.

Por de contado, aquellos supuestos apoderados á quienes se hablaba, eran elejidos en virtud del mas increíble monopolio, pues era tal el sistema de eleccion creado por el estatuto, que en resumen no llegaba á mil el número de electores para toda la España.

Esta era la planta electoral del estatuto:

Concedíase esclusivamente el derecho de elejir á las cabezas de partido. Componíanse únicamente los colejos de los concejales, quienes se acompañaban de igual número de mayores contribuyentes. Cada colejo combinado en esta forma nombraba dos electores, y todos los de cabeza de partido se juntaban en la capital de la provincia y nombraban los diputados para cortes.

Hay en España 18.447 concejos, repartidos entre 49 provincias, de donde resultan 376 concejos por provincia. Se pueden regular en 10 por provincia las cabezas de partido; y así es que en el total de los concejos habria 490 con voto electoral, y 17.957 sin él, y como cada cabeza de partido nombraba dos electores, las 490 cabezas componian 980 electores.

Con que en veinte votos por provincia se vinculaba la eleccion de los diputados.

No bastaba este mezquino monopolio de los votos, pues habia que inventar requisitos para ir estrechando mas y mas un círculo ya tan reducido, y así todo procurador debia gozar 12.000 reales del producto de sus fincas.

Para enterarse de la trascendencia de semejante padron electoral, seria necesario lograr un guarismo puntual del rédito de las tierras en España. Careciendo de este dato, nadie ignora lo que escaseamos de carreteras y canales, los rios no suelen ser navegables, las comunicaciones son trabajosísimas por el atraso en todo, y así se hace costosísima la conduccion de los frutos hasta el consumo de los vecindarios crecidos y las costas del mar; y por tanto viene á ser menor la rendicion de las tierras que en los demás países. A tantas dificultades para el trajin y salida de los productos, hay que añadir el estancamiento de las haciendas en pocas manos. Sobre 54 millones de aranzadas de tierras en cultivo, 37 millones correspondian á la sazón á los mayorazgos y manos muertas, quedando así tan solo 17

millones libres. Con la escasez de poblacion, y luego la precision de poseer crecidas propiedades para gozar el rédito de los 12 mil reales, ceñían forzosamente la eleccion de procuradores á una minoría imperceptible. De ahí trampas sin fin para constituir la renta apetecida á sujetos esclarecidos que tenían la desgracia de no poseer por patrimonio mas que sus prendas y su ingenio, juntando con tantos reales sus padecimientos por la causa de la libertad.

Quedando como aérea la eleccion de procuradores con el método y el padron para verificarla, se atajaron todos los ímpetus de independencia de ciertos nombrados, imposibilitando con el reglamento de aquel estamento ú cámara toda discusion. Así se redondeó el estatuto. No les cabía á los procuradores el deliberar sobre los asuntos, sino á propuesta de la corona, concediéndoles por suma fineza el derecho de peticion, y aun ciñendo su ejercicio con la cláusula imprescindible de ir firmada por doce individuos del estamento, y quedando árbitros los ministros de contestar ó no á memoriales tan baladíes.

Creaba el estatuto una cámara aristocrática, apellidándola de los *Próceres*, jénero totalmente extranjero. No me detendré en sentenciar la constitucion de semejante cámara, bastándome el repetir aquí el órden por el cual va el estatuto coordinando los títulos de cuantos pueden aspirar á tamaña dignidad. « El estamento de Próceres se compondrá, » dice el preámbulo del estatuto, « de cuantos descuellan por sus empleos encumbrados, su nacimiento esclarecido, sus servicios, su mérito, su saber y sus virtudes. » ¡ Con que para entrar en esta cámara alta, el primer requisito era la jerarquía y el nacimiento del aspirante, y los menos precisos eran el saber y la virtud! Semejante justiprecio está retratando al vivo aquella institucion malhadada de próceres, y escusa todo comentario. Tenian que reclutarse de grandes de España, del clero superior y los empleados con sesenta mil reales de renta anual, lo que desde luego traía consigo una exclusion fundamental, á no admitir como rentas los sueldos del estado. Habia próceres hereditarios y vitalicios.

Ningunos principios sentaba el estatuto real, ni ofrecia resguardo alguno, ni se mentaba libertad individual ni de imprenta, ni potestad judicial independiente ó inamovible, ni asomo de responsabilidad ministerial. En una palabra, el estatuto real no era mas que una mofa, un señuelo con el cual esperanzaban enfrenar las urjencias de la opinion pública, abrigar el absolutismo á la sombra de un trampantojo de gobierno representativo, y perpetuar, aparentando impugnarlo, un hecho confesado en el preám-

bulo del estatuto real: « que los quebrantos padecidos en España por espacio de tres siglos no tenían mas oríjen que el menosprecio en que yacían las leyes fundamentales del reino. »

Planteóse pues el estatuto real con miras de monopolio ministerial, bajo una estampa semiliberal y semirepresentativa, que nada constituía, y en la cual á ningún interés público se acudía, sino meramente al de la aristocracia. No podía menos la ley electoral de afianzar á los ministros una mayoría perpetua, y resguardar así á sus autores dilatada existencia en el poderío. Pero, como suele suceder con todo sistema de monopolio, el del estatuto redundó en daño de su autor y sus paniaguados, y el día que se apearon del ministerio, la máquina electoral paró en manos enemigas á su eleccion. Disolviéronse las cortes primeras convocadas imperando el estatuto real, en enero de 1836, y de los setenta y seis individuos de la opinion del señor Martínez de la Rosa, uno solo, el marqués de Sameruelos (1), quedó reelejido. Al verse escluido del estamento por el sistema electoral que él mismo habia creado, pudo el estatutista conocer cuán arriesgado es el idear instituciones en beneficio de la potestad volandera de los ministros, y que todo atentado contra la libertad de los votantes, encumbrado á la jerarquía de ley permanente en las elecciones, no puede menos de recaer antes ó despues sobre sus mismos reos. Al ejercer el poderío hay que recordar el apeamiento, y esmerarse mas bien en resguardar á los ciudadanos que á los ministros opresores, siempre harto propensos á ensangrentarse; pues se está siempre en medio de la sociedad, y nadie permanece de asiento en el ministerio.

El del señor Martínez de la Rosa, desvalido y enzarzado en un embolismo de imposibilidades que él mismo se habia fraguado, tenia que batallar contra el partido liberal, quejoso de sus desatenciones, y contra el bando carlista, que se iba por puntos robusteciendo. Quedó entonces inhábil para realizar la verdadera revolucion en España, la revolucion rejeneradora y administrativa, sin la cual jamás habrá un gobierno de pujanza y desempeño. Los estamentos del estatuto real tan solo valian para fomentar estorbos. Echaba el resto y se desvirtuaba el ministerio aleccionando á los diputados sobre la mente y la letra del estatuto, al paso que los discípulos andaban repitiendo con razon que era mofarse de la racionalidad el convocarlos para refrendar voluntariedades ministeriales y ejercer aquel derecho menguado de peticion absolutamente aéreo. Desperdiciábanse ratos pre-

ciosísimos en estas reyertas añiñadas, y mas propias de sesiones académicas que de formalidades políticas. Se empeñaba mas y mas el ministerio por cada día en ir encajonando el empuje lejislativo, diciendo que si el estatuto no era institucion cabal, no dejaba de ser la mejor que cupiese. Se formalizó el ministerio sobre el punto de rechazar el nombre de guardia nacional al vecindario armado, conceptuándolo muy revolucionario, conmutándose con el de guardia urbana, mas comedido. Forcejeaban en su contraresto los procuradores por ir ensanchando el círculo de sus atribuciones, y ni aun tronaba harto recio la artillería en Navarra para atajar aquellas contiendas lastimosas de palabras, propias de la temporada última de los Griegos en Constantinopla. Cuando la salvacion de la patria estaba requiriendo algun acuerdo brioso del estamento para mancomunar todos los ánimos sobre un solo intento, ponian su ahinco en el voto de Santiago (1); y así se debilitaban á un tiempo todas las potestades del estado.

En vano llamó en su auxilio Martínez de la Rosa al conde de Toreno, uno de los prohombres de España, y que correspondia, mas que el estatutista, á la temporada esclarecida de 1810. A pesar de su ingenio indisputable, de los recuerdos grandiosos de su vida anterior y de los servicios tributados á la causa de la libertad, que le merecieron el blason único y glorioso de terciar en las cortes constituyentes, dispensándole la edad, Toreno, encargándose del ministerio de hacienda, ni robusteció ni condecoró al gabinete; y en verdad que no conozco Español dotado de mayor desempeño para descollar al frente de la nacion.

Habia zaherido en gran manera á Martínez de la Rosa por sus propensiones retrógradas, antes de entrar en el ministerio; tachando sus yerros con el escarnio travieso y fino, que es una de las armas arrolladoras de la chispa de Toreno, cuya habilidad parlamentaria es recóndita, aguda y amena. Encumbrado al poderío, prohibió Toreno el rumbo de sus compañeros, cejó como ellos, se soslayó de la política y ahincó todo su empeño en una operacion de hacienda, cuya desastrada efectucion vino á ser el remate del crédito de España. Nada hizo Toreno que redundase en mejora del ramo, nada para el pais, nada para robustecer el gobierno de cuyo empuje pende el salvamento de la nacion. Ejerció su potestad como señor, prescindiendo de gloria inmortal, de agradecimiento de conciudadana-

(1) Y no fué reelejido por su provincia, Logroño, sino por la de Soria.

(1) Consistia en una contribucion de frutos, inventada por el clero, fundándola en la supuesta invocacion del rey Ramiro, en la batalla de Clavijo. No trascendió el impuesto á la corona de Aragon.

nos y de aprecio: aplausos volanderos, y har-
to fugitivos ciertamente para ser apetecidos por
un varon que se condolia de los abusos enmo-
lecidos y roedores que estaban carcomiendo la
España. No halagaba aquella reforma á su vo-
luntad embotada. El afan trabajoso, pero im-
portantísimo, para despejar todos los ramos de
la administracion, no era el intento que embar-
gaba la ambicion de Toreno. Se desentendió des-
de luego de plantear una era nueva para su pa-
tria, no terció sino muy temporalmente en las
tormentas que habian de acarrear á la España la
conquista de su libertad, y al presenciar á su pais
tan ruinoso y desventurado, se dió por descar-
gado de un peso descomunal el día en que le en-
cupo desprenderse de los negocios públicos, y es-
trafiarse para esperar desde lejos el paradero de
una lid que le interesaba ya muy escasamente.

Ni Toreno ni Martínez de la Rosa adelanta-
ron un ápice en el empeño fundamental que te-
nia colgada la España. La insurreccion carlista
medraba y se entonaba; el gobierno constitu-
cional no vivia sino de sacudimientos; ninguna me-
jora que interesase y prendase al pueblo apare-
cia; el desorden y la anarquía que se han retra-
tado en las temporadas anteriores, iban cun-
diendo mas y mas con la relajacion de los vín-
culos de respeto para con una potestad bastar-
da, que ya no era despotismo ni tampoco toda-
via libertad. En no sobresaliendo un gobierno,
en las oleadas de la guerra civil, ni con la gran-
diosidad de sus planes, ni con el arrojo de sus
intentos, ni con el desenfado de sus embates so-
bre el enemigo, se desploma desfallecido, abru-
mado con la trascendencia de sus yerros; y es-
ta era la situacion del ministerio de Martínez y
de Toreno. Asaltábale la oposicion parlamenta-
ria, á pesar de la suma dificultad que le costaba
el hacerse oír, y lo arrostfaron luego con mo-
ciones sangrientas. Asesinatos pavorosos de frailes,
desdichados encapotaron el horizonte político;
delitos, que la torpeza del ministerio no acertó
á precaver, quedaron impunes y patentizaron
una flaqueza asustante, y una asonada militar,
en que feneció el capitán general de Madrid Can-
terac, triunfó tambien de la molicie de la superio-
ridad. Ningun arrimo se granjeaba la libertad en
estas contiendas intestinas, y la potestad se iba
mas y mas desconceptuando y desautorizando.
Alborotos y asesinatos horribles, rezagando la
opinion pública, estremecieron con sus dema-
sías, siempre impunes, á la nacion sobresalta-
da, que andaba preguntando cuál seria el para-
dero de tamañas convulsiones ruines y desaten-
tadas; pues así como las crueldades del absolutis-
mo se habian estremado sin plantear un gobier-
no verdadero, progresaban las demasías de la li-
tad sin asomo de mejora para lo venidero.

La responsabilidad de situacion tan amarga re-
cae toda sobre la potestad, pues tan culpados
resultan los ministros por el daño que causan
como por los beneficios que no han acertado á
proporcionar. Ni la confianza de la corona pue-
sta sin reserva en manos de Martínez y de Tore-
no; ni el recurso de cuantiosos caudales por el
empréstito de cien millones de francos efecti-
vos, autorizado por las córtés, para acudir á los
gastos de la guerra; ni fuerzas militares gran-
diosas, reforzadas con tres leñones extranjeras:
nada pudo desaleargarlos; antes bien enferma-
ba ó fallecia todo en sus manos torpísimas. Ja-
más se desnivelaron tanto los resultados con los
medios, y aun estos tampoco eran suficientes.
Sonó ya por la vez primera la intervencion de
Francia, pues tan desvalido, tan paralítico yacia
el ministerio, que se pudo seguir diciendo que
no habia gobierno.

Aumentáronse los tropiezos interiores que
halló Martínez de la Rosa al entrar en el minis-
terio con la contienda dinástica que se habia tra-
bado en Portugal entre los dos hijos de Juan VI,
pues la presencia de Don Carlos en el campa-
mento de D. Miguel mancomunaba á la España
con Don Pedro. Aparece en este trance el tra-
tado de la cuádruple alianza, ocurrencia muy
aciaga y causadora de mil quebrantos para Espa-
ña. En mi concepto, aquellas esperanzas de in-
tervencion y de cooperacion, que enjendró y
no podia realizar el tratado, debilitaron las fuer-
zas constitucionales. Aquellos pactos aéreos han
estado enardecido á los carlistas, quienes no
podian menos de ver que se reducian á las con-
cesiones que suelen hacer los gobiernos por las
urjencias de la opinion pública, las cuales toma
la diplomacia á su cargo el repulir y escatimar
hasta el poquísimo valor de su primer intento.
Será equivocacion el aplicar esta doctrina al tra-
tado de la cuádruple alianza, pero el resultado
está abogando por aquel engaño. Se me rodea-
rá la ocasion de volver á hablar de este tratado;
al ventilar la política exterior de estos últimos
tiempos; mas á mi parecer, ha sido para los
extranjeros y por la misma razon lo que el es-
tatuto real para nosotros, allá una causa de dis-
turbios, y un relajador de la opinion pública y
de la unidad de miras y de la fuerza nacional. Y
es que entrambas jestioness fueron al par con-
cepciones medrosas y propias de una tempora-
da donde se suelen sentar principios para luego
negar sus consecuencias. Perniciosísimos son
esos sistemas bastardos, entre realidades y fin-
jimientos, en que se desavienen las voluntades,
y en que forcejean los entendimientos por despe-
jar un texto cuya oscuridad franquea campo
sin término para todo jénero de interpretacio-
nes. Parece allá, aunque sea equivocadamente,

que esto mismo fué el ánimo de los autores del tratado de la cuádruple alianza. Preguntado Tailleurand por uno de sus amigos acerca del verdadero contenido de aquel tratado, aseguran que contestó: «Es nada para nosotros, algo para las potencias del Norte, pero mucho para los mentecatos.» Sajador es aquel dicho, pero atinado en sí, pudiendo muy bien haber salido de los labios de quién pasó toda su vida en mofarse de los acontecimientos, traficando en provecho propio de los intereses del género humano.

Al asomar las tropas españolas en Portugal, decidieron de la suerte de Don Miguel y de Don Carlos, pues desampararon entrambos á Portugal, y Don Carlos pasó á Inglaterra, de donde huyó luego, y atravesando por Francia, remaneció en Navarra.

Aquella aparición repentina del pretendiente en el centro de las provincias sublevadas en su nombre no fué acontecimiento de suma trascendencia para el paradero de la guerra; mas cabe muy bien que al pronto la presencia de Don Carlos haya fogueado algún tanto la muchedumbre, siempre dispuesta para todo fanatismo, ensalzando allá á Don Carlos como campeón que iba á terciar en sus trances. Pero luego Don Carlos vino á servir de estorbo para los caudillos de la sublevación. Una corte andariega, escoltada por una camarilla y un embolismo de tramoyas, ha venido á constituir la presencia del pretendiente en el teatro movedizo de la guerra, mas dañina para el bando carlista que para el gobierno constitucional.

Forcejeando angustiosamente el ministerio con un mundo de dificultades, sin arrimo ni mejoras de situación, sin triunfos militares ni concepto público, acudió por último recurso á pedir la intervencion armada de la Francia. Esta se desentendió, y tras mil réplicas diplomáticas, desgastado con el éxito de aquella pretension, Martínez de la Rosa dejó el ministerio. Conceptuóse Zea rejenerador de España con un gobierno absoluto atemperado á la justicia, dos principios de suyo incompatibles, fuera de alguna dicha muy casual; y Martínez no vió otro rumbo de salvamento que el de prohiar su estatuto real, y entrambos, en pos de aquel duende, tuvieron el idéntico paradero, el desvalimiento; error que el entendimiento encumbrado de Martínez de la Rosa debió haber previsto. Peligran por lo mas los experimentos políticos, como no sucede en artes y ciencias. Cuando el sosiego, el honor y el porvenir de un país dependen de ensayos tan espuestos, tan solo el acierto abona empresa tan temeraria; pero Martínez de la Rosa fracasó de plano, y el estatuto real ha vivido tan solo dos años.

Sobresalen dos hechos en toda la narracion

histórica que antecede. El pensamiento de libertad que brotó en 1810 ha ido retoñando bajo diversos aspectos; pero se atraviesa igualmente la avarquía administrativa, compañera perpetua de todos los gobiernos, sin tregua ni intermedio, con el estatuto real como con los gobiernos anteriores. ¡Estrella incomprensible de un pueblo que no acierta á entonar una organizacion social briosa y despejada, y que con treinta años de revoluciones, todavía no ha venido á sentar la primera piedra de aquel cimiento de su porvenir! Por falta de organizacion, unos cuantos rebeldes allá en Navarra plantean un núcleo de insurreccion que desde su asomo reta á la potestad reconocida por legítima en el resto de la Península; un ministerio armado con la potestad absoluta no alcanza á sofocar el primer alarido de rebeldía. Esta, sin ser mas temible, sigue medrando con un gobierno mas liberal, pero tan desvalido como el que le antecede, pues ningun influjo han tenido en la guerra civil los progresos y el desarrollo de los principios constitucionales. Empiezan los alborotos con un ministro proclamador de la inmovilidad política. Aun prevaleciendo aquel sistema, siguiera la guerra civil con la misma furia, pues fuera del número, que, en mi concepto, jamás fué de entidad en los carlistas, fué siempre idéntica la situacion desde el principio del alzamiento; y es porque la guerra civil no las habia con las instituciones y prescindia del género de gobierno de Madrid. Que se plantee, lo que Dios no permita, el despotismo mas atroz, ó la república mas desatinada; la cuestion quedará en pié. El achaque único y perpetuo es la carencia de verdadero gobierno; háyase apellidado como quiera hasta el día, jamás le ha cabido existencia positiva y peculiar. Ahora mismo los ministros han ido viviendo con las victorias de los jenerales, ó han fallecido con sus desmanes, sin que, por lo mas, ventajas ni contratiempos hayan sido obra suya; y así la existencia ministerial ha venido á estar colgada de los vaivenes de la guerra. No habia otro arbitrio con un réjimen remolcado siempre tras los acontecimientos militares y al resguardo del ejército. De ahí aquella subordinacion tan impropia de la potestad suprema á los caudillos militares, con quienes se estaban de continuo consultando los pasos políticos mas obvios. No cabe duda que en ventilándose un punto en el gabinete, el primer miramiento era el conceptuar lo que opinarian los jenerales. Esta abdicacion total de los ministros, quienes no acertando á disponer ni á mandar, y dependiendo á menudo del impulso, antojadizo á veces, de caudillos con quienes habia que regatear la obediencia y cooperacion, está esplicando el estancamiento del gobierno. La repeticion can-

sadísima de los mismos hechos con ministerios diversos se eslabona con las causas idénticas, y así estamos á toda hora tropezando con ella en el discurso de la presente obra.

Retírase Martínez de la Rosa, y varía por entero el régimen superior; deja Toreno la hacienda sin mejorarla, y pasa á la secretaría de estado con la presidencia del consejo. Este nuevo gabinete fué una mezcla de individuos, algo mas briosos, pero inconexos. Malquisto con el público, y con especialidad el presidente, todo acarreó una crisis violenta que se estaba fraguando encubiertamente. El desasosiego era muy general, y aquellas propensiones retrógradas tenían sobresaltados á los liberales. Los malogros militares, torpemente interpretados, suscitaban un descontento universal; y aun sobrevinieron zozobras sobre la causa de la libertad. El nuevo gabinete presidido por Toreno, á pesar de los antecedentes honoríficos de sus individuos, no alcanzaba á infundir confianza ni desahogo. Se dispararon las iras con la jornada aciaga de las Amescuas; y su explosión, rompiendo en Zaragoza, cundió á Reus, á Barcelona, y en seguida al reino todo.

Aunque generalmente el pormenor de tan lastimosos acontecimientos se conceptúe equivocadamente, por mas abinco que se ponga en despejar la verdad, aquel alzamiento de Barcelona se formalizó y trascendió en tanto grado á lo restante de la Península, que se hace forzoso historiarlo; y la relacion sucinta que voy á dar, sacada de documentos oficiales que he logrado recoger, debe á mi parecer mirarse como narracion esmeradamente histórica.

En medio de las vicitudes tan frecuentes en las temporadas de conmocion política, se hallaba el jeneral Llauder mandando en Cataluña, cuando sobrevino aquel horroroso trance. Idolatrado, como catalan por, sus conciudadanos, allá cuando en 25 de diciembre de 1833, pidió el despido del ministerio de Zea y todo el *ensanche de libertad que estaba requiriendo la nacion*; y desconceptuado en extremo á su salida del ministerio, estalló en Barcelona la tremenda insurreccion popular de 1835.

En medio de toda guerra civil malaventurada, se abrigan en la sociedad infinitos elementos de trastorno y de reaccion, se enardecen mas y mas las pasiones, y una pavesa basta para incendiar poblaciones enteras. Libre al pronto Cataluña de la plaga del carlismo armado, estuvo luego viendo agavillarse los facciosos á su salvo; y el degüello de los guardias nacionales desparramados de Reus, Manresa y Camarasa ostentó su entrada en campaña.

Llega á Reus la noticia de aquellos asesinatos al mismo tiempo que la del alboroto de Zara-

goza, y se enfurecen los ánimos desesperadamente; con el ansia de la venganza y el ímpetu del ejemplo, estalla repentinamente la explosión. Se proclama la ley horrorosa de las represalias, que hace recaer sobre el inocente el delito del culpado; y de los tres conventos de la villa de Reus, dos están ardiendo, matando á cuantos desdichados frailes no aciertan á ponerse en salvo.

Hállase el jeneral Llauder en Esparraguera tomando los baños de la Puda; sabe el alzamiento de Reus, manda al punto al jeneral Colubi, gobernador de Tarragona, que marche sobre el pueblo alborotado, dándole facultad para obrar ejecutivamente y á su albedrío. Se presenta Colubi, encuentra las puertas cerradas y tiene que cejar; queda con esto la autoridad vencida.

Si el ejemplo de Zaragoza contajió á Reus, el de esta villa trasciende mas eficazmente á la cercana capital de Cataluña. El 25 de julio, con motivo de una corrida de toros, el pueblo desatiende á la funcion; vuelan los bancos en trozos; alaridos de asonada se redoblan de extremo á extremo de la plaza; huye la concurrencia de aquel alboroto asolador que se comunica á la parte de afuera; pero el pueblo, ya desenfrenado, comete todo género de escesos. Incendia primero el convento del Carmen, y alcanza á otros cinco la misma suerte. Pierden la vida algunos frailes malhadados; pero los mas se salvan por la compasion jenerosa del vecindario; se respetan afortunadamente los conventos de monjas, y á la madrugada desamparan sus claustros.

Llega Llauder á Barcelona el 27, y cunde el desasosiego, se encierra por la noche con la tropa en la ciudadela, y se retira por la mañana á Mataró.

El jentío es de suyo por desgracia remedador, con especialidad para el daño. El incendio de los conventos en Barcelona se va repitiendo en diferentes pueblos de Cataluña. Abrasan las llamas el convento de Recoletos de Riudoms, el de los Benedictinos de San Cucufate en el Vallés; y el jeneral Llauder, al retirarse hacia la raya de Francia, pudo presenciar desde Mongat el incendio del convento de San Jerónimo de la Murtra. Se quemaron otros conventos en otros puntos; la cartuja mas rica de España, la de Scala Dei, y la de Monte Alegre, corrieron la misma suerte, y aquel vandalismo llevaba camino de no pararse jamás.

Estos desafueros tan pavorosos eran precursores de extremos todavia mas lamentables.

Se habian juntado tropas en el Bruch, al mando del jeneral Basa; y adelantándose este al logarejo de Sans á media legua de Barcelona, deja á los soldados, y entra en la capital sin mas acompañamiento que el de dos oficiales.

La entrada pues del jeneral Basa no fué de sorpresa, ni misteriosa, ni mucho menos provocadora. Pero ¿quién puede atinar con los ímpetus de una muchedumbre calenturienta, cuando se dispara toda convulsa? Corre la noticia de la llegada del jeneral Basa por la ciudad como el anuncio de un avance enemigo; el 5 de agosto se conmueve allá la insurreccion, furibunda cual si algun peligro verdadero estuviese amenazando al pueblo todo; y no acierta Basa á calcular el fracaso que le amaga mandando tirar el cañonazo de alarma, pues creyó atemorizar á la muchedumbre, y la enfurece; corren todos á las armas y se aperciben para la pelea. Se junta la guardia nacional, llega tambor batiente y banderas desplegadas, precedida por el ayuntamiento y seguida por un tropel inmenso todo armado. Al cañonazo de alarma, las tropas dejadas en Sans acuden á carrera, entran por la puerta de Santa Madrona; se forman en batalla delante de la Lonja, están ya encaradas entrambas fuerzas militares, y el trance es decisivo. El ayuntamiento; en aquel punto postrero, se desvia de la guardia nacional y sube á suplicar al jeneral que se retire, y evite las desventuras horribles que van á asaltar aquella ciudad opulenta, hecha un volcan que va á estallar. Contesta: «El pueblo ú yo hemos de quedar vencedores.» Corre esta voz por el jentío, la conceptúan un reto, asaltan el palacio indefenso; se apoderan á manera de relámpago de la iglesia de Santa María, y por una tribuna y el pasadizo de comunicacion llegan al interior de la casa; otros amotinados arrollan tropiezos, trepan por la grandiosa escalera y se meten hasta la misma estancia del gobernador. Se presenta el jeneral Pastors, bienquisto con las jentes, contrarestan sus conatos por precaver todo extremo, le desoyen y lo arrinconan. Queda allanado el palacio, llegan los asaltadores al jeneral Basa, le disparan dos pistoletazos á quemarropa, arrojan su cadáver por un balcon, y lo arrastran por las calles, hasta la hoguera donde están ardiendo los papeles y legajos de la policia, quemando en parte tambien los muebles y el aposento de la oficina. Una estatua colosal de bronce de Fernando VII,alzada por el conde de España en la plaza de palacio, queda destrozada, y aquel dia tan aciago se termina incendiando la fábrica y fundicion de vapor de Bonaplata.

Acude por fin cada cual á la defensa jeneral de sus haberes, pues tras la indiferencia con la quema de conventos, la matanza de frailes y asesinato del jeneral Basa, media ya el interés personal que precisa á rechazar los robos á viva fuerza. Queda el jeneral Pastors con el mando; nombran á Prat, ex-diputado, gobernador civil; se forma una junta permanente con las auto-

ridades, incorporándoles seis prohombres del pueblo; y en fin se dispone eficazmente el salvamento de la poblacion; de modo que á la madrugada, al intentar los incendiarios y saqueadores un asalto á la Aduana, la tropa y la guardia nacional los dispersan á bayonetazos; y aquella fué la despedida del trastorno.

El 7, dos sujetos desconocidos, Mariano Garri y Narciso Pardiñas, sentenciados por la comision militar por incendiarios de la fundicion, fueron pasados por las armas.

Envió el 8 la junta un mensaje á la reina; pero así como suele suceder con cuantas manifestaciones se hacen allá en medio de los ímpetus de un alboroto, aquella representacion á nadie satisfizo. La junta, en vista de que se iba ya malquistando, hizo una alocucion al vecindario, donde se hacia cargo de que las circunstancias estaban requiriendo la formacion de otra junta consultiva, nombrada por el vecindario, fijando el número y requisitos de los nombrados.

El sistema electoral, prescindiendo de su forma, conjenia con los Españoles, y por tanto se enteran al punto de su desempeño; y es una de las disposiciones mas aventajadas en que se puede hallar un pueblo que intenta plantear un gobierno representativo. Verificóse con sumo sosiego aquel uso primero del derecho electoral, y se instaló la junta auxiliar, en la realidad reemplazadora de la que habia estado en ejercicio.

Hizo la junta el 11 una proclama participando al vecindario de Barcelona y á todo el principado su creacion, y manifestando los principios que iba á seguir en el desempeño de su encargo; el 19, elevó á la reina un mensaje pidiéndole la convocacion de córtes constituyentes, el nombramiento del jeneral Mina para capitán jeneral de Cataluña, y el de Pastors para gobernador de la ciudad; y entretanto el ministerio, sabedor de los acontecimientos de Barcelona, trató de providenciar contra las autoridades procedentes del alzamiento.

La reina gobernadora publicó un manifiesto á la nacion, el 2 de setiembre de 1835, tildando los alborotos de las provincias, y declarando querer imponer escarmientos ejecutivos á cuantos insistiesen en su rebeldia, mostrándose en ánimo de restablecer á todo trance el sosiego público.

Acompañaba al manifiesto un decreto de la misma fecha, providenciando lo siguiente:

- 1.º Las juntas quedan declaradas por ilegales.
- 2.º Se disponia su disolucion ejecutiva, dando por nulos todos sus actos.
- 3.º Toda resistencia á lo mandado seria castigada con arreglo á la ley de asonadas.
- 4.º Las autoridades que componian las juntas debian acudir al desempeño respectivo de sus

cargos en los sitios correspondientes de sus provincias; y los empleados desobedientes quedarían apeados de sus destinos, sin perjuicio de la pesquisa criminal que les cupiese.

5.º Bajo ningún pretexto se debía obedecer á las órdenes de las juntas para el pago de contribuciones; y los contribuyentes quedaban sin derecho para que se les descargase de sus cupos en razon á aquellos pagos.

6.º Todo vocal de las juntas quedaba responsable con sus haberes de cuanto se hubiese recaudado á nombre de ellas.

El decreto habla con el conde de Toreno, presidente del consejo de ministros.

En contestacion á este real decreto del 2 de setiembre, fulminado contra las juntas, se constituyó el 9 la de Barcelona junta suprema del gobierno de Cataluña, y entabló relaciones con las de Valencia y de Zaragoza. Se puso luego á promulgar disposiciones administrativas de suma trascendencia: creó cuerpos francos, movilizó gran parte de la guardia nacional, dispuso, el 11 de setiembre, con arreglo al decreto de las córtes de 29 de junio de 1821, que la mitad del diezmo se aplicase al pago de los movilizados, aboliendo los derechos dominicales, como estaba ya en planta en Valencia y Murcia por el decreto de las córtes del 3 de mayo de 1823. Cae el ministerio, toma el general Mina el mando de Cataluña, y al entrar en ejercicio, la junta se desprende de su potestad por la proclama que publica el 22 de octubre.

Cuando la insurreccion contra el ministerio de Toreno por todas las provincias, pero afortunadamente sin el acompañamiento de homicidios é incendios como en Barcelona y Zaragoza. Organiza la Andalucía en Andújar una junta central presidida por el conde de Donadío, quien al año cabal fenece á manos de otros insurreccionados. Agólpanse tropas de guardias nacionales de acá y acullá, y están desde Manzanares amenazando á la capital. Se enfrena en Madrid el 15 de agosto el asomo de otro alzamiento, pero tanto vaiven parcial y una sublevacion tan general contra el ministerio no puede menos de derribarlo; y el 14 de setiembre, el conde y sus compañeros se apean de sus escafíos. Desmañado para precaver quebrantos, desvalido se muestra tambien para contrarestar la sublevacion de todas las provincias. Habíanse fulminado arrestos contra algunos diputados, como Isturiz, Galiano, el conde de las Navas, Chacon, etc., quienes burlaron á los ministriles de policia, huyendo unos y ocultándose otros, y el conde de las Navas pasa á capitanear las tropas de Andalucía.

Por mas lastimosas que sean para la sociedad estas oleadas tumultuosas, en medio de las cua-

les se hace muy arduo el atinar con las muestras de un pensamiento efectivo, sin embargo en sonando por todos los puntos de una monarquía grandiosa un alarido reprobador contra los encumbrados al poderío supremo, descuello entre los ruidos siniestros de manifestacion tan unánime alguna causal ajena de la ira de las pasiones, y se hace forzoso descubrir, en asociacion tamaño de ánimos descontentos encaminados por un mismo rumbo, algun impulso fundadísimo de enojo contra los autores de un daño que carga sobre los unos, anonada á los otros y está asustando á todos. El pueblo es de suyo sufrido, nunca fué en España revoltoso, y si lo sumo del padecimiento acarrea alguna explosion, ya tenemos visto que nunca lo embriaga el triunfo. No se propasa en su carrera del primer intento; ni se remonta con pretensiones y urgencias en alas de sus logros, parándose de suyo en atendiendo á sus demandas, por mas violento que sea el alemán con que las está pidiendo. En medio de las convulsiones calenturientas que iban conmoviendo mas y mas los ánimos por todos los puntos del reino, ni asomó jestion ni sonó voz que redundase en desacato de la majestad real. Ira contra el ministerio rebosaba por donde quiera sin acibar antimonárquico ú revolucionario. Prevalece tal vez en España esta docilidad, por cuanto el elemento político viene á ser como una sensacion ajena de ímpetus apasionados; atinando mas bien con lo que le repugna que con todo lo que apetece. Muchedumbre tan sufrida y manejable ¿hasta dónde no se encumbraría, si varones hábiles y pundonorosos la fuesen encaminando por el rumbo de una regeneracion acertada? Cae Toreno, como se estaba ansiando, y con la noticia de su despido, se deshacen por sí solas todas las juntas. Aquella agitacion violentísima se aquieta, cuando amagaba al parecer la existencia social de España, al asomo de un sujeto desconocido para la jeneralidad. Jamás habia Mendizabal abultado en el remolino de los negocios públicos, y aun tenia contra sí el deber su ensalzamiento al mismo conde de Toreno, cuya separacion estuvo pidiendo la nacion entera.

Despejó los ánimos el programa de Mendizabal, publicado el 14 de setiembre. Se le conceptuó fundadamente de recta intencion y de patriotismo entrañable, y abonanzó apaciblemente aquel nublado de mes y medio que traia mortalmente convulsas á las provincias. A poco tiempo se juntaron las córtes, acudió Toreno á desempeñar su cargo de diputado, y nadie se acordó de residenciarle por su manejo, ni de proponer que se escudriñasen los motivos de la insurreccion ya aplacada. Redújose ya meramente á un acacimientto histórico, propio para archiversarse con

la relacion de las muchas conmociones del pais, venidero; abortos lastimosos de una sociedad todas sin resultas y sin consecuencias para lo en extremo achacosa.

CAPITULO VI.

Ministerio de Mendizabal.— Su caída.

Encabezó Mendizabal el gabinete por estreno de su carrera ministerial, pues ningun antecedente parlamentario realizaba su desempeño político. Su nombre y sus servicios, cualesquiera que fueren, por la causa de la libertad, habían llegado á noticia de poquísimos; y solo se granjeó alguna nombradía como agente hacendista de la expedicion de don Pedro. Era Mendizabal el alma de aquella empresa, por su actividad desahogada, su fantasía vividora y un denuedo tenaz é incontrastable. Solia en los consejos de don Pedro arrollar la timidez de los jefes militares con su teson y su confianza; y si el éxito ha de entrar en cuenta para la vida de los hombres, si fué tan cabal el de la expedicion de don Pedro, no puede menos de redundar en blason de Mendizabal, cuyo arrojo aventurero contribuyó en gran manera para el triunfo de la causa constitucional en aquel pais.

Hallábase Mendizabal en Lóndres al nombrarle ministro de hacienda en el gabinete formado por Toreno, y así no cabe tildarle de afan por su ensalzamiento, pues le sobrecojió tanto como á todo el público, pero aceptó el bríndis. Teniendo que dilatar su viaje con el arreglo de sus negocios particulares, logró llegar á Madrid en el trance de aplacarse el alzamiento jeneral volcando al ministerio en que iba á terciar; y entónces, engreido con la confianza de la reina gobernadora y encargado de la formacion de un ministerio, asomó realmente sobre el teatro político.

Cabe á Mendizabal el timbre de que la eleccion de la corona mereció la aceptacion jeneral, y sus primeras jestioncs ministeriales vinieron á granjearle verdaderos apasionados. Descollaba por primera vez un ministro con la privanza popular, pues hallaba el pais en extremo conmovido con mas ó menos estruendo, y en tales conmociones, siempre queda la potestad suprema algun tanto lastimada. Arduo era el desempeño de empuñar á derechas las riendas del estado, no teniendo, para entonarlo, mas influjo que el

de la fuerza moral; mas era esta pujantísima por la confianza que estaba mereciendo á la nacion azorada. Timbres eran ya para el porvenir su sana intencion, su patriotismo ya experimentado, y el alto concepto de sus alcances que le tenia granjeado el éxito feliz de la expedicion á Portugal. La sensatez de la muchedumbre, el comedimiento de los caudillos de la sublevacion y el afan del sosiego, primer móvil en aquella coyuntura, auxiliaron poderosamente á Mendizabal en la empresa trabajosísima que arrojaba.

Era muchísimo aquella anuencia jeneral á favor de un sujeto bisoño en el manejo de los negocios públicos; mas no bastaba. Las escaseces del erario, una guerra civil tan asoladora y en avance, la relajacion de los vínculos que hermanaban las poblaciones con el gobierno, y el desenfreno de los bandos, venian á constituir una situacion preponderante al desempeño de cualquiera estadista. No alcanzó á tanto el de Mendizabal.

Así es que, al preguntar si Mendizabal correspondió al favor popular que en algunos pechos rayaba en enamoramiento; si avaloró cumplidamente aquel grandísimo concepto, y en fin si dió pruebas de aquel desempeño de estadista que acanala todos los empujes del pais al único intento de su bienestar, en rigor se pudiera decir, en virtud de las circunstancias donde el acaso le habia venido á situar, que Mendizabal se desniveló con aquel destino, mostrándose muy ajeno de poner en cobro todo el alcance de su situacion. Estefallo sin embargo seria mas bien el de un bando que prescinde siempre de los casos, que el de un historiador desapasionado. Ni fué ni podia ser Mendizabal un estadista, y en cuanto á ministro de hacienda, manejó los negocios mas bien como banquero que como administrador consumado. Era la Lonja para él allá el termómetro aciago y deslindador en que su patriotismo clavaba la vista, como si el crédito de cualquiera nacion pudiera habérselas

con los trastornos violentos de las revoluciones.

Han decantado sobremanera la administracion de Mendizabal, pero la han calumniado mucho mas, siendo así que positivamente no merece

Ni tanto timbre, ni baldon tan fiero.

No cupo, en su ministerio, al sistema hacendista de España, ni á la administracion en jeneral, mejora alguna fundamental y duradera; pues todo siguió, antes y despues, con el laberinto arremolinado de tropiezos y arbitrios, donde se estrelló la voluntad de Mendizabal; fué jirando en derredor de las dificultades en vez de asaltarlas á las claras con aquella pujanza arrolladora que lo allana todo. No tuvo el arrojo de ir descargando hachazos reformadores á diestro y siniestro sobre esa hidra de desconciertos que se apellida ministerio de hacienda; no se entonó al subido temple que se requiere para terraplenar ese carril cenagoso por donde se va mas y mas atascando la España por tantos siglos, ni mucho menos alcanzó á romper con ímpetus sublimes para sentar los cimientos de una administracion atinada, espedita y briosa. Caló en mi concepto Mendizabal cuanto habia que ejecutar, pero le escasearon el tiempo, el desenfado, y aun la intelijencia suma que se requeria.

Acompañaron innegablemente á Mendizabal prendas escasísimas en cuantos sujetos encumbrados le precedieron; á saber, la fe viva en el porvenir del pais, un desprendimiento sin límites por la causa de la libertad, un enamoramiento de nacionalidad y un ímpetu entrañable en pos del rumbo progresivo, y aun revolucionario, á trueque de alcanzar las reformas que está pidiendola situacion de España; como igualmente suma tolerancia é hidalga jenerosidad con sus contrarios, y en fin un desinterés personal que en todo tiempo y lugar le ha hecho sacrificar sus propios intereses (1) á los de su patria, estremándolo hasta el punto de no sacar de sus varios ministerios ni siquiera una centilla en los ojales. Todo impulso natural y volun-

(1) Voy á citar, entre otros hechos, el siguiente (Gaceta del 5 de diciembre de 1835):

«Señora:

«Acabo de saber que, como superintendente jeneral de hacienda, me corresponde la cuarta parta de los decomisos en las aduanas de ultramar. Pocas son mis necesidades, y muchísimas las del erario, y así suplico á V. M. que se sirva aplicar á las urgencias de la guerra cuanto me pueda pertenecer en razon de los derechos referidos.

«J. A. Mendizabal.»

tario será en Mendizabal gallardo y patriótico, y si su fantasía ardiente le consintiese adelantarlos con teson, practicara heroicidades. Su instinto se encamina siempre al acierto, y si no lo realiza, consiste en que causas exteriores, influjos alevosos ó yerros de su imaginacion lo estravian; está allá calando lo verdadero y lo justo; va en su busca, y luego se para, y por falta de reflexion, antes de arrojarle á un empeño, ú de teson para llevarlo adelante, suele propasarse ó encojerse; y así en providenciando una disposicion, se le atraviesan alteraciones, y todo queda escaso y descabalado.

Mendizabal, con sus nulidades y sus prendas, ha sido el ministro primero que se ha empeñado con todas veras en la rejeneracion del pais, y su tránsito por los negocios ha dejado rastros patentes de progreso, pues el lenguaje del ministro era el de un patriota; no tuvo entereza para abolir la censura, mas le cupo la jenerosidad de libertar la imprenta de las trabas que pudieran atar á sus contrarios contra él mismo. Sujetó sus jestion es administrativas al libre escrutinio de la opinion pública; al arrojarle contra él una oposicion violenta en el recinto de las córtes, mostró la magnanimidad de respetar en el diputado al dependiente suyo, declarando en la tribuna que se cortaria la mano antes que firmar la deposicion de su favorecido (1), que se estremaba en ser su enemigo. En medio de tan aciagas reacciones, hay que justipreciar la virtud que encarga el olvido de agravios y de ingratitudes. Ejemplo caballeroso, y tanto mas meritorio por cuanto no tenia Mendizabal á quien imitar sobre este punto, ni tampoco se han visto despues alumnos de aquella escuela de tolerancia.

No hizo Mendizabal el bien que se esperaba de su desempeño, y aun algunas de sus jestion es administrativas merecen tildarse; mas no cabe negarle sumo afan por las ventajas del pais. Irreprensibles han sido sus intenciones en cuanto al establecimiento de la libertad, al par que patrióticas por el fomento de las nuevas instituciones. Si no siempre atinó con los medios mas eficaces, ni han correspondido las resultas á la vehemencia de sus anhelos, Mendizabal en suma, vino á cargar con la ley de la flaqueza humana que por maravilla admite tal cual escepcion en la historia.

No tomé á mi cargo la tarea desabrida de ir siguiendo los pasos administrativos de los diversos ministerios; pues, además de su ninguna amabilidad, seria empeñarse en analizar la nada. Signe con Mendizabal aquella misma anarquía asoladora de que no he cesado de hablar, sin

(1) Alcalá Galiano.

que adelante un paso la ciencia del gobierno, predominando esclusivamente las tradiciones añejas.

Colocóse en el ministerio de la guerra al conde de Almodovar, jeneral de mérito recomendable, pues acaudillando el movimiento de Valencia contra Toreno, logró atajar los escesos de aquellos trances, cuando se disparan á ciegas; y habia sido antes víctima de las reacciones de 1814 y de 1823. Nombraron á don Martin de los Heros para la gobernacion, y á don Alvaro Gomez Becerra para gracia y justicia, reservándose Mendizabal el ministerio de estado, el de hacienda, el de marina y la presidencia del consejo.

El primer desacierto de Mendizabal fué el no completar el ministerio de prohombres parlamentarios, pues habia de atenerse á la ley, que fija en seis el número de ministros, y sujetarse á la primera regla del sistema representativo que apetece á los ingenios sobresalientes de los estamentos para el desempeño del gobierno. Harto grandiosa era la situacion para desatenderse así voluntariamente de las luces de los compañeros, que debian entresacarse de los oradores mas notables de entrambas asambleas, con tanto mayor motivo cuanto ninguno de los ministros nombrados campeaba con el talento oratorio, y debia Mendizabal tener prevista la oposicion que le estaba esperando. Por otra parte, además de que tal agolpamiento de quehaceres ministeriales en una mano sola no podia menos de redundar en atraso del servicio público, prescindiendo de su mayor ó menor desempeño, habia quizás á la sazón alguna incompatibilidad entre hacienda y estado, por la precision que mediaba de acudir á fuera en busca del caudal que escaseaba por el interior.

Aparentan tregua los bandos, y las provincias se adhieren á los nuevos ministros disolviendo voluntariamente las juntas, y aun la reina gobernadora pudo advertir la mudanza en la opinion pública de Madrid; pues mediaba corto plazo desde que yendo á las córtes para cerrarlas, emudeció el vecindario en su tránsito; y despedido Toreno, con motivo de una revista de tropas y de la guardia nacional de Madrid, prorrumpieron todos en muestras de acalorado entusiasmo. Torpeza suma es achacar á tramoyas de partidos semejantes variaciones en el público, pues ni se impone silencio ni mucho menos entusiasmo al pueblo, y en ninguna parte descuellan mas esta independencia de la plebe que en España.

El primer arrojó de Mendizabal fué el de aumentar el ejército con cien mil hombres. Prescindiendo de formalidades propias de un gobierno representativo, se aconsejó de las circuns-

tancias y decretó por sí mismo; acudieron los estamentos en su descargo, y quedó corriente aquel atropellamiento patriótico de reparos constitucionales. La providencia era por sí sola digna de un estadista; mas la descabuló el temple aventurero de Mendizabal, pues habia que plantear de antemano los medios y arbitrios para la organizacion, armamento, equipoy paga de aquella fuerza repentina. El cómputo de Mendizabal fué todo de memoria, prescindiendo de la recaudacion de sumas ejecutivas para el logro de su intento, contando allá con acasos propicios, á manera de un jugador que se entrega á la probabilidad de sus cábulas. Fracasaron las de Mendizabal, sin mas motivo que el de trocar meras eventualidades á ciegas con realidades positivas. No estoy enterado de los cálculos del ministro, ni de las causales de su malogro, pues me reduzco á justipreciar el hecho cual ha venido á realizarse. Bastará para comprobar que Mendizabal no acierta á hermanar á la viveza de su fantasía, con que descollará siempre sobre sus antecesores, la cordura sentada, el sosiego y la sangre fria del verdadero estadista, que no traspone allá á lo imprevisible mas que la parte eventual inherente á todo lo del mundo y cuyo aprecio burla todo el ahínco humano.

Acertada fué la inspiracion del levantamiento de cien mil hombres; pero puesta luego en manos de la suerte para su cumplimiento, flaquearon los medios. Hubo que acudir á los arbitrios, conceder sustituciones por dinero y con desigualdad monstruosa, trasformada en impuesto de dinero, contrato repugnantísimo entre el gobierno y los quintos. Quedó así la ley trampeada bajo mil aspectos, y el ejército tuvo un reemplazo sumamente inferior al de cien mil hombres; pues los faltos habian costado el uniforme y la habilitacion de los efectivos.

Avínose la nacion con docilidad asombrosa á esta quinta, y por donde quiera efectuaron las cuotas; y si las resultas desdijeron de las que se estaban esperando, no fué porque el pueblo se retrajese, sino por falta de desempeño del gobierno en la organizacion y en los surtidos. A pesar de estas nulidades de la empresa de Mendizabal, acarreó sin embargo ventajas grandiosas, pues el ejército recibió un refuerzo cuantioso que le afianzó su preponderancia invariable contra el enemigo. Agradecemos á Mendizabal lo que se atrevió á ejecutar, y apesadumbrémonos de que no acertase á redondear una disposicion, que, con mas tino, fuera tal vez la salvacion del país.

Infinito se ha reconvenido á Mendizabal por sus espresiones, mas bien que promesas, hijas de su patriotismo, acriminándole el anuncio de

pacificación á los seis meses, ajustándole la cuenta sobre seró no cabales, con escarnios pueriles. Mendizabal por su parte, cuyos enemigos enmudecieron en confesando sin rodeos su equivocacion, parto en suma de un impulso decoroso, insistió en que su preposicion no fué aventurada, empeñándose con tranquilas cavilosas en que su compromiso falló tan solo por ciertos incidentes sobrevenidos. En apalabrando un ministro el porvenir, tiene que afianzar el logro ú darse por vencido, y arrostrar el desgano amargo que la suerte le reserva por su imprevision en ofrecer mas de lo que puede cumplir, retando las contingencias de una situacion ardua y trascendental.

Mendizabal, en su programa del 14 de setiembre, hizo declaraciones de principios mas patrióticos que atinados, pues en política cuadra cabalmente aquel dicho vulgar de «obras son amores.» Como quiera, siguió al programa un decreto del 28 de setiembre, convocando las córtes, con la promesa de una revision inmediata del estatuto.

Parece que Mendizabal tuvo la ocurrencia de disolver las córtes que estaba convocando; no lo hizo, y se equivocó. Inasequible se hacia la revision del estatuto con un congreso que era su parto inmediato, y en el cual campeaban los autores y partidarios mas acalorados de aquel enjendro tan huero; y luego echó de ver Mendizabal el yerro que acababa de cometer.

Junfáronse las córtes el 16 de noviembre de 1835. Rebosaba el discurso de la corona de teson patriótico en seguir el rumbo del progreso y de las mejoras políticas y administrativas. Adolecia de sobradas promesas, nulidad jeneral de los pasos de Mendizabal, siempre iluso y arrebatado mas allá de las realidades. No le bastaban los compromisos del programa del 14 de setiembre, pues tras el decreto de convocacion de córtes del 28, las nuevas promesas del discurso de la corona obligaban y comprometian el ministerio. Imposibilitado de cumplirlas, tenia que atascarse con nuevos atolfaderos, y dar anchuroso campo á las reconvencciones.

Decia en aquel discurso el ministerio cómo estaba esperando de que sin mas empréstitos ni recargos, hallaria recursos, así para terminar la guerra, como para acudir á las demás obligaciones del estado, y aun para mejorar la suerte de los acreedores nacionales y extranjeros, fundar el crédito sobre cimientos sólidos y dotar la casa de inválidos. Apellida el ministerio á la milicia urbana guardia, nacional prometiendo mejorar tambien la ley sobre aquella institucion. Promete igualmente sujetar al dictámen de las córtes hasta tres proyectos importantes de leyes sobre elecciones, libertad de imprenta y respon-

sabilidad ministerial; habla de organizar los ayuntamientos y diputaciones provinciales, presentar un reglamento nuevo para los gobiernos civiles, devolver á la policia su índole municipal, despejar las formalidades para la entrega de pasaportes, y entonar por fin la instruccion pública. Rebosaba el lenguaje de candidez y señorio, y era grandísimo paso por el rumbo de la rejeeneracion; y así aquel programa honrará para siempre el gabinete que encabezaba Mendizabal.

Pero el voto de confianza es el parto capital de su primer ministerio. Es ahora mismo un arcano impenetrable, un secreto recóndito, sin que se haya descifrado mas que por los enemigos del demandante, y así sus revelaciones nunca serán hechos históricos, puesto que el autor no se ha explicado. Ignorando todavia el público el objeto verdadero de aquel intento, no cabe justipreciar aquel voto mas que por su mismo texto, prescindiendo de los misterios que pudiera allá encerrar. Mepareció, al presentarlo ante el congreso, uno de aquellos enigmas que no se toman de veras, y no cabe decir quién fué mas imprudente, si el ministro que, pidiendo aquel jénero de dictadura, se imposibilitaba de todo punto, ó los estamentos volando á ciegas únanimente, excepto un voto (1) en el de procuradores, aquella dictadura cuyos ámbitos ignoraban. En suma, el voto de confianza, palanca menguada y potestad inservible, fué absolutamente un aborto.

En fin, aquella facultad extraordinaria era del tenor siguiente, cual se pidió á las córtes en sesion de 21 de diciembre de 1835:

«Art. 1.º Queda el gobierno de S. M. hábil para recaudar los impuestos aprobados por la ley del 26 de mayo último, aplicando su producto á las urgencias del estado; tendrá en su mano la rebaja, mas no el aumento de su importe, presentando los varios presupuestos á las córtes inmediatas.

«Art. 2.º Queda tambien habilitado para variar segun su concepto el sistema de recaudacion, con tal que no se alteren esencialmente sus elementos.

«Art. 3.º Se le autoriza igualmente para proporcionarse cuantos recursos conceptúe precisos para el mantenimiento del ejército á fin de determinar cuanto antes la guerra. No podrá el gobierno proporcionarse dichos recursos con empréstitos nuevos ni distraiendo los bienes nacionales aplicados á la consolidacion y á la amortizacion de la deuda pública, que se mejorará,

(1) El valeroso y desventurado jeneral Pardiñas, asesinado en el campo de batalla junto á Maella.

afianzando la suerte de los acreedores del estado.

« Art. 4.º El gobierno dará cuenta á las córtes, en la lejislatura venidera , del uso que haya hecho de las facultades extraordinarias que le concede la presente ley. »

La comision nombrada por el estamento de procuradores para enterarse de la peticion dió su informe el 23 de diciembre, concluyendo con su adopcion mera y cabal.

Con que , ya lo hemos dicho , los procuradores aprobaron el voto de confianza , por unanimidad, menos un voto, y el estamento de los próceres con unanimidad absoluta.

Por tanto Mendizabal , desde su primer paso en el escenario político y en sus jestioncs principales, saca á luz pensamientos felices que jamás acierta á puntualizar en la práctica ; se incorpora con recomendables compañeros, dejando descabalado el ministerio ; pide cien mil hombres , y esta disposicion grandiosa no es decisiva por falta de caudales ; pide además una potestad extraordinaria, y allá se encarccla en una estrechez de imposibilidades por su método de formular el desempeño de aquellos mismos poderes.

Se engañó con la unanimidad sobre el voto de confianza acerca del ánimo de las córtes, pues le favoreció la mayoría , ya que enterada de la imprudencia del ministro, apetebiese cargarle toda la responsabilidad , ya que imponiéndose en que defraudaba á Mendizabal de toda disculpa en caso de malogro, terciaria en su gloria si venia á prosperar.

Formalizóse un debate sobre cierto punto absolutamente político, y descolló la desavenencia. La ley electoral franqueó el campo , se acaloraron los ánimos , y los antiministeriales variaron su papel de oposicion retrógrada, esforzando un sistema electoral mas liberal en apariencia. En suma, los ministros ni insistieron no en su proyecto ni en las enmiendas de la comision ; pero el 24 de enero , la mayoría se declaró contra el proyecto , acordado definitivamente entre la comision y el ministerio, y aquella misma tarde se acordó su disolucion, la que fué promulgada el 27.

El modo con que Mendizabal encaminó esta discusion demuestra su yerro en no incorporar algunos prohombres parlamentarios , prácticos ya en el jiro de aquellos debates. Se suele estrellar el saber en las contiendas de tribuna, cuando no media la práctica de los movimientos sobrevenidos en las juntas políticas, utilizándolo un orador mañoso , así como un caudillo varia sus planes estratégicos al presenciar las evoluciones del enemigo ; y luego Mendizabal ca-

recia de todo ejercicio en la tribuna y de toda experiencia en lides parlamentarias. Así es que manifiesta, el 8 de enero, que el voto del estamento no ha de ser cuestion de gabinete ; el 12 se desdice á medias ; el 17, asegura el estamento que tan solo se disolverán las córtes al dia en que los nuevos diputados elejidos en virtud de la ley en discusion , reemplacen á los actuales, para evitar toda interrupcion en la lejislatura ; y el 27, queda pronunciada la disolucion del congreso. Todo esto es mera bisoñez , pero la inesperienza en la potestad suprema es sumo desacierto. Glosando van los banderizos cualquier hecho ; y abultando luego las resultas, desfiguran el intento y lo emponzoñan todo , pues la calumnia avalora ejecutivamente los desatinos soñados y la credulidad que todo lo acoge, y así logra desconceptuar y anonadar á los ministros sin que ya quepa contraresto. Así sucedió á Mendizabal , pues habiéndole faltado por entero el desempeño parlamentario en aquella discusion , su gran prestigio fué ya siempre menguando.

Cerradas las córtes, se halló Mendizabal desembarazado de las trabas parlamentarias ; y pertrechado con su voto de confianza , que, concediéndolo todo , nada le proporcionaba, soltó el vuelo á su fantasía aventurera y voluble. No me detendré en el exámen de sus providencias administrativas, pues necesitarian una discusion profunda con tratado aparte ; y quizás tendré coyuntura de tratar igualmente de la hacienda de España.

Pero hay un decreto de jaez absolutamente político, que merece mencion particular ; y es el de 19 de febrero de 1836, en el cual Mendizabal deja abolidos todos los conventos , en virtud del voto de confianza , aplicando sus bienes á la amortizacion de la deuda.

Voy aquí á lastimar muchos pareceres , pues infinitos que se apellidan *progresistas* y que entienden el progreso de un modo muy extraño , no me disimularán tal vez el levantarme contra el prohibamiento atolondrado que hemos ido haciendo de los pasos de la Revolucion francesa. Siempre opiné que el verdadero progreso se cifraba en plantear intereses nuevos con las hastillas de lo pasado ; pero enajuar de ruinas y escombros el solar de la civilizacion , sin mas resultado que un vandalismo improductivo, es en mi concepto cejar en vez de ir adelantando.

En España, por mas que digan, el desvío ú indiferencia de la plebe con toda innovacion no procede tanto de antipatía ciega como de la congoja que le causa todo trastorno instantaneo en sus hábitos. Le desconsuela el menosprecio sistemático de lo anterior, ya muy arraigado ; y

como luego no le redundaba en ventaja alguna, no cree en el porvenir que le están enseñando con ahínco allá en la lejanía.

La abolición de conventos y el esterminio de los frailes desalojados lastimaron el corazón á clases enteras; no tanto por cariño supersticioso al clero enclaustrado, cuanto porque merece castigo toda tropelía contra la justicia y la religión; y muchas conciencias se sobresaltaron con aquel saqueo jeneral en nombre de la libertad. La extinción de conventos como institutos religiosos poca oposición hallara en el pueblo, pues por punto jeneral allá la vida escandalosa, haragana y desmaudada de los frailes lo había desimpresionado de todo prestigio y acatamiento. Alistados en la ínfima esfera de la sociedad, sobraba su ignorancia para apearlos de todo influjo, aun espiritual, y así había llegado el momento de cerrar los conventos, mal defendidos con la cruz de su puerta; y era en verdad progreso inmenso en esta España, tanto tiempo avasallada por los frailes y por la Inquisición.

Muerto estaba el influjo religioso de los frailes, y muerta igualmente su autoridad moral. No hay mas que oír ese sinnúmero de cantares contra ellos, satíricos todos en extremo, sobre su vida y costumbres relajadas. Mas como hacendados benéficos y sin codicia personal, mediaban intereses trascendentales entre ellos y los campesinos, y sus colonos por lo mas no padecían tirantez esmerada ni en los arriendos ni en sus plazos. Prescindiendo los frailes del porvenir, nunca atesoraban, y en surtiéndolos de lo indispensable en la actualidad, se mostraban en lo demás harto avenibles. Por tanto aquel saqueo contra los frailes chasqueaba la flojedad y el egoísmo de los labradores, pues se hicieron cargo desde luego de que el gobierno y los nuevos poseedores serían mas descontentadizos que una cuadrilla de comilones sin intereses de familia ni de sociedad; y los pordioseros que hervían por las porterías de los conventos carecieron de aquellas sobras de comida descansada.

Asiste sin disputa á toda nación el derecho de reforma sobre cuantas instituciones abarca en todo su ámbito. Llegado había, como se ha dicho, el momento de abolir los conventos, y justa y legítima era su extinción; pero había con el fraile un hacendado, y este era acreedor á todo respeto, por cuanto el derecho de despojo, aunque sea con frailes, siempre viene á ser un abuso de fuerza irracional. Si no fuese la justicia en todo tiempo y lugar la única base del orden social, en las reformas políticas, donde tantos intereses vienen á estrellarse, debiera campar con toda su brillantez. Abolir arbitrariamente derechos antiguos en nombre de la liber-

tad, sumir en horrorosa miseria un sinnúmero de individuos, arrojando á la vida común á ancianos sin destino ni jénero alguno de industria, es afear esa misma libertad que se está preguando, es falsear la rejeneración verdadera, y acarrear causas de anarquía y de reacción en el trance mismo de atravesarse ya por donde quiera miles de dificultades naturales.

Por de contado, me contrapondrán denodadamente los principios de la revolución francesa, niveladora de todo con su trasformación pavorosa y descomunal. Doloroso se hace que en punto á gobierno se atengan aun los estadistas á los principios de la asamblea constituyente, sin hacerse cargo del sumo progreso de la humanidad desde 1789, así como es congoso el ver á otros, preciados también de estadistas, doblegarse ante algun fuero concedido ó remendado. Unos y otros, tomando por norma varias temporadas de las vicisitudes de la Francia, distan igualmente infinito de lo que está requiriendo la España. Se empeñan en remedar sistemas, de suyo falsos, con elementos absolutamente diversos, y en vez de escarmentar con los errores de la revolución francesa y de la restauración, se afanan en repetirlos. Resulta por verdad que la primera, á pesar de sus yerros y de sus atrocidades, triunfó de todo, menos del despotismo, porque así lo quiso el pueblo; y la segunda se estrelló porque ya no la quería el pueblo, al paso que en España, el pueblo está de espectador, y sigue esperando el paradero de una contienda que no acaba de entender.

Facilísimo era el cebar á los frailes con el nuevo sistema, pues al abolir la institución, se debía respetar la propiedad. ¿Porqué no se habían de repartir aquellas haciendas entre todos los interesados, y porqué no se había de mejorar su destino, en vez de reducirlos á la desesperación y á la mendiguez? Se les despoja, se les condena á morir de hambre, y luego se estraña el que se muestren enemigos de la causa constitucional. Con el reparto de los bienes de los conventos entre los últimos frailes, de usufructuarios paraban en hacendados. Se tributaba solemnísimo homenaje al principio sempiterno de la justicia, se planteaban intereses nuevos y crecidísimos, y orillando teorías especulativas, el tosquísimos instinto de los frailes en España fuera para ellos la persuasiva mas eficaz, pues se granjearan para la reforma no solo millares de sujetos temidos y atormentados, sino también sus familias, que estuvieran ya en perspectiva poseyendo sus herencias.

Subdividiéndose las tierras, lograba el gobierno un acrecimiento de contribuyentes; frailes ociosos y relajados se trocaban en ciudadanos útiles, en colonos trabajadores y productivos,

siendo mozos, y en sujetos sosegados, si eran ancianos. Téngase presente que todos son de la plebe, y que semejante providencia fuera tanto mas popular cuanto redundara en provecho del pueblo. Los interesados en aquel nuevo porvenir fueran los celadores mas avisados de los amaños encubiertos de algunos discolos, pues la sana política estaba encargando que se plantease la reforma sobre principios y hechos favorables para hermanar los ánimos, en vez de desavenirlos; amigos desalados se debían ajenar, y no enemigos harto crecidos; y si á pesar de un cúmulo de disposiciones, todas cuerdas, comedidas y jenerosas, se empeñase algun fraile en conspirar, ahí estaba la ley para escarmenarle.

Se ha seguido un rumbo opuesto, y se han palpado las resultas, pues dueño el gobierno de una inmensidad de riquezas territoriales, cortísimos le han sido sus productos, y los acreedores del estado están viendo cuán á menos van aquellas hipotecas en punto á sus réditos, pues en una contienda en que cada cual vaticinaba el desenlace segun sus anhelos, no podia menos de mediar suma incertidumbre sobre lo venidero. Los *patriotas* compradores de bienes nacionales se esmeraban en abultar las zozobras que estaba ya ocasionando la flojedad del gobierno, para retraer á sus contrincantes y comprar á precio ínfimo; y como las ventas han parado en manos de los mas acandalados, ha resultado de todo el grandísimo quebranto de estar viendo el pueblo unos nuevos poseedores interesadísimos y nada caritativos.

Tras aquel saqueo sobrevino un contrato desatinado en que fué únicamente árbitro el gobierno, pues se comprometió á suministrar 5 reales diarios á cada fraile, gravámen enorme por el crecido número de los agraciados, y muy superior á los alcances del erario. El decreto del 19 de febrero, por cuanto las cláusulas del negociado eran de todo punto impracticables, nos parece un sumo desacierto político, social y administrativo. Tales reformas encaminadas á una rejeneracion la hacen, por el contrario, muy ardua y odiosa, y desvian del intento que se anabela.

Hablo sin rebozo acerca del decreto de 19 de febrero, por ser uno de los actos mas arrojados del réjimen de Mendizabal, pues para que la disposicion fuese grandiosa, tenia que ser ante todo justa y humana, planteada con miras magnánimas para lo venidero, y en desempeño de una organizacion atinada y un cómputo fijo del pais y del bien estar del pueblo, cuya participacion es al cabo la que da alma y vida á las reformas. A pesar de las tropelías con los frailes en varias ciudades, quedaban todavia dispersos por todo

el ámbito de España, y el zapapico demoledor de los innovadores no habian arrasado todos los conventos; queria Toreno reformarlos, y los abolió Mendizabal. Denodada fué la revolucionaria providencia, pero impróvida en el arreglo de conservacion de los pacientes. Al trasformarse la sociedad, cúidese de que no haya mártires, por humanidad al pronto, y luego por política; no hay que llamar el interés público sobre las víctimas de las reformas, y mas cuando los agraviados se hallan revestidos con un carácter sagrado y misterioso que les proporciona el alterar las conciencias en el desempeño de un ministerio ajeno de la potestad temporal.

Se verificaron las elecciones para las nuevas córtes; ninguno de cuantos diputados habian votado contra la ley electoral salió reelejido, exceptuando uno solo; pero sí los votantes á su favor. Unánimes debían resultar los diputados nuevos, y prescindiendo de los pasos que media ron para aquel logro, se debía suponer una armonía cabal entre las potestades constitucionales, y sumos bienes de aquella hermandad; pero se frustró el ansia jeneral, pues sobrevino discordia, que desbarató la situacion nunca vista en la España constitucional, estallando de improviso un rompimiento violentísimo entre sujetos enlazados con estrecha amistad, no solo de resultas de aquella mancomunidad de opiniones políticas, de peligros y desventuras, sino con vínculos de aprecio y cariño, parto ya de su primera niñez. Esta desavenencia paró luego en ceguedad asoladora, enjendró una revolucion y ocasionó la catástrofe mas lastimosa de todas nuestras disensiones políticas.

Habia Isturiz presidido la cámara ya disuelta con despejo notable y tino cabal; y la opinion pública lo estaba denotando como el sujeto de mas desempeño para encabezar el ministerio de Mendizabal; sobresalia Isturiz aun entre los liberales mas enardecidos, terciando en las asociaciones que habian preparado el movimiento de 1820. Diputado en las córtes de 1822, sobresalió con el brio de sus votos; emigrado en 1823, individuo de la junta de Bayona en 1830, remaneció en las córtes del estatuto real, como procurador por Cádiz, y fué uno de los contrarios mas señalados del conde de Toreno; quien dispuso su arresto cuando el alboroto de Madrid en 15 de agosto. Lacónico y terminante, su habla sajadora é imperiosa es la de un tribuno arrollando al jentío con el ímpetu de su convencimiento y con el raudal de sus sentencias concisas y la entonacion de mando que le son jeniales. Estas prendas, dilatados padecimientos, persecuciones y destierros, suma entereza, siempre dispuesta para encarecer los pensamientos mas encumbrados, la dignidad con que habia

desempeñado la presidencia del estamento; en fin, todo se aunaba para aprontar su entrada en el poder.

En el intermedio de las dos legislaturas, Mendizabal, á impulsos de la opinion pública, ofreció enarecidamente á Isturiz el ministerio de estado; pero éste, hecho cargo de los excesivos comprometimientos que acosaban á Mendizabal, se desentendió de terciar en tamaña responsabilidad, ofreciendo hidalgamente, en pago del obsequio, como diputado, echar el resto en su apoyo. Hasta allí cada cual se mantuvo en su respectiva pertenencia.

Van á juntarse las córtés, recac en Isturiz la presidencia del estamento, pero es la provisional, en 17 de marzo, y con absoluta unanimidad.

Sobreviene aquí uno de aquellos incidentes cuya causal queda recóndita para el historiador, uno de aquellos lances de la suerte que desfienten toda prevision humana. Paso de largo tantos conceposos se formaron á la sazón por el público, y desde entonces sigo ignorando lo que medió entre el 17 de marzo, cuando todos los compañeros votaron por Isturiz para la presidencia interina, y el 22 del mismo para la eleccion definitiva, segun reglamento, en que varió de repente la opinion y quedó Isturiz en quinto lugar. Quebróse desde aquel trance todo vínculo entre Isturiz y Mendizabal, pasándose aquel al banco de la oposicion. Mediaron esplicaciones en la tribuna de las córtés entre los ministros y el nuevo caudillo del bando retrógrado; y luego dos amigos entrañables, dos consocios políticos estremaron su encono hasta relarse á pistoletazos. Esta contienda entre pechos nacidos para hermanarse en la causa que profesaban hacia largo tiempo, es el principio de la desavenencia que deslindó las dos parcialidades del bando liberal. ¡Amarga y dolorosísima situacion de un pais donde causas muy tenues acarrear horribles estragos! ¡Y á tanto llega el encendimiento de las pasiones y el extremo de los enconos que se enjendran ó se disparan repentinamente!

No cabe explicar con el discurso la conducta de Isturiz en aquella temporada. ¿Ansiaba ser primer ministro? No le desdecia tamaña ambicion. ¿A qué viene pues desentenderse de terciar en un gabinete con sus amigos políticos? ¿Apetecia caudillarlos? en su mano estaba, pues la presidencia de Mendizabal era interina, con ánimo de cederla á sujeto mas conocido y mas parlamentario que él mismo. Así lo manifestó comedidamente Mendizabal en el regazo de las córtés, sin que Isturiz lo desmintiese.

¿Se soslayaria este de un ministerio, en su concepto, insubsistente y pausado en los movi-

mientos? Debia embestirle sobre este punto, tremolar el pendon adelante, y arrebatarse tras sí á la oposicion á la parte de las córtés que tiraba de flemático al ministerio; y por este rumbo guardaba Isturiz consecuencia, pues se eslabonaba con sus antecedentes, é iba despejando el tránsito para llegar con garbo á la perspectiva del porvenir.

En vez de prohibir un sistema de oposicion todo parlamentario, aparece como si Isturiz se retrajese del ministerio de Mendizabal para derribarlo, no por avance, sino con una conmocion retrógrada. ¿Cuál habrá sido el influjo fatal que descaminó á Isturiz de su carrera perpetua? ¿Iria él en su busca, ó vendria á embelesarle? No cabe deslindarlo, pues la historia va engarzando los hechos aplicándoles inferencias lógicas, y así tan solo alcanza á puntualizar que Isturiz orilló los principios que apasionadamente habia estado profesando, y se constituyó campeón de objetos y de individuos que habia impugnado á todo trance.

El partido arrollado en las elecciones veia alejarse mas y mas el derribo de aquel ministro ajeno de su pandilla, pues la unanimidad de las córtés á favor de Mendizabal imposibilitaba aquel logro por el rumbo parlamentario. Ninguna oposicion, del temple que se quisiera, del estamento de próceres tenia transcendencia para el pais; y entónces los contrarios de Mendizabal tuvieron que empeñarse en desavenir el bando del movimiento, y no pudiendo encabezar la oposicion con sus prohombres, acudieron y prohibieron al varon preeminente en aquel partido discorde, y lo halagaron y embelesaron con el cebo mas certero para toda imaginacion acalorada. Su persuasiva engrió á Isturiz, haciéndole suponer que tantos antecedentes descarriarian á muchos de los parciales de Mendizabal, y que lograria en ambos estamentos mas cabida que su contrario. Así sucediera, si Isturiz, al incorporarse estos nuevos auxiliares, tremolara su pendon progresivo sobre el de Mendizabal. Pero ¿á ver quién analiza lo mas recóndito del pecho humano al presenciar aquel prohibimiento de amigos fementidos, en cambio de los verdaderos consocios políticos? ¿Cómo cabe que sujeto tan comprometido en la revolucion se conceptuara capaz de abogar por una causa que tanto habia combatido, y se atuviera á la sinceridad de los abrazos que iban á darle? Logrado aquel intento, sirviera de grada á los ambiciosos que lo estaban empujando, y estrellándose, como era forzoso, conseguian defraudar al partido del movimiento de uno de sus prohombres mas denodados. Al sentar Isturiz el pié en el campo enemigo, quedó rematado. No podian menos de estrellarlo sus mismos antecedentes, arrebatándolo á un sin-

número de jestioniones violentas, á impulsos de otra oposicion igualmente recia, fundadamente enconada contra una desercion imperdonable. Aquella existencia efímera, y al arrimo de cimientos falsos, debia tener por paradero una catástrofe.

Cualesquiera que fuesen las relaciones entabladas entre Isturiz y el partido arrollado en las elecciones, las córtés, al defraudarle de la presidencia manifestaron que habia desmerecido su confianza. Aquel desman de entidad decidió del porvenir de Isturiz, y lo que quizá no fuera mas que una tramoya, un intento, paró en realidad. Lastimado con esta esclusión y al verse ya malquisto, tuvo que ponerse en manos de los mismos que lo habian comprometido. Habia acaudillado el movimiento y presidido las córtés, y desmereció entrambos predicamentos para encabezar una oposicion de doce ó catorce votos.

Mal paradoiba ya quedando Mendizabal, pues la parte mas arrojada de las córtés instaba mas y mas por adelantos y una carrera denodada por el rumbo de las reformas. Pedia ante todo el despido de ciertos empleados cuyos antecedentes políticos desasosegaban á los amantes de la libertad. Este trozo del estamento, junto con la oposicion de Isturiz, quebrantaba la unanimidad primitiva y entorpecía las discusiones.

Habia en el estamento de próceres una mayoría cerrada contra el ministro.

Se habia completado el ministerio con el jeneral Rodil en la guerra y el conde de Almodovar en estado, encargándose don José Chacon de la secretaría de marina.

El nombramiento del jeneral Serrano fué un desman para el ministerio, y mayor todavía el de la proposicion del diputado Parejo contra el decreto del 19 de febrero, sobre los bienes nacionales.

Estos quebrantos advirtieron al ministerio que debia robustecerse y reentonar la mayoría, franqueándole las concesiones que estaba pidiendo; y así se acordó apearse al jeneral Quesada, capitán jeneral de Madrid, al conde de Ezpeleta, inspector jeneral de infantería, y al conde de San Roman, inspector de milicias provinciales, proponiendo su mudanza á la reina gobernadora.

Allí asestaban sus asechanzas los enemigos encubiertos del ministerio. La primera especie que apuntaron á la reina sobre el particular fué en el Pardo el 10 de mayo; y el ministro encargado de la propuesta, el jeneral Rodil, quedó desairado. Enterados los compañeros de aquel malogro, lo tomó Mendizabal á su cargo, y no tuvo mejor éxito; con lo cual empezaron á pronunciar la palabra dimision. Renueva el 11 el conde de Almodovar la instancia; el 12, Mendi-

zabal y Heros, ministro de la gobernacion, vuelven al Pardo y tropiezan con el idéntico despegó. Tratan entónces formalmente de su retiro, y el 13 por la tarde, tres ministros, Mendizabal, Rodil y Almodovar, se presentan en el Pardo, é insisten en las disposiciones propuestas, manifestando que su desaire será un despido. Por la noche todo el ministerio se va á la reina, y tras una conferencia infructuosa de dos horas para recabar de S. M. el intento, todos los ministros ponen su dimision en manos de la reina. S. M. repite que no la acepta, pero que no se aviene al despido de los empleados principales que le piden, y volviendo el 15 el conde de Almodovar al Pardo con ánimo de echar el resto, le contesta la reina: «Ya es tarde, está elejido vuestro sucesor, que espera su nombramiento.» Preguntando el conde quién era el nuevo ministro, le dice la reina que Isturiz; y Almodovar sin replicar refrenda los decretos de nombramientos (1); y todos los ministros entregan su negociados

Vino así á desplomarse el ministerio de Mendizabal por una desavenencia sobrevenida inesperadamente con la corona por una mera disposicion administrativa. Como la reina gobernadora se esmeró siempre en ceñirse á la forma constitucional, aquel desaire á sus ministros por una jestion imprescindible en su responsabilidad hizo suponer que mediaba influjo de tercero en el asunto; y la camarilla y sus panaguados campearian en aquel encuentro lastimoso, encaminado á comprometer el sosiego del pais y el decoro del solio.

Acompañó á los ministros en su retirada el aprecio de los amantes, entrañables de la venidera libertad española, pues su desempeño vino á ser un progreso positivo, siendo su plazo de ocho meses barto breve para completar empresas grandiosas, ni aun para consolidar lo existente; habia sin embargo el ministerio sentado los primeros cimientos de las reformas fundamentales, necesitando, para realizarlas, el tiempo que les fué muy escaso. Estaba el ministerio

(1) Se compuso el gabinete de Isturiz, presidente y ministro de estado; duque de Rivas, de la gobernacion; Aguirre Solarte, que no aceptó y lo reemplazó Blanco para hacienda; para la guerra el jeneral Seoane, que tampoco aceptó, y le sustituyó interinamente el brigadier Soria, y luego definitivamente Mendez Vigo; Alcalá Galiano para la marina, y Barrio Ayuso para gracia y justicia.

El duque de Rivas manifestó acalorado entusiasmo con Mendizabal durante su ministerio, aceptándole la gran cruz de Carlos III y la presidencia de los próceres. Alcalá Galiano fué del consejo real, y su hijo empleado en hacienda.

de Mendizabal preparándose para la revision del estatuto, sin vaivenes ni quebrantos, y el despido anti-parlamentario del presidente y compañeros fué un golpe oculto de un partido impaciente y desesperado. Al arrollar la escrupulosidad de la reina gobernadora, no se atrevió á empuñar el mando, haciéndolo recaer en sujetos que no eran de su pandilla, y que tan solo se mostraban recién-salidos de un bando que hasta entónces habian acaudillado con ahinco. Medió torpeza y medió carencia de patriotismo en los sugeridores de aquella campanada y en los aceptadores de sus results. El estadista descuella únicamente con los principios que lo realzaron ante la opinion pública; si bien el tiempo y los desengaños van doblegando nuestros convencimientos. Tambien esto es progreso, y quizás el mas provechoso para el pais; pero quando al empuñar el mando, hay un tránsito repentino de la línea, en que se peleó con garbo y desempeño, á la enemiga, teniéndola ya acuchillada, se logra suicidarse. Muchísimo se desconfia de

la sinceridad de cambio tan repentino: á impulsos de los antecedentes de toda la vida, no se acierta á defender el nuevo pendon, y acobarda la presencia del anterior; la zozobra del porvenir se da la mano con el desamparo de lo pasado, zozobra que acongoja todos los ánimos, y hasta el de un bisoño, que pierde los amigos sin desarmar á los enemigos, parando en esclavo el que ayer fué dueño. Indisculpable se hace este yerro de Isturiz, que estrelló su broquel al asomo de una victoria, pues debia caballerosamente alcanzarla desde el sillón de la presidencia de las córtes, con el voto parlamentario de sus compañeros; y la fué buscar allí en la camarilla. Mediaban pocos meses en que el estamento electivo le habia dado sus votos unánimes para la presidencia; para luego en caudillo del gabinete anti-parlamentario, y en la sesion del 21 de marzo, el sumo jurado nacional le descarga aquel horrendo fallo: «Declaran las córtes que el ministerio no merece su confianza.»

CAPITULO SÉPTIMO.

Ministerio de Isturiz.—Sublevacion de las provincias.—Acaecimiento de la Granja.—Caida del ministerio.—Restablecimiento de la Constitucion de 1812.

La arbitrariedad del 15 de mayo no podia menos de redundar en daño de la legalidad de la reforma, pues el nombramiento de ministros entresacados de minoría tan reducida en el estamento era una interpretacion violenta de la prerogativa de la corona. Con efecto, árbitra esta constitucionalmente de nombrar sus consejeros, tiene que avenirse sin embargo al requisito imprescindible del sistema representativo, que es el de las mayorías. Con desvío tan arrojado debia provocarse la esplosion en las córtes, acarreadora de recias conmociones; pero no se hizo alto en la trascendencia de aquella demasia tan arriesgada.

Sobresaltóse Madrid con esta novedad, y se apercebó una oposicion violentísima en las córtes. La impensada toma de posesion de los sillones ministeriales por sujetos que jeneralmente descollaban con sus opiniones estremadas, no podia menos de embargar los ánimos.

Al terminarse la sesion del 15 de mayo, uno de los secretarios del congreso leyó el decreto de la reina, rubricado por Heros, ministro de la gobernacion, nombrando á Isturiz para estado,

en reemplazo de Almodovar, cuya dimision quedaba aceptada.

Manifestóse luego el arreglo del ministerio el 16, con varios decretos firmados por Isturiz. Se presentan aquel dia tres individuos del nuevo gabinete en las córtes, y se encuentran con una protesta del tenor siguiente, firmada por 46 diputados:

«Pedimos que las córtes declaren ahora mismo solemnemente:

«1.º Que las facultades extraordinarias concedidas al gobierno en la lejislatura anterior con el voto de confianza cesaron al abrirse las córtes actuales;

«2.º Que si las córtes se prorogasen ó disolviesen, sin estar votados los presupuestos, no se pueda desde aquel punto recaudar impuesto alguno.

«3.º Que todos los empréstitos ó anticipaciones, sean del jaez que fueren, contraidos sin autorizacion de las córtes, sean absolutamente nulos.»

Entablóse luego discusion sobre la voz *protesta* en vez de *peticion*, que correspondia al

documento, contienda de reglamento harto in-significante.

El primer impugnador de la propuesta fué Isturiz, contraponiendo incompatibilidad con el reglamento; pero se hizo cargo de que venia á ser declaracion de guerra contra el ministro.

Fueron luego tomando la voz varios oradores de la oposicion, como Olózaga, Landero y Lopez; se patentizaron las iras vehementes de los contrincantes, y anduvo mañoso Isturiz en su defensa, á pesar de su desairada situacion. Se avino al primer artículo, tomó repetidamente la voz impugnando los otros, y paró en votar, con asombro de todos, al par de su compañero Galiano, con la oposicion. Aprobóse en fin la propuesta nominalmente con 96 votos contra 12; dejando de votar diez diputados.

Por un lance de aquella sesion se formará concepto del enojo causado en el estamento con la arbitrariedad de la vispera.

El diputado Galiano, ministro de marina, y el duque de Rivas, prócer del reino, secretario de la gubernacion, se hallaban en el banco ministerial. Al tomar la palabra el primero, el diputado Pizarro pide que Galiano y Rivas dejen sus asientos, puesto que el estamento no ha recibido todavía su nombramiento de oficio. Aprueban las córtés la propuesta, y tienen que levantarse, Alcalá Galiano para su sitio de diputado, y el duque de Rivas para fuera de las córtés.

Desengaño mortal era para los individuos del gabinete aquel bochorno que hubiera debido hacer revivir en sus pechos aquellos impulsos patrióticos de que hasta entónces habian dado tantas pruebas, é infundirles el pensamiento de retirarse para evitar una refriega aciaga; pero un amor propio lastimoso les hizo conceputar como reto la oposicion naturalísima de las córtés. Recojó Isturiz el guante y se apercibió á batallar á todo trance.

Las sesiones del 17 y 18 provocaron interpelaciones amargas y vivas reconvenciones.

El 19, segun la órden del dia, se entabló la discusion sobre el restablecimiento de las leyes acerca de mayorazgos, diezmos y derechos dominicales.

Toma la voz Isturiz y participa á las córtés cómo el ministerio no ha tenido todavía lugar para enterarse de aquellos asuntos, y así no podia terciar, contentándose con oír para irse imponiendo y habilitando y aconsejar oportunamente á la corona lo que se juzgase mas acertado.

Siguen las córtés su rumbo y aprueban el informe de las comisiones con mayoría de 86

votos contra 4, dejando de votar hasta doce diputados.

Tampoco se dieron por entendidos los ministros con este segundo desengaño, y se obstinaron en conservar sus sillones.

El 21, sesenta y siete diputados hacen la propuesta siguiente:

«Pedimos á las córtés que declaren que el ministerio actual no merece la confianza del estamento.»

Acude Isturiz de nuevo al reglamento, cuyo artículo 110 previene que los ministros han de estar siempre advertidos con veinte y cuatro horas de anticipacion de cuanto se haya de ventilar en el dia, y no se ha cumplido con aquel requisito.

El presidente de las córtés le contesta con ejemplares contrarios, y las córtés acuerdan que se pase adelante y se ventile inmediatamente la proposicion.

Acude Isturiz mas y mas al reglamento y protesta contra la resolucion de las córtés; y la minoría sostiene á los ministros. Se entabla una discusion empeñadísima, sin que tercié el ministerio, ciñéndose Isturiz á declarar que al encargarle la reina gobernadora el arreglo del ministerio, S. M. en nada se habia propasado de las leyes y del estatuto real.

Aprueba el estamento la proposicion por 78 votos contra 29, dejando de votar trece diputados.

En el discurso de tan desastrados debates, anduvieron los ministros recordando sus antecedentes patrióticos, quejándose de que se les venia á sentenciar por intentos soñados, y no por sus jestionés. Honorífica era por cierto hasta entónces la carrera de los ministros; mas ¿porqué habian de estar las córtés aguardando sus hechos? Harto reprehensible era el mero hecho de presentarse encumbrados, para que la mayoría lo justipreciase como el preludio de otros pasos no menos contrarios á la esencia del gobierno representativo. Al usar la corona de su prerogativa en mudar sus consejeros responsables, incumbia á los llamados el hacerle cargo de que correspondia entresacar los nuevos ministros de la mayoría del estamento, pues no era lícito á unos individuos de la minoría el aceptar un destino que iba á suscitar graves contiendas con las demás potestades del estado; obrar de otro modo era desconocer su compromiso con la corona y el estamento. Con que Isturiz habia venido muy á sabiendas á encargarse del puesto arriesgado donde le estaba esperando una oposicion incontrastable.

No cabia en los ministros el ir dilatando el trance despues de la sesion del 21 y la declara-

cion de las córtes, y así habia que disolverlas ó retirarse.

Quedaron pues disueltas el 22 de mayo de 1836.

Así que la primera jestion del ministerio fué aquella disolucion, consecuencia imprescindible del primer desacierto. Tuvo Isturiz que huir á la mayoría con el arma legal, pero arriesgada, de la disolucion, mas hay legalidades que son una mera arbitrariedad; y tendremos que hacer alto repetidamente en aquel abuso del derecho de disolucion contra mayorías casi unánimes.

No se contentó pues Isturiz con disolver las córtes, sino que en la esposicion de los motivos que mediaron, descargó sobre los dipntados la responsabilidad de la providencia. Se hace curioso el ver ministros, atropelladores de la ley constitucional de las mayorías, achacar las consecuencias de su arbitrariedad á la mayoría que los rechaza.

Este es en suma el texto del decreto:

«Exposicion de los ministros secretarios de estado á S. M. la reina gobernadora.

«Señora,

«Cuando los ministros actuales, acudiendo al llamamiento que V. M. se ha servido hacerles, en virtud de su prerogativa real, aceptaron el arduo desempeño de los negocios del reino en la situacion presente, no dejaron de hacerse cargo de los tropiezos que por donde quiera se les habian de atravesar. Mas les constaba tambien que el interés inseparable del solio y de la nacion requería de ellos este sacrificio para establecer las reformas precisas, contribuir así al cumplimiento de vuestras promesas reales y conservar el orden público, sin perder jamás de vista la guerra civil, cuya terminacion pronta y venturosa es la urgencia primera y capital del estado. Tampoco ignoraban los ministros actuales que el *estamento* popular, formado en virtud de una ley con la cual el derecho de elegir los procuradores se ceñía á un corto número de electores, y que habiéndose verificado la última eleccion en circunstancias muy particulares, resultó la mayoría del cuerpo legislativo comprometida con empeños de que tal vez no podría querer desentenderse, por mas que le fuese por otra parte imposible el ejecutarlos sin gravísimo daño del estado.

«Nada de esto alcanzó á detener á los ministros actuales. Robustecidos con el testimonio de sus conciencias y conociendo los justos motivos con que V. M. se ha granjeado la confianza de los Españoles, se alentaron al desempeño del go-

bierno, con ánimo de coadyuvar á la ejecucion de las benéficas intenciones de V. M., en todo conformes á los pensamientos anteriores y presentes de vuestros consejeros responsables.

«No han correspondido, Señora, las resultas á esperanzas tan lisonjeras. Por desgracia el *estamento* popular, á impulsos encubiertos para nosotros, ha venido á *declararse contra los ministros de V. M.* en términos que pudieran conceptuarse de ninguna monta, si fuesen los ministros los únicos agraviados, pero que son de suma trascendencia por el linaje de esta oposicion y por los arbitrios de que está echando mano. Propositiones ajenas de las leyes, *pero tal vez autorizadas* con ejemplares que, como contrarios á las leyes, *carecen de valor*, y autorizadas únicamente en circunstancias que no han acarreado resolucion cuyo resultado fuese trascendental; peticiones que llevaban por objeto el sustituir al rumbo legal, ajustado para legislar, otros medios de diverso jaez, mediando luego demasias de parte de los concurrentes: todo esto ha presentado un conjunto escandaloso y arriesgado. Lo mismo que el *estamento* electivo no pudiera practicar sin desacato á la ley ha venido á votarlo: lo que pudiera ejecutar en términos legales lo ha hecho ilegalmente, ya porque su situacion le precisase á utilizar el tiempo, ya por atenerse á ciegas á sugestiones que, arrebatándola á quebrantar la ley, pudieran ir avezando la mayoría á descarrarse del rumbo legal y á entrar en una senda rodeada de precipicios, y por la cual no es dado alcanzar la dicha de la patria.

«En tan arduo trance, los ministros de V. M. viendo peligrar el solio y la libertad inseparable del buen orden, y con tales objetos la nacion entera, no pueden aconsejar á V. M. que ceda á *pretensiones de suyo injustas*, y mas injustas todavía por el modo de entablarlas; eslabonadas además infaliblemente con otras venideras, que nos engolfarian en contiendas interiores y encarnizadas, mientras la guerra civil está abrazando gran parte de la monarquia.

«Si V. M. en circunstancias menos críticas, cuando su ministerio *no estaba acorde con la mayoría del estamento electivo*, quiso hacer á la nacion árbitra entre uno y otro, con el medio legal de la disolucion y de las nuevas elecciones, los ministros actuales desde luego se alientan á esponer á V. M. que conceptúan llegado el caso de *providenciar lo que no suele convenir que se repita*, pero que les parece provechoso, y aun *imprescindible en las actuales circunstancias*. Tienen pues la honra de esponer á V. M. que convendría convocar, *no córtes como las últimas*, sino las apetecidas con ansia, para revisar nuestras leyes políticas, y cuya eleccion

tendrá que verificarse según el método que mas adecuadamente venga á representar el verdadero interés y las opiniones verdaderas de la nacion, y bajo la forma que pareciere mas á propósito para el último estamento de procuradores, al cual este requisito dió suma autoridad.

«Fundados pues en los principios que acaban de manifestar, los ministros firmantes sujetan atentamente el actual decreto á vuestra real aprobacion.

«Madrid 22 de mayo de 1836.»

(Siguen las firmas de todos los ministros.)

Acompañó el decreto un manifiesto de la reina gobernadora á los Españoles.

En dicho manifiesto hace el ministerio repetir á la reina gobernadora todos los cargos que ya tenia espresados, haciendo alternar en la cundiente el nombre de la reina gobernadora.

Aun hubo mas: atados Isturiz y sus compañeros para la convocacion á las nuevas córtes, si conservaban la ley electoral del estatuto, y era la única vijente, debian temerse la reeleccion por enterodel estamento disuelto: idearon pues, para salir del atolladero, un arbitrio harto desencajado, y que está comprobando el desacato con que trataban aquellos ministros la legalidad y el estatuto que ensalzaban y aparentaban sostener como ley fundamental.

Las córtes, en su existencia brevísima del 22 de marzo al 15 de mayo, habian acordado una nueva ley electoral con varios artículos; pero le faltaban enmiendas, y la última órden del dia de la sesion del 21 de mayo espresaba que habiendo el estamento dispuesto la impresion de los informes sobre las enmiendas á la ley electoral, se aplazaba su discusion para el lunes siguiente 23; y como las córtes quedaron disueltas aquel dia, no era al cabo mas que un proyecto de ley. Mas con todo el ministerio se la prohija, y anulando á su albedrío la ley electoral del estatuto, manifiesta que las nuevas elecciones se han de verificar con arreglo al proyecto de ley en discusion por el estamento de procuradores. Los ministros participan su determinacion, usando en la convocatoria de la reina los términos siguientes:

«Para conseguir mi deseado intento, las circunstancias me precisan á valerme de medios extraordinarios, y desahogando á mi gobierno de ese círculo vicioso que nos imposibilitaria todo adelanto en la revision apetecida, *dictaré interinamente, y á propuesta de mis consejeros responsables, tales providencias que los nuevos elegidos por el pueblo se nombrarán por el mé-*

todo mas adecuado para representar los intereses jenerales y la opinion pública, y en suma según el método contenido en el proyecto de ley presentado por el estamento de procuradores en las últimas córtes.»

Esto si que era encaminarse abiertamente al intento y poner en manos de la potestad real la omnipotencia lejislativa. Esta disposicion del ministro Isturiz se da la mano con las ordenanzas de julio, en las cuales Carlos X sustituió repentinamente otro sistema de eleccion á la ley electoral vijente. Aquella tropelía tuvo en Francia por paradero la espulsion de los Borbones, y acarreó en España la sublevacion de las provincias.

Alzó Málaga la bandera, y un lance trivial causó un incendio. Habia mandado el jeneral San Just, gobernador militar de Málaga, que no se tocaseu los tambores despues de cierta hora, y queda desobedecido. Se empeña imprudentemente el jeneral en llevar adelante su órden, desentendiéndose del acaloramiento de los ánimos, y cae acribillado á balazos. Acude el gobernador civil, conde de Donadio, á vengar la muerte de San Just, y fenece igualmente en la asonada.

Donadio, el año anterior, cuando el alboroto de las provincias contra Toreno, habia sido presidente de la junta central de Andalucía, descollando con su enardecimiento revolucionario; pero salió diputado por Málaga para las córtes de 1836, donde terció en la minoría encabezada por Isturiz. Este lo envia á Málaga de gobernador civil; intentan en vano todos sus amigos el retraerle de aceptar un mando de un pueblo muy enterado de sus opiniones antiguas, que lo empeñarían en algun paso arduo y arriesgado; y en vez de dar oídos á nadie, se indispone con todos en las elecciones; se presenta con espada al cinto en el colejo electoral, de donde lo arrojan á voces todos los electores, y aquel anuncio le acarrea un paradero horroroso.

El 26, se establece en Málaga una junta que proclama la constitucion de 1812.

Se subleva Cádiz el 29, Sevilla y Granada el 30, y se les incorpora Córdoba el 31. Toda la Andalucía se desentiende del gobierno, pregona la constitucion y plantea juntas.

El 1.º de agosto, se declara Zaragoza independiente, y sigue todo Aragon á su capital. Badajoz, con toda la Estremadura, se alza el 3; Valencia el 8; Alicante, Murcia, Castellon de la Plana y Cartajena el 11; el 13, Barcelona y toda la Cataluña se van tras el movimiento jeneral.

Está el gobierno viendo tanta asonada sin providenciar su remedio, pero ¿qué le cabia disponer? El 3 de agosto por la tarde varios tambores andan por Madrid tocando jenerala, y lo

prenden sin que se averigüe quién es el que los ha mandado salir; y aquella novedad de tan poca importancia basta para poner á Madrid en estado de sitio, despedir y desarmar la guardia nacional. Quedan vedados todos los periódicos de la oposicion, y se decreta una comision militar, y en fin el capitán jeneral Quesada publica el 4 una orden para el día siguiente:

« Hago saber al público las siguientes disposiciones:

« 1.^a Las guardias y patrullas, rondas de policía y dependientes de la justicia prenderán y pondrán en manos de la comision militar á cuantos encuentren por las calles con armas de cualquier especie que sean, no teniendo facultad para usarlas.

« 2.^a Las guardias y patrullas prenderán inmediatamente á las cuadrillas ó corros que den la menor sospecha de motin ó rebeldía, y al que intentase resistir ó ponerse en salvo, *se le hará fuego y se le acuchillará*.

« 3.^a En caso de motin, se conceptuarán culpados cuantos se hallaren en el paraje del alboroto.

« 4.^a Serán tambien reos *de pena capital* cuantos se prendieren en el motin, y particularmente los que hicieren tocar ó tocaren jenerala, los que llevaran armas vedadas, los que las usaren de cualquiera clase sin facultad, los que dieran gritos sediciosos, y los que impriman, fijen ó repartan escritos del mismo jaez.

« 5.^a Prohibo todo grito de *viva ó muera* bajo cualquier pretexto que fuere, y los que resulten reos serán *castigados de muerte*.

« 6.^a En caso de asonada, de rebeldía ó de alarma, se juntará la comision militar, y estará permanente en el salon de sus sesiones. Sentenciara sumaria y ejecutivamente á los reos, conformándose con las disposiciones del decreto presente. Madrid 4 de agosto de 1836,

« Firmado: el marqués de MONCAYO.

« (El jeneral Quesada). »

Nada al parecer motivaba edicto tan furibundo. Permanecía Madrid en bonanza, y el sosiego del vecindario se contraponia de extremo á extremo con el enfurecimiento de las autoridades y las fuerzas que estaban preparando. Todos los correos traian noticias de los alborotos sucesivos de las provincias, logrando tan solo tener á Madrid inalterable. Súpose el 13 por la noche el acontecimiento de la Granja, y el juramento prestado á la constitucion por la reina gobernadora. Ya se alcanzan las zozobras que acongojaban á la capital: por una parte, la impaciencia del vecindario, y por otra, el jeneral

Quesada fulminando allá órdenes desahoradas, que era muy capaz de poner en ejecucion. Una sola palabra podia acarrear un reencuentro sangrientísimo, pero la cordura del jentío y el ademan amenazador y sereno de Quesada salvaron á Madrid; y la noche del 13 al 14 fué sossegada.

Parecia el 14 la capital una plaza de armas. Por una parte los cañones asestados en la puerta del Sol y en el Prado con sus artilleros alertas y las tropas en formacion, y por otra, todo el vecindario paseándose por las plazas, callado y sin azoramiento: suma era la zozobra, y se estaba viendo que no podia durar situacion tan violenta sin acarrear alguna refriega.

Como á las dos de la tarde, acude Quesada á la puerta del Sol, intransitable con el jentío; intenta despejarlo, le disparan un tiro sin tocarle, y la tropa permanece inmóvil. Pasa el jeneral á la Plaza Mayor, y el alarido de viva la constitucion retumba en su presencia.

Se habia colocado el rejimiento de la Reina Gobernadora en la plaza de la Cebada, y allá se arroja el vecindario voceando viva la constitucion. El coronel Calvet, oficial de esclarecido mérito, se adelanta hácia el jentío con dos compañías de cazadores para encargar el sosiego; pero por desgracia el bullicio ahoga el eco de su voz, y no logrando que le oigan, manda á sus soldados, que despejen el sitio, pero no bien callan bayoneta, cuando le disparan varias cuadrillas, y cae el coronel víctima de su afán; los soldados, al ver malherido á su jefe, en el primer ímpetu contestan, y matan á varios, hiriendo á muchos mas. Se fortifica la muchedumbre por las casas vecinas, y rompe el fuego sobre la tropa. Oficiales valientes y jenerosos se arrojan al trance, rehacen su jente y luego se adelantan solos al jentío y logran que se les oiga. Se ajustan treguas; permanece la tropa sobre las armas para conservar el orden, y se prohíbe toda provocacion por entrambas partes. Arden los ministros en ira, pero tiene esta que amainar al ver que ya no se puede contar con la obediencia ciega y desesperada de la guarnicion.

Tanta cautela desde la madrugada del 14 no deja duda de que el ministerio, enterado de las novedades de la Granja y de la avenencia de la reina á la constitucion de 1812, trata de entablar una contrarevolucion de la Granja, y que esperanzado de salir con su intento, habia mandado á Quesada enfrenar á todo trance la capital; y Quesada, con un denuedo digno de mejor causa, cumplió con sus instrucciones mas eficazmente en palabras que en obras, pues á nadie se prendió, ni medió por su parte el menor ímpetu de venganza particular.

Mientras escenas tan lastimosas están contristando á Madrid, sucedia en la Granja, la noche

del 12, lo siguiente. Ya es hora de que tamaño acontecimiento, que citan hace tres años abultándolo los émulos de la España, llegue puntualmente á noticia de todos.

Se estaba representando en el teatro del sitio real un drama intitulado: *Una revolucion en Paris*, mientras seguia la revolucion triunfando por las provincias y amenazando á Madrid. Semejante funcion para el teatro de la reina es tanto mas estraña, cuanto en el mismo punto una sedicion efectiva y harto lastimosa se estaba realizando á los umbrales del palacio. La oficialidad se hallaba por lo mas en el teatro, y de repente unos soldados del rejimiento provincial de la guardia y del 4.º de la guardia salen de los cuarteles, y se encaminan al palacio voceando viva la constitucion. La reina gobernadora se retira atropelladamente del teatro y va á palacio. Sube una diputacion de sarjentos y cabos á la estancia de S. M. y le suplican en nombre de sus compañeros que acepte una constitucion victoreada ya por todas las provincias del reino, para evitar el derramamiento de sangre que está amenazando á Madrid. Por supuesto que los sarjentos al presentarse ante el solio no usarian el lenguaje decoroso que requeria la augusta persona á quien estaban hablando; mas es falso que cometieran desacatos, y renovado el trance horroroso del 20 de junio de 1792, cuando Luis XVI tuvo que encasquetarse el gorro encarnado. Me he ido informando de palaciegos que se hallaban junto á S. M., y me han asegurado que los sarjentos no añadieron á su delito la vileza de insultar á la augusta madre de Isabel II. Se espresaron como soldadesca avezada al habla de los cuarteles; pero el allanamiento de la mansion real y la precision impuesta á la reina fueron actos que todos zahieren amargamente.

La reina se avino á jurar la constitucion el 12, y habiéndose aplazado la formalidad del juramento para el otro dia, se verificó la proclamacion el 13 por la tarde; con que no quedó solemnizado el acto tras la amenaza inmediata de aquella violencia.

Se ha dicho que esperanzaba el ministerio fraguar una contrarrevolucion á la de la Granja, y tras este logro, se lisonjeaba de arrostrar á las provincias sublevadas; y el 11 por la noche, el jeneral Mendez Vigo, ministro de la guerra, pasó á la Granja con aquel intento. Malogró su conato, quedando absolutamente desabuciado, como igualmente el ministerio todo en Madrid, al presenciar la especie de tregua que negoció el rejimiento de la Reina gobernadora con el vecindario. Publicó el jeneral Quesada, el 14 por la tarde, un bando encareciendo el buen orden, con la esperanza de que S. M. hubiese de poner un término á la situacion critica en que

se hallaba la monarquia; cuando ya la reina tenia jurada la constitucion desde el 13.

Hubo sosiego en la noche del 14 al 15, y en la madrugada de este, se manifestó el triunfo de la constitucion, sustituyendo el jeneral Seoane á Quesada. El vecindario de Madrid, que se acostó oyendo patrullas, redobles de cajas, y brincos del arrastro de cañones y cajones de artillería por el empedrado, se despertó al repique de campanas para colgar sus balcones, en muestras de regocijo. Entregó el ministerio sus despachos, y se llamó á Calatrava por la reina gobernadora para componer el nuevo gabinete.

Sumo era el júbilo, quizás no tanto por entusiasmo con la constitucion como por salir de una crisis que estaba durando once dias. No asomó disturbio en las horas primeras de aquel tránsito repentino del estado congojoso al desahogo de la libertad, sin que se oyese grito alguno de reaccion.

Voy á referir las particularidades del fracaso del jeneral Quesada, que habia incurrido en el aciago empeño de comprometer al servicio del ministerio su denuesto jenial é indiscreto; pues como testigo presencial hasta de las mínimas ocurrencias de la jornada, me cabe el historiarlas puntualísimamente.

En la madrugada del 15 acuden varios amigos del marqués de Moncayo á su casa, y le instan para que se vaya de huesped con alguno de ellos, pues en todo trance critico se embota la racionalidad en la muchedumbre, y enmudecen las leyes. Se niega el jeneral á toda fineza de aquella especie, y de improviso le sobreviene el ímpetu de salir con un solo criado, se marcha del pueblo, y se encamina en medio del dia al pueblecillo de Hortaleza, á una legua de Madrid. ¿A dónde quiere ir? ¿cuál será el intento de su salida desatinada? Nadie lo puede alcanzar. Tenia Quesada una cicatriz en el rostro que lo patentizaba por donde quiera; le conocen por el camino, y la noticia de su ida se anticipa á su llegada. Los concejales lo arrestan con ánimo de resguardarlo, pues el acaloramiento de la capital habia trascendido al vecindario del pueblecillo, que viene á ser un arrabal de Madrid, y envian aviso al gobierno de que tienen preso á Quesada.

Para presentarse á la autoridad militar establecida en la casa de Postas, situada en la puerta del Sol, tiene el mensajero que atravesar las calles de Hortaleza, de Red de San Luis y parte de la de la Montera, todas cuajadas de jentío. Cree el torpe, que para franquearse el paso, lo mejor es manifestar la noticia del arresto del marqués de Moncayo, de modo que el populacho lo sabe mucho antes que el jeneral Seoane. Hay en la muchedumbre viles asesinos que des-

deluego entablan el intento de un atentado horroroso. Se apoderan de los calelines que suelen estar de planton en la calle de Alcalá, salen por la puerta del mismo nombre, vuelan á Hortaleza, y cometen un asesinato infame con un preso indefenso.

Me hallo junto al jeneral Seoane en el punto de recibir la noticia del arresto de Quesada (1); manda inmediatamente al coronel Montaña, ayudante del duque de Zaragoza, que tome un escuadron de coraceros de la guardia y vaya á escape á Hortaleza para salvar á todo trance al jeneral y conducirlo á Toledo. Ejecuta Montaña la órden arrebatadamente, mas llega tarde, pues el desventurado marqués de Moncayo yace difunto en su mismo cuarto con dos pistoletazos. ¡ Estrella aciaga y estraña! habia sido Quesada uno de los primeros que esgrimieron la espada en 1823 contra la constitucion; echó el resto para derribarla, y á los 13 años, el dia mismo del restablecimiento de la constitucion, muere á manos de asesinos.

Era el jeneral Quesada un militar valiente, pundonoroso, y aun bizarro enemigo. Restablecido el absolutismo en 1823, escudó á los liberales con brio inflexible contra las tropelias del partido apostólico, y siendo capitan jeneral de Andalucia, apadrinó amistosamente á todos los perseguidos, contraponiendo su indole caballerosa á las reacciones de aquella temporada. Como soldado ante todo, se desentendia de todo miramiento de cordura, sin pararse jamás á deslindar las circunstancias; nada sabia mas que mandar y obedecer, y tan solo una vez se soslayó de la obligacion imprescindible de la milicia, pidiendo el despido de Zea y el restablecimiento de las libertades del pais. Su indole incontrastable, adusta en el mando, y la destemplanza de sus espresiones encrudecian su autoridad; pero prescindiendo de sus lunares, su hidalgo pundonor lo hizo siempre apreciable para sus contrarios políticos mas señalados. En medio de su discordancia de opiniones, podia el jeneral Quesada contar con amigos entrañables en todos los partidos, y no estuvo en su mano el salvarle en la jornada del 15, pues ya se ha dicho el afán con que fueron á ofrecerle resguardo contra el enfurecimiento de los asesinos.

Para redondear el porvenir de los acontecimientos de agosto de 1836, tengo que recordar una de aquellas coincidencias estrañísimas de que el atropellamiento de sucesos de nuestros dias ofrece pocos ejemplos. Se puso á Madrid el

15 de agosto de 1835 en estado de sitio, y el conde de Toreno, ministro á la sazón, habia mandado el arresto de Isturiz, quien tuvo que ocultarse para evitar las resultas que le amagaban. Al año puntualmente, se declara de nuevo á Madrid en estado de sitio, por disposicion de Isturiz, caudillo del gobierno, para sostener el sistema que el antiguo diputado impugnaba un año antes. Quesada, capitan jeneral de Madrid en dos épocas diferentes, fenece víctima de un asesinato, y aquel Isturiz tiene que ocultarse de nuevo y huir á pais extranjero. El jeneral Seoane abriga á Isturiz y el representante de una potencia amiga lo hace conducir á Portugal. Dolorosísimo ejemplar viene á ser este episodio de la vida de Isturiz, de los altos y bajos de una temporada en que los ánimos calenturientos devanean á impulsos de las pasiones, cuando los principios de una filosofia acendrada no sobreponen el hombre á toda ambicion mezquina. Tan solo por las rejiones de una moralidad encumbrada cabe granjearse la fuerza indispensable para hollar nuestra propension al descarrío; sin el sumo desapropio, el amor á la patria y á la libertad no es allá un afecto entrañable, sino un instinto irracional que nos encamina á decir, la patria soy yo mismo, y la libertad es el poderío en mis manos.

En el mismo dia 15, Calatrava arregló un ministerio (1), y acudió á la Granja con el jeneral Rodil, cuando las tropas adolecian aun de insubordinacion. Sin embargo á la voz del jeneral Rodil se restablecieron á su debido asiento, obediendo á la órden que se les dió de marchar á Madrid.

La reina gobernadora dejó la Granja el 17 y volvió por la tarde á Madrid, donde se la recibió con respeto. Asomaba por la acogida del vecindario allá cierto desconsuelo con el recuerdo de los trances lastimosos ocurridos en el real sitio, esmerándose todos en manifestar á la augusta reina su desaprobacion tácita de los pasos ofensivos é incómodos que la habian atropellado.

Los acontecimientos que sobrevinieron en España por agosto de 1836 se han interpretado por fuera equivocadamente, y por tanto he querido relatarlos histórica y puntualmente. A impulsos de mi obligacion, he conceptuado que rayaba por fin el dia de contestar á los muchos acriminadores del movimiento de 1836. En Francia, donde mejor se debia justipreciar que en ninguna otra parte, ha tenido enemigos implacables entre los mismos que mas se ufanan con la re-

(1) Se hallaban tambien dos ayudantes de Quesada, Menchaca y Pezuela; y el jeneral Seoane retuvo consigo á entrambos dignos oficiales, para escudarlos de toda tropelia.

(1) Componíase de Calatrava, presidente del consejo y ministro de estado; en guerra, el jeneral Rodil; en gobernacion, Jil de la Cuadra; en hacienda, Ferrer, quien, por no aceptar, tuvo por sucesor á Ejea, y en gracia y justicia, Landero.

lucion de julio, afeando con sus calumnias aquellos acaecimientos, y viendo en manifestaciones jenerales únicamente el incidente lastimoso de la Granja. Los que blasonan en Francia de lo sucedido en 1830 se están horrorizando con lo ocurrido en España por 1836. Voy á tomar ambas revoluciones de 1830 en Francia y de 1836 en la Península desde su orijen, y demostraré que si fué lejitima la primera, no lo ha de ser menos la segunda; que si los Franceses pueden elojiar su moderacion en el triunfo, nosotros podemos altamente afirmar que nos hemos acreditado de mas monarquistas que la revolucion de julio.

El 8 de agosto de 1829, el ministerio de Martignac, con toda su mayoría en la cámara, queda de repente despedido y reemplazado por Mr. de Polignac.

El 15 de mayo de 1836, Mendizabal, gozando de casi la unanimidad del estamento, queda de improviso sustituido por Isturiz, sacado de una minoría imperceptible.

En el mes de marzo de 1830, la esposicion de los 221 manifiesta al rey Cárlos X que la cámara se desentiende de opinar con el ministerio. Queda disuelta la cámara.

En las sesiones siguientes al despido de Mendizabal, el 15 de mayo de 1836, declaran las córtes que el ministerio no merece su confianza y que no votarán impuestos. Quedan las córtes disueltas el 22 de mayo.

Carlos X, al convocar los colejos electorales, dirige á los Franceses, en 14 de junio de 1830, una proclama firmada por Polignac.

El 22 de mayo de 1836, la reina gobernadora publica á los Españoles al propio intento un ma-

nifiesto firmado por Isturiz.

Reparemos tambien, á favor del movimiento español de 1836, que disueltas las cámaras francesas, Cárlos X convocó los colejos electorales en los términos de la ley todavia vijente, pues era una tentativa conciliadora; y tan solo acudió á su arbitrariedad, cuando el voto de los electores, opuesto á su deseo, no le dejó arbitrio entre avenirse á la ley de las mayorías, ó atenerse al artículo 14 de la Carta.

En España, el ministro acuchilla al primer embate el estatuto real, y sustituye á la ley electoral un proyecto ministerial, sin consultar antes con el pais por el único camino debido y legal que cabia á la corona para enterarse de la opinion de los electores sobre el ministerio y sobre el estamento disuelto, esto es, con la ley electoral del estatuto. Tildaba el ministerio á los estamentos de abuso de potestad; y con un desenfreno de potestad sin ejemplar, forma causa, la retrae de sus jueces naturales, y plantea á un tiempo bajo su responsabilidad un tribunal y un código nuevo. La revolucion ajusticia á unos hombres que hasta entónces se gloriaran de campeones de la libertad, y, luego que por empeñarse en el rumbo desastrado de una reaccion inesplicable, tienen que impugnarlo mismo que siempre habian sostenido. Se estrellan contra una constitucion por la cual tantísimas veces habian espuesto sus vidas, padeciendo una condenacion de muerte y una proscripcion de once años.

Allá van la proclama de Cárlos X y el manifiesto de la reina gobernadora, y los careamos para que se cotejen:

• CARLOS por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra etc.;

«MANIFIESTO DE S. M. LA REINA GOBERNADORA A LOS SUE-
DITOS DE SU AUGUSTA HIJA:

• A cuantos las presentes vieren, salud:

« Españoles:

• Franceses:

• La cámara última de diputados se ha desentendido de mis intentos, pues me incumbia contar con su arrimo, y me lo ha negado, imposibilitándome así los bienes que tenia premeditados. Mi corazon paternal se ha conolido, y mi autoridad real se ha lastimado; y así dispuse la disolucion de dicha cámara.

« Desde que por fallecimiento de mi amado esposo, vine á quedar encargada del gobierno de estos reinos durante la menoría de mi muy amada y augusta hija la reina Doña Isabel II, siempre me he estado esmerando en los medios asequibles para acarrear vuestra felicidad. Enterada de que la consistencia del solio se cifra en el arrimo de la verdadera opinion pública, ilustrada é independiente, mi ahínco principal, así en la eleccion de ministros como en la adopcion de cuantas providencias me proponian los sujetos en quienes tenia depositada mi confianza, fué el de imponerme puntualmente en las necesidades, en los anhelos justos y en el interés discreto de la nacion, cuyo gobierno me habia cabido, para satisfacer á los primeros, acceder con debido tiento á los segundos, y por este medio disponer y afianzar el tercero. Al convocar las córtes con arreglo al estatuto real del 10 de abril de 1834, conformándome con el dictámen de los que á la sazón componian el ministerio, quise dar á luz leyes fundamentales de la monarquía, en cuanto á los cuerpos comparticipes de la potestad legislativa, una planta y arreglo á semejanza de los que rijen hoy entre naciones florecientes, y segun concepto muy fundado, muy oportunos para el estado de España. Complacióse el público por algun tiempo, recompensando así mis desvelos por vuestra felicidad. Juntas las córtes, mi gobierno se fué conformando con su índole y su sistema, pues así lo conceptuaba y ape-

« Franceses, en vuestra prosperidad se cifra mi gloria, y vuestra dicha es la mía. Al abrirse todos los colegios electorales por los ámbitos de mi reino, daréis oídos á la voz de vuestro rey.

« Conservar la Carta constitucional y las instituciones fundadas en ella, fué y será siempre el blanco de todos mis conatos.

« Mas para el logro de aquel intento, tengo que ejercer desahogadamente y hacer respetar los derechos sagrados que son el atributo de la corona.

« En ellos se cifra el afianzamiento del sosiego público y de vuestras libertades. Se alteraría la esencia del gobierno, si embates criminales destronicasen mis prerogativas, y tolerándolos, quebrantaría mis juramentos.

« La Francia, al arrimo de este gobierno, vive libre y floreciente, debiéndole sus franquicias, su crédito y su industria. Nada tiene que envidiar á los demás

tecía yo como mas conveniente al estado. Mas de repente, airados los ánimos con los acontecimientos de la guerra civil, y enjendrando aquella irritacion sumos recelos, estallaron arrebatos y trastornos, y luego disensiones acaloradas y progresivas. Desvelada siempre por el bien público y sin ceñirme rigurosamente á la forma legal, al ver á la nacion ansiosa de ciertas reformas en su legislacion política, me esmeré en seguir el parecer de aquellos que, sin quebranto de la prerogativa real, me propusieron el hermanar opiniones encontradas, y fundar sobre nuevos cimientos la paz y la esperanza de vuestra lealtad venidera. Anhelando antetodo conservar unos bienes logrados á tanta costa, al recelar nuevas conmociones en el estado, he venido á escojer, disolviendo las córtes, á la nacion por árbitra de la diverjencia de opinion sobrevenida entre los consejeros responsables y los diputados de la nacion.

« Cuanto acabo de manifestaros, Españoles, he venido á hacerlo por vuestra dicha, y la de mi augusta hija, que es lo mismo; y por el interés del solio y de la nacion, que es indivisible; lo tengo hecho con entranable complacencia, y lo repetiré, si se hace preciso. A impulsos de este anhelo, cuando ya muchas de mis esperanzas habian quedado burladas, y no pudiendo avenirme á propuestas, ajenas, en mi concepto, de justicia y de conveniencia pública, compañeras inseparables, tuve que aceptar la dimision de cuantos componian á la sazón el ministerio, y escojé, para sucederles, sujetos, cuya vida política se habia granjeado los votos de los amantes mas ardorosos de la libertad.

« Mas luego presencié con asombro que, contra el uso que estaba yo haciendo de la prerogativa real, se suscitó una oposicion violenta y como ciegamente enfurecida, conceptuando las intenciones de los ministros por meras suposiciones; oposicion que con evidencia no dimanaba de amor á la justicia, sino de aversion á las personas y del ímpetu de las pasiones, y no de afán por el buen orden que debe constituir el sosiego y la felicidad de un estado.

« Se presentaron y aprobaron proposiciones por el estatuto de procuradores, sin que el reglamento ni el estatuto real concedan la iniciativa á los cuerpos colegisladores; se hicieron proposiciones al arrimo de antecedentes de ningun valor, puesto que se oponen al texto formal y terminante de la ley, y otras refiriéndose á antecedentes que no habian acarreado acuerdos de entidad. Se leyeron, ventilaron y votaron dichas proposiciones con un atropellamiento indecible; se entablaron peticiones para orillar el sistema sabido de legislar con otro de nueva invencion; sonaron reconvencciones de índole muy estraña, y su jaez y su repeticion demostraban el empeño de entorpecer al gobierno; el sustituir el medio ilegal de una proposicion al medio legal de una peticion, en casos en que la última, además de ser conforme á la ley, era muy suficiente, como si se quisiese hollar arbitrariamente cuanto requieran la reflexion y miramiento, y arrojarle á la ilegalidad por eleccion y para avezarse con ella; en fin, jestion tan trascendentales ejecutadas con alborotos y desacatos á la concurrencia en las sesiones, este es, Españoles, el cuadro de lo sucedido últimamente en el estatuto respetable de los procuradores. Una declaracion contra mis consejeros, asunto de suyo gravísimo, se agravó aun mas, por contraponerse al reglamento y al mismo estatuto real, haciéndose con una precipitacion ajena de lo prevenido por la ley. Hallándome en la situacion amarga de tener que determinar tras aquella declaracion indiscreta, he conceptuado de mi obligacion, para acudir á un sinnúmero de objetos preciosos y predilectos, cuyo resguardo y defensa están á mi cargo, el no aceptar, en esta alternativa violenta, el partido estremo de alejar de los negocios á sujetos sobre quienes no recae reconvenccion fundada, en los cuales, habia puesto, en virtud de la prerogativa real que estoy ejerciendo, mi confianza, y á quienes las circunstancias constituian defensores del interés comun del solio y del pueblo. Renovando pues muy á mi pesar el acuerdo tomado en el consejo antecedente de ministros, he accedido á la propuesta de los consejeros actuales de la corona, y he disuelto las córtes.

« En esta circunstancia, Españoles, he acudido á una prerogativa, instituida, no solo por el interés del solio, sino mas particularmente por el de la nacion. Vuestra suerte descansa de nuevo en vuestras manos, y estoy confiada de que, en el momento de la decision, acreditaréis la madurez y cordura que distinguen vuestra indole.

« No está apagada todavía la guerra civil, Españoles: amagándonos aun con mayores desdichas, si no corremos á terminarla. Delito sumo fuera el distraer de este pensamiento la atencion pública y la del gobierno, y fuera devaneo el entablar reformas antes de domar y avas-

estados, no debe aspirar mas que á la conservacion de los bienes que está gozando.

«Descuidad pues en cuanto á vuestros derechos, que yo los aunaré con los míos, y los escudaré con igual ahínco.

«No vayais á descarriaros con el lenguaje fementido de los enemigos de nuestro sosiego. Orillad allá recelos impropios y zozobras infundadas, que dislocarian la confianza pública y pudieran acarrear sumos trastornos. Se frustraron los intentos de cuantos están fomentando esos temores, sean los que fueren, contra mi teson invencible. Tan afianzados quedarán vuestra seguridad y vuestros intereses como vuestras libertades; pues soy el celador de uno y de otro.

«Electores, acudid presurosos á vuestros colegios; no los defraudeis de vuestra presencia por una flojedad reprehensible; respirad un mismo aliento y seguid una idéntica bandera.

«Vuestro rey es quien os lo pide, y un padre es el que os está llamando.

«Cumplid con vuestra obligacion, que yo me esmeraré en acudir á la mía.

«Fecho en el palacio de las Tuilerías, lunes 14 de junio de 1830.

«El rey CARLOS.

«El presidente del consejo de ministros.

«Príncipe de Polignac.

llar al enemigo, que no se aviene á reformas, ni aun á la misma paz. Sin renovar amargos recuerdos, sin andarse acriminando sobre lo pasado, conceptuamos que, para lo venidero, no puede la nacion dividirse sin grandísimos peligros, ó sin la certeza casi inevitable de precipitarse en su ruina.

«Pero mi anhelo y mis intentos son, Españoles, el continuar juntos las reformas legales, y terminar la guerra, cuyo éxito venturoso es el medio único de afirmar tales reformas. Para el logro de la paz cuento con el ejército, dechado de lealtad, de valor, de patriotismo y de disciplina, y cuento con la guardia nacional, cuyos servicios son tan eminentes, y con la cooperacion de las tres naciones, cuyas tropas compiten en heroísmo peleando por nuestra propia causa.

«Se cumplirán los empeños contraídos solemnemente, como lo requieren el bien público, mi dignidad y mis inclinaciones; el propasarse por un término ú por otro no podría ser justo ni redundar en provecho; se cumplirán por entero mis promesas, y se procederá á la revision de las leyes fundamentales de la monarquía en los términos que espresa mi decreto del 28 de setiembre último.

«Para lograr aquel intento me precisan las circunstancias á valirme de medios extraordinarios, pues con el fin de no entorpeceros ni entorpecer á mi gobierno por un círculo vicioso, por el cual tirando mas y mas, nunca conseguiríamos la revision apetecida, como en la época ya citada de setiembre, decretaré interinamente, con dictamen de mis consejeros responsables, providencias para que los nuevos elegidos de la nacion se nombren por el método mas seguro para representar la opinion y los intereses del pais, y con los medios propuestos en el proyecto de ley de los procuradores en las últimas cortes.

«Dedicaré todo mi desvelo al crédito público y sus mejoras, hasta que se reúnan las proximas cortes. Entretanto los intereses creados con los decretos presentados á la revision de las cortes en la última legislatura embargarán mi atencion, esmerándome en hermanar las opiniones, sin faltar en lo mas mínimo al aprecio y á la fe debida á los acreedores del estado.

«Os he manifestado mis anhelos y mis intentos, vinculados todos en el afán de vuestra felicidad; poniéndome en vuestros brazos con suma confianza. Españoles, al proponeros que useis de nuevo de vuestro derecho de eleccion, bajo la planta que vuestros últimos representantes conceptuaron mas acertada, al dar á la eleccion popular un plazo bastante dilatado segun lo permiten las circunstancias en que nos hallamos, al par de las naciones florecientes nuestras vecinas y aliadas, me complazco en repetiros que no temo me falteis, bajo el concepto, como sabeis, de que tampoco os he de faltar.

«Españoles, el enemigo comun se mantiene temible, aunque por nuestra dicha no alcanza á infundirnos zozobras fundadas de que su fuerza se robustezca en términos de vencernos. El interés de la augusta reina mi hija, el mío y el vuestro, se cifran en triunfar de la rebeldia y de su móvil con el principio contrario de la libertad. Convencenos de verdad tan patente, rechazad todo recelo y conceptuad á cuantos se empeñan en infundiros desconfianza por enemigos astutos, pues acuden á la desunion para lograr lo que se les hace inasequible con sus propias fuerzas, contrarestando de consumo sus intentos. Por este medio saldremos á salvamento de la tormenta que está tronando sobre nuestras cervices, y alcanzaremos el fin á donde nos encaminan nuestros anhelos y nuestra conveniencia. Esto es lo que aguardo de vosotros, esto es lo que estoy esperanzado de lograr, si el alto concepto que tengo formado de vuestra lealtad para con mi hija, vuestra reina, no me engaña, como tampoco mi confianza cifrada en vuestro patriotismo, vuestra sensatez y las prendas que os realzan.

«En el Pardo, el 22 de mayo de 1836.

«Yo la reina. »

«Refrendado por el presidente interino del consejo de ministros

«Javier de Isturiz. »

Estos fueron los acontecimientos que antecedieron á la revolucion de julio de 1830 en Francia, y al alzamiento de las provincias españolas en 1836.

¿Cuáles fueron los resultados en ambos países?

Tan solo Paris se subleva, y aprueba la Francia el vuelco de las ordenanzas, y tras ellas va el solio al través, y tres jeneraciones de reyes quedan espulsas. Se plantea nueva dinastía, se revisa la *Carta* con un sesgo democrático, ejecutado todo por unos diputados sin mas encargo ni poderío que el resultante de las circunstancias gravísimas, que los habilitan para apropiárselo por sí mismos.

Contesta la España con el alzamiento unánime de todas sus provincias á la arbitrariedad del 15 de mayo; amaina aquel ímpetu ante el solio; se pregona la constitucion nacional de 1812, barrenada por las bayonetas extranjeras; pero se vocea al mismo tiempo la revision, no por el rumbo democrático, sino para robustecer las prerogativas y la potestad de la corona. Se convocan las córtes en virtud de la ley electoral de la constitucion, que franquea el voto universal, y se nombran los diputados con plenos poderes para revisar el código fundamental.

Se procesa, sentencia y condena á los ministros de Carlos X con pena de destierro, conmutado en prision perpetua por una cámara de pares, recién diezmada con la de diputados.

En España, tres individuos del ministerio huyen (1), los demás permanecen en Madrid (2), y á pocas semanas de su caída, se pasean por todas partes, empleando á uno de ellos, Mendez Vigo, luego despues. A nadie se procesa, y á los 15 meses, Isturiz vuelve á Madrid, y está legislando en la cámara de los diputados, siendo su presidente.

Preguntamos ahora á todo desapasionado si las provocaciones han venido ú no á ser idénticas en España y en Francia, si el estatuto no yacia atropellado al par de la *Carta*, y si á los Españoles incumbía ó no el derecho de alzamiento al par de los Franceses, contra unos ministros que estrellaban la obra constitucional. Cotéjense luego las consecuencias del mismo acontecimiento en ambos reinos, y dígasenos cuál de los dos pueblos ha logrado campear con mas comediimiento y jenerosidad con los vencidos.

Los zaheridores en Francia de nuestros acontecimientos del mes de agosto son unos verdaderos orates, como hombres del mes de julio. Aquella descarga de baldones que estuvieron pregando algunos periódicos, redundaba en protes-

ta contra el orígen mismo de aquel gobierno que blasonaban de escudar, llamándonos revolucionarios y siéndolo mil veces menos que los vulgárrimos injuriadores. Sustituyó á Thiers, amigo de la España, el ministerio del 6 de setiembre, donde se hallaban Molé y Guizot, el uno ministro del gobierno provisional, y el otro tambien ministro despues del 9 de agosto de 1830.

¿Que habian hecho pues Calatrava y sus compañeros, contra quienes descolló un encono tan injusto? No habian desaluciado á la patria en el trance; y cuando todos aquellos necios acarreadores del alzamiento por las provincias desamparaban el trono y haian al extranjero, Calatrava, tan inocente de los acontecimientos sobreenvidados, como Guizot y Molé de la revolucion de julio, acudió al llamamiento de la reina, é hizo respetar su autoridad, como Guizot hizo respetar la autoridad del lugar teniente jeneral, como allí Molé la del rey despues del 9 de agosto de 1830.

Por lo demás, esta malquerencia tan desatinada en ningun daño de España ha venido á redundar, y demostraremos, al ventilar el tema extranjero, que los ministros del estatuto nada habian podido alcanzar de la Francia; que el gabinete de las Tuilerías se mostró siempre formalísimo rechazador de toda demanda de intervencion, y que si Thiers, al terminar su ministerio, tenia entonada una cooperacion mas eficaz, nadie probará que su plan llegara á plantearse, aun no mediando los acontecimientos del mes de agosto; pero despues de la caída de Isturiz, se agolpó en Paris una colonia de medrosos que se encasquetaron voluntariamente la corona del martirio, y sus quejidos, escuchados con sobrada condescendencia, enconaron mas aquellos rencores á que se estaba ya harto propenso.

¿Descuella acaso en la vida de las naciones un trance y un poderío trastornador y tiránico que se sobrepone á la moralidad y á las leyes, no dejando á la sociedad acosada mas arbitrio que el malogro de cuanto la escuda y afianza, ó el de un levantamiento? Siempre por nuestra parte hemos creído en este derecho tan estremado; pero si nos cupiese algun jénero de duda acerca de su legitimidad, ahí está el ministro elocuente de la instruccion pública de Francia, que en 6 de setiembre de 1836 nos está desengañando y enardeciendo hasta lo sumo con el paso notabilísimo que voy á citar, sacándolo de su obra mas reciente, y pareciendo haberse compuesto para las circunstancias en que se hallaba España por agosto de 1836.

«Rayó sin disputa aquel día, dice Guizot, en que la potestad desmerece su derecho á la leal-

(1) Isturiz, Galiano, y el duque de Rivas.

(2) Barrio Ayuso, Blanco y el jeneral Mendez Vigo.

tad, en que remanece para los pueblos el derecho de resguardarse á sí mismos y á viva fuerza, careciendo en el orden establecido de todo arbitrio y seguridad. Día pavoroso y desconocido que ninguna ciencia humana acierta á prever, ni constitucion alguna á contrastar, y que suele asomar sin embargo tal cual vez, señalado por la diestra divina. Si aquel ímpetu brotador fallase absolutamente, si desde el móvil recóndito donde yace, aquella gran potestad social no apretase las cervices de las potestades que lo están negando, hace largo tiempo que el jénero humano, amarrado á la coyunda, careceria de toda dicha y de toda dignidad (1).»

Sin disputa, dirémos tambien, se hallaba la España en el trance tan primorosamente senta-

do por Guizot, en que el alzamiento es un derecho; y para redondear su demostracion, añadiré las palabras siguientes del mismo:

« Otra condicion esencial acompañaba tambien al levantamiento, y era el mediar para él esperanzas ciertas de su logro (1).»

El éxito fué cabal, pero el levantamiento, atendido á su intento, no se propasó. En 1836, la potestad habiendo ya perdido *sus derechos á la lealtad, rayó para el pueblo el de resguardarse á viva fuerza*; se estaba pidiendo el despido del ministerio, la abolicion del fuero otorgado y el restablecimiento de una obra nacional ahogado violentamente por los extranjeros, y redondeadas estas tres sumas conquistas, hizo alto el alzamiento. En 1830, la Francia pasó mas adelante.

(1) Guizot, Introduccion á la vida de Washington, páj. XXXIV.

(1) Guizot, Introduccion á Idem, páj. XXXV.

CAPITULO OCTAVO.

Ministerio de Calatrava.—Se restablece el orden en las provincias.—Se revalida la rejencia de la reina Maria Cristina.—Constitucion de 1837.—Caída del ministerio.—Triunfo del partido, á su decir, moderado.—Su existencia hace tres años.

Al hablar de los varios ministros de la tercera temporada constitucional, me he ido ciñendo á referir las jestioncs principales de su desempeño, y asimismo voy á compendiar el ministerio del 15 de agosto de 1836.

El réjimen fué por punto jeneral el que siempre habia sido, y aun la guerra civil permitia menos que nunca el entablar mejoras.

El caudillo del gabinete, Calatrava, nacido en Mérida, provincia de Estremadura, en 1781, se hallaba de abogado en Badajoz al sobrevenir la invasion francesa en 1808. Al oir las matanzas del aciago 2 de mayo, se alborota la Estremadura, y Calatrava acude con otros á entonar el alzamiento que estalló el 5 de mayo en la capital de la provincia.

De diputado en las córtcs constituyentes de 1810, descolló con su elocuencia y por su afan y desempeño en las tareas de las comisiones. Cerradas aquellas córtcs en setiembre de 1813, se volvió á Badajoz, y dejando allí á su familia, pasó á Madrid para ejercer la abogacia.

Hallábase allí avecindado al volver el rey de Valençay, y uno de sus amigos, el conde del Montijo, le participó á primeros de mayo que debía estar muy alerta; pero Calatrava se des-

entendió del aviso, teniéndolo á zozobra soñada. El 10 de mayo de 1814, á las tres de la madrugada, soldados y alguaciles cercan la casa de Calatrava, lo despiertan sobresaltadamente, y lo sacan desnudo á un aposento inmediato, donde se encuentra con uno de sus compañeros de córtcs, Don Ignacio Martinez de Villela, quien lo prende en nombre del rey, se apodera de todos sus papeles, y acibarando la tropelia con el baldon, le dice: « Esto sí que es quebrantar de cuajo la constitucion; pero mas vale caer revueltos en tortilla, que como huevos estrellados. » Conduce á Calatrava á la cárcel de corte, y lo entrega al alcaide, recomendádoselo como uno de sus compañeros antiguos, mandándolo recluir al mismo tiempo, sin que mediase interrogatorio, ni manifestarle el motivo de su arresto.

Ya llevo dicho como no habiendo jueces capaces de cometer un delito jurídico, se dispuso condenar á los supuestos reos con un real decreto; y Calatrava, una de las víctimas, pasó al presidio de Melilla, por la costa de Africa.

Puesto en libertad con la revolucion de 1820, reasomó en las córtcs y fué el mismo de 1810. Individuo del tribunal supremo, y luego minis-

tro en los postreros días de la segunda temporalidad constitucional, ansiaba sepultarse en Cádiz; pero aun esto mismo se le hizo imposible. Proscrito en 1823, pasó en Inglaterra y en Francia los años de su dilatado destierro. En 1834, volvió á España y á su asiento de 1822 en el supremo tribunal de justicia. Cuando en agosto de 1836, las provincias sublevadas acarrearón los acontecimientos de la Granja, la reina gobernadora llamó á Calatrava, quien desde luego se presenta á S. M. Calatrava, siempre bien quisto, con su nombre solo restableció el sosiego. Esmeróse durante todo su ministerio, en dar pruebas entrañables á la monarquía de su afecto, y despues de robustecer la autoridad real en medio de las conmociones, la apeteció siempre poderosa para la nueva constitucion; mas una insubordinacion lastimosa de algunos oficiales del cuartel jeneral de Pozuelo de Aravaca derribó á Calatrava en agosto de 1837, y tras tantos servicios y desventuras amargas, ha yacido en el olvido por parte del gobierno. Aunque decano de los togados del tribunal supremo de justicia, se quedó sin destino por acudir al llamamiento de la reina gobernadora en 15 de agosto de 1836, encargándose del ministerio en las circunstancias mas arduas. A poco de salir del gabinete, vacó la presidencia de aquel tribunal; y al anti-guo decano, al diputado de 1810 y 1820, al presidente del consejo, al sabio jurisconsulto, al mártir de la libertad, se antepuso un palaciego, un hombre negado y un servidor antiguo de la potestad absoluta en su temporada mas aciaga.

Un principio derrocador del otro habia sido en suma aquel triunfo de relámpago contra Isturiz, y nunca la cordura española campeó tan consumadamente como en este trance, pues tránsito tan violento estaba amagando con horrorosa anarquía y como enlutando el reino de extremo á extremo. Asombrosa fué la sensatez de la plebe enfrenando los impetus encontrados, pues al sonar los nombres de varones conocidos todos por el afán de la libertad, abonanzó de improviso la tormenta. Hubo empeño sin embargo en traer á Madrid despavorido con anuncios de mil fatalidades, repartidos de puerta en puerta. El bando vencido, sobresaltado con las resultas de un fracaso tan ciegamente acarreado, iba sobresaltando á los demás vocando: « ¡ *Huyamos de aquí todos!* » al remedo insensato de la emigracion á Coblenza. Sonaron con estruendo dimisiones de empleos, amaños todos ridiculos, aparentando sumo peligro y ademanes de marcha, estrellándose á las claras con el gobierno, y encubriendo el motivo de aquella salida voluntaria.

En medio de tanto azoramiento, asomaron pocos denodados, con ademan de sacrificarse por

la patria; tras de presenciar provocaciones desatinadas, se esmeraron en ablandar sus resultas; menospreciaron las calumnias que les estaban amagando por premio de su desalado patriotismo, dedicándose á robustecer una potestad decayda y desconceptuada. Salvóse aquel solio desamparado por sus comprometedores, restableciéndose el sosiego y el orden en la capital y en el reino. Ya por segunda vez en un mismo año, al arrimo único de la fuerza moral, iban los liberales enfrenando enconos enardecidos por sus contrarios políticos. No cabe hermanar calumniosamente á los sublevadores con los pacificadores de las provincias, pues no habia en España quien profiriese á las claras tamaño cargo, y luego ahí está la historia manifestando que los alborotadores no alcanzan jamás á enfrenar las revoluciones que una vez han movido ellos mismos.

Cercaban escollos á miles y apuros al ministerio, á pesar de su influjo moral con los ánimos azorados, pues se encumbraba al poderío tras una asonada jeneral, cuyo desenlace habia sido el atentado de la Granja. Menos en esto, asomaba la segunda parte del trance de Mendizabal empuñando las riendas del estado en 14 de setiembre de 1835. Cayó entónces el ministerio; pero en 1836, abarcaba las mismas instituciones. Feneció el estatuto real; y la constitucion de 1812, restablecida en aquel momento, iba á tildarse por sus contrarios como un pendon revolucionario, á pesar de su hidalga nacionalidad. Los estatutistas, para afeár los acontecimientos de 1836, se hicieron cargo de que se debia echar el resto del alzamiento de las provincias con el alboroto de la Granja, y achicar una revolucion lejitima á la pequeñez de una rebelion de soldados pretorianos.

Paró el atentado de la Granja en convocatoria para todos los enemigos de la constitucion de 1812. Los mas interesados en plantear y robustecer un gobierno en España se desentendieron de toda racionalidad, cuyo primer conato es la propia conservacion, afanándose en fomentar la revolucion é imposibilitar el afianzamiento del ministerio. Tras el atolladero de situacion tan espuesta y el laberinto intrincado que estremaban los ambiciosos chasqueados, se agolparon extremos de insubordinacion militar, causando gran sobresalto en Madrid la asonada del caudillo carlista Gomez, quien, salido hacia dos meses de las provincias vascongadas, logró en Jadraque, por las cercanías de la capital, una ventaja trascendental contra el jeneral Lopez, haciéndole prisionero.

Todo aquel cúmulo de contrariedades no redundó en quebranto alguno, pues sobrevinieron contratiempos que no acobardaron; media-

ron tremendos escarmientos contra la insubordinacion militar, se mantuvo el orden, y las provincias volvieron á su obediencia. Gomez quedó derrotado en Villarobledo y en Majaceite, y arrojado á Navarra. Se acabó el ministerio que señoreó el gobierno (1), y todos fueron viendo los recursos que abrigaba el denuedo civil de sujetos pundonorosos y acreedores á la confianza pública.

Acertó el ministerio, desde sus primeras gestiones, á sobreponerse al conflicto; se propuso desde luego providenciando aun fuera de sus facultades constitucionales, y comprometió su responsabilidad ante la sensatez innata del país, bajo el concepto de que el pueblo español le había de abonar aquellas demasías de potestad en que estribaba la salvacion de la patria.

La primera de sus gestiones fué revalidar la rejencia en manos de la augusta reina madre; oponiase la constitucion, pero la arrolló el ministerio, anticipándose á interpretar los anhelos de la nacion.

Estaba el ejército con bajas crecidas y había que reponerlas, y así el ministerio, antes de juntarse las cortes, dispuso una quinta de cincuenta mil hombres y una contribucion extraordinaria de guerra de doscientos millones; dando por supuesto el descargo de parte de las cortes en atencion á su acuerdo denodado y patriótico.

En alejándose los acontecimientos, y en hallándose cada cual fuera del trance, escasea el agradecimiento y aun el recuerdo; mas aquel en quien el pensamiento no vuela en alas del tiempo se regocija en encarecer los servicios tributados á la causa del orden y de la libertad; podrán los banderizos zaherir opiniones é intentos de cuantos no son de su agrado; pero los hechos, mas terminantes que los baldones, dirán que, en 1835 y en 1836, los ministros, tildados allá de revolucionarios, fueron los salvadores del orden y de la libertad. Enfrenaron los ímpetus de la revolucion, doblegándola á reconocer la autoridad del gobierno con el predominio de su moralidad y el influjo de su vida anterior.

Convocáronse las cortes para el 24 de octubre, verificándose las elecciones con arreglo á la ley electoral de la constitucion de 1812; facultando á los diputados con poderes especiales para la revision de la misma.

En aquel estado en que yacia la España, retratándola por donde quiera como una sentina

de anarquía, la racionalidad española arrojó de nuevo un desencanto á los declamadores.

Los enemigos de la reforma estaban anunciando unas cortes desasoradas y como allá otra convencion sangrienta; hubo una reunion cuerda y comedida, enterada de su instituto y de las circunstancias imprescindibles, y resuelta á cumplir con sus obligaciones echando el resto de aquella lealtad y aquel brio que no desfallecieron.

El primer acuerdo de las cortes fué aprobar la conducta del ministerio y revalidar de nuevo la conservacion de la rejencia en manos de la reina Maria Cristina, votando casi unánimes aquella acta de respeto, de cariño y de agradecimiento, en contestacion desenfadada á las calumnias que les estaban dirijiendo. Los representantes de la nacion se esmeraron en robustecer la potestad real, devolviéndole las facultades de que la había defraudado la constitucion de 1812. Quizás cabria el añadir que, aviniéndose en demasía á las reconvencciones de una escuela aprensiva y aun medrosa, y no viendo peligro mas que en el ensanche de la potestad popular, procedieron las cortes movidas por estos impulsos. La obra de 1837 no ha sido en suma una revision ó reforma de la constitucion de 1812, sino la plantificacion de otra nueva, mejor en verdad á ciertas luces, pero sumamente inferior á mi entender bajo otros conceptos, pues quizás en el conjunto de su contenido, es menos apropiada al estado de España y á la índole de los naturales. Por principio jeneral, todo estadista se hará cargo de que la potestad suprema debe robustecerse hasta el punto de hacerse respetable y duradera. Pero este concepto fundadísimo no debe ser absoluto, atemperándose al estado del país donde reside.

La tradicion del despotismo es en España poderosísima para ciertas clases de la sociedad, y aquel instinto se desadormece en asomándose al poderío. El *sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas*, parece que está todavía retumbando por las bóvedas de la mansion antigua del absolutismo, y va imbuyendo en aquella propension á todos los ministerios. Predispuestos así á propasarse los ministros de la corona, el franquearles facultades constitucionales, de las cuales se hace muy presumible que abusen, ha sido un desacierto; por otra parte, la muchedumbre, doblegada ya á la tiranía, adolece allá de una avencia y de un prurito de obediencia pasiva que desde luego la indisponen para la resistencia legal á las demasías del poderío. Así es que se suelen disparar esas conmociones violentas, que son un contraresto de los vecindarios crecidos contra las arbitrariedades ministeriales, en las cuales jamás alterna el verdadero pueblo, avezado

(1) Calatrava, presidente del consejo y ministro de estado.—El jeneral Rodil, en guerra.—Lopez, en la gobernacion.—Mendizabal, en hacienda.—Landero, en gracia y justicia.—Jil de la Cuadra, en la marina.

todo á mayores tropelías de los gobiernos anteriores. Ha de mediar todavía largo tiempo antes que el concepto de los derechos políticos encarne en España por los pechos del jentío, y los haga jirar por el rumbo constitucional, como están espeditamente desempeñando por lo que hace á las incumbencias concejiles.

Puesto que el gobierno constitucional es un mecanismo de equilibrio entre las potestades del estado, parece que para perfeccionarlo hay que fortalecer las partes endebles y amainar las sobrepujantes, para que así se plantee la proporcion debida en la máquina, evitando advertidamente los roces destemplados. En España, la potestad es la que se ha de enfrenar, pues la maña del despotismo es la temible, siendo el pueblo de suyo desvalido y propenso á dejarse atropellar. Por tanto debe robustecerse el elemento popular. En cuanto al gobierno, ahí lo estamos viendo, hace siglos, yerto por la incapacidad de cuantos lo ejercieron, mas nunca por el contraresto de la muchedumbre; pues en verdad que harto omnipotente ha sido el régimen antiguo. ¿Y qué es lo que ha venido á producir?.... El anonadamiento de la España.

Cuanto acaba de sentar acerca de la propension absolutista de muchísimos estadistas, se está palpando en el abuso del derecho de disolucion de las córtes. Hasta ahora esta prerrogativa de la corona no ha salido á luz mas que como arbitrio de reaccion y arma de venganza personal en manos de ministros rebeldes á la omnipotencia parlamentaria. Mendizabal es el único que ha aplicado la disolucion á una cuestion parlamentaria; pero la que hizo decretar Isturiz y ambas las de Perez de Castro no han sido mas que ímpetus de ira, pues la primera, como se ha dicho, se realizó por una minoría escasísima contra la casi unanimidad de las córtes; y las otras no han sido menos anti-parlamentarias, como se me proporcionará el demostrarlo mas adelante.

Mas próspera la constitucion de 1812, habia ceñido la duracion de las córtes á dos años, y no admitia el derecho de disolucion; otras disposiciones muy atinadas, que se han orillado, equilibraban verdaderamente las potestades del estado con arreglo á la situacion de la España.

No está en mi objeto el seguir mas lejos la comparacion de entrambos fueros: pero es innegable que, por un fenómeno que debiera embargar la atencion jeneral, los mismos sujetos de 1812, á quienes se tilda de « celebros emparedados, » sin aprender ni olvidar cosa alguna, han sido los reformadores de su propia obra, soslayándose al monarquismo. Si lo han hecho con el desen-

gaño de la esperiencia, hágase á lo menos justicia á su racionalidad escelsa; si convencidos de la perfeccion de la constitucion de 1812, se han avenido á instar por su revision, entónces han descollado con un ejemplar harto escaso de nobilísimo desaproio, de sumo afan por lo mejor, sacrificando así su convencimiento entrañable á la opinion pública, que estaba pidiendo una reforma constitucional. Así en ambos casos se han acreditado de verdaderos progresistas; y en verdad que al volver por este dictado, nada usurpan; pues, sin realizarse á sí mismos, sus jestioncs están abogando por ellos.

Fué la discusion sobre la ley fundamental solemne, trascendental, sabia y grandiosa. Juróse la constitucion el 18 de junio de 1837, y vino á ser la bandera nacional ante la que se doblegaron los discolos contra la constitucion de 1812; y aun aquellos mismos que se habian estrellado con el gabinete del 15 de agosto de 1836, algo mas tarde ó mas temprano, tributaron pleito homenaje al parto constitucional de 1837, reconociendo, con aquella retractacion pública, cuán infundadas habian sido sus preocupaciones y añiadas sus zozobras; y aquella avenencia de los contrarios al ministerio de Calatrava es el elogio mas grandioso á que él mismo pudiera aspirar.

Mediaron dos acontecimientos mayores en el ministerio del 15 de agosto; el levantamiento del sitio de Bilbao, y la espedicion de Don Carlos sobre Madrid.

Cifran los carlistas suma entidad en la toma de Bilbao, embaucándolos con que las potencias del Norte iban á reconocer á Bilbao y á su causa desde la hora en que la capital de Vizcaya viniese á caer en sus manos, y así abocaron todas sus fuerzas sobre aquel punto. En Madrid, el ministerio se hizo cargo de que semejante logro iba á realzar la faccion con una pujanza y transcendencia inmensa, y así echó el resto por el salvamento de Bilbao. El heroismo del vecindario y de su guarnicion proporcionó tiempo para agolpar todos los medios conducentes al objeto, y el ejército se correspondió á sí mismo. En la noche del 24 al 25 de diciembre, con un frio intensísimo y un huracan deshecho, embiste, acaudillado por su jeneral, á la tropa enemiga, la arrolla en todas las posiciones, se apodera de la artillería y enseres de los sitiadores, descerca á Bilbao y entra triunfante en su recinto. Peleóse encarnizadamente sobre el puente de Luchana, el valladar mas formidable del enemigo, y se concedió luego el dictado de conde de Luchana al valiente Espartero, inmortalizando el servicio hecho aquella noche tan memorable á la causa constitucional. Nunca se re-

hicieron ya los carlistas de su derrota en Bilbao.

Para contraponerse á aquel desman, acuerda Don Carlos marchar sobre Madrid, esperando de que bastará su presencia para sublevar los pueblos á su favor; mas zozobra en todas partes, sin hallar asomo del afecto que estuvo soñando. ¿Porqué yerro ú qué malaventura no rindieron nuestros ejércitos á los carlistas en Barbastro, al tránsito del Cinca? ¿Cómo no quedaron esterminados en la refriega de Gra? No me cabe el deslindarlo, pues acontecimientos tan grandiosos no se sujetan á cálculos individuales; y solo una averiguacion judicial y esmerada pudiera apurar qué es lo que hay que achacar á la desgracia y á la torpeza en aquella campaña. El espíritu de partido ha zaherido al ministerio con la responsabilidad de aquella correria, acriminándole la asomada del Pretendiente sobre la capital. ¿Por ventura desempeñó el ministerio su incumbencia para estorbar aquella tentativa, y suministró lo necesario á los jenerales para facilitarles sus operaciones contra el enemigo? Bajo este concepto, pudieran cargar los ministros de entónces con la responsabilidad que les cupiese; mas en vez de examinar estas particularidades, todo se ha vuelto reconvenccion aérea; y así declamaciones y calumnias han tenido que hacer las veces de una discusion desapasionada.

Entereza y sosiego manifestó el vecindario de Madrid, al presentarse don Carlos á sus puertas; confió en el ministerio y en los concejales, sin tener que precaver la menor esplosion de alboroto, pues cada cual se estuvo disponiendo á rechazar esforzadamente al enemigo, si se empeñaba en arrojarle á la capital. No se atrevió, y al acudir el ejército constitucional allá, se desparramaron los carlistas, alanceándoles mas y mas el general Espartero.

Aquí cuadra la mencion de un incidente, que influyó eficaz y lastimosamente en los pasos del gobierno. Al hallarse el jeneral supremo en Madrid, con su ejército acampado por los alrededores, unos oficiales de la guardia real elevaron una esposicion á la reina, desde Pozuelo de Aravaca, pidiendo el despidio del ministerio. No habiendo castigado Espartero aquel acto de insubordinacion, los ministros (ya deshermanados por causas que no creo deber sacar á luz) discordaron acerca de los medios para escarmentar al ejército de aquel paso subversivo, y pusieron su dimision en manos de la reina el 18 de agosto de 1837.

Aquella retirada del ministerio, tras un acontecimiento inesperado, vino á dejar un claro, cuyos inconvenientes se están manifestando en este mismo punto, pues promulgada la constitucion, habia que ventilar, para su complemento

imprescindible, las leyes orgánicas planteadoras de la unidad y armonía entre todas las partes del edificio constitucional; mas trasladada á otras manos la potestad parlamentaria y administrativa, han sobrevenido luego ministros que han puesto en discusion el pacto mismo fundamental, y una mayoría en las córtes, descarriadora de su letra y de su mente, resultando luego leyes orgánicas puntualmente atropelladoras de la constitucion.

Redondearon las córtes constituyentes sus tareas el 4 de noviembre de 1837; lograron los moderados mayoría en las elecciones para las nuevas córtes; pero á pesar de dicha mayoría y desde el retiro de Calatrava, podemos decir con verdad que ya no hubo formalmente ministros. Desatinadas han sido las mudanzas del gabinete, anonadándose los consejeros de la corona ante su propia mayoría, sin mediar causa parlamentaria ni para su caida ni para el ensalzamiento de los sucesores. Pundonorosos serán por supuesto los presidentes de aquel consejo, pero menoscabados ya por edad o por achaques y reducidos al sosiego de su vida privada.

No cabe descifrar en un gobierno representativo cómo el bando mas crecido y poderoso, con toda su mayoría absoluta, no se atrevió á colocar á sus verdaderos prohombres en el poderio, sino á sujetos siempre bisoños ú ajenos del ejercicio parlamentario.

No atino á descubrir en la existencia de tal variedad de ministros una sola jestion digna de historiarse. En nada alivia su réjimen los padecimientos del pais, reduciéndose todos á continuar lo pasado con la peoría que trae consigo la duracion. De llorar es el desvalimiento de un partido que, en tres años de un poderio sin límites, no acertó á dar un paso en beneficio suyo ni de la nacion.

El ministerio de Perez de Castro está pregonando esta anarquía. Adolecerá tal vez de visos de parcialidad el concepto que voy á espresar de la potestad actual; voy pues á valerme de las voces que ha usado el sumo prohombre del partido moderado y de la mayoría de las córtes en la sesion del 30 de abril último. «Este ministerio (el de Perez de Castro) se ha estado fraguando y rehaciendo á su albedrío; ha disuelto córtes moderadas, las ha tenido exaltadas, y ha hecho otro tanto.» Interrumpido por el presidente, que le manda sentarse, el elocuente diputado de Asturias no pudo redondear su pensamiento, el cual por lo visto seria el de manifestar cómo nunca habia tenido la incapacidad ministerial tan largo reinado, consolidándose así perniciosamente para la patria.

Con efecto, siempre el ministerio de Perez de Castro ha sido un rehenchimiento redoblado

sobre la armazon del presidente y de su camarada de gracia y justicia Arrazola. El 9 de febrero de 1839, se prorogaron las cortes, cuya mayoría era ministerial, para luego disolverlas en 1.º de junio siguiente. Resultó de las elecciones casi unanimidad contra el ministerio; pero en vez de avenirse á la ley fundamental de un gobierno representativo, insistieron los ministros en permanecer en sus asientos y arrojaron las nuevas cortes en 1.º de setiembre; con los acontecimientos de Vergara, pretestaron nueva prorogacion el 31 de octubre, seguida, en 18 de noviembre, de segundo decreto de disolucion.

Empeñadísima fué la lucha en las elecciones, pues el ministerio echó el resto por afianzarse la mayoría, y lo consiguió. Con el resultado de amaños criminales, el cansancio jeneral, y la precision de acudir al remedio de tantísimo quebranto, se alcanza aquella alternativa de opiniones contrapuestas en las cortes, y allí se cifra la esperanza perene y siempre frustrada de un por-

venir mas aventajado. Las cortes reunidas en 18 de febrero encierran una mayoría reaccionista, al arrimo de un senado todavía mas reaccionista; y así no se titubea: desentendiéndose de cuantas reformas está ansiando el país, alza exclusivamente la mayoría su cabeza por los campos políticos contra las libertades públicas. La ley electoral, la municipal, la de imprenta, todo llevó su asalto para luego á herrojar el pensamiento, aventar las franquicias concejiles y afianzarse cortes rendidas á todo el albedrío ministerial.

Al declarar que la corona ha de *nombrar* los alcaldes, la mayoría de los diputados ha venido criminalmente á pujar con su remedo servil é infructuoso á la ley francesa, cercenando en la sesion del 21 el artículo 70 de la constitucion. Dado el primer paso, lo demás acudirá de suyo, y así será muy obvio el ir anonadando punto por punto con leyes orgánicas la constitucion jurada, que vendrá á ser una especie de vano simulacro.

TEMA MILITAR.

CAPITULO PRIMERO.

Para cuantos meditaran con atencion las fases del reinado de Fernando VII era mas que evidente que su incapacidad tan ciega como cruel habia creado un estado de cosas amenazado muy de cerca por una doble y tremenda reaccion. Su muerte tenia que ser por precision la señal de alarma, pues por mas terrible que fuera su despotismo, no habia acertado todavía á satisfacer las exigencias de un partido que soñaba allá con las bellas jornadas de Torquemada. Tan sanguinarios proyectos hallaban apcayo y acogida en el seno de la familia real; y el hermano de Fernando, el heredero presuntivo de la corona hasta 1830, fué el elegido para llevarlos á cabo. La escéptica incredulidad de Fernando hacia notorio contraste con el sombrío fanatismo de Carlos, sanfarron del siglo XIV, siempre dispuesto á encender de nuevo por su propia ma-

no las hogueras de la inquisicion. Débil y de escasos alcances, de jenio lúgubre y ciegamente sumiso á cuanto le ordenara en nombre del cielo su director espiritual, era sin duda el instrumento mas á propósito de que pudiera echar mano el partido que le eligió. Nada hay repugnante para su conciencia en cuanto se lo ha propuesto un sacerdote. Para manejar mejor esa voluntad pasiva hallábase á su lado una princesa de alma osada y ardorosa, atormentada por la abrasadora sed del poder y poseida de un espíritu de dominacion tal que avasallaba cuanto se ofreciera á su presencia; vino á ser pues la princesa de Beira el alma y vida del partido cuya bandera era el infante.

Para enarbolarla sin embargo no habia esperado la entónces cómplice y ahora esposa de don Carlos á que muriese Fernando; sino que en 1825

y 1827, se ensayaron ya dos tentativas tramadas en las habitaciones de dos princesas portuguesas, que si bien no tuvieron éxito, bastaron no obstante para probar que existía en palacio una conspiración permanente, no contra la autoridad, sino contra la persona del rey.

Mientras los miembros de la familia real estaban tramando así la deposición de este, bien fuese por el triunfo del partido apostólico, bien por medio de una abdicación, ensayaban sus fuerzas los constitucionales para derrocar ese mismo despotismo que el partido de don Carlos juzgaba todavía insuficiente.

Las persecuciones contra los liberales habían sido desde 1814 crueles é incesantes; nada sin embargo fatigaba ni debilitaba su constancia, los conspiradores juraban venganza al pie del cadalso, la sangre vertida creaba nuevos planes, producía nuevas combinaciones; sucedíanse las víctimas, los mártires empero no se desalentaban.

Así reinó Fernando VII entre las maquinaciones de los carlistas y las malogradas tentativas de los liberales contra su autoridad tiránica.

Bien se echaba de ver por tan repetidos esfuerzos, que existían pasiones tumultuosas que solo esperaban la muerte del rey para estallar; mas, por una deplorable fatalidad aquellas dos organizaciones tan distintas en su objeto, anhelando la una la libertad, la otra el despotismo político monacal, se valieron del mismo medio de acción para preparar su triunfo: ambas se apoyaron en la fuerza del ejército, mal inmenso cuyas consecuencias vamos á examinar. Ha habido conmociones, mas no revoluciones. Una revolución solo el pueblo puede hacerla: él solo tiene derecho para llevarla adelante; pues, solo en él reside la fuente de todo poder legítimo.

En 1814, Fernando VII respondió con suplicios á los votos de la parte ilustrada de la nación, entronizándose rey de la hez del pueblo exaltado por un clero fanático, partícipe de sus horribles pasiones. Aquí es donde principió á figurar el ejército en las disensiones intestinas de España.

De vuelta Fernando de su cautiverio y llegado ya á Valencia, en su decreto de 4 de marzo de 1814, no reconoció, cierto, la obra de las cortes; prometió empero á la España una nueva existencia, repudiando solemnemente lo pasado y sus brutales tradiciones: pero Elio se hallaba allí con su ejército; Elio ofreció su apoyo á la tiranía, y no faltó un tirano dispuesto á aceptarlo.

Así que el ejército de aquel jeneral fué quien provocó el derribo de la constitución de 1812, y causó los infortunios que le siguieron.

Poco duró la ilusión. Al yerro que determinó aquel acontecimiento fatal sucedió el arrepentimiento, y en breve se realizó un movimiento en sentido contrario, como para espisar la falta primera. El ejército, ya juez de cual fuese la organización social mas conveniente á España, quiso encumbrarse á regulador supremo, y no bien se hubo derrocado la constitución, cuando estallan ya en su seno y sin interrupción repetidos planes para restablecerla. El último alcanza el triunfo en 1820, y los soldados de Riego y de Quiroga la proclaman de nuevo en la isla de Leon. Así es como restableció el ejército en todos los ángulos de la monarquía las mismas instituciones que dejara volcar seis años antes.

El júbilo, hijo del triunfo, fué sincero, puro, universal; todos los Españoles se aunaron: mas no tardó el ejército de la isla de Leon en ser el mayor obstáculo contra el gobierno constitucional, cuya existencia de tres años se vió de continuo dominada por el suceso mismo á que debía su restablecimiento.

Verificóse la invasión francesa..... presérvase para otros la tarea de escribir tan tristes páginas de nuestra historia! Llegaron los invasores, sin disparar siquiera un tiro, hasta las mismas murallas de Cádiz; y esta plaza impenetrable se les rindió tambien sin defensa, y aun sin capitulación, no bien hubieron declarado el jeneral en jefe Burriel, y Valdés, gobernador de la plaza, que no podían ya contar con la mayor parte de las tropas de línea que la guarnecían.

No sé yo por cierto quien dude un punto del denuedo y lealtad de la inmensa mayoría de los individuos del ejército; pero ello es, aunque con dolor debemos confesarlo, que las sociedades secretas, producto inevitable de la tiranía, intentando crear elementos de revueltas en el seno del ejército, habían enervado de todo punto su vigor. Había sí valientes, almas generosas, excelentes ciudadanos; pero ejército ya no existía: el espíritu de discusión había reemplazado la obediencia y disciplina, á fuerza de entusiasmo por los derechos políticos, se olvidaban los deberes militares; se hablaba mucho de morir por la constitución, y se perdió la patria.

Cuando, cual yo, se ha vivido en el destierro, se han presenciado muy de cerca las miserias sin cuento de tantos denodados oficiales de todas graduaciones que han espiado en el extranjero su desprendimiento por la causa de la libertad, cuyo triunfo hubiera sido cierto, á haber cumplido su deber todos los militares en 1823, cual lo cumplió lo mas florido de entre ellos.

Cuantas tentativas malogradas se han ensaya-

do despues de la invasion francesa lo han sido por militares que contaban con las simpatías que creian encontrar entre los soldados españoles. Sembróse así una sorda desorganizacion en los rejimientos; jefes, oficiales, y soldados se contemplaban árbitos de los destinos del pais, puesto que eran el objeto hácia que dirijian todas sus miras los partidos interesados en el vuelco del gobierno.

Tal ha sido el influjo del ejército en los movimientos liberales, que sin disputa alguna han dependido constante y esclusivamente de la accion militar.

La misma táctica, el mismo plan se ha observado por el partido contrario. En julio de 1822 la guardia real fué sublevada en Madrid y Andalucía al grito de viva el rey absoluto.

Los apostólicos vencedores, en 1823, merced á las bayonetas extranjeras, para conseguir que se active mas y mas la persecucion que padecen sus adversarios, acuden tambien á la revuelta militar, y colocan á la cabeza del levantamiento de 1825 á Besieres, francés de nacion, y en otros tiempos republicano. En 1827, son igualmente jefes de ejército los que, bajo el titulo de *agraviados*, se sublevaron y encienden el fuego de la rebelion en Cataluña.

Desde la muerte del rey, ¡cuántas veces ha gemido la España á causa de repetidos actos de rebelion! Canerac, Escalera, Sarsfield, Mendivil, jenerosos defensores de la libertad, perecen á los golpes de una soldadesca desenfrenada. Llega despues el castigo del crimen; y la cuchilla de la justicia troncha nuevas existencias que la disciplina bien observada hubiera conservado á la patria.

Sin embargo, ¡cuánto desprendimiento en el ejército! ¡qué admirable fidelidad á la bandera que tremolara! Cada oficial, cada soldado es un buen ciudadano que espone su vida diariamente, mientras nosotros, inútiles espectadores de tan encarnizada lucha, nos contentamos con dedicarle el tributo de nuestras escasas luces: pero el ejército ha carecido de esa impasibilidad cívica que todo lo reduce á un impulso único, la obediencia al gobierno supremo; cosa difícil en verdad, empero tan indispensable, que sin ella no puede haber ejército.

Ese desapropio de los militares, en medio de las tormentas revolucionarias, que no es mas que patriotismo, fué lo que salvó á la Francia; y si en 18 de brumario, un jeneral resplandeciente de gloria se atrevió, ayudado por algunos granaderos, á quitar de enmedio á los delegados de una representacion lejislativa mal avenidos entre sí, fué tan solo porque Bonaparte, objeto del entusiasmo sin limites de un ejército que le respetaba como jefe, no tenia á nadie que pensase

siquiera en disputarle el poder supremo, y penetrando con su mirada de águila hasta lo mas profundo de las llagas de la Francia, habia acertado con el remedio. Causada ya aquella nacion, respiró por fin despues de haber aprobado aquella arbitrariedad atrevida y atentatoria de la libertad: pues hay en las naciones algo mas que la libertad misma; su honor y su propia existencia, y uno y otro iban á anonadarse en las saturnales del directorio.

«El ejército,» dice el jeneral Lamarque, «extraña á todos los partidos, peleó tan solo por la Francia. Abundando en la máxima de que el poder militar no debe deliberar, obedeció á la junta de salvacion pública, al directorio, á los cónsules y al imperio; y hasta hubiera obedecido al rey, á no haber este hermanado su bandera con la del extranjero. Nuestros soldados han sacrificado siempre sus inclinaciones á su deber (1). Como quiera, sabido es que el ejército, tal cual se halla constituido actualmente, será el baluarte de la libertad; mas á pesar de esto, tal vez no encierre en sí el porvenir social de la España. Agotando por largo tiempo el pais sin resultados proporcionados á los sacrificios que le ha impuesto, logra sin duda el triunfo; pero pudiera con el tiempo ser un terrible estorbo, si, cual es de esperar, una intelijencia descollante, despues de haberse servido de él como instrumento de victoria, no acertase á convertirlo en medio de civilizacion y de trabajo; y á pesar de las individualidades que lo componen, es una institucion política mas bien que militar.

La tiranía de Fernando vió subievarse contra ella á muchos jenerales cuyos malogrados esfuerzos llevo ya referidos: la constitucion de 1820 tuvo tambien por contrarios, no solo á los jenerales que figuraron en las gavillas de la fe, sino tambien á los encargados de la defensa de las instituciones liberales. En 1823, se hallaba el ejército dividido en cuatro cuerpos y otro de reserva, mandados los primeros por Ballesteros, el conde de la Bisbal, Morillo y Mina, y la reserva, que no llegó á organizarse, se habia confiado á Villacampa. El jeneral Ballesteros, jefe de los comuneros, se entretuvo en examinar si era buena ó mala la constitucion, deliberó si debia ó no defenderla, y acabó luego por firmar vergonzosamente el convenio de 24 de agosto de 1823.

El conde de la Bisbal y el jeneral Morillo hicieron lo propio; sabidos son los resultados que tuvo semejante conducta para ellos y para el pais. La constitucion fué derrocada, es verdad; mas los tres han muerto en suelo extraño, y los dos primeros además en el destierro de que no acertó á libertarlos la traicion.

(1) Historia de los Cien dias, páj. 206.

Lo que pasó con el absolutismo de Fernando y con la constitucion ha sucedido posteriormente con el sistema de Zea. Llauder y Quesada, capitanes jenerales, el primero de Cataluña, y el segundo de Castilla, con su representacion á la reina provocaron la caida del ministro que les confiara el poder.

Este ejemplo fatal de los jéfes militares, que alzaban sus votos contra la autoridad suprema, por precision debia ser contagioso: y en efecto, el ministro así encumbrado en alas de la insubordinacion no tardó en estrellarse con la sedicion armada. El estatuto real, institucion sin disputa incompleta y de la cual puede con razon decirse que concedia ó poco ó demasiado, pero que al menos denotaba un paso ajigantado hácia la libertad, no sirvió de éjida á su autor, el señor Martinez de la Rosa. En 18 de enero de 1835, el subteniente Cardero, á la cabeza de un batallon, se hizo fuerte en el centro de Madrid, desafió cara á cara al ministerio y le obligó á capitular: esta jornada por cierto debió de ser amarga para el ministro de la guerra, que lo era á la sazón el jeneral Llauder: pues en tan crítico momento, recordaria sin duda el ejemplo que diera pocos meses antes, y echaria de ver bien á las claras cuán fatalmente contagioso es el derecho de representacion con las armas en la mano. Un mero subteniente ponía en planta la leccion que le enseñara su superior; y como pesara su falta sobre el ministro de la guerra, de fuerza ó grado tuvo este que transijir con el oficial de voluntarios de Aragon. ¡Tan dilatada en amargos resultados es la violacion del orden y la justicia, sobre todo, si semejantes infracciones socavan el principio conservador de la disciplina militar, donde todo se toca, todo se enlaza, desde el supremo mando del ejército hasta el mas ínfimo soldado!

En efecto, el inicuo atentado de la Granja ya no es siquiera el hecho de un mero subteniente: un sargento fué quien osó allí insultar á la majestad de una reina.

Ya que se habia entrado en la senda del olvido de toda subordination, no fué fácil el detenerse; *hubiérase dicho que la enormidad del crimen de la Granja debia atajar para siempre el rumbo comenzado; pero no, nada es ya capaz de cortar esa abrasadora fiebre que contagiará todas las filas.*

En 1837, el ejército de Espartero emprende la persecucion de don Carlos: la guardia real, que con su valentía y gloriosas hazañas ha justificado tan cumplidamente su denominacion de cuerpo de preferencia, y cuya admirable disciplina podia servir de dechado, llega á la corte; unos sesenta oficiales firman en Pozuelo de Aravaca una representacion á la reina, en que

piden la deposicion del ministerio; no se castiga aquel acto de rebelion.

Ninguna opinion, ningun ministerio está al abrigo de los ataques venidos del campamento.

El ministerio Ofalia fué el resultado definitivo de la esposicion de Pozuelo de Aravaca; parecia pues que habia de permanecer en paz con el jefe del ejército; mas no bien contaba tres meses de existencia, cuando Espartero se vió en la precision de declarar que desde el mes de setiembre, época en que cayera el ministerio anterior, no habia podido obtener ningun socorro pecuniario del gobierno.

¿Qué es lo que se deduce de tan larga enumeracion de hechos históricos y de actos incompatibles con una fuerte organizacion militar? ¿Se creerá acaso que ha sido mi intento el acusar de este modo á los hombres de quienes he hablado, de desgarrar así al pais con miras interesadas ó para satisfacer pasiones individuales? A buen seguro que nada está mas distante de mi pensamiento. Creo, que sus intenciones han sido siempre puras; veian un mal, que su celo presentaba aun mas grave á su imaginacion, y se debaban arrastrar por el afán de aplicarle pronto y certero remedio. Dudando de la energía del gobierno (y ¿cómo no dudar de ella?), creyeron deber contribuir á la salvacion de la república, y queriendo tan solo derribar á los hombres, apocaron el poder é imposibilitaron su ejercicio; pues al siguiente dia de la caida de un ministerio, no han faltado nunca críticos sin cuento que hayan provocado por causa de incapacidad la disolucion del recién entrado. Una vez abrazada la senda de la ilegalidad, es imposible detener el paso.

He querido ser veraz, y me he esforzado en indicar el achaque que ha paralizado los esfuerzos de ese ejército leal, tan noblemente adicto á la causa que sostiene. He interpretado los votos de la inmensa mayoría de los oficiales; quienes anhelan de todas veras el restablecimiento de una justa y rigurosa disciplina, sin la cual la fuerza armada no es mas que un instrumento de tiranía; y no se hallará por cierto un militar pundonoroso que no desee la realidad efectiva de las ordenanzas militares: mi intención empero ha sido tan solo evidenciar plenamente este hecho incontestable, es á saber; que por una tradicion, que jamás será sobradamente llorada, desde el jeneral hasta el soldado, obedecen todos al influjo de una desorganizacion aciaga, que relaja ó troncha los lazos de la disciplina desquiciando el ejército; que el gobierno tiene una condescendencia estremada á la voluntad de los jefes militares, y que estos, sean cuales fueren por otra parte las brillantes prendas que los realzan, han tenido sin embargo constante

mente clavada la vista en los acontecimientos de Madrid, y se han ocupado exclusivamente en cuestiones políticas.

El conjunto de acontecimientos verificados en España demuestra claramente que la guerra civil no ha sido cuestión puramente militar, y es á mi ver suficiente prueba de este hecho el asombro que por do quiera ha ocasionado la naturaleza de esta lucha armada, la cual, según parecer universal, ha desmentido, por decirlo así, hasta las mas incontestables nociones del arte militar.

Si la ciencia de la estrategia hubiese encerrado en sí el problema de la guerra, fácil es conocer que su solución no hubiera sido tan tardía. Además de esto, ¿á qué debe conducir la ciencia de la guerra, si ya no es á alcanzar victorias y evitar derrotas? Ahora bien: examinemos las fases de esta desgraciada guerra, y nos convenceremos desde luego de que su extensión ó acortamiento no hacen dar siquiera un paso á la verdadera cuestión; los triunfos y las pérdidas no han producido resultado alguno trascendental para las fuerzas beligerantes: el número de combatientes no influye en las probabilidades de éxito ó derrota.

Estalla la insurrección en Navarra: principian por asociarse algunos paisanos en las cumbres de las montañas, en torno de un cabecilla desconocido; opónensele tan solo fuerzas insignificantes, crece el levantamiento, encuentra un jefe denodado, y aparece Zumalacarrégui. Envía allí el gobierno insuficientes refuerzos de tropa, en vez de anonadar con masas enormes la rebelión apenas naciente. El número y superioridad de los soldados de la reina se compensan con el denuedo de los rebeldes y su práctico conocimiento de aquel terreno escabroso: cada peñasco se convierte en una fortaleza, en cada desfiladero se prepara una emboscada.

Si bien no era posible fijar por minutos la hora en que debía morir el rey, su muerte sin embargo era un acontecimiento considerado por todos como inmediatamente cercano. Poco antes del 29 de setiembre de 1833, en que se verificó, se habian licenciado 25.000 soldados, y los ministros de aquella época echaron de ver muy presto el inmenso vacío ocasionado por aquel licenciamiento, legal, si se quiere, pero muy impolítico: trataron por consiguiente de llenarlo utilizando algunos batallones de milicias provinciales. Lo exhausto del tesoro tras diez años de una profunda paz, amarga sátira de aquella época del reinado de Fernando, no permitió que se desplegasen por de pronto mayores fuerzas. La rebelión pudo pues estallar y extenderse impunemente, por no haber dinero en las arcas reales, á pesar de tantos empréstitos, y á pesar,

fuerza es repetirlo, de diez años de paz.

Así que, la insurrección navarra se combatió ya desde su principio con falta total de energía: nada habia preparado para atajar de raíz este acontecimiento, que era consecuencia inevitable del cambio verificado en el orden de sucesión á la corona. En vez de una concentración de tropas capaz de sofocar á un tiempo el levantamiento en todos los ángulos de la península, el gobierno se ha contentado siempre con irle oponiendo sucesiva y metódicamente una fuerza proporcionada á su desarrollo.

Ningun ministro ha comprendido la necesidad de triunfar á todo trance, y, por mas que se diga, ello es que en un principio era harto fácil el conseguirlo. Por desgracia se miró con desden la sublevación de la Navarra, se atacó con excesiva flojedad, y de esta suerte contrapesándose las fuerzas de continuo, la posición fué siempre idéntica: jamás el remedio fué proporcionado al mal, y no parece sino que los ministros de la reina pretendian hacer rostro á la insurrección á fuer de jugadores de ajedrez, avanzando una pieza en el tablero de Navarra cada vez que adelantaba otra su adversario; partida harto cruel á la verdad, y en que se ha jugado la existencia de tantas y tan nobles víctimas; sin embargo, muy lejos se halla de haber sido tal la intención de los ministros que se han ido sucediendo en el poder: cualquiera que haya sido su color político, todos sin escepción han deseado con igual probidad, con la mas sincera buena fe, el término feliz de la guerra y el anodamiento de la rebelión. ¿De qué dimana pues que hayan todos ellos, no solo salido mal con su empresa, sino aun dejándose arrastrar por el mismo rumbo, sin que sus diversos matices parezcan oriñinados de un pensamiento distinto, sino mas bien de la índole de los individuos?

Y cuanto digo acerca de los ministros puede igualmente aplicarse á los jenerales en jefe del ejército del Norte. Rodil, Valdés, Mina, Quesada, Sarsfield, Córdoba, Espartero, á pesar de su talento, de su bizarría, de su amor á la patria, y de su noble ambición, no han conseguido que la cuestión adelantase un solo paso; y la insurrección, numéricamente menos fuerte y combatida por fuerzas mas considerables, ha sido siempre la misma.

Esta insuficiencia de los ministros y jenerales ha consistido en que la cuestión no era puramente militar; y sabido es que deriva de una primera causa, oríjen sin duda de todas las desventuras de España: *la falta absoluta de gobierno*.

Puesto que hemos manifestado la condición militar del partido constitucional, preciso se hace reconocer tambien la nulidad del carlista; y en verdad ¿qué importa que conste la insur

reccion de cien hombres ó de treinta mil, si al fin y al cabo la situacion es siempre una misma? Reducida á la defensiva, atrinchérase detrás de las rocas, así en sus últimos tiempos como en los dias primeros de la esplosion; y si tal vez el hambre y la desesperacion la fuerzan á lanzar lejos de sus montañas, cual errantes vagabundos, á la flor de sus soldados, ¡cuán misera suerte no espera á esta columna expedicionaria! Otra columna constitucional, no mas corta en número, emprende su persecucion, acaso sin alcanzarla; mas no permitiéndola un instante siquiera de reposo, amigos y enemigos dejan profundas huellas por el país que atraviesan, lo agotan, lo veján; y á la vuelta de pocas semanas, rendidos de cansancio los carlistas, toman de nuevo la ruta de Navarra, llevando consigo á su guarida la maldicion de las provincias que ha señalado su paso con el sello de la rapiña y los escesos.

Dígalosino la expedicion de Gomez, que salió por Asturias y tuvo que entrar por Vizcaya, despues de haber dado la vuelta á toda la Península y pasado hasta por debajo de las murallas de Jibraltar. Otro tanto sucedió á las posteriores, y si pudieron por largo tiempo los carlistas hacerse ilusion á sí mismos, achacando á poca maña é influjo de sus jefes el malogro de sus tentativas, si llegaron á persuadirse de que á vista de su príncipe se alzarían en masa las provincias, muy presto vino á desengañarlos la afamada expedicion de don Carlos, verificada en mayo de 1837.

Tras diversos encuentros mas ó menos favorables ó contrarios, en Huesca, Barbastro, Gra, Chiva y otros puntos, llega al fin el pretendiente hasta muy cerca de las murallas de Madrid, con todas las facciones de Aragon y Valencia reunidas al ejército que trajera de Navarra; mas no bien se acercan Espartero y Oráa, que iban en su seguimiento, se da al punto la orden de retirada: regresa don Carlos á Navarra con sus montañeses diezmadros no menos por la fatiga que por los combates, y Espartero va siguiendo sus huellas sin empeñar jamás una accion decisiva: Cabrera vuelve con sus hordas al teatro habitual de sus atrocidades, Oráa le acompaña á él, y todo vuelve á tomar la fisonomía ordinaria de una guerra de observacion, así en Aragon como en Navarra.

La causa constitucional nada ganó en esta expedicion, que probó á la vez la impotencia de los carlistas y la aversion de las masas por su jefe. Díjérase que habia llegado ya el momento de la decadencia de la insurreccion, y que la vergonzosa retirada de los carlistas iba á dar otro impulso á la guerra. Nada de esto: todo volvió al antiguo *statu quo*, y el gobierno no

supo granjearse fuerza alguna moral á la ayuda de una ventaja que se debia juzgar decisiva. La muerte de Zumalacarreñi, la batalla de Mendigorria, el gloriosísimo levantamiento del sitio de Bilbao, la brillante jornada de Luchana, ningun ascendiente comunicaron á los defensores de la constitucion. ¡Sangre y mas sangre vertida siempre sin ningun fruto! Pero en cambio, la fatal batalla de las Amezcuas no tuvo tampoco desastrosas consecuencias, y ni el levantamiento del sitio de Morella, ni el descalabro en frente de Segura comprometieron mas de lo que lo estaba la causa de la reina. Los jefes de ambos ejércitos, una vez vencedores, contentábase con ostentar las ventajas del timbre que han alcanzado; pero ninguna jornada tiene mañana.

He dicho que el número de guerreros ningun influjo visible ejercia en los acaecimientos militares, verdad sobremanera fácil de patentizar.

En 1835, cede la Francia á la España la legion extranjera de Arjel, y cinco mil infantes, bien organizados y no menos bien dirigidos, desembarcan en Tarragona, atraviesan la Cataluña y llegan á Navarra. La Inglaterra consiente un alistamiento en virtud del cual se forma una legion auxiliar, que si bien consta de reclutas, no obstante es muy pronto debidamente organizada en San Sebastian por jefes sabios y experimentados. Por otra parte Portugal, en cumplimiento de una de las cláusulas del tratado de la cuádruple alianza, envia una division de tropas de línea al mando del jeneral baron Das Antas. Díjérase que con este aumento súbito de una fuerza militar muy considerable habian de estenderse las operaciones de la guerra á una escala mucho mayor. Debíó no menos suponerse que, siendo como era la espresion no equívoca de una cooperacion efectiva de los aliados de España, pesaría considerablemente por su efecto moral y material en la suerte de la guerra. Nada sin embargo sufrió alteracion alguna, y la llegada de 20.000 soldados mas ó menos aguerridos y disciplinados no pareció sino un estorbo de mas á causa de los gastos que ocasionaba. Mal pagados, á pesar de todos los esfuerzos posibles, sus exigencias, tal vez llevadas al extremo, pero no por eso menos justas en el fondo, son un continuo tormento para el jeneral en jefe á cuyos oídos llega la espresion del descontento, y para el ministro á quien la lleva el eco.

Vemos pues que el número de guerreros en nada adelanta el triunfo de la causa constitucional: mas tal vez se objete que sin los esfuerzos de que he hablado, el carlismo hubiera tenido gran superioridad, y que los extranjeros sirvieron para mantener al ejército de la reina en sus posiciones.

Si he podido demostrar que la España ningún fruto ha sacado de las tres lecciones auxiliares, no es decir por eso que estas hayan dejado de cumplir su deber, antes por el contrario nadie mas que yo está convencido de los jenerosos servicios que nos han prestado: solo ha sido mi intento evidenciar que estos por desgracia no han influido en la terminacion de la guerra.

Como quiera, para contestar al especioso argumento que se me opondrá indudablemente, fundado en los males que han evitado aquellas lecciones, proseguiré su historia y demostraré que su falta no se echó de ver en el conjunto de los acontecimientos.

En efecto, mutilada la lección de Arjel por las enfermedades, los padecimientos y la guerra, y mandada por jefes franceses del mayor mérito, tales como Bernelle y ese bizarro Conrad, muerto en Barbastro y que llevó á la tumba la admiracion del ejército español, al fin queda disuelta, y entran sus residuos en Francia. Sin embargo empeora por esto el aspecto de la causa constitucional? No por cierto.

La lección inglesa acaba el tiempo de su empeño y es licenciada; los carlistas empero experimentan ventaja alguna de esta disminucion de fuerzas? Tampoco.

La division Portuguesa en fin se retira intacta, siendo este un tercer desmembramiento que ninguna alteracion produce en los negocios militares.

Así que, el aumento de tropas no da superioridad alguna, y la disminucion ninguna desventaja ocasiona: todo permanece en el mismo estado; no parece sino que la guerra de Navarra es una balsa que conserva su nivel, sea cual fuere la cantidad de agua que se le añada ó estraiga.

Bien se echará de ver que al discutir las cuestiones que voy examinando, no pretendo resolverlas con la matemática precision de un jefe de estado mayor, ni hacer tampoco un diario de operaciones militares, analizando en él la importancia de las posiciones ocupadas en distintas épocas por ambos ejércitos. No es mi objeto entretenerme en pormenores, sino que abrazo en masa el conjunto de los acontecimientos, es decir, sus resultados trascendentales. Prueba de ello es que las consideraciones que acabo de desarrollar no se encierran en el círculo del examen teórico de la guerra, sino que van naturalmente enlazadas con la idea jeneral de que la insurreccion de Navarra no era una cuestion puramente militar, y que no podia la fuerza de las armas domar la resistencia de nuestros adversarios. Subiendo de este modo de los efectos á las causas, llegamos fácilmente á sentar por conclusion que el malogro de los esfuerzos de los jenerales y ministros que con toda su alma

anhelaban el triunfo de la libertad y el anodamiento de los facciosos, es un hecho que conviene estudiar; y como quiera que haya yo abusado ya de antemano á aquellos encargados del poder de toda responsabilidad de intencion y de accion con respecto á las fatales largas de la guerra, asaz demostrado tengo con ella que estas no han procedido de los hombres, sino de la mala organizacion. Lo repito, y cien veces tendré que volverlo á repetir; todas las desventuras de España proceden de la falta absoluta de una administracion normal fuerte é inteligente. Mientras no se establezca sólidamente esta primera base social, nada puede hacerse, nada se diferenciará de cuanto hasta ahora hemos visto. Si la guerra ha llegado á duras penas á su término, merced á los sacrificios de jefes y soldados y á la nulidad de los carlistas rechazados por la inmensa mayoría de la nacion, nos quedará aun la anarquía, esa plaga devoradora de la España, efecto de males inveterados y causa primitiva de las desgracias actuales. Sin duda que se hubiera dado un paso inmenso hácia la pacificacion el día en que, destruyendo el orden de ideas jeneralmente admitido de que nada podia fundarse en España durante la guerra civil, se hubiese reemplazado esta creencia por su diametralmente opuesta, por la única justa, la única verdadera, es á saber, que mientras no se cree un gobierno, no cabe mejorar sensiblemente la situacion actual. Y en efecto, ¿cómo explicar de otro modo la duracion de esta lucha sostenida por unas provincias cuya poblacion entera no pasa de 500,000 almas? Las tropas que pudiera alzar, aun reforzadas con las hordas del sanguinario Cabrera y las del feroz conde de España, no hubieran acertado á arrostrar con fruto por tan largo tiempo lo restante de la nacion, si un gobierno activo, fuerte é inteligente hubiese utilizado los medios de toda especie que tenia á la mano; si hubiese sabido crear nuevos intereses y hacer un llamamiento al honor de esa inmensa mayoría que estaba jimiendo agoviada por horribles desventuras. Tal estado de cosas hubiera sido intolerable sin duda en cualquier otro pais, y aun en España empezaba ya á serlo. En medio de tantas miserias, inevitable resultado del sistema devastador adoptado por los carlistas, ¿hay acaso un solo habitante ligado en algun modo á la sociedad que pueda haber ansiado de buena fe su triunfo? ¿Dónde se hallan los adictos á esa causa del mas estúpido y bárbaro fanatismo? Tan solo entre los que vivian de los abusos que agotaban la España, y entre la hez del pueblo avezado á ennegarse en el degradante ocio que fomentaban los conventos.

Por lo contrario, hanse colocado sin excep-

cion en el opuesto platillo de la balanza todos los elementos de civilizacion, de saber y de progreso. La nobleza en masa, la gran mayoría del alto clero, todas las clases de la sociedad, el comercio, la industria, cuantas ciudades hay en el reino, han mostrado la mas acendrada adhesion á la causa liberal; y del ejército no hay necesidad de hablar, pues su lealtad se ha puesto á prueba de continuo y es harto conocida. En suma, la fuerza intelectual, la material, todo ha estado de parte de los constitucionales; y sin embargo la guerra no presentaba con el trascurso de los años ningun adelanto visible.

En visto de esto, ¿cómo es posible no dudar de que esos elementos de fuerza han sido desmanadamente combinados, mal dirigidos y peor aplicados, y que su falta de union ha ocasionado la duracion de la guerra y prolongado por sí sola la existencia de la insurreccion?

La mision pues del gobierno de la reina no ha sido resolver una cuestion puramente militar; porque si la valentía de sus ejércitos y sus repetidos triunfos en nada han encaminado á la solucion en favor suyo, si las parciales ventajas de los carlistas ningun provecho les granjearon, claro es que por una y otra parte se vislumbraba una cuestion de porvenir no resuelta todavía; cuestion que, señoreando la lucha armada, ha paralizado los esfuerzos mejor combinados. No cabe que se encuentren cara á cara dos ejércitos por años enteros, sin que se eche de ver á todas luces cuál sea el que goza de ascendiente sobre su contrario. En toda guerra se trata siempre de conseguir un fin, la destruccion del enemigo; lo mismo sucederá por consiguiente con mayor razon en las disensiones civiles, donde es mucho mas violento el contrastado choque de las pasiones.

Otra vez repito que no intento detenerme en pormenores estratégicos; si únicamente en la parte moral y política de la guerra; pues no examino la cuestion con los partes militares á la mano: antes siento como hecho positivo que la prolongada inaccion de casi todos los jenerales y la falta de éxito de las operaciones, si no su nulidad, no pueden esplicarse por reglas de estrategia, y que no permanece guerra ninguna en un idéntico estado por espacio de cinco años, si ya no es que depeuda de circunstancias tales y de tal modo combinadas, que ni á la valentía, ni á la decidida lealtad y desprendimiento de un ejército superior en número y talento, les quepa en modo alguno resolverlas: y en este caso, es preciso confesar que existe un mal oculto que todo lo paraliza, todo lo anula.

Este es el resultado á que he querido llegar al señalar la residencia de este mal, que no estriba á mi entender mas que en la debilidad or-

gánica del gobierno supremo; y en verdad que los hombres mas eminentes de la nacion han ido corroborando sucesivamente la exactitud de este hecho; pues todos sin distincion siguen, con una monotonía que desespera, los mismos yerros, ó, si tal vez adoptan para reemplazarlos otros nuevos, nada alteran en la situacion del pais. El ministerio en España es para los hombres lo que la prensa monedera para los trozos de metal; oro, plata y cobre, sea cual fuere su forma, no bien han sentido la presion del volante, salen todos con la misma efijie, con el mismo emblema, con la misma fecha: no de otro modo los hombres que llegan al poder, apenas han sentido el influjo administrativo, á pesar de su valor intrínseco, son todos exactamente parecidos; su sistema es uno mismo, los abusos continúan, solo el achaque se va haciendo cada dia mayor.

Trascurrieron seis años de guerra asoladora, sin que dejase un punto de ser la misma la cuestion que puso las armas en mano de los combatientes; y muy difícil sin duda hubiera sido el prever su solucion cifrando tan solo las esperanzas de paz en las vicisitudes militares: prueba de ello la desproporcion de las fuerzas beligerantes, á pesar de la cual, nada acertó á dar al mas fuerte sobre el mas débil un ascendiente real y continuo, que fuese preludio cierto de la terminacion de la lucha: y sabido es que se oponian formalmente á conseguirla la naturaleza misma de la guerra, el impulso íntimo de la insurreccion, y mas que todo, su objeto, que ni era dinástico, ni religioso, ni político. Para darse cuenta de la prolongada existencia de tan desastrosa rebelion, durante la cual no podia medrar pensamiento alguno moral, preciso es volver la vista allá á la guerra de la independencia que inspirara á las masas la pasion por guerrear.

He negado á la insurreccion el carácter dinástico, porque nadie ha respetado menos á don Carlos que los jefes armados en su nombre. Zumalacarreñi no le escaseaba en ninguna ocasion las pruebas mas evidentes de su arrogante desprecio (1). Cuando daba el jefe navarro la ór-

(1) Si Zumalacarreñi no se hubiese visto privado sin motivo del mando de su rejimiento, ni tratado con injusticia y dureza por Quesada, jamás se hubiera alistado en las filas del pretendiente; á lo menos así parece deducirse de los términos de una proclama que dió en 1832, cuando mandaba en el Ferrol y acababa de sofocar un motin. Esta proclama concluye así: *¡Viva el rey; viva la reina; viva su descendencia!* y se halla original escrita y firmada de su puño en manos de su hermano, que es uno de los hombres mas eminentes del partido constitucional y recomendable majistrado.

den de marcha, no se curaba de lo que iba á ser el pretendiente; antes por el contrario, este era quien se veía precisado á seguir las partidas insurreccionadas del mejor modo que le era dable; y en muchísimos despachos interceptados del cabecilla, se leen órdenes para conducir «*al rey y á sus bagajes*» á tal ó tal punto: hasta se dice en algunos «*que ningún caso se haga de tal orden del rey*,» que se tome tal direccion «*á pesar de las órdenes contrarias del rey*, etc.»; y es inútil añadir que jamás fué desobedecido Zumalacarrégui (1). Su muerte fué motivo de gozo para don Carlos, que se cansaba ya de la impetuosa y altanera aptitud de su lugarteniente (2); y esto nada tiene de particular, pues cuando en una insurreccion que se personifica en un nombre, no sabe el que lo lleva hacerse jefe real, cabeza directiva, viene á parar forzosamente en despreciable instrumento de que se sirven los insurjentes.

¿Qué ha sido don Carlos para Cabrera? Nada. En medio de las abominables represalias que han ensangrentado la España, concibió el general San Miguel, que lo era de Aragon, un pensamiento de humanidad, y para realizarlo envió á los prisioneros carlistas al cuartel jeneral de don Carlos en Navarra, á fin de conseguir que se ordenara á Cabrera que pusiese término á las sanguinarias ejecuciones; empero los dos oficiales, que regresaban con una orden formal de don Carlos, para que cesasen tan horribles asesinatos, sabedores de las disposiciones que habia dado Cabrera, se negan á llevársela, seguros de que por toda contestacion les mandaría fusilar.

Las sangrientas ejecuciones de Estella manifiestan tambien muy á las claras cuán altamente despreciaba Maroto á su señor. ¿Qué ha sido don Carlos despues del baldon con que marcara en frente el jefe carlista? ¿Qué espectáculo de crisis no ha efrecido un pretendiente al trono de una gran nacion, doblada la cerviz bajo el ensangrentado sable de Maroto, y pidiéndole públicamente perdon de rodillas por haberle declarado la vispera traidor y fuera de la ley! Nada faltó entonces á la humillacion y avilantez de don Carlos: hasta aprobó la sentencia de sus fieles servidores inmolados á resentimientos personales.

Ahora bien, ¿cómo cabe encontrar en estos hechos el impulso dinástico, ese culto ciego, tributado por una multitud de hombres á uno solo para vez su igual y casi siempre su inferior en in-

telijencia? ¿En qué viene á parar, tras tan cruentas orjías, el principio divino encarnado? Desaparece muy en breve, ó mejor, jamás ha existido: fué á lo mas un ídolo degradado que bastaría por sí solo para hacer odiar la causa á quien sirviera de enseña. Mas han contribuido los carlistas á la irrisión del principio monárquico, con entregar á su jefe al desprecio del mundo entero, que todos los esfuerzos reunidos de la propaganda republicana. Zumalacarrégui, Maroto y Cabrera proclamaron en la persona de D. Carlos la lejitimidad, y hollaron al propio tiempo al mismo que, segun ellos, la representaba: con lo cual han señalado clara y distintamente el carácter de la revolucion, que no es otro que el de las pasiones individuales necesitadas de un punto de enlace y aunamiento: pero ¿pretender ahora que fueron defensores de un principio!... ¿Qué delirio!... Cuando se vuelca y escarcece al ídolo, mal sienta por cierto el ensalzar el culto que se le tributa.

Tambien niego á los rebeldes el carácter político á que han aspirado, y en efecto, ¿cuál era en realidad su designio, su pensamiento? ¿Acaso la continuacion del sistema de Fernando?... no y mas no: eso sería la negacion de todo sistema; nadie pelea para entronizar el absurdo. Desear semejante anarquía es querer el embrutecimiento de todo un pueblo. Tal vez sea este el bello ideal de algunos curas fanáticos á quienes aprovechaba tal estado de cosas, y el de algunos ambiciosos marcados con el sello de la reprobacion por la mano de Dios; pero á buen seguro no es un sistema, y mucho menos una utopia política.

En cuanto al carácter religioso, ¿dónde buscarlo entre los insurjentes?... ¡Ah! si cupiese siquiera imaginar que la religion puede parecer un dia abominable, sin duda bastaria á presentarla tal la vista de esos entes envilecidos manchados con mil crímenes, que tienen la osadía de escudarse con su sagrado nombre, y que la ultrajan en su mayor pureza; y es ciertamente hacerse culpable de sacrilegio el pronunciar la palabra religion cuando se trata de una insurreccion que, excepto en las provincias vascongadas y en Navarra, ha sido tan solo un horroroso hacinamiento de cuantas pasiones desordenadas y brutales pueda encerrar la depravacion del corazon humano.

Bien es verdad que no ha tenido la insurreccion una naturaleza uniforme en todas las provincias donde se ha manifestado. Hase presentado bajo dos aspectos principales: en Navarra y en las Provincias vascongadas, ha presidido al principio un pensamiento de provincialismo, de fueros, de privilejios, y sobre todo de aduanas; en seguida algún destello de fanatismo re-

(1) *The policy of England towards Spain*, páj. 87.

(2) Me han enterado de este hecho lejitimistas franceses de alta consideracion, que pudieran citar en caso necesario. Véase además la citada obra, p. 88.

lijoso y monárquico, y al cabo un denuedo, digno en verdad de mejor causa. En lo restante de España, ha habido tan solo gavillas inmundas, horribles banderías, sin trabazon ni organizacion alguna, y llevadas de un solo deseo, el pillaje. Esta reseña dará á conocer fácilmente que no debían emplearse en rigor los mismos medios para sofocar entrambas insurrecciones, de naturaleza en cierto modo diferente, en razon de su carácter, origen y elementos de existencia. Los últimos restos de Aragon, Valencia y Cataluña, cuyo origen he indicado ya, han sido solamente banderías.*

Fáltame tan solo demostrar ahora cómo se reclutó la insurreccion y engruesó hasta el punto de contar muchos miles de soldados.

En el estado moral en que se hallaba la sociedad española cuando estalló la rebelion, bien se echaba de ver cuáles serían los hombres que debían unirse á ella espontaneamente. Individuos aislados, lanzados casi forzosamente, por una sociedad desquiciada, á la carrera del crimen y latrocinio: muy numerosos en España, hondamente corrompidos, feroces por el exceso mismo de sus males, especie de *felahes* que vivían en un estado casi salvaje, nada era capaz de contenerlos, si ya no era la fuerza material. Tales hombres, dispuestos de antemano á toda insurreccion, cualquiera que fuese, formaron el núcleo del alzamiento carlista.

Sin otro fin que mantenerse de rapiña, no tardaron en acarrear daños irremediables. El infeliz campesino, cuya choza acababa de ser entregada á las llamas, á quien habían robado los ganados, y que se hallaba en un punto reducido á morir de hambre, no tuvo otro recurso mas que juntarse con los facciosos para evitar la desventurada suerte que le amagaba; algunos empero se agregaron al ejército constitucional. La casualidad tan solo era quien determinaba su eleccion, pues se entregaban al partido que mas presto saciaba su hambre apremiadora, y una vez comprometidos, tenían que pelear en las filas en que se alistaran. Aumentando este modo de reclutar el número de depredaciones, crecieron los males á proporcion, y por consiguiente nuevas y nuevas víctimas tuvieron que recurrir á este forzado alistamiento. Así era cómo se multiplicaban los efectos por las causas y estas por aquellos, y así fué tambien cómo las facciones de Valencia, del Bajo Aragon, de la Mancha y de Cataluña llegaron á ese grado de mentido poderío, originado por el terror que infundia donde quiera el crimen, siempre impune.

Y llamo mentido al poderío de los rebeldes, porque unos hombres, faltos de toda organizacion, de todo plan combinado, que no obran

á nombre de principio alguno, constituyen tan solo una fuerza brutal que carece de vida y que nada puede crear: y este en efecto ha sido siempre el carácter distintivo de esas gavillas que han talado las provincias centrales de España sin ningun plan, sin mas objeto que llenarse de botin.

Apesar de la falta total de moralidad que se observaba en esta parte de la insurreccion, estoy sin embargo intimamente convencido de que se componia en su mayor número de hombres forzados por el hambre á recurrir á tan desesperado arbitrio: y si han permanecido entre los rebeldes, ha sido únicamente porque ninguna garantía vislumbraban en la flaqueza del gobierno constitucional, porque no veían en él condicion alguna de porvenir, una vez hubiesen depuesto las armas. La desesperacion los lanzó al crimen, la desesperacion los mantuvo en él.

Pero si ese gobierno de fuerza é inteligencia, por que tanto clamor, hubiese descollado por medio de hechos palpables y evidentes; si en vez de perder toda esperanza de encontrar recursos pecuniarios, al reparar en lo exhausto del erario, hubiese emprendido grandes trabajos públicos, proporcionando por ejemplo á la España buenos caminos reales de que tanto necesita; si rechazando de una vez para siempre la deplorable costumbre de dejar pendientes sus obligaciones, hubiese realizado su ya perdido crédito y obtenido dinero; si ese gobierno, digo, hubiese creado inmensos talleres y convocado á ellos indistintamente á todos los hombres deseosos de ganar un salario lejítimo y fielmente pagado, estoy en la íntima conviccion de que gran parte de los facciosos de Valencia, Aragon, Cataluña y la Mancha hubieran renunciado á su vida criminal y dañina, acudiendo en tropel á alistarse bajo la moralizadora bandera del trabajo jeuerosamente recompensado.

La construccion de caminos, que, partiendo de los principales centros de la poblacion, conduzcan á otros menos considerables, puede cómodamente ocupar miles de brazos, sin necesidad de gastos que escedan las fuerzas y medios que tiene todavia la España: la mera cita de un hecho que conozco personalmente, puesto que es obra mia, corroborará este aserto. El señor marqués de las Marismas se encargó de la construccion de un camino en Asturias, y habiendo empleado en él, durante los cuatro últimos meses de 1838, hasta 5,500 jornaleros, no pasaron los gastos de un millon de reales por su cuenta, y unos doscientos mil reales, poco mas ó menos, por la del gobierno. Júzguese por solo este ejemplo cuán inmensas obras puedan emprenderse con escasos medios, y cuál sea el ansia de la clase jornalera por entregarse al trabajo.

Y cuanto llevo dicho acerca de la construcción de carreteras es aplicable también al establecimiento de puentes, mediante los cuales desaparecerían los barquichuelos en que tan arriesgadamente se trasponen los ríos de impetuosa corriente, y los puentes de barcas que tanto afean el aspecto de las ciudades más lindas de España: sin embargo todas estas mejoras podrían conseguirse sin necesidad de que el gobierno hiciese ningún adelanto de fondos. La explotación de minas, la conclusión de los canales comenzados, la abertura de nuevas vías de comunicación fluvial, la unión del Océano con el Mediterráneo por medio del Ebro y el Duero, la navegación del Guadalquivir hasta Córdoba: he aquí el verdadero modo de pelear sin que cueste una lágrima ni una gota de sangre. He indicado tan solo algunos de los trabajos que pueden ejecutarse; existen además muchísimos otros, no menos útiles, que pudiera citar; pero una vez admitido el principio, no quedaría á mi entender más que la dificultad de la elección en la aplicación de los medios; y el cálculo que tengo hecho sobre el camino desde Sama á Jijón prueba evidentemente que sesenta millones de reales proporcionarían trabajo para durante un año en diversos puntos de la Península á cien mil jornaleros. Puede no ser el cálculo rigurosamente exacto con respecto á ciertas provincias, pero no hay duda que lo es siquiera aproximativamente.

¿Y qué ministro, colocado bajo tal punto de vista de moral y humanidad, hallaría dificultad en encontrar sesenta millones? y aun si siquiera tendría tal vez que enjugar del hallazgo de esta suma; pues como no se trataría de desembolsos considerables hechos de pronto, reducirase todo simplemente á la cesión del producto igual al interés no menos que á la amortización del capital empleado: y seguro es que la industria privada emprendería aquellos trabajos al modo que el señor marqués de las Marismas se encargó del camino de Asturias mediante estipulaciones, de tal manera fundadas en la equidad, que honran sin duda á entrambas partes contratantes.

O mucho me engaño, ó semejante sistema hubiera dado por inmediato resultado la atenuación de esas gavillas indisciplinadas de que he hecho mención, y poco á poco hubieran quedado al cabo reducidas al primer jérmén de insurrección, compuesto de hombres incapaces de vivir en paz con la sociedad. Entonces hubiera obrado el ejército de un modo compacto y con decidida energía, á fin de destruir en su corazón esa bandería, que no viéndose ya representada más que por el crimen inveterado é indomable, hubiera merecido únicamente la aplicación de

las mas rigurosas leyes. Los tribunales ordinarios bastan para juzgar como á malhechores á los rebeldes cojidos con las armas en la mano.

Las obras públicas de que he hablado deben plantearse. Es preciso que trate el gobierno de procurar medios de ocupación y subsistencia durante cuatro años á las crecidas masas de soldados vueltos de golpe á la ociosidad. Fijo este término, porque si bien es verdad que el empleo de una actividad hasta el día desconocida ofrece el único medio de obrar instantáneamente en las masas y de proporcionarles una existencia regular, cuatro años sin embargo no son bastantes para llevar el país á un estado normal mediante el progresivo desarrollo de los recursos jenerales. Esta primera misión no es por cierto superior á las fuerzas de un buen ministerio; pero de ella depende el porvenir de la nación; así como corresponde á una asamblea legislativa el plantear los proyectos que deben crear las fuentes duraderas de la riqueza pública. En suma, deseara yo encontrar un estado transitorio entre lo presente y el porvenir, obrar siquiera una suspensión de la miseria jeneral del pueblo, y dar á las cortes un espacio de cuatro años para preparar la organización venidera de la España bajo una base sólida, sin que importasen del extranjero mas que las reglas jenerales de la filosofía, de la ciencia y de la economía política, del espíritu de asociación y filantropía, de la moralización de las clases pobres y de los deberes de las clases ricas, en fin, de los derechos de todos; fondo inagotable de organización social donde hallarán todos ventura y seguridad estable, puesto que sus lazos no serán otros que la justicia. Tales reglas jenerales pertenecen al jénero humano; bastará por consiguiente adaptarlas atinadamente á los usos y costumbres del país.

Al someter al exámen jeneral estas ideas de porvenir, no pretendo haber llegado completamente á la verdad, ni tampoco haber trazado todos los medios de ejecución en un cuadro de tan absoluta exactitud, que no quepa ya retocarle en manera alguna. Pero salvas las modificaciones que resulten de mas detenido exámen, no titubeo en afirmar que no se puede llegar á nada completo, á nada estable, sin echar mano de los mismos medios que he propuesto, ó de otros totalmente á ellos parecidos.

El levantamiento de Navarra, por su carácter de provincialismo y sus pretensiones á un régimen escepcional con relación á lo restante del reino, no estaba enteramente fuera de los medios que he indicado para las gavillas de Cabrera; pero estos medios por sí solos habrían sido insuficientes. El gobierno no podía por sí solo cortar de raíz la cuestión, pero si

estaba en su mano proponer los medios para ello, bien que á las córtés únicamente estuviese reservada la eleccion del sistema de pacificacion. Habia tres puntos acerca de los cuales era imposible toda transaccion: la reina Isabel con la rejencia de su madre, la constitucion y la integridad del territorio: los demás podian ser aceptados con mas ó menos modificaciones. Las córtés, revestidas de la soberanía nacional, no han retrocedido un momento ante las concesiones capaces de pacificar el país.

A vista de tantos padecimientos, al recuerdo de tan preciosas existencias tronchadas miseramente, han callado todas las pasiones: el amor propio, el orgullo no han penetrado en el santuario de las leyes. Las córtés no han visto mas que hermanos donde nosotros veíamos tan solo enemigos. « Las preocupaciones no se desvanecen con el cañon y las bayonetas », decia el jeneral Hoche al ministro de la guerra en 1795; las luces de la instruccion y el trascurso del tiempo son armas mas seguras para este objeto; es preciso esparcir á torrentes las primeras por estas comarcas (la Vendea), proporcionar una medianía á la clase indijente y hacer circular en ellas escritos sabiamente redactados, moderados, relijiosos y patrióticos. »

Opinaron las córtés de 1839 como el esclarecido pacificador de la Vendea, y esperamos que sabrán cumplir sus intentos. Han puesto en salvo el principio de la unidad constitucional; han aceptado sin cavilacion el único desenlace decoroso que cabia en una contienda desairada, en que la sangre ha corrido á raudales: acertaron por fin á anteponer la paz al boato de un triunfo inhumano; y este impulso grandioso y filosófico, monumento imperecedero de la sabiduría de las córtés, aventó para siempre la semilla de nuevos alzamientos. ¿ Suciediera otro tanto con la victoria colmada de la tropa constitucional? No por cierto. Supongamos la rebeldía ya confundida y soterrada á viva fuerza; entónces ¿ qué fuera de aquellas provincias y de sus moradores? ¿ Se ocupara aquel territorio como conquistado y militarmente? Calcúlese ahora el coste enorme con que se recargaba el erario exhausto. ¿ Cuánto habia de durar aquella expedicion? ¿ Habia de ser indefinida ó temporal? En el primer caso, se entablaba un intento desatinado; en el segundo, con retirar la tropa sin concesiones, se debia contar con que el dia de aquella retirada de la fuerza de las provincias descarriadas, se disparaban los enconos redoblados con toda la fuerza que infunden á la venganza el rubor de una derrota y el martirio de una opresion dilatada. En suma, puesto que se habian de franquear concesiones allá en una época remota, hacerlas desde luego. Han podi-

do nuestros contrarios aceptarlas sin empacho, puesto que estaban todavía peleando, y es siempre un empeño desacertado el de hollar á los desavenidos; pues así se les concede eventualmente un derecho de rebeldía, puesto que el cielo absuelve y descarga del juramento de fidelidad impuesto por la violencia; y en no mediando libertad, ya no hay realmente contrato.

No han malogrado los Españoles la enseñanza de la historia, pues el partido liberal ha estado padeciendo horrorosamente bajo el poder desus atropelladores; mas ¿ á qué ha conducido ese enfurecimiento tan pertinaz? Al vuelco de aquel sistema sangriento. Los diputados de la nacion, tendiendo un velo sobre tantísima desventura, al rayar el dia de la reconciliacion y de la paz, se han mostrado justos, humanos y jenerosos. Han revalidado unánimemente aquellos fueros de las provincias vascongadas y navarras con que se les habia brindado, en vez de aventarlos ó atropellarlos. Han pues hermanado las córtés una pacificacion venidera y perene, sobreponiéndose así al pronto á sus contrarios, y aun á las naciones mas adelantadas en el rumbo de la civilizacion.

Ahí está la Irlanda, donde la Inglaterra sigue mas y mas purgando las tropelías cometidas irracionalmente en aquel país: llevan ya siglos en ese empeño de maldad, regando harto á menudo con sangre aquella tierra assolada; y la Irlanda doblegada, mas no rendida, está todavía embravecida, y aun sus cadenas siguen retiniendo bajo las bóvedas de Westminster y estremecen á la aristocracia inglesa. Justiciero ya y jeneroso el gobierno actual, quisiera aliviar, mas no le es dado, á ocho millones de oprimidos. Es tal el cúmulo de sus quebrantos, que un alivio parcial es de poquísima monta, y un remedio fundamental mete miedo. Escarmiente allá el opresor cabiéndole tambien la congoja de las víctimas; en el dia está colgada la suerte de la Inglaterra de aquella Irlanda que va á desagraviarse, estando ya enterada de que asomó su redencion. Valiéndome de las palabras de Mr. de Beaumont (1), la Inglaterra y la Irlanda se parecen á dos mellizos enlazados por la naturaleza, el uno todo vividor, y el otro muy achacoso, no pudiendo ni vivir juntos ni separarse. Esperancemos no obstante que en breve dejará la Irlanda de padecer, pues los vínculos que la unen con la Inglaterra se han de aflojar, si no se estrellan, pues en faltando un eslabon, la cadena entera de la servidumbre se destroza.

No han querido los Españoles que la Navarra

(1) La Irlanda política, etc.

parase con ellos en lo que la Irlanda con la Inglaterra.

Restablecida ya la paz, todos se están ahora preguntando cómo ha venido á rezagarse tanto su conclusion, pasmándose de no conservar el menor encono para con los que acaban de sernos tan contrarios. Esperancemos tambien que todos habrán abjurado sobre las aras de la patria aquellos desafneros que nos enemistaban y aquellos apodos que nos deslindaban, y que ya en lo sucesivo nos conceptuarémos dichosos de tremolar el timbre, siempre esclarecido, de Españoles, comun para toda nuestra grandísima alcurnia.

Recordemos nuestros enconos y guerras con la América: por habernos desentendido á su tiempo de quejas fundadísimas, ¡cuánta sangre se ha derramado!

Rayó el dia en que hemos venido á reconocer la independendencia de nuestros hermanos ultramarinos; pero fué tras veinte y seis años de contienda, y en vez de reconcentrarse los rencores en lo íntimo de las entrañas, tanto acá como allá, vive y revive una hermandad recóndita, y un lazo callado que nos está patentizando nuestro orijen comun, que por donde quiera nos recuerdan el idéntico idioma, las mismas costumbres y la propia religion.

Lo repito, no le cabia á la España el plantear un sistema reinante con el triunfo único de las armas, que aun cuando fuese asequible, como lo conceptúo, poca variacion habia de acarrear para los negocios del país; pues en medio de todo y así como nos hallamos, nos han de acosar desventuras tras la guerra civil, pero se nos agolparán por otro rumbo, y no acudiendo sobre la marcha y á todo trance, no tendrá cabida el debido arreglo para nosotros. Volaron ya treinta años, y nada prospera en España, pues no hay educacion pública deslindada y fundamental, ni rumbo alguno para el desarrollo intelectual. Desmayan y casi fallecen la agricultura y el comercio, y así no cabe un porvenir venturoso sin florecer estos ramos imprescuidibles. Rehagámonos pues de tanto abatimiento, ya que podemos todavía. Borremos por fin todo rastro de esta temporada de barbarie moderna, que nos tiene desviados del rumbo práctico. Esas teorías nos degüellan; planteemos ante todo un gobierno de entereza cabal y justiciera, pues sin este preliminar, no cabe salvamento.

El intento es muy asequible, y aun estoy por decir, muy obvio.

No me despido del tema militar sin citar los ianensos servicios debidos á nuestra preciosa guardia nacional, competidora con el ejército en denuedo y afan desalado por todos los puntos de la Península en que ardió la guerra civil; pues

donde no tenia que derramar su sangre en defensa de la libertad, celaba el orden público y con teson asombroso, desempeñando calladamente el servicio penosísimo de las ciudades y plazas fuertes (1).

(1) Entre los rasgos que descuellan en el conjunto de la guardia nacional del reino, no puedo menos de apuntar algunas heroicidades que merecen patentizarse al asombro de todos los amantes de la libertad; demostrando así cuán arraigado está ya en los pechos ciudadanos el cariño á las instituciones constitucionales.

En 1834, treinta guardias nacionales de Cenicero, provincia de Logroño, bloqueados por 4.000 carlistas, capitaneados por Zumalacarregui, rechazan la intimacion de rendirse. Arróllanse las puertas de la iglesia donde estaban parapetados, y van disputando á palmos el terreno hasta el coro; se retiran luego á una de las bóvedas de la iglesia derribando la escalera. Foguean desde allí mortalmente á los sitiadores, quienes incendian la iglesia. Trepan los sitiados al campanario y continúan su penosa resistencia, poniéndoles el enemigo por delante y escudándose con sus hijos y mujeres; pero consumidos sus pertrechos, se avienen á fenecer de hambre; mas llegan las tropas de la reina en aquel extremo y los libertan.

En 1835, noventa voluntarios de Mercadillo, pueblecito del valle de Mena, contrarestan, encerrados en una casa atropelladamente fortificada, á los embates de todas las gavillas mandadas por Castor. Tras algunos dias de sitio, intenta el cabecilla quemar el edificio con carretas cargadas de leña. Se sacrifican trece voluntarios al resguardo del fuego granado de los compañeros, pegan fuego á las carretas y se incorporan en su recinto.

En el mismo año, veinte y cuatro voluntarios de Villafranca sostienen desde el campanario de su pueblecillo un sitio contra fuerzas considerables mandadas por el mismo Don Carlos. Incendian la iglesia, cunde el fuego á la torre; los sitiados, reducidos á doce, apuran sus cartuchos, y los hace Don Carlos pasar por las armas á su presencia.

Una de estas defensas desesperadas mas notables fué la del alcalde mayor de Albocacer, pueblo del reino de Valencia.

Al asomar Cabrera y sus gavillas, el alcalde se encierra á fuer de comandante, con doce nacionales, y como siempre incendiaban las iglesias, se encarama al campanario ya con solos dos hombres. Estos, dándose por perdidos, creen salvar sus vidas sacrificando al jefe; uno le descerraja un pistoletazo y le yerra, y entónces el alcalde mata de una puñalada al asesino, y derroca al otro de lo alto de la torre. Sigue defendiéndose solo; mas por dicha portentosa cae ileso en medio de los escombros y queda tapado con una campana, y los carlistas, tras mil pesquisas infructuosas, se marchan; el gallardo alcalde, siempre con su

trabuco, se dispara de las ruinas, gritando con voz atronadora: *El alcalde mayor de Albocacer está todavía respirando, y ¡viva la libertad!* tira un trabucazo á los enemigos y logra salvarse en medio de la confusión causada por su salida tan inesperada.

La guardia nacional de Bilbao ha contribuido en gran manera á la salvación española con su libertad; y mas constando que las potencias del norte estaban á la espera de la rendición de Bilbao para reconocer la soberanía del pretendiente.

Cuando su intentona sobre Madrid, la guardia nacional fué descollando por todo su rumbo en denuedo para contrarestar las gavillas carlistas. El ejército entero se arrojó sobre San Peder en Cataluña, y con su resistencia esclarecida dió lugar á que acudiesen las tropas constitucionales en su salvamento.

El general Oráa derrotó á los carlistas en Chiva, cuya guardia nacional, con su bizarro desempeño en aquella, mereció hasta seis cruces de la orden de San Fernando.

El 10 de octubre del mismo año, los guardias nacionales de Toledo derrotaron y apresaron la partida del cabecilla Toro.

En 1838, los milicianos de Bejar, con la tropa del general Pardiñas, embistieron y derrotaron, el 3 de mayo, la gavilla de Basilio. La guardia nacional de Albacete desbarató, el 19 de junio, en la Osa de Mortiel, á los facciosos mandados por Archidona, haciéndolo prisionero. Los guardias nacionales de la Jineta, la Roda y Fuensanta embistieron repetidamente á los facciosos de Tallada, en número de dos mil y quinientos, y venciéndonlos mas y mas, fueron cercenando sus gavillas, estermínándolas al fin por entero. Por último cupo á la milicia de Barraj el apresar al mismo cabecilla Tallada.

La guardia nacional de Villarcayo, sabedora de que una columna carlista estaba pasando por las cercanías, salió en su busca, la alcanzó, derrotó, y apresó al cabecilla con cuatro oficiales y setenta y siete soldados.

El 17 de marzo, los milicianos de Pons en Cataluña trabaron refriega muy empeñada y sangrienta con los carlistas.

Los guardias nacionales de Segorbe, Castellon, Villafanes, Lucena, pueblos, ó lugarejos que se hallaban en el ámbito de las correrías de Cabrera, han estado seis años peleando; y así las córtés declararon con harto fundamento á tan denodados defensores de la libertad beneméritos de la patria.

El 5 de marzo de 1838, cuatro mil carlistas sorprenden á Zaragoza, mandados por Cabañero; introducidos traidoramente de noche hasta el corazon de la ciudad, se apoderan de los puntos principales; y el vecindario, al abrir los balcones se, halla en poder

del enemigo. Sin mancomunarse ni saber lo que va á practicar el vecino, se arroja á la calle con el fusil en la mano; los guardias nacionales, sin jefes y sin orden alguna, traban la pelea por todas partes á un tiempo, y de resultas quedan sobre el empedrado cerca de trescientos facciosos, ciento y cincuenta heridos y ochocientos prisioneros, huyendo los demás vergonzosamente. Se intentó aquel arrojó por hallarse Zaragoza sin guarnicion, y además dos batallones de la guardia nacional, con toda la caballería, habian acudido al socorro de Gaudesa, sitiada hacia un año por las gavillas de Cabrera.

Voy á citar otras heroicidades en que una cuadrilla de valientes han defendido sus hogares contra fuerzas grandiosas.

Caspe, en Aragon, se defendió once dias con su guardia nacional contra varias divisiones de Cabrera.

La aldea de Valcavado, en Castilla, no tenia mas que nueve guardias nacionales al embestirla Balmaseda, el 23 de marzo de 1838, y tras una resistencia desesperada, quedó toda rendida y quemada.

La defensa mas heroica y en que la guardia nacional encumbró sin igual su patriotismo es la de Gaudesa en Aragon, pues Cabrera la estuvo sitiando á bloqueando por dos años consecutivos. Abocada ya repetidas veces á su esterminio, careciendo de abastos y de pertrechos, fué socorrida oportunamente por la tropa constitucional, hasta que incapaz de resistencia y entorpeciendo la precision de auxiliarla todas las operaciones del ejército, se acordó su desamparo. Acude por despedida el general San Miguel á su asistencia, consigue descercarla y se lleva consigo el corto vecindario y guardia nacional restantes á resistencia tan pertinaz, conduciéndolos á Mequinenza, donde aquellas hidalgas victimas de la guerra siguen sosteniendo la causa que tan cara le cuesta. Gaudesa paró en un monton de escombros.

Quiso la guardia nacional de Montalvan imitar á la heroica Gaudesa, pues habiendo contrareestado con teson asombroso los embates de Cabrera que la estaba sitiando, acordó tambien el desamparo. Agolpa sus fuerzas; y á impulsos de su denuedo, arrolla las líneas carlistas, y llega á Zaragoza el 14 de junio de 1839.

Se redondeará algun dia el cómputo de cuantos han fenecido en las filas de la guardia nacional por el discurso de tan horrorosa guerra, y las córtés tienen ya concedidas pensiones á mas de seiscientas viudas de sus individuos muertos en el campo de batalla, mas no han evacuado con mucho ese amargo testimonio de reconocimiento con todas las familias que lo merecen. Acábase ya tan trágico drama, pues la España viene á ser ya el único pais de Europa donde la guerra tenga cabida.

CAPITULO SEGUNDO.

Acontecimientos de Vergara.

Preciso es volver otra vez la vista al año 1837, si queremos darnos exacta cuenta de las causas que presidieron á la disolucion de la insurreccion carlista. Despues del descalabro del pretendiente delante de Madrid y de su forzosa retirada á las provincias vascongadas, penetró notoriamente la discordia entre los jefes rebeldes, pues achacáronse unos á otros recíprocamente la culpa de aquel revés y se erijieron dos partidos en la corte de Oñate. Efectivamente entón. ces fué cuando por vez primera apareció ese partido *ilustrado* que principió á pedir cuenta de los sacrificios hechos á favor de D. Cárlos. Hallábanse á su frente casi todos los hombres distinguidos de la insurreccion y los jefes caidos en desgracia que vislumbraban ya la posibilidad de un acomodamiento: en el otro partido habia los hombres puramente militares, descontentos igualmente, pero que creian en la posibilidad de un éxito favorable á su causa. No quiso D. Carlos decidirse por unos ni por otros, sino que eligió para jefe de su ejército á un hombre insignificante, y recayó el nombramiento en Guergué. Así fué siguiendo la insurreccion en este estado durante los últimos meses de 1837 y primeros de 1838, hasta que derrotado Guergué en Peñacerrada, fuerza fué buscarle un sucesor. Hallábase en aquella sazón la insurreccion en un estado deplorable; gran número de voluntarios fastidiados por las continuas derrotas que sufrieran, se habian retirado ya á sus casas, y los restantes quedaban en una completa indisciplina. Si el jeneral Espartero, tras sus primeras victorias, hubiese podido continuar hostigando mas y mas la insurreccion, acaso hubiera acabado de una vez con ella; pero los apuros del gobierno de la reina dieron tiempo á don Cárlos de dirijirse á las potencias extranjeras, á quienes envió un ayudante para obtener socorros y dinero: bien que noticiosas estas de la desacertada direccion que daba don Cárlos á los negocios de su causa, le concedieron tan solo un empréstito de seis millones, con espresa condicion de que abrazase un rumbo que ofreciese mayores garantías de su poder en lo porvenir, y que se di-

rijiera en un sentido mas ilustrado. Entónces fué cuando se le propuso para jeneral en jefe á Maroto, quien no podia inspirarle confianza algunas puesto quetenia presentadas proposiciones al gobierno francés que se habian hecho ya públicas. Este jeneral no trató mas en un principio que de granjearse el afecto de todo el ejército, restableciendo en él la disciplina y procurándole mejor suerte: ensayólo en efecto durante todo el año 1838, y, es preciso confesarlo, lo consiguió de un modo hasta entónces desconocido; bien que á esto solo se limitó su influjo, pues don Cárlos tenia sobradas simpatías con cuanto sabia á despotismo y absolutismo para conceder su favor en lo mas mínimo á cualquiera que no abrigase de todo punto sus mismas ideas. Sin embargo enviáronle en aquella época del extranjero al padre Cirilo, arzobispo de Cuba, para que diese otro viso á la marcha de su gobierno: no le hizo caso don Cárlos; y sin duda que á la influencia de aquel eclesiástico se debe la llegada de la princesa de Beira, novia del pretendiente, en la cual se creyó ver bastante ascendiente sobre don Cárlos para determinarle á cambiar de sistema. Sin embargo nada se consiguió todavía, bien que todos estos esfuerzos nos prueban á las claras que ya desde dos años á aquella parte se hallaba la insurreccion fuertemente trabajada por discordias intestinas. Dos torys ingleses que habian ido comisionados al cuartel jeneral de don Cárlos habian ya observado la fanática camarilla que rodeaba siempre á aquel príncipe. Maroto, que habia roto casi abiertamente con la corte y con el ministerio, manifestó entónces á los referidos enviados ingleses cuanto perjudicaba al buen éxito de la insurreccion semejante camarilla, y hasta les hizo alguna indicacion sobre un acomodamiento garantizado por la Inglaterra, y entónces fué cuando don Cárlos y los suyos comenzaron á desconfiar de aquel jeneral. De resultados de tales desconfianzas, creóse desde aquel momento en la corte un partido que se mantuvo en hostilidad permanente contra Maroto, compuesto principalmente de fanáticos, bien que formasen tambien

parte de él algunos militares propiamente tales, que buscaban siempre ocasiones de batirse, al paso que observaban en Maroto un constante cuidado de evitarlas. Así fué como á García, comandante de Navarra, se le afeó una jornada asaz gloriosa que tuvo sobre el Arga, como Balmaseda fué separado del mando de Castilla, donde hiciera algunas incursiones nada desgraciadas, y como se mandó á Castor que suspendiese sus operaciones principiadas contra Santander. Hasta se dijo que Maroto estaba de acuerdo con Espotero para no batirse.

Aquí es donde resaltan claramente las divisiones de que era presa la insurreccion carlista: se ha querido denominar á estos partidos con el título de *provincial* y *castellano*, pero esto es un error; en ambas facciones habia castellanos y provinciales, y es mas lógico designarlas segun su respectivo objeto.

Al principio de todo acaecimiento político que crea un orden de cosas cualquiera, una revolucion, por ejemplo, una guerra civil, hay en los primeros momentos unanimidad entre todos los que contribuyen á él; pero en breve se separan unos de otros en razon de su objeto particular, ya sea en vista de los reveses, ya á causa del mismo éxito. Mientras marcha bien, unos quieren ir mas allá todavía, otros desean pararse, y si se desgracia la empresa, unos persisten en comenzarla de nuevo, otros se desaniman y desisten de ella. Esto es lo que ha sucedido durante la guerra civil de España.

Sabido es que existia ya desde un principio entre los rebeldes el jermen de disension, y las personas que penetraban á fondo la índole del alzamiento bien acertaban á conocer que los fanáticos que habian sublevado las masas en 1833, y estas masas que se habian insurreccionado sin meditar las consecuencias, por una parte; y por otra todos los que posteriormente se agregaron á la insurreccion, ó descontentos ó seducidos, se hallaban en la realidad esencialmente separados. La esperanza del triunfo aunaba todos aquellos matices; la pérdida de aquella esperanza volvió á realzarlos. Así es que todos los hombres de razon que no estaban unidos á la causa de don Carlos por un sentimiento apasionado, por una adhesion personal y fanática, comenzaron á conocer que sus esfuerzos eran de todo punto infructuosos, y ya desde entónces previeron que podrian ser mejor recompensados sus sacrificios, si cortaban políticamente una guerra cuyo único resultado posible era una desventurada catástrofe. Los jefes por egoismo y las masas por aburrimiento adoptaron simultaneamente aquella misma idea, y se dejaron llevar por instinto por todos los raciocinios que podian contribuir á realizarla, sin por eso tener

un plan bien formulado ni caminar hácia él resueltamente.

Y es de notar que en aquella época hubosiempre tentativas de negociacion; díganlo sino las proposiciones presentadas al teniente jeneral conde de Harispe en 1835, en tiempo del jeneral Rodil; las tanteadas por el conde de Toreno en el mismo año despues de la muerte de Zumalacargui; la de Muñagorri en 1838, despues de la retirada de Madrid, etc.

Por otra parte los hombres de accion y decididamente adictos eran inaccesibles á tales tentativas. Vencer ó morir era su divisa. Estraños á las cuestiones de gobierno y de alta política, habian adoptado, segun ellos decian, un principio; don Carlos era su representante; él solo tenia derecho de arreglarlo á su albedrío, y á ellos les tocaba únicamente proseguir aferradamente la defensa y alcanzar el triunfo con las armas. Añádase á todo esto la rivalidad entre jefes y soldados groseros, atestados de orgullo militar, y hombres ilustrados envanecidos de su superioridad intelectual y con solos estos datos, conformes á las ordinarias condiciones del espíritu humano, se encontrará fácilmente la llave de las divisiones intestinas de la insurreccion. En una palabra, el un partido era el de los realistas *à todo trance*, el otro el de los realistas *hasta cierto punto*.

Maroto pertenecia al último de los dos, y don Carlos notoriamente al primero: pero por efecto de su endeblez é incapacidad, este príncipe se dejó dominar por el segundo. Infundiéndole temores acerca de la seguridad de su persona, llegaron á decidir á don Carlos á tomar un partido contra Maroto y sus adictos, y entónces fué cuando se decidió á buscarle un sucesor entre los hombres de accion; pero advertido con tiempo Maroto por una persona de confianza, se adelantó á don Carlos y sorteó sus tiros mandando fusilar á los mismos que se hallaban designados para reemplazarle. Sin duda era este medio el mas á propósito para contener al pretendiente; pues á los hombres débiles é indecisos nada les asusta ni desconcierta tan fácilmente como una accion enérgica é inesperada que les dá á conocer en quien la ejecuta la prenda de que carecen.

Cedió D. Carlos bajamente, y no solo aprobó las ejecuciones de Estella, sino que sacrificó á Maroto sus verdaderos amigos, dejando deportar á Francia á los que se habian libertado de la muerte, con lo cual remató su descrédito, pues sus fanáticos partidarios nada esperaban ya de él, y los que deseaban la paz acabaron de abandonar á un príncipe de quien nada podian tampoco prometerse. De aquí la facilidad con que pudo Maroto llevar á cabo su golpe de estado, y la acogida que mereció de la poblacion y del

ejército aquella sangrienta ejecucion: pues se encerraba en su fondo la paz, y todos echaban de ver que Maroto acababa así de quitar de una vez de enmedio los obstáculos que á ella se oponian. Desde entónces se habló ya de la composicion que habia de verificarse, como de cosa hecha; y solo diferian las opiniones acerca de los términos en que deberia estar concebida: pretendian algunos que se concluyese á toda costa con la guerra y se entrase en negociaciones con el jeneral Espartero; otros querian estipular á favor de D. Cárlos, de los pueblos y del ejército; otros en fin á favor de estos últimos tan solo; todos sin embargo convenian en transijir y reconocer los derechos de Isabel. Entónces fué cuando noticioso Espartero de cuanto pasaba entre los carlistas, supo aprovecharse con sumo tino y hábil destreza de sus discordias, é hizo desde su cuartel jeneral de Alcanadre las primeras proposiciones, que llevó el coronel Paniagua, encargado á la sazón de un canje de prisioneros. En ellas manifestaba á Maroto que despues de los acontecimientos de Estella y de las consecuencias que trajeron á la guerra, esta carecia ya de objeto, y como recibiese semejante manifestacion muy buena acogida, pidió Maroto un armisticio, á que se negó rotundamente Espartero. Continuada mas tarde las negociaciones, desbaratólas siempre la pretension de un armisticio que jamás quiso aprobar este jeneral, y quedaron las cosas en este estado hasta la proposicion de Lord John Hay.

Preciso es decir que Maroto ningun plan tenia resuelto, sino que se inclinaba sucesivamente á todos y queria ante todas cosas asegurar la paz. En cuanto á los habitantes y al ejército, aburridos como estaban ya y muy cerca del indiferentismo, claro es que una vez perdida la confianza, no se podia ya contar con su entusiasta adhesion de otros tiempos. En efecto, en Ramales, última ocasion que tuvo el ejército carlista de venir á las manos con el cristino, Maroto se batió mal; pues á pesar de que sus tropas se hallaban en buena disposicion y defendieron bizarramente su puesto, se quedó él inmóvil en la retaguardia; por lo cual desde entónces no mostraron estas ya mas deseos de batirse. Por otra parte viéndose D. Cárlos á entera y absoluta disposicion de Maroto, tomó sus precauciones para con él; pero, cual todo hombre débil, disimuló cuidadosamente sus manejos. Por esta razon mantenía una no interrumpida correspondencia con el obispo de Leon y los demás desterrados á Francia, al propio tiempo que les daba públicamente los mas evidentes testimonios de su desafecto. En esto adelantábase allí Espartero hácia el corazon de Viz-

caya, aprovechando la disension que reinaba en el ejército carlista, para establecerse en el pais y ejercer el influjo pacificador; siendo de notar que donde quiera que hallaba disposiciones favorables á su intento, en Alava y en Vizcaya, obraba con suma dulzura, mientras que en las comarcas cuyos habitantes se le declaraban hostiles, en Navarra, mandaba devastar el pais por el jeneral Leon, tratando así de hacer comprender á los pueblos la necesidad de la paz por medios diversos y en armonía con sus disposiciones.

Por su parte conoció Maroto que las circunstancias se iban haciendo de dia en dia mas y mas urjentes, y en la indecision en que se hallaba entre los varios proyectos que se agitaban allá en su imaginacion, no eligió ninguno en particular, sino que los adoptó todos; medio seguro de no sacar provecho de ellos. Sus proposiciones eran estas: expulsion de los dos pretendientes Cárlos y Cristina; casamiento del hijo del primero con la hija de la segunda; reconocimiento del gobierno constitucional, con las modificaciones que hiciesen en él las córtes jenerales nombradas al efecto; reconocimiento de los fueros de las provincias y de los grados del ejército carlista.

Nada de esto quiso aceptar Espartero, sino que declaró á Lord John Hay y á Maroto que no admitiria propuesta alguna de composicion sin el previo reconocimiento del gobierno constitucional en toda su estension.

El papel que tenia que hacer Espartero en este drama era en efecto muy sencillo. Viendo la desunion del ejército carlista y conociendo que amenazaba en él un total rompimiento, era dueño de exijir todas las condiciones que deseaba; así que, nada perdía en dejarse solicitar y quedarse á ver venir, antes bien, este era el medio de obtener, en vez de una transaccion, una completa sumision que debia contribuir no poco á su gloria.

La Francia y la Inglaterra, que ningun servicio habian prestado á la causa constitucional en mas de dos años, ningun derecho ni poder tenian para reclamarle sacrificios; ni podian ya aquellas potencias intervenir mas que como consejeras, quedando por consiguiente la composicion á merced de los acontecimientos. D. Cárlos empero fué quien aceleró su desenlace. Háblale comunicado Maroto las proposiciones hechas á Lord Hay, que recibió él sin rehusarlas ni admitirlas por el pronto, y dando parte de ellas á los desterrados á Francia: los cuales, como se imaginaron que iban á ser admitidas por el gabinete inglés á quien las habia enviado el coronel Wyld por medio de su edecan Lynn, creyeron que el mejor medio de impedir su efecto era fomentar un motin entre los batallones navarros de quie-

nes mas seguridad tenían, á fin de formar junto á la frontera de Francia un centro donde pudiese refugiarse D. Carlos y protestar contra Maroto.

Amotinóse en efecto en Irurzun el 5.º batallon de Navarra, en 9 de agosto, y fué á apoyarse en la frontera de Francia, en Vera: su antiguo jefe Aguirre, el cura Juan Echevarria, y mas tarde Basilio Garcia, desterrados á Francia por Maroto, acudieron á unirse con los insurreccionados y llamaron á sí á los demás batallones: pero aquel movimiento no halló eco ni entre los habitantes ni en el ejército, y los batallones que Maroto destacó contra los amotinados no simpatizaron con ellos cual estos esperaban. Viendo esto D. Carlos, tuvo la avilantez de acompañar á Elfo, encargado de sofocar aquella revuelta, marchando así contra los mismos que él habia movido á sublevarse. Fiel á su papel de doblez y falsia, ordenó á los rebeldes que se sometieran; pero tuvo al mismo tiempo una conferencia íntima y secreta con Echevarria, en que le encargó que se mantuviese firme hasta el último trance.

Entretanto continuaban las negociaciones. El gobierno inglés habia declarado á Maroto que no podia admitir sus proposiciones de Amurrio, y en su lugar le presentó las siguientes: 1.ª Alejar á D. Carlos del territorio español señalándole una pension proporcionada á su clase: 2.ª Amnistia y continuacion de grados y sueldos á favor del ejército carlista: 3.ª Reconocimiento de la soberanía de Isabel, de la rejenia de la reina Madre y de la Constitucion de 1837, prestado por las provincias vascongadas y la Navarra: 4.ª Conservacion de los fueros de las provincias.

En 14 de agosto habia salido Espartero de Victoria para Bilbao y tenido un encuentro en Villareal de Alava con el ejército de Maroto, que se habia retirado á su vista casi sin disparar un tiro; y despues se apoderó de la línea de Victoria á Durango, mientras que el jeneral Castañeda tomaba la de Nervion para reunirse con él en el mismo Durango.

La situacion de Maroto entre el ejército de Espartero, que le hostigaba por una parte, y los amotinados de Vera, que le amenazaban por otra, se iba haciendo mas crítica y difícil de día en día. Dió conocimiento á D. Carlos de las nuevas propuestas que llevo indicadas, y tuvo con él una entrevista en Zumarraga, en la cual nada resolvieron: manifestó tambien sus planes y las comenzadas negociaciones á todos los jenerales y jefes superiores de las tropas que tenia consigo y que formaban tres divisiones de diez y siete batallones entre todas ellas. Era la primera la division castellana, al mando de Urbiztondo: la segunda la vizcaína, al de Simon Torres, y la tercera la guipuzcoana, al de Iturriaga é Iturbe. De

todos estos jefes podia disponer Maroto á su albedrío, y aun tal vez deseaban con mayor ahinco que él la paz á toda costa: convinieron pues en la negociacion y dieron á Maroto plenos poderes para continuarla. Tambien la aprobaron algunos jefes de Navarra, entre otros Elío; pero Maroto, siempre con la esperanza de procurar á D. Carlos mejores condiciones, propuso que se reconociesen á la vez los derechos de Isabel como reina y los de D. Carlos como infante, anulando para esto los dos decretos en que las córtes le privaron de todos los derechos y además de su patrimonio particular. Bajo tales bases quiso transijir con Espartero en Durango, pero este caudillo conocia sobradobien las inmensas ventajas de su posicion para aceptar las condiciones de Maroto, cualesquiera que fuesen.

El 25 tuvieron los dos jenerales su primera entrevista en un monasterio entre Equeta y Durango, y allí hizo conocer Espartero al jefe carlista que no le era ya dado volver á reunirse con D. Carlos, que se hallaba á la sazón en Alsasua en inmediata proximidad de los rebeldes de Vera, quienes habian bajado á Ulzama. Lo primero de que se trató entre ambos jefes fué la cuestion de fueros; pero aunque el carlista exijia su reconocimiento liso y llano y tenia Espartero amplios poderes firmados por todos los ministros para garantizarlos, negóse sin embargo este jeneral á concederlos, y concretóse tan solo á ofrecer que los recomendaria á las córtes, diciendo que no seria él quien infringiese la constitucion del estado, obrando mas lamente. No pudiendo Maroto conseguir que cediese algun tanto de su empeño, interrumpió las negociaciones, y se sometió otra vez á D. Carlos: envióle al mismo tiempo un oficial para manifestarle que si seguian desunidos, nada podrian intentar contra el enemigo comun; en vez de que, puestos de acuerdo mutuamente, les seria fácil reunir en Tolosa las dos fracciones del ejército y presentarse ante él con fuerzas bastante considerables, despues de lo cual seria el rey árbitro de la suerte de Maroto. Declaró tambien á todos sus oficiales que era imposible el aceptar las proposiciones de Espartero, y tomó posicion entre Azpeitia y Azcoitia, con lo cual quedó del todo libre el camino carretero de Bilbao á Vergara, y pudo entrar Espartero el mismo día 25 en esta última poblacion.

Tomó pues Maroto en tales circunstancias el partido que abrazan los hombres débiles: el de dejarse llevar por la corriente de los acontecimientos, y contentóse con enviar en la citada fecha al ministro de la guerra de D. Carlos las siguientes proposiciones que le hiciera el caudillo constitucional:

1.^a Reconocimiento de D. Carlos como infante de España.

2.^a Recomendacion de los fueros.

3.^a Reconocimiento de los grados y decoraciones del ejército carlista. Mandó al propio tiempo imprimir su carta escrita al ministro Montenegro para hacer así públicas las condiciones de Espartero; y en verdad que este era el mejor medio de hacerlas populares. Importa muchísimo fijar la atención en esas proposiciones publicadas por Maroto, pues que encierran en sí la llave de todo aquel suceso: en primer lugar, dieron á conocer al ejército y á los habitantes cuales fuesen las condiciones bajo que podían esperar la paz; y estas condiciones eran de tal naturaleza que contentaban á todos: así es que el general Maroto recibió al momento de todos los jenerales y jefes del ejército plenos poderes para negociar. Prestaron este asentimiento, que ha publicado él posteriormente, los jenerales Simon Torres, Urbiztondo, Gorri, Castor, Andechaga, é Ituriaga, los brigadieres Iturbe y Soroa, y los comandantes de los nueve batallones de Vizcaya, cuatro de Castilla y siete de Guipuzcoa.

Desde aquel punto claro es que todas las tropas de Maroto estaban de acuerdo con él. En segundo lugar, conservábanse en aquellas proposiciones los derechos de D. Carlos como infante; lo que probaba la insistencia de Maroto á favor del príncipe. En tercer lugar, eran ellas una satisfaccion á cuantos alzaban el grito de muera la traicion y juraban oponerse á todo arreglo, mientras no conociesen las condiciones de la paz.

Y por fin probaban á las claras que la union oficial entre Maroto y D. Carlos imponia todavía á Espartero ciertas condiciones para con el príncipe.

El 26 cambió la situacion totalmente de aspecto: supo D. Carlos aquella misma tarde en Villafranca los resultados de la entrevista de la víspera entre Maroto y Espartero, y decidióse, despues de celebrar gran consejo, que convenia ante todo asegurarse de la disposicion de las tropas. Cuando menos se creia, salió D. Carlos de repente para Elorio, sin que tuviese de ello Maroto mas noticia que la orden de reunir sus soldados, con lo cual se creyó perdido este jefe, y exclamó en efecto: *Soy perdido, ha venido el hombre!* Los jenerales le contestaron que estaban seguros de sus subordinados, y hasta se afirma que Iturbe, jefe del batallon de Guipuzcoa, le propuso que se apoderase de la persona de D. Carlos, á lo que contestó Maroto: ¡Seria una felonía! Presentóse pues con D. Carlos al frente de sus tropas; el pretendiente arengó primero á los Castellanos, y un solo batallon, el 5.^o, res-

pondió á sus palabras con el grito de *viva el rey*; los demás añadieron *viva nuestro jeneral en jefe*, y á pesar de que D. Carlos exclamó *no hay mas jeneral en jefe que yo*, los vitores á Maroto se redoblaron. Dirijióse en seguida á los Guipuzcoanos, en quienes confiaba mas, y les habló con energía, trayendo á su memoria sus bellos recuerdos, su fidelidad, sus juramentos: á lo cual, viendo que nadie contestaba, exclamó: *¿Nadie me oye?*—«No señor, hablan vascuence»—Entonces mandó á Lardizabal, que se hallaba á su lado y en quien tenia entera confianza, que les tradujese sus palabras. Falto este de energía y de capacidad, titubeó algun tanto; así que dirijióse el pretendiente á Iturbe, quien les dijo en vascuence: «*Muchachos (quironac), este hombre pregunta si anhelais la paz ó la guerra; contestadle. ¡La paz! ¡la paz! fué el grito que resonó por todas partes. Volvió entonces D. Carlos las riendas á su caballo sin decir palabra y marchó á galope hácia Villafranca. Claro es pues que D. Carlos tenia el juego ganado en sus manos, y que á pesar de eso lo perdió sin remedio. Si cuando se hallaba con Maroto frente al solo batallon que le dió testimonio de su lealtad con sus repetidos vivas, hubiese hecho prender á su jeneral en jefe, hubiera decidido inmediatamente la cuestion. Vaciló sin embargo, y la serenidad y sangre fria de Iturbe le perdieron. Conviene no olvidar este importante hecho, pues por él se echa de ver que todo estribó en la determinacion de las masas.*

Ya ausentado D. Carlos, nada le quedaba que hacer á Maroto mas que firmar el tratado con Espartero. Sabedor este de cuanto pasaba en Elorio, declaró desde entonces que ya nada podia estipular á favor del pretendiente; mostrándose en tal ocasion mas bien vencedor que pacificador. Por lo demás preciso es reconocer que nada le ligaba con Maroto; puesto que este habia respondido del consentimiento de todo el ejército, tanto si daba como si negaba D. Carlos el suyo.

D. Carlos, que se hallaba ya á la sazón en Tolosa con los batallones navarros y alaveses, no se decidió á aceptar la sumision que le presentara Maroto despues de la entrevista con Espartero, sino que envió al conde Negri á tomar el mando del ejército. Recibióle el 28 el jeneral carlista con la pistola amartillada en la mano, y le declaró que á no ser por la amistad que les ligaba, le mandaria fusilar en el acto; advirtiéndole que en ningun caso contase poder llenar su mision. Bien se echa de ver que en tales circunstancias no le quedaba mas arbitrio á Maroto que el de lanzarse en brazos del caudillo liberal, tanto mas cuando los frailes y carlistas furibundos trataban de amotinar las tropas contra él. Tomó

por consiguiente este partido, y en efecto firmó el día 29 una suspension de armas en que se comprometía á reconocer y á hacer que las tropas de Castilla, Vizcaya y Guipuzcoa reconociesen igualmente el gobierno de la reina constitucional. Empero, siempre temeroso, presentóse solo á Espartero, manifestándole que pues había dado palabra de someterse á la autoridad de la reina, acudia fiel á cumplirla; pero que no se atrevía á asegurar que sus tropas siguiesen su ejemplo.

En esto se engañaba, pues ya el día 30 se desbandaron cuatro batallones de Guipuzcoa, creídos que los conducian hácia donde estaba D. Carlos; y al grito de *¡Viva la paz!* fueron á reunirse con Maroto, ahuyentando á fusilazos á sus oficiales, que tuvieron que refugiarse en Francia.

Nada de esto ignoraba Espartero, y además Urbizondo, Simon Torres é Iturbe le habian manifestado la disposicion de sus tropas. «Haga Vd. reunir todos sus soldados, háfale dicho á Maroto, yo me encargo de decidirlos á nuestro intento. En efecto, en cuanto tuvo delante de sí todas las tropas, adelantóse solo con Maroto, les arengó con energía, y abrazando á su jeneral, les dijo: *¿Quereis vivir todos como españoles bajo una misma enseña?* ¡Ahí tenéis hermanos que os aguardan, corred á abrazarlos como yo abrazo á vuestro jeneral! Estas palabras fueron acogidas por unánimes aclamaciones, y entónces sacando la espada, mandó formar pabellones y romper filas, y los dos ejércitos se aunaron fraternalmente.

Poseía pues Espartero, no solo el conocimiento justo de la disposicion en que se hallaban las masas carlistas, sino aun el valor de apelar á ellas, circunstancia de que carecía Maroto, y aun algunos días despues se le oyó decir: «Maroto, ni yo, nada hemos hecho: á quien todo se debe es al ejército y á los habitantes: el firmar la convencion no era nada, el caso estaba en hacérsela aceptar.»

Así sucedió efectivamente: el convenio de Vergara de 1.º de setiembre fué acogido por unánimes aclamaciones, y llegado Espartero á Tolosa el 6, vióse recibido con jeneral entusiasmo. Instaló allí las autoridades constitucionales y señaló depósitos á los batallones carlistas para ser licenciados, todo lo cual se verificó con el mayor orden.

Quedábanle todavía á don Carlos doce batallones navarros, seis alaveses, uno de Cantabria y otro de Castilla; podia por consiguiente reunirlos, apoyarse en la frontera francesa, defenderse allí con denuedo y obtener con esto mejores condiciones, refugiándose en Aragon caso de sufrir un revés. Nada empero supo hacer; no atreviéndose á confiar en los batallones insur-

reccionados de Vera, que cometian mil horrores fuese el día 5 á Lanz para conducir hasta la frontera de Francia á toda su corte y á los ojalateros, donde se refugiaron efectivamente, no sin haber sido robados y saqueados por su misma escolta. Violáronse en el tránsito gran número de mujeres y se asesinó á muchísimas personas, entre otras el jeneral Moreno. Tal era el resultado de la exaltacion, sin objeto ninguno, que habian tratado de inspirar á sus tropas los carlistas fanáticos.

En esto iba Espartero avanzando. El 9 reunióse á las tropas de Pamplona y encerró á don Carlos en el Baztan. Llegado á Elizondo el 10, quedábale todavía á este príncipe el recurso de escapar á Aragon por el portillo que le ofrecia aun Barillete, ó de defenderse con los doce batallones de que disponia todavía: pero no supo tomar decision ninguna, sino que el 13 dejó á Elizondo para refugiarse en Urdach, junto á la frontera de Francia, y al día siguiente buscaba ya un asilo en el suelo francés.

Miserable fué en verdad el desenlace de ese drama político y militar, y digno por cierto del príncipe que representaba en él el papel principal. No ignoraban las tropas que le acompañaron que no les era ya dado resistir á Espartero; así que, el jeneral Elío envió el día 13 al teniente jeneral conde de Harispe un parlamentario que obtuviese su intervencion, á fin de alcanzar una tregua y consiguiente transaccion con Espartero. Lacónica fué la contestacion. «Refújiese don Carlos en nuestro pais, y yo haré todo lo posible por Elío y por sus tropas.»

Repitieronse en Urdach estas palabras; el 14 por la mañana vacilaba todavía don Carlos; disfrazóse despues con la idea de entrar de incógnito en Francia á la ayuda de la noche, pero llegó Espartero á las 4 de la tarde, y los primeros tiros que se dispararon hostigaron de tal modo á don Carlos y le impelieron con tal premura hácia Francia, que se alargó dejando á su ejército que saliese del apuro como pudiese. Espartero sin embargo fué jeneroso, y dejando que los carlistas abandonados pasasen la frontera, no llegó á ella hasta que todos la hubieron traspuesto. Pero lo que no se acierta á concebir es cómo pudo hacerse creer á aquellos infelices soldados, á fin de decidirles á emigrar de tal suerte, que iban á la nacion vecina para reorganizarse y regresar á España apoyados por veinte mil auxiliares franceses: así lo dijeron todos á los soldados y oficiales que los custodiaban en Bayona.

El jeneral Espartero volvió en seguida á Navarra para acabar la pacificacion del pais. Quedaban todavía ocho batallones en Estella y sus cercanías, pero aquella ciudad se rindió el 20 de

setiembre, y solo entraron en Francia los cuadros de todos ellos, sometiéndose los soldados y permaneciendo todos en Navarra despues de desarmados: prueba de ello es que de ocho batallones y cuatro escuadrones de que constaban aquellas fuerzas, apenas entraron en Francia cuatrocientos hombres. Por lo demás, el número efectivo de refugiados internados no ascendió mas allá de 5.600 soldados y 2.089 oficiales, ó como tales titulados; constando pues, como constaba el ejército carlista, aun en sus últimos tiempos, de unos 20.000 hombres, claro es que la inmensa mayoría no deseaba mas que someterse; y que, si emigró á Francia una fraccion insignificante, fué tan solo por pundonor, ó porque

hallándose á vista siempre de don Carlos y acorralada hácia la frontera, no tenia mas arbitrio que rendirse á discrecion á las plantas del enemigo; á tal condicion habia reducido á aquel ejército la ciega tenacidad y miserable indecision de su rey.

He entrado en los pormenores enunciados, tan solo con el objeto de probar:

Que la endeblez é incapacidad de don Carlos han contribuido poderosamente á la pérdida de su causa, y que el descrédito en que cayera acabó con la decision de las masas, cambiando totalmente la disposicion en que se encontraban.

Reseña de la política exterior de España desde Carlos V hasta nuestros días.

CAPITULO PRIMERO.

Desde el tratado de Madrid en 1526 hasta la paz de los Pirineos en 1659.

En la introduccion de esta obra espuse ya las causas de la decadencia interior de la España: fáltame ahora examinar sus relaciones con la política exterior desde la estincion de la dinastía castellana.

La ambicion de la casa de Hasburgo trastornó el mundo entero. Carlos V y Felipe II tomaron parte en las tormentas de la Europa, y aun hasta cierto punto las promovieron: no menos afortunados que prepotentes, trazaron siempre el rumbo á la política de su época: sus sucesores empero menoscabaron de dia en dia su influjo; y al fin acabó la España por verse totalmente absorbida por la Francia.

La muerte del emperador Maximiliano, en 1519, dejó vacante la corona imperial, y por vez primera solicitó su investidura un rey de Francia, declarándose Francisco I pretendiente á ella, á fin de disputársela á Carlos V. Tal fué el primitivo jérmen de la prolongada rivalidad de los dos monarcas, que ocupaban á la sazón los solios de Francia y España. Jamás perdonó Francisco I á su afortunado competidor el triunfo que este reportara contra él en la dieta de Francfort, la cual proclamó emperador al nieto de Maximiliano.

Sabido es cuanto le hubo de costar á la Francia la primera guerra que estalló. Carlos tuvo noticia en Madrid de la batalla de Pavia y allí fué donde recibió á su real prisionero. El tratado firmado en aquella capital el 14 enero de 1526 volvió la libertad á Francisco I: de vuelta empero en sus estados, faltó el rey de Francia á su palabra y lealtad, bajo pretesto de que no se hallaba libre cuando firmó el tratado; tanto que habia protestado en silencio antes de ceder á la imperiosa ley de la necesidad: pero semejante prueba de perfidia trocó la rivalidad de los dos príncipes en enconado rencor.

Esta primera falta de Francisco llevóle á estipular al rey de Inglaterra Enrique VIII concesiones mucho mas humillantes que la impuesta en el tratado de Madrid, tanto mas en cuanto fueron espontaneas. Para vengarse de Carlos V solicitó el apoyo de la Inglaterra, la cual lo otorgó tan solo á trueque de una pension perpetua de cincuenta mil escudos de oro que á sus reyes debían pagar en adelante los de Francia, y mediante la cual, segun tratado que se firmó el 18 de agosto de 1527, renunció Enrique VIII á todos sus derechos sobre este último reino.

La paz de Cambrai vino á hacer cesar de una



vez la efusion de sangre que vertiera la guerra por espacio de nuevo años: firmóse el 5 de agosto de 1529 y se llamó *paz de las damas*, por haberla negociado Luisa de Saboya, madre de Francisco I, y Margarita de Austria, tia de Carlos V. Ratificábase en ella el tratado de Madrid; el rey de Francia tenia que pagar dos millones de escudos de oro por el rescate de sus dos hijos, el delfín y el duque de Orleans, cedía cuanto poseía en Italia á favor del emperador, así como la ciudad y bailliá de Hesdin, y renunciaba á todo derecho de señorío en los condados de Flandes y Artois, comprometándose además á licenciar cuantas tropas tenia en Italia. Por su parte renunciaba el emperador á cuantos derechos pudiesen competirle en las tierras poseídas por el Francés, el cual debía desde entónces recobrar la posesion de la Borgoña, etc.

Bien se echaba de ver que semejante paz no podía ser duradera, y Francisco I, que no buscaba sino pretextos para renovar la lucha con Carlos V, acertó muy presto á encontrar uno en la muerte del duque de Milan, Francisco Esforcia; puesto que, reclamando ambos la sucesion á aquella herencia, apoyándose Carlos en la ley sobre feudos, y el de Francia en una promesa privada que de ella habia hecho el emperador al duque de Orleans; encendiéndose de nuevo la guerra: bien que por esta vez no fué muy sonada ni dió ocasion á célebres jornadas, sino que terminó muy pronto por una tregua de diez años, estipulada en Niza, el 18 de junio de 1538, bajo la mediacion del pontífice Paulo III.

No habian trascurrido tres años todavía cuando se rompieron ya las treguas con motivo de la muerte de los dos enviados de Francisco I, asesinados al atravesar el Po, en 3 de julio de 1541. Achacó el rey de Francia este crimen al gobernador de Milan y pidió satisfaccion de él al emperador, que no quiso darla, negando por el contrario la complicidad del marqués de Guast, quien se defendió separadamente en un escrito que se imprimió.

Como quiera, se empuñaron de nuevo las armas, y tras diversos encuentros en Francia y en el Piamonte, acampado al cabo Carlos V en las riberas del Marne, amagaba ya de cerca la ciudad de Paris; sin embargo propuso todavía la paz, que se firmó en efecto en Crepi el 18 setiembre de 1544: la reconciliacion imperio fué tan solo aparente, pues subsistía el idéntico odio entre ambos monarcas. Restituíanse estos, en virtud de aquel tratado, cuanto se habian arrebatado uno á otro desde la tregua de Niza, y en seguridad de tales restitutiones dió en rehenes el rey de Francia al cardenal de Mendon, al duque de Guisa, al conde de Laval y al señor de la Hunaudaie.

Prevalióse siempre Carlos V, en todos los tra-

tados, de las ventajas que le granjeaban su superioridad militar, su jenio, y su siempre propicia suerte: así que, fueron aquellos onerosos á la Francia, cuyos intereses sacrificó constantemente Francisco I al odio implacable que abrigaba contra su no menos diestro que venturoso rival. Las guerras que provocó contra el emperador costaron la vida á doscientos mil Franceses y la ruina de un millon de familias (1).

Reinaba en paz con la España Enrique II, hacia ya cuatro años, cuando cierta querella entre Octavio Farnesio, duque de Parma, el papa y el emperador, en la cual tomó tambien parte el rey de Francia en virtud de un tratado que hiciera con el duque, trajo en último resultado un rompimiento y se declaró por consiguiente la guerra el 1.º de setiembre de 1551.

Por primera vez abandonó un instante la fortuna á Carlos V, y perdió treinta mil hombres delante de Metz; pero este revés fué altamente compensado por la victoria de Marciano, alcanzada por el ejército imperial contra los Franceses el 3 de agosto de 1553; y al cabo vino á firmarse nueva tregua en la abadía de Vaucelles, junto á Cambray, el 5 de febrero de 1555. Por esta vez se estipuló para cinco años; mas en verdad que ni duró siquiera cinco meses, porque las desavenencias del papa Paulo IV con la casa de Austria hicieron estallar de nuevo la guerra: en la cual tomó por suyos la Francia los intereses del papa contra Felipe II. Rompiéronse las hostilidades con un ataque en los Países Bajos. Perdió la Francia la nombrada rota de San Quintin; y fué arrollado el mariscal de Termes, con su jente, cerca de Gravelinas: en cambio apoderóse el duque de Guisa de algunas plazas de los Españoles, y tomó Calés á los Ingleses: mas como echase de ver Enrique II que no le era dado continuar guerreando, entabló negociaciones y se firmó al cabo entre él y Felipe II el tratado de paz de Cateau-Cambresis, el 3 de abril de 1559.

Habia heredado Felipe II la prepotencia de Carlos V, y así es que en la paz de que hablamos dictó todavía la ley é impuso las mas duras condiciones, tanto que por solas tres ciudades que restituyó, San Quintin, Ham y el Catelet, vióse Enrique II precisado á devolverle cerca de doscientas en Flandes, el Piamonte, la Toscana y la Córcega.

Peró el monarca español, que pusiera guarnicion en Paris, Ruan y varias otras ciudades de Francia (1), iba al fin á encontrarse cara á cara

(1) Montlue.

(2) Mignet, Introduccion á las negociaciones sobre la sucesion de España, p. 42.

con un grande hombre á quien cupiera en mision el derrocar la no interrumpida superioridad con que descollara la casa de Austria hacia ya un siglo, y vencedor Enrique IV de la Liga, debía al cabo volver sus armas contra Felipe II. Habia este rey asalariado y fomentado en Francia la guerra civil, y, cuando bloqueada la ciudad de Paris por los realistas, iba ya á rendirse, mandó salir al duque de Parma de los Países Bajos á fin de socorrer aquella capital, y llegando á ella Farnesio á marchas forzadas, tuvo la fortuna de conseguir su intento.

Mas, disuelta posteriormente la liga, publicó al instante Enrique IV un manifiesto contra Felipe II el 17 de enero de 1595, cuyo monarca contestó con otro el 7 de marzo siguiente, con lo cual comenzó nuevamente la guerra. Tomaron los Españoles las ciudades de Doulens, Cambrai, Calés, Ham, Guines, Ardres y Amiens; y Enrique IV se apoderó de La Fere, reconquistando despues á Amiens, que capituló en 25 de setiembre de 1597. En enero del siguiente año 1598, abrióse en Vervins un consejo bajo la mediacion del papa, y en 2 de mayo inmediato se firmó un tratado de paz, en virtud del cual se estipuló una cabal y reciproca restitucion de cuanto se habian quitado una á otra ambas naciones desde la paz de 1559.

Fué el tratado de Vervins el primer ataque dirigido á la grandeza de la casa de Austria y á la supremacia hasta entónces ejercida por la España, y puede decirse de él que señaló la decadencia de su poderío.

No bien dejó de ser libre interiormente la nacion española y se agotaron todos sus recursos para acudir á las exigencias de la guerra, no esperimentó en lo exterior mas que contratiempos. En Rocroy, en 1643, en Lens, en 1648, en las Dunas, en 1658, los antiguos tercios castellanos perdieron su decantada nombradía: las derrotas reemplazaron los pasados triunfos, y en suma los ejércitos franceses, con rematar el espirante poderío de la España, lograron granjearse una supremacía que han sabido conservar desde aquel punto. Cuando vencidos y hasta amenazados en sus posesiones al sur de los Pirineos, hubieron los Españoles perdido igualmente la Cataluña, viéronse precisados á solicitar la paz. Señora la Francia de la Alsacia y deseosa de estender sus fronteras hácia el mediodía, quitó á la España el Rosellon, la parte septentrional de la Cerdaña y el condado de Conflans, mientras que al norte se apoderaba del de Artois, con mas gran parte del ducado de Luxemburgo y del Limburgo: y sabido es que el tratado de los Pirineos fué la aciaga consagracion de esa impotencia de que no ha acertado á levantarse la España desde entónces.

Tal se presentaba la situación de ambas naciones, cuando á la muerte del cardenal Mazarini, en 9 de marzo de 1661, empuñó Luis XIV las riendas del estado.

Era la paz universal, y se dijera que la incontestable preponderancia que granjeara á la Francia la omnipotencia del numen representada por los guerreros magnánimos del reinado de Luis XIV, la tenia asegurada por largo tiempo. Época, en verdad, escepcional en la historia, que todo contribuyó á presentar mas y mas grandiosa en su principio, y que hasta llegó á brillar con los reflejos de la pasada gloria en los últimos momentos del gran monarca. Al centro, al norte, al mediodía de la Europa, multitud de tratados, como el de Vestfalia, de Copenhague, de Oliva, de los Pirineos, habian establecido tal equilibrio de fuerzas que debía al parecer evitar todo choque y motivo de guerra. El menoscabo de la España alejaba para el porvenir todo recelo por los riesgos que hiciera correr en otro tiempo aquella potencia á la balanza jeneral de la Europa, y en la segunda mitad del siglo XVII no podia ya la cercanía, otras veces tan temible, de la península inspirar á la Francia la menor inquietud. Exhausta de hombres y dinero, privada de comercio é industria, sentíase la España arrastrada por la fuerza de las cosas á vivir en paz, cualquiera que fuese su soberano, con la nacion vecina. Sin duda que en tiempo de Francisco I y de los tres Enriques II, III y IV, no podia ser otra la política francesa mas que absorber y llevar tras sí á su formidable rival, ya á la ayuda de las conquistas, ya por medio de alianzas de familia, y no hacia la Francia con ello mas que usar de represalias, puesto que todos los esfuerzos de Carlos V y Felipe II se encaminaron á señorear la Francia; pero ya que se hubo firmado el tratado de los Pirineos, variaron notoriamente las circunstancias; no estaba ya su política á la orilla opuesta del Bidasoa; lo que le convenia sí trasponer eran los Alpes y el Rin.

Si consideramos pues bajo cierto punto de vista jeneral la respectiva posicion de ambos países, claro es que la dominacion sobre la España, tras la cual se desaló constantemente Luis XIV, no nos parecerá en manera alguna necesaria al esplendor y seguridad de la Francia; antes bien conocerémos, á no poder dudar de ello, que en el estado en que tenia á la España la muerte inminente de Carlos II, la política adoptada por Luis XIV debía ser por el contrario de todo punto perniciosa á los intereses de su nacion.

Luis XIV fué el creador de esa política de dominacion material, que desde su época ha prevalecido sin interrupcion en la nacion francesa.

con respecto á la nuestra , y la sucesion al trono de España fué el eje sobre que comenzó á jirar (1). Los descendientes de aquel monarca la han continuado, á pesar de será todas luces aciaga para entrambos países , y no ha mucho que acabamos de ver en Napoleon el intento conocido de emprender de nuevo la obra dinástica de Luis XIV, á favor de su propia familia. Todo poderoso en Madrid no quedaban todavía satisfechos sus deseos, sino que juzgó medio mas seguro y á propósito para señorear la Península el entronizar en ella á su hermano José, al modo que prefirió mas bien Luis XIV aceptar el testamento de Carlos II, que cumplimentar el tratado de particion , mediante el cual se ensanchaba la Francia hasta tocar sus fronteras naturales. Cuáles hayan sido los resultados de semejante política dinástica , bien se echa de ver por las dos guerras asoladoras que la han seguido, ambas á cual mas fatales á la España, á la Francia, á Luis XIV, y á Napoleon; estos ejemplares sin embargo no han sido poderosos á contener la restauracion , la cual intentó tambien reinar en Madrid cuando apenas reinaba en Francia; dígalo sino la intervencion de 1823, cuyas consecuencias para las dos naciones dejo ya espuestas en otro lugar. « Desde el cardenal de Richelieu hasta el duque de Choiseul , dice Chateaubriand , jamás han perdido de vista nuestros hombres de estado la union *forzada* de la Península ibérica

á este suelo francés, mediante el cual se comunicaba con la Europa (1). Es la España un satélite que *debe siempre* jirar en nuestra misma órbita para que sean regulares sus movimientos y los nuestros (2). »

Tal ha sido en efecto la política de los diplomáticos franceses desde Mazarini y las desventuras que ha acarreado á entrambas naciones son sin duda el mas solemne mentis que cabe dar á ese sistema tan falso como pernicioso, al paso que la esperiencia que de él se ha hecho desde la paz de los Pirineos hasta nuestros dias, es su mas victoriosa demostracion.

En el primer período desde Carlos V hasta Luis XIV, apura la España todos sus recursos para dominar á la Francia, lleva á los reinos vecinos la desolacion y el trastorno, y acaba por arruinarse á sí propia.

Empero en el segundo período desde Luis XIV hasta Luis XVI, vemos los papeles del todo trocados, pues la Francia á su vez lo sacrifica todo para sojuzgar á su antigua rival, y solo acierta á conseguirlo labrando á un tiempo su propia desventura y la de la España.

Las relaciones entre ambas naciones durante aquel segundo período , sus guerras y sus tratados merecen por su importancia ser esplanados á parte y con detencion.

(1) Chateaubriand. Congreso de Verona, tom. 1, p. 364.

(2) Idem, p. 368.

(1) Mignet.

CAPITULO SEGUNDO.

Desde la paz de los Pirineos hasta la de Aquisgran.

Negociaciones acerca de la renuncia de la infanta Maria Teresa.—Tratado entre Francia y Portugal.—Convenio con los principes electores.—Prusia.—Suecia.—Primer tratado de particion entre el emperador Leopoldo y Luis XIV. Invasion de los Países Bajos.—Guerra de la Devolucion.—Triple alianza.—Paz de Aquisgran.

Desde que casó Luis XIV con la infanta María Teresa , ocupóse sin cesar en una idea fija y predominante acerca de la España; pero esta idea, á que no fué del todo ajeno el proyecto de su matrimonio , pues que vislumbraba á su través a reunion de dos coronas en una misma sien, habia ya dado á conocer, cuando el enlace de

Luis XIII con Ana de Austria , la indispensable necesidad de una renuncia de los derechos á la corona de España por parte de la infanta y del rey de Francia, y por idénticas razones se exigió igual renuncia á la infanta María Teresa y á Luis XIV. En 2 de junio de 1660, prestó la futura reina de Francia el juramento de renuncia en

Fuenterrabía, y el 6 del mismo mes ratificó Luis XIV aquel acto en la isla de los Faisanes, y juró sobre los santos Evangelios mantenerlo á toda costa. En 21 de julio envióse el tratado de los Pirineos, junto con el de matrimonio, á los parlamentos de Paris, Ruan, Grenoble, Renes, Aix, Pau, Dijon, Metz y Tolosa; y fué registrado en Paris el 27 del mismo mes (1). Pero á pesar de estos solemnes actos, vislumbraba todavía la Francia la brillante expectativa tras que tanto anhelaba, y no disimulaba por cierto sus esperanzas para el porvenir (2). En cuanto á la renuncia, abrigaba siempre el monarca francés el intento de violarla luego que llegase el caso de ponerla en planta (3). Así fué que desde 1661 dirigió constantemente sus conatos á hacer revocar el acta en que se prometiera, alegando por motivo que el dote de 500,000 escudos de oro, prometido á María Teresa, no habia sido pagado en realidad. El negociador Mr. de Lionne habia procurado espresar en el contrato de matrimonio que la renuncia se hacia *mediante* el pago de aquella dote. Desde aquel punto pues vióse sometida la sucesion á una corona á las condiciones de un contrato matrimonial entre particulares, y trasformada una querella política en cuestion de derecho civil.

Tal fué sin embargo la base de la primera negociacion entablada por Luis XIV para revindicar los derechos de la infanta al trono de España y obtener la revocacion del acta de renuncia: se creyó por largo tiempo poder dar importancia trascendental á una cuestion meramente de dinero, que en el fondo no era considerada mas que como una bagatela (4), pero al cabo fué preciso desistir de ella.

Ya abandonada la reclamacion de la dote, desenterróse allá el trascordado derecho de devolucion sobre los Países Bajos á favor de la reina María Teresa, hija en primeras nupcias de Felipe IV.

Quien primero sugirió la idea de echar mano de semejante derecho fué un llamado Duhau, secretario del mariscal Turenna, que habia casualmente estudiado los usajes de Flandes: Turenna lo propuso á Luis XIV (5), y este lo adoptó sirviéndose de él para anular la renuncia.

La cual estaba sin embargo concebida en términos tan explícitos que obligaron á Colbert á decir al rey en su testamento político: « Señor,

renunciasteis á la sucesion de España en términos formales y con cuantas cláusulas quiso exigir aquella corona (1). » Léanse tambien en las consideraciones jenerales, que preceden á las obras de Luis XIV, estas palabras: « La renuncia de María Teresa se hallaba comprendida en el tratado de los Pirineos precisamente por el rey y por su esposa (2), y se ha declarado nula esta condicion fundamental del tratado y del matrimonio por sola la razon de no haberse dado cumplimiento á ciertas cláusulas, bien que poco importantes; así lo deciden los publicistas. Reúnense tambien por su parte los teólogos, y un consejo de conciencia tranquiliza del todo la del rey. Los lejistas empero hacen mas todavía, y como la parte de sucesion á que se aspira se halla en los Países Bajos, descubren allá cierto derecho de devolucion peculiar de algunos usajes, mediante el cual son despojados de la sucesion los hijos del segundo matrimonio por los del primero, sin que los varones de aquelescluyan á las hijas de este. Y si bien es verdad que no aprueba Montesquieu que se decida por el derecho civil una cuestion de derecho de jentes, sin embargo los consejeros de Luis XIV no eran otros tantos Montesquieu, y además tenia este monarca para probar sus derechos un manifiesto y cincuenta mil soldados (3). »

Para que no se me acuse de parcialidad he citado el juicio crítico de los autores franceses acerca del valor de la renuncia y la nulidad del derecho de devolucion. Pero elloes, que Luis XIV ansiaba á toda costa apoderarse de los Países Bajos; necesitaba sin embargo un pretesto, y echó mano del mal aplicado derecho de devolucion.

Murió Felipe IV el 17 de setiembre de 1665, dejando la custodia de su reino á un niño de cuatro años que apenas tenia un soplo de vida; Triste emblema por cierto de la monarquía de Carlos V, que desaparecia en medio del anonadamiento de todos los recursos del país y de las humillaciones del extranjero.

El fallecimiento de aquel monarca dejó á la rejenta á merced de Luis XIV. Consumia la guerra de Portugal los recursos del estado, y el rey de Francia la fomentaba por toda clase de medios, ya con socorros efectivos enviados á los Portugueses, ya con intrigas diplomáticas fraguadas en Madrid por el arzobispo de Embrun, su embajador, y en Lisboa por el abate San Roman.

Para engañar mas cumplidamente á la España con respecto á sus proyectos sobre los Países Bajos, ofreció Luis XIV su mediacion en lo de Portugal y el establecimiento de una alianza

(1) Mignet, sucesion de España, t. I, p. 69.

(2) Nasau, t. III, p. 241.

(3) Mignet, Introd., p. 4.

(4) Despacho de Mr. Lionne al arzobispo de Embrun en 9 de octubre de 1661.

(5) Consideraciones sobre Luis XIV. Obras de Luis XIV, t. I, p. 132.

(1) Testamento político de Colbert, p. 111.

(2) Obras de Luis XIV, t. I, p. 124.

(3) Consideraciones sobre Luis XIV, t. I, p. 124.

ofensiva y defensiva, y envió plenos poderes para esta doble negociacion al arzobispo de Embrun desde Vincennes, el 24 de setiembre de 1666 (1). Pero semejante simulacro de negociacion no tenia mas que un solo objeto; escuchemos si no al mismo monarca francés que nos lo revela. «Tratábase únicamente de hacinar inútiles estorbos en el teatro.... por lo cual manifesté á mi embajador en Madrid el colorido que debía dar al negocio á fin de presentarlo, si cabia, agradable á la rejenta (2).»

«Continuaba Luis XIV con relacion á los Españoles el idéntico sistema de doloso engaño, conservando así su seguridad para mejor prolongar su endeblez, desviándolos de la paz con el Portugal y de la alianza con los Ingleses. Antes habia ofrecido su intervencion en los negocios de aquella nacion, con la única mira de frustrar la mediacion de la Inglaterra, y ahora brindaba con no menor falsedad á la corte de España con una alianza ofensiva y defensiva, tambien para impedir la que le propusiera el monarca inglés (3).»

No se dirá que semejantes juicios sobre la política fementida de Luis XIV, sacados de sus mismas obras y de los escritos de autores franceses, sobremanera adictos á su pais, puedan infundir sospecha alguna; sin embargo ellos colocan los esfuerzos del rey de Francia para prolongar la guerra entre España y Portugal en el número de los condenados por la moral y reprobados por la conciencia de todo hombre de bien. Ni aun tenia que combatir Luis XIV en Madrid ni en Lisboa, la influencia extranjera, único caso en que la triste, bien que imperiosa razon de estado, lejitima ciertos manejos, de suyo nada leales; así que atizaba aquel monarca la discordia entre *España y Portugal solo con el fin de debilitar á la primera de estas dos potencias, facilitando así la usurpacion que meditaba de los Países Bajos.* Contra la España pues, y lo que es mas, contra su propia familia, dirigió Luis XIV sus primeros hechos de armas, y en aquella nacion fué tambien donde se marchitaron los laureles de su gloria. En su vejez espíó amargamente su yerro; la dominacion empero de la España fué su primero y último pensamiento (4). Franceses y Españoles han pagado harto cara aquella ambicion dinástica.

Bien conocia Luis XIV que negociando una alianza ofensiva y defensiva en Lisboa, violaba

abiertamente el tratado de los Pirineos; pues su artículo primero es sobrado esplicito para dar lugar á interpretaciones (1). Por otra parte sabida es la confesion franca que de ello hace en sus instrucciones al Delfín. «Hallábase, dice, ocupada la España en la guerra de Portugal, que yo podia hacerle mas y mas engorrosa; pues tenia en mi mano medios de ayudar yo mismo á los Portugueses, en caso que lo hubiese juzgado necesario, á pesar de que el tratado de los Pirineos me lo prohibia (2).» Así fué, que no hacia mas que buscar pretextos «para renovar sus pretensiones; siendo su verdadero intento conseguir que la España no pudiese poner los Países Bajos en estado de defensa para que así tuvieran que rendirse en cuanto se decidiese él á atacarlos (3).»

La guerra de Portugal era sin duda la causa mas eficaz de estenuacion para la España: por lo cual todos los conatos de la diplomacia de Luis XIV tendieron constantemente á imposibilitar la paz entre ambas naciones.

Los poderes enviados en aquella ocasion al arzobispo de Embrun estaban redactados de esta suerte: «Vincennes, 26 de setiembre de 1666. — Por la presente, escrita y firmada de propio puño, venimos en conceder y concedemos al señor arzobispo de Embrun, consejero de nuestro consejo de estado y nuestro embajador extraordinario en España, plenos poderes para negociar en nombre nuestro con los comisionados que con iguales poderes envíe nuestra muy cara y estimada hermana y prima la reina de España, tutora de la persona y rejenta de los estados de nuestro muy caro y estimado hermano y primo, el rey de España, y para estipular y firmar cualesquiera artículos y condiciones que el sobre dicho señor arzobispo estime convenientes para un tratado de mas estrecha union entre Nos y nuestro dicho hermano, y especialmente de alianza ofensiva y defensiva contra la Inglaterra; como tambien otorgamos en virtud de la misma presente al sobredicho señor arzobispo plenos poderes para ejercer la mediacion que tenemos ofrecida para obtener un acomodamiento en los asuntos de Portugal, y hasta para prometer para ello una garantía, caso que la deseen y se avengan á admitir la misma ~~ambas~~ partes interesadas, y damos fe y palabra de rey de aprobar, ratificar y ejecutar los indicados artículos y condiciones, tanto de alianza como de mediacion

(1) Carta de Luis XIV al arzobispo de Embrun de 24 de julio de 1666. Mignet, t. I.

(2) Obras de Luis XIV, memorias históricas, t. II, p. 112.

(3) Mignet, t. I, p. 473.

(4) Mignet, t. I, p. 549.

(1) Art. 1º. «El rey de Francia se compromete á no prestar socorro alguno al de Portugal.» (Flasao, Hist. diplom., t. III, p. 238.

(2) Mem. de Luis XIV, Instruc. al delfín, t. I, p. 62.

(3) Mignet, Docum. inéd., t. I, p. 355.

y garantía, que dicho señor arzobispo estipule y firme en virtud del presente poder.

« Dado en Vincennes, á 26 de setiembre de 1666. »

Las negociaciones á que hace referencia este poder eran tan solo simuladas y dilatorias; pues sabíase positivamente que los proyectos sobre los Países Bajos darían la guerra por resultado: y en cuanto á la mediación, el mismo Luis XIV nos dice *que únicamente la habia propuesto para ganar tiempo* (1).»

Encargó en seguida el monarca francés al arzobispo de Embrun que no franquease copia alguna de aquel poder á los ministros españoles, por mas instancias que para ello le hiciesen, y que lo negociase todo verbalmente: precaucion por cierto indispensable, pues al paso que ofrecia al gabinete de Madrid su mediación en lo de Portugal, negociaba el abate San Roman en Lisboa una alianza ofensiva contra la España, cuyo artículo segundo estaba concebido en el proyecto de tratado en estos términos: « S. M. C. se comprometerá además, en virtud del mismo tratado á no firmar, una vez declarada la guerra á la España, paz ni tregua alguna en que no se halle comprendido el rey de Portugal, si así lo desea, y en que los Españoles nose presten á tratar con él, *como de rey á rey.* »

Semejante doblez explica bien á las claras el vivo interés que tenia Luis XIV en no tratar por escrito con la corte de Madrid; pues la menor indiscrecion en esto podia patentizar lo odioso de su política: tanto mas cuando el proyecto de tratado con el Portugal encerraba condiciones en que se veia pintada la mas enconada enemistad contra nuestra nacion. El artículo 3.º decia así: « Como S. M. C. atacará con todas sus fuerzas á los Españoles todos los años, por esto se obligará tambien el rey de Portugal á hacer anualmente con el número de fuerzas que se estipule dos campañas, una antes que principien los calores y otra despues de pasados. »

Como quiera que esperasen los Portugueses terminar sus desavenencias con la España por mediación de la Inglaterra, no se dieron prisa en entrar en las miras de la Francia: los Españoles, por otra parte creidos de la buena fe de Luis XIV, tampoco se manifestaron dispuestos á conceder la satisfaccion que reclamaba la Inglaterra á nombre de Portugal: así que, paralizada de esta suerte aquella negociacion, quedó suspendida hasta el año siguiente.

En esto Luis XIV redoblaba su ahinco en comprometer lo mas peligrosamente posible al gobierno español con el inglés, y conociendo con cuanta facilidad se alarman en España los sen-

timientos de nacionalismo, encargaba á su embajador en Madrid, en carta de 27 de setiembre del mismo año de 1666, « que llamase la atencion de Carlos II hácia la usurpacion de la Jamaica y la ocupacion de Tánjer. Cuando convidé al rey de España, añadía, á romper con la Inglaterra, la invité á lo que de ella reclaman el honor y el propio interés, y hasta la llamó á indudables victorias.... Con esto os he dado harta materia para presentar una proposicion asaz lisonjera que, apoyada además por la ordinaria fuerza de vuestro estilo, sea acaso poderosa á dividir los pareceres de los consejeros de estado y de la junta de gobierno. »

A pesar de lo comprimida que estaba la opinion pública en Madrid, resintiéndose sin embargo de esas dobles negociaciones y circularon escritos del todo contradictorios, acerca de los intereses de la España segun estaban redactados por los partidarios de la Francia ó los de la Inglaterra. No le valió al arzobispo de Embrun el sistema de temporizacion que adoptara; pues la corte de Madrid le precisó á que diese terminantes esplicaciones, y en efecto el 28 de octubre declaró á D. Blasco de Loyola « que no proponiendo su rey ningun negocio sino con firme intencion de llevarlo á cabo, se hallaba ya revestido de plenos poderes para tratar en cuanto á la guerra ofensiva y defensiva » (despacho de 5 de noviembre de 1666).

El gabinete de Madrid, cuyas sospechas comenzaban ya por fin á despertarse, acogió esta abertura de negociaciones con aparente satisfaccion, y perifrasedando D. Blasco de Loyola las palabras del arzobispo, aseguróle que la reina no dudaba un punto de la sinceridad con que trataba Luis XIV todos los negocios, y acabó por suplicarle le diese por escrito cuanto le habia indicado de viva voz.

A lo cual se negó el arzobispo, tomando el partido de dirigirse al padre Nitardo, confesor de la reina, á quien presumia favorable á los Franceses á causa del odio que necesariamente debia abrigar todo inquisidor jeneral hácia unos herejes de tal condicion como los de Inglaterra. Pero no salió mejor por esto con su intento; pues la primera pregunta que le hizo el padre Nitardo fué « si habia presentado proposiciones por escrito á la reina; » y como contestase el arzobispo negativamente, negóse aquel á intervenir en este asunto.

Con algun tanto mas de destreza y algo menos de tenacidad por parte del gabinete español, se hubiera desplomado por sí mismo todo ese embrollado aparato de intrigas. La independencia y separacion de Portugal existian ya de hecho; y sin embargo la dificultad insuperable de la negociacion estribaba tan solo en el reconocimien-

to de Alfonso VI por *rey de Portugal*; pues rehusaban los Portugueses todo otro acomodamiento, tal como por ejemplo la oferta hecha por la España de tratar *con el gobierno existente*. En tan insoluble situacion, renunció la Inglaterra á establecer la paz entre ambas naciones, y no se ocupó ya mas que en su interés peculiar.

Por otra parte, ya que hubieron aceptado la Francia y la Inglaterra las ofertas de mediacion de la Suecia para establecer la paz entre estas dos potencias beligerantes, apresuróse la corte de Versalles á calmar las inquietudes de la España, la cual harto echaba de ver que en cuanto no tuviese Luis XIV nada que temer de la Inglaterra, ensayaria de contado un golpe de mano contra los Países Bajos. En efecto, á este fin escribía Luis XIV en 16 de marzo de 1667 al arzobispo de Embrun: «Proponed un socorro de diez buques de guerra bien equipados y armados, para arrojar á los Ingleses de las Indias occidentales, especialmente de la Jamaica y de la isla de santa Catalina, pues, como con razon decís, semejante principio daria muchas largas, no siendo por otra parte muy embarazoso.»

Entretanto como á todos alarmase la reunion de tropas destinadas á invadir los Países Bajos, quiso Luis XIV manifestarse estraño á este hecho; y en un despacho dirijido en 17 de abril de 1667 al arzobispo de Embrun, le decia: «Podeis asegurar positivamente que no he levantado tropas estraordinarias de caballería ni de infantería en mas de un año, y es pura fábula lo que se dice de un levantamiento de dos mil caballos; hasta lo seria tambien, aun quando no se hablase mas que de ciento ó de cincuenta.»

Al propio tiempo que se trataba de tranquilizar tan positivamente la corte de Madrid sobre el sosten de la paz, escribía Mr. de Lionne, en 6 de marzo del mismo año, á Mr. de San Roman á Lisboa: «En cuanto se hayan canjeado las ratificaciones con Portugal, entrará el rey en persona en Flandes á la cabeza de un ejército de cincuenta mil hombres. S. M. se ha dignado confiaros este secreto; sin embargo cree importante que á nadie lo reveleis (1).»

Dos meses despues de haberse comunicado á Mr. de San Roman la resolucion de invadir la Flandes, hostigado Luis XIV por el gabinete de Madrid, no titubeó en escribir á su embajador en aquella corte, el día 1.º de mayo inmediato, á fin de que tranquilizase mas y mas á la rejenta y la previniese en contra de las desconfianzas del marqués de Castel Rodrigo, que calificaba de fantasmas: la carta del rey de Francia concluía en estos términos:

«Como me complazco muchas veces en ver

mis tropas formadas unas junto á otras, temo que el marqués de Castel Rodrigo tome ocasion de una numerosa revista, que mandé pasar la semana última, para aumentar en Madrid el temor de nuestras armas de que en tanta manera y sin fundamento se halla poseido; pero si oís hablar de ello, podeis asegurar que no hay por acá novedad ninguna en materia de tropas y levantamientos (1).»

El simple cotejo de estas fechas basta para poner en claro la política de Luis XIV para con una aliada, para con un rey, de edad de cinco años y cuñado suyo: ningun escrúpulo le arredró. Habíanse renovado las negociaciones con el Portugal con estraordinaria premura y tocaban ya á su fin; pero si la nueva del rompimiento del rey con la España llegaba á Lisboa antes del canje de las ratificaciones, claro era que los Portugueses querrian aguardar el éxito de la lucha sin comprometerse á nada, y que por su parte la reina rejente cederia en todos los extremos discutidos con el Portugal, y desde aquel punto habia de quedar libre la España de un enemigo, circunstancia que en ningun modo convenia al rey de Francia.

Era preciso pues adelantarse á este inconveniente, para lo cual hizo Luis XIV aconsejar á Alfonso VI que, so pretexto de la gran distancia que mediaba y del ansia impaciente por consolidar cuanto antes el tratado, debia convenir se que, no bien hubiese firmado el contrato el rey de Portugal, despacharia sin pérdida de tiempo su ratificacion: medios que adoptó sin titubear el ministerio portugués. Por otra parte, el conde de Castel-Melhor hizo expedir por Mr. de Schombery, una orden, en que se prohibia la entrada en Portugal á todos los correos ó personas procedentes de España y se les mandaba esperar en las plazas de Castilla las órdenes del monarca portugués, por temor de que la llegada de algun negociador de paz, enviado por el embajador de Inglaterra, ofreciese á los descontentos y á los enemigos algun pretexto para alarmar y escitar al público contra el tratado con la Francia. El mariscal Schombery, dirijido por Turenna, quien igualmente dirijia á Luis XIV, estaba á la sazón al servicio de Portugal, y él fué el encargado de levantar tropas para este reino, con manifiesta violacion del tratado de los Pirineos.

Merced á tales precauciones y á las demás que se tomaron para impedir todo acomodamiento entre las dos coronas de España y Portugal, firmóse al cabo el tratado con la Francia, á 31 de marzo de 1667. Empero, durante las negociaciones con la corte de Lisboa, aparentó constante-

(1) Mignet, p. 534.

(1) Correspondencia de España, vol. 56.

mente Luis XIV la mayor repugnancia á emprender la guerra: y si bien es verdad que se comprometió á prestar un subsidio de 1,800.000 libras tornesas anuales, de las que debían destinarse seiscientas mil al pago de las tropas francesas cedidas desde mucho tiempo antes á Portugal, sin embargo, ocultando astutamente el rey de Francia sus proyectos relativamente á los Países Bajos, pactó que, en caso de empeñarse su nación en alguna guerra, quedaria reducido el convenido subsidio á solo un millon de libras, entendiéndose comprendidas en esta cantidad las seiscientas mil destinadas á las tropas francesas. Sucedió pues que, como estallara al momento la guerra, quedó privado el Portugal del verdadero subsidio en que contaba; pues en la realidad tan solo percibió cuatrocientas mil libras.

No bien hubo Luis XIV conseguido reunir á fuerza de astutas maquinaciones todos los elementos necesarios de discordia entre España y Portugal, y alcanzado sorprender á nuestra nación en medio de su crédula confianza, «quiso desde luego hermanar la prontitud del éxito con la celeridad de su resolución, tanto mas cuando no habia ocasion mas adecuada para ejecutar á mano armada el derecho de devolucion (1).»

Así que, se colocó al frente de un ejército, mandado en realidad por el mariscal Turenna. No tardaron en caer en poder suyo Charleroi, Bergues, Tournay, Douay, Courtray, Oudenarde y Alost, y aunque la brillante defensa de la guarnicion de Dundermonde, que obligó á cejar á los Franceses, hizo renacer por un momento las esperanzas de los Flamencos, sin embargo, la toma de Lila y la completa derrota del único ejército que pudo poner en campaña el gobernador de los Países Bajos á las órdenes de Martin, jefe de distinguido mérito, no dejaron en duda por mas tiempo la pérdida de aquel pais. Desde aquel punto no podia ya la España contrarestar en adelante ni las glorias militares ni la solapada política de Luis XIV.

Pague quien quiera á esta un tributo de elogios; por lo que á mí toca, veo tan solo á su través á un monarca todavia joven, pero en cuyas relaciones, tanto con sus aliados como con su familia, rebosa de continuo una indisculpable perfidia. Mas ese desprecio por lo mas sagrado que tienen los hombres, y que mereciera, segun el derecho comun, un castigo ejemplar, no permaneció largo tiempo impune; que si en 1667 abusó Luis XIV de su poderio contra un niño en su cuna, en 1710 abusaron á su vez del suyo los aliados en Gertruydenberg contra un anciano indefenso.

Empeñado que hubo la guerra Luis XIV entre España y Portugal, interesábale ya únicamente despojar á la primera de cuantos socorros pudiesen ofrecerle las demás potencias que, cual ella, necesitaban poner dique á la ambicion del rey de Francia; y es preciso confesar que decidido como estaba á arrebatar á Carlos II los Países Bajos, mostró singular destreza, no ya únicamente en aquella empresa de violenta usurpacion, si que en su conducta respecto á las potencias á quienes cupiera todavia contrarestar el engrandecimiento que premeditaba.

Ya desde 1658 tenia firmada en Francfort la ligajeneral que aunaba la católica, conocida por *Liga del Rin*, con la de los protestantes, estipulada en Hildesheim, en 1651; mas á mayor abudamiento renovóla en 1660 y en 1663 hasta 1667. Fué en seguida aliándose uno tras otro á todos los reyezuelos de Alemania y ribereños del Rin: comenzó por firmar un tratado con los electores de Brandeburgo y de Sajonia, en 12 de marzo de 1664: en 21 de julio de 1666 firmó otro con el duque de Neuburgo; en 22 de octubre siguiente, otro con el elector de Colonia; otro con el de Maguncia, en 28 de febrero de 1667; y otro en fin con el obispo de Munster á 4 de mayo del mismo año. Estipulábanse en todos ellos subsidios pagaderos por la Francia, y á los principes de Alemania se les imponia la obligacion de oponerse al paso por sus estados de tropas imperiales que acaso acudieran á los Países Bajos en socorro de la España. Además de esto compró á fuerza de dinero á los ministros del gran elector de Brandeburgo, y con ellos la neutralidad de este soberano; é interés por otra parte en su causa á la Suecia, renunciando, en el tratado de 1.º de febrero de 1668, á todas sus pretensiones sobre la Polonia á favor de un principe de su dinastía y mediante las ofertas que se le hicieron de considerables subsidios.

Faltaba ya tan solo el Austria; pero era Luis XIV diplomático sobradamente perspicaz, para poner en juego en Viena los mismos resortes, que tan buen efecto le surtieron en los círculos de Alemania, en Berlin, ó en Estocolmo: no le ocurrió pues al gabinete de Versalles la peregrina idea de hacer tambien tributario de la Francia al emperador; sino que principió por tratar de la neutralidad del Austria y aun de que esta, prometiese no enviar tropas á los Países Bajos á favor de la España. En efecto alcanzáronse aun ambas pretensiones, mas no habia medio de consolidar la alianza del Imperio y de la Francia, ni de hacer imposible todo rompimiento entre ambos cuñados del rey de España, si ya no es que aquellas dos potencias acertasen á mancomunarse para despojar á un tercer soberano mas débil que ellos. Comprendiólo así el de Francia, y se-

guro por otra parte de que podría mas en Leopoldo el interés que la moral y los sentimientos de familia, imaginó desde aquel punto ponerse de acuerdo con el emperador á fin de arreglar un tratado de particion de la monarquía española, cuyo trono tenia al parecer que quedar vacante cuanto antes; tan menguada esperanza prometia la débil y quebrantada salud de Carlos II de que viviese lo bastante para dejar un sucesor.

Enabláronse allá las negociaciones para este convenio cinco meses antes de que entrase en los Países Bajos el ejército francés, y al cabo, en 19 de enero de 1668, se firmó el tratado en Viena, redactado de esta suerte:

TRATADO DE PARTICION.

Nómbrense en el preámbulo los plenipotenciarios:

Por parte del Emperador, Juan Waycard, duque de Munsterberg y de Aversperg.

Y por la del rey de Francia, Jayme Bretel de Gremonville.

Artículo 1.º—Fórmulas de estilo.—«Habrá paz, amistad constante, alianza eterna, etc.»

En virtud del art. 2.º, Cambrai, el Cambresis, el ducado de Luxemburgo, ó en su lugar la Borgoña, vulgarmente llamada Franco-Condado, Douai, Aire, Saint-Omer, Bergues y Furnes pasaban á propiedad y señorío de la Francia, la cual por su parte se comprometia á devolver todas las demás plazas deque se hiciera dueña durante el año anterior, no menos que el Charleroi, cuya fortificacion sin embargo debía ser demolida, si ya no es que el rey de España consintiese formalmente, antes del mes de marzo de 1669, en las proposiciones que los estados jenerales de las Provincias Unidas le habian presentado á fin de restablecer la paz, y conviniese además en otra paz con el rey de Portugal, mediante un tratado de rey á rey. Comprometiase á su vez el emperador á empeñar todo su valimiento cerca de la reina y rejenta de España, hasta decidirla á hacer formal cesion de las plazas mencionadas: y si, en caso de aferrarse esta soberana en la negativa, conseguia el rey de Francia conquistar algunas poblaciones que correspondiesen, en virtud de la division hacedera, al emperador y á sus hijos y sucesores, obligábase el monarca francés á restituírselas sin exigir indemnizacion alguna por los gastos de la guerra. Además de esto, prometia el emperador no prestar apoyo alguno á los Españoles en la guerra de los Países Bajos; se reservaba empero el derecho de socorrerles, si esta se trasladaba á cualquier otro punto de la monarquía española.

Art. 3.º La particion de la monarquía española se habia acordado en esta forma: Para el emperador:

Los reinos de España, las Indias occidentales, el ducado de Milan, con el derecho á él inherente de la investidura del de Siena, Final, los puertos de Longona, Hércole, Orbitello, y demás del mar de Liguria sometidos á la corona de España, con todas sus dependencias; la Cerdeña, las islas Canarias y las Baleares.

Para el rey de Francia:

Cuanto poseian los Españoles en los Países Bajos, inclusa la Borgoña, llamada Franco-Condado; las islas Filipinas orientales; el reino de Navarra con todas sus dependencias, tales cuales eran á la sazón; Rosas con sus dependencias; todo lo de la costa de Africa, y los reinos de Nápoles y Sicilia con sus dependencias é islas adyacentes.

El art. 4.º estipula los mutuos socorros entre ambas potencias contratantes para conseguir la posesion de los países que se adjudicaban.

Art. 5.º Queda convenido que este tratado durará solos seis años, espirando además, *ipso jure* y cual si jamás hubiese existido, el mismo día del nacimiento de un primojénito del rey de España. Sin embargo, se reservan ambas partes contratantes la facultad de tratar y convenir durante estos seis años acerca de la prolongacion del término de este tratado.

El art. 6.º hablaba de las ratificaciones del tratado.

El 7.º autorizaba el depósito en manos del gran duque de Toscana, tanto de los documentos orijinales como de sus ratificaciones y actas de poderes, bien que este artículo se reemplazó por otro separado, firmado á 28 de febrero de 1668, en que se renunciaba al depósito en manos del de Toscana, y se convenia que cada soberano conservaria una copia de todo lo enunciado.

Art. 8.º En virtud de él no podian las dos potencias contratantes, mientras la duracion del presente tratado, estipular otro ninguno que fuere directa ó indirectamente contrario á este, si bien quedaban libres de adquirir á su placer ó mediante tratados cuantos aliados quisiesen para toda otra guerra que no fuese la de los Países Bajos; debiendo entenderse que en nada perdian por esto de su fuerza y vigor los tratados de Munster, de Vestfalia y de los Pirineos.

Art. 9.º y último. Pactábase tambien que en caso de llevarse á cumplido efecto este tratado, ambas partes contratantes ó sus sucesores, solicitarian á un tiempo y por los trámites regulares la garantia del sumo Pontífice, de los reyes de Inglaterra, Suecia y Dinamarca, de los electores y príncipes del imperio, de la repú-

blica de Venecia, del duque de Saboya, del gran duque de Florencia, de la república de los Suizos, de Génova, de los Estados jenerales, de las Provincias Unidas y de los demás que juzgaren conveniente ambos contratantes cuando llegare la ocasion.

Fecho en Viena, á 19 de enero de 1668.

Juan Waycard, duque de Munsterberg, príncipe de Aversperg.

El caballero de Gremonville.

Este tratado, en latin, se conserva en los archivos del ministerio de negocios extranjeros de Francia.

Luis XIV lo ratificó en 2 de febrero inmediato, y el emperador lo firmó en 28 del mismo mes. La modificacion del art. 7.º fué igualmente consentida por ambos monarcas en 20 de marzo.

El rey de Francia, que habia negado todas las garantías reclamadas por los ministros austríacos para el depósito del tratado, en ninguna parte lo creyó tan seguro como en sus propias manos; para lo cual tomó las mas escrupulosas precauciones, é hizo partir para Viena por distintos caminos á un oficial y seis guardias de su persona, quienes recibieron el día 14 de abril de manos de Mr. de Gremonville, embajador francés en Viena, una cajita de hoja de lata muy bien cerrada con las actas orijinales del tratado, de la ratificacion y del artículo modificado; despues de lo cual y en el mismo día marcharon otra vez, camino de Francia, hasta dejar aquellos documentos en poder de Luis XIV, quien tuvo á singular dicha el poseer finalmente lo que tanto habia anhelado (1).

Sin duda que, entre cuantas negociaciones emprendió el rey de Francia para enseñorearse de algunos trozos de esta vasta monarquía que iba por todos lados desmoronándose, es sin disputa la mas diestra el tratado de particion de que hemos hablado, pero sobretodo debe considerarse como la mas trascendental; puesto que la neutralidad del emperador debia decidir de la suerte de los Países Bajos: y, sea cual fuese la avilantez y perfidia de semejante manifestacion de la codicia de un rey, que iba contando uno por uno los días que de vida le quedaban al rey de España, ello es que á lo menos la negociacion de Viena no dependió de aquella sórdida venalidad de los reyezuelos de Alemania, «vendidos á la Francia, porque el Austria no se habia tomado la molestia de

comprarlos antes (1); » mas á pesar de todo, nadie dejará de convenir en que descuella conocidamente en aquella negociacion la política ordinaria, con su código de inmoralidad, consultada á fuer de única y esclusiva consejera. Segun esta, el despojo no es sino conquista; el reparto de un pais aliado, aplicacion de los derechos consignados por la fuerza de las armas, ó por anteriores convenciones: y sabia cosa es que la razon de estado no reconoce mas injusticia que el no salirse con la suya: como quiera pues, que consiguió su objeto Luis XIV en la mencionada negociacion, claro es que hubo de recibir esta la sancion que otorga siempre una política inhumana á las actas de semejante naturaleza. Si ha carecido mas tarde de otra sancion, la de la Providencia, ha sido seguramente solo porque no estaba en manos de los hombres el otorgarla. En efecto, vemos estrellarse todas aquellas convenciones y acuerdos, aconsejados por la ambicion, aceptados por la debilidad y calculados sobre la probabilidad de la muerte del jóven y achacoso Carlos II, contra los decretos del cielo, que añadió treinta y dos años de enfermiza existencia á los que habian tenido á bien conceder los parientes del rey de España á este desventurado príncipe. El tratado de particion de 1668 quedó por consiguiente ilusorio, y solo se ostenta hoy dia allá como una muestra de la vanidad de las humanas pretensiones. Cuidadosamente ocultada hasta nuestros días, fué anonadada aquella obra, donde tanto descollaran la destreza diplomática, las arterías cortesanas, los misterios y precauciones sin igual, por un mísero niño á quien, para inutilizar tan sabio trabajo, le bastó únicamente no morir.

Pero ¿qué era de la España, sin gobierno ni administracion, en medio de las intrigas que cruzaban en todas direcciones sin otro objeto que el de despojarla? Triste en verdad es el decirlo. La nulidad de su gobierno justificaba la afrenta que le preparara el tratado condicional de particion, negociado en contra de ella y sin su conocimiento. Dijérase que hacia la España por sí misma la confesion de su debilidad y que consentia, como de justicia, en que se la aliviase de un peso superior á sus fuerzas. El endeble Carlos II sentado en su trono no parecia sino el doloroso emblema de la monarquía española, y la raza austríaca se iba estinguendo en el marasmo, bien así como la nacion que habia perdido sus instituciones y su libertad. Hubiérase creído que toda la savia del pais se habia secado, que estaba paralizada su vida, en

(1) Carta de Luis XIV al caballero de Gremonville, fecha á 1.º de mayo de 1668.

(1) Mignet, Docum. inéd. sobre la sucesion de España.



suma cada día aparecía una nueva herida hecha al agonizante poderío de la España como cuerpo nacional: y no pudiendo ya el gobierno disponer de la fuerza material, ni aun acertaba á quejarse.

Durante la prolongada negociacion tan marcosamente fraguada por Luis XIV contra la España, solo aparece un Español que se esfuerce, no en contrarestar aquella riada de intrigas de Luis XIV, pero sí en hacer oír siquiera el grito de la debilidad oprimida y despojada: y esta singular escepcion fué el marqués de Castel-Rodrigo. Negoció el tratado de particion en Viena y cerróse á vista del marqués de Malagon, embajador español cerca del emperador, sin que aquel personaje sospechara ni por asomo su existencia; sin embargo con algo mas de perspicacia fácil le hubiera sido encontrar en la irresolucion de Leopoldo un medio de paralizar las jestioncs del embajador francés, y en el amor propio de los Austríacos un punto de apoyo para hacerlas del todo infructuosas. Los súbditos del emperador estaban celosos, aun mas que él mismo, de los intereses y esplendor de su raza; la España tenia conquistadas sus simpatías, y por otra parte temian á Luis XIV; el gabinete español sin embargo no acertó á sacar provecho alguno de tantas ventajas; no parecia sino que estaba eigo.

Afortunadamente existian otros intereses, á mas de los de la España, en oposicion con los proyectos del rey de Francia. Inquietábanse la Inglaterra y la Holanda por los progresos de su vecina comun, y no estaba tampoco la Suecia exenta de todo temor por la suerte del ducado de Brema: resultando de esta conformidad de intereses un proyecto de mediacion, comun á aquellas tres potencias, y dirigido á cortar el vuelo que Luis XIV pudiera tomar en Flandes. Reducido á tratado, firmóse aquel proyecto á 23 de enero de 1668, y se dividió en dos partes, una pública y otra reservada. Admitíase en la primera las proposiciones presentadas por el mismo Luis XIV como condiciones de la paz, y eran á saber: «que la España cederia debidamente á la Francia, mediante un tratado de paz, todas las plazas y fuertes, con sus castellanías y dependencias, que de antemano habia conquistado, ocupado ó fortificado esta última nacion durante la campaña del año anterior: ó bien, que podia ser obligada la España á cederle lo que quedaba del Luxemburgo, ó el Franco-Condado, Cambrai, y el Cambresis, Douai, Aire, Saint-Omer, Bergues, Furnes y Linck, con sus baillías, castellanías y dependencias, en cuyo último caso deberia la Francia devolver á los Españoles todas las demás plazas y paises á ellos conquistados desde su entrada

en Flandes, con tal que sus altas potencias diesen á S. M. C. una reciproca garantía de preparar, ó de obligar á la España á aceptar las referidas condiciones (1).

El tratado reservado tenia por objeto reducir á la paz á Españoles y Portugueses; mas, como quiera que conociesen las partes signatarias del tratado las arterias empleadas por Luis XIV para prolongar las hostilidades entre ambos pueblos de la península ibérica, en el art. 3.º acordaron los medios de precisar al monarca francés á hacer la paz, es decir, que «convinieron en aunar sus fuerzas de mar y tierra para obligar á la Francia á terminar la guerra, y caso que las partes contratantes alcanzaran algunos triunfos, determinaron continuar las ventajas obtenidas hasta tanto que fuese todo repuesto en el sér y estado en que se hallaban las cosas en el tiempo del tratado de los Pirineos.»

Bien se echa de ver en este artículo la mano de la Inglaterra, que á duras penas iba tolerando la prolongacion de las hostilidades entre España y Portugal.

En Lisboa, los escesos de Alfonso VI pudieron mas que todos los esfuerzos de la diplomacia francesa. Estalló una revolucion en 23 de noviembre de 1667, durante la cual fué derrocado aquel monarca y proclamado rejente del reino el infante D. Pedro. Este acaecimiento puso fin á una guerra de que estaban ya cansadas ambas naciones. El ministro inglés Southwell obró con ahinco para obtener que los gobiernos portugués y español firmasen la paz, tanto en Lisboa como en Madrid. La reina rejenta de España envió poderes al efecto al marqués de Leche, prisionero de guerra en Portugal: y en cuanto se supo la noticia que hizo circular Southwell de la existencia de aquellos poderes, hubo tal explosion de contento entre los Portugueses que fueron ya en adelante infructuosas todas las representaciones, no menos que las amenazas del embajador de Francia relativas á la infraccion del tratado que aliaba el Portugal con esta última nacion. Trasladóse inmediatamente á Madrid el conde de Sandoval para acelerar mas y mas la conclusion de los acuerdos que faltaban tomar todavía, y en 13 de febrero se firmó la paz. Reconocida al fin por la España la independencia de Portugal, se negoció ya como *de rey á rey*, y cuanto se habia conquistado por una y otra parte durante aquella penosa guerra de veinte y seis años, fué reciprocamente devuelto, á escepcion de Ceuta, que permaneció en poder de la España.

Contrarió en tanto extremo á Luis XIV aquel acontecimiento que, en 7 de julio de 1668, escri-

(1) Sucesion de España, t. 2, p. 550.

bia desde San Jernan á la reina de Portugal:

«Hermana mia: no teneis necesidad de escribirme ni de emplear el testimonio del señor de San Roman para persuadirme de los esfuerzos que habeis hecho por vuestra parte á fin de impedir la conclusion del tratado particular del Portugal con la España, y estoy sobremanera acoojado de que no hayais sido mas felices en el éxito; principalmente por razon del daño que en vuestra posicion os habeis ocasionado, con precipitar sobradamente este negocio (1).»

El tratado de Portugal es un ejemplo asaz penoso de la obcecacion de los hombres que, sin cuidar de sus semejantes, les obligan á desgarrarse mutuamente, solo por sostener lo que su orgullo y amor propio les representa como ofensivo á una vana cuanto absurda dignidad. Por no consentir en un tratado la palabra *rey*, siendo así que la persona á quien se negaba este título lo era no solo de derecho, sino de hecho, sostuvo la España una guerra de veinte y seis años, y tras este largo espacio de costosos y sangrientos esfuerzos, tuvo al cabo que suscribir á dar aquel dictado; aumentando así tanto mas su humillacion, cuanto mayor habia sido su terquedad en negarlo.

El acomodamiento con la corte de Lisboa no dejó de ser un gran paso para obtener otros no menos trascendentales. El plan de las tres potencias que se habian impuesto mas bien que ofrecido por mediadoras, estribaba en alcanzar que Luis XIV despojara lo menos posible á la España, cuya nacion sin embargo debia por supuesto costear los gastos de la guerra que no acertó á evitar ni á sostener.

La prodijiosa actividad que desplegara Luis XIV en todas sus numerosas, y nada parecidas negociaciones, le falló por esta vez no menos en Inglaterra que en Holanda: echólo de ver muy presto aquel monarca, y dejó atónitas á entrambas potencias por medio de un golpe tan osado como imprevisto. «Ocupado incesantemente en ensanchar sus dominios á costa de la monarquía española, resolvió enseñorearse del Franco-Condado antes de la estacion en que se suele entrar en campaña (2).»

Y mientras se negociaba una suspension de armas como consecuencia de los seis meses que en dos plazos se habian concedido para tratar de un acomodamiento, entróse de golpe el ejército francés en el Franco-Condado, el 3 de febrero de 1668. Habíanse tomado de antemano las precauciones mas diestramente coordinadas, para co-

jer de improviso á las guarniciones españolas: habíase sacado la artillería de Borgoña, circulando al mismo tiempo la voz de que la conducian á Paris y Lion con el objeto de recomponerla. La pólvora, plomo, balas, mechas, sacos de tierra para los sitios y demás útiles de guerra, llegaron cuidadosamente embalados á Dijon y Auxona, á fuer de jéneros de comercio, espeditos desde Paris y la Champaña, unos para Lion y otros para Italia, y hasta se aseguraba que algunas de aquellas cajas contenian estátuas de mármol compradas por un cardenal, entendido anticuario. Mas como, á pesar de tanta cautela, se susurrase algo en las correspondencias de Paris relativamente á un próximo ataque dirigido contra el Franco-Condado, propuso en vista de ello el príncipe de Condé que se interceptaran las cartas; y el marqués de Louvois, que era á la sazón ministro de la guerra, no solo lo aprobó, sino que hizo con tiempo robar los correos y quemar la correspondencia y hasta se enviaron, por una simulada equivocacion, la mala de Lion, al Franco-Condado, y las cartas dirigidas á Dijon, Dole y Besanzon, á Lion; *quid pro quo* imposible de enmendar, sin que se pasasen diez ó doce dias, y que se atribuyó á un aturdimiento del oficial de correos encargado de rotular los paquetes de la correspondencia (1).

En solos catorce dias, quedó sojuzgado el Franco-Condado. Salinas fué ocupado el 6 de febrero; Besanzon el 7; Dole el 13; Gray el 19: y las demás ciudades se guarnecieron con tropas francesas. En 2 de febrero habia salido Luis XIV de San Jernan, atravesó la ciudad de Parissin bajar siquiera del coche, montó á caballo en el puente de Charenton, prosiguiendo de esta suerte su viaje, y el día 19 estaba ya de vuelta, dueño de otra provincia arrebatada de mas á la España.

Por cierto que fué esta una muy audaz contestacion al tratado de triple alianza, además de no haber otra negociacion posible con las tres potencias que lo firmaran: y si bien se llevó á cabo por la fuerza de las armas, no se dirá sin embargo que no descolló en ella por lo menos tanta destreza é intelijencia como en todas las demás que terminara la diplomacia. En verdad, que el príncipe de Condé se mostró aquí tan feliz negociador como Mr. de Gremonville en Viena, y Mr. Millet en Berlin.

Esta circunstancia aceleró mas y mas la conclusion de la paz, y los embajadores de Holanda y de Inglaterra, Van Beumingen y Trevon, entablaron las primeras propuestas en una nota presentada á Luis XIV, el 3 de abril de 1668, en la cual se decia, que la Inglaterra y los Estados jenerales garantizaban el consentimiento de la

(1) Cartas particulares. Obras de Luis XIV, t. 5, p. 432.

(2) Memorias militares de Luis XIV, tomo III, páj. 88.

(1) Mem. de Luis IV, páj. 92 y 95.

España, relativo á las condiciones acordadas antes de la expedición del Franco Condado, y se obligaban, en caso de que se aferrase la España en una negativa, á precisarla, de fuerza ó grado, á transijir bajo aquellas bases.

Los señores Letellier, Colbert y Lionne, fueron nombrados por Luis XIV para negociar con los dos ministros extranjeros arriba citados.

Mas, como ninguno de los negociadores creyese en la sinceridad del rey de Francia, armábase por debajo mano la Inglaterra y la Holanda, y se prevenían para atajar el vuelo, en todo caso, á la ambición de Luis XIV. La Holanda prestaba buques de guerra y negociaba en Alemania, para obtener socorros de tropas, y trataba con el marqués de Castel Rodrigo, á fin de que le concediese las plazas de los Güeldres, en garantía del socorro que iba á prestarle. Por su parte, el parlamento inglés otorgaba tambien al rey un subsidio de trescientas mil libras esterlinas para hacer frente á los tranques de la guerra.

No se descuidaba tampoco Luis XIV, sino que negociaba con la Saboya, ofreciéndole algunas ventajas en Italia; y en Alemania y Suiza, trataba tambien con la palanca ordinaria de los subsidios.

No bien se hubieron terminado por una y otra parte los preparativos de guerra, consultó Luis XIV á sus jenerales y ministros *«acerca de cuál fuese el partido mas honrado y ventajoso que debía tomarse»*; dilema en verdad muy difícil de resolver, pues el orijen de la contienda fué un pensamiento nacido de la falta de honradez y realizado por las ventajas de la conquista. Como era de presumir, los jenerales opinaron por la guerra, y los ministros por la paz. Adoptó Luis XIV este último parecer, y son de ver las razones que á ello le movieron.

«No me faltarán ocasiones de romper con la España, cuando á mi me diese gana, pudiendo como puede reducirse el Franco-Condado, que ahora devuelvo, á tal punto, que sea yo dueño de él cuando lo desee, y para aquel caso las nuevas conquistas, una vez consolidadas, me abrirán mas segura entrada en lo restante de los Países-Bajos (1).»

Trasladóse el señor de Colbert á Aquisgran; donde se hallaban ya el plenipotenciario holandés, Bevernigh, el inglés, que lo era el caballero Temple, y el español, Baron de Bergheyk. Mas tarde se celebraron las conferencias en París, y al cabo, el 15 de abril de 1668, los plenipotenciarios francés, inglés y holandés, firmaron sin ninguna participacion de los Españoles, un

tratado que contenia las bases de la paz entre Francia y España. Desamparados estos por sus protectores, y viendo por otra parte que de rehusar la aceptacion del tratado de Paris se esponían á ser atacados hasta por las mismas potencias con cuyo apoyo habian podido contar hasta entónces, tuvieron que plegarse á la fuerza de las circunstancias, que no habia acertado á señorear la incapacidad del gabinete de Madrid.

Reducido el marqués de Castel Rodrigo, á consecuencia de una como capitulacion, á optar entre las dos alternativas que le ofrecia la Francia, y le imponían las demás potencias signatarias del tratado de Paris, procedió en aquella ocasion á fuer de hombre diestro y previsor. En vez de ceder el Franco-Condado, dejó á la Francia la parte de los Países-Bajos, cuya cesion era una de las alternativas, calculando así, que como no podría en adelante la España defender sus posesiones lejanas, debia de perder tarde ó temprano el Franco-Condado, por otra parte poco provechoso; pues las rentas que producía consistían tan solo en dones gratuitos sumamente mezquinos, en algunos señoríos, bien que escasos, y en la sal de Salinas, cosas todas que á penas bastaban en junto para cubrir los gastos de fortificaciones y guarniciones; en suma no tenia aquella provincia mas utilidad para la España que la de poder, mediante ella, inquietar á la Francia. Acercando pues el marqués de Castel Rodrigo las fronteras francesas á las de Holanda, ponía á esta potencia en la necesidad de contrarestar, por su propio interés, las usurpaciones de Luis XIV en lo restante de los Países-Bajos. Determinacion sobremanera osada que honra en extremo la inteligencia del gobernador español; vencido por su mala suerte, vengábase á lo menos, sembrando entre su enemiga y su poco fiel aliada el jermen de una futura colision y la probabilidad de no pequeños embrazos, que necesariamente habian de traer á la Holanda las ambiciosas miras de Luis XIV.

El baron de Bergheyck firmó, el 2 de mayo, los dos artículos en que se especificaban la cesion territorial que hacia la España y la restitution de las conquistas que alcanzara la Francia en los países no comprendidos en aquella cesion.

Echó de ver la Holanda, bien que sobrado tarde, la sinrazon con que habia obrado, no abrazando abiertamente el partido de la España; y creyendo reparar sus yerros, decidieron los Estados-Jenerales á la Inglaterra y á la Suecia á salir garantes de la paz de Aquisgran, á consecuencia de un tratado firmado en el Haya, el 7 de mayo de 1669; precaucion tardía que justificaba los cargos que hay derecho á hacer á los sig-

(1) Mem. de Luis IV, tomo II, p. 369.

natarios de la triple alianza, por haber abandonado á la España, precisamente en el momento mismo en que debían por el contrario robustecerla contra las injustas invasiones de la Francia.

La paz de Aquisgran, dice Flassan en la página

355 del tomo 3.º de su Historia de la diplomacia francesa, es sobremanera notable, por ser el primer acto de esa política arbitraria que enseñó á Luis XIV, mediante un éxito peligroso, que bastaba ser fuerte para hacer triunfar las mas infundadas pretensiones.

CAPITULO TERCERO.

Desde la paz de Aquisgran hasta la de Utrech.

Tratado de Nimega.—Paz de Ryswick.—Primer y segundo tratados de particion (1).—Testamento de Carlos II. Su muerte.—Aceptacion de la corona de España á favor del duque de Anjou.—Guerra de sucesion.—Tratado de paz de Utrech.

Nada habia ohrado la España, desde el tratado de Aquisgran, para reparar en lo interior el decaimiento que experimentara su poderio en la guerra de 1667. He indicado ya qué fué de la España bajo los sucesores de Carlos V; sin embargo, á pesar de aquella vergonzosa estenuacion del país, indeleble borron de los príncipes de la casa de Austria, quiso todavía Carlos II tantear la fuerza de las armas contra la Francia, y en virtud del tratado de 1673, se unió á la Holanda y á todo el cuerpo germánico en contra de Luis XIV; la España empero no fué por esta vez mas venturosa que en 1767. Sus tropas fueron destrozadas por do quiera, el Franco-Condado y cuanto se conservaba aun en los Países-Bajos cayó en poder de los Franceses, y á mayor abundamiento fueron cedidos aquellos países á la Francia en el tratado de paz, firmado en Nimega, el 17 de setiembre de 1687. Y aun con eso estas pérdidas fueron tan solo el preludio de nuevas desgracias.

La liga de Ausburgo, de 29 de julio de 1686, á que adhirió tambien la España, dió otra vez por resultado la guerra contra la Francia, que estalló en efecto, en 1689, y no fué mas propicia á las armas españolas que todas las anteriores. El mariscal de Noailles entró en Cataluña, y alcanzó inmediatamente una victoria; el duque de Vendoma se apoderó de Barcelona, el 10 de agosto de 1697, y el 5 de mayo del mismo año, tomó la escuadra francesa á Cartajena de Indias.

Trabajada y falta de ejército y recursos, tuvo la España que solicitar la paz: reunióse al efecto el congreso de Ryswick, y el 20 de setiembre de 1697, se firmó un tratado bajo las bases siguientes:

Las conquistas, ocupaciones y reuniones hechas por S. M. C. en España, bien así como en los Países-Bajos, desde la paz de Nimega, habian de restituirse á la España. Comprendian estas restituciones á Jerona, Barcelona, Mons, Charleroi, Ath y sus dependencias, Contrai, Luxemburgo y el condado de Climay. La Francia retenia únicamente ochenta y dos pueblos ó aldeas, que ella graduaba de *dependencia* de las plazas cedidas en los tratados anteriores: punto que debia decidirse á juicio de árbitros nombrados por ambas partes, y en caso de discordia, aceptaban los dos reyes por terceros y derimidores á los Estados-Jenerales.

El rey de Francia, en el artículo 31, consentia en devolver Dinan al arzobispo de Lieja, y el de España restituia al duque de Parma la isla de Ponza (2).

Luis XIV no habia abandonado un solo instante el proyecto que abrigaba allá, desde el tratado

(1) Como el tratado de particion negociado desde 1667 hasta 1678 ha permanecido ignorado hasta nuestros dias, por esto los que se celebraron desde 1698 hasta 1700 son conocidos con la denominacion de 1.º y 2.º tratados de particion.

(2) Flassan, t. IV, p. 159.

de los Pirineos , relativamente á la sucesion de España: pero no atreviéndose á obrar por sí solo despues del tratado de Ryswick, comenzó por proponer á la Inglaterra , por medio del conde de Porland, embajador de Guillermo III en Paris, un tratado condicional de particion. El conde de Tallard , ministro de Francia en Lóndres , tuvo orden de tratar este asunto con Guillermo III, y se envió por otra parte á Madrid al duque de Harcourt, á fin de disponer el ánimo del endeble Carlos II á favor de un príncipe francés. Empleáronse todos los medios de corrupcion al intento de cohechar á todos los altos personajes capaces de venderse ; así era que el duque de Harcourt gastaba en Madrid doce millones , y el conde de Tallard otros diez en Lóndres y en el Haya (1).

Contestó Guillermo III á las primeras proposiciones que se le hicieron , diciendo que los derechos hereditarios invocados por Luis XIV estaban anulados por la renuncia de la difunta reina María Teresa , la cual era válida segun la opinion jeneral. « Seguramente no serán los abogados quienes decidan esta cuestion ; antes es de temer que tendrá que acudirse á la espada. » Sin embargo esta prevision no le impidió firmar el proyecto. Trasladóse en seguida al Haya para hacer que adhiriesen á él las Provincias Unidas , acompañóle allí el conde de Tallard , y en el Haya fué donde se firmó por estas , por la Francia y por la Inglaterra , el primer tratado de particion de la sucesion de España , el 18 de octubre de 1698.

En virtud de él , se destinaban al Delfin los reinos de Nápoles y Sicilia , los puertos de la costa de Toscana , el marquesado de Final y la provincia de Guipúzcoa.

La corona de España , con las Indias españolas y los Países-Bajos , componia la parte señalada al príncipe José Fernando , hijo del elector de Baviera.

El ducado de Milan habia de pasar al archiduque Carlos , segundo jénito del emperador Leopoldo.

En cuanto recibió Carlos II la nueva de este tratado , otorgó un testamento en que instituia por sucesor á su resobrino , el príncipe electoral de Baviera.

Pero la muerte de este , acaecida en Bruselas el 8 de junio de 1699 , de resultas , segun dicen (2), de un veneno , obligó á la corte de Versalles á ocuparse en un nuevo reparto entre las potencias que habian firmado el primero. En efecto , cerróse un nuevo tratado en Lóndres y en el Haya , el 13 y 25 de marzo de 1700 , el

cual , aseguraba á la Francia el reino de Nápoles y Sicilia , y todas las plazas dependientes de la monarquía española situadas en la costa de la Toscana , y las islas adyacentes : la ciudad y marquesado de Final , la provincia de Guipúzcoa en particular , las ciudades de Fuenterrabía y San Sebastian , y el puerto de Pasajes : todo con sus fortificaciones , municiones de guerra y de boca , pólvora , balas , cañones , galeras , buques , etc. , con mas los ducados de Lorena y de Bar.

En cuanto tuvo noticia Carlos II de este nuevo atentado contra la unidad de la España , mandó á su embajador en Francia que se quejara del escandaloso reparto que así disponia de su sucesion aun antes de que se abriera.

Sin inquietarse la corte de Versalles por las quejas del rey de España , puso á disposicion del duque de Harcourt los medios de acallarlas : ayudado por el cardenal Portocarrero , el embajador francés llegó muy presto á hacerse omnipotente en Madrid , de tal suerte , que en vez de contentarse únicamente con el tratado de particion , dirigió todos sus esfuerzos á obtener para el duque de Anjou la corona de España.

Convocáronse doce consejeros , elejidos por el cardenal y comprados con el oro de la Francia , entre los cuales se hallaba el confesor del rey Froilan Diaz , que fué el primero en declarar « que lo que conviene es superior á la ley (1). »

Ventilóse la cuestion sobre si debia Carlos II testar á favor del duque de Anjou , y apesar del cuidado con que se habia dispuesto la formacion del consejo , no dejó de haber un miembro en él , el conde de Frigiliana , asaz dotado de denuevo , para declarar que las córtes jenerales eran las únicas en quien cabia decidir una cuestion sobre sucesion á la corona (2).

Una vez obtenida por este medio una manifestacion , sometióla Portocarrero á la sancion del Papa Inocencio XII , gobernado á la sazón por el influjo del cardenal de Forbin-Janson , embajador francés cerca de la corte de Roma.

Veamos lo que acerca de esto dice el duque de San Simon en el capítulo 41 de sus memorias sobre el siglo de Luis XIV y la Rejencia.

« Además de esa pasion desmedida é innata , que mostrara siempre el rey de España por el engrandecimiento de la casa de Austria , tenia otorgado un testamento , en que dejaba al archiduque cuanto poseia en el orbe. Preciso era pues hacerle destruir su propia obra , el objeto predilecto de su corazon , el consuelo del fin prematuro de sus grandezas temporales , puesto que

(1) Bacallar y Sauna , Mem. sobre el reinado de Felipe V , t. I.

(2) Desormaux , Hist. de España , t. V , p. 167.

(1) Idem , Hist. diplomática.

(2) Manifiesto del elector de Baviera.

conservándolas así en su propia dinastía, las arraigaba de nuevo mas y mas á ejemplo de Carlos V: y era no menos indispensable el extraer de esta destruccion á favor de la casa de Francia, émula y constante enemiga de la de Austria, la misma pujanza, las mismas ventajas de particion, que habia procurado á la suya Carlos II, y que consistian en menoscabarle con sus propias manos en cuanto le fuese dable, á fin de enriquecer á su enemiga con sus despojos y con cuantas coronas hacinara la casa de Austria sobre la sien de su primojénita. Sin embargo, habia que luchar para ello con todo el valimiento y poderio de la reina, tan fuertemente robustecido, y además tenia que urdirse aquella trama á vista del conde de Harrach, embajador imperial, quien se habia formado un partido ya desde mucho tiempo antes, y estaba sobremauera alerta.

« Portocarrero (1), Villafranca (2), y San Estévan (3), que eran los tres únicos consejeros de

estado, enterados del secreto, indujeron hábilmente á los demás á quitar de enmedio á la Berlipsis (1) y al príncipe de Darmstadt (2), y estos accedieron á ello, llevados la mayor parte del odio que abrigaban contra la reina y contra las dos personas que podian llamarse su ojo derecho. Además San Estévan, que no dejaba un punto á Portocarrero, le aconsejó que se alejase tambien al confesor, puesto á su lado por la reina, y acérrimo partidario austriaco.

« Hízolo tan bien el cardenal, que dió á la vez un doble golpe, pues no solo separó al primitivo confesor, sino que lo reemplazó por otro á quien podia hacer decir y obrar cuanto quisiere. Desde aquel punto tuvo sujeto al rey de España, por el foro de la conciencia, tanto mas poderoso en él en cuanto comenzaba ya á mirar las cosas mundanas al solo resplandor de la fúnebre antorcha que arde en torno de los moribundos. Dejó Portocarrero que fuese el confesor preparando el terreno, y cuando conocio que el monarca se hallaba ya en estado de oír sin alarmarse, que se parangonaba la casa de Francia con la de Austria, sostenido siempre y aconsejado por San Estévan, atacó al rey de España, valiéndose de la autoridad que le granjeara su carácter, no menos que del convenio que hicieran con su confesor y de los consejos de los poquísimos, pero influyentes personajes que estaban en el secreto, y á los cuales no permitian ni su importancia ni su naturaleza que se agresasen otros. El monarca, estenuado por las dolencias, enervado de ánimo, á causa de su salud siempre quebrantada, ostigado por tan poderosas razones temporales, y horrorizado del peso de las espirituales, se hallaba en una extraordinaria perplejidad. El estremado amor á su casa, la aversion para con su rival, tantos dominios y pujanza, que entregar á una ú á otra, sus objetos mas caros, y mas halagados hasta entonces, su propia obra á favor del archiduque destruida para mayor engrandecimiento de una casa en todas épocas enemiga, la salvacion eterna, la justicia, el interés urgente de la monarquía, el parecer de los solos ministros ó perso-

talento y capacidad, al paso que era asaz ríjido y estremadamente ducho en la sociedad en la sociedad y en la corte; tenia ocurrencias muy felices y chistosas, un ingenio perspicaz, una dulzura agradable mucho don de jentes; además vivia siempre ajeno de resentimientos y venganzas, practicando una sólida, pero retirada devocion, y observando poco ó nada, las etiquetas y máximas de España.

(1) Era la favorita de la reina, y se habia hecho poderoso á fuerza de sonarle dinero.

(2) Darmstadt era alemán de nacion y mandaba las tropas austriacas al servicio de la España.

(1) « D. Luis Fernandez Bocanegra, cardenal Portocarrero, promovido, en 1669, á esta dignidad por Clemente IX á la edad de 38 años, y mas tarde arzobispo de Toledo, era alto, blanco, bastante grueso, de bonita cara, de aire venerando y de porte noble y majestuoso, galante, fino, abierto, de habla muy veloz, dotado de mucha probidad y grandeza de alma, de recto y sano criterio, hermanados con un talento y capacidad nada mas que medianos, y una tenacidad sin límites. Era además asaz politico, excelente amigo, adversario implacable, con deseos de manejarlo y gobernarlo todo, ardoroso en todos sus anhelos, y sobre todo devoto, altivo y glorioso; y aunque acendrado austriaco, enemigo declarado de la reina y todos los suyos (a). De nacion jenovés y descendiente de la casa de Bocanegra, hallabase establecido en España desde mucho tiempo y vino á llamarse Portocarrero de resultas de un enlace de un ascendiente suyo con la heredera de este nombre, la cual, segun la usanza española, le obligó á llevar sus armas y apellido. — Estaba á la cabeza del consejo como cardenal, arzobispo de Toledo, privado y canceller de España y diocesano de Madrid.

(2) Villafranca, jefe de la casa de Toledo, era hombre de unos 70 años; español de piés á cabeza; aferrado hasta no mas en las máximas, usos, hábitos y etiquetas de España: animoso, altivo, arrogante, severo, lleno de honradez, denuedo, probidad y virtud; personaje en suma montado á la antigua, querido, estimado, respetado, sin ningun enemigo, sobremauera reverenciado é idolatrado por el pueblo, y á pesar de esto de escaso talento.

(3) San Estévan se hallaba dotado de muchísimo

(a) Se conoce que S. Simon ha querido cubrir el espaldete.
N. del A.

najes que hasta entónces podian sin riesgo ser consultados ; la ausencia de todo austriaco que le ayudara á sostener aquella lucha , el cardenal y el confesor que no cesaban de ostigarle , cosas eran en verdad que bastaban y aun sobraban para sumerjirle en tal incertidumbre que nada acertase á resolver. Al cabo , vacilante , indeciso , desgarrado por tantas dudas , no pudiendo por mas tiempo soportar tan penoso estado , y no atreviéndose por otro lado á tomar determinacion alguna , pensó pedir parecer al papa como á un oráculo , á cuya ayuda no cabia equivocarse , y decidió deponer en su seno paternal todas sus inquietudes , y seguir la senda que el pontífice le trazase. Propúsole así al cardenal , quien consintió en ello , pues se persuadia que el papa , tan imparcial é ilustrado como se manifestara desde que gobernara la iglesia , y por otra parte tan pío y desinteresado , pronunciaria su fallo á favor del partido en realidad mas justo.

« Ya que hubo tomado esta resolucion , sintióse el monarca español sumamente aliviado ; calmáronse las violentas agitaciones que agravaron no poco su enfermedad ; y su salud se mejoró algun tanto. Escribió pues muy largamente al papa , y encargó al cardenal que le hiciese entregar directamente la carta con todo el sijilo que ella requeria.

« En el entretanto , estaba el rey de España vigilado y rodeado de continuo , pues confiaba disponerle el cardenal á una cabal y pronta obediencia á la decision pontificia que esperaba ; de manera que en cuanto esta viniese , no quedasen ya que vencer mas que algunos insignificantes restos de repugnancia , y pudiesen inmediatamente poner manos á la obra. Ubilla (1) , de acuerdo con los demás iniciados en el secreto , redactó su testamento á favor del *duque de Anjou con tales causales y cláusulas*, que tan llenas de equidad , prudencia , fuerza y sabiduría han parecido á los hombres desinteresados ; testamento que , por ser tan sabido , no necesita que se hable mas detenidamente de él. Una vez examinado con la debida atencion por los consejeros de estado que estaban en el se-

(1) « D. Antonio Ubilla , secretario del despacho universal , era un hombre de baja esfera como todos los que ocupan en España las primeras secretarías , y si llegó á desempeñar la universal , fué porque se habia distinguido en varios empleos importantes. Era ladino , cortés , agudo , y además resuelto , dotado de tino y perspicacia y de grande capacidad para los negocios ; íntegro en cuanto cabe serlo á un hombre criado en aquella suerte de empleos , y constantemente apegado al bien , grandeza y conservacion de la monarquía. »

creto , presentólo Ubilla á Carlos II junto con el otro que habia otorgado anteriormente á favor del archiduque ; quemó el primitivo á presencia del mismo rey , del cardenal y del confesor , y el monarca firmó en seguida el nuevamente redactado , que una vez cerrado , fué legalizado en su carpeta por las firmas del cardenal , de Ubilla y de algunos otros. Hecho esto , preparó Ubilla las órdenes y despachos consiguientemente necesarios para todos los paises sometidos á España , todo con igual sijilo.

« El estremo apuro del rey de España no se manifestó hasta muchos dias despues de la otorgacion del testamento. El cardenal , ayudado por los principales iniciados en el secreto que tenian los dos primeros empleos en palacio , y por el conde de Benavente , que tenia el otro , y que era en su virtud , dueño de la habitacion y aposento del rey , impidió bajo diversos pretextos que la reina se acercase á él en sus últimos dias. »

Hasta aquí el duque de san Simon ; y bien se echa de ver de dónde derivan los elogios que tributa á los hombres que arraucaron al imbécil Carlos II el llamamiento del duque de Anjou. La sancion del papa no se hizo esperar mucho tiempo. Agotadas ya las fuerzas de Carlos II , cedió este rey á la violencia moral que sobre él se estaba ejerciendo : el 2 de octubre de 1700 , firmó el testamento de que se ha hablado , instituyendo por su sucesor en el trono y heredero universal al duque de Anjou , y falleció en 1.º de noviembre inmediato.

Hallábase del todo acabalada la unidad jeográfica de la Francia por el segundo tratado de particion , pues nada habia mas fácil que trocar una parte de las posesiones de Italia , aseguradas en fuerza de este tratado , por la Flandes española , y llegar de un solo paso , hasta las riberas del Rin. Así que , por dicha imprevista , la cuestion en que estriba aun en este momento la seguridad de la Francia , la cuestion de sus fronteras naturales , se hallaba en aquella sazón ya terminada en virtud de los tratados que mediaron. Todo favorecia entónces la conclusion de aquella obra , eminentemente nacional : tanto mas cuando las dos únicas potencias de primer orden , que podian acaso intentar oponerse á tan vasto proyecto , eran la España y la Alemania ; la primera , estenuada como estaba , se hubiera limitado á inútiles protestas , al paso que la Alemania mal podia resistir los embates de las tres grandes potencias signatarias del tratado de particion. Además , estaban ya tomadas de antemano todas las medidas necesarias para añadir el timbre y esplendor de la conquista á las estipulaciones convenidas. Los ejércitos franceses estaban ya aparejados ; los Ingleses y Ho-

landeses ofrecian por su parte veinte y siete buques de línea, y declaraban públicamente que sus tropas de desembarco se hallaban ya prontas (1).

En vista de todo esto, ocurre al momento esta pregunta: ¿ Por qué ciego amor á su dinastía cambió Luis XIV de repente, y con menoscabo de los intereses nacionales, tan obvios y positivos, todo su proyecto? ¿ Cómo prefirió la satisfacción puramente personal de colocar á su nieto en el solio de España al afianzamiento de la pujanza de la Francia y á la gloria eternal de decidir de un golpe la mas bella cuestion de nacionalidad que jamás se ha suscitado en aquel pais: cuestion importantísima que ciento y cincuenta años de lucha con la Europa no han sido poderosos á resolver, y que está amagando aun hoy día la paz del orbe entero?

Las palabras mismas del segundo tratado de particion eran una declaracion de guerra para el caso de que insistiese Luis XIV en la nulidad de la renuncia de su mujer María Teresa á la corona de España.

El artículo 2.º dice terminantemente: « La abertura de la sucesion de S. M. C. promoveria infaliblemente una nueva guerra, si el rey de Francia se afeñase en sus pretensiones, es á saber: las de monseñor el Delfin ó de sus descendientes á toda la sucesion de España. »

Artículo 3.º Y, como ante todo, se desee evitar una nueva guerra europea, se acuerdan de antemano las medidas necesarias, para alejar las desventuras que ocasionaria la muerte del rey católico.

Artículo 7.º: Se dará cuenta de este tratado al emperador, y si pasados tres meses, se negase á tomar parte en él, entónces, *el rey de Francia, el de Inglaterra y los Estados Jenerales le obligarian á ello á la fuerza* (2).

Así que, no quedaba ya duda sobre cuáles debían de ser los resultados del tratado de particion. Como dice el señor Mignet, en la pág. 77 de su *Introduccion* ya citada, « Luis XIV tenia que optar entre una corona para su nieto, ó un engrandecimiento de sus estados, afianzado por toda la Europa; entre la estension de su sistema mas allá de los Pirineos y los Alpes, mediante el establecimiento en España y en Italia de una rama de su dinastía, ó una *estension de su propio poderío*; entre el honor de la corona, ó el *amejoramiento de su reino*; entre *su familia ó la Francia*. » Pues bien, optó por su familia (3).

Aun mas; en cuanto llegó á Fontainebleau, el 9 de noviembre el testamento de Carlos II, celebró-

se un consejo, presidido por Luis XIV, y compuesto del delfin, del duque padre de Anjou, del duque de Beauvilliers, ministro de hacienda, del marqués de Torcy, ministro de negocios estranjeros, y del canceller Pontchartrain. En vano se le hicieron al rey las mas sanas reflexiones: su altanera resolucion fué yertamente insensible al cuadro que se le trazó de las desventuras que iba á acarrear al pais su orgullo dinástico. Bien que sin chocar abiertamente con el parecer de su señor, no disimuló sin embargo el marqués de Torcy, « que si el rey aceptaba el testamento, la Europa le acusaria de haber faltado á su palabra; que se esponia á una *guerra inevitable*; que sus pueblos *apenas habian tenido espacio para respirar desde la paz de Ryswick* (1). »

El duque de Beauvilliers se declaró enérgicamente á favor del tratado de particion, « *puesto que en caso contrario, debia empeñarse una guerra que traeria inmediatamente la ruina de la Francia.* »

El canceller Pontchartrain se manifestó indeciso, y no acertó á resolverse por ningun partido.

Solo el delfin, loco de contento al verse hijo y padre de rey, abogó con calor por la aceptacion pura y neta del testamento de Carlos II.

Tan opuesto era á los intereses de la Francia, en las circunstancias en que entónces se hallaba aquella nacion, el establecimiento de la dinastía de los Borbones en España, que en la memoria presentada por el marqués de Torcy á la Inglaterra y á la Holanda, el 12 de setiembre de 1700, el mismo Luis XIV lo confesó así:

« El suspirado equilibrio de toda la Europa se halla de este modo mucho mejor afianzado que si se daba mayor auge á la Francia, mediante la adquisicion de las fronteras de España, de las de la Lorena, y en fin, de las del reino de Nápoles y Sicilia.

« Cree pues S. M. dar una prueba evidente de su moderacion con renunciar á las considerables ventajas que reportaria su corona del tratado de particion. »

La aceptacion del testamento de Carlos II causó en Europa jeneral asombro, pues tan lejos

(1) Mas tarde, estuvo siempre Felipe V en la idea de que el testamento de Carlos II, que le ascendiera al solio de España, habia sido injusto é ilegal: tanto que en medio de los disgustos que le apesadumbraron durante la guerra de sucesion, varias veces concibió el proyecto de abdicar á favor de su competidor el archiduque, y en los parasismos de que se veia atacado con frecuencia, volvian siempre á inquietarle sus antiguos escrúpulos. (*La España bajo los reyes de la casa de Borbon*, tom. III, pág. 69 y 274).

(1) Mignet, *Docum.* inéd. Introd.

(2) Dumont, cuerpo legislativo.

(3) Memorias de Torcy.

se estaba de prever semejante acontecimiento, y tan persuadidas se hallaban todas las potencias de que la resolucion del rey de Francia iba á hacer estallar una guerra universal, que de pronto todo fué confusion y desconcierto en los consejos de estado extranjeros: y de este desorden sacó Luis XIV no poco provecho para consolidar todo lo posible en España á su nieto, el duque de Anjou, el cual habia sido definitivamente proclamado rey, á mediados de noviembre de 1700, y debia partir para sus estados á principios de diciembre bajo la tutela del duque de Harcourt.

Pudírase acaso haber retardado la explosion que amagaba á la Francia, ya que solo el emperador se preparaba abiertamente para la guerra: mas el mismo sentimiento que habia inclinado á Luis XIV á sentar á Felipe V en el trono de España, «una falsa ternura, un orgullo real llevado al extremo (1), » le obligó tambien á conservar á su nieto las prerogativas de príncipe de la sangre francés. Mostrábanse dispuestos los Holandeses á reconocer al nuevo rey de España; pero Luis XIV, en vez de acrecentar con suma política esa favorable disposicion en que se hallaban los Estados-Jenerales, hizo por el contrario entrar de golpe y en un mismo dia crecidas tropas francesas en todas las ciudades de los Países-Bajos españoles, cuya custodia estaba confiada á los Holandeses. «Habia violado el tratado de particion, con la aceptacion del testamento, el testamento con los despachos cerrados, y ahora violaba con la introduccion de tropas en los Países-Bajos los empeños de Ryswick y las promesas que hiciera de cumplirlos (2).» Apesar de todo, reconocieron todavia los Holandeses, por el interés de su comercio, á Felipe V, bien que exijieron la separacion de las tropas francesas; pero Luis XIV rehusó este medio de transaccion, sin querer siquiera discutirlo.

Tambien el emperador habia hecho algunas proposiciones; pero el rey de Francia se negó hasta á escucharlas.

Quedaba la Inglaterra, la cual herida en su amor propio y en sus intereses políticos por la violacion del tratado de particion, concluido bajo sus auspicios, se mantenía en una actitud de frialdad, que sin embargo nada dejaba traslucir todavia positivamente hostil. Dijérase en verdad que habia Luis XIV perdido de repente, en aquella época de su reinado, aquel tino precoz, aquella destreza de que tantas pruebas habia dado desde que empuñara las riendas del gobierno. Una circunstancia sobremanera á pro-

pósito para el sosten de la paz, la muerte de Jacobo II, debía facilitarle, al parecer, el medio de atraerse sinceramente á la Inglaterra, con solo aceptar, sin trastienda, la legitimidad de la casa de Oranje. ¡Pues bien! Ese indomable orgullo real, que tantos yerros hiciera ya cometer á Luis XIV, le cegó en aquel momento decisivo hasta tal punto, que reconoció inmediatamente al príncipe de Gales, hijo de Jacobo II, por rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, continuando en darle la pension, oficiales y guardias que habia concedido á su padre.

En cuanto supo Guillermo III aquella injuria personal y violacion del tratado de Ryswick, en que le habia reconocido Luis XIV por rey de Inglaterra, retiró inmediatamente á su embajador en Paris, é indignado el parlamento inglés por semejante ultraje, dió á la guerra que iba á estallar un carácter nacional, haciendo firmar á todos sus miembros una solemne protesta contra un extranjero que pretendia imponerle un dueño (1).»

En 4 de mayo de 1702, la reina Ana mandó publicar una declaracion de guerra contra la Francia, y en 8 y 15 de mayo, los Estados-Jenerales y el emperador Leopoldo imitaron su ejemplo, que no tardó tampoco en seguir el Imperio.

Mas ¿de qué modo se habia preparado Luis XIV contra esta guerra universal, que pareció haber provocado voluntariamente? Solo firmando tratados con los estados mas insignificantes de la Europa, ninguno de los cuales podia prestarle un verdadero auxilio: antes por el contrario, todos aquellos príncipes y electores, incapaces de defenderse á sí propios, no eran sino un estorbo de mas. Por otra parte el edicto de Nantes habia destruido la industria; la hacienda estaba en malísimo estado; la poblacion se hallaba diezmada; los mejores jenerales, muertos en el campo de batalla, ó inutilizados de puro viejos, habian sido reemplazados por favoritos sin talento, al paso que Eujenio y Malborough mandaban los ejércitos enemigos.

Así fué que no tardó mucho en tener que deplorar estaba en mas vergonzosas derrotas. Su grande ejército fué completamente destruido en Hochstett, y su jeneral en jefe, el mariscal Tallard, hecho prisionero con 30,000 hombres; con lo cual adelantaron los enemigos mas de ochenta leguas de territorio. En España, el mariscal Tessé se vió obligado á levantar el sitio de Jibraltar, y los Portugueses, aliados en un principio de la Francia, y despues enemigos suyos, se apoderaron de Salvatierra, Valencia, Alcántara y Alburquerque. Jeronase declaró por

(1) Mignet, Docum. inéd. Introd. páj. LXXXIII.

(2) Id. páj. LXXXIV.

(1) Mignet, Introd. páj. LXXXVI.

el archiduque el 4 de octubre de 1705, y Barcelona se rindió á aquel príncipe en 9 del mismo mes. Al año siguiente, la batalla de Raquillies, ganada por Marlborough al mariscal de Villeroy, privó á la Francia de Lovaina, Bruselas, Malinas, Brujas, Gante, Amberes, Ostende, etc. En Italia, la pérdida de la batalla de Turin trajo consigo la del Modenés, del Mantuano, del Milanésado, del Piamonte y del reino de Nápoles: tanto, que al cabo Felipe V tuvo que abandonar la España al archiduque.

La consecuencia de tan repetidos contratiempos fué la invasion de la Francia. Despues de la batalla de Oudenarde, en 1708, los enemigos sitiaron á Lila, en 22 de agosto, y la tomaron en 23 de octubre: el duque de Saboya se apoderó por su parte de las fortalezas de Exiles, Fenestres y la Perousa, y en el año inmediato, Tournai fué conquistada, llegando al colmo los desastres militares de la Francia con la pérdida de la batalla de Malplaquet, en que fué derrotado el mariscal Villars. Además de esto los aliados se apoderaron de Douai, en 25 de junio de 1710, de Bethune, en 26 de agosto del mismo año, de Aire, en 9 de noviembre, y de Saint-Venant, en 29 del mismo mes; mientras que un partido enemigo se adelantó hasta Versailles y se apoderó por equivocacion del escudero del delfín en vez de llevarse á este en persona.

Si desgraciada era la Francia en el campo de batalla, mas lo era todavia en sus negociaciones. Ya desde 1706, el deplorable aspecto que iban presentando los acaecimientos abriera al fin los ojos á Luis XIV, que, acongojado por los males que le causaba una guerra cuyo peso abrumaba á sus súbditos, dirigió varias propuestas de acomodamiento á los Estados Jenerales; pero por única contestacion exigieron los Holandeses la restitution del trono de España á la casa de Austria, con mas un valladar contra la Francia en los Países-Bajos. No habia llegado todavia la hora de que Luis XIV se doblegase á tan humillantes condiciones.

Muy presto sin embargo la continuacion de contratiempos que fueron desplomándose de dia en dia sobre la Francia, no permitió ya obtener siquiera la paz á aquel precio, y en vano se resignó entónces Luis XIV á solicitar de rodillas el término de la guerra; que los papeles se habian ya trocado, y se despreciaron sus súplicas con la misma arrogancia que él mostrara allá cuando dictaba á la Europa la paz de Nimega.

Era en 1709, es decir, cuatro años antes de la paz de Utrech: presentábase sobremainera aciaga la situacion de la Francia: «la inminente carestía acrecentaba los males de la guerra: el frío excesivo, que sucediera de repente á los

deshielos de enero, matara las semillas de la próxima cosecha; presajábanse tan solo desventuras por do quiera; una guerra sostenida por espacio de ocho años contra la mayor parte de las potencias de Europa habia ciertamente estenuado en gran manera las provincias, agotadas ya de hombres y dinero, y de dia en dia iban consumiéndose los antiguos recursos y el crédito para encontrar otros nuevos (!).

Tan lamentosas circunstancias decidieron á Luis XIV á enviar á Holanda al presidente Rouille, que habia sido embajador suyo en Lisboa. Vióse precisado aquel ministro á tomar un nombre supuesto: estuvo en poco que no cayese en manos del comandante de Bruselas antes de llegar á Moendick, y en los dos años que duraron aquellas infructuosas conferencias, tuvo que sufrir el afectado desden y las ofensivas precauciones de los señores Bays y Vandendussen, plenipotenciarios holandeses. Sin embargo tal y tan estrema era la necesidad de concluir la paz, que Luis XIV le habia mandado aceptar los poderes de los diputados por Holanda sin cuidar de examinar sus requisitos; contentarse á nombre de Felipe V con solo el reino de Nápoles sin la Sicilia; prometer que el rey Jacobo III saldría de Francia, y que la fortificacion de Estrashburgo seria demolida, y conceder en suma á los Estados Jenerales todas las ciudades de los Países Bajos con que quisiesen formar ese valladar contra la Francia por que tanto suspiraban.

Esos sacrificios empero no fueron poderosos á vencer la enemistad de los Estados Jenerales, ni á contrarestar la oposicion de Eujenio y de Marlborough, altamente interesados en la continuacion de la guerra. El rey de Francia aceptó la oferta que le hizo el marqués de Torcy, ministro de negocios extranjeros, de ir en persona al Haya, y las instrucciones que recibió este hábil diplomático confirmaban las proposiciones hechas á los coligados por el presidente Rouille; añadiendo á ellas todavia la promesa de derribar la fortificacion é inutilizar el puerto de Dunkerque cuya construccion habia costado sumas inmensas.

La destreza y perseverancia que adquiriera el marqués de Torcy en el manejo de los mas difíciles y enrevesados negocios políticos se estrellaron esta vez contra el firme propósito que formaran los aliados de humillar al cabo la fortuna de la Francia y el orgullo de su rey: y el resultado de las conferencias del Haya fué tan sola la oferta de artículos preliminares, presentados á Luis XIV á nombre del pensionista Hensio, de Marlborough y del príncipe Eujenio. Por ellos se comprometia la Francia á reconocer antes

(1) Mem. de Torcy, tom. I, pág. 331.

de dos meses por rey de España é Indias, de Nápoles y Sicilia, al archiduque Cárlos; y Felipe V tenia que salir de España con su mujer: el emperador por su parte recobraba la posesion de Estrasburgo, de la fortaleza de Kehl, de Brisach y Landau; y las ciudades de Casel, Lila, Maubeuge, Tournai, Condé, con otras plazas, tenian que cederse á las Provincias Unidas. Con cuyas condiciones se concedia á la Francia una *suspension de armas* hasta la conclusion de la paz jeneral.

Abusando así de sus ventajas, cometieron los confederados un error gravísimo, y dejaron entrever sus verdaderas intenciones, que no eran otras que no escuchar proposicion alguna compatible con la seguridad de la Francia. Luis XIV, que echó de ver el partido que podia sacar de aquellas desmedidas pretensiones de los aliados, rechazólas noblemente, y dirigiéndose en seguida á la Francia entera, le dió cuenta de los esfuerzos que habia hecho para conseguir la conclusion de la guerra, con la certeza de que «sus mismos pueblos se negarian á aceptar unas condiciones, no menos contrarias á la justicia que al honor del nombre francés.»

El apelar á los sentimientos de nacionalidad de un pueblo grande y jeneroso produjo el efecto que se prometiera su monarca, quien obtuvo con abundancia los medios de continuar la guerra cuando no parecia sino que faltaban toda suerte de recursos. La constancia y denuedo de las tropas, que suponian los enemigos enteramente desanimadas, realzaron, durante la campaña de 1710, la reputacion de las armas francesas y españolas. El conde de Bourg salvó la Alsacia derrotando al de Merci en Ottmersheim: mientras que en España la jornada de Brihuega, en que tuvo que rendirse el jeneral inglés Stanhope, y la rota de Villaviciosa por el mes de noviembre, en la cual tan señalado timbre alcanzó el duque de Vendoma contra el austríaco Staremberg, repararon los negocios de Felipe V.

Sin embargo no era ya tiempo de impedir á los enemigos que fuesen penetrando cada dia mas y mas en el corazon de la Francia, y por muy gloriosa que fuera la defensa no tenia otro resultado que acelerar el momento en que de fuerza ó grado se habian de deponer las armas á merced de los confederados. El desgraciado éxito de la batalla de Malplaquet, bien que en ella perdiesen los Holandeses su mejor infantería, precisó otra vez á Luis XIV á tantear la via de las negociaciones, y en efecto, tras muchas dilijencias, en un principio infructuosas, consintieron al cabo los Estados Jenerales, en 10 de marzo de 1710, en entablar nuevas conferencias en Gertruydenberg.

Al comenzar el invierno habian salido el ma-

riscal de Huxelas y el abate de Polignac, plenipotenciarios franceses, y como quiera que se hallaban suspendidas las operaciones de laguerra á causa de lo riguroso de la estacion, nada impedia las negociaciones: por lo cual era de esperar que, lejana como estaba la abertura de la campaña, se llegase cuanto antes á una solucion tan entrañablemente suspirada: empero no fué así: á mediados de abril desaparecía ya toda vislumbre de paz, y en breve se echó de ver que era inevitable el romper de nuevo las hostilidades, ya que se disponian los aliados á emprender el sitio de Douai.

Los plenipotenciarios holandeses manifestaron al fin sus pretensiones, en las cuales no se trataba ya de que dejase Luis XIV de socorrer á su nieto, sino que se le exijia que antes de dos meses emplease su propio ejército en precisar á Felipe V á renunciar á la corona de España, y se reclamaban además, en seguridad de semejante obligacion, tres ciudades de Flandes y tres de España, elejideras por los confederados. En vano consentia Luis XIV en el paso de las tropas aliadas por la Francia y en el pago de un millon de libras tornesas mensuales para concurrir así al destronamiento de su nieto: los ministros holandeses no quisieron alterar ni un ápice sus comunicaciones, y el mariscal Huxelas y el señor Polignac tuvieron al cabo que salir de Gertruydenberg, en 26 de julio de 1710, sin haber adelantado nada.

Cosa de un año despues, en 17 de abril de 1711, falleció el emperador José I, y este acontecimiento influyó sobremanera en el conjunto de las operaciones militares, cambiando totalmente la posicion respectiva de todas las potencias beligerantes. Llamado el archiduque Cárlos á la corona imperial, tuvo ya tan solo un interés nada directo en lo de España, y desde aquel punto los designios de los aliados dejaron ya de presentar aquel complexo que hacia decir á Marlborough: «Ocho naciones de que se compone el ejército de los confederados piensan y obran como un solo hombre (1).» El motivo que armara á la Europa entera habia sido la aceptacion del testamento de Cárlos II, hecha por Luis XIV; así pues no bien desistiese de sus derechos el único competidor de Felipe V, claro es que no podia por largo tiempo sostenerse una guerra ya sin objeto, y mucho menos exijir por condicion absoluta de su conclusion el destronamiento del príncipe francés. El temor de ver un dia reunidas las coronas de Francia y de España habia dado ocasion á la vasta alianza; pero mucho mas peligrosa era todavía y comprometia á mucho mas alto punto el equilibrio

(1) Terey, tom. II, paj. 111.

européa la concurrencia en unas mismas sienes de la corona imperial con las de España é Indias, Nápoles y Sicilia.

Además de esto habian perdido los ejércitos confederados uno de los dos jenerales que les guiaran constantemente á la victoria; pues retirado Marlborough á la vida privada de resultas de una riña palaciega, habia dejado al príncipe Eugenio todo el peso del mando. Entabláronse pues en París nuevas negociaciones, mas felices que las anteriores, dirigidas al principio por el abate Gaultier por parte de la Francia, y por el caballero Prior por la de Inglaterra, y mas tarde en Lóndres por Menager. Enemigos en otro tiempo irreconciliables, declaráronse ahora los Ingleses notorios mediadores de la Francia y obligaron á la Holanda á abrir en Utrech nuevas negociaciones, como así se verificó en efecto, en 29 de enero de 1712.

La Gran Bretaña anhelaba sinceramente la paz y ofreció para ello los medios, presentando condiciones aceptables. La primera base de transaccion que propusieron sus ministros fué que Felipe V, que se encontraba ya á la sazón muy cercano heredero de la corona de Francia á causa del fallecimiento de los dos delfines, renunciase á los derechos de su nacimiento: renunciaba que se exijia como condicion *sine qua non* de la paz. Escribió pues Luis XIV á su nieto en 9 de abril manifestándole «la necesidad de tomar una resolucion sobre este punto,» y quedó suspendida la negociacion mientras se aguardaba la decision del rey de España. Los aliados, mas impacientes aun que la Inglaterra, no disimularon cuánto les incomodaba aquel retardo que ellos creian finjido.

Azorada la reina de la Gran Bretaña por las sospechas hostiles que observaba en los confederados, hostigaba por su parte á Luis XIV para que precaviase los resultados de un rompimiento, mediante la pronta contestacion de su nieto: por lo cual el rey de Francia volvió á escribir á Felipe V, en 18 de abril: «La necesidad de la paz se va haciendo de día en día mas urgente, y agotados como están ya los recursos para la guerra, me veré al fin precisado á aceptar condiciones no menos desagradables para mí que para V. M., si ya no es que V. M. no evita este caso tomando una pronta determinacion (1).»

Mientras esperaba la contestacion á esta carta, participó Luis XIV á la reina de Inglaterra que si Felipe V no se sometia á la necesidad de renunciar á los derechos de su nacimiento, estaba resuelto á tomar, de acuerdo con ella, todas las medidas necesarias para determinarle á dar aquel

paso, asegurando así á la Europa una paz ya sobremediana adelantada (1).

Tanto en Francia como en Inglaterra apetecian los ministros sinceramente la terminacion de la guerra, y buscaban con ahínco un medio honroso de conciliarlo todo en caso de una negativa por parte del rey de España: y entónces fué cuando propuso la Inglaterra esta alternativa.

Felipe V debia renunciar á los derechos de su nacimiento y conservar la monarquía de España é Indias, ó bien renunciar á esta conservando sus derechos á la corona de Francia y recibiendo en cambio de la España, la Sicilia, Nápoles, los estados del duque de Saboya, el Monferrato y el Mantuano, con condicion de que, caso de llegar él ó alguno de los suyos á sentarse en el solio francés, todos estos estados quedarian unidos á la corona de Francia, escepto la Sicilia, que pasaria al Austria.

Mediante este proyecto, el duque de Saboya, en cambio de sus estados, pasaba á rey de España é Indias.

No estuvo en mano de Luis XIV el llevar á cabo este proyecto que tan halagüeña perspectiva ofrecia á la Francia: véase sino lo que de propio puño escribia á su nieto, en 16 y 18 de mayo:

«Si llega á morir el delfin, como demasiadamente lo hace temer su débil complexion, recibiréis mi sucesion segun el órden de vuestro nacimiento, y yo tendré al menos el consuelo de dejar á mis pueblos un rey virtuoso, capaz de gobernarles, y que al recomplazarme, reuniria á la corona unos estados tan considerables como son los de Saboya, el Piamonte y el Monferrato. Esta idea, y sobre todo el placer de pasar, como me propongo, parte del resto de mis dias á vuestro lado y de la reina, dándoos cuenta por mí mismo del estado de mis negocios, me lisonjean de tal modo, que nada acierto á concebir comparable con la merced que me haréis *aceptando este nuevo proyecto* (2).

Felipe V rehusó y declaró «que renunciaria á todo derecho de sucesion á la corona de Francia antes que abandonar la de España. Paréceme, decia, que trae mayores ventajas el que una rama de nuestra dinastía reine en esta última nacion, que el colocar esta corona en las sienes de un príncipe, de cuya amistad no pudiera estar segura; y que ellas son mas considerables que la de reunir un dia á la Francia la Saboya, el Piamonte y el Monferrato (3).

La contestacion definitiva de Felipe V, en que participaba su renuncia á sus derechos de naci-

(1) Id. id. páj. 304.

(2) Id. id. páj. 309.

(3) Id. id. páj. 313.

nimiento, llegó á Utrech á principios de junio, y Luis XIV se apresuró á comunicarla á la reina de Inglaterra como cesacion del principal obstáculo que se oponia á la paz.

Envió el ministerio inglés á la conferencia una nota comprensiva de siete artículos, que fueron aceptados por los plenipotenciarios franceses, salvo algunas ligeras modificaciones. Habíase propuesto una suspension de armas, bien que bajo condiciones escesivamente duras, una de las cuales era confiar Dunkerque á una guarnicion inglesa; mas Luis XIV, tras largos debates, vióse precisado á aceptarla como una fatal necesidad: la segunda condicion era consentir que fuese á Cambrai una guarnicion holandesa; pero el monarca francés se negó á ello denodadamente, añadiendo que mas bien cortaria las negociaciones, antes que consentir en una propuesta tan ultrajante y deshounrosa para él y para la Francia.

Otra cláusula de la suspension de armas era que, durante esta, el artículo de la separacion de las dos monarquías francesa y española quedaria entera y puntualmente ejecutado. Era este un punto ya decidido.

El ministro inglés contestó que «aunque el rey no accediese á las súplicas de la reina, segun era de esperar, no dejaria esta de anunciar al parlamento el estado de la negociacion, y que si por el contrario consentia aquel monarca, entónces el duque de Osmond tomaria posesion de Dunkerque y declararia á los aliados que tenia orden para no hacer ya armas contra la Francia (1).»

En efecto presentóse la reina de Inglaterra en el parlamento en 17 de junio: comunicó allí el estado de la negociacion, y los Ingleses, cansados ya de tan penosa guerra, oyeron con entusiasmo que su fin no estaba lejano. El duque de Osmond recibió orden de no precipitarse demasiado en empeñar una accion durante algun tiempo.

Las órdenes enviadas al duque para que se separase de los aliados decidieron la cuestion, y semejante acuerdo comprometió al príncipe Eujenio facilitando la victoria de Denain. Este inesperado, cuanto feliz acontecimiento, acompañado además de la toma de Bonchamp, Marchiennes, Douai y el Quesnoy, dió tal ascendiente á los plenipotenciarios franceses, que habiendo intentado cortar las negociaciones los ministros de Holanda, el abate de Polignac, que ya en las conferencias de Gertruydenberg les habia dicho «que trataban como jente que no estaban avezadas á vencer» les dijo en esta ocasion: «Señores, no saldremos de aquí y tratarémos de

vosotros en vuestro mismo pais y sin vosotros (1).»

En fin, firmóse el tratado en Utrech entre la Francia, la Inglaterra y la Holanda, el 11 de abril de 1713. Luis XIV sancionó la separacion perpetua de las dos monarquías francesa y española: la Francia perdió su pujanza y quedó reducida á cesiones de territorio, ya en provecho del duque de Saboya que se enseñoreó de Exiles, Fenestrellas y del valle de Prajelas, cosas todas que pertenecian á la monarquía francesa antes de la guerra de 1700; ya por la entrega que tuvo que hacer de varias plazas para formar la barrera solicitada por los Holandeses; ya en fin por la pérdida de la bahía de Hudson, la Acadia, la isla de San Cristóval y Terranova, cuya cesion exigieron los Ingleses.

La España perdió los Países Bajos, el reino de Nápoles, los puertos de Toscana y el ducado de Milan, con mas Jibraltar y Menorca.

Tal fué el desenlace de ese drama sangriento, representado en doce años de sacrificios y humillaciones. «La monarquía de España, precio de esta larga lucha, se conservó en la casa real (2).» es verdad; pero por esta orgullosa satisfaccion la Francia y la España se retiraron del combate exhaustas, achicadas, dejando en fin en mano de sus enemigos las posesiones remotas y todas las ciudades de ambos territorios que á ellos les plugo retener. En el lecho de muerte, en ese trance supremo en que el grito de la conciencia condena las vanidades mundanas, Luis XIV confesó su error. «Me ha gustado demasiado la guerra» dijo al delfin. En efecto, cerca de un siglo ha necesitado la Francia para que, aun ayudada por acaecimientos y hombres singularmente extraordinarios, haya podido recobrar ante la Europa el ascendiente de que la privara la guerra de sucesion. Todo hombre imparcial, pensador y ajeno de frívolas susceptibilidades de alucinamiento nacional, no podrá menos de admirar, á vista de tales hechos, la preocupacion tan profundamente arraigada en el ánimo de los políticos franceses, que les hace contemplar hasta con orgullo lo que se llama *la obra de Luis XIV*. Mas adelante estaremos en estado de probar cuán perjudicial ha sido á la España, no menos que á la Francia, la reunion de entrambas coronas en la familia de los Borbones: limitemonos por ahora á restituir á la obra de Luis XIV su verdadero carácter, que no fué otro que el egoismo. Lo he dicho ya, y no me cansaré de repetirlo: sacrificando Luis XIV la pujanza y prosperidad de la Francia, hizo traicion á sus mas sagrados deberes de soberano.

(1) Flassan, tom. IV, páj. 318.

(2) Torcy, tom. III, páj. 438.

(1) Id. id. páj. 328.

¡A qué grado de poderío no hubiera llegado la Francia, á haberse cumplido debidamente el tratado de particion y asegurado, desde 1700, con aprobacion de la Europa, las fronteras del Rin y de los Alpes! Y, ya que á pesar de los desastres de 1815, cuyo recuerdo estremece todavía á la Francia, nada ha sido poderoso á arrebatársela Alsacia y el Franco-Condado, ¿hubiera nadie pensado siquiera en disputarle la posesion de la Bélgica y de tantas otras provincias incorporadas con mas justo título á su corona desde aquella misma época? A fuer de los departamentos del este, franceses de corazon y por interés, anudados con la madre patria por una fraternidad secular, no hay duda que los mismos países incorporados hubieran hecho imposible todo desmoronamiento. ¡Cuántos tesoros y cuánta sangre prodigada desde 1700, en vez de que por el tratado de particion se constituya definitivamente el territorio francés sin embates ni vaivenes! Todas las guerras de la Francia, todas sus negociaciones no tendrán en adelante otra mira, ó directa ó indirectamente, que la conquista de las fronteras del Rin: y siempre que no tenga disturbios interiores, volverá de continuo la vista hácia aquel lado. Tarde ó temprano la opinion pública arrastrará de fuerza ó grado á su gobierno á aventurar empresas guerreras con aquel objeto; tan comprometida se halla la independencia natural por esa mutilacion contraria á la naturaleza. ¡A cuántos sacrificios no se verá otra vez condenado el pueblo francés para saciar este irresistible instinto, y cuán graves obstáculos no va añadiendo de dia en dia á los esfuerzos incesantemente tanteados allá para consolidar hácia el norte el honor y la existencia del reino!

¡Pues bien! Todas estas pasadas desventuras, todas las que amenazan aun para el porvenir, las debe la Francia á la introduccion de los Borbones en España. Un miserable espíritu de familia estinguió en Luis XIV todo sentimiento patriótico, haciéndole abandonar la política mas esencialmente francesa. Napoleon quiso imitar su ejemplo, y la guerra de 1808 no fué menos

injusta, antipolítica y desastrosa en fin para la Francia, de lo que lo fuera la de sucesion. ¡Ojalá sirvan de leccion los deporables resultados del yerro cometido por aquellos dos hombres grandes! ¡Ojalá preserven á los diplomáticos eminentes que presiden hoy dia los destiuos de la Francia, de considerar indispensable á su pujanza el ejercicio de un influjo material allende los Pirineos. Los lazos de familia entre ambas coronas son nada para el bien y mucho para el mal; pues el interés de los dos pueblos ha sido siempre contrario á este simulacro de alianza. La Francia, por su poderío, riqueza, posicion y saber, es el inestinguible foco de la civilizacion europea; y estos títulos incontestables le dan derecho á aspirar á la noble y jenerosa ambicion de caminar á la cabeza de los pueblos libres. Ella debe enarbolar el estandarte de la grande asociacion meridional: todos los pueblos del mediodia la seguirán como á su jefe, como á su guia; anhelan ser sus aliados, no sus esclavos. La Francia debe querer amigos, no tributarios.

Bien sé que proclamando la independencia de que debe gozar el gabinete de Madrid en sus relaciones exteriores, me espera un cabal descrédito, sobre todo en Francia, donde cuenta todavía la obra de Luis XIV numerosos admiradores y se halla calificada de eminentemente nacional. Ni los hechos, ni la esperiencia han acertado aun á derrocar la mal fundada estima de la política abrazada por las diversas administraciones que se han ido sucediendo en Francia desde Luis XIV. El instinto material y grosero del mas fuerte sobre el mas débil ha señoreado hasta tal punto esta cuestion, que esclarecidos publicistas de distintos matices políticos se proclaman aun hoy dia campeones de ese sistema, que á mi ver ha sido el mas aciago que pudiera concebirse para ambos pueblos.

Para combatir esta política no tendré mas que referir sus tristes resultados en entrambas naciones; ni debo siquiera defender mi opinion; pues harto me justificarán los hechos de toda parcialidad.

CAPITULO CUARTO.

Desde la paz de Utrech, hasta la de 1763.

Debilidad de Felipe V. — La princesa de Ursino. — Alberoni. — Conspiracion de Celamara. — Guerra de 1719. — Envío de las princesas. Tratado de Viena. — Alianza de Hanover. — Congreso de Soissons. — Tratado de paz de 1729. — Alianza de 1733. — Tratado de Viena de 1739. — Alianza de 1743. — Paz de Aquisgran. — Pacto de familia. — Tratado de Paris de 1763.

Hemos visto á Luis XIV proseguir en su idea de dominacion en España, con una perseverancia que no acertaron á contrarestar los mayores sacrificios, y acabar al fin por realizarla, colocando en el trono á Felipe V, en lo cual cedió á su ambicion personal y á la necesidad de consolidar con nueva pujanza su sistema de despotismo, mas bien que á la alta razon de interés nacional, la cual esplica, ya que no justifique, las invasiones de una gran potencia. Mas por lo mismo que esa especie de conquista dinástica sobre las ruinas de la estirpe de Carlos V se hallaba desnuda de todo interés real para la Francia, le ha sido sin duda no menos funesta que á la España.

Una guerra civil y extranjera señaló la entronizacion del duque de Aujou, y por una fatalidad inseparable del recuerdo de este príncipe, además de los males que trajo á Franceses y Españoles su advenimiento al trono, débete la generacion presente las calamidades que estamos presenciando; pues la violenta abrogacion de la ley de sucesion produjo el auto acordado de 1713; pretexto y enseña de la rebelion de 1833.

La guerra de sucesion fué un horrible drama, asaz dolorosamente parecido á los acaecimientos que han ensangrentado la España por espacio de seis años, y fué tambien una cuestion europea. A las protestas públicas de varias potencias contra la aceptacion, siguióse el choque en los campos de batalla. Los soldados de Francia, Inglaterra, Austria y Portugal, se emplazaron para ventilar á cañonazos en el suelo de la Península la querella de derecho dinástico que suscitara el testamento de Carlos II y su aceptacion. Los Españoles en aquella sazón, bien

así como en la actual, se dividieron en opuestos bandos, y pelearon bajo distintas banderas.

Aquella lucha tan aventuradamente provocada impuso á la Francia sacrificios de toda suerte; costóle seis mil millones de reales (1), y Luis XIV se vió á pique de tener que abandonar su capital amenazada, para sentar á su nieto en el trono de Carlos II. Las consecuencias de la guerra sobrevivieron á la paz; y la Francia pagaba todavía en 1740 diez millones de escudos de réditos, por las deudas contraídas para la guerra de sucesion (2).

¿ Pero el advenimiento de Felipe al trono fué acaso una garantía á lo menos de alianza entre las dos naciones vecinas, ó siquiera un mero lazo de buena inteligencia entre miembros de una misma familia, que obraba con una mira de interés personal ó de mejoras internacionales? Nada de eso; sino que se estableció una perpetua lucha entre las pretensiones del gabinete francés y la resistencia del de Madrid: pues el uno so pretexto de sus derechos de primogenitura de la casa de Borbon, y á título del mas fuerte, quiso imponer un yugo que rechazaba el otro, apoyado en su independencia; y cuando alguna vez los nudos de familia han señoreado las cuestiones políticas, ha sido solo para mayor desgracia de entrambos paises. Los débiles príncipes que han ocupado el solio español desde Felipe V, han sido únicamente dóciles instrumentos manejados por embajadores franceses que han hablado siempre á fuer de due-

(1) Chateaubriand, Congreso de Verona, tom. I, páj. 225.

(2) Hist. de mi tiempo por Federico, t. I, páj. 42.

ños en la corte de Madrid. La princesa De Ursino, colocada por Luis XIV al lado de su nieto para mejor dominarle, es la fundadora de la camarilla, de ese foco de intrigas que desde entonces no ha podido extinguirse, y en el cual se han fraguado todas las maquinaciones de que han sido víctimas á su vez reyes y pueblos.

No bien se halló Felipe V pacífico poseedor del trono, consolidado por la paz de Utrech, cuando estalló la guerra entre Francia y España, á causa de las intrigas que urdian simultáneamente el rejeute en Madrid, y el cardenal Alberoni en Paris, el primero por medio del duque de San Aignan, y el segundo por medio del príncipe de Celamara.

Nacido Alberoni de un jardinero de los alrededores de Plasencia, el 30 de marzo de 1664, campanero en la catedral de aquella ciudad, allegado en seguida á la casa del conde de Roncoveri, obispo de San Donain, llegó á granjearse el favor del duque de Vendoma, que le llevó consigo primero á Francia, y despues á España. Durante su permanencia en esta nacion se encumbró hasta privado de Felipe V, y á la muerte de Luisa de Saboya, primera mujer del rey, acaecida el 14 de febrero de 1715, sorprendiendo la vijilancia de la princesa de Ursino y del cardenal del Giudice, primer ministro, inquisidor jeneral, y ayo del príncipe de Asturias, manejó el enlace de Felipe V con Isabel Farnesio sobrina del duque de Parma, «princesa dotada de la arrogancia de una Espartana, de la tenacidad de un Inglés, de la sutileza de una Italiana y de la vivacidad francesa (1).» Protejido por la nueva reina, llegó Alberoni á ser omnipotente, fué revestido del capelo de cardenal y nombrado ministro director de los asuntos de España.

La invasion de la Cerdeña por las tropas españolas, que la ocuparon el 21 de agosto de 1717, habia alentado sobremanera á Alberoni, que intentaba reconquistar cuanto habia perdido la España por el tratado de Utrech, y al año siguiente se apoderó de la Sicilia. Echóse de ver bien pronto la necesidad de atajar sus proyectos de engrandecimiento, y cerróse al efecto definitivamente un tratado de cuádruple alianza en Lóndres, el 2 de agosto siguiente, entre Inglaterra, Francia y Austria, á que accedieron los Estados-Jenerales el 16 de febrero de 1719.

Antes de este tratado, el rejeute, que anhelaba perder á Alberoni á toda costa, escribia, el 2 de setiembre de 1716, al embajador de Francia en Madrid: «No olvideis que nada tan importante pudierais hacer como ocuparos en ene-

mistar á Alberoni y D'Auberton (1) hasta el mismo extremo con que ahora se quieren mutuamente, á fin de perder á entrambos; al uno por medio del otro.» Además de esto, debia tratar el embajador «de corromper, á cualquiera costa, al secretario de Alberoni y á las personas iniciadas en los secretos de la corte de Madrid (2).»

El cardenal correspondia á las intrigas del rejeute con la conspiracion de Celamara. Tratábase nada menos que de promover en Francia una revolución para arrebatar la rejencia al duque de Orleans, y colocarla en manos del monarca español. Para conseguirlo, habia imaginado el ministro de Felipe V apoderarse de la persona del rejeute y llevarlo á España. El príncipe de Celamara, á quien nada bien sentaba el oficio de conspirador, manejaba con muy poco ardor esta intriga. Un tal Duvat, encargado de copiar unos documentos para remitir á España, se horrorizó del peligroso papel que se le hacia representar, y se lo refirió todo á Dubois. Provisto que se halló este de todos los documentos necesarios, mandó arrestar al pacífico Celamara, que fué muy en breve despedido, mientras que el duque de San Aignan, embajador francés en Madrid, á quien se sorprendió representando el reverso de la medalla de Celamara, regresaba á Francia por camino opuesto, disfrazado y á pié.

Semejantes atentados, á pesar de ser recíprocos, debian necesariamente traer un rompimiento entre ambas coronas. Estalló la guerra, que hizo preceder el duque de Orleans de un manifiesto de fecha de 8 de enero de 1719, y en seguida entró en España un ejército á las órdenes del mariscal de Berwick, y se apoderó de Guipúzcoa, del puerto de Pasajes, san Sebastian, Tolosa, Fuenterrabía y de Urjel en Cataluña. Felipe V acudió inmediatamente á la frontera para presenciar sus descalabros, y propuso una tregua, que fué aceptada. Ostigado por los Estados-Jenerales para acceder al tratado de cuádruple alianza, decidióse al fin á ello, y su ministro, que lo era á la sazón el marqués de Beretti Landi, firmó el acta el 17 de febrero de 1720. Esta adhesion hizo veces de tratado de paz, y produjo al año siguiente la conclusion del tratado de alianza defensiva, firmada en Madrid, el 13 de junio de 1721, entre Francia, España é Inglaterra, en el cual se garantizaban mutuamente las tres potencias todos los estados que poseian, en cualquiera parte del mundo que estuviesen.

Mas á los cinco años estuvo á pique de renovarse la guerra entre Francia y España, de re-

(1) Jesuita y confesor de Felipe V.

(2) Flarsen, tom. 4.º, páj. 469.

(1) Memorias de mi tiempo, páj. 44.



sultas de una injuria gratuita de príncipe á príncipe de una misma familia.

La infanta de España, María Victoria, educada en Francia hacia ya muchos años, se hallaba destinada para esposa de Luis XV. Llegado que hubo al ministerio el duque de Borbon, despues de la muerte del rejente, envió otra vez á la infanta á su padre Felipe V, el cual se irritó sobremanera. El abate de Livri, embajador de Francia en Madrid, tuvo orden para salir de la capital dentro de veinte y cuatro horas, y los cónsules franceses fueron igualmente precisados á salir del territorio español. La princesa de Beaujolais, hija del difunto duque de Orleans, que se hallaba en España como prometida esposa del infante don Carlos, fué tambien conducida á Francia, y Felipe V ordenó á sus ministros que se retirasen del congreso de Cambrai.

El estado de endeblez y estenuacion en que se hallaba el gobierno de Felipe V fué lo único que evitó la guerra, y para reconciliarse ambas potencias tomaron pretexto del nacimiento de un infante. Envio la Francia al conde de Rotenburgo para escusarse con los reyes católicos. La reina exigió que en una audiencia particular se pusiese el embajador de Francia de rodillas y en tan humillante postura rogase á SS. MM. que echaran en olvido la sinrazon cometida por el anterior ministro francés; á cuya degradante reparacion tuvo que someterse el conde de Rotenburgo (1).

Así que, desde el arranque de esa naciente dinastía, que tantos sacrificios costara á entrambas naciones, se maquinó ya su ruina: pues sabido es que no puede existir verdadera alianza entre los pueblos, si ya no es que estribe en sus recíprocos intereses bien entendidos: verdad que veremos constantemente corroborada bajo todos los sucesores del primer príncipe español de la familia de los Borbones.

La desavenencia de Felipe V y Luis XV, resultado del envío de las princesas, habia hermanado la corte de Madrid con la de Viena, y se cerraron entre ellas cuatro tratados distintos, el 30 de abril y 1.º de mayo de 1725. Dos de los cuales tenian por objeto el restablecimiento de la paz, una transaccion sobre lo de Italia y ciertas renunciaciones recíprocas: el tercero era un convenio de comercio para los súbditos de ambos países; y el cuarto, una alianza ofensiva y defensiva entre la España y el Imperio, que debia permanecer ignorada.

Caló la diplomacia el arcano de las negociaciones de Viena y dió el grito de alarma á todos los gabinetes.

Firmóse en vista de ello, en el Hanover, el 23

de setiembre de 1725, un tratado entre la Francia, la Inglaterra y la Prusia, cuyas estipulaciones debian contrabalancear la alianza del Austria y de la España. Este tratado fué denominado *alianza del Hanover*.

La libertad de comercio concedida á los vasaños del emperador por el tratado de Viena, en cuanto fué conocida, enconó mas y mas la desavenencia. Ingleses y Holandeses, al ver prosperar la compañía de Ostende, mediante el privilegio de comerciar con las Indias españolas, trataron seriamente de contrarestar tan peligrosa concurrencia. La existencia de esta compañía fué objeto de los mas injustos tiros por parte de las compañías rivales: los gobiernos respectivos intervinieron en favor de los intereses de sus súbditos; dirijéronse enérgicas reclamaciones al emperador que autorizara la compañía de Ostende, desechadas por la corte de Viena, y hubo preparativos, á lo menos aparentes, á fin de sostener con las armas las pretensiones de los negociantes ingleses y holandeses; las cuales eran tan sumamente estravagantes, que luego se trató de un acomodamiento: entabláronse conferencias en Paris, y al cabo se acordó un *ultimatum* que, enviado á Viena, fué definitivamente aceptado. El emperador y el rey de España consintieron en su virtud en suspender el comercio de la compañía de Ostende para durante siete años, y se determinó que dentro de cuatro meses se abriera un congreso en Aquisgran. Estos preliminares, acordados en Paris, el 31 de mayo, fueron firmados en Viena el 13 de junio, y bastaron para restablecer la armonía entre la España y la Inglaterra.

Soisons fué el sitio elegido para celebrar el congreso convenido en los preliminares de 31 de mayo, que se abrió efectivamente el 14 de junio de 1728. Felipe V, inclinado siempre á la Francia, no tardó en abandonar al Austria, y los plenipotenciarios españoles cerraron un tratado provisional, que ratificó y firmó el rey de España en Sevilla, el 9 de noviembre de 1729.

Conveníase en él en una alianza defensiva entre los reyes de Francia, España é Inglaterra, con garantía recíproca de sus respectivos estados en caso de ataque ó de lesion, y con empeño de aprestar tropas ó buques á la potencia atacada (artículo 2.º).

Felipe V anulaba los privilegios de comercio concedidos á los súbditos del emperador, por el tratado de Viena de 1725 (artículo 3.º), y restablecia el comercio de las compañías inglesa y francesa, bajo el mismo pié en que se hallaba constituido anteriormente (artículo 4.º).

Autorizábase la entrada de 6000 hombres de tropas españolas en las plazas de Liorna, Porto-Ferrajo, Parma y Plasencia, para asegurar

(1) Flassan, tom. 5º, p. 42.

así su posesion al infante don Carlos, hijo de Felipe V, garantizándole además el gran ducado de Toscana y el de Parma (artículo 9.º y 10.º).

Accedieron los Estados Jenerales á este tratado, en 21 de noviembre, y este fué el último acto del congreso de Soissons.

Como se preparara Luis XV á sostener la eleccion del rey Estanislao Leszcinski para el trono de Polonia, vacante por muerte de Federico Augusto II, quiso antes asegurarse de la España, y firmó al efecto un tratado de alianza en el Escorial, á 25 de octubre de 1733, despues de lo cual declaró el emperador la guerra á la Francia, y la España, mal de su grado, tuvo que pelear en Italia. D. Carlos, duque de Parma, entró en Nápoles el 10 de mayo de 1735 y sojuzgó las Dos Sicilias despues de la batalla de Bitonto: por otra parte el duque de Brunswick en Alemania, y el mariscal Villars en Italia, reportaron algunas victorias que decidieron á la Inglaterra y á la Holanda á ofrecer su mediacion.

Cerráronse los preliminares de la nueva paz entre Francia y el Imperio en Viena, á 3 de octubre de 1735, que pasaron á tratado definitivo tres años despues, es á saber, á 8 de noviembre de 1739, y entónces adhirió á él la España en 2 de abril inmediato.

Por vez primera, desde el tratado de Versailles, hizo la España en aquella sazón un convenio ventajoso, pues se concedieron en él los reinos de Nápoles y Sicilia al infante D. Carlos, reconocido como su rey, y además las plazas de la costa de Toscana que habia poseido el emperador y todo lo que pertenecia al rey de España en la isla de Elba en tiempo de la cuádruple alianza (art.º 3.º.)

Habia la Francia garantizado en los preliminares de paz del año 1735 la pragmática sancion del emperador Carlos VI; pero á la muerte de este monarca, faltando la corte de Versailles á sus empeños, sostuvo las pretensiones del elector de Baviera á la corona imperial y firmó con él un tratado de alianza el 18 de mayo de 1741.

De nuevo entró en la lid el rey de España, aviniéndose á la alianza en nombre suyo y en el del rey de las Dos Sicilias, en cuanto hiciese relacion á la Italia, sin que se acierte á esplicar qué interés ni qué designio le indujo á meter baza en ese nuevo compromiso militar de la Francia, si ya no es el ascendiente que esta potencia ejercia en Madrid sobre el débil príncipe que allí reinaba.

Para mejor sujetarle firmóse en Fontainebleau á 25 de octubre de 1743 un tratado de alianza y union perpetua entre Francia y España, sobre manera importante en cuanto encierra el jérmén del tan nombrado pacto de familia

de 1761. No tardó la Francia en arrepentirse de haberlo firmado.

Habian obtenido los Ingleses por el tratado de Utrech el privilegio esclusivo de abastecer de negros las colonias españolas, llamado *asiento*, y cedídoles á una compañía; mas como esta se valiese de él para hacer el contrabando, quiso la España atajarla en su fraude, y procedió á embargar y dar de comiso algunos jéneros; lo cual dió ocasion á varias reclamaciones recíprocas entre ambos gobiernos y á un consiguiente tratado de indemnizacion. Comprometiéndose en él la España en 12 de enero de 1739 á pagar 95,000 libras esterlinas á los Ingleses; pero á pesar de esto, no tardó en encontrarse de nuevo aquel altercado malamente sofocado en su principio, pues en cuanto pudo la España contar con el apoyo de la Francia en fuerza de la alianza de 1743, ya no procuró mas que escitar la guerra contra la Gran Bretaña, que estalló en efecto mediante una declaracion de esta potencia contra la Francia, firmada en 9 de abril.

La corte de Versailles, que estaba ya en guerra con la reina de Hungría, no necesitaba por cierto de este nuevo embarazo, y así es que propuso Luis XV á Felipe V, en carta de 10 de diciembre de 1743, escrita de su puño, que hiciese un desembarco en Inglaterra para reponer al pretendiente en el trono: proyecto que al cabo vino á abortar. Seguía la guerra en Italia y Alemania, y cuando ya fatigados los Franceses de tan prolongadas hostilidades, entablaron una negociacion de paz en Turin, las nuevas exigencias de la España la desconcertaron. Visto está que estas alianzas entre ambas coronas jamás han producido otro resultado que entorpecer sus negociaciones.

Derrotado en 16 de junio de 1746 el ejército gallo-hispano junto á Plasencia, apoderáronse los austríacos de Jénova y calaron hasta la Provenza bien que los arrojaron de ella los Franceses al tiempo que sublevados los Jenoveses contra sus invasores, los espulsaron tambien de su territorio en 5 de diciembre del mismo año. Durante esta guerra Fernando VI sucedió en el trono de España á Felipe V; y como llamase inmediatamente sus tropas de Italia, abandonados los Franceses por sus aliados, tuvieron que retirarse hácia el Var.

En esto habia el mariscal de Sajonia reportado en Flándes las victorias de Fontenoi, Rocow y Lavofeld, y por cierto que era ya tiempo, pues acudían al socorro de la emperatriz-reina treinta mil Rusos mandados por el príncipe de Repuin. Bien es verdad que aquellos timbres últimamente alcanzados eran muy triste recompensa de las aciagas calamidades que abrumaban á la Francia á causa de su prolongada

guerra. La hacienda se hallaba exhausta; la lucha había costado torrentes de sangre, la marina estaba anonadada; así que, fué fuerza pensar en la paz.

Una vez firmados los preliminares en Aquisgran á 30 de abril de 1748, llegóse fácilmente á un tratado definitivo, y se cerró la paz en aquella ciudad á 18 de octubre del mismo año entre la Francia, la Inglaterra, el emperador, la emperatriz reina, la España, la Cerdeña, las Provincias Unidas, el duque de Módena y la república de Génova, á cuyo tratado adhirió la España dos días después.

El artículo 8.º concedía los ducados de Parma Plasencia y Guastalla al infante D. Felipe y á todos sus hijos legítimos varones, *en consideración á las restituciones hechas* por S. M. Católica.

La España y la Francia alcanzaron, por única compensación de tantos sacrificios para sostener la guerra, y de tantas restituciones para obtener la paz, el estéril placer de colocar un Berbon en Parma. ¡Miserable satisfacción de familia que costó harto cara á los pueblos!

No salió la Francia menos malparada que su compañera, pues tuvo que devolver todo cuanto conquistara, y tantas victorias y hazañas le valieron tan solo la pérdida de quinientos mil hombres, la ruina de su marina, y un gasto de 1.200 millones de francos (1). Así es que, al saber la noticia de la paz, decía el mariscal de Sajonia: «Para restituir las plazas, y reponer á los Holandeses y á la casa de Austria en el mismo estado en que se hallaban antes de la guerra, no había mas que permanecer tranquilo. Restituyendo la Francia sus conquistas, se ha hecho á sí misma la guerra; pues sus enemigos han conservado la misma pujanza, y únicamente ella se ha debilitado, ha perdido un millón de habitantes, y queda casi sin erario.»

Y no es decir con esto que la España le queda se en zaga. Prueba de ello es que en cuanto hubo Luis XV firmado los preliminares de paz, se apresuró á confesar los sacrificios de la España; y en carta que escribió á Fernando VI, el 5 de mayo de 1747, dándole parte de la negociación entablada en Aquisgran, y de las razones que á este paso le movían, decía: «Tanto en Italia como en Alemania, con la pérdida de la marina y del comercio de nuestras coronas, nuestras conquistas han servido únicamente para multiplicar nuestros enemigos y acrecentar nuestras desventuras, y estoy persuadido de que V. M. no compadece menos que yo á sus súbditos, á quienes no ha costado la actual guerra menos dinero y sangre que á los míos.»

A la verdad, teníamos ya suficientes pruebas de los sacrificios enormes que la insensata política del gabinete de Madrid ha impuesto á la España con su manía de guerrear. Sin embargo, la referida carta de Luis XV confirma mas y mas este hecho: á saber, que la identidad de agravios, entre los príncipes de la casa de Borbon, ha sido siempre funesta á la España y á la Francia: y mas tarde, irán corroborando aun con mayor evidencia esta opinion los acontecimientos y tratados que nos quedan que examinar.

En 1755, cierta querella, originada de un deslinde de territorio en América, enemistó otra vez la Francia con la Gran Bretaña, y las hostilidades principiaron ya aun antes de la declaración de guerra, que se verificó por parte de esta última nación el 13 de mayo de 1756, y por la de Francia, á 16 de junio inmediato.

No bien hubo previsto Luis XV la posibilidad de un rompimiento, escribió tambien dos cartas á Fernando VI, con objeto de interesarle á favor de la Francia, á la segunda de las cuales contestó el monarca español, bien que en los términos mas vagos é indiferentes y en balde. Al saberse la toma de los dos buques franceses, el *Lirio* y el *Alcides*, presentó el duque de Duras á Fernando VI una memoria contra el ministro Wall; pues fué entregada al mismo contra quien iba dirigida, y Wall contestó en nombre de su señor: que, vista la estenuacion del tesoro de España, no podía esta hacer mas que anhelar por la paz, pero que observaría la neutralidad.

Mas tarde, en 1758, el cardenal de Bernis se dirigió al señor Masones, embajador de España en Paris, y le propuso una negociacion, cuyos dos principales puntos se encaminaban á granjearse la voluntad del gabinete de Madrid para que procurase á la Francia una paz honrosa con la Inglaterra, en cuyo caso la España debía aparentar que tomaba la iniciativa. Era el segundo punto un empréstito hecho al gabinete español de ciento cuarenta y cuatro millones de reales, pagaderos en un año, garantizados por la palabra del rey de Francia, é hipotecados sobre la isla de Menorca, cuya cesion se dejaba vislumbrar como indemnizacion del socorro eficaz que se iba á prestar con esta medida.

Ningun medio descuidó el cardenal de Bernis para salir airoso en su empresa, é hizo escribir una carta muy obligatoria al rey de Francia para el de España, quien contestó con palabras vagas, sinónimas de una negativa.

El gobierno español aparentó ocuparse en este negocio; pero al cabo el señor Wall, después de haber removido mucho, concluyó por declarar al embajador de Francia, marqués de Ar-

(1) Lavallée, Hist. de los Franceses.

beterre, que era imposible adelantar cantidad alguna á su nacion, pero que se le facilitarían medios para pedir prestado á los capitalistas españoles. El resultado último de todas esas conferencias fué la oferta de un préstamo, hecho por la compañía de Indias española á la francesa, de seis millones pagaderos en ocho meses.

El marqués de Aubeterre rechazó esta oferta, pero el cardenal de Bernis, hombre mas calmoso, mandó aceptar el préstamo, en que consentía la España, por muy módico que fuese.

Falleció Fernando VI el 10 de agosto de 1759, y una vez ascendido al trono Carlos III, animada la Francia por la disposicion al parecer mas pacífica de la Inglaterra, renovó la peticion de mediacion y socorro pecuniario hecha antes á Fernando VI. « La Francia, escribia el señor de Choiseul al señor de Osun, embajador en Madrid, no tiene en la actualidad el menor crédito ni en el pais ni en el extranjero. El estado se halla á pique de perecer por no tener ochenta millones de reales, que son absolutamente necesarios para acudir á las exigencias de la guerra.»

No se dolió mas Carlos III de los apuros de Luis XV, de lo que se conmoviera su predecesor: ofreció pues su mediacion; pero dinero de ningún modo; bien que esta indiferencia iba acompañada de grandes promesas y de palabras afectuosísimas: de todo lo cual se indignó sobremanera Luis XV, y en 27 de mayo de 1760 escribió el señor Choiseul al de Osun: «No bastan ya las roncías del señor Wall, ni aun los dichos del rey de España, por respetables que sean, para apoyar en ellos nuestras medidas, ya de continuacion de guerra, ya de restablecimiento de paz: si la corte de Madrid quiere darnos pruebas de que corresponde á los sentimientos que constantemente le hemos manifestado, es preciso que dé órdenes seguidas de resultados positivos; pues al paso que protesta que se halla dispuesta á todo, nada absolutamente hace.»

Bien se echa de ver cuáles fuesen ya los afectos de familia entre el hijo de Felipe V y el sucesor de Luis XIV. Sin embargo, la debilidad de Carlos III le sometió á la preponderancia del gabinete de Versalles, y le forzó á sostener dos guerras desastrosas. Al cabo, la funesta influencia de los lazos dinásticos y el orgullo pudieron mas en él que los intereses del pais que gobernaba.

Continuaba la guerra de Francia con la Gran Bretaña, y apesar del malogro de las tentativas hechas cerca del gabinete de Madrid, para obligarle á tomar parte á favor de los Franceses, no habia renunciado todavía el señor de Choiseul á su proyecto de alianza con la España en contra de la Inglaterra: en efecto, al cabo vino á realizarla por medio del pacto de familia.

Las primeras negociaciones se entablaron por Carlos III, y atónito Choiseul de ese inesperado cambio en la política del gabinete de Madrid, temió al principio que fuese un ardid solapado; mas convencido despues de que el marqués de Grimaldi, embajador español, no hacia mas que cumplir las verdaderas órdenes de Carlos III, redactó un proyecto de tratado, mediante el cual se garantizaban sus estados recíprocamente los dos príncipes de la casa de Borbon.

Esta garantía empero resultaba muy onerosa para la España, puesto que no podia ya temer agresion ninguna contra unos estados, que ya no le pertenecian, como por ejemplo, los de Nápoles y Parma, cedidos al hijo y al hermano de Carlos III, al paso que la Francia podia verse atacada por todas las fronteras de Flandes, Alemania, Saboya y Suiza. Hizo pues el gabinete de Madrid un contraproyecto en que puso á su vez todas las ventajas á su favor: pero al cabo se transigió limitando la garantía de la España para el caso en que fuese atacada la Francia en sus propios hogares, lo cual en la realidad era la misma garantía del primer proyecto, bien que en términos distintos.

En esto y mientras se discutian los preliminares del pacto de familia, habian recommenzado sus negociaciones de paz la Francia y la Inglaterra, y segun el señor de Bussy adelantaba mas ó menos sus proyectos en Londres, se iba apresurando ó retardando la conclusion del pacto de familia; de tal modo, que ambas negociaciones debieron á su simultaneidad el dañarse recíprocamente; pues habiéndose puesto de acuerdo con la España, antes que con la Inglaterra; ese pacto de familia ó mas bien convencion particular que debia permanecer oculta, sirvió de grande estorbo á la Francia, y en las negociaciones definitivas de la paz con la Inglaterra, acabó su existencia por hacer las condiciones mas duras y gravosas para la corte de Versalles.

Ya desde algun tiempo instaba la España ciertas reclamaciones, que dirijiera al gabinete inglés: propuso por consiguiente Choiseul á Carlos III que firmase un convenio particular en que se comprometiese á declarar la guerra á los Ingleses, el 1.º de mayo de 1762, si no se habia firmado por aquella época todavía la paz con la Francia; con cuya condicion se obligaba esta á envolver en su negociacion la reparacion de los agravios hechos á la España.

Asesar de este ofrecimiento, las instrucciones enviadas á Bussy á Londres manifiestan bien á las claras que en llegando la ocasion, los intereses españoles hubieran sido abandonados. Afortunadamente el ministro Wall no fué el juguete de los amaños de Choiseul; sino que adivinó atinadamente que si se buscaba el apoyo de

la España era solo para intimidar á la Inglaterra y alcanzar mas ventajosas condiciones en el tratado de paz que se estaba negociando; así fué que el ministro conoció muy bien que una vez conseguida aquella mira particular, en lo que menos se pensaria fuera en las reclamaciones de la España, y que Luis XV firmaria de contado la paz, sin cuidar de que se administrara justicia á esta nacion; por lo cual el gabinete de Madrid se apresuró á firmar el convenio particular á que la Francia iba de continuo dando largas: mientras que por el contrario esta se mostraba muy solícita por firmar el pacto de familia, en que ningun interés manifestaba la España.

En esto tocaban á su término las negociaciones con la Inglaterra, y Choiseul presentó una memoria, en que se trataba de la garantía de Carlos III y de sus agravios. Pero el gabinete inglés se negó colérico á continuar en el tratado las reclamaciones de España, como lo habia propuesto Choiseul. Bussy eligió cabalmente aquel momento para presentar su memoria sobre las sinrazones de que se quejaba Carlos III, medio infalible de comprometer á este monarca, de vencer sus escrúpulos, y de hacer inevitable un rompimiento con la Inglaterra. En efecto, el ministro Pitt, devolvió al embajador Bussy la memoria del rey de España, acompañándola en una carta que necesariamente habia de irritar en gran manera el ánimo de Carlos III.

El marqués de Choiseul se apresuró á comunicar aquella carta al gabinete de Madrid, y para sacar todo el provecho posible de ese alivio proceder de la Inglaterra, escribió al señor Osun, embajador francés en España: «que la conducta del ministerio inglés era insufrible, y que el rey Luis XV consideraba como ya firmados el pacto de familia y el convenio particular. S. M. se persuade de que su primo, se resentirá de esa injuria venida del ministro británico, no menos profundamente de lo que á él le ha afectado.»

Esta comunicacion produjo todo su efecto; pues el imprudente Carlos III se dejó llevar hasta el extremo de la indignacion que se habia intentado enconar en él, y declaró que consideraba como ya firmados el pacto de familia y el convenio particular; bien que no podia apresurar la declaracion de guerra, tanto como deseaba Luis XV; porque estaba esperando la flota de las Indias, que no debia llegar á Cádiz hasta primeros de octubre.

A pesar de tan formal declaracion por ambas partes, ello es que en la realidad no se hallaban aun firmados aquellos dos convenios; encargóse pues Lord Bristol, embajador inglés en Madrid, de calar el arcano de aquella misterio-

sa negociacion y reventar de una vez la mina mostróse en extremo solícito con el ministro Wall, y por mil medios distintos trató de averiguar si el rey de España aprobaba la memoria de Bussy: pero Carlos III, bien así como su ministro, desconfiando todavia de la sinceridad de la Francia, se negaron á toda explicacion, de tal modo que Lord Bristol no acertó á vislumbrar lo que habia de positivo sobre las relaciones existentes entre España y Francia.

No era Pitt hombre de contentarse con tales ambigüedades, y mandó por consiguiente á Lord Bristol, que exigiese á la corte de España una contestacion categórica.

Dirigióse en vista de ello Lord Bristol directamente á Carlos III, y hasta le presentó la carta del ministro Pitt. Por primera vez desde que duraba aquella negociacion desmintió el rey de España su ordinaria prudencia, y en el arranque de su indignacion, manifestó la verdad pura y sencilla al embajador inglés, y le declaró que no solo Bussy habia sido autorizado por él para presentar la memoria entregada á Pitt; sino que él la aprobaba y se aferraba en la resolucion que allí se habia manifestado.

Estaba pues arrojado el guante: ya no se podia retroceder despues de esa esplicita declaracion del rey de España, y el pacto de familia junto con el convenio particular fueron definitivamente firmados en Paris, el 15 de agosto de 1761, por el señor Choiseul, ministro de negocios extranjeros de Luis XV, y el señor Grimaldi, embajador de España en aquella corte, despues de lo cual, el 2 de enero del año siguiente, publicó Carlos III su manifiesto contra la Inglaterra.

Pero todos los esfuerzos del diestro ministro Choiseul para traer á la España á un rompimiento contra la Inglaterra, redundaron en daño de la misma Francia, pues la mediacion arrancada á Carlos III en la disputa de Luis XIV con la Gran Bretaña, creó nuevos obstáculos para la conclusion de la paz, y el gabinete de Versalles no tardó en arrepentirse de haber activado tan eficazmente la definitiva conclusion del convenio particular.

El ministro Choiseul presentó al gabinete inglés un *ultimatum* que abrazaba tambien los agravios hechos á la España; pero Pitt lo desechó diciendo «que el medio de desenredar un nudo tan embrollado como lo era el de las negociaciones entre Francia é Inglaterra, no era ciertamente el hacer intervenir en él fuera de sazón á una potencia extranjera.»

El embajador Bussy tenia espresa orden de guardar silencio acerca del convenio particular: pero el enviado francés hizo todavia mas de lo que se le prevenia en sus instrucciones; pues no solo nada dijo de los nuevos convenios

del 15 de agosto, sino que los negó rotundamente y *mintiendo políticamente* (1), declaró que la Francia abogaba por los intereses de España, únicamente en virtud del antiguo tratado de 25 de octubre de 1743. Sin embargo este tratado jamás había tenido una verdadera existencia y estaba además del todo olvidado.

El gabinete inglés contestó en 1.º de setiembre al ultimatum de la Francia, y declaró nulo todo cuanto se había estipulado, á no ser que se firmase un tratado definitivo. Envió pues el ministro Choiseul otro ultimatum á Londres el 9 de setiembre, que tampoco fué aceptado; por lo cual se rompieron las negociaciones.

El ministro Pitt se había visto altamente contrariado por la intervención de España, y era sobrado conocedor para engañarse acerca de la naturaleza de los compromisos existentes entre los dos príncipes de la casa de Borbon. Sin embargo trató de conocerlos á fondo: para lo cual propuso al consejo que se precisase al rey de España á explicarse resueltamente y se le pidiese una copia del tratado; pues á su parecer era sin disputa preferible el empeñarse en una guerra, mas bien que permanecer por largo tiempo con respecto á aquella nacion en un estado de completa incertidumbre acerca de las misteriosas negociaciones de los gabinetes de Madrid y de Versalles.

El gabinete inglés desaprobó el paso atropellado propuesto por su ministro, el cual se retiró del ministerio y fué reemplazado por el conde de Egmond, cuyas inclinaciones pacíficas se avenían cumplidamente con las del gabinete. El nuevo ministerio, con la esperanza de renovar las negociaciones tan bruscamente interrumpidas por su antecesor, se dirigió al señor de Fuente, embajador español, y le manifestó que la Inglaterra se hallaba dispuesta á aceptar el ultimatum presentado por la Francia, con tal que esta potencia consintiese en dar algun paso para entablar otra vez la negociacion. El ministro Choiseul despreció con desden esos avances de la Inglaterra, la cual trató entonces de ponerse de acuerdo con la España, y mandó remitir una memoria á Carlos III, en que se comprometia á examinar las sirrazones de que se quejaba este monarca, abriendo á este propósito una negociacion. En recompensa de esta oferta solicitaba el gabinete inglés que se le diese conocimiento de los artículos que pudiesen interesarle en el tratado de España y Francia. Desgraciadamente el gabinete de Madrid rechazó esta proposicion, y dijo que nada había de que dar conocimiento. Pero á pesar de todo, no se contentó Lord Bristol con la contestacion del mi-

nistro Wall, sino que precisó á este á que declarase abiertamente si la intencion de la España era hacer causa comun con la Francia, y que dijese *si* ó *no*. Carlos III, por toda explicacion, dió orden para que saliese Lord Bristol de España, y se llamase al señor de Fuentes.

Vemos pues á Carlos III, tras dos años de incertidumbre, lanzado al fin por la política de Choiseul á los trances de una lucha que por precision tenia que ser desastrosa. El mismo monarca nos da á conocer la causa de tan aciago compromiso en las palabras que dirigió al embajador de Luis XV, Osun: « El afecto que profeso al rey mi primo es el único motivo que me impele á correr los riesgos de una guerra, pues conozco que necesita la España, no menos que la Francia, cinco ó seis años de tranquilidad para repararse de lo pasado. Sin embargo puede mas en mí el deseo de vengar el honor del jefe de mi casa que toda otra consideracion personal. » Por su parte Luis XV que echaba de ver muy fácilmente cuan mejores condiciones de paz podria alcanzar mediante la alianza con la España, desafió á la Inglaterra, cortó las negociaciones, y reanímó la guerra que tan fatal vino á serle con el tiempo, sin que lo fuese menos para la España.

No tardó Carlos III en romper las hostilidades, mandando apresar todos los buques ingleses que se encontraban en los puertos españoles: mas no le bastaba á Choiseul el haber empeñado á la España en una guerra marítima, sino que la obligó además á invadir el Portugal, mientras que el rey y su ministro reposaban adormecidos en la fe de la neutralidad: y en balde repugnaba el débil Carlos III esta guerra no menos que la que acababa de declarar á la Gran Bretaña, que el cabo vino á empeñarse en una y otra con idéntica pusilanimidad.

Los consecutivos descalabros, que esperimentára la Francia desde el principio de la guerra, y que tan totalmente se apresuró la España á compartir, acabaron al fin por abrir los ojos á la corte de Versalles; y la bella perspectiva que se formara allá el ministro Choiseul, con la alianza española, tuvo que ceder á la triste realidad; tanto que comenzó muy presto á vislumbrarse que tan solo había contribuido á ensanchar el círculo de las desventajas de la guerra, por lo cual se hacia ya indispensable el poner coto á tan lamentables desastres.

Habia desatendido Choiseul harto desdeñosamente las primeras propuestas del conde de Egmond: mas vuelto ya de sus quiméricas ilusiones acerca de la alianza española y de las ventajas del pacto de familia, tuvo que decidirse mal de su grado á entablar negociaciones con la corte de Londres, la cual se manifestó dis-

(1) Flassau, Hist. diplomatica.

puesta á facilitarlas, y á este efecto se envió á Londres al duque de Nivernais, al propio tiempo que llegaba á Paris el de Bedford: de tal suerte que animados como se hallaban ambos gabinetes de sinceros anhelos por la paz, no tardaron en ponerse casi de acuerdo.

Pero cuando estaba ya todo convenido, la vanidad del señor Grimaldi, embajador español, vino á retardar la conclusion de la paz, haciéndola al fin mas gravosa para la España.

En efecto: habian enviado los Ingleses fuerzas navales contra las colonias españolas, y como quiera que, en el acto de renovar las negociaciones, se ignorara del todo el resultado de las operaciones de la escuadra inglesa; llevado el duque de Bedford, en su mision de paz, de un acendrado espíritu de conciliacion, propuso desde luego que no se tuviesen en cuenta los triunfos ó descalabros de la guerra todavía desconocidos; mas Grimaldi, en su rematada presunción, sostuvo desafortadamente que la escuadra inglesa seria anonadada por el fuego de los cañones españoles. En balde le demostraba el de Bedford que, aun en aquel caso, no tendria la España mas que una superioridad negativa; nada fué poderoso á contrarestar la tenacidad del embajador, y la negociacion de paz quedó otra vez estancada. En esto cayeron en poder de los Ingleses la Habana y Manila; y en cuanto llegó á Paris esta nueva, renováronse las negociaciones en Fontainebleau, no ya bajo las bases propuestas por el duque de Bedford, y rechazadas por Grimaldi; sino partiendo de otras mucho menos favorables á la España; y este fué el único resultado de la malhadada vanidad é impericia de su plenipotenciario.

Firmáronse los preliminares en Fontainebleau, el 5 de noviembre de 1762, por el ministro Choiseul, representante de la Francia; el duque de Bedford, que lo era de la Inglaterra; y el señor de Grimaldi, plenipotenciario de la España; bien que la paz no quedó definitivamente concluida por los mismos hasta el 2 de febrero del siguiente año, en cuyo día prestó su adhesion el embajador de Portugal, Mello de Castro, á nombre de su monarca.

Y en verdad, en verdad que el primer ensayo de coalicion en fuerza del pacto de familia no fué sobradamente feliz para ninguno de entrambos

países. A las averías de la Francia agregáronse bien presto las que acarreará á la España su tardía y aventurada participacion en las sinrazones de la Francia, y compartió Carlos III las desventuras de Luis XV, sin que al cabo le granjeara el menor provecho. La toma de la Habana, la pérdida de los tesoros y embarcaciones que allí habia (1), y la ocupacion de Manila donde se aprehendieron igualmente sumas inmensas, fueron las consecuencias de aquella guerra; y si añadimos á esto los costosos gastos de la injusta invasion del Portugal, veremos fácilmente que la estipulacion del pacto de familia costó desde luego á la España unos seiscientos millones de reales.

Por otra parte, dado que la Francia le habia dejado vislumbrar el recobro de la isla de Menorca, sin embargo, por el artículo 12.º del tratado de Paris, se adjudicó aquella isla á la Inglaterra.

En fuerza del artículo 19, restituíanse la Habana y Manila á la España, la cual cedia en cambio á la Inglaterra la Florida y la bahía de Pensacola (artículo 20). Concedíase además á los Ingleses la tala de los bosques de palo campeche de la bahía de Honduras (artículo 17).

En un convenio secreto de 3 de noviembre de 1762, fecha de los preliminares, la Francia cedió á la España toda la Luisiana, en recompensa de los sacrificios que durante la guerra y para conseguir la paz hicieron los Españoles.

La paz de 1763 fué sobremanera mas gravosa para la Francia, que la propuesta por los Ingleses en 1761, y la España acudió á participar de la venganza de la Francia en tan humillante tratado, el cual encerraba en sí, sin duda, el germen de una nueva guerra. Así fué que la Francia lo firmó tan solo á duras penas, dirigiendo en seguida sus mas acendrados votos á encontrar la ocasion de vengarse de tamaña afrenta. No tardó en efecto en presentarse.

(1) Los Ingleses se apoderaron en la Habana de 300 millones de reales, de una porcion inmensa de pertrechos de guerra, de nueve buques de línea y de tres fragatas. En Manila tomaron 40 millones de reales en metálico y otra igual cantidad en créditos contra el gobierno español, varios navios anclados, gran porcion de pertrechos de guerra y dos buques de línea (La España bajo los Borbones, t. 4. p. 492.)

CAPITULO QUINTO.

Desde la guerra de América hasta el tratado de la cuádruple alianza.

Guerra de América.—Paz de 1783.—Varios tratados con la república y el imperio.—Acontecimiento de Basilea.—Congreso de Viena.—Intervencion de 1823.

El segundo ensayo de coalicion no fué por cierto mas afortunado que el anterior. Tauteóse con objeto de proteger la insurreccion de las colonias anglo-americanas contra la madre patria; pues como hubiese el parlamento inglés pretendido hacer contribuir estremadamente á las colonias en los gastos de la guerra de 1756, se negaron estas al impuesto y corrieron á las armas: rompiendo las hostilidades el 19 de agosto de 1775, que fueron la señal de un levantamiento en masa, de tal suerte, que tras diversos trances, ya favorables ya adversos, proclamó al cabo el congreso americano la independencia de las colonias en 4 de julio de 1776.

Gozoso el gabinete de Versalles con poder suscitar nuevos estorbos á la Gran Bretaña, comenzó por facilitar dinero por debajo mano á los insurjentes, y no tardó en enviarles muy presto, en mayo de 1776, toda suerte de socorros y subsidios (1). Desde aquel punto ocupóse ya el ministerio francés en buscar medios de empeñar á la España en la nueva guerra contra los Ingleses, que por fuerza debía de estallar, á consecuencia de la proteccion que dispensaba la Francia á los insurjentes, y en la misma carta que acabamos de citar, decia Vergennes al rey «Escribiré al señor de Grimaldi, ministro secretario de estado en Madrid, participándole nuestra operacion, y proponiéndole que la doble.»

En esto, y mientras se cruzaban las notas diplomáticas entre Vergennes y Lord Stormond, rehosando su estilo desabrimiento y encono, llegó Franklin á Francia en calidad de agente de las provincias insurjentes, y fué acogido con desalado entusiasmo. En cuanto hubo este representante comunicado al gabinete de Versa-

lles el acta de independencia americana, supo, por mandato del rey, que S. M. se habia decidido á aceptarla, y á consecuencia de ello, el 6 de febrero de 1778, se firmó en Paris un tratado de amistad y comercio entre ambos estados, con mas, otro pacto de alianza condicional y defensiva.

No pudiendo esperar la corte de Versalles que tales actos de tamaña trascendencia permaneciesen largo tiempo ignorados, tomó el partido de hacerlos comunicar por el marqués de Noaille al gabinete de Lóndres: lo cual venia á ser una declaracion de guerra á la Gran Bretaña. No obstante, sabido es que al decidirse á dar semejante paso, contaba el gobierno francés con las estipulaciones del pacto de familia, para obligar á la España á hermanar sus fuerzas navales con las de Francia; pero Carlos III tenia sobrados motivos de conocer cuán costosa le fuera la guerra anterior con la Gran Bretaña, para avenirse ahora sin estremada repugnancia á secundar las miras del gabinete de Versalles: además de esto, echó de ver que la insurreccion americana servia de muy peligroso y funesto ejemplo á las posesiones del Nuevo Mundo, y que el patrocinar entónces á los independientes traería por resultado tarde ó temprano la pérdida de las colonias españolas: así que, tomó en un principio la firme resolucion de no cometer tan grosero yerro. «Estoy decididamente resuelto, escribia á la gran duquesa de Toscana, á no mezclarme, ni ahora ni mas tarde, en la cuestion de Francia con Inglaterra: quiero acabar tranquilo mis dias, y aprecio demasiado semejante ventura para ir ahora á sacrificarme á una edad por intereses ni opiniones ajenas.»

Sin embargo bien sabia la Francia apreciar debidamente el valor de las determinaciones del monarca español: por lo cual echó mano, en

(1) Carta de Vergennes á Luis XVI, fecha 2 mayo de 1776 (Archivo del cuerpo legislativo.)

aquella ocasion, del mismo medio que empleara Choiseul cuando la estipulacion del pacto de familia, y escribió al efecto el rey de Francia dos cartas á Carlos III, á que contestó no obstante muy friamente el monarca español. Entónces fué cuando notificó el gabinete de Versalles á la Gran Bretaña el tratado convenido con la América, acerca de lo cual no será por demás recordar cómo se explicaba Carlos III en la instruccion reservada que dirigió á sus ministros.

« Nada demuestra mas á las claras el orgullo de la Francia, y sus designios ó proyectos de señorearnos, que lo acaecido cuando la declaracion de la última guerra contra la Gran Bretaña. Despreciando mi parecer, y sin ningun miramiento á los pasos que yo habia dado de antemano, entró la corte de Versalles en un tratado de alianza con los Estados Unidos de América, que cerró sin noticia ni consentimiento mio, á pesar de que se hallaban entónces pendientes las negociaciones para ponernos de acuerdo sobre un negocio tan trascendental que debia al parecer dar por resultado la guerra.

« Tras este primer proceder, pasó la Francia á otro no menos lijero y estremadamente mas inconsiderado, puesto que notificó el tratado sin mi noticia á la corte de Londres, para lo cual debia de haber quedado oculto ó á lo menos dudoso, apresurando, con tan estravagante paso, el rompimiento y la guerra, sin que se hallase en disposicion de sostenerla. Sin embargo á pesar de tan repetidos y aventurados actos, pretendió la Francia que la España se hallaba obligada á unirse con ella para guerrear en fuerza del pacto de familia y de la alianza en él contenida. A la verdad no puede darse mas evidente prueba del espíritu de dominacion que embarga esclusivamente al gabinete francés, pues que sin contar con la España, sin su conocimiento, sin aprobacion suya, quiso arrastrarla á la guerra cual pudiera hacerlo un déspota que gobernara una nacion de esclavos. » (1)

Se ve pues que no estaba todavía convenida la adhesion de la España á la política francesa; pero desgraciadamente, habiendo solicitado la Inglaterra la mediacion de la España, y consentíola Carlos III, dirijéronse á este príncipe algunas proposiciones injuriosas para la Francia, con lo cual renació desde entónces en su alma el espíritu de familia, y por toda contestacion firmó con la corte de Versalles un convenio, el 12 de abril de 1779, en fuerza del cual se comprometia á obrar contra la Inglaterra. Ya arrebatado mas allá de lo que dictan las re-

glas de una sana política, ordenó, en 24 de junio inmediato, al marqués de Almodovar, su embajador en Londres, que presentase un manifiesto inmediatamente, seguido de una declaracion de guerra contra la Gran Bretaña.

Sabido es que los acontecimientos posteriores han justificado los pronósticos del conde de Aranda, en aquella sazón ministro de Carlos III, quien en una importante memoria presajaba al rey, con una fatal presciencia del porvenir, todas las desventuras que debia traer consigo el apoyo concedido á la emancipacion americana. Guiado Carlos III por su natural sensatez, jamás se hizo ilusion acerca de los riesgos que iba á correr en aquella guerra á favor de la emancipacion colonial; pero las espresiones denigrantes de que se sirvió la Inglaterra contra el jefe de su dinastía hirieron su mal entendido pundonor de familia y pudieron mas en él que los verdaderos intereses de su reino. Merced á la liga de los dos príncipes de la casa de Borbon para apoyar la creacion de una república en América, todas las colonias españolas de aquella parte del mundo, escepto Cuba, Puerto Rico y Manila, se han separado violentamente de la madre patria; y á consecuencia de aquella guerra, y de la de Napoleon en 1808, ha perdido la España sus posesiones en el Nuevo Mundo.

Las primeras operaciones navales fueron venturosas para los aliados, pues se apoderaron los Españoles de Pensocola, capital de la Florida, y de la isla de Menorca, mas en breve sucedieron los descabros á aquellos afortunados augurios. La escuadra del almirante D. Juan de Lángara fué batida y derrotada frente á Jibraltar por el almirante Rodney. Para reparar pues este contratiempo y los que padeciera la Francia, todavía mayores, aprestóse en Cádiz un formidable armamento que debia llevar hasta cuarenta mil hombres de tropas de desembarco á las órdenes del jefe d'Estaing.

Mas tan costosos esfuerzos aprovecharon únicamente á la insurreccion americana; pues á pesar de algunos triunfos parciales, debidos al denuedo de los marinos españoles y franceses, la suerte de las armas fué casi por do quiera favorable á la Gran Bretaña. Así que, cuando esta guerra tocó á su término, la España llevó no poca parte en las calamidades de la Francia y suscribió á la afrenta de una paz, cuya conclusion no podian ya retardar por mas tiempo las dos potencias aliadas.

En lo mas encarnizado de las hostilidades, la corte de Londres habia enviado á Madrid al señor de Cumberland, con la mira de continuar allí una negociacion secreta, entablada hacia ya algunos meses con el gabinete español. En esto,

(1) Instruccion secreta comunicada al consejo de estado de Carlos III, y publicada en Paris en 1838, por D. Andrés Muriel.

por el mes de enero de 1781, ofreciéronse como mediadores la emperatriz Catalina II y el emperador José II. Aceptó por su parte la Inglaterra; pero el gobierno francés acertó á suscitar tales obstáculos, que logró al cabo atajar los pasos que se esforzaban en dar las dos cortes imperiales.

El príncipe de Kaunitz, ministro de José, para cortar de raíz toda sospecha y revestir la mediación de los soberanos del Norte de un carácter de halagüeña franqueza, solicitó que se interrumpiese desde luego la negociacion secreta que se seguia en Madrid, y en efecto la corte de Londres llamó á su comisionado Cumberland; pero como la Francia y la Inglaterra rechazasen las bases de paz jeneral, propuestas por el príncipe de Kaunitz, tuvo la Gran Bretaña que dirijirse directamente al gabinete de Versalles, de cuya tentativa de negociacion dió conocimiento el conde de Vergennes al señor de Montmorin, embajador inglés en Madrid, escribiéndole en 18 de abril de 1782: «que habia manifestado á los agentes ingleses que no queria tomar parte en negociacion alguna, si ya no fuese con noticia y consentimiento de S. M. Católica.» Así pues ya desde la segunda entrevista que medió entre los ministros franceses y el señor de Grenville, enviado inglés, se llamó al conde de Aranda para que tomase parte en la negociacion. En 21 de octubre siguiente, envió el gabinete de Versalles un proyecto de acomodamiento y como se enviaron á Grenville poderes mas ilimitados, renováronse las conferencias bajo las bases propuestas por el conde de Vergennes, sin que alterase en nada las principales disposiciones el malhadado combate de Santo Domingo, tan aciago para la Francia.

Avínole al de Vergennes lo que á Choiseul en la negociacion de Fontainebleau: y fué, que despues de haber cifrado todas las esperanzas en la alianza española contra la Inglaterra, esta union vino á ser por el contrario un nuevo obstáculo para obtener la paz.

Exijia el gabinete de Madrid la devolucion de Jibraltar, y los Ingleses al parecer se hallaban inclinados á concederla; pero reclamaban por ella muy crecido precio, pues pedian en cambio nada menos que la isla de Menorca, la Florida occidental, las islas de Bahamá, la cesion de Puerto Rico ó la restitution de la Dominica y la cesion de la isla de Guadalupe. Difícil, si no imposible, era pues el avenirse, y parecia ya inevitable el rompimiento de las negociaciones, pero á tiempo renunció la España al recobro de Jibraltar, y le cedió la Inglaterra la isla de Menorca y las dos Floridas.

Al conde de Aranda debe pues la España la pérdida definitiva de Jibraltar. Cuando el de

Vergennes le dió conocimiento de las nuevas propuestas de la Inglaterra, permaneció aquel diplomático español por espacio de media hora con los codos apoyados en la chimenea del gabinete del ministro francés, y despues de tan larga meditacion, prorumpió al cabo en estas palabras. «Hay lances en que es preciso saber sacrificar su cabeza por la patria: acepto las dos Floridas en vez de Jibraltar, aunque sea esto contrario á mis instrucciones y firmo la paz» (1).

Esta renuncia á tan importante porcion del territorio español fué el resultado de un doble error. Imaginóse el de Aranda que bastaba con tener numerosas y fuertes escuadras para bloquear el estrecho y señorear otra vez á Jibraltar, y que por otra parte convenia impedir á la Inglaterra que adquiriese posesiones que pudiesen facilitarla el amagar al comercio español. Sin embargo este era el mismo ministro que, con sagacidad tan poco comun, indicó el peligro que corriera la España protejiendo la insurreccion americana y presajió, como inevitable resultado de este socorro, la pérdida de las colonias españolas; pero por esta vez faltó su raciocinio y dejó perder la ocasion de recobrar Jibraltar; posteriormente la España ha ido perdiendo una tras otra, cual lo pronosticaba el mismo en su memoria á Carlos III, todas las posesiones que hubieran podido darse en cambio de aquella plaza.

Al fin se firmaron los preliminares en 12 de junio de 1783; y sobrevinieron algunas dificultades en los últimos pormenores, que retardaron aun la conclusion del tratado definitivo hasta el 3 de setiembre inmediato (2).

Así que, en menos de veinte años, ilusionada la Francia con el aumento de fuerzas que á su parecer debia traerle la alianza de dos príncipes de la misma dinastía, se lanzó á la empresa de desastrosas guerras, que á buen seguro hubiera evitado en todo otro sistema político. Por su parte Carlos III, dominado por los lazos dinásticos y llevado de una política orgullosamente dominante, se empeñó tambien en guerras que interiormente desaprobaba y cuyas aciagas consecuencias recayeron sobre la España, aunque es sabido que aquel monarca se doble-

(1) Despues de firmada esta paz, presentó el conde de Aranda á Carlos III la famosa memoria en que presajaba la infalible pérdida de todas las colonias españolas, como resultado del reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos, y proponia abandonarlas haciendo de ellas tres monarquías, á saber, el Perú, Méjico y la Costa firme, colocando en estos tres nuevos solios tres infantes de España. (La España bajo los Borbones, tomo 6.º, p. 45).

(2) Flassan, t. VII, p. 350.

gaba á duras penas y hasta con horror á la fatalidad que le ahorraba á los destinos de la Francia, y que el yugo, con que abrumaba á la España la corte de Versalles, se hacia ya intolerable al hijo de Felipe V, en la segunda jeneracion de los reyes de la dinastía francesa.

Recordemos sino los términos en que se esplicaba Carlos III, un año antes de su fallecimiento, en las instrucciones dirigidas á su consejo :

« Art. 304 y siguientes : La Francia ve y conoce toda la utilidad de nuestra alianza, y orgullosa de su poderio, pretende y pretenderá siempre sacar de la España todas las ventajas imaginables para acrecentar y estender su comercio, dirigiéndonos como á una potencia subalterna y dependiente: en cuantos proyectos y guerras pretenda llevar á cabo, hará todos los esfuerzos posibles para disminuir y aun estancar el engrandecimiento de nuestra pujanza y la prosperidad de la España, á fin de no tenerla por rival y de que no le sea lícito sacudir el yugo que quiere y afecta hacer pesar sobre nosotros. Tales son los puntos principales de la política francesa, contra los cuales conviene precaverse.

« La cuestion comercial exige grande atencion. Es preciso no conceder nada absolutamente á las importunas instancias con que nos ostiga y nos ostigará de continuo la nacion francesa, puesto que nunca nos ha dado ni dará una verdadera compensacion.

« Los Franceses han tenido la extravagante pretension, en el comercio, de asemejar su pabellon al nuestro en cuanto ha sido dable, y en verdad que no puede ya llevarse mas al extremo el ansia de señorearnos.

« Si debemos vivir siempre alerta en materias comerciales, no debemos estar menos á la mira para que no nos arrastre la Francia en su corriente en todos sus proyectos y guerras, considerándonos á fuer de una potencia subalterna sometida á su mando y de la cual puede disponer á su antojo.

« Para endulzar el aire de dominacion que pretende la Francia ejercer en nosotros, cacara siempre en su lenguaje político las ventajas de nuestra union, sentando así por principio que debemos comunicarnos mutuamente nuestras intenciones: pero estas máximas, de suyo excelentes, pasan á ser perniciosísimas, merced á los manejos de la Francia, que quiere siempre dirigir todos nuestros asuntos y se entromete en todo cuanto hacemos, con el bien entendido que ella nos oculta cuanto puede sus deliberaciones, fingiendo ser árbitra de las nuestras.

« Y si debemos tener gran cuidado en que la Francia no nos domine y arrastre, á medida de

su deseo, al empeño de ruinosas guerras, tampoco podemos olvidarnos de celar que no contrarestes los progresos de la España en su comercio, navegacion é industria. La Francia quiere tenernos bajo su férula, á fin de ponernos en necesidad de buscar en ella un apoyo á nuestra endeblez. Sirvanos pues de guía esa máxima del gobierno francés, puesta ya en práctica y de que tantas veces hemos hecho experiencia, para calar así sus intentos en todos los negocios que tengamos que ventilar con ella.

« La Francia es la mejor vecina y aliada que pudiera encontrar la España, pero es tambien nuestra mayor, mas terrible y mas peligrosa enemiga. Debemos estarlo avizor con respecto al porvenir, ya que en el siglo anterior nos hizo perder la Francia el Rosellon, la Borgoña, el Franco-Condado, el Portugal, los Países Bajos y á poco mas toda Cataluña (1). »

Vengan pues tras esas quejas del hijo de Felipe V á cacarearnos las ventajas de los lazos dinásticos y los beneficios de la influencia material de la Francia en nuestra nacion. Bien conocido está que ese sistema no ha servido mas que para escitar odios, despues de haber acarreado incalculables males á entrambos países.

Y á la verdad si Fernando VI y Carlos III fueron poco sensibles á los nudos de familia que los ligaban con la rama primojeñita de los Borbones, si conocieron por el contrario todos sus inconvenientes y se decidieron á tolerarlos aunque por debilidad, sin embargo con impaciencia; no es decir que el infortunio de Luis XVI, conmoviese mucho mas afectuosamente el corazon de Carlos IV. Bien es cierto que este monarca accedió á la famosa declaracion de Mantua del 20 de mayo de 1791, y acabó por romper abiertamente con la republica francesa despues de haber intercedido infructuosamente por Luis XVI y ofrecido su neutralidad por precio de la vida del rey; pero ello es que, á consecuencia de la malhadada campaña de 1794, el gabinete de Madrid solicitó la paz y reconoció la república francesa, la cual le devolvió las plazas y países que le arrebatara sus ejércitos, y cuando mas tarde se organizó la segunda coalicion, despues de la paz de Campo Formio, la España se negó á formar parte en ella.

Nos vamos ya acercando á una época contemporanea en que se hacinan los acontecimientos y los tratados se tocan: examinaremos pues los que durante ella se han cerrado entre Francia y España.

Comienza la serie de tan desastrosas estipu-

(1) Inst. reserv. pasada al consejo de estado por orden de Carlos III, en 1787. Publicada en Paris en 1838 por Muriel.

laciones el tratado de Basilea de 22 de julio de 1795, en que se cedió á la Francia la parte española de la isla de Santo Domingo.

Al año siguiente, en 18 de agosto de 1796, firmóse otro convenio en San Ildefonso, por el cual se comprometia la España á procurar á la Francia quince buques de línea, seis fragatas y cuatro corbetas armadas y equipadas para seis meses; y además segun el artículo 5.º, tenia que aprontar, en cuanto lo exijiese su vecina, diez y ocho mil infantes y seis mil caballos, mantenidos todos á costas propias.

Sucedió pues que, á consecuencia de este tratado, se halló desde luego la España empeñada en una guerra contra la Gran Bretaña, durante la cual se apoderaron los Ingleses de la isla de la Trinidad, cuya posesion les aseguró mas y mas el tratado de Amiens; pues Bonaparte recompensó los sacrificios que costara á la España aquella malhadada guerra que le acarreó la Francia, cediendo la isla de la Trinidad, sin consultar siquiera á Carlos IV; al modo que Luis XVI habia en otra ocasion firmado la alianza con los Estados-Unidos, comprendiendo en ella á la España, sin pedirle siquiera consejo á Carlos III.

Cuando se presentó en el congreso de Amiens el embajador español Aranda, ni aun le fué lícito entablar una discusion acerca de este punto, resuelto ya bruscamente por el primer cónsul en los preliminares firmados de antemano en Londres. Así fué cómo se pagaron á la España los gastos de una guerra á que la arrastraron la alianza francesa y el tratado de San Ildefonso.

En 1800 se habia cedido á la Francia la Luisiana, con expresa condicion de que, en caso de que quisiese en algun tiempo ceder esta posesion, daria la preferencia á la España; pero Bonaparte la vendió dos años despues á los Estados-Unidos por la suma de ochenta millones de francos, sin dar ni siquiera noticia de ello á Carlos IV.

En octubre de 1803 exigió Bonaparte el cumplimiento del tratado de San Ildefonso, bajo una forma diferente, es decir, que tuvo que pagarle la España, en vez del contingente de tropas y fuerzas navales estipulado, un subsidio mensual de veinte y dos millones de reales, á lo que se avino el monarca español.

En 1805, victima siempre la España de la alianza francesa, vió perecer toda la flota en la batalla de Trafalgar, de cuyo golpe mortal no ha acertado todavía á rehacerse la marina española.

Intentando despues Bonaparte guerrear en el norte de Europa, pidió á la España, en 1.º de marzo de 1807, la ejecucion del tratado de San Ildefonso; pero por esta vez fué en la forma

primitiva, y exigió el contingente de tropas allí estipulado. No le cupo al gabinete español mas que someterse, y desde aquel punto se dirigió el ejército mandado por el marqués de la Romana, á donde quiera que le designó su puesto la voluntad de Napoleon.

En esto, el ascendiente imperioso y absoluto que tenia Godoy en el ánimo del rey, su insaciable codicia, sus costumbres, su vida toda le acarrearán el odio universal; tolerábase difícilmente el espectáculo de semejante escándalo en derredor del trono, y al cabo se trató de ponerle coto. El príncipe de Asturias fué el instrumento de que se juzgó oportuno echar mano para derrocar la ilimitada pujanza del privado; y una conspiracion, fraguada en 1807, dió lugar al arresto del príncipe y al tan famoso proceso del Escorial, cuyos detalles jamás han sido perfectamente conocidos, acacimientto por cierto que merece mas bien el nombre de intriga palaciega que el de conspiracion; sin embargo el favorito y la reina lo hicieron muy público y le dieron mucha importancia, con la mira de desacreditar al heredero del trono.

Desde el tratado de Basilea imaginaba el príncipe de la Paz los medios de dar á su poderio un apoyo imponente, y al cabo creyó encontrarlos en la política de la Francia, por lo cual se decidió á sacrificarlo todo á esta gravosa alianza.

Por su parte Napoleon alimentaba allí en sus adentros, ya desde mucho tiempo, proyectos dinásticos con respecto á la España y Portugal, y creyó llegado el instante de plantearlos luego despues de la paz de Tilsitt; comenzó pues por exijir á la España un cuerpo de ejército de diez y seis mil hombres, que no le fué difícil obtener del privado que reinaba bajo el nombre de Carlos IV.

Empero, á pesar de esa voluntad de hierro ante la cual debia todo doblarse, no juzgó Napoleon que debiera atacar á la España por medio de una declaracion de guerra. Poco escrupuloso en los medios, nada solícito de la opinion pública jamás le faltaban pretestos, y apenas se acierta á concebir cómo tan vasto número haya podido echar mano tan á menudo de los mezquinos y culpables partos del engaño y la endeblez.

Embargados y confusos estaban todavía los ánimos por lo del proceso del Escorial, cuando llegó de repente un correo francés, portador de un tratado concluido en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807, firmado por D. Eujenio Izquierdo, como plenipotenciario de S. M. C. y por el jeneral Duroc á nombre del emperador, y del cual no habia tenido de antemano el ministerio español la menor noticia.

En virtud de él, se enseñoreaba Napoleon de Portugal, cuyo reino debia dividirse en tres

principados: el primero de los cuales, formado de las provincias de entre Duero y Miño, pasaba á S. M. el rey de Etruria, quien tomaba el título de rey de la Lusitania septentrional y cedía en toda propiedad al emperador el reino de Etruria.

Los Algarbes y el Alentejo se cedían en propiedad soberana al príncipe de la Paz, que debía tomar el título de príncipe de los Algarbes.

Las provincias de Beira, Estremadura portuguesa y demás quedaban en depósito en poder del emperador hasta la conclusion de la paz general.

En fuerza del artículo 2.º, Napoleon *salía garante* al rey de España de la posesion de sus estados al mediodía de los Pirineos.

En un convenio particular se disponía la entrada en España de veinte mil infantes y tres mil caballos de tropas francesas que tenían que reunirse con ocho mil soldados españoles de infantería, tres mil de caballería y treinta cañones y marchar juntos á conquistar el Portugal. Además iba á organizarse en Bayona un cuerpo de reserva de cuarenta mil hombres, que no debía entrar en España sino por comun voluntad de entrambas potencias contratantes.

Muy presto empero no les quedó ya duda ni á Carlos IV ni á su privado de la tormenta que tronara sobre sus cabezas; sobrado débil el monarca y harto vil el ministro para tomar una actitud imponente, habian dejado penetrar las tropas francesas hasta el corazon de la España y hasta ordenado que se les dispensase la mas cordial acogida. Sin embargo se correspondió á tanta humillacion con la mas ominosa mala fe. Sobrepretexto de la seguridad del ejército francés, los jenerales que lo mandaban se apoderaron, por sorpresa y en cumplimiento de las órdenes del emperador, de las fortalezas de Pamploua, San Sebastian, Figueras y Barcelona.

Ya mas tranquilo sobre la suerte de su ejército, mediante ese brusco emposesionamiento juzgó Bonaparte que era ya tiempo de soltar la máscara, y en efecto escribió en tono muy áspero á Carlos IV, é hizo salir á Izquierdo, signatario del tratado de Fontainebleau. Llegado á Aranjuez, fué Izquierdo recibido en la presencia del rey, y de resultas de esta entrevista circularon los primeros susurros acerca del proyecto que se achacaba á la familia real de embarcarse para Méjico, á ejemplo de la casa de Braganza que habia abandonado Lisboa para trasladarse al Brasil. Apresuróse la familia real á sofocar aquella voz; pero la sola idea de esa marcha hizo reventar una explosion, cuyo jermen fermentaba ya hacia largo tiempo y que estalló de repente en Aranjuez del modo mas inesperado, en 17 y 19 de marzo. Sus consecuencias fueron in-

mensas: el rey Carlos IV abdicó á favor del príncipe de Asturias, que tomó el nombre de Fernando VII. y el privado del anciano monarca, desplomado de la cumbre de su pujanza, acortó á duras penas á libertarse del furor popular, y fué encarcelado.

Apenas llegó la noticia de este extraordinario acaecimiento, que tantos y tan vergonzosos cálculos desconcertaba, á oídos de Murat, comandante en jefe del ejército francés, á quien envió Carlos IV un grande de España para comunicársela, hizo este jeneral adelantar tropas hasta Madrid, en donde entró pocos dias despues, y reprobando altamente cuanto acababa de suceder, declaró que no le era dado reconocer á Fernando VII hasta haber recibido para ello autorizacion competente del emperador, por lo cual no entraria en relaciones oficiales con quien no fuese Carlos IV.

Por su parte envió Fernando VII una diputacion de tres grandes de España al emperador, para comunicarle su advenimiento al trono. Salió en seguida de Aranjuez é hizo su entrada en Madrid, donde fué recibido con acendrado entusiasmo. Desde luego trató Murat de poner en movimiento cuantos resortes creyó oportunos para alejar al joven monarca de aquel centro de afeccion, á cuyo efecto empezaron ya desde entonces los agentes franceses á esparcir la noticia de la próxima llegada de Napoleon á Madrid, la cual tomó al punto tal incremento que hasta se dieron órdenes para la recepcion del emperador. Además de esto, Murat y el embajador francés hicieron cuanto estuvo de su parte para decidir á Fernando á que enviase al infante D. Carlos á recibirle y aun á que saliese á su encuentro él mismo en persona, y aunque se negó Fernando á darse semejante martirio, fué sin embargo su resistencia tan en extremo débil que lo avivó así todavía mas. En esto, mientras se empeñaban esos debates, llegó el jeneral Savary en clase de enviado extraordinario de Napoleon.

Concediósele al punto una audiencia, en la cual manifestó que su única mision era averiguar simplemente si los sentimientos de S. M. Católica para con la Francia serian idénticos á los del rey su padre, en cuyo caso aprobaria el emperador todas las mudanzas acacias y reconoceria por rey de España á S. M. C. Anunció al propio tiempo el enviado imperial en aquella sesion la próxima llegada de su señor.

La endeblez de Fernando, ya casi rematada por la resistencia que opusiera á las intrigas de Murat, debió de sucumbir á tan poderosas instancias. En balde trataron los ministros de contrarrestar la determinacion á que le arrastraban los agentes franceses; pues al cabo se decidió el monarca á emprender el viaje en compañía del

mismo emisario que tan á sabiendas le engañaba acerca de los intentos del emperador, y que le aseguraba mentidamente que este se hallaba ya en Búrgos. Partió en efecto el nuevo rey, bien que nombrando antes un consejo de rejencia presidido por su tío el infante D. Antonio.

Ya alejado de la capital contra el parecer de los ministros y los votos del pueblo, no le fué posible detenerse. La misma flaqueza, la idéntica perfidia que le condujeran hasta Búrgos, le arrastraron despues hasta Vitoria, donde se separó de él el jeneral Savary. No tardó en propagarse la nueva de la llegada del emperador á Burdeos y de su viaje hácia Bayona: tratóse pues de los preparativos para la marcha de Fernando, que ocasionaron la esplosion del descontento del pueblo, el cual se aferraba en desviar al rey de la aciaga resolucion de entregarse á manos de su cuemigo. Varias notabilidades de la ciudad se ofrecieron á arrebatarle y conducirle al sitio donde se juzgase mas al abrigo del ejército francés, mas todo fué inútil; que el infante D. Carlos desde Tolosa se adelantó hasta Bayona y no tardó Fernando en seguirle.

Llegado que hubo al territorio francés, salióronle al encuentro los tres grandes que enviara al emperador, quienes le confirmaron en las terribles reflexiones que embargaban su ánimo desde que habian salido de España: y apenas instalado en el castillo de Marrac, presentóse el jeneral Savary, ciego instrumento de las resoluciones del emperador, así en Madrid como en Vincennes, á anunciar al demasiadamente crédulo monarca que Bonaparte decretaba la espulsion de los Borbones del trono de España.

Atónito quedó Fernando á tan inesperada revelacion, y acompañáronle en su asombro todas las personas de su comitiva, pues á pesar de su justa desconfianza acerca de las intenciones del emperador, no habian previsto sin embargo semejante desenlace.

Bien es verdad que se pretendió justificar hasta cierto punto ese ominoso atentado por medio de conferencias, á cuyo objeto se encargó al señor Champañi que entrase en negociaciones con D. Pedro Cevallos. Pero este ministro español afecó con denuedo é indignacion la infame alevosía con que se habia engañado al rey, declarando que el mismo Fernando, aun queriéndolo, no podria renunciar á la corona en favor de nadie, quien quiera que fuese, sin manifiesta violacion de las leyes del reino: que solo á la nacion *reunida en córtes* fuera dado disponer de la corona. Sucedió pues que el emperador, para quien se hacia intolerable toda suerte de oposicion, se indignó al pronto contra Cevallos hasta el extremo de llamarle *traidor*, pero calmándose en seguida algun tanto, acabó por decirle: «Yo

tengo acá mi política peculiar, y creedme, vos debéis adoptar otras ideas mas liberales, tener un pundonor menos quebradizo y no sacrificar la prosperidad de la España al interés particular de los Borbones.»

Como estuviese ya disgustado de D. Pedro Cevallos, Bonaparte pidió su reemplazo, por lo cual decidieron al canónigo Escoiquiz á avistarse con Champañi; mas esta entrevista fué del todo infructuosa. Comisionado en seguida D. Pedro de Labrador por el rey de España para tratar con los ministros del emperador, tampoco fué mas feliz en su empresa, y sus conferencias hicieron tan solo que se tratase á Fernando como á prisionero.

Como quiera, para consumar el atentado, obligó Napoleon á toda la familia real á trasladarse á Bayona con el príncipe de la Paz. Allí se forzó á Fernando á una reabdicacion en favor de su padre, y en seguida se precisó al anciano monarca á abdicar á su vez en favor del emperador y á exijir á sus hijos y hermano una cesion de todos sus derechos á la corona. Ya que se hubo completado esta obra, no sin oprobio de sus autores y de sus víctimas, dejó Bonaparte el teatro de tantas y tan inicuas fechorías, legando á la desventurada familia real los duelos y una cárcel, en indemnizacion de tan inconcebible felonía. Carlos IV, la reina, el infante D. Francisco y el privado fueron conducidos á Marsella, y de allí pasaron mas tarde á Roma, mientras que se encastillaba á Fernando VII y á los infantes D. Carlos, su hermano y D. Antonio su tío en la quinta de Valençay, cuyas puertas acertó tan solo á franquearles la invasion de 1814.

Tal fué la catástrofe de ese drama singular, cuyo objeto, medios y ejecucion forman por cierto un tejido de intrigas indignas de un hombre grande, y acusan el mas aciago olvido de toda moral política. Jamás se vieran ultrajados de un modo mas atroz el honor y dignidad de hombre y de rey. Mas no quiso el cielo que tamaño atentado quedase impune y la nacion española tomó de él noble venganza. Su denodada resistencia comienza á disipar la májica aureola que brillara en derredor de las huestes invencibles del imperio: cansáronse tambien otras naciones de verse tratadas á fuer de ilotas (1), y tantos embates aunados triunfaron al fin del mas descollante jenio de nuestros tiempos, de ese hombre que, pudiendo hacerlo todo, nada hizo para el porvenir.

En esto, sabedor el consejo de rejencia que quedara en Madrid, de cuanto acaeció en Bayona, consiguó hacer llegar á manos del cautivo mo-

(1) Esclavos de Lacedemonia.



marca una consulta acerca del plan que debiera abrazar en adelante, preguntando entre otras cosas *si tenia que convocar córtes*; á lo que contestó el rey en 5 de mayo de 1808: «que, como quiera, que espatriado cual estaba no le era dado obrar por sí; era su real voluntad que se convocasen las córtes en el sitio mas seguro.»

Poco tiempo despues probó Napoleon á dar algun viso de legalidad á su escandalosa usurpacion; para lo cual imaginó reunir una como *asamblea nacional* para validar la abdicacion del rey y de los príncipes de la familia real, pero sucedió que los miembros que componian aquella informe asamblea no acertaron á avenirse, y tuvieron al fin que separarse despues de haberse ocupado por un momento en una constitucion sobre que fué imposible deliberar mas largo tiempo, á causa de los acaecimientos extraordinarios que sobrevinieron allende los Pirineos.

Ahora bien: ¿cuál fué la idea que indujo á Napoleon á embestir á la España? Seguramente movióle á ello, mas que la conquista de la Península, el vuelco total de la dinastía reinante; y era que sentado en el solio de un Borbon, no acertaba á contemplar tranquilo cual reinaba otro Borbon á las puertas de Francia. Prueba de ello es que entrara ya antes triunfante en Berlin y Viena sin que pensase siquiera en destronar al rey de Prusia, ni al emperador de Austria, ni á ninguno de los reyezuelos de Alemania; mas sí lanzó del trono desde luego á los Borbones de Nápoles y de Parma.

Fuera de toda duda queda por consiguiente que la cercanía de un príncipe de la casa de Borbon fué la que acarreó á la Península las desventuras de 1808; y que á no haber mediado aquella circunstancia, no hubiera tenido que sostener la Francia aquella guerra que tan aciaga le ha sido. La obra de Luis XIV parecióle á Napoleon digna de copiarse, y al paso que iba desbaratándola trató tan solo de imitarla: pero á la verdad fué menos feliz todavía que Luis XIV; pues si la guerra de sucesion condujo á este hasta el borde del precipicio, la de la independencia fué el golpe de muerte del poderío imperial. El denuesto y entusiasmo de los Españoles desconcertaron aquel vasto plan dinástico, cuyo principal objeto, así en 1808 como en 1700, no fué otro que el de aherrojar á la España mediante un lazo de familia: parecióle obvio á Bonaparte el formarlo; mas los Españoles lo quebrantaron, no sin aplauso de la Europa entera, que comenzó á vislumbrar su propia salvacion en tan heroica resistencia.

Sin embargo aquel hecho portentoso, bien así como los incalculables sacrificios que costara, fueron del todo infructuosos para la España en

el dia del triunfo: pues si bien las potencias aliadas ensalzaron hasta las nubes los gloriosos esfuerzos de los Españoles durante la guerra contra Napoleon, no obstante, ya alcanzada la victoria, el congreso de Viena trató á la España á fuer de una potencia subalterna. Se echó en olvido que habia hecho mas que otro pueblo alguno, y el plenipotenciario español se vió humillantemente desdeñado por los monarcas reunidos en Viena.

El tratado firmado en Paris á 30 de mayo de 1814 por Francia, España, Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, Portugal y Suecia dejaba varias cuestiones que ventilar en un futuro congreso jeneral; á cuyo efecto prevenia que las potencias signatarias debian enviar á Viena sus plenipotenciarios dentro del término de dos meses.

Mas sucedió que en cuanto se hallaron allí reunidos los de Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia, determinaron, en sesion de 22 de setiembre que resolverian por sí solos el reparto de las provincias disponibles, en fuerza del tratado de Paris, y que solo, en vista de lo por ellos acordado, se admitiria á la Francia y á la España á dar su parecer y presentar sus objeciones.

Pretendia el señor de Talleyrand que se formase una junta jeneral de todos los plenipotenciarios que se hallaban presentes en el congreso; pero los aliados rechazaron semejante propuesta, y al cabo se convino en que se arreglaria una comision directiva, compuesta de las ocho potencias signatarias; en fuerza de lo cual se admitió á la España en la indicada comision y se abrió el congreso en 1.^o de noviembre de 1814.

Desgraciadamente la eleccion de representante hecha por Fernando VII recayó en el sujeto menos á propósito para discutir intereses tan arduos y complicados, cuales los que tenian mission de conciliar los hombres mas descollantes de toda Europa, reunidos en el congreso de Viena. En efecto, D. Pedro Gomez de Labrador carecia absolutamente de las dotes indispensables para llenar el cargo diplomático que se le cometiera. De carácter activo y en extremo sentido, y tomando por verdadera dignidad la afectacion en los modales, no tardó en chocar con los plenipotenciarios mas influyentes y contribuyó no poco con la aspereza de su porte á empeorar mas y mas la posicion de la España en el congreso de Viena, donde se la trató sin el menor miramiento, á pesar de los eminentísimos servicios que prestara á la coalicion contra la Francia.

Preguntó la Inglaterra al plenipotenciario español si cabia esperar que el rey de España consintiese en abolir desde luego el tráfico de negros, y como contestase el señor de Labrador que con dificultad se podria tomar semejante

medida antes de ocho años por lo menos, reserváronse la Inglaterra y las demás potencias la facultad de recurrir á la via de la negociacion para empeñar á la España á disminuir este plazo, y en 8 de febrero de 1815 las ocho potencias determinaron, en principio, la abolicion del tráfico, salvo á cada una de ellas el derecho de fijar la época en que debía cesar.

El Portugal reclamó la restitution de Olivenza y su distrito, cedidos por el tratado de Badajoz en 1801, mas como se negase á ello la España y reconociese por otra parte el congreso la justicia de la reclamacion, comprometiéndose este, por acuerdo jeneral de 9 de junio, á emplear todo su influjo para con la España á fin de conciliar este altercado y procurar que se restituyese aquel territorio á los Portugueses, quienes cansados al cabo de la resistencia de los Españoles, ocuparon á Montevideo y la colonia del Santo Sacramento en cambio de Olivenza.

Cuando se supo en Viena la noticia del desembarco de Napoleon en Frejus, votaron unánimemente todas las potencias signatarias una declaracion en que se escuía á aquel ex-emperador de toda relacion civil y social, y como se deja suponer, firmóla tambien el plenipotenciario español. Cerróse despues un nuevo tratado de alianza entre las potencias congregadas en Viena á 25 de marzo de 1815; al cual se avino la corte de Madrid, bien que con la condicion de que seria en adelante admitida en el tratado y demás actos ulteriores como parte principal, pero habiéndose rechazado esta pretension, hizo sus preparativos militares á parte, aunque á decir verdad, no acertó á reunir un escaso ejército, ni á llevarlo hasta las fronteras de Francia, sino despues de firmada ya la capitulacion de Paris.

Tomadas que fueron las mas enérgicas medidas para invadir otra vez la Francia, volvió el congreso de Viena á su interrumpida tarea. Por su parte la corte de Madrid emprendió de nuevo la negociacion, relativa á los derechos del infante D. Carlos Luis, hijo de Luis I, sobre la Toscana. Ya en 22 de noviembre de 1813 habia entregado el señor de Labrador al príncipe de Meternich una memoria en que se esplanaba de un modo claro y terminante la justicia de las reclamaciones hechas por la España, y como tornase ahora el plenipotenciario español á insinuar algo al de Meternich con muy poca mesura, este ministro cortó en seco toda discusion ulterior en estos términos: « El asunto de Toscana no puede ser objeto de una negociacion; es lo sí, de una guerra. » No le quedaba á la España mas arbitrio que someterse, y en efecto, de fuerza ó grado se sometió. El infante, en vez de adquirir inmediatamente los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, cuya reversion se le con-

cedió solo para despues de la muerte de la archiduquesa Maria Luisa, y mientras llegaba este caso, tuvo que contentarse con aceptar el principado de Luca y una indemnizacion de 2.000.000 de reales anuales, pagaderos hasta el dia en que entrase en posesion del ducado de Parma.

Cuando el 9 de julio de 1815 se firmó el acta jeneral que terminó los trabajos del congreso, negóse á aprobarla el plenipotenciario español, acabando así de poner el sello con este dislate á cuantos llevaba ya cometidos en tan importantes circunstancias. Y á la verdad nadie desconocerá que el principal interés de la España estaba en continuar figurando en el congreso, cosa que podia fácilmente conseguir con solo aprobar el acta en todo aquello que no hacia relacion á lo del ducado de Parma, y de la cesion de Olivenza: pero no fué así; sino que llevado Don Pedro Lopez Labrador de su jenie intratable, prefirió no adherirse á nada absolutamente, escluyendo así á la España, por medio de una negativa chocante en su forma y nula en el fondo, de toda intervencion en las negociaciones que establecieron el nuevo derecho público de la Europa.

Tras veinte y cinco años de cruenta lucha, al cabo brilló la aurora de una paz universal, y en verdad que puede con justicia vanagloriarse la España de la inmensa parte que tomara en tamaños acontecimientos. Víctima desde 1667 de la aciaga condicion del *væ victis* que esa Francia, su afortunada rival, le impusiera en toda su fuerza, sus pérdidas territoriales escedian ya en mucho á las de las potencias mas maltratadas por aquella misma nacion. Bien es verdad que á haber sido dirigida por un gobierno dotado siquiera de una mediana intelijencia y de algun viso de dignidad, hubiera hecho prevalecer sus derechos á un acrecentamiento de poder y territorio, ó alcanzado á lo menos compensaciones efectivas de los heroicos sacrificios que prestara á la causa jeneral: pero ¿qué cuidado se les daba en Madrid del honor é intereses de la nacion, ni del restablecimiento de la influencia española en el extranjero? Enteramente absorbida la atencion de Fernando por la reaccion interior contra cuantos realzaron el nombre español del anonadamiento en que le hundiera el gobierno anterior á 1808, ocupábase solo en vengar á los hombres que le habian conservado la corona, y creia que nada le quedaba ya que hacer por su propia dignidad ni para la ventura de sus súbditos.

Las pocas transacciones diplomáticas de alguna trascendencia, verificadas durante el reinado de Fernando VII, se resienten ostensiblemente del estado de endeblez, anarquía é incapaci-

dad de aquel gobierno tan violento en el interior.

En un tratado, firmado con el rey de Nápoles, el 15 de agosto de 1817, abandonó Fernando cuantas ventajas existían todavía en favor de los Españoles.

Vino después el incalificable tratado con la Rusia para la venta de algunos buques, que conducidos á Cádiz por el almirante ruso Muller, y visto que se hallaban inservibles, no por esto dejaron de ser admitidos y pagados: bien es verdad que corrido sobremanera el emperador Alejandro de las reclamaciones que por do quiera se elevaron contra los buques enviados á España, le hizo después á esta nación un regalo de tres fragatas. Con todo tan usurario negocio, obra de la camarilla no dejó de reportar, según dicen, sus provechillos á los que en él intervinieron.

Había el gobierno del Brasil ocupado militarmente la plaza de Montevideo, de la que expulsó á los independientes de Buenos Ayres, y ofreció después á la España volverla á poner en posesion de aquella colonia, mediante el reembolso de los gastos de ocupacion. Cometiéndose este asunto al arbitrio de cinco grandes potencias y señalándose para sitio donde ventilarla la ciudad de París; pero el gobierno de Madrid manifestó, en la discusion de sus intereses, tan grosera incapacidad, que las potencias mediadoras se vieron en la precision de decretar que Montevideo permaneciese provisionalmente en poder de Portugal.

En otro tratado de 22 de febrero de 1819, cedió la España á los Estados Unidos las dos Floridas, y en 17 de febrero de 1834, firmó un nuevo tratado de indemnidad con aquella potencia cuyas reclamaciones ascendían á sumas considerables.

Fáltanos ya tan solo la intervencion de 1823. El interés que afectó la restauracion por Fernando VII no fué ciertamente mas que el pretexto de aquella invasion, cuyo verdadero objeto era restablecer allí la dominacion francesa; quimera en pos de la cual están condenados á desalarse todos los gobiernos de Francia. He contestado ya en esta obra al conde de Chateaubriand: no repetiré pues lo que tengo indicado, pero si diré que el resultado nos ha hecho ver que la restauracion no acertó á realizar ese sueño de influencia material, al modo que Luis XIV y Napoleon se estrellaron tambien en semejante propósito.

Los escritores y oradores legitimistas, sobreviviendo á la restauracion de que son representantes, renuevan á cada paso sus lamentos por que no ven á la España bajo la dominacion francesa, y proclaman á D. Carlos como á representante de los intereses de la Francia (1). Si esto fuese así, bastaría por sí solo este hecho, aun cuando faltasen otros títulos para justificar la espulsion del pretendiente: pues á la verdad el soberano de una gran nacion, reducido á hacer el papel de representante de una potencia extranjera, fuera un ente envilecido y despreciable, una calamidad para el pais en que reinase; y esos mismos legitimistas, que tan sentidos se muestran con respecto á la Inglaterra, cuando se trata del poderío de la Francia, bien pudieran siquiera tolerar que conservásemos tambien acá nuestro poco de nacionalidad. « La preponderancia de la Francia y la Inglaterra sobre la Península, decia el señor Dreux Brezé en la cámara de los pares á 6 de enero de 1840, no puede ser objeto de un reparto entre esas dos potencias, la España debe ser una de dos, ó francesa ó inglesa. »

Pues bien precisamente para evadirnos de tan funestas influencias, para dar un mentís á tanta blasfemia, hemos expulsado á D. Carlos; por esto hemos hecho una revolucion. Para no ser franceses ni ingleses, sino con mucho orgullo puramente españoles, acabamos de reconquistar nuestra antigua ley de sucesion y nuestras libertades; y mal que les pese á todos los absolutistas del orbe, sabremos consolidarlas.

El pueblo francés libre, y mágnanimo, ha celebrado jenerosamente nuestra resurreccion política, repudiando allá esas ridículas tradiciones de una política envejecida. El quiere, cual nosotros queremos, la alianza de todos los pueblos: la de Francia y España es una ley de la naturaleza, y es fuerza que se realice para la ventura de entrambas naciones. No hay un solo Español que no la apetezca con toda la efusion de su alma. Una vez hermanados ambos pueblos, podrán decir con razon: « ya no hay Pirineos. » Entonces este dicho será una verdad; pero con un pueblo aherrrojado no cabe alianza; á un pueblo oprimido se le compra, se le vende. Tal ha sido la suerte de la España por espacio de un siglo y medio.

(1) Discurso de Mr. de Dreux Brezé en la cámara de los pares, en 6 de enero de 1840.

Del tema político extranjero.

CAPITULO PRIMERO.

Tratado de la cuádruple alianza. — Francia.

Cuando en 1830, contestando la Francia á una temeraria provocacion, elevó al solio la actual dinastía reinante, fracasó, al embate de tamaño suceso, la santa alianza, dividiendo así á la Europa en dos sistemas diametralmente opuestos, representados el primero por la liga de las potencias del Norte que proclamaban el poder absoluto de los reyes, y el segundo por la alianza de los pueblos emancipados. Posteriormente, las conferencias de Munchen-Gratz, celebradas en 1833, á las que asistieron únicamente los tres grandes soberanos del Norte, produjeron una nueva coalicion entre ellos, cuyo reverso fué la cuádruple alianza, convenida al año siguiente: la cual tuvo por objeto restablecer el equilibrio de fuerzas entre las dos vastas asociaciones que separan la Europa en dos réjimes políticos totalmente contrarios. Habíase hecho necesario un contrapeso, y efectivamente el de la cuádruple alianza era ya *algo* para las potencias del Norte.

No hay duda sino que el oríjen de semejante tratado fué un pensamiento peninsular, concebido al estallido del cañon libertador que reventara allá en el Portugal; pues el gobierno español, que veía amagada su existencia por la permanencia de D. Carlos en Lisboa, ofreció su cooperacion para espulsar á entrambos pretendientes del territorio portugués: en lo que consintió la Inglaterra, aprobando la union de ambas fuerzas militares, interesadas y empeñadas en la idéntica lucha. Así convenidas las cosas, el ejército español, mandado por el jeneral Rodil, traspuso desde luego la frontera de Portugal, y entónces fué cuando le ocurrió á la Gran Bretaña la feliz idea de negociar un tratado entre las tres potencias, cuyo objeto fuese la espulsion de D. Carlos y de D. Miguel.

No se llamó en un principio á la Francia á la proyectada liga, de lo que se manifestó algun tanto resentida; mas su reclamacion, que honraba sobremanera la causa de la libertad, fué acogida con acendrada solicitud, y ya que estuvo admitida como parte contratante en el

tratado de la cuádruple alianza, firmólo la Francia sin reparo porque *para ella era nada*.

La primera sancion de aquel convenio fué el triunfo de la reina de Portugal y el alejamiento de los dos príncipes, que secundaban la política de los soberanos del Norte, siquiera por su conformidad de principios, ya que no por su carácter y mérito personal. Habia acudido la España al socorro de su aliada, y fué su cooperacion tanto mas eficaz y jenerosa, en cuanto sobrellevó todos sus gastos; pero la absurda capitulacion de Évora-Monte libertó á los dos pretendientes, cojidos á la vez, en un mismo lazo, por el jeneral Rodil.

Llevado D. Carlos á Inglaterra, no tardó en salir de aquel pais, atravesó toda la Francia, entró en Navarra y se colocó á la cabeza de una insurreccion puramente local. Desde luego la rebelion, el absolutismo y la pillería se sirvieron de su persona á fuer de enseña.

Con tan inesperada resolucion, desafiaba Don Carlos cara á cara á las potencias signatarias de la cuádruple alianza, las cuales echaron de ver desde aquel punto la necesidad de añadir á las estipulaciones de 22 de abril de 1834 los artículos adicionales de 18 de agosto, cuya ineficacia demostró muy presto la esperiencia.

Fué pues el tratado de la cuádruple alianza una inspiracion del natural instinto de conservacion, nacida á vista del peligro comun; por lo cual se firmaron á toda prisa los preliminares de una negociacion, á los que se dió el nombre de tratado. Dijérase que la necesidad de una determinacion pronta, resuelta y pública de los principios políticos que hermanaban las cuatro potencias constitucionales, era tan sumamente urgente en el momento en que hincaba el pié en el suelo navarro el representante de los principios contrarios, que no daba siquiera tiempo de regularizar unas estipulaciones que iban á crear un nuevo derecho público entre las naciones signatarias.

Sucedió pues que una vez pasado el primer momento de confusion y sorpresa, comenzó á

palparse la trascendencia y gravedad de aquel empeño; y desde entónces todo fué imaginar largas é interpretaciones; retrocediendo ante las consecuencias racionales y obvias del tratado, el cual, además de esto, no se publicó hasta despues de seis meses de firmado.

De aquí las eternas discusiones que, sobretudo en Francia, se han estado ajitando de continuo acerca de tan manoseado convenio. Hemos visto por una parte á los hombres políticos de aquella jenerosa nacion entregados al escrupuloso análisis del espíritu del tratado, sin que cupiese en ellos imaginar que tan solemne pacto no impusiese deber alguno á las partes estipulantes, mientras que por otra se aferraban los ministros en la materialidad y rigorismo de las palabras en que estaba redactado. El gabinete de Madrid ha pasado tambien años enteros en vanas disertaciones, ora exigiendo lo que ciertamente no suponía el tratado, ora interpretándolo á merced de los intereses ministeriales, sin que nadie haya acertado allí á comprender que, para afianzar el tratado en una base sólida, era preciso hacer de suerte que estribase en los intereses materiales de ambas naciones.

Increible se hace por cierto que ni siquiera un solo ministro español se haya penetrado de que los gobiernos jamás pueden ni deben dejarse arrastrar por los primeros arranques de simpatía, siempre fugitivos y pasajeros; como tambien de que las alianzas internacionales tienen que cimentarse á la vez por nudos políticos y por ventajas bien entendidas para los pueblos. Y á la verdad, ¿con qué derecho exigirá una nacion á otra que haga costosos sacrificios á favor de ella, sin ofrecerle al propio tiempo una justa compensacion? Mejor que otro pueblo alguno, podía encontrar la España en su propia historia ejemplos repetidos de tan lastimosa esperiencia: ya que tan caros le han costado á menudo los tratados y pactos de familia, y los empeños contraídos por sus reyes, por la sola razon de no haber tenido por principal mira y objeto las ventajas materiales del pais.

Hablaré mas tarde del sistema de intervencion; mas entretanto debo decir que la política francesa con relacion á España, y en consecuencia del tratado de la cuádruple alianza, no desplegó aquella grandeza y decision que al parecer exigian de la Francia, no solo su honor lastimado por las indirectas provocaciones de las potencias absolutistas, tan pródigas en simpatías, socorros y subsidios para D. Carlos, si que tambien su propio interés para su porvenir, el cual hubiera quedado altamente comprometido, á haber triunfado en España el pretendiente.

Pero ¿á qué recordar los intereses? ¿Acaso no estaba la Francia en cierto modo obligada á reparar las dos violencias cometidas en España en 1808 y 1823? ¿Y esta última nacion no podía pedir á la historia las pruebas mas evidentes de su invariable fidelidad á sus empeños políticos, aun en aquellos casos en que la perjudicaba en extremo su cumplimiento? Dígase sino, cuando arrastrada la España por el pacto de familia, tomaba una parte activa en la desastrosa guerra de 1763 contra la Gran Bretaña, ¿tratábase por ventura de sus intereses? Ciertamente que no: solo que obedecía á lo sagrado de los empeños que contrajera. Cuando, en fuerza del mismo pacto, prohibió la causa de la revolucion americana, ¿abogaba acaso por su provecho?... Ahí tenemos la memoria del conde de Aranda que satisfará á esta pregunta. El sagaz ministro presajaba á su soberano, con fatal presciencia del porvenir, que la proteccion dispensada á la insurreccion de las colonias inglesas daria, á no tardar, por infalible resultado la emancipacion de todas las españolas de América. El tiempo se ha encargado de verificar aquel pronóstico.

Luis XVI anduvo todavia mas allá que su predecesor, empeñando en aquella guerra á los soldados del rey de España sin consentimiento, y lo que es mas, sin noticia siquiera de este soberano: pues bien Carlos III sacrificó toda mira de interés y dignidad al deber, mucho mas poderoso á sus ojos, de la observancia religiosa de los tratados, que le ligaban á la suerte de la Francia (1).

Dígame en fin si la España, mártir de la fe de los tratados y víctima de la imprudencia reconocida de un almirante francés, vió perecer en Trafalgar toda su marina, en provecho de los intereses nacionales. Aun mas: ¿Qué es lo que iba á defender el ejército del marqués de la Romana allá en la isla de Fionia, donde, en premio de sus esforzados servicios, se intentó hacerla prisionera? Sabido es que en ambas ocasiones se plegaba la España resignada á la suerte aciaga que le impusieran la impericia y flaqueza de su gobierno, pero que le prescribían aceptar el honor y religioso respeto de los tratados.

Puedo con tanta mayor facilidad espiar mi opinion acerca de la política jeneral adoptada por la Francia, en cuanto he combatido incansablemente y con todo el ahínco que ha cabido en mí, el pensamiento de una intervencion armada. Lo dije ya en otra ocasion (2), y lo repito ahora: á mi ver nada pudiera imaginarse mas

(1) Véase arriba cap. V.

(2) La España y sus revoluciones, 1833.

funesto para entrambos países: para la Francia, porque aun cuando hubiese obrado con toda enerjia y decision, le era imposible prever las consecuencias de tan grave compromiso; además de que embarazado su gobierno con respecto al extranjero, á causa de la revolucion que le diera el ser, no se hallaba todavía con bastante fuerza para emprender una campaña decisiva fuera de su territorio y contra el absolutismo; para la España, porque esta nacion se entregaba así á merced de su aliada; y en fin para ambos países, porque la intervencion armada de una potencia extranjera acaba con el nacionalismo y la libertad, creando con ello un aciago precedente. Lejos de resolver mediante ella un problema nacional, se aplazan por el contrario las cuestiones, sin crear nada para el porvenir de los principios. No citaré mas prueba que la intervencion de 1823, la cual es preciso confesar que fué concedida sin reticencia ninguna, pues se declaró la guerra al gobierno constitucional; y en verdad, en verdad, que se le atacó sin conmiseracion ni perplejidad: tanto que por espacio de cinco años consecutivos, se halló rodeado de bayonetas extranjeras el vacilante trono de Fernando VII..... Pues bien, á pesar de tanta decision, ¿qué es lo que ha producido estable aquella intervencion criminal? ¿Qué es lo que de ella nos ha quedado? Nada mas que lágrimas de sangre, los duelos que costara á la flor de la nacion española, y el mísero recuerdo de tantas desventuras! Así que, he rechazado siempre la intervencion armada de la Francia por funesta, por inútil, porque tenia acendrada fe en el triunfo de la causa nacional: porque contemplaba segura la victoria en cuanto pararan en mano de hombres sagaces los medios de obtenerla, que existian en realidad; y en suma yo, que habia peleado con las armas en la mano contra esa malhadada intervencion de 1823, yo que maldigo todavía al partido apostólico, por haber acarreado á mi patria tamaño oprobio, mal podia someterme á humillar la cerviz á tan voluntaria afrenta, mal podia desear en 1835 lo que tan deshonoroso para mi país me pareciera en 1823.

Sin embargo, ya que acabo de manifestar la acusacion que en mi concepto merece la política adoptada por el gobierno francés, acusacion que no llega por cierto hasta el estremo de afearle la negativa de su intervencion que nunca he deseado, cuando por el contrario agradezco en el alma á la Francia que se haya abstenido de ella; séame lícito defenderla ahora de otra inculpacion que le ha dirigido la España muchas veces y que no es menos injusta que infundada.

Se ha supuesto por do quiera que el gobierno

francés habia halagado al de Madrid con una esperanza de intervencion ó cooperacion activa, la cual se iba desvaneciendo á medida que se reclamaba su realizacion. Este es un error grosero y palpable: jamás han representado los ministros franceses un papel de tamaño doblez y crasa superchería. La negativa de una intervencion ha sido constante, clara, positiva y ajena de toda ambigüedad; y si algunos hombres en España han hecho alarde de poder alcanzar su concesion, si, para contribuir al triunfo de su partido, han dejado vislumbrar esperanzas cuya efimeridad tenian harto conocida, abusando así de su posicion para hacer creer en confidencias que no habian recibido, ó que en tal caso se les pasaran en un sentido del todo contrario; la falta y el oprobio de esos premeditados embustes, recaen esclusivamente sobre sus autores: pero los ministros franceses jamás han sido cómplices, oficiosos ni oficiales, de tan mezquinas intrigas, tanto mas criminales en cuanto surtian un cumplido efecto: ¿tanto era lo que la necesidad de la paz obcecaba á los Españoles acerca de la probabilidad de aquella mentida esperanza!

Ahora bien, como quiera que no tardaba en evidenciarse la triste realidad, resultaban de aquí dos consecuencias igualmente lastimosas: era la primera el desaliento, que, embargando á los ánimos sobradamente crédulos, se iba haciendo contagioso y acababa por hacer desespérer del todo del porvenir, y la segunda las desconfianzas y antipatías violentas que se concebían contra la Francia cuyo gobierno se veía acusado de perfidia por no haber concedido lo que mentirosamente se decia haber prometido.

También se ha supuesto que simpatizando los ministros franceses con el partido llamado moderado, y teniendo solamente repugnancia para con el otro partido liberal, se habia sometido la política, seguida con relacion á España, á la influencia de aquellos dos sentimientos de simpatía y antipatía: pero este es otro error no menos evidente por lo respectivo á los resultados. Es cierto sí, que el gabinete francés ha prodigado muestras de preferencia á los moderados, pero en esto ha consistido toda la diferencia: su política ha sido siempre idéntica, cualesquiera que hayan sido los ministros españoles, y jamás ha sufrido alteracion alguna por razon de cuestiones personales. Aun mas, como que el partido titulado moderado ha sido el único que ha abrigado con ciega perseverancia la esperanza de intervencion ó cooperacion, es de aquí que solo él la ha pedido, y solo él ha llevado la repulsa de la Francia. Mas el partido contrario, ora tuviese mas estremado orgullo nacional, ora no contase con simpatías

personales, ora en fin se persuadiese de que la política de la Francia acerca de la intervencion seria inalterable, ello es que jamás ha solicitado lo que sabia que no podría obtener; jamás se ha espuesto á un desprecio. Y en verdad importa sobremanera el evidenciar este hecho, ya que en las acusaciones apasionadas que acos-tumbran dirigirse recíprocamente los partidos, no ha dejado de propalarse que la presencia de los progresistas en los consejos de la reina regenta ha sido un obstáculo para la pacificación del país; porque repugnando sus principios políticos á la Francia, les habia negado esta la intervencion, antes concedida á los hombres del otro partido. Ahora bien; yo probaré á todas luces que esos mismos hombres, de quienes se hacia depender al parecer la intervencion, han sufrido las repulsas mas esplicitas y solemnes, y que si bien la política del gabinete francés no ha sido tan franca y jenerosa como debiera, sin embargo jamás se ha envilecido hasta el punto de descender á una miserable cuestion de apellidos.

En mayo de 1835, pensó por primera vez el gabinete de Madrid en intervencion francesa, y se entablaron las negociaciones oficiales con el señor Thiers, en una comida que dió este ministro al duque de Frias, en aquella saxon embajador en Paris. Habló el político francés de fuerzas navales, de la lejion extranjera, del alistamiento de algunos millares de Polacos armados y equipados por la Francia, y hasta llegó á prometer dinero; bien que rechazó toda idea de intervencion. Así que ya en 28 de mayo, el duque de Frias, que habia hablado del asunto al duque de Broglie, manifestó á su gobierno que no habia que esperar en intervencion.

Su despacho se cruzó con los del señor Martinez de la Rosa de 19 y 20 del mismo mes de mayo, en los cuales encargaba al embajador español que solicitase la intervencion de la Francia, á fin de que esta ocupase la Navarra y provincias Vascongadas, y enviaba al propio tiempo la minuta de la nota que para ello tendria que pasarse al gobierno francés; bien que se le decia que no la presentase hasta haber vencido todas las dificultades que pudieran oponerse.

En 28 de mayo, entregó el de Frias al señor Broglie un largo *memorandum*, en que solicitaba la entrada en España de veinte mil Franceses.

En 30 del mismo mes, pidió nuevas instrucciones á su gobierno, en vista de la frialdad del de Francia, frialdad que pasó despues á una esplicita negativa de cooperacion, de la cual dió cuenta el duque de Frias á su corte en despacho de 6 de junio. En otro del día 8, participó cierta conferencia con el presidente del

consejo, quien le habia leído las contestaciones dadas por el gabinete inglés á las tres cuestiones propuestas por el ministerio de Francia (1).

1.^a ¿Cree la Inglaterra llegado el momento de una cooperacion armada, pedida por la España? Respuesta. — No: no ha llegado todavía.

2.^a ¿El *casus federis*, como consecuencia del tratado de la cuádruple alianza, es aplicable á las actuales circunstancias? ¿La Inglaterra querrá cooperar?

Respuesta. — Como no ha llegado el caso de tener que cooperar necesariamente, no puede la Inglaterra tomar parte en la cooperacion.

3.^a En caso de realizarse la intervencion, ¿quedará la Inglaterra responsable, *in solidum* con la Francia, de todas las consecuencias que aquella pueda traer consigo?

Respuesta. — Como no ha llegado el caso de tener que cooperar necesariamente, y en consecuencia el del *casus federis*, tampoco no hay para que se explique la Inglaterra. Sin embargo, si la Francia juzga conveniente el llenar los votos del gobierno español, la Inglaterra no opondrá á ello obstáculo ninguno.

Claro es que semejantes contestaciones debian de corroborar mas y mas la repugnancia que experimentara la Francia hácia toda intervencion: así fué, que el duque de Broglie se apresuró á participar al embajador español, que teniendo que conformarse la Francia con las resoluciones de la Gran Bretaña, habia determinado el consejo no intervenir ni cooperar (2). Para dorar tan formal repulsa se ofreció la lejion extranjera, el alistamiento en Francia y algunas fuerzas navales; bien que se procuró no indicar cosa alguna acerca de los que haria la Francia, caso que llegasen los carlistas á apoderarse de algun puerto ó plaza fuerte, reservándose el duque de Broglie hablar de ello al consejo de ministros.

En esto y mientras mediaban en Paris tales negociaciones, iba reiterando sus órdenes el señor Martinez de la Rosa para que se solicitara la intervencion, con tanto mas ahínco en cuanto habia tenido el 1.^o de junio una conferencia con el señor de Rayneval, quien le manifestó que habia apoyado enérgicamente su solicitud cerca del gobierno francés (3).

Los consejos del sagaz representante de Francia en Madrid ningún efecto produjeron en el ánimo de los miembros del consejo. El duque de Broglie reiteró su negativa, diciendo que no

(1) Despacho de 9 de junio.

(2) Despachos del duque de Frias de 8 de junio.

(3) Despachos del Sr. Martinez de la Rosa del 2 de junio.

prejuzga el porvenir (1), y el 11 de junio se acordó en pleno consejo la no intervencion, en vista de las contestaciones que acababa de dar la Inglaterra (2). No obstante los repetidos esfuerzos del señor Thiers lograron obtener que fuese esta repulsa algun tanto motivada, y no del todo absoluta. Parte del gabinete se negaba á intervenir, si ya no fuese con la mediacion de la Inglaterra, pero el señor Thiers queria intervenir de todos modos, tanto que llegó hasta á ofrecer su dimision, si no se motivaba la repulsa que iba á darse á la España, y así fué que el temor de una disolucion de gabinete acertó á arrancar esta concesion.

A todo esto se dijo que las potencias del Norte amenazaban por aquel tiempo ocupar el ducado de Luxemburgo, caso que la Francia interviniere en España. Seria harto difícil asegurar la verdad de este hecho, y si ejerció ó no inflajo alguno en la resolucion del gabinete de Tuilerias; mas como quiera, ello es que se comunicó al de Madrid la negativa de intervencion y cooperacion.

Habia hecho entretanto el señor Martínez de la Rosa su dimision de presidente del consejo y secretario del despacho de estado; no pudiendo ya sobrellevar el doble peso de su posicion interior y de ese abandono de la Francia que no acertó á prever. Reemplazóle de consiguiente el conde de Toreno.

En nada desanimado por el malogro de los esfuerzos de su predecesor, apresuróse el nuevo ministro á encargar al duque de Frias, el 9 de junio, que renovase la súplica de cooperacion, conforme á las instrucciones del señor Martínez de la Rosa; cuyo encargo reiteró en despacho de 13 del mismo mes.

Pero el duque de Frias, mejor enterado de la verdadera disposicion del gabinete francés, y en estado de juzgar con mas acierto los resultados de semejante demanda, y sobre todo mas solícito por el honor de los Españoles, suspendió por de pronto la ejecucion de las órdenes que recibia de Madrid: así fué que el 16 de junio manifestó lo infructuoso de una solicitud de intervencion, y el 20 del mismo mes se negó redondamente á presentarla. En el primero de aquellos dos despachos espuso el señor de Frias, con un sentimiento muy honroso y llevado al último estremo, todas las razones que le movian á no pedir la intervencion; y resentido en el alma de la disposicion nada favorable del gobierno francés, el cual se aferraba siempre en su primer acuerdo, aconsejó á su corte que no tomase ya consejo sino de las circunstancias,

que apelase al acendrado entusiasmo nacional á fin de arredrar á la Francia, aun cuando acarrear algunos disturbios en el orden público ó dispartar las pasiones políticas, hasta entónces comprimidas en el reducido círculo del estatuto real. Además de esto, no ocultó el embajador español al señor de Broglie el espíritu de su correspondencia, la cual encontró muy mal acogida en el conde de Toreno; tanto que este ministro, en despacho de 29 de junio, manifestó al duque de Frias su descontento y la poca confianza que le inspiraba el sistema por él propuesto, ordenándole que se concretase á las instrucciones remitidas anteriormente.

Por demás conocido es el moderantismo del señor de Frias, no menos que sus ideas contrarrevolucionarias, por lo cual es de creer que únicamente la yerta acogida que recibieron sus súplicas de socorro en el palacio de Tuilerias pudieron inspirarle aquel arranque nacional, acallado despues con sola una palabra del ministro Toreno. Sin embargo de ello, es fuerza hacer justicia á su conducta; y puesto que en ningun tiempo alimentó las ilusiones del gabinete de Madrid, antes por el contrario su correspondencia no deja duda alguna acerca de la irrevocable determinacion del gabinete francés, quien por su parte no cesó un instante de manifestarla al embajador español, con una franqueza por cierto nada reservada. Como quiera, ni las declaraciones esplicitas de la Francia, ni las sinceras advertencias del duque de Frias, acertaron á apartar al conde de Toreno de su singular preocupacion acerca del porvenir de la cuestion que se agitaba, y el 16 de junio repitió por tercera vez la orden de continuar la demanda de cooperacion, discurriendo muy largamente en aquella comunicacion sobre el derecho que la España tenia á exigir semejante medida, y resignándose, si no habia otro medio, á aceptar la leion extranjera, la cual deberia aumentarse en tal caso hasta el número de diez ó doce mil hombres ó mas, mediante el alistamiento de soldados armados y equipados por la Francia; á bien que á pesar de este *ultimatum*, no abandonaba el conde todavia la esperanza de una intervencion, y dejaba traslucir en todas sus comunicaciones la tenaz y deplorable obstinacion con que persistia en su proyecto.

En 25 de junio, obedeciendo mal de su grado el duque de Frias las órdenes superiores, creyóse obligado á presentar al gobierno francés una nota en que á nombre de su nacion, aceptaba las condiciones arriba indicadas, y en que pedia además el envio de fuerzas navales y el pago de la leion extranjera, durante los primeros meses que estuviesen en España.

No se hizo de esperar la contestacion; pue

(1) Id. del duque, del 9 de junio.

(2) Id. id. del 12.

el duque de Broglie se apresuró á cumplir las promesas que diera de antemano, concediendo en su nota del 26 de junio cuanto habia solicitado la víspera el embajador español. Sin embargo, á fin de evitar toda equivocada interpretacion acerca de unas concesiones tan importantes y de la prisa con que las otorgaba, procuró recordar en su nota el señor de Broglie con su acostumbrada lealtad: «Que varias veces habia tenido ocasion el gobierno francés de esplicarse sobre el verdadero espíritu del tratado de 22 de abril y de establecer, que al comprometerse á contribuir en cuanto le fuese dable á la pacificacion de la provincia, habia entendido y entendia todavia reservarse plenamente y sin restriccion ni modificacion alguna el derecho en que estaba de apreciar segun su propio interés y el de la España la conveniencia y oportunidad de varios medios que podrian conducir á aquel objeto.»

Semejante lenguaje claro y explícito ha sido por cierto en todas ocasiones el del duque de Broglie sin que jamás lo haya desmentido, y es fuerza confesar que en la línea política que ha abrazado, han sido siempre sus acciones no menos sinceras que sus palabras. Ahora bien aquel diplomático ansiaba ciertamente el triunfo de la causa constitucional, y deseaba contribuir á él en los límites que á su modo de ver imponian á la Francia los acaecimientos: se podrá si se quiere desaprobador esa estricta y rigurosa política, pero es preciso convenir en que sentado que se haya semejante principio, el señor duque de Broglie jamás ha alimentado mentidamente las quimeras del gabinete de Madrid.

Ello es verdad que acaso algunos de sus colegas no se hallaban tan bien dispuestos á favor de la España; pues la lejon extranjera no se aumentó jamás, el alistamiento se fué haciendo del todo ilusorio, y el ministro de la guerra mariscal Maison, no menos que el de hacienda, que lo era entónces el señor Humann, estuvieron muy lejos de apoyar los esfuerzos del duque: acaso pudiera ser tambien que no se hubiera concedido la lejon extranjera sino para contrabalancear el efecto del *enlistement alien bill*, que acababa de autorizar la Inglaterra para la formacion de una lejon auxiliar británica. Y á la verdad, si hemos de juzgar por la correspondencia del duque de Frias, no hubo de quedar siempre muy pagado este señor de la querencia, y aun hasta de la cortesania del mariscal Maison, con quien se negó á seguir en relaciones, de resultados de cierta conferencia que tuvieron el 20 de julio acerca del armamento de dos batallones de tiradores.

Segun los pormenores que acabo de relatar, visto está pues que ya desde las primeras negociaciones sobre el sentido é intencion del trata-

do de la cuádruple alianza, rechazó resueltamente la Francia toda interpretacion que pudiese comprometerla á intervenir ó cooperar directamente y á mano armada en los asuntos interiores de España, y que ha habido necesidad por parte del gabinete de Madrid, de una obcecacion sobremanera pueril y de una debilidad indisculpable, para arrastrarse así bajo la planta del extranjero, en vez de llamar enérgicamente á las armas á una nacion que tenia que luchar contra un puñado de rebeldes. Mas para esplicar tan singular y gratuita aberracion de todo orgullo personal y nacional, preciso se hace penetrar en el pensamiento íntimo del ministerio español, el cual, al solicitar con tan humillante tenacidad la intervencion extranjera, atendia mas á su triunfo contra el partido liberal que al anonadamiento de los carlistas, y veia en las tropas francesas mas bien un apoyo para sojuzgar la opinion pública, violentamente ajitada, que un medio de acabar con la *faccion*. Siendo esto así, y como quiera que la opinion jeneral se fuese de dia en dia pronunciando mas y mas contra el sistema del ministerio, este, que no podia apelar al pais para contrarrestar á los enemigos de la libertad, puesto que se le negaban los medios de hacerlo, si ya no es que aceptase ciertas condiciones á que de ningun modo queria sujetarse, no acertaba á encontrar otro arbitrio de salvacion que los socorros venidos del extranjero. Por lo demás, harta razon tenia el gabinete en creerse impopular, y bien se echa de ver que ya en aquella sazón presentia la suerte que le esperaba, por lo cual trataba de conjurarla á tiempo. En efecto, los temores del ministerio español no tardaron en realizarse, y el alzamiento unánime de las provincias contra el conde de Toreno probóle asaz obviamente que no se puede gobernar un pais en medio de las desconfianzas que desgraciadamente se le inspiran con una política reaccionaria en lo interior y sin dignidad ninguna en el extranjero.

Existen á veces entre las naciones ciertas coincidencias malhadadas, que influyen mas aciagamente acaso de lo que se cree en sus relaciones políticas.

En 1820 coincidió el asesinato del duque de Berry con el movimiento insurreccional de España contra el poder tiránico de Fernando VII, y hubo en aquella sazón una reaccion violenta del realismo contra los liberales, achacándoseal espíritu de innovacion la provocacion de tamaño atentado. La prensa y las ideas liberales fueron, al parecer de ciertas jentes, responsables del crimen de Louvel, y los acontecimientos de que se viera teatro la España hubieron de ser considerados como un hecho odioso y digno de castigo. Pues bien, á mi modo de ver, aquella coin-

cidencia contribuyó no poco á que se envolviese á la constitucion proclamada en España en el anatema fulminado prontamente en Francia contra la libertad, y tampoco dudo de que aquella funesta impresion del momento fué el punto de donde partió desde entónces la política observada por Luis XVIII con respecto á la revolucion de la Península: política que, principiando por manifestarse desafecta, pasó despues á ser hostil y acabó por traernos la invasion de 1823.

He manifestado ya el modo cómo ha interpretado la Francia constantemente el tratado de la cuádruple alianza. Sin embargo su resolucion no pasó seguramente á ser irrevocable hasta la aciaga coincidencia del atentado de Fieschi, con el pronunciamiento y creacion de las juntas de provincia. Preciso es trasladarse por un momento á aquella época para conocer exactamente la solidaridad que se trató de establecer entre aquel crimen y los estravíos de la libertad. Estendieron en Francia á la prensa y al jurado la del atentado de 28 de julio, y se presentaron las leyes de setiembre como el paladion de la sociedad, de la cual no se atrevian al parecer á responder los ministros, á no ser que votasen las cámaras aquellos decretos escepcionales.

En tal disposicion de los ánimos, debieron de considerar los ministros franceses el levantamiento de las provincias españolas como uno de los síntomas alarmantes que con tan negro colorido pintaron ellos en sus discursos sobre las leyes de setiembre, y desde aquel punto cuanto se habia acordado acerca la negativa de cooperacion, como medida de prudencia, pasó á ser irrevocable en odio del movimiento revolucionario. Para contrarrestarlo en España solicitaba el conde de Toreno la intervencion, y para sofocarlo por siempre en Francia, aunaba el ministerio de 11 de octubre todas sus fuerzas y renunciaba á ensanchar el círculo de su lucha contra las revoluciones; pareciéndole harta tarea el pelear en Francia para ir á guerrear tambien en España, á favor de un ministro que muy pronto debia ser derrocado por la insurreccion.

La cuestion pues de intervencion entre Francia y España ha sido incesantemente dominada por consideraciones políticas, entre las cuales la guerra carlista figuraba tan solo en segunda línea, es decir, que la Francia ha rehusado siempre intervenir, y á mi ver, con razon, porque ha conocido perfectamente que se invocaba su apoyo, menos contra la insurreccion navarra, que para alcanzar la dominacion de una fraccion del partido liberal sobre otra fraccion del mismo. Y esto es tan cierto, que las demandas de intervencion se han instado con mayor eficacia, precisamente en los momentos de apuro para los ministros que se titulaban moderados,

y nunca en las circunstancias azarosas de la guerra. Así es que he encontrado repetidas veces en los documentos ministeriales ese pensamiento de reaccion y llamamiento contra el espíritu público, indicado con la mayor evidencia. Si pues los ministerios retrógrados han suplicado incesantemente, claro es que han corrido siempre desalados en pos de la intervencion francesa por interés de su sistema personal y por falta de fuerzas suficientes para luchar con sus adversarios políticos; en vez de que estos, apoyados en la parte activa y animada de la nacion, no han necesitado mendigar fuerza moral ni material en el extranjero para sostener su causa, sino que han llegado al poder para contrarrestar movimientos insurreccionales, provocados por el partido reaccionario, y solo los golpes de estado han sido poderosos á volcarlos de él.

Es preciso apreciar debidamente esta diferencia entre los dos partidos constitucionales que dividen á la España, si se quiere juzgar los acontecimientos acaecidos en aquel pais con justicia é imparcialidad y, no por analogía fuente segura de errores en lo que concierne á la península ibera. El partido moderado ha solicitado la intervencion, en primer lugar, para afianzar mas y mas su pujanza, y en segundo, para terminar la guerra; pero el partido contrario jamás la hubiera creído posible, sino esclusivamente para acabar con los carlistas: y toda intervencion de su aliada en los negocios interiores del pais le habria parecido sobremanera peligrosa. Los retrógrados no se reconocian bastante prepotentes por sí solos para constituir un estado normal: los liberales por el contrario, como caminaban con ideas nacionales, contaban con harta influencia para esperar todo de la docilidad de las masas, y echaban de ver que el desarrollo progresivo de las ideas constitucionales era del todo indispensable para contrarrestar el espíritu estacionario y retrógrado que minaba sordamente. En los primeros habia mas monarquismo y aun pretendian crearlo á la ayuda de las bayonetas extranjeras; en los segundos descollaban principalmente el liberalismo y mas que todo la nacionalidad. Yo no dudo absolutamente que entrambos anhelaban con la misma acendrada sinceridad la ventura de su pais, y solo esplico las condiciones bajo que querian realizarla las dos fracciones del partido liberal.

Muy presto se resintió el curso de las negociaciones que se seguian en Paris, de los efectos de la insurreccion que estalló en todas las provincias españolas. Asustado sobremanera el conde de Toreno por el movimiento unánime que reducia la accion del ministerio al recinto de la capital, pidió otra vez á la Francia la intervencion de un modo terminante: documento es es-

te á la verdad sobrado trascendental para no reproducirlo aquí por entero, pues demuestra á todas luces lo que he indicado mas arriba acerca del objeto principal que se proponia el ministro Toreno con su conducta, y además que el carlismo y la insurreccion jeneral contra su administracion se annaban en él bajo un mismo pensamiento; tanto que reclamaba la intervencion francesa, en primer lugar, contra el riesgo del momento y con aquella ocasion contra las hordas del pretendiente.

«MINISTERIO DE ESTADO.

«Escelencia :

«He recibido por un estraordinario la correspondencia que V. E. me dirige con fecha 22 del corriente, y contestaré á ella mas despacio. Entretanto aprovecho la salida de un estraordinario que envia á Lóndres el embajador de Inglaterra, para manifestar á V. E. cuánto han llamado la atencion de S. M. los despachos de V. E. de números 569 y 571.

«S. M. ha visto en ellos la disposicion de S. M. el rey de los Franceses, relativamente á la cooperacion que solicitamos, y espera que V. E. sabrá sacar partido de la perplejidad y dudas que ha hecho nacer en el ánimo del gabinete francés la noticia alarmante de los acontecimientos de la Península, y que V. E. redoblará sus instancias, fundándolas en el riesgo que por todas partes amenaza á la autoridad real en España.

«Las pasiones populares se han desencadenado á vista de la audacia de la faccion carlista, cuyo fanatismo y sistema de destruccion aterrorian los ánimos. El partido anarquista se aprovecha de tales circunstancias, y por medio de artificiosas seducciones descarria las ideas del pueblo y fomenta la insubordinacion, persuadiendo á todos los inespertos que la marcha del gobierno es la causa de los males que están padeciendo. Se le acusa á este de apatía y falta de rigor contra los enemigos de S. M.

«En medio de tantas complicaciones, el gobierno de S. M. contrarresta los embates de ambos partidos, ora con la fuerza, (por desgracia sobradamente reducida) ora contemporizando. Está firmemente resuelto á contener la revolucion y sostener las antiguas leyes de la monarquía, modificadas y adaptadas á las necesidades del tiempo en que vivimos, sin cejar jamás un punto ante la invasion de los principios democráticos, espontaneamente adoptados por todos los anarquistas de Europa. La conservacion de este sistema ofrece garantías á todos los tronos, y el gobierno lucha en España contra las mismas pasiones que agitan y trabajan la sociedad en Francia. Sin embargo, nuestra posicion es

mucho mas desventajosa, puesto que las fuerzas militares se hallan reunidas en las provincias del norte, donde sirve la guerra de pretexto para agitar á los pueblos.

«Bien que hasta ahora no hayan conseguido todavía los perturbadores interesar las masas en su favor, sin embargo van adelantando terreno; y paralizada la accion del gobierno por tantos obstáculos, pudiera llegar á debilitarse de un modo muy peligroso.

«Para prevenir las consecuencias de semejante estado de cosas, acude nuevamente S. M. al poderoso apoyo de una nacion vecina, cuyo estado político presenta síntomas del todo análogos á los que en España se manifiestan, á fin de que nos conceda la ayuda que le suplicamos y concorra con el gobierno de S. M. á destruir la causa de nuestro engorro, pues una vez vencida la faccion de Navarra, lo será igualmente la anarquía. Así se consolidaria en España la autoridad real, moderada por la participacion de la propiedad y de la aristocracia, en la formacion de las leyes al modo que lo establece el estatuto real.

«En prueba de lo que acabo de decir, citaré los recientes acaecimientos de Málaga y Granada. Un puñado de sediciosos, aprovechándose de la ausencia del ejército, ha proclamado la *malhadada* constitucion de 1812, sin que los habitantes sensatos hayan tomado la menor parte en esa loca empresa. Pero el crimen permanece impune, y tan pernicioso ejemplo puede extenderse y arrancar á la corona ciertas concesiones de tal naturaleza, que alarmen á los tronos de Europa.

«Para evitar tamaña desgracia, S. M. pone toda su confianza en el apoyo de su augusta aliada, y quiere que V. E. persuada al gabinete francés de cuán crítica y grave es nuestra situacion, y que insista en la solicitud de una cooperacion eficaz y pronta, tal como la tenemos ya pedida.

«Dios guarde á V. E. muchos años. San Ildefonso, 30 de agosto de 1835.

«El conde de Toreno.»

La lectura de este documento causa por cierto **muy** lastimosa sensacion, pues es siempre triste el ver á los ingenios superiores extraviados por pasiones individuales. El señor de Toreno queria sin duda servir á su pais y creia que el bienestar de la España dependia del sistema que él sostuviera: pero llevado del espíritu de partido, no titubeó en desacreditar su propia causa á los ojos de los estranjeros: abrió á una nacion estraña las puertas del reino y presentó el pais en una situacion de la cual distaba en gran manera; el error sin embargo de semejante juicio era ya de antemano conocido del gabinete francés.

Así que estableció el conde de Toreno en primer lugar una paridad entre el gobierno de España y el de Francia, á fin de llegar á una solidaridad tan poco verdadera como la semejanza que le ocurrió alegar. En Francia habian ya cesado desde diez y ocho meses antes las asonadas de las calles, y las inspiraciones del crimen se manifestaban por atentados contra la persona del monarca: en España, por el contrario, ardía en todas las provincias un levantamiento jeneral contra el ministerio, sin que dejase por esto de pronunciarse con respeto el nombre de la reina, y hasta de invocarse como única salvadora de la España. No tengo necesidad de hablar de los atentados contra la persona real: estos son crímenes desconocidos entre nosotros.

Habíase insurreccionado el reino entero, y el conde de Toreno pretendía que los sediciosos no habian alcanzado interesar á las masas á su favor. Ahora bien, si hubiese querido el gabinete francés entrar en discusion acerca de esta nota pasada por el ministro español, sin duda que hubiera podido proponer este dilema harto sencillo. Una de dos: ó son algunos perturbadores que no encuentran eco en las masas, y en este caso, ¿cómo sois tan débiles que no podais castigarlos? ó se han sublevado las masas (y así es la verdad), y en este otro caso, ¿cómo pretendéis que vayamos nosotros á imponerles vuestra voluntad?

Además de esto, la esperiencia ha demostrado cuán gratuitos fuesen esos temores de concesiones arrancadas al trono. La corona no otorgó ninguna, si ya no es la disolucion del ministerio, única cosa que pedía la insurreccion: pero el conde de Toreno habia llegado hasta á imaginarse que la salvacion del estado dependía de él, y así era que cuanto se encaminaba á derrocar su poder hacia á su parecer vacilar el trono, y por consiguiente interesaba, segun él, á la Europa entera.

Afortunadamente, como ya dejo indicado, negóse el gabinete francés á la solicitud de intervencion, porque conocia muy bien hasta qué punto se trataba de comprometerle, y acaso tambien á causa de los proyectos que debia suponer se habrian concertado en el congreso de Kalisch entre los soberanos del Norte. El mismo señor Thiers no titubeó en decir al duque de Frias que lo que habia sido posible cuatro meses antes no lo era ya en aquella sazón. Así lo asegura el duque en un despacho dirigido á su gobierno, de cuyos sentimientos participaba en tanto extremo, que al dar cuenta de sus conversaciones, no tuvo dificultad en decir á sus interlocutores, «que él preferia ver volcado el trono antes que envilecido por concesiones; pues que en el pri-

mer caso, habia levantarle, y en el segundo no (1).»

En cumplimiento de las órdenes de su corte, en 30 de agosto, pasó el duque de Frias al gabinete francés un *memorandum* sobre la necesidad de una cooperacion «para salvar el trono atacado por las juntas, y á su parecer, no se trataba ya de una cuestion de dinastía, sino de monarquía.» Cuatro meses antes ese mismo duque de Frias, como hemos visto mas arriba, habia aconsejado al gabinete que provocase en España un movimiento revolucionario.

Menos alarmado el gabinete francés que el embajador español por la suerte de la dinastía y la monarquía, hácia las cuales tan profundamente respetuosa se mostraba la insurreccion, ninguna inquietud se dió por tan aventurados temores, y el señor de Broglie quedó encargado de dar la siguiente respuesta al *memorandum* del duque de Frias, respuesta en que se resume lo pasado y se fija el porvenir de todo el sistema político de la Francia con respecto á la España:

MEMORANDUM.

«El gobierno del rey ha tomado en muy grave consideracion el *memorandum* presentado por el embajador de España, para establecer la conveniencia y necesidad de una ocupacion de la Navarra y Provincias Vascongadas por las tropas francesas; pero en los argumentos que en él se continúan no ha acertado á encontrar motivo alguno bastante poderoso para desdecirse de la negativa que dió tres meses atrás á otra peticion semejante. El tratado de 22 de abril de 1834 y los artículos adicionales de 18 de agosto no tenían mas mira en lo concerniente á España que el poner un obstáculo á las tentativas del pretendiente contra el trono de la reina Isabel; y no puede decirse que la indirecta cooperacion, prestada con este objeto á S. M. C. por sus aliados, haya sido ineficaz. En efecto, bien que la naturaleza del terreno y de la situacion particular de las Provincias Vascongadas haya facilitado al pretendiente el prolongar en ellas hasta ahora un estado de guerra, que acaso no ceda mas que á la accion del tiempo, secundada por un conjunto de medidas sabias y diestras, sin embargo sabido es que en el día, privado aquel príncipe de todo apoyo exterior y reducido á socorros que se van agotando de día en día, no se halla en posicion de intentar ningun golpe decisivo, y que sin esponerse á una ruina casi cierta, no podria alejarse del estrecho círculo por donde va vagan-

(1) Despacho de 9 de setiembre.



do hace quince meses. Su presencia en España es un manantial de descalabros particulares, pero en ningun modo amaga ya al gobierno de la reina. Tal estado de cosas, puede menos que nunca dar motivo ó lugar á determinacion tan grave, tan trascendental para ambos paises, y por consiguiente tan incalculable como lo sería, el envío de un ejército francés al territorio español. En vano se quisiera apoyar semejante modo de intervenir en las consideraciones espuestas en el *memorandum* del señor embajador de España; el cual, explicado en estos términos, no podria evidentemente entenderse comprendido, ni aun del modo mas indirecto, en las estipulaciones convenidas el año anterior; y á la verdad, despues de haberse ya rechazado por traspasar el sentido verdadero de ellas, puesto que se refieren únicamente á D. Carlos, mal podria ahora hacerse aplicable á un orden de hechos que ciertamente no habian tenido en mira las negociaciones. Tal interpretacion no es en manera alguna admisible. Los intereses de la política francesa, al par que los de la nacion española, tan enclavada de su independencia, tan opuesta á toda mezcla de estranjerismo en sus asuntos interiores, rechazan igualmente semejante sistema, y el gobierno francés opina que seria desconocer estos intereses en su parte mas esencial el dar á las cláusulas del tratado de 22 de abril la estension indicada en el *memorandum*.

«*Paris 16 de setiembre de 1835.*»

A esta manifestacion oficial añadió el señor de Broglie de viva voz cuanto creyó capaz de curar para siempre al gabinete de Madrid de su mania de intervencion. Díjole al duque de Frias que el consejo habia admitido sin discusion la contestacion al *memorandum*, y que el mismo señor Thiers habia manifestado que no queria ya mas intervencion (1), y en fin llevó su franqueza hasta á añadir estas palabras sumamente notables: «La lealtad del gobierno francés no me permite engañaros. Toda demanda de intervencion es inútil; mi opinion ha sido siempre la misma, y si yo fuese diputado, acusaria al ministerio que la hubiese intentado, *por haber comprometido la dignidad nacional*. Yo sé bien que hay entre ambos paises una estrecha alianza, pero la Francia no tiene obligacion de pacificar la España. *Yo sé bien lo que es una revolucion*. La intervencion jamás se verificará (2)» — «¿Es esta una negativa para siempre?» se apresuró á preguntar el duque de Frias — «No se puede responder del porvenir» — «¿Vos no quereis, pues,

hacer nada para salvar el trono?» — «Este es un mal que no podemos curar nosotros (1).»

Cuando llegó á Madrid la contestacion del duque de Broglie de 16 de setiembre, habia ya dejado el ministerio el conde de Toreno y poco tiempo despues se llamó á la corte al duque de Frias.

Es pues evidente que el partido que se ha presentado siempre como favorecido con todas las simpatías del gabinete francés, ha sido precisamente el que ha llevado todas las repulsas á la demanda de intervencion, y que durante la administracion del señor Martínez de la Rosa y de su sucesor el conde de Toreno, fué cuando la Francia sentó las bases de la política, por ella seguida hasta la espulsion de D. Carlos del territorio español. Grosera sinrazon ha sido pues el querer hacer achacar las resoluciones del gabinete francés á la mayor ó menor simpatía que le inspiraran los varios ministros que han gobernado la España desde el tratado de la cuádruple alianza. Lo que sí ha producido semejante simpatía, ha sido ciertos visos de mas acendrado afecto y predileccion en la forma: pero en la realidad, todas esas muestras de pura bienquerencia en nada han influido en la marcha que se trazara allá el gabinete francés en los primeros dias de alianza.

Dije ya, al hablar de la política interior, que el señor de Mendizabal hablaba, cuando ministro, á fuer de patriota, y me complazco en repetir este elogio al tratar ahora de la política exterior. La correspondencia del señor de Mendizabal, como secretario del estado, es sumamente notable por las inspiraciones de un patriotismo que jamás se desmiente. Ativo á la par que mesurado con las potencias extranjeras, no vacila un punto en esplanar á los ajeutes españoles su pensamiento íntimo de caminar siempre adelante y de afianzar la libertad en lo interior y la independencia en el extranjero, autorizándoles para manifestar á los gobiernos, cerca de los cuales representaban á S. M. C., su resuelto propósito de satisfacer á la opinion pública.

La primera comunicacion del señor de Mendizabal al duque de Frias, de 22 de setiembre, tiene por objeto la desaprobacion del *memorandum* presentado por aquel embajador al gobierno francés, á fin de obtener una intervencion directa.

«Convencido, decia el ministro, de la completa inutilidad de los esfuerzos hasta ahora practicados para alcanzar esa cooperacion directa, suplico á V. E. que no dé paso alguno en adelante para solicitarla. Limítese V. E. á pedir la

(1) Despacho del duque de Frias de 15 y 17 de setiembre.

(2) Id. id.

(1) Despachos del duque de Frias al conde de Toreno de 15 y 17 de setiembre, n.º 637.

pura y simple ejecucion de los solos empeños, que, segun el parecer del gabinete francés, ha contraido su gobierno al firmar el tratado de la cuádruple alianza, reducidos en su concepto á la obligacion de cerrar la frontera á toda introduccion de armas, víveres y municiones.»

Desde su entrada en el ministerio hasta el mes de abril de 1836, la correspondencia del señor de Mendizabal con la embajada de Paris versó casi esclusivamente sobre la obstruccion de las fronteras, por donde recibian los carlistas diariamente víveres, armas, municiones, pertrechos de guerra y considerables refuerzos de caballos. En 30 de setiembre de 1835, decia aquel ministro al embajador duque de Frias: «No exijo yo que vengan los extranjeros á tomar parte en una cuestion del todo española; pero si reclamo, á nombre de la justicia, de la buena fe, del interés jeneral y de la santidad de los tratados, que el de 22 de abril sea religiosamente observado por la Francia y que esta potencia cierre la frontera.»

Tales fueron, hasta mayo de 1836, el espíritu límites de las negociaciones entre el gabinete de Madrid y el de Paris, como signatarios del tratado de la cuádruple alianza; pero en aquella sazón dió la Inglaterra por una espontánea jenerosidad un estraordinario ensanche á su cooperacion marítima; así es que reforzó los cruzeros, ordenó á los comandantes de los buques que apoyasen las operaciones militares de los jenerales españoles, y hasta les previno que entrasen en línea contra los carlistas é hiciesen fuego sobre ellos.

Entónces fué cuando principió la cuestion de *traslimitacion*, cuyo oríjen voy á esplanar.

Segun acabamos de ver, habia quedado insoluble la cuestion de un bloqueo hermético, y el gabinete francés pretendia que nada mas podia hacer para impedir el contrabando. Aun mas, no pudiendo ya resistir á las reclamaciones de las provincias del mediodía, habia revocado el ministro Thiers, con órden de 24 de marzo, las prohibiciones del comercio de víveres y otros objetos en la frontera, limitándolas precisamente á los objetos de guerra.

Apresuróse el señor Mendizabal á reclamar enérgicamente contra semejante órden, cuyos resultados tenian que ser tan favorables á los carlistas y aciagos para los constitucionales, y como otra vez se escusase el gabinete francés, diciendo que no estaba en él el impedir el contrabando, concibió el señor Mendizabal el proyecto de solicitar al gobierno francés que adelantase sus tropas hasta el valle de Baztan y los Aldudes, *sin mas objeto* que impedir el paso de la frontera á los proveedores de los carlistas, con colocarse allende los Pirineos.

En despacho de 2 de abril comunicó el ministro español su pensamiento al jeneral Alava, encargándole eficazmente que nada solicitase oficialmente sin que estuviese seguro de antemano de la contestacion afirmativa, y en los despachos siguientes de 9 y 17 de abril, se esforzó en dar á conocer bien esplicitamente que el objeto de aquella mayor estension de las medidas, hasta entónces tomadas, *era tan solo llegar á conseguir que se cerrase la frontera, cosa que jamás se habia podido alcanzar.*

Este paso, que debia dar el jeneral Alava en Paris de acuerdo con el embajador británico, tenia en la intencion del señor Mendizabal otro objeto, además del aparente, y era que se le acusaba públicamente de parcialidad por la Inglaterra, tanto que, á pesar de las seguridades que diera personalmente al gabinete francés, cuando su permanencia en Paris y de las protestas que creyó deber renovar á la sazón por medio del embajador español, la Francia estaba en continua zozobra á causa de esa pretendida predileccion, de suerte que su inquietud se halla cien y cien veces expresada en la correspondencia del duque de Frias, como resultado de las observaciones que él hiciera y de los dichos del ministro francés (1); por todo lo cual, queriendo dar el señor Mendizabal una nueva prueba de que él no era sino español, pero español agradecido para con una potencia que se adelantaba espontaneamente á las necesidades de la España, aprovechó diestramente la ocasion que le deparaba la estension ofrecida por la Inglaterra, para pedir á la Francia que dentro del límite de las obligaciones reconocidas por todos los ministros franceses, como oriñinadas del tratado de la cuádruple alianza, diese á sus servicios una estension proporcionada á la que la Gran Bretaña otorgaba por su parte, y traspusiese en consecuencia la frontera para guardar debidamente los puertos y desfiladeros contra el contrabando de víveres y armas. El señor Mendizabal ofrecia así al gobierno francés un medio de probar que sus simpatías para la causa constitucional eran tan acendradas como las de la Inglaterra, y se valia de esta ocasion para probar á la Francia cuánto anhelaba que la gratitud de los Españoles no tuviese que deber mas á la una que á la otra de aquellas dos potencias contratantes.

Tal fué el oríjen de la *traslimitacion*.

A fin de facilitar esta negociacion, tuvo el señor Mendizabal, en 16 de abril, una conferencia con los embajadores francés é inglés para discutir de antemano los tres puntos capitales de que debia partirse en este negocio, es á saber:—

(1) Despachos del duque de Frias de 4, 14, 15, y 20 de octubre de 1835.

La órden de 26 de marzo con sus resultados.—La compensacion que habia que ofrecer para revocarla.—Solicitud de esplicaciones acerca de la acogida que encontraria el gobierno español, en la hipótesis de que se llegase á provocar la cooperacion efectiva de las tropas francesas para pacificar las provincias rebeldes.

Acerca de la primera cuestion comparó el señor Mendizabal el estado de los ejércitos beligerantes en Navarra al de un cuerpo de ejército sitiado dentro de una fortaleza por otro cuerpo de ejército; pues en aquella sazón habia adoptado el jeneral Córdoba un plan de campaña que consistia en ir acorralando á los carlistas hácia sus guaridas, encerrándolos en el menor espacio posible, á fin de que la falta de víveres les obligase á rendirse por hambre ó á salir de las provincias, en cuyo último caso se les esperaba en las llanuras, donde la superioridad de las tropas constitucionales y sobre todo la ventaja de una brillante y numerosa caballería, hacian seguro el triunfo contra el enemigo.

Con razon pues atacaba el señor de Mendizabal la órden de 24 de marzo, como á medio de prolongar semejante especie de bloqueo, ya que el resultado de ella era abastecer de nuevo la plaza: pero al mismo tiempo, á fin de conciliar lo que á su ver tenia obligacion de hacer la Francia, en virtud de la cuádruple alianza, con lo que acaso pudieran reclamar los departamentos meridionales, se brindaba el ministro español á emplear en aquellos departamentos tres millones de francos, en compras de víveres y otros efectos que les fuese á ellos posible vender á los carlistas.

En cuanto al segundo punto de la traslimitacion, repitió el señor de Mendizabal cuanto habia encargado al jeneral Alava en su despacho de 2 de abril.

Y finalmente respecto al tercero, contentóse con la siguiente interpelacion, reducida á una simple pregunta al embajador Rayneval: «En la hipótesis de que solicitase la España la cooperacion directa de las tropas francesas contra los rebeldes que militan bajo las banderas del pretendiente, ¿la concederia la Francia? Y si así lo hiciera, ¿de qué suerte, en qué proporcion, á qué condiciones la otorgaria?»

He leído todos los pormenores de esta importantísima negociacion en una muy dilatada comunicacion del señor Mendizabal al embajador de S. M. C. en Francia, fecha en 17 de abril de 1836, y á la verdad merecen ser atendidos por la historia, puesto que esplican muy á las claras el objeto de la *traslimitacion*, la cual no venia á ser otra cosa sino una amplia interpretacion de los deberes contraídos por la Francia al firmar el tratado de 22 de abril.

Dirijieronse las instrucciones á este propósito al jeneral Alava en 17 de abril, y se renovaron y esplicaron en 22 del mismo mes. Veamos ahora, en las declaraciones hechas por el ministro Thiers á las cámaras francesas, la narracion del éxito de este negocio.

Despues de haber referido la historia de las demandas y repulsas de intervencion que habian mediado desde el año 1835, dijo el señor Thiers:

«Imajinóse entónces una nueva palabra que ya no fuese la de intervencion ni cooperacion, sino *traslimitacion*.

«Cábíame á la sazón el honor de presidir el gabinete de 22 de febrero, y entónces *rehusé á nombre del gabinete* la tal *traslimitacion*.... Por lo que á mí toca, creia en 1836, bien así como en 1835, que dado que las dificultades se hubiesen acrecentado sobremanera, habia sin embargo en nosotros obligacion, interés urgente y muy escaso engorro en acudir á la ayuda de la España: mas mi parecer no diré que fuese solo, pero se hallaba en minoría en el gabinete; apenas si éramos dos de la misma opinion, el señor Passy y yo, ambos estábamos decididos á prestar inmediatamente á la España el socorro que reclamaba; pero lo repito, no éramos mas que dos en el consejo; así que, tuve que rehusar á nombre del gabinete (1).»

Siendo esto así, claro es que la solicitud de traslimitacion, propuesta por el ministro Mendizabal y apoyada por la Inglaterra, fué aprobada por el señor Thiers, quien la consideraba como comprendida en el círculo de los empeños contraídos por la Francia como de interés urgente para su nacion, y en fin como no muy difícil de plantear, y en verdad que este juicio crítico en boca del presidente del gabinete de 22 de febrero debe bastar para justificar la tentativa del señor de Mendizabal.

Quédame ya tan solo que hablar de la *demandá hipotética de cooperacion*.

Hemos visto ya que la primera determinacion tomada por el señor de Mendizabal, como ministro de estado, fué la de encargar, en 22 de setiembre de 1835 al duque de Frias, en aquella sazón embajador español en Paris, que se abstuviese de toda demanda de intervencion, explicando claramente en su despacho el motivo que le movia á dar semejante órden, que no era otro sino la inutilidad de la peticion.

Tal conviccion en el señor de Mendizabal no procedia de una repugnancia teórica ni sistemática, sino que era resultado de las formales y tan reiteradas declaraciones del gobierno francés: por lo cual no queria aquel ministro so-

(1) Monitor oficial de 15 de enero de 1837.

licitar lo que sabia de autemano que no iba á obtener.

Mas como quiera, ello es que pasados los primeros dias de entusiasmo jeneral á su favor, se comenizó á achacar á crimen al señor de Mendizabal su oposicion á la cooperacion ó intervencion francesa, como si la Francia, para apresurarse á concederla, hubiese estado esperando únicamente á que se la solicitasen.

En la sesion de procuradores de 10 de abril de 1836, acusando el diputado Alcalá Galiano al señor Mendizabal porque se habia defendido de haber pedido la intervencion, se quejó de ello y concluyó diciendo que el gobierno habia de solicitar la cooperacion en toda la latitud del tratado de la cuádruple alianza (1).

En 11 de abril volvió á la carga el señor Barrio Ayuso, y acabó por decir que antes que someterse á esa fiera (D. Carlos), se sujetaria, no solo á la intervencion de sus amigos, sino aun á la de los entes mas despreciables (2).

En el estamento de próceres hubo tambien interpelaciones del mismo jénero: así es que en 20 de abril el duque de Rivas y el marqués de Miraflores insistieron en la cuestion de la intervencion francesa; y este último la apoyó principalmente en las nuevas medidas que acababa de tomar la Inglaterra.

El ministro contestó á entrambas cámaras que, bien que enemigo de la intervencion, no lo seria sin embargo de la cooperacion; pero que él no tenia que dar esplicaciones acerca del fondo de esta cuestion, ni tampoco sobre el hecho de haber ó no solicitado la cooperacion de la Francia: que lo que sí podia asegurar era que ni la habia rechazado ni la rechazaria jamás, y que consultando los intereses y dignidad de su pais, no dejaria un solo punto de contribuir, en cuanto á él cupiese, al entero y cabal cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza (3).

En fin el príncipe de Anglona hizo la siguiente adición al párrafo del mensaje que se discutia: «El estamento desea ver realizada la mas completa y eficaz cooperacion por parte de las potencias aliadas de V. M., como consecuencia del tratado.»

Estos debates parlamentarios, los ataques de la prensa, las exigencias de todos, prueban evidentemente cuán descarriada se hallaba en aquella sazón la opinion pública acerca de la cuestion de intervencion.

Sin duda que el ministerio español no osó destruir entónces tan fatal ilusion, creida con ta-

maña ceguedad, pero en mi concepto se engañó; pues debia haberse dado á conocer abiertamente la verdad á la faz de la nacion. No ignoro que hubiera sido ello de pronto un poderoso motivo de desaliento para los constitucionales y de reanimacion para los carlistas, y bajo tal punto de vista pudo parecer cordura el guardar silencio. Tambien sé que esta razon esplica cumplidamente el sacrificio que hicieron los ministros, callando en vez de contestar á las interpelaciones con el *memorandum* del duque de Broglie de 16 de setiembre de 1835 y el despacho del duque de Frias de 15 y 17 del mismo mes; pero, apesar de todo, ello es que cediendo el señor Mendizabal á las inconsideradas exigencias que por do quiera le arrastraban, no podia en realidad hacerse ilusion acerca del resultado de una demanda de intervencion, y así es que para precaverse contra una futura responsabilidad, se contentó con proponer simplemente al gobierno francés la hipótesis que sentó en la conferencia del 16 de abril.

El tiempo y los resultados han venido á justificar el tino con que procedió en aquella sazón el ministro Mendizabal. Uno de sus adversarios, el marqués de Miraflores, en su discurso de 20 de abril de 1836, pidió: «Si en vista de la ampliacion dada por el gobierno inglés al tratado de la cuádruple alianza, se habian ya dado algunos pasos cerca de S. M. el rey de los Franceses para *exijir*, como consecuencia inmediata y absoluta del tratado, igual cooperacion por parte de la Francia en virtud de los empeños por ella contraidos (1). Si el señor de Miraflores compara su discurso de entónces con sus despachos, como embajador español en Paris en 1838, verá cono- cidamente cuánta diferencia media entre la teoría y la práctica de los negocios, y á buen seguro que la esperiencia le ha demostrado que no se *exije*, así como quiera, á una potencia cual la Francia, lo que su gobierno está resuelto á negar.

Por lo demás, bien que el señor de Mendizabal no se ilusionase en manera alguna acerca del límite que habia señalado la Francia á sus empeños como signataria del tratado, no por esto dejaron de hacer justicia á sus actos todos los ministros franceses de aquella época; prueba de ello sino las palabras que se leen en una comunicacion del duque de Frias de 18 de octubre, que pronunciadas por el duque de Broglie y referidas por nuestro embajador al ministro español, dicen así: «No puedo menos de reconocer que el señor Mendizabal ha cumplido cuantos empeños contrajo con nosotros á su

(1) Diario de las Cortes de 1836, tom. I, p. 233.

(2) Id., id., 256.

(3) Id., id., p. 256, tom. II, p. 119.

(1) Diario de las Cortes de 1836, tom. II, p. 117.

paso por París, y que en la difícil posición en que ha encontrado á su país, no ha podido hacer ni mas ni menos de lo que ha hecho.»

De mí sé decir que no acierto á concebir nada mas honroso que semejante opinión del duque de Broglie.

En esto, el golpe de estado de 15 de mayo de 1836 volcó al señor de Mendizabal, reemplazándole con el señor Isturiz.

En cuanto se encumbró al poder este ministro, apresuróse nuestro embajador á comunicarle desde París, con fecha del 21 de dicho mes, «Que toda diligencia que se practicara para obtener la cooperación ó la intervención, daría en aquella sazón por resultado una formal repulsa, cualquiera que fuese el ministerio que gobernase en la España;» y además insistía en este hecho, «que el cambio acaecido en el gabinete no produciría alteración alguna en el sistema político de la Francia, puesto que este no dependía en manera alguna de las personas, según equivocadamente se creía en Madrid al parecer.»

No contento con tan explícita declaración, repitió lo mismo el general Alava en 24 de mayo, añadiendo además: «A pesar de cuantos pasos se den, de cuantas notas se presenten, de cuantas conferencias se celebren para obtener la cooperación directa, todo será en vano, cualquiera que sea el matiz político del ministerio español; por cuya razón me niego redondamente á solicitarla, puesto que no veo el menor destello de esperanza de conseguirla, y no quiero ser el conducto por donde reciba la España una penosa repulsa.»

Pero en junio de 1836, causas enteramente extrañas á la cuestión española dieron lugar á que el ministro Thiers siguiese las inspiraciones de su franca adhesión al partido constitucional de España y le manifestase su nueva bienquerencia. Así que se resolvió en 9 de junio que la lección extranjera, que militaba en la Península, se aumentaría hasta 6,000 hombres y que se formaría en Pau otra lección.

Mas no bien se comenzaba á reunir este nuevo refuerzo, cuando llegó á París la noticia del sublevamiento de las provincias contra el ministro Isturiz, á pesar de lo cual nada se cambió en las medidas adoptadas, que fueron continuándose con todo ahínco, pues no teniendo el ministro Thiers otra ambición que la de acabar con don Carlos, y no imaginando ni por asomo entrometerse en los debates interiores de la España perseveró en su generosa política, sin inquietarse en manera alguna por las desavenencias que se traslucían entre los diversos matices del partido liberal.

Ahora bien, interpretando malamente el señor Isturiz la idea del ministro francés, imitó

el ejemplo del conde de Toreno y quiso hacer intervenir á la Francia espada en mano en las escisiones de las provincias contra el ministerio: á cuyo efecto dirigió en 6 de agosto al gabinete de las Tuilerías una nota en que solicitaba la cooperación francesa á fin de poder disponer de las tropas nacionales, para castigar y reprimir la insurrección casi general del reino. Para honor de mi país me abstengo de reproducir aquí textualmente esa nota que tuvo la mala suerte de firmar un ministro español. Igual comunicación se pasó al gobierno inglés, y aunque ignoro qué acogida mereció la recibida en París, me atrevo á asegurar que no fué oficialmente presentada al señor Thiers. En cuanto á la dirigida á Londres, volvió sí contestada, pero solo para censurarla severamente. Quedó pues aquella nota sin efecto alguno, y solo como notable monumento de los yerros en que caen los hombres políticos cuando no aciertan á interpretar las conmociones de su país, si ya no es al través de su poder efímero y de sus pasiones individuales.

A todo esto los preparativos militares que iban continuando en Pau despertaron de su letargo á los representantes en París de las potencias del Norte, cuyas reclamaciones no tardaron en embarazar en gran manera los buenos deseos del señor Thiers, el cual, á pesar de todo, persistió en su denodada resolución, y sabido es que se hallaba ya todo prevenido para la entrada en España de diez mil hombres, divididos en dos lecciones y pagados hasta 31 de diciembre, cuando un incidente imprevisto vino á desconcertar la ejecución del plan del señor Thiers.

Y fué que la llegada del general Bugeaud, que venia de Arjel para encargarse del mando de aquel refuerzo de tropas, produjo en 13 de agosto tal desavenencia entre la corona y el presidente del consejo, acerca de la política relativa á España, que el ministro Thiers se creyó precisado á dar su dimisión acto continuo. En efecto, el día 16 se discurrió muy estensamente la cuestión española en el consejo, que constaba de ocho ministros, siete de los cuales presentaron su dimisión, no pudiendo conseguir que prevaleciese su parecer. A pesar de esta determinación, se reunió de nuevo el consejo el día 17, y durante esta conferencia, que parecia habia de ser la última entre la corona y los miembros del gabinete, llegó el parte telegráfico de los acontecimientos de la Granja en la noche del 12; mas lejos de resolver este suceso la disolución del ministerio francés, suspendió por el contrario la crisis en que se encontraba el gabinete de 22 de febrero, y se continuó la organización de las tropas de distintas armas que habian de formar las dos lecciones de Pau.

Dado que los hechos que ocasionaron la di-

solucion del ministerio de 22 de febrero son ya sobremañera lejanos, sin embargos de la mayor importancia, para nosotros Españoles, el evidenciar que la insurreccion lejitima de las provincias y el acaecimiento de la Granja en nada influyeron en la disension que se orijinó entre la coronay sus consejeros, con ocasion de la cuestion española; y que semejante disension consistió únicamente en el ensanche que pretendia dar el ministro Thiers al tratado de la cuádruple alianza, con entera abstraccion de lo que acaecia á la sazón en España.

Lo importante de semejante rectificacion estriba en que se ha jactado cierto partido en España de haber alcanzado personalmente del gobierno francés ese mayor ensanche del tratado de la cuádruple alianza: pretendiendo así que los socorros ya prevenidos se retiraron á consecuencia de los acontecimientos de agosto de 1836, que encumbraron á sus adversarios políticos al poder.

Para restablecer pues la verdad histórica, acudiré á las manifestaciones hechas en la tribuna de la cámara de los diputados en 14 de enero de 1837, y por su sucesor el conde de Molé.

Despues de acaecida la revolucion de san Ildefonso, el gabinete de 22 de febrero, á nombre de siete miembros de los ocho de que constaba, sostuvo por mi órgano la siguiente opinion: «Yo digo que aun cuando la nueva revolucion diese idénticos resultados á los de la anterior, que volcó al conde de Toreno, sin embargo no acarrearía por esto mayores demasías.....El gabinete de 22 de febrero sostuvo que conlicenciar las tropas reunidas en Pau, con abandonar un instante la causa de España, se la abandonaba irrevocablemente, esponiéndose á consecuencias inmensas (1).»

Veamos ahora cómo se esplicaba á su vez el conde de Molé, acriminando al gabinete de 22 de febrero por haberse aferrado en su política relativa á la España, aun despues de los acaecimientos de agosto.

«Precisamente cuando la anarquía hizo nuevos y temibles progresos, cuando estuvieron en su mayor fuerza todos los motivos que han hecho rechazar siempre la intervencion, como inútil para la España, y peligrosa para nosotros; entónces se decidió el ministerio anterior á cooperar, y se hallaba dispuesto á intervenir..... ¿Qué digo? aun hizo mas. Realizáronse los mas aciagos pronósticos, la hipotesis propuesta por el señor Isturiz al señor Bois le Comte (2).....

(1) Monitor oficial de 15 de enero de 1837.

(2) El Señor Isturiz preguntó al señor Bois le Comte. «Si se impusiese á la reina por violencia la constitucion del año doce, consideraría el gobierno francés.

¿Quién no hubiera creído entónces que el gabinete de 22 de febrero volveria á la política que hasta poco tiempo antes signiera? ¿Quién no se imaginaba en aquella sazón que el ministerio se encargaria otra vez del poder, ó que á lo menos no hubiera realizado la intencion, que nos habia anunciado, de dejarlo? Sabido está lo que despues se siguió, sin que tenga yo necesidad de repetirlo» (Monitor del 14 de enero de 1837).

Dos declaraciones tan solemnes y esplicitas sin duda deben de bastar para hacer palpable la animosa cuanto noble determinacion del señor Thiers, de llevar adelante el premeditado socorro eficaz en favor de la España, sin que le arredrasen los acontecimientos del mes de agosto: pues abrigaba allá aquel diplomático un pensamiento político grandioso, no una mezquina predileccion por un partido. Loor eterno debe de redundar al señor Thiers y sus colegas por tan osado intento, quasi el presidente del gabinete de 22 de febrero supo sacar provecho con tan amaestrada sagacidad de algunas circunstancias procedentes del viaje de los príncipes franceses á Viena, á fin de apadrinar eficazmente la causa constitucional, hubiéralo verificado ciertamente; aunque el ministerio español distara mucho de ser quien era en aquella sazón. Así es que cualquiera que fuese la opinion de los liberales españoles acerca de la cuestion de intervencion, la gratitud de todos ellos acompañó sin disputa en la desgracia á aquel diestro y jeneroso ministro.

Al señor Thiers debe la España la lejon de Arjel que se le concedió en 1835 (1), á fuer de transacción, para que se quedase en el ministerio: y apenas vuelve á ocupar el puesto que le hiciera abandonarsu fidelidad á la España, cuando la vijilancia y custodia de las fronteras han empezado á ser ya una verdad, y las mas enérgicas medidas han probado á los carlistas que en vano tratarian de violar impunemente el asilo ofrecido por la Francia: por esta razon la vuelta del señor Thiers al ministerio francés, ha sido celebrada por la España entera y su nombre será por siempre popular en toda la Península.

El ministerio de 6 de setiembre repuso las cosas en el ser que tuvieran antes del 22 de febrero, y ejecutó el tratado de la cuádruple alianza en los términos que lo habian comprendido los anteriores ministerios.

No habiendo querido el jeneral Alava prestar

como todavia subsistente en lo relativo á España el tratado de la cuádruple alianza de 22 de abril?» (Monitor del 15 de enero de 1837).

(1) Discurso del Sr. Thiers en la Cámara de los diputados en 14 de enero de 1837 (Monitor del 15).



juramento á la constitucion de 1812, fué reemplazado por el conde de Campuzano, quien tomó el carácter de ministro plenipotenciario en vez del de embajador.

Durante el ministerio del señor Calatrava, quedó del todo abandonada la cuestion de intervencion y cooperacion, sin que se diese ningun paso para obtenerla, de tal modo que las relaciones entre los gabinetes de Madrid y Paris vinieron á quedar otra vez bajo el pié de los negocios ordinarios.

Sin embargo á solicitud del gobierno español, y para facilitar mas y mas la llegada de las tropas constitucionales á los puntos amagados por los carlistas, el gabinete de 6 de setiembre facilitó á nuestras tropas el paso por el territorio francés, y aun ofreció abastecer de víveres y municiones al ejército constitucional, acorralado hácia la frontera, prometiendo acoger á los soldados constitucionales, caso que tuvieran que refugiarse en Francia, y mandar internar á los facciosos arrojados al territorio francés. Además de esto, revocóse la orden de 24 de marzo de 1836 y quedó de consiguiente prohibido en toda la frontera el comercio de víveres y prendas de vestuario.

Inmediatamente despues de la caída del señor Calatrava, llamóse á la corte al conde de Campuzano; y el nuevo ministro de estado, que lo fué el señor de Bardají, le dió por sucesor al marqués de Espeja, quien tardó en ir á ocupar su puesto, tanto que no comenzó á ejercer sus funciones de ministro plenipotenciario hasta la época de la administracion del conde de Ofalia, nombrado secretario de estado y presidente del consejo en reemplazo del señor de Bardají.

El nuevo ministro español renovó el yerro cometido por los señores Martínez de la Rosa, Toreno é Isturiz. Haciéndose, cual los anteriores ministros del partido moderado, la vana ilusion de que la homogeneidad de opiniones personales ejerceria un influjo decisivo en los ministros franceses, el conde de Ofalia ordenó á su delegado en Paris, con fecha de 13 de enero de 1838, que solicitase la intervencion armada de la Francia, de tal suerte, que ocupase esta nacion la Navarra y provincias Vascongadas, bien así como los valles limítrofes y algunos puntos de la costa de Cantabria, mientras que se efectuaba igual ocupacion en la frontera de Cataluña.

A falta de esta intervencion directa, tenia el marqués de Espeja orden de aceptar un cuerpo de tropas francesas al servicio de la España: á bien que no tuvo semejante trabajo; pues ni siquiera se le hizo esta oferta.

Tal demanda bien daba á entender que, á pesar de su sagacidad, participaba el conde de

Ofalia de los errores del partido, que por una de estas anomalías tan frecuentes en nuestra época, acababa de elegirle por cabeza, ó á lo menos que cedía á sus exigencias. Mecerse en la esperanza de alcanzar una intervencion era por cierto desconocer groseramente la política del gobierno francés: mas no satisfecho con ello el conde de Ofalia, quiso cometer su yerro en toda la estension posible, mezclando á esta interpretacion del tratado de la cuádruple alianza otras cuestiones de política interior: pretendió pues discutir con la Francia la bondad intrínseca y relativa de las opiniones moderadas y exaltadas, y convirtió la intervencion contra los carlistas en arma de gobierno interior: haciendo así la repulsa de la Francia, si no mas cierta, á lo menos mas fácil de justificar. Aprovechó el señor Molé tan feliz coyuntura para plantear la aplicacion de los principios que proclamara altamente el año anterior en la tribuna de los diputados, relativa al respeto debido á la independencia de la España, y al invariable propósito en que estaba el gobierno francés de no tomar parte alguna en el debate de las opiniones liberales que se disputaban allí la direccion de los negocios. Habia ya declarado aquel ministro en 14 de enero de 1837, cuando la discusion de la contestacion al discurso del trono, « Que lo que él temia no era la guerra, sino toda suerte de entrometimiento en el gobierno interior de España, el cual consideraba él como un error, como un riesgo: que el estatuto real ó la constitucion de 1812, el orden ó la anarquía en la Península, eran todas cuestiones puramente españolas, en que el gobierno francés no debia ni podia tomar parte (1). »

Tras semejante profesion de fe, imperdonable se hacia de todo punto en el conde de Ofalia el andar discutiendo con el de Molé la superioridad de los principios de que se titulaba representante, calificando de subversivos los de sus adversarios políticos tanto mas cuando con su tenacidad en presentar á los ojos del gobierno francés al partido moderado como el único capaz de salvar la España, ofrecia el conde de Ofalia al ministro Molé el mas seguro medio en que apoyar la negativa de intervencion con razones indestructibles.

Sabido es que de nada sirvieron las discusiones de 1837, no menos que la de la contestacion al discurso de la Corona, para demostrar al conde de Ofalia cuán inútiles fuesen todos los pasos practicables á fin de obtener un socorro de la Francia. El tan famoso *jamás*, pronunciado por el conde de Molé en la sesion del 11 de enero de

(1) Monitor del 15 de enero de 1837.

1838, ningún eco tuvo en el gabinete de Madrid, y así fué que apesar de él, en 22 del mismo mes, renovó el señor Oñalía sus órdenes para solicitar: «1.º que la Francia ocupase los valles limítrofes entre Pamplona y san Sebastian: 2.º que se permitiese reclutar y organizar un cuerpo de diez á doce mil hombres, bajo el pié de las lecciones formadas en Pan en 1836: 3.º la garantía de un empréstito.» En esta comunicacion no vacila en decir el señor Oñalía: «que la esperanza de una intervencion habia sido el motivo de las elecciones que dieron por resultado las cortes de 1837.»

No habia esperado siquiera el marqués de Espeja las últimas instrucciones del conde de Oñalía, sino que tomando por base las de 15 de enero, pasó en 24 de este mes una nota al gabinete de las Tuilerías, conforme en un todo á lo que se le prevenia en las órdenes de su gobierno, y reclamó la cooperacion, como único arbitrio de asegurar la paz á la nacion. «Tiempo seria ya, decia, de terminar por fin las desastrosas consecuencias á que puede dar lugar el acuerdo de la cámara de los diputados, cuando llegue á noticia de la nacion, la cual cifra toda su esperanza en la franca ejecucion del tratado.»

Fiel en todas circunstancias el conde de Molé á su sistema de no intervencion, apresuróse á contestar con otra nota en la cual, el 29 de enero, decia: «Segun las esplicaciones dadas en la tribuna por el ministerio francés y en vista del consentimiento de las Cámaras, existe ya un hecho fuera de toda duda, y es, que el tratado de 1834 no impone á la Francia mas obligaciones que las tan lealmente cumplidas desde cuatro años á esta parte, fuera de las cuales se halla colocada la intervencion directa. Además de esto, resulta del conjunto de todas las negociaciones, que el gobierno del rey, lejos de fomentar las ilusiones que ha podido crearse allí el gabinete de Madrid, acerca de las probabilidades de obtener semejante especie de socorros, ha hecho por el contrario un particular estudio desde fines de 1833 en derrocar tamaño error.»

Demostrado tengo ya cuán verdadero fuese semejante aserto del señor Molé, y cuán imperdonable acerca de este punto era la tenacidad del partido moderado, despues de la franqueza estremada é incesante con que se esplicara el gabinete francés, la cual no daba por cierto ocasion á ilusionarse.

El ministro francés terminaba su nota con estas palabras, donde rebosaba de continuo la verdad: «Cualquiera que fuese el aciago influjo de este error en los destinos de la España, claros que al gobierno del rey nose le podria achacar en ningún tiempo su responsabilidad, sino que pesaria por entero sobre los que lo hubie-

sen promovido; y si en vista de la negativa de intervencion, viniese una malhadada reaccion á acrecentar mas y mas las dificultades de los hombres para cuyo encumbramiento al poder nada hemos practicado nosotros, porque no queremos mezclarnos en el régimen interior de la España, pero que contemplamos en él con satisfaccion: si, lo que mas es, debiese su vuelco ser la señal del triunfo de los anarquistas, la Francia rechazaria toda acusacion de haber contribuido ni aun indirectamente á tan deplorables resultados. El gobierno del rey se halla dispuesto, como siempre lo ha estado, á favorecer eficazmente el triunfo de los defensores de la reina Isabel II, así en lo venidero como con respecto á lo pasado: cumplirá fielmente las estipulaciones del tratado, se prestará á todas las medidas que no tengan mas que esta mira, pero solo añade una restriccion, y es que no quiere comprometer con ello el porvenir de la Francia, ni emplear en España recursos de que ella pueda necesitar para intereses mas inmediatos y apremiadores.»

Visto está pues que el lenguaje del señor conde de Molé ha sido siempre sobre la cuestion de intervencion, tan sincero y explicito como el del duque de Broglie. Conformándose entrambos ministros á una política mas ó menos amplia en la interpretacion del tratado, jamás han variado en lo mas mínimo acerca de los puntos esenciales para la España. Nada de intervencion directa, nada de entrometarse en los asuntos interiores de la Península, sean cuales fueren las personas, sean cuales fueren las opiniones de los ministros de Isabel II.

El señor marqués de Espeja fué reemplazado por el marqués de Miraflores, uno de los signatarios del tratado de la cuádruple alianza, quien volvió á tomar el puesto de embajador y á pesar de sus prodigiosos esfuerzos de interpretacion sobre el sentido y espíritu de cada uno de los artículos del tratado de la cuádruple alianza, no ha podido aquel señor hacer dar un solo paso á la cuestion, hasta que los acontecimientos vinieron por sí mismos á dar una solucion á esos interminables debates diplomáticos.

Creo que cuanto llevo referido acerca de las declaraciones de principios, hechas en la tribuna francesa por los dos presidentes de los gabinetes de 22 de febrero y 6 de setiembre, y sobre la nota del señor Molé de 29 de enero de 1838, debe bastar para rectificar esa pretension del partido moderado, es á saber: que la Francia concedia á su sistema político un apoyo negado á los representantes del otro sistema. Sin embargo importa tantísimo que la verdad sea exactamente conocida, para presentar este hecho en toda su evidencia, que invocaré á mayor abunda-

miento el testimonio de uno de los hombres descollantes del partido moderado y representante de este en Paris.

«Nobien hubo tomado posesion el señor de Miraflores de sus altas funciones diplomáticas, cuando imprimió en sus despachos el sello de un íntimo descontento, apresuróse á comunicar á su gobierno que toda esperanza de intervencion seria una quimera, que no se prometia ser mas feliz que sus antecesores, y que reconocia que bajo cualquiera forma que se intentase semejante negociacion, tendria siempre un estéril resultado, pues que el gabinete francés jamás habia variado ni variaria de conducta acerca de aquella cuestion.»

Despues de haber desengañado lealmente á su gobierno, en un despacho de 25 de octubre, llevado el marqués de Miraflores de la imperiosa fuerza de la verdad, terminaba su comunicacion con estas notables palabras: «El gobierno francés, lejos de apoyar al partido político que mas analogía tiene con el espíritu del gabinete de las Tuilerías, lo ha colocado por el contrario en una posicion sobremanera difícil con respecto al partido exaltado: y en efecto este último puede decir á los moderados. Habeis pretendido ser apoyados por la Francia, nos habeis ofrecido su cooperacion, y ella os la ha negado. Todo ha sido una quimérica ilusion.— ¿Qué mas se puede hacer para soterrar á un partido?»

Por cierto que al señor de Miraflores le sobra mil veces la razon. Nada vuelca mas fijamente á un partido que sus propios y espontáneos yerros; y nada puede darse mas voluntario, que la errónea interpretacion atribuida á la política de la Francia, invariable en su negativa de intervencion, por el partido á que aquel señor pertenece. Ya en 1834, el 16 de julio, escribia el señor de Rigny al señor de Rayneval. «Conviene que por vuestra parte trateis de evitar que el gabinete español se meza en esperanzas que no nos cabe realizar; y aun debo añadirlos que teneis que desecher toda demanda de intervencion que acaso se os hiciere, hasta impedir, si es posible, que le ocurra al gabinete de Madrid semejante idea.» Por ahí se ve, pues, que este error debe pesar por entero, para servirme de la expresion del señor Molé, sobre los que lo han promovido.

El viaje de la princesa de Beyra al través de la Francia se efectuó tan fácilmente como se verificara en otra sazón el de D. Carlos y D. Sebastian; por lo cual dió ocasion á que pasase el marqués de Miraflores al gobierno francés una nota en que se explicaba el orijen y objeto del tratado de 22 de abril. Despues de haber demostrado, mediante el hecho, objeto de la reclamacion, la

insuficiencia de los medios hasta entónces empleados para custodiar la frontera de los Pirineos, solicitaba el embajador español que se abriesen conferencias en Paris entre los signatarios del tratado, para examinar si habia ya llegado el momento de dar nueva amplitud al artículo cuarto del convenio primitivo.

Contestó el conde de Molé el 12 de noviembre con una nota bastante fuerte en que rechazaba la demanda de apertura de conferencias, y que dió lugar á una protesta del embajador español de fecha del 14, bien que la cosa no pasó de aquí.

El marqués de Miraflores comunicó todos los documentos al gabinete de Madrid, repitiéndole que no habia medio alguno de obtener un cambio de política. «Existe una resolucion impertérrita y siempre la misma, de no mezclarse en nuestros asuntos, dejando al tiempo y á los acontecimientos el cuidado de resolverlos, por mas que acarreasen estos horribles convulsiones.» Obsérvese pues con cuán ciega tenacidad han estado quejándose de continuo todos los gabinetes españoles moderados de que la Francia no quisiese intervenir en los negocios interiores de la España.

Desde las primeras conferencias que tuvo el embajador español con el mariscal Soult, recientemente nombrado ministro de negocios extranjeros, apresuróse á comunicar á su gobierno, el 18 y 24 de mayo de 1839, «que se habia usado con él el mismo lenguaje del señor Molé en todo cuanto hacia relacion al cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza.» Unicamente se acertó á conseguir allá por el mes de junio, que el ministerio francés aumentase las fuerzas navales en las costas de España, é hiciese internar á los carlistas.

Pero habia ido trascurriendo tiempo, y se amortiguaban así las pasiones que encendiera y alimentara la guerra civil: necesitaban todos de reposo, los días de ilusion habian ya desaparecido: habia por fin sonado la hora de la reconciliacion de los Españoles. La sensatez de las masas alcanzó lo que el denuedo, el desapropio y la diplomacia no habian acertado á conseguir, y el afortunado jeneral Espartero, tras seis años de lucha contra la insurreccion, reportó la gloria de desarmarla; la única garantía que exigieron sus enemigos para someterse fué la palabra del jeneral. Dióla á fuer de guerrero, de buen Español, de leal ciudadano, á fuer de guerrero, puesto que fué jeneroso despues de haberse mostrado sobremanera bizarro: á fuer de buen Español, ya que declaró al comisario inglés, lord Wylde, que queria que, en cuanto cupiese, no intervinieran los extranjeros en la pacifica-

cion (1); y en fin, á fuer de leal ciudadano, porque supo respetar la omnipotencia de los representantes de la nacion en la cuestion de fueros. Aceptaron las Córtes la palabra del jeneralísimo cual una deuda nacional, y la cumplieron en efecto votando la conservacion de los fueros de las provincias vascongadas y de la Navarra, salva la unidad constitucional.

El recuerdo de tantos padecimientos es la mas segura garantía de que es imposible volver á ellos: el convenio de Vergara acalla toda animosidad; y no habrá resentimiento alguno que no enmudezca al respeto que infunde aquella obra nacional, desde cuya verificacion cesó el tratado de la cuádruple alianza. Sin embargo jamás serán sobrado públicos los sentimientos de gratitud que debemos los Españoles á cuantos no han considerado aquel pacto, cuando la época de nuestras aciagas disensiones, como un documento de ningun valor. Dia vendrá, ó á lo menos yo así lo espero, en que los representantes de la na-

(1) El duque de la Victoria me dijo candorosamente, lo mismo que Maroto, al principiar las negociaciones, que deseaba terminarlas, si era posible, sin ninguna mediacion estranjera, añadiendo que era una contienda entre Españoles que debia dirimirse por los mismos (Carta del coronel Wylde á lord Palmerston, fecha en Vergara á 1.º de setiembre de 1839. Documentos presentados al parlamento).

cion, intérpretes de los sentimientos de todos los Españoles dignos de semejante nombre, voten solemnemente gracias á los dos hombres de estado que con tanta constancia y lealtad han sostenido nuestra causa constitucional.

En suma, el tratado de la cuádruple alianza en que se declara la espulsion de don Cárlos, representante de la obra dinástica de Luis XIV, es uno de los mas cumplidos triunfos de las nuevas ideas, y no hay duda sino que la Francia, con posponer los intereses dinásticos á los principios que regulan la sociedad moderna, ha dado muy claras muestras de nobleza y jenerosidad.

Preciso es ver un inmenso adelantamiento en el abandono de una idea por tan largo espacio predilecta, y que el mismo Napoleon quiso reproducir, bien que en vano, á favor de su dinastía. Las simpatías de los Franceses para con el triunfo de nuestra causa merecen nuestra mas acendrada gratitud; pues, lo repito, ha habido en ello por su parte sacrificio completo de ideas, inexactas segun mi modo de ver, pero jeneralmente admitidas acerca de las ventajas que reportara á la Francia el restablecimiento de una dinastía francesa reinante allende los Pirineos. Como quiera, una vez pacificada completamente la España, una vez afianzado el orden en todos sus ángulos, entónces, como ya llevo dicho mas arriba, podrán esclamar entrambos pueblos: «Ya no hay Pirineos», y este aserto será una verdad

CAPITULO SEGUNDO.

La Inglaterra.

A cualquiera que negare el influjo de los tiempos y de las situaciones en el orden político, y no viere la trasformacion verificada en nuestros dias por el triunfo de los principios en los intereses dinásticos, pudiera señalársele, como prueba de tamañas alteraciones, la actitud de cada una de las grandes potencias de Europa en lo relativo á la cuestion dinástica española; y á la verdad, si consideramos cuál fuese la política europea al advenimiento de los Borbones al trono de España, y cuál ha sido desde la muerte de Fernando VII, observaremos del todo trocados los papeles, si ya no es en lo concerniente á la Inglaterra, la cual obró en 1834 de la misma suerte que en 1700.

El orgullo dinástico de Luis XIV impuso enormes sacrificios á la Francia durante la guerra de sucesion, y solo lanzando el mariscal Villars su triunfante espada en medio de las negociaciones, acertó este guerrero á salvar el honor de la Francia y del *gran* monarca.

En 1833 hemos visto á la Francia aceptar la abrogacion del auto acordado en 1713, que aseguraba la corona de España á la dinastía borbónica, y reconocer á Isabel II, y no tardó aquella nacion en firmar el tratado de la cuádruple alianza, cooperando en seguida á la espulsion de D. Cárlos, tanto como le permitió la política de su gobierno.

Mas el Austria adopta por el contrario espon-

taneamente la causa que había contrareestado en 1700, y cediendo á su vez al influjo de los principios de su existencia política, olvida su propia historia para sostener al pretendiente.

Así que, entrambas potencias, sometidas á la accion de su organizacion política y social, renuncian cada cual por su parte á todo cálculo dinástico, con la mira de abrazar la defensa de intereses políticos del todo opuestos. La Francia ha querido, antes que todo, el triunfo de la libertad. El gabinete de Viena por el contrario, engolfado allá en su inmóvil absolutismo, ha socorrido moralmente la causa despótica, mientras que la Holanda se ha pronunciado tambien en idéntico sentido, llevada del odio que abrigaba por la revolucion de Bruselas.

Solo la Inglaterra sigue una política tradicional, ventaja por cierto inapreciable en un país donde la libertad es antigua, fuertemente constituida y afianzada con solidez. En 1700, pelearon los Ingleses contra el engrandecimiento dinástico de los Borbones, y contra el influjo que este grangeaba á la Francia sobre la España; y en 1834 saludan con jubilo la emancipacion de la España que quebranta las cadenas que tan estrechamente la ligaran á la suerte de la Francia, por desgracia de entrambos pueblos. El tratado de la cuádruple alianza ha sido obra de la Gran Bretaña, y si los resultados no correspondieron á lo grande del intento ni al poderío de los signatarios, á lo menos no podrá decirse que el ministerio inglés haya dejado de cumplir jenerosa y francamente las condiciones bajo las cuales aceptara la coalicion. En esta cuestion de principios y de porvenir se han desfigurado indignamente las miras de la Inglaterra; y la inalterable y leal adhesion que ha mostrado siempre al restablecimiento del réjimen representativo en España ha sido objeto de mil y mil calumnias, se ha hecho descender una cuestion de civilizacion y de progreso al vil terreno de miserables miras mercantiles, como si nuestro absurdo y fatalísimo sistema de aduanas nos obrase por sí solo para entregar el mercado de España, por medio del contrabando, á las manufacturas inglesas.

La Gran Bretaña, ora por interés, ora por la necesidad de contrarestar influencias rivales, se ha manifestado constantemente desde muchos años á esta parte aliada sincera de la España. Ninguna de las guerras que hemos tenido que sostener contra la Inglaterra desde el año 1700, ha procedido del gabinete de Madrid, sino que en todas ellas, ya en 1763, ya en 1775, ya en 1805, nos hemos visto arrastrados por los malhadados empeños que contrajéramos con la Francia; y, lo que mas es, durante la guerra de la independencia, la Gran Bretaña prodigó sangre y tesoros

á favor de nuestra causa nacional. Nada importa que tales sacrificios se dirijieran no menos á anonadar á los Franceses que á defender á los Españoles; ello es que los beneficios granjeados á nuestro país no han sido por esto menos efectivos, ni sus resultados menos trascendentales.

En el congreso de Verona de 1822, testigo la Inglaterra de los esfuerzos que hiciera la restauracion para conseguir que la santa Alianza adoptase sus proyectos contra la libertad española, protestó abiertamente y negó su adhesion. Los singulares principios acerca del derecho de intervencion, sentados por el señor Chateaubriand, hallaron un denodado contradictor en el duque de Wellington, y en medio de las conferencias de aquella coalicion antisocial, atunando el jefe de la aristocracia inglesa sus fuerzas materiales y morales, levantó su voz en defensa de la independencia nacional de los Españoles. Guardóse allá para sí el señor Chateaubriand el triste papel de público acusador, manifestándose contrario á la España y á favor de un monarca ingrato y sin fe, que tan solo trataba de engañar á las Cortes y cuyo carácter escusaba las violencias de estas, ya que no las autorizase (1). « El señor Chateaubriand queria *« que en vez de entretenerse en enviar notas á Madrid, se invadiese inmediatamente la España, obrando con presteza y energia, y echando mano sin escrúpulo de todos los medios (2). »* La Inglaterra, es verdad, hubiera podido con sola una palabra destruir aquella asociacion del fanatismo absolutista; no lo hizo, y se ha privado con ello de esclarecida gloria.

Fuerza es deplorar la política miedosa y vacilante que dirijia en aquella sazón las negociaciones del gobierno británico: tanto mas, cuando se hallaba en la mas ventajosa posicion para impedir la intervencion francesa. Y aun debe añadirse que el ministerio inglés conocia su poder y la popularidad de una resolucion al cabo nada peligrosa: véase sino lo que decia el señor Canning al señor de Chateaubriand en su comunicacion de 7 de febrero de 1823:

« Habeis aunado contra la Francia las opiniones de todo este pueblo, *cual si fuesen la de un solo hombre*, y escitado contra el actual soberano de este reino los sentimientos dirigidos contra el usurpador de Francia y de España en 1808; aun mas, preciso es confesarlo, la unanimidad es hoy día mas cumplida que no lo era entónces,

(1) Chateaubriand, Congreso de Verona, tomo 1.^o, p. 141.

(2) Carta del Sr. Chateaubriand al Sr. de Villele, fecha en Viena á 28 noviembre de 1822. Congreso de Verona, tom. I, p. 158 y 159.

pues en aquella época les repugnaba á los jacobinos el acriminar á su ídolo, en vez de que ahora ellos y los whigs y los toris de un extremo á otro del país abrigan un mismo sentimiento. El gobierno en la actualidad no ha dirigido al público: muy lejos de ello, ha sucedido todo lo contrario.»

Y el señor Canning conocia tan á fondo la verdad, que el señor de Chateaubriand no pudo menos de confesar mas tarde en una carta al señor de la Ferronais, fecha en 1.º noviembre de 1823, lo siguiente:

«Si el señor Canning hubiese aprestado veinte buques antes de la campaña y enviándolos frente á Cadiz, sin duda que nos hubiera embrazado sobremana (1).»

Pero si el gabinete de san James no se encombró en aquella ocasion al brillante papel de defensor activo de las libertades de un pueblo amigo, por lo menos tuvo suficiente valor y conciencia para rechazar la monstruosa violacion del derecho de jentes que se estaba fraguando en Verona, y para proclamar la independencia de las naciones en sus asuntos interiores.

En la décima sesion, que fué la de 20 de octubre, los plenipotenciarios franceses afectaron pueriles recelos de una agresion *formal, posible y tal vez probable*, por parte de España (2), y haciéndose un honor de tener que *preservar* á la Europa del azote revolucionario y solicitando el apoyo moral y socorros materiales de las potencias del Norte, sentaron las tres proposiciones siguientes:

«1.º Caso que se viera forzada la Francia á retirar de Madrid el ministro que allí la representa y á romper toda relacion diplomática con la España, ¿se hallarian dispuestas las altas potencias á tomar igual medida y á llamar á sus legaciones?»

«2.º Si estallase la guerra entre la Francia y la España, ¿en qué forma y con qué actos prestarian las altas potencias á la Francia el apoyo moral que habia de dar á su accion toda la fuerza de la alianza, é inspirar un saludable temor á los revolucionarios de todos los países?»

«3.º ¿Cuál es en fin la intencion de las altas potencias, en cuanto á la esencia y forma del socorro material que estarian dispuestas á prestar á la Francia, caso que á solicitud de esta potencia se hiciese necesaria su intervencion, admitiendo una restriccion que la Francia declara y que ellas reconocerán como imperiosamente reclamada por la disposicion de los ánimos?»

En la conferencia de 17 de noviembre, las tres potencias del Norte contestaron satisfactoriamente á los deseos de los plenipotenciarios franceses.

Pero el Duque de Wellington se negó á firmar aquellas dos actas, y en la nota en que explica las razones que á ello le movieron, dice: «El gobierno de S. M. B. opina que la censura de los negocios interiores de un estado independiente, á menos que estos afectaren los intereses esenciales de los súbditos de S. M. es incompatible con los principios que ha observado constantemente S. M. en todas las cuestiones relativas á los asuntos interiores de los demás países (1).

El mismo, á su regreso de Verona, propuso al gobierno de Luis XVIII la mediacion de la Inglaterra, pero no fué aceptada (2). «Habia necesidad de guerra contra la España, porque tal era el voto manifestamente pronunciado de todas las potencias, y porque se tenia que aprovechar aquella ocasion, tal vez única, de colocar de nuevo á la Francia en el puesto de las potencias militares, y rehabilitar la escarapela blanca mediante una guerra corta y casi sin riesgo ninguno (3).»

En vista de todo esto, ¿qué hay que estrañar que la Inglaterra haya querido hacer de un modo activo en 1834 lo que intentó negociar en 1822? La diferencia de tiempo y circunstancias le ha permitido practicar lo que no creyó poder poner en planta, pues en el congreso de Verona sin embargo se observa una íntima trabazon en la conducta de aquella potencia; así es que en los principios de su política hay lógica y constancia y solo el espíritu de partido puede soñar cálculos materiales en el invariable sistema del gabinete inglés con relacion á la España.

Sin duda que la Inglaterra está viendo al lado de los principios sus propios intereses; pero precisamente en esto estriba toda alianza sólida. Un pueblo comerciante, industrial, con un gobierno vigorosamente organizado, por precision debe de querer imprimir á su comercio todo el desarrollo posible; mas ciertamente no se trafica largo tiempo ni de un modo provechoso, si ya no es con jente rica: y en nuestra época la prosperidad esclusiva de un pueblo es una blasfemia en economía política, y no puede ser mas que una mentira. Diré mas, aun cuando se estinguiese en Inglaterra todo sentimiento puramente jeneroso y noble, siquiera por egoismo debe-

(1) Congreso de Verona, tomo 1.º, p. 123.

(2) Id. tomo 2.º, p. 234.

(1) Id. tom. 2.º, páj. 301.
(2) Comunicacion del Vizconde de Montmorency de 20 de octubre de 1822.

(3) Carta del Sr. Chateaubriand al Sr. de Villele fecha en Viena á 31 de octubre de 1822. Congreso de Verona tomo 1.º, p. 145.

ria apetecer aquella nacion la prosperidad de un pais tal como la España. La riqueza agrícola de la Península haria florecer la industria manufacturera de los Ingleses, al propio tiempo que el mayor consumo de nuestros productos seria la justa y lejitima compensacion de la rebaja de nuestras tarifas y de la repudiacion del sistema prohibitivo.

Cuanto se ha dicho respecto al empeño de la Inglaterra en arrancarnos una concesion de monopolio comercial, no tiene visos de razon. Lo que sí ha querido, lo que ha realizado efectivamente mediante sus tratados con la Turquía y el Austria, lo que está á pique de negociar hasta con la Francia, y lo que esta acaba de realizar con la Holanda, es un arreglo recíproco de aranceles, de suerte que sean las tarifas acomodadas á las luces del siglo y á las necesidades de los pueblos, no menos que á los verdaderos principios de economía política, y sabido es que la Gran Bretaña nada ha pedido sin ofrecer al propio tiempo su compensacion. Mas si obcecado el gobierno español acerca de sus verdaderos intereses, se ha negado constantemente, llevado de quiméricos temores y de equivocadas miras, á renunciar á un sistema prohibitivo que el contrabando hace y hará siempre de todo punto ilusorio, quien ha perdido en ello ha sido únicamente él; pues por lo que á la Inglaterra atañe, es cuestion puramente de moralidad. Por lo demás el contrabando la indemniza de la ignorancia del gobierno español, puesto que el comercio lícito que hace con la Península asciende solo á 39,100.000 reales de vellón, y el tráfico por medio del contrabando llega á 270,000.000. Si pues prefiere la España percibir derechos sobre la octava parte de los jéneros ingleses mas bien que sobre la totalidad de ellos, fácil es conocer que nada pierde el comercio británico en tan monstruosa desproporcion; tanto mas, cuando no se halla en manera alguna espuesto á que se ejerza en Inglaterra la reciprocidad del contrabando á favor de los Españoles.

Sin embargo el gobierno de un pais del todo comercial no puede menos de mirar con dolor que las transacciones mercantiles estriben en la base del contrabando, de esa violacion de las leyes y de la moral pública; y en Inglaterra donde todo se cifra en el crédito y buena fe, deben llevarse con notoria repugnancia esas estipulaciones organizadas de tal suerte, que el contrabando sea la regla y el comercio lícito la escepcion de ella. Nada es tan contajioso como el mal.

Así que, la cooperacion de la Inglaterra á favor de la causa constitucional española no se ha debido á consideraciones de orden mezquino é interesado; sino que aquella nacion ha anhelado

do el triunfo de un principio y la emancipacion de la España. Tal fué el núcleo del tratado que firmó desde luego con las dos naciones de la Península, y preciso es confesar que ha sido fiel á aquel convenio, y que ha interpretado sus condiciones en el sentido mas lato.

La Inglaterra ha prodigado á la España armas, municiones y víveres (1), ha multiplicado sus

(1) Estado de las armas, municiones y pertrechos de guerra, aprontados al gobierno español por S. M. E. desde que se firmó el tratado de la cuádruple alianza.

Por el departamento de la guerra.

Entregado al gobierno español.

321.600 fusiles, 10.000 carabinas, 3.600 pistolas, 10.000 espadas, 4.000 carabinas listadas, 6.000.000 de cartuchos, 29.028 cartuchos de cañon y cajas de metralla, 938.531 libras de pólvora, 40.378 fajinas, 40 cañones de hierro, 12 morteros de lo mismo, 28 obuses, 20 morteros de sitio, 12 carros, 27.820 cobetes, 1.000 tiendas de campaña, 1.000 cubiertas, 2 puentes volantes.

1 pieza de 18 libras, 6 cañones de á 18, 30 mosquetes, 40 pistolas, 40 espadas, municiones, etc. para el schooner *Isabel*.

2 piezas de á 18, 4 cañones de á 32, 24 mosquetes, 24 pistolas, 24 espadas, municiones, etc para el buque de vapor la *Ciudad de Edimburgo*.

6 cañones de á 32, 80 mosquetes, 40 pistolas, 100 espadas, 40 chuzos, municiones, etc. para el buque de vapor *Isabel II*. 487.060 libras esterlinas.

Entregado á la legion auxiliar.

15.000 fusiles, 1.200 carabinas, 850 pistolas, 1.000 espadas, 600 carabinas listadas, 5.608.000 cartuchos de fusil, 22.023 cartuchos de cañon, 13.018 libras de pólvora, 1.142 fajinas, 26 cañones, 2 obuses, 4.730 cobetes á la congreve, 350 ollas de campaña, 18.487 cobetes, 13.742 cajas de metralla, 90 carros, 45 carretones, 468 sillas y jaeces para caballería, 25 tiendas de campaña, etc. . . 68.200 libras esterlinas.

Entregado al gobierno español en 8 de marzo de 1839.

5000 fusiles, cartuchos de cañon, pólvora, etc. 6.769 libs. esterls.

A la legion auxiliar.

Municiones, equipor, útiles, medicamentos, etc. 2.638 " 4 "

Por el Almirantazgo.

Gastos de los cruceros de S. M., sueldo del batallon de marinos, víveres, trasportes, medicamentos; *plus* de campaña á los artilleros y mineros de

cruceros por doquiera que se la requerido y juzgado necesaria su presencia; ha puesto varios buques á disposicion de las autoridades españolas, ya para la defensa de las costas, ya para la conduccion de tropas; ha suspendido el *foreign enlistement bill* y permitido la formacion de una lejion de diez mil hombres; enfin ha intervenido con su escarapela y su estandarte. Ya en 1836 el cañon del comodoro John Hay dió á entender á D. Carlos que tenia un enemigo mas con quien luchar. En Bilbao, en Oriamundi, en Astigarraga, en Pasajes, en las líneas de san Sebastian, la enseña británica ondeaba al lado del estandarte español, y los soldados de Inglaterra derramaban su sangre en defensa de nuestra causa. Por esto fulminó D. Carlos contra los Ingleses de la lejion el decreto de Darango, en que mandaba fusilar á cuantos cayesen prisioneros; digno modo por cierto de manifestar su gratitud al gobierno, cuya proteccion le libertara de caer en manos de Rodil allá en Portugal (1).

Jamás he acertado á encontrar en parte alguna los motivos que indujeron al gabinete inglés á rechazar la mancomunion ó solidaridad de intervencion con el francés, propuesta por este en 1835: los únicos pormenores que acerca de este punto he podido adquirir y cuya autenticidad me consta, son los siguientes:

No bien se hubo cerrado la alianza francesa é inglesa en 1830, concibió el señor Tayllerand la idea fija de hacerla ofensiva y defensiva, pero la Inglaterra se negó aferradamente á comprometer así su porvenir, cosa que tampoco hubiera podido practicar el ministerio sin aprobacion del parlamento, pues semejante clase de empeños encierran en sí eventualidades y gastos tales que se hace indispensable para ellos la intervencion de las Cámaras.

Posteriormente, en 1835, vióse hostigado el ga-

los cuerpos reales; sueldos de los comisionados, etc., etc.	5.822 * 14 * 11
--	-----------------

Total en libras esterlinas.	616.489 * 18 * 11
-----------------------------	-------------------

Total en reales de vellon.	60.460.434 * 17 ms.
----------------------------	---------------------

Extracto de los documentos relativos á la guerra de España, presentados á la Cámara de los comunes por orden de la reina en junio de 1839.

(1) En aquella época el secretario de la legacion inglesa en Lisboa encontró á D. Carlos en el estado de hombre paralizado por el miedo. «*Salvame de Rodil*» fueron las únicas palabras que acertó á pronunciar aquel príncipe. En efecto, vióse libre por la proteccion inglesa y conducido á bordo de un buque de guerra inglés con su familia y 60 personas de su servidumbre. (Policy of England towards Spain, pág. 46).

binete francés por la España acerca de la cuestion de intervencion, por lo cual trató de asegurarse de la cooperacion inglesa antes de dar una contestacion categórica, y entónces fué cuando propuso al gabinete de Lóndres las tres preguntas de que llevo ya hecha mencion, las cuales en su principio estaban de esta suerte reducidas á dos:

«1.ª ¿Opina la Inglaterra que ha llegado ya el momento de la cooperacion armada que solicita la España?»

«2.ª ¿Es aplicable á las actuales circunstancias el *casus foederis*, cual consecuencia del tratado de la cuádruple alianza? ¿Quisiera la Inglaterra cooperar?»

Pero en cuanto llegaron á noticia del príncipe de Tayllerand estas preguntas, creyó aquel señor encontrar en esta negociacion una ocasion de insistir indirectamente en su idea favorita de una alianza ofensiva y defensiva entre ambos países, y snjirió la tercera pregunta así concebida:

«3.ª Caso de realizarse la intervencion, ¿seria la Inglaterra responsable *in solidum* con la Francia de las consecuencias que semejante paso pudiera acarrear?»

No escaparon por cierto á la perspicacia del gobierno inglés el sentido y espíritu de esta última pregunta, antes bien acertó perfectamente á vislumbrar en ella el intento del señor de Tayllerand, y así fué que se halló en la precision de contestar negativamente á las dos primeras y de no explicarse abiertamente acerca de la tercera, contentándose con declarar que si la Francia consideraba conveniente el acoger los votos de la España, no tendria que temer obstáculo ninguno por parte de la Gran Bretaña.

Despues acá y en el año de 1838, interpuso la Inglaterra su influjo con las potencias del Norte para que solicitasen de D. Carlos el término de las horribles carnicerías de sus partidarios, las cuales iban seguidas de represalias no menos cruentas. Ella fué quien negoció el reconocimiento de Isabel hecho por la Turquía; ella fué en fin quien pidió á la Prusia, en 1839, el reconocimiento del gobierno constitucional español.

Tan señalados servicios, prestados por la Gran Bretaña en un período de treinta años, le han granjeado sin duda la gratitud de todos los defensores de la libertad de la Península, y si le han procurado al propio tiempo cierto influjo sobremanera justo, este influjo no desdora antes bien, puede confesarse sin rebozo. Benévola para con todos los ministerios que se han ido sucediendo en Madrid, la Inglaterra ha tenido siempre por mira la ventura de la España, y si, como todos los hombres, los ministros ingleses.

han abrigado mas ó menos simpatías, cosa que yo ignoro, por tal ó cual orden de ideas políticas, estas simpatías nada han influido en su conducta. La cooperacion inglesa ha sido siempre igualmente sincera, igualmente activa con todas las administraciones que se han ido sucesivamente encargando del manejo de los negocios en Madrid, y la embajada inglesa ha permanecido constantemente abierta á todos los matices del partido liberal, con la misma cordialidad y con una afeccion tan señalada para con los hombres del Estatuto, como para con los de la Constitucion.

Como quiera que jamás hayan mediado entre el gobierno español y el gabinete inglés negociaciones ningunas de intervencion, es de aquí que sus relaciones diplomáticas han sido infinitamente menos complicadas que las de España con la Francia. Aun mas; habiendo dado esta última potencia una interpretacion distinta de la de la Inglaterra, al tratado de 22 de abril de 1834, ha venido de ello á orijinarse cierta frialdad entre las dos principales signatarias de la alianza: frialdad por cierto no menos contraria á los intereses de entrambas que á los de la nacion española. Igual diverjencia de opiniones se ha notado entre los sistemas que dividen los ánimos en Madrid. La que se ha titulado por sí misma *moderada* se ha declarado, no se sabe por qué motivo, campeón denodado de la política francesa, que en verdad no ha andado muy garbosa en lo de prestarle socorros efectivos, y el partido mas adelantado se ha pronunciado á

favor de la Inglaterra. Sin embargo, como la adhesion del gobierno inglés no ha dejado un punto, cual lo hemos visto ya, de ser independiente de los hombres que se han hallado en el poder, parece que todos sin distincion de partidos debieran de experimentar idénticos sentimientos de gratitud hácia una aliada jenerosa y siempre fiel; pero es tal el extravío de las pasiones en España, que basta un partido adopte un hecho para que su contrario lo repudie. Division por cierto asaz funesta, puesto que prolonga indefinidamente los obstáculos de una rejeneracion de suyo tan en extremo costosa, teniendo como tiene todo que hacerse en ella de raiz.

Fácil me seria demostrar que una política idéntica entre Francia é Inglaterra, respectivamente á España, hubiera acelerado notablemente el término de la guerra civil y evitado los desórdenes de que hemos sido testigos: tambien pudiera esplanar prolijamente la facilidad que ciertos hombres de gobierno encontrarian para hacer prevalecer sus ideas, si fuese posible contar con el apoyo moral de las dos mas poderosas naciones del orbe; mas no soy yo el que tiene que tratar tales cuestiones; quien debe resolverlas sí es la alta sabiduría de los gabinetes inglés y francés; á quien toca dar una nueva muestra de amor á la España es á los dos hombres esclarecidos que dirijen los negocios extranjeros de aquellos dos paises. De mí sé decir que me basta que algo sea posible en favor del sistema constitucional europeo, para desear que se practique ó á lo menos para apetecer que se ensaye.

CAPITULO TERCERO.

Portugal.

Por espacio de dos años se iba sosteniendo en Portugal la guerra dinástica entre D. Pedro y D. Miguel, cuando la presencia de D. Carlos en el suelo portugués creó, despues de la muerte de Fernando VII, un peligro comun á entrambas naciones peninsulares, haciendo que se concibiese la idea de una alianza contra los dos pretendientes á las coronas de España y Portugal, la cual fué oríjen del tratado de 22 de abril de 1834.

La intervencion directa de la España, y la entrada de sus tropas en Portugal á las órdenes del jeneral Rodil, pusieron término á la guerra, y la

capitulacion de Evora Monte espulsó de este último reino á D. Miguel y á D. Carlos, desde cuyo tiempo reina pacíficamente doña María de la Gloria.

Tan importante servicio empeñaba moralmente al gobierno portugués á cooperar en España contra D. Carlos, mas fuera de esa deuda de gratitud, existia además el tratado de la cuádruple alianza que le obligaba esplicitamente á ello.

Sin embargo á pesar de que el ministerio español lo habia solicitado al gabinete de Lisboa ya en 1835, no obstante los ministros de la rei-

na María no se mostraron nada solícitos en cooperar de un modo activo y se contentaron con reunir algunas tropas en la frontera, bien que, á consecuencia de haber instado vivamente la España la entrada del ejército portugués, se firmó al cabo en 24 de setiembre de 1835 un tratado en que se obligaba el gobierno de Portugal á intervenir en nuestra nacion mediante un refuerzo de seis mil hombres, que debia aumentarse hasta diez mil, caso que lo exigiesen las circunstancias.

Entraron en efecto en España las tropas de S. M. F., ocupando gran parte de ellas la Castilla, y uniéndose una brigada mandada por el Barón Das Antas al ejército de Navarra, donde prestó considerables servicios. Posteriormente cuando emprendió Gomez su aventurera expedicion hacia fines de julio de 1836, replegarónse las tropas portuguesas en sus propias fronteras, con objeto de protegerlas contra el jefe carlista, si por acaso intentaba trasponerlas. Mas, ya pasado el riesgo, solicitó el gobierno español que tomasen parte otra vez en las operaciones de Navarra, y

en efecto la brigada del Barón Das Antas volvió allá y se portó bizarramente.

Cuando en setiembre de 1837 se sublevaron los cartistas portugueses contra la constitucion, llamó el gabinete portugués á toda prisa las tropas que militaban en España. Dirigióse el Barón Das Antas hacia su país á marchas forzadas y contribuyó poderosamente á la derrota de dos mariscales, jefes de la sublevacion cartista: desde cuya sazón no han tomado ya mas parte los portugueses en la guerra civil de España.

La navegacion del Duero ha dado ocasion á prolongadas negociaciones, de las cuales resultó un convenio entre ambas naciones, firmado el 31 de agosto de 1835; sin embargo la comision mixta que tenia que hacer los reglamentos de navegacion y policia, en virtud del artículo cuarto de aquel tratado, no ha concluido su tarea hasta hace muy poco tiempo; así lo participó á las Cortes la reina de Portugal en su discurso de abertura de 25 de mayo último, ofreciendo someter á su exámen el resultado de aquellos trabajos en la presente lejislatura.

CAPITULO CUARTO.



Norte.

Repetidas veces se ha achacado á los principios democráticos la inconsecuencia en su aplicacion y á la democracia su ingratitud; mas los escritores realistas apenas han tenido nada que decir contra las contradicciones mucho mas groseras de los príncipes, ni contra su desagradecimiento: á bien que al dividir así el jénero humano en dos distintas castas, ha venido como de molde el derecho divino para escudar con su incomprehensible principio los desaciertos de la monarquía: y ciertamente que los que lo invocaron como átorijén de su existencia, hubieron de creerse infalibles. Felizmente descuella la verdad pura é inalterable por encima de tamañas aberraciones, inventadas por la lisonja, admitidas por la vanidad y propagadas por la avilantez; y la inexorable historia va atesorando imparcialmente los yerros de los reyes, bien así como los de los pueblos.

La España constitucional ha merecido vivas y eficaces simpatías de los amigos de la libertad; pues no cabe á ningún otro pueblo presentar tan

cruento martirolojio de víctimas de la tiranía; pero ¿ acaso la Europa monárquica nada le debia por su parte? En verdad, en verdad que, si los reyes han echado en olvido cuán deudores son de la conservacion de sus propias coronas á la heroica resistencia de los Españoles, ahí están los tratados que les recordarán la aprobacion que tributarán al renacimiento de la libertad española, allá en sus dias de gloria y de luto, cuando se inmolaban poblaciones enteras por la salvacion de la lejitimidad monárquica. A buen seguro que la alianza del trono y del pueblo, añadida por un pacto constitucional mas ó menos explícito, no les pareció entonces á ninguno de los soberanos del Norte un atentado contra la majestad real; mas ya vencido por la Europa coaligada el coloso del imperio, graduáronse los sacrificios de los pueblos á fuer de mero cumplimiento de una obligacion, y en la embriaguez de un triunfo que ciertamente no les presajiaran de antemano Marengo y Austerlitz y Jena y Moscou, desdijéronse aquellos monarcas de sus

promesas y de sus empeños. Ingratos y olvidadizos vióseles declararse enemigos de la emancipacion de los pueblos y hermanáronse para cortar el vuelo de la intelijencia, apellidando *Santa Alianza* á una liga odiosa que debia aprontar numerosos ejércitos, dispuestos á sofocar el grito de libertad en cualquier ángulo del universo, donde escapara al corazon del hombre oprimido.

Por lo que á España concernia encargóse Fernando VII de aquella mision, y sabido es con cuánta perseverancia la llenara durante el curso de su aciago reinado. Vencido por la revolucion de 1820, socorrióronle las potencias de Norte, y decidiendo el congreso de Verona la guerra de 1823, levantóse una cruzada contra esa misma constitucion que diez años antes reconocieran todos los soberanos reunidos, dos de los cuales, á saber, el emperador de Rusia y el rey de Prusia, lo habian verificado mediante tratados solemnes. Encargóse la restauracion de enarbolar la enseña de los cruzados, y no paró en efecto hasta clavarla en el cadalso de Riego.

Hasta entónces hallábase el odio á los principios liberales de tal modo separado de los intereses de aquellos monarcas, que pudieron entregarse á él sin titubear, olvidando cuanto debian á la España, y hasta ignorando la verdadera mira que llevaba la restauracion en aquel ataque contra la Península. Así se lo ha indicado mas tarde el señor de Chateaubriand.

Posteriormente, en los años trascurridos desde 1823, desencadenada ya y frenética la faccion apostólica, alarmó hasta á los mismos que preparaban su existencia, por manera que el señor Zea Bermudez, que contrarestaba en la Península aquel nuevo fanatismo, se veia de continuo sinceramente animado por los representantes de las potencias del Norte. Y serian de ver los despachos escritos en aquella sazón por el señor Brunetti al archicanciller de Austria, por el señor de Lieberman al gabinete prusiano, y por el señor de Oubril al de san Petersburgo, pues era por demás su indignacion contra las criminales intenciones del partido apostólico tanto que si debemos juzgar por su conversacion y confidencias diplomáticas, no tenia D. Carlos en aquella época mas declarados enemigos que ellos. Hasta llegaban á acusarle de fraguador directo de todas las conspiraciones contra el rey Fernando.

En esto y mientras mantenian así dividida aquellas luchas intestinas á la familia real, espídióse la pragmática-sancion de 29 de marzo de 1830; cuyo grave acontecimiento fué, segun dejo ya dicho, resultado de los manejos de la faccion apostólica, los cuales al fin y al cabo vinieron á recaer en su propio daño; pues la promul-

gacion de la ley de las Cortes de 1789, derogatoria del auto acordado de 1713, y en que se restablecia el antiguo derecho de sucesion á la corona, hacia mucho mas eventuales los de D. Carlos, entónces heredero presuntivo del trono. A mayor abundamiento el nacimiento de la reina Isabel y de su hermana la infanta vino á escluirle de él casi del todo. Por lo demás difícil se hacia que el partido apostólico y su jefe aceptasen tranquilamente la vuelta á las antiguas leyes de sucesion; así que de prever fué ya desde entónces la guerra civil, si no podia el rey consolidar su obra antes de fallecer.

No cabia que ignorasen las potencias del Norte el estado de la España, ni la legalidad de la pragmática-sancion, ni su lejitimidad, ni los proyectos de los apostólicos: por lo cual á la aparicion de un acto tan grave, cual lo es un cambio en el orden sucesoral de la corona, debian haberse manifestado en todo caso las reclamaciones diplomáticas, y en la hipótesis de que pueda existir el derecho de examinar semejantes actos, como parte del derecho público internacional, sin duda que en marzo de 1830 era cuando debia reclamarse. Mas no fué así; y en verdad que no se acierta de pronto á concebir porqué pudieron las potencias del Norte admitir de hecho como lejítima la publicacion de la pragmática-sancion, y protestar en seguida cuando llegó el momento de ponerla en planta. Sin embargo la solucion del enigma se encuentra en los acontecimientos que sobrevinieron posteriormente, en particular en la revolucion de Francia de 1830: ya que desde aquel punto cambió de raiz la política europea y se hicieron casi hostiles las relaciones diplomáticas de todas las potencias del Norte con la Francia, la cual resumió á sus ojos las revoluciones de Bélgica, Polonia, Suiza é Italia. Sospechóse desde entónces que e cambio de la ley sucesoral española seria el jérmen de un nuevo porvenir en que ocuparia la libertad distinguido puesto y se señalaria al despotismo su última hora. Vióse claramente que insurreccionándose los apostólicos contra la joven reina, se hallaria esta precisada á apoyarse en los constitucionales, y entónces fué cuando D. Carlos, cuyos derechos nadie habia pensado ni por asomo en revindicar, pasó á ser para las potencias del Norte lejítimo soberano de la España, adoptaron estas ocultamente su causa y preparáronse para sostenerla en cuanto quedase el solio vacante por muerte del rey; porque nada amagaba tan de cerca á la revolucion de julio como el triunfo de D. Carlos, puesto que hubiera sido la España en aquel caso el cuartel jeneral de los conspiradores lejitimistas, protegidos por el hermano de Fernando. He aquí el estrecho nudo de riesgo comun que ha hermanado á la

Francia de julio con la España rejenerada : la causa de entrambas fuera la de la libertad conquistada por el pueblo ; uno ha sido el principio que han tenido que sostener.

Sin embargo , á pesar de la alarma que sembraron en los gabinetes del Norte los movimientos de 1830 y 1831 , puede dudarse todavía de si se hubiera efectivamente resuelto como principio la adopción de la causa de D. Carlos , en el caso de que los agentes de aquellas potencias en Madrid hubiesen llenado lealmente los deberes que les impusiera su misión : pero menos solícitos por los intereses de sus respectivos soberanos y de los de la España , que por los suyos propios , halagaron aquellos representantes la que creyeron ellos opinión de sus monarcas , y de adversarios que habian sido hasta entónces de D. Carlos , convirtiéronse en campeones de este príncipe , esforzándose en pintar á la España agitada por las mas revolucionarias pasiones : con lo cual remataron el estravío de la política de sus gobiernos. Mal informados los gabinetes del Norte del estado moral y político de España y de los acaecimientos que en ella se disponian , vieron únicamente en el restablecimiento de la ley sucesoral una causa de desórden y revolucion , y en vez de cooperar á que creasen los Españoles un gobierno monárquico y normal , cuya prolongada ausencia ha estenuado el pais , en vez de dedicarse á esa tarea tan trabajosa y difícil , resolvieron por el contrario frustrar los esfuerzos ensayados en la senda de la rejeneración , protejiendo la rebelion que habia de estallar en muriendo Fernando VII.

El cual , segun costumbre de la nacion , en junio de 1833 , mandó reconocer á su hija como á heredera del trono por unas Cortes reunidas en la forma á que las redujera el despotismo , hacia ya algunos siglos , y en aquella solemnidad fueron representadas las potencias del Norte por sus enviados ; lo cual venia á ser un reconocimiento de oficio de la jóven reina Isabel como á heredera presuntiva de la corona. Sin embargo á pesar de semejante acto de adhesion en una circunstancia tan decisiva , á pesar del silencio guardado cuando la publicacion de la pragmática sancion en 1830 , interrumpiéronse las relaciones diplomáticas entre España y las potencias del Norte á la muerte de Fernando VII , acaecida el 29 de setiembre de 1833 , y el trono español quedó vacante de hecho , puesto que no reconociendo la Prusia , la Rusia y el Austria á Isabel II , tampoco reconocieron á D. Carlos , vacilacion en verdad nociva aun al mismo principio de legitimidad , porque las naciones del Norte probaron de aquella suerte que nada habia para ellas mas oscuro ni menos concluyente que aquel misterioso dogma. Dificilmente acertará

la posteridad á comprender mejor que nosotros por qué razon no titubearon los monarcas del derecho divino en reconocer á Luis Felipe entronizado por una revolucion , y al rey Leopoldo , que , al orlar sus sienes con la corona de la Bélgica , rasgaba una página del tratado de Viena , siendo así que por otra parte trataron tan agriamente á la España , la cual al fin y al cabo no hizo mas que mostrarse fiel á la voz de su monarca , bien así como á la ley nacional , que llamaban á Isabel II á la sucesion de su padre. En España no hubo revolucion , no hubo revuelta alguna ; la augusta hija de Fernando VII ciñó sin sacudimiento ninguno la corona de sus antepasados por derecho de nacimiento y en virtud de la ley fundamental del reino ; la nobleza y el clero saludaron en masa aquel suspirado reinado , todas las clases de la nacion lo acogieron con entusiasmo , el ejército entero agrupó sus filas en derredor del solio que jurara defender ; una sola faccion se atrevió á desconocerle... ; Sin embargo , esa faccion única , esa faccion aislada , encontró simpatías , socorros y apoyo moral en los gabinetes que habian reconocido al rey de los Franceses y al de los Belgas ! Díjérase que medió aquí una equivocacion voluntaria y que no se quiso examinar de buena fe la cuestion sucesorial , á fin de ponerse en la precision de reconocer á Isabel II , único punto que tocaba al interés jeneral , y que hacia de ello una cuestion europea.

La razon se opone á que diez y ocho millones de hombres sometidos á la corona de España sean mantenidos en una posicion escepcional. Los principios políticos por ellos proclamados son comunes á muchas otras naciones aliadas de las mismas potencias que se niegan á reconocer á la reina de España , por manera que es evidente que se han confundido los principios político y dinástico únicamente como medio material de espresar abiertamente un odio enconado contra todo movimiento rejenerador. Como quiera pues que no se pudiese lanzar un entredicho contra la Francia , á causa de su estrechada pujanza , ni contra la Bélgica por razon de su poderosa protectora , abrumóse á la España con todo el peso de la malquerencia de los soberanos del Norte ; previendo fácilmente que la política del gabinete francés en España no seria la misma que en Bélgica.

Sin duda que se observa en la política de las potencias del Norte una notoria inconsecuencia ; pues si á su ver era D. Carlos soberano lejítimo , debieran haberle reconocido espontáneamente ; pero hacer públicos votos por su triunfo , concederle todo jénero de simpatías , y no atreverse á reconocerle , esto ha sido obrar sin dignidad , sin conviccion , sin grandeza , y por

cierto que nada ha ganado la majestad real en esos manejos clandestinos, que han rebajado á tres poderosos monarcas hasta el mezuino papel de oscuros fautores de propaganda.

Si veian en la reina Isabel la legítima heredera del trono de España, debieran haberla reconocido, por mas que no siguiesen despues en relaciones con un pais cuyos vaivenes políticos les parecian peligrosos; mas en cualquiera de entrambas hipótesis, el no reconocimiento no era lícito. Los reyes legítimos han cometido de consiguiente un grosero error, tanto mas cuando su principal interés estaba en sacar airoso el principio que profesaban, y no en servirse del

pretexto de una cuestion política para satisfacer un odio que nada justificaba. Bien seguro es que con proteger por debajo mano una usurpacion, han dañado á su propia causa mas de lo que pudieran haberlo hecho veinte revoluciones, ya que la inconsecuencia y la falta de lógica son el mas enérgico disolvente de los principios.

Puesto que hemos examinado la política jeneral de las potencias del Norte bajo el punto de vista monárquico comun á todas ellas, bueno será considerarla ahora con relacion á cada una en particular; bien que de mí sé decir que la juzgo igualmente falsa y errónea en entrambos conceptos.

CAPITULO QUINTO.

Prusia.

Sin duda que esta potencia, ya por lo apacible de su gobierno, ya por su sensatez, ya por el órden admirable de su administracion, debia desear entre las tres del Norte la que menos simpatizase con los desvaríos y desconcierto administrativo, inevitables consecuencias del triunfo de D. Carlos. Se habia padecido sobradamente en España bajo el reinado de Fernando VII, para tolerar ya por mas tiempo que aquella violacion de las mas obvias reglas de justicia y sensatez se erijiese en principio constante de gobierno; y era ya de todo punto imposible la continuacion de semejante tiranía embrutecedora, que ciertamente hubiera D. Carlos estremado mas y mas: de aquí la revolucion contra tan hediondo porvenir; de aquí el alzamiento jeneral contra el pretendiente.

Si el contraste de las dos administraciones debia ser un motivo de aversion para la Prusia, si esta potencia tenia que desear á nombre de los reyes que la monarquía no fuese en parte alguna la imájen de la demencia administrativa y del terror político, con mucha mas razon aun debia alejar á la Prusia de la causa de D. Carlos el fanatismo religioso personificado en él, ya que el gabinete prusiano trata con insólito rigor á los arzobispos de Colonia y de Posen, y lucha vigorosamente contra el espíritu de Roma: por manera que ha sido en ella singular imprudencia el tomar en España la defensa de la inquisicion y de sus abominables horrores: con lo cual ha tenido á significar que protejia en el extranjero

lo que no queria para sí; que rechazaba en Prusia las invasiones del poder pontificio y las favorecia en España; en una palabra, que sostenia el pro y el contra en una misma cuestion. Y á la verdad, dígase lo que se quiera de ese espíritu revolucionario que á cada paso se nos está achacando, ello es, que jamás hemos empleado nosotros, contra los prelados diocesanos que han perseguido abiertamente la libertad y el órden establecido, el rigor estremado de que se ha servido el gobierno de Berlin por razon de una mera disputa sobre matrimonios mixtos. Hemos visto á muchos obispos alejarse voluntariamente de sus diócesis, á algunos otros separados de sus destinos, y enviados por órden del gobierno á diversos puntos de la Península; mas ninguno de ellos ha sido arrancado de su silla episcopal por una partida de granaderos, ni conducido á mano armada á una fortaleza por mandato del jefe del estado. Así que, á pesar de las agitadas pasiones de una guerra civil, nuestra tolerancia religiosa ha sido mucho mayor, aunque infinitamente mas dificultosa, que la de un gobierno que encuentra solamente sumision y obediencia.

Además de esto, tenia la Prusia todavía otro interés muy obvio en no rechazar el gobierno constitucional, y era ciertamente el de la respectiva posicion jeográfica de entrambas naciones con respecto al punto de vista militar; pues no hallándose separadas sino por el territorio de Francia, claro es que entre el último centinela

español del Bidasoa, y el primero prusiano de Saarbruck, no hay mas que soldados franceses.

Por lo cual, dado que las relaciones existentes entre dos pueblos, separados únicamente por los Pirineos, no fuesen suficiente causa de reaccion del mas fuerte contra el mas débil; no obstante la instintiva ambicion de la Francia, que incesantemente la impele á querer dominar en España, bastaria para darle por sí sola un influjo real en los destinos de la Península. El tiempo no ha cambiado mas que la forma de tamaña ambicion, siendo sabido que la Francia no ha cesado un punto de querer sujetar á la España á su poderoso ascendiente. Y es esto muy llano, ya que plenamente asegurada por parte de los Pirineos, le es dado hacer frente al Rin sin inquietud ninguna por sus fronteras meridionales.

Para salir pues de tan vergonzosa tutela, la cual fecha desde Luis XIV, y para crear á España una fuerza capaz de restituírle su independencia, se hace precisa una cabal rejeneracion, la que no puede verificarse sin la repudiacion de lo pasado sobradamente vergonzoso; por manera que solo cabe á un gobierno constitucional el realizar la emancipacion de la Península. Y sino, colóquese á D. Cárlos en el trono, y será de ver cómo á pesar de las mezquinas intrigas á que en tal caso se prestaria, y lo que es mas, por razon de ellas mismas, vendria á ser el juguete de la Francia. Sin mas que un solo enemigo que vencer, iria sin duda á humillarse á sus plantas, y claro es, que si un día se lanzaba la Francia hácia el Rin, quien lloraria la nulidad del gobierno español seria sin duda la Alemania y la Prusia. Ahí están en mi apoyo los sucesos de 1808.

Pero al contrario, la monarquía española, reanimada, rejuvenecida, fuerte é independiente, adquiriria un peso enorme en la balanza euro-

pea, y unida á la Francia, mediante el nudo de los principios y la comunidad de intereses materiales, seria su aliada, no ya su esclava. Cabe que la España quiera ser poderosa sin manifestarse hostil; pero no hay duda que pudiera oponerse al engrandecimiento de la Francia hácia el norte, al paso que le prestaria ayuda y socorros, si viesse esta nacion atacada á su vez su propia independencia. El restablecimiento del equilibrio de fuerzas activas en Europa es el mas seguro medio de evitar los embates que tanto la han hecho padecer, y seguramente que las potencias del Norte han perdido sobrado de vista la posicion de España, y olvidado harto prontamente los servicios que les prestara en 1808, allá cuando nadie contaba con nosotros para libertar á todos los pueblos amenazados por Napoleon. Si hubiesen contemplado á sangre fria y con imparcialidad el estado moral y político de la sociedad moderna, si hubiesen meditado el porvenir que nos espera, á buen seguro que comprendieran mucho mejor cuán interesadas se hallaban en no abandonar á la España en su tarea de rejeneracion. No crean que se borre así como quiera un pueblo entero de esa vasta asociacion europea donde todo es comun, la paz bien así como los vaivenes que la comprometen; y conozcan al fin que el triunfo de D. Cárlos suponía necesariamente el anonadamiento de la España; de esa España que la Prusia por su propio interés debe querer fuerte y poderosa.

Así pues, la Prusia, bajo el punto de vista de la legitimidad dinástica, no ha acertado á profesar resueltamente una opinion, menoscabando con ello el principio que deseaba defender; y bajo el aspecto religioso, no menos que relativamente al verdadero equilibrio de fuerzas, ha seguido una política diametralmente opuesta á la que le dictara su propio interés.

CAPITULO SEXTO.

El Austria.

En una carta del señor Canning al señor de Chateaubriand, escrita en 22 de febrero de 1823, se encuentran las siguientes palabras sumamente notables:

« ¿ No pudiera la España dar oídos al llamamiento que hace el príncipe de Metternich á la antigua union de aquella nacion con el Austria, y encarándose con nosotros (si asistíamos á tal debate), decirnos que se halla dispuesta, cual la

Inglaterra en 1688, á poner á cubierto sus leyes y sus libertades, mediante un ligero cambio en la dinastía reinante, y á colocar en el trono á un príncipe austriaco dotado de un poder mas estenso que el de la constitucion? » (1)

(1) Chateaubriand, Congreso de Verona, tomo 1, p. 457.



Cuando así escribía el señor Canning, muy lejos estaba de prever que siete años después, podía realizarse el llamamiento hecho por el príncipe de Metternich, con solo volver á la antigua ley de sucesion, y que el archi-canciller se declararia abiertamente contra un suceso que tan fácil presentaba la antigua alianza de España y Austria. La política del señor Metternich es en efecto la que ha determinado la de las otras dos potencias, y no hay duda que ha mediado en este punto un convenio tácito entre los gabinetes de Berlin y san Petersburgo, para acceder cumplidamente á la voluntad del de Austria, y que un sentimiento natural de conviccion, de que la cuestion sucesoral de España atañe principalmente á la casa de Hapsburgo ha dado ocasion á cierta especie de abandono de toda iniciativa, á bien que en recompensa ha tenido la Prusia vara alta en la cuestion belga, y la Rusia ha corrido por su cuenta en los negocios de Oriente.

En 1823, por falta de destreza ó sobra de malicia, recordaba el Austria á los Españoles los tiempos venturosos que precedieron al paso de la España á la casa de Borbon (1). ¿Cómo pues el diplomático célebre, que con no menos fortuna que habilidad dirige hace ya treinta años los destinos del imperio austríaco, ha podido desconocer el espíritu de esta cuestion? De mí sé decir que juzgo tan en extremo fuera de razon y de su propio interés el ver á la casa de Austria proteger la ley sálica y protestar contra la guerra, sostenida allá antiguamente contra Felipe V, que jamás podré considerar ese desvio de todo cálculo de sana política, sino como resultado de uno de esos temores que lo hacen sacrificar todo al interés del momento. El Austria ha preferido el triunfo del despotismo en España, mediante la dinastía borbónica, al establecimiento de la libertad, acompañado de la esperanza de colocar en el trono español un príncipe austríaco, no ya *por un ligero cambio de dinastía*, sino por la simple union de las dos naciones, segun así parecia quererlo el señor de Metternich en 1823: y aunque, aceptando la abolicion del *auto acordado* de 1713, hubiera podido tomar un pacífico desquite de las jornadas de Brihuega y Villaviciosa; no obstante el ministro Metternich no ha querido en 1833 rehacerse, con la política, de la derrota de los ejércitos imperiales durante la guerra de sucesion; sino que ha preferido sostener la obra del vencedor del archidu-

que Cárlos. Podía despertar en España el recuerdo de las pasadas glorias militares, adheriéndose á la causa del restablecimiento de nuestras antiguas franquicias, pero no ha querido recordarnos que la casa de Austria fué la que destruyó nuestras libertades; por manera que el archi-canciller ha ratificado aquella obra de iniquidad de Cárlos V y de sus sucesores, y dado al mundo, con desmentir su pensamiento de 1822 y con proteger á D. Cárlos, una nueva prueba de que en los mas eminentes diplomáticos pueden tal vez las pasiones mucho mas que los mas obvios intereses del estado; pues en la política del Austria con respecto á España han obcecado aquellas su razon. Por lo demás los Españoles tenemos que agradecer al señor Metternich el habernos así revelado la incompatibilidad de esa union de la casa de Austria con la España moderna; puesto que cualquiera ilusion acerca de este punto hubiera podido conducirnos tal vez muy pronto á cometer yerros, imposibles ya en adelante. Pero ahora que el señor de Metternich nos ha dado á conocer el abismo que separa la inmovilidad austríaca de la rejeneracion progresiva de España, no seremos nosotros quienes le hagamos desaparecer, y dia vendrá seguramente en que salga la casa de Austria de tamaño error.

Para prueba de que ha desconocido el Austria sus intereses positivos y permanentes baste citar la interpretacion dada por el señor de Chateaubriand á algunas frases del despacho del señor de Metternich al ministro austríaco en Madrid, enviado el 26 de noviembre de 1822, durante el congreso de Verona.

« La casa de Austria no tiene mas que recordar su propia historia para hallar en ella los mas poderosos motivos de adhesion, de miramiento y de benevolencia para con una nacion que puede traer á su memoria con justísimo orgullo esos siglos de glorioso recuerdo durante los cuales el sol no tenia ocaso para ella (1). »

Y añade el señor Chateaubriand. « Esto queria decir en lenguaje diplomático: ¡Erais tan felices, tan poderosos bajo nuestra dominacion...!!! Volvednos á tomar (2). »

Si tal era el sentido de las palabras del archicanciller de Austria, como en efecto yo así lo creo, y si algun dia se repitiesen, otra vez la España pudiera contestar no sin razon: « Bajo aquella dominacion gloriosa pereció mi libertad: sin embargo yo la he conquistado contra vosotros y á vuestro pesar; yo he rechazado á ese

(1) Carta del Sr. Canning al Sr. de Chateaubriand, de 25 de junio de 1823. Cong. de Verona, tomo 1, p. 471.

(1) Congreso de Verona, p. 157.

(2) Id., p. 159.

D. Carlos que vosotros protejais; no me quejo por ello, pues antes que todo quiero ser libre; ese es el único timbre á que aspiro, y los laure-

les de Pavía y de Lepanto jamás me harán olvidar las desgracias de Villalar, ni el suplicio de Padilla, ni el de Lanuza. »

CAPITULO SÉPTIMO.

La Rusia.

No puede avenirse la Rusia á que la revolucion de julio sea un suceso incontestable para la Francia. El czar, amagado contra su vida por la fermentacion mal encubierta que está inficionando su ejército, está como despavorido, palpando los progresos del liberalismo entre las clases acomodadas de su imperio inmenso. La sublevacion de la esclarecida Polonia, sirviendo de pauta para regular la endeblesz rusa, ha enconado mas al sucesor de Alejandro contra toda conmocion política, y la España queda embebida en aquel odio jenial de Nicolás contra innovaciones anti-despóticas. No estraño esas iras contra algunos pueblos; pero me pasmo de que en San Petersburgo no se hayan enterado mas cabalmente de un cambio en el orden de sucesion; pues valiéndome de los términos de M. Canning en la carta ya citada, « ¿No pudiera la España, al tildarla una mutacion violenta en el gobierno, recordarle los acontecimientos precursores al ascenso de Alejandro al trono, y el tratado de Tilsit que regaló la España á Napoleon? » (1) Añadirémos á estos reparos de M. Canning, que la España en el dia pudiera apuntar los móviles entronizadores de Nicolás, menos concordes con el principio de legitimidad que los que favorecen á Isabel II contra el infante su tio.

En 1809, la Rusia reconoció sin titubear al hermano de Napoleon por rey de España, y así cabe muy bien que reconozca en el dia á D. Carlos. Atropellado una vez el principio, se hace llanísimo el seguir arrollándolo en haciendo al caso; portanto el desvío de Alejandro, en 1809, del principio de legitimidad á favor de un usurpador, y el de Nicolás ahora, tan sumamente escandaloso y ejemplar, á favor del pretendiente, no debe asombrar á quien esté corriente en conceptuar la política ponderada de la Rusia

como el egoismo taimado de un caudillo á medio civilizar.

Pronto se hizo cargo Alejandro de que al batallar los Españoles por la independencia de su patria, eran unos auxiliares poderosos; y si los habia sacrificado al conceptuarlos ajenos de su hermandad, los agasajó entusiastamente en el trance de no poder ya prescindir de su arri-mo.

Por de contado Alejandro firma el 20 de julio de 1812, en Veliki-Luki un tratado con España, y por el art. 3.º, S. M. el emperador de todas las Rusias reconoce « por léjítimas las córtes jenerales y estraordinarias, reunidas á la sazón en Cádiz, así como la constitucion que tienen decretada y sancionada. »

Para dar luego al través con esta constitucion, acude Alejandro al congreso de Verona personalmente en 1822.

Sigamos:

Al ir marchando los ejércitos rusos hácia el corazon de la Europa, el mandarin, para enardecer mas y mas su entusiasmo con proclamas aparatosas, les muestra la España como dechado y norma á sus tropas y al orbe entero.

« La suerte del Guadiana se falló á la márjen del Boristenes; y desde allí logrará la España recobrar esa libertad que está defendiendo con heroismo en un siglo de flaqueza y cobardía... Si el Norte se encumbra en alas del ímpetu sublime de los Castellanos, se desenlutó el universo. » Proclama de Varsovia, del 13 de febrero de 1815.

Al llamar á las armas á los pueblos de la Alemania, en una proclama de Kalisch del 25 de marzo de 1813, el emperador Alejandro les anda ofreciendo constituciones.

Tan ajena estaba la de España de parecerle malvada, que por causa de uno de los muchos lances portentosos de aquella temporada homérica, asoman soldados españoles jurando la constitucion sobre el Neva, y recobrando sus banderas de las manos imperiales.

(1) Chateaubriand, Congreso de Verona, tomo I, p. 437.

Este hecho extraordinario y poco sabido se rodeó del modo siguiente :

Napoleon , en su expedicion descomunal de Rusia , se habia llevado consigo parte de los prisioneros españoles que se hallaban en Francia; se les alistó en una lejion particular ; y con el descalabro del ejército francés , se pasaron al campamento ruso.

Alejandro agasajó y aun galanteó á los soldados españoles , pues los acuarteló en Peterhoff, sitio imperial, á donde la emperatriz solia ir á visitarlos. El embajador de España en Rusia, Don Eusebio Bardají y Azara, quiso juramentar la tropa á la constitucion, y Alejandro dispuso que fuese el acto solemnísimo; fué la formacion sobre el Neva helado y se aclamó el juramento ante la corte toda , tremolando las banderas bordadas por mano de la misma emperatriz. Se apellidó el cuerpo *Imperial Alejandro*; costeando el erario su equipo nuevo, y embarcándolo en Cronstadt para España. Aquel cuerpo, atenido á su juramento sobre el Neva , zanjó la cuestion á favor de la constitucion misma, alzándose en Ocaña para su restablecimiento en marzo de 1820.

Vuelto Alejandro en 1814 á Petersburgo , á la primera presentacion del cuerpo diplomático , se encaró con el embajador de España , á quien apreciaba en extremo, y le dijo: « ¿ A ver qué opinais de la conducta de vuestro amo el rey respecto á la España , que ha volcado la constitucion en términos tan violentos? » — « Señor , » le contestó el embajador , « no me corresponde el sentenciar , y aun menos el censurar la conducta del rey. » — « Pues , señor em-

bajador , » le replicó , « desde ahora digo que es abominable , pues no hay perspectiva mas horrenda que la de una ingratitud semejante con su pueblo , siendo de ejemplar funestísimo. »

Ya se está viendo pues que por entónces no opinaba Alejandro como en 1820, ni sentenciaba tan rigurosamente la ilegalidad de la constitucion y el desempeño de sus fundadores. Si luego ha zaherido su objeto tan elojado, arrojándose hasta cometer las violencias que él mismo habia ultrajado algunos años antes , abunda la historia de aquel príncipe con tamaños inconsecuencias , y excusa dilatados comentarios sobre su conducta relativa á la España.

No andemos recriminando, pero si sacásemos á luz las interioridades sangrientas de los anales rusos, si descorriésemos el velo que está mal encubriendo los trances rejicidas de los soberanos moscovitas, y pregonásemos el sistema desvelado y pavoroso que está siempre aterrando los ánimos en Rusia , tanto para el déspota como para sus esclavos; aquel sistema, ahorcador de aquel y destrozador de estos con el zurriago ó la faena de las minas , pronto tendria que enmudecer esa sensibilidad fementida que se aparenta respecto á los episodios lastimeros de nuestras guerras civiles. En España cuantas atrocidades nos horrorizan y nos merecen una repugnancia entrañable , son el aborto de las iras momentáneas de quien está empuñando las armas ; pero en Rusia , es el achaque perpetuo, y toda suspension de estos arrebatos de policia inquisidora viene á ser una casualidad venturosa.

CAPITULO OCTAVO.

La Cerdeña.

Cuanto llevo dicho sobre la casa de Austria , sostenedora en el día de lo mismo que impugnaba en la guerra de sucesion , cuadra cabalmente á la familia de Saboya. En los varios tratados de reparto que se cruzaron antes de la muerte de Carlos II , se contó con la casa de Saboya por el derecho de la infanta Catalina , hija de Felipe II ; en suma, la familia de Saboya, al par de la de Austria y de Borbon , alegan derecho al solio de España por la linea femenina. En las negociaciones que mediaron para la paz de Utrecht , sonó siempre el alegato del duque

de Saboya para la corona de España , en defecto del rey Felipe y sus descendientes. El conde Maffei, enviado de dicho príncipe, presentó una memoria apoyada por la Taglaterra; y cuando M. de Torcy , por encargo de Luis XIV , ajustó con el vizconde de Bolingbroke los puntos principales de aquel tratado, el primero que se zanjó fué que el duque de Saboya y sus descendientes eran habientes derecho al solio de España, en defecto del rey Felipe y su prole, y que esta sustitucion se habia de incorporar en el acta que espudiese de su renuncia á todo derecho suyo y

de su linaje á la corona de Francia (1).

Aquella acta de renuncia de Felipe V á la corona de Francia es de 7 de noviembre de 1712, declarándose en España ley del estado el 18 de mayo de 1813. Va contenida la siguiente reserva á favor de la casa de Saboya: « Declaro que en defecto de mi persona y las de mis descendientes lejitimos de ambos sexos, el duque de Saboya es el llamado á la sucesion en el trono de España. »

El auto acordado en 1713, arrollando estas reservas, anulaba en cierto modo los derechos eventuales de la casa de Saboya, y esta, al par de la de Austria, presenci6 el vuelco de su llamamiento por la línea femenina.

Debía pues afanarse la Cerdeña con la resurreccion de su derecho femenino, y por el contrario, la corte de Turin ha preguido su resistencia violenta á este cambio tan favorable á sus intereses, declarándose tan acaloradamente por D. Carlos, que zanjó, no solo toda correspondencia diplomática, sino hasta el jiro mercantil, muy en daño de sus propios súbditos. Merece la interrupcion explicarse relatando los hechos, pues el concono de la Cerdeña ha ido siempre á mas, al par del teson del gobierno constitucional, parando en imponer su albedrío al endeble ministro Perez de Castro.

Conceptuó el gabinete sardo en 1833 que debía desentenderse de la ley que lo reponia en sus derechos; mas protestó su neutralidad en la contienda doméstica que se trababa en España, y mantuvo en Madrid un agente encargado de la legacion, así como la España conservó el suyo en Turin.

Desasustado el gabinete de Madrid con las protestas de la corte sarda, y haciéndose cargo de la trascendencia de las relaciones comerciales entre ambos países, se adelantó á reconocer los cónsules y vice-cónsules sardos en los puertos de la Península, autorizándoles para el desempeño público de sus funciones. La corte de Turin desestimó aquel impulso de cordura y comedimiento que deslindaba los intereses comerciales y la cuestion política; contestando con una denegacion al *cumplase* del primer cónsul jeneral que nombró la España para Génova, y el Señor « Andrade no pudo jamás recabar su reconocimiento, ni la franquicia de colocar el escudo real de España sobre el portal de su casa.

Noticioso el gabinete de Madrid de hostilidad tan cavilosa, manifestó que acudiría á sus justas represalias; no se le oyó; reemplazó á Andrade un Llano, y á este con Letamendi; pero en vano, pues la Cerdeña siguió su rumbo, y el

gobierno español incurrió en el apocamiento de contentarse con franquicias menguadas, que redujeron al cónsul á desempeñar su cargo á hurtadillas. Luego el gabinete de Turin conceptuó descompasadas estas concesiones, y anduvo atropellando de nuevo á Letamendi, y aun desentendiéndose de una tolerancia mezquina, paró en oponerse á toda jestion suya consular.

Hubo que estrellarse, pues tanto rendimiento de parte del gabinete español había insolentado mas y mas al de Turin, y un decreto de la reina rejenta del 29 de setiembre de 1836 retiró el *cumplase* á todos los cónsules sardos. Aun entónces no se providenci6 terminantemente, contentándose con avisar á los agentes de una potencia indudablemente enemiga « que se les consentiria ejercer sus funciones con los individuos de su país, para que disfrutasen su resguardo competente, y no se atajase el jiro del comercio entre ambas naciones. »

Esta disposicion á medias no podia menos de ser ineficaz, mediando tales circunstancias, y así el gobierno español desacertó su intento, sin que se alcance aquel extremo de embeleso. Con efecto, el gabinete sardo, en vez de agradecer tanta condescendencia correspondiendo á sus miramientos, mandó terminantemente al cónsul español que ya no espidiese pasaportes á sus nacionales, y para despejar toda equivocacion, añadió « que si el gobierno sardo visaba los pasaportes firmados por el cónsul español, vendria á reconocer en el cónsul una autoridad inexistente, pues no habiendo reconocido á la reina, se le denegaba el *cumplase*.

Solo cabe alcanzar hostilidad tan impropia del ministerio piamontés, enterándose de los antecedentes con el ministro de estado, el conde de Solar de la Margarita.

Residia de embajador sardo en Madrid en 1832, y fué uno de los consejeros mas arrebatados en el trance lastimoso de la postrer dolencia de Fernando VII. El resultado vergonzoso de aquella tramoya debía enjendrar en su ánimo aquella ojeriza tan ciega con la cual ha manejado las relaciones entre España y Cerdeña.

Las inconsecuencias de Solar de la Margarita acarrearón por fin represalias mucho mas arduadoras para sus conciudadanos que para los Españoles, pues por los veinte mil súbditos sardos avicinados en España, no habrá veinte Españoles en Piamonte, porque nosotros tan solo tenemos allá dos cónsules, y ellos aquí tienen hasta veinte y cuatro. Pero los arranques del señor Solar eran muy descaminados y sus impetus políticos muy violentos, para que cupiese el interés nacional en su balanza.

Enterado el gabinete de Madrid de la orden notificada por el gobernador de Génova á Letamendi

(1) Memorias de Torcy, negociaciones de Utrecht, tomo 3. páj. 397.

mendi, le mandó el 14 de noviembre de 1836, que no despachase ni legalizase acta alguna ó documento cual fuere, relativo á los súbditos sardos. Encargaba al mismo tiempo á las autoridades españolas no consintiesen que los cónsules sardos despachasen ni visasen pasaportes, mirando como nulas cuantas firmas les pusiesen.

Estrañó el conde Solar de la Margarita aquel teson desusado, y por fin se hizo cargo de la suma trascendencia de su yerro. Clamó el comercio sardo contra el grandísimo perjuicio que le ocasionaban aquellos trastornos, pidiendo que se zanjasen, y por fin, estrechado y aguijoneado con redobladas instancias, acudió el ministro á los oficios amistosos de los gabinetes de entrambos gobiernos. Aceptó el cargo de medianero el ministro de Inglaterra en Madrid, y el gabinete español le pasó un apunte, con fecha de 11 de diciembre de 1836, donde se compendian los agravios por la parte de España. Aquel apunte dió márgen á una circular del conde Solar de la Margarita, donde estragando los hechos en que la Inglaterra iba á mediar, acarreó una circular del lord Palmerston á todos los agentes diplomáticos, en la que se deslindan á las claras las patrañas que el Solar de la Margarita se habia arrojado á inventar.

Allá va el texto de aquella circular del ministro inglés, por cuanto es de jaez que alcanza á evidenciar la mala fe que ha predominado en todas las relaciones de Cerdeña con España. Es del tenor siguiente :

« APUNTE.

«El señor Solar de la Margarita, en su circular del 22 de mayo, dice que el 11 de diciembre de 1836, el señor Calatrava pasó á M. Villiers una memoria comprensiva de los motivos de queja que asistían al gobierno español contra el sardo, manifestando al mismo tiempo el señor Calatrava su anhelo porque signiesen las relaciones comerciales de entrambos países.

«Mas no contiene aquella circular del señor Solar de la Margarita el concepto positivo de lo que medió en el avistamiento de entrambos, y así los hechos en realidad son los siguientes:

«Denegándose el gobierno sardo á conceder el cúmplase al cónsul español en Jénova, acudió el gobierno de España á providenciar represalias; disposicion que airo en gran manera á la corte de Turin; y M. Villiers trasladó al señor Calatrava un pliego de M. Augusto Forster, apuntando algun sentimiento por parte del gobierno sardo en haber dado motivo para aquel disturbio. En su vista dispuso el señor Calatrava un alegato, desentrañando las razones que

asistían al gobierno español para providenciar lo susodicho.

«Al entregar el señor Calatrava aquel escrito á M. Villiers, le rogó que manifestase al gobierno sardo que su encono estremado y repetido contra el de la reina de España era muy doloroso en Madrid, sin accidentes de ira; que el gabinete español habia tenido que acudir á las disposiciones que amargaban al señor Solar, con presencia de la conducta anterior de la Cerdeña, y que dejaba en manos del gobierno sardo la continuacion ó la suspension de aquellas providencias. Se hacia tambien cargo el señor Calatrava de que no cabia en aquella coyuntura contar con el reconocimiento político de la Cerdeña, pero que esperaba á lo menos que las relaciones comerciales de ambos países no estarian suspendidas por mucho tiempo, y que los cónsules de una y otra nacion quedarian autorizados para seguir desempeñando sus funciones; disposicion, añadía el señor Calatrava, que no podia menos de ser venturosa para entrambos países, prescindiendo de la cuestion política.

«Conceptuando ahora el gobierno de S. M. B. que esta esplicacion del señor Calatrava proporcionaba á la España y á la Cerdeña campo para arreglar un ajuste amistoso de los disturbios que mediaban entre ambos países, envió instrucciones á M. Augusto Forster para que lo participase todo al gobierno sardo. Mas nada habia en las espresiones del señor Calatrava que diese márgen para suponer que el gobierno español estaba ansioso de que unos y otros cónsules siguiesen desempeñando sus cargos, sin mediar la autorizacion mutua para el cúmplase respectivo.

«Dice luego el señor Solar de la Margarita que el 18 de enero último contestó á la memoria del señor Calatrava, sin que en la fecha de su circular hubiese recibido mas respuesta; que al mismo tiempo habia pasado una nota verbal á M. Augusto Forster, diciendo que el gobierno sardo no trataba de imposibilitar el comercio entre ambas naciones, y que estaba propenso á que los agentes consulares en los puertos sardos ejerciesen sus funciones.

«Es positivo que el señor Solar de la Margarita pasó dicha nota verbal á M. Forster el 18 de enero, como tambien un apunte sin firma, y que el encabezamiento ú epígrafe denotaba ser contestacion al señor Calatrava.

«Tambien es cierto que hasta ahora no se ha contestado al apunte ni á la nota que lo acompañaba; pero el silencio procede del tenor de aquellas notas, que se diferenciaban esencialmente del concepto resultante de la circular del señor Solar de la Margarita.

«Con efecto, la nota verbal ofrecia sí el permi-

so á los cónsules españoles de seguir con sus funciones *privadamente y sin cúmplase*, sin que se cifrase en ella el menor resguardo para que en lo sucesivo no se les interrumpiese en el desempeño de su ejercicio por las autoridades sardas, pretestando la falta del *cúmplase*.

«No le cabía al gobierno sardo el presumir que semejante proposicion mereceria el arrimo de la Gran Bretaña, por cuanto el conde de Granville habia terminantemente manifestado al marqués de Brignoles, y por su parte M. Augusto Forster habia espresado al señor Solar de la Margarita, que el gobierno de S. M. B. no podia aconsejar al gabinete de Madrid que revocase sus órdenes ya expedidas, hasta que variase de rumbo en su conducta el gobierno de Turin, y entregado el *cúmplase* al cónsul de España en Jénova.

«Menos le cabia aun al gobierno sardo el esperar que el gobierno español aceptaria su propuesta, no habiendo hablado el señor Calatrava en términos que indujesen á semejante suposicion; pues muy al contrario, habia aquel ministro desechado sin condicion alguna la proposicion idéntica, recibida por el conducto del embajador francés en Madrid, y por tanto conceptuó el gobierno de S. M. B. que no debia dar instruccion alguna á M. Villiers sobre el *apunte* y la nota verbal comunicada al señor Augusto Forster.

«El señor Solar de la Margarita, al saber que la proposicion, hecha por el embajador francés en Madrid á su favor al gobierno español, habia sido desatendida, informó, es verdad, á M. Augusto Forster que no se habia autorizado al embajador francés en Madrid para hacerla; mas no habia tampoco fundamento para que el gobierno inglés la hubiese de repetir; pues aun cuando la conceptuase de jaez que le competia el hacerla, no le cabia el suponerla mas admisible la segunda vez que la primera, y enterado el gabinete español de que la proposicion hecha por el embajador francés carecia de autorizacion, era naturalísimo el recibir la misma instancia con desvío en su repeticion por el ministro inglés.

«Añade el señor Solar de la Margarita que á principios de febrero habia el señor Calatrava manifestado á M. Villiers que iria orillando cuanto pudiera aumentar los disturbios ya existentes, dejándolo todo como se hallaba. Al arribo de esta espresion supuesta, intenta el señor Solar de la Margarita entablar una reconvenccion al gobierno español de faltar á la buena fe, providenciando despues el sistema de represalias.

«Pero en la conversacion á que alude el señor Solar, no mediaron tales palabras, que

todo quedaria como se hallaba, siendo únicamente las espresiones dichas: «que se deseaba restablecer las relaciones comerciales de entrambos países amistosamente, en aviniéndose el gobierno sardo á disponer cuanto el español tenia derecho para requerir, y que *entonces* se orillaria esmeradamente cuanto pudiera aumentar los disturbios ya existentes.»

«Es innegable que competia al gobierno español el pedir la entrega del *cúmplase* á los cónsules de España en Cerdeña, y es muy ajeno de toda razon el empeñarse en que una espresion del señor Calatrava vertida en febrero, cuando mediaban todavia esperanzas de que el gobierno sardo accediese á la peticion fundada que se le hacia, se haya de conceptuar como un compromiso de parte del gobierno español, para seguir cierto rumbo por una temporada eventual y en circunstancias totalmente diversas, y mas cuando el gobierno sardo habia voluntariosamente *aumentado los disturbios ya existentes* con la repulsa definitiva de aquella peticion sobredicha.

«El ministro de S. M. B. en Turin, pocos dias antes de la fecha de la circular del señor Solar de la Margarita, tuvo proporcion de hacerle reparar su yerro, cometido en la interpretacion de las voces usadas por el señor Calatrava, en su conversacion del 9 de febrero con M. Villiers.

«Ministerio de estado, 19 de junio de 1837.»

Habia presentado el ministerio sardo una memoria, con fecha de 18 de enero de 1837, pero no contestó la España, por ser una repeticion de quejas ya desvanecidas, conteniendo además la denegacion del *cúmplase*. Sin embargo, por vía de modificacion, ofrecia permitir á los cónsules españoles ejercer privadamente, con tal que los cónsules de Cerdeña desempeñasen tambien sus funciones, desentendiéndose de autorizacion pública y sin mediar *cúmplase* alguno, pues bastaba la seguridad de oficio de parte de Cerdeña para atenerse invariablemente á esta disposicion.

Cabíale al gobierno español el justipreciar este arreglo vergonzoso como lo merecia, pues le constaba la confianza que se podia fundar en tales aseguramientos. Poco resguardo mediaba con la palabra del gabinete de Turin, en vista de los antecedentes de la negociacion, y mas que en el intermedio habia estado atropellando á las claras la neutralidad ofrecida entre la reina y el pretendiente. Sobre amparar descaradamente y aun abastecer y pertrechar á los carlistas, era muy notorio y patente que el gobierno piemontés hacia remesas cuantiosas de caudales y enseres á los partidarios de D. Carlos. Con esto hubo que estar alerta con lo

buques sardos, y aquella guerra solapada y encubierta se hizo insufrible y odiosísima. Alegróse el gobierno español de ver llegado el trance de quedar atajado todo jiro y comunicacion con la Cerdeña, con lo cual no asomó por sus puertos un pabellon con sobrescrito de neutral, y al mismo tiempo encubridor del comercio mas ilícito y opuesto al derecho de jentes; y se requeria la suma flojedad de los ministros de la reina para aguantar así por largo tiempo tanta doblez. Calatrava fué el zanjador de amañes tan escandalosos, desentendiéndose de toda negociacion, declarando que la mutua concesion del *cumplase* era para él una condicion *sine quâ non* para el restablecimiento de las relaciones comerciales, conceptuando el *cumplase* como el único resguardo legal para que los agentes consulares en Cerdeña pudieran desempeñar sus funciones, exentos de nuevas tropelias y arbitrariedades, y que para lo sucesivo paularia su conducta por la del gabinete de Turin.

Por entónces el embajador de Cerdeña en Paris entregó al ministro de España dos notas sobre el estado de las relaciones comerciales entre ambos países. Remitiólas el conde de Campuzano á su gobierno, quien contestó con una memoria del 19 de junio de 1836, refutando la circular del 22 de mayo, redactada, en nombre del gabinete de Turin, por el conde Solar de la Margarita.

Desde 1.º de julio de 1837 cesó todo tráfico entre España y Cerdeña. El general Paolucci, gobernador de Génova, participó verbalmente á Letamendi, que con arreglo á las órdenes superiores, quedaban cerrados para lo venidero los puertos sardos al pabellon español, con lo cual quedaba tambien revocada la disposicion de tolerancia que rejía hasta entónces para con los agentes españoles.

Pidió Letamendi que se le hiciese la notificacion por escrito, mas no lo pudo conseguir. Protestó contra aquella providencia atropelladora de todo convenio público, y con especialidad de los armadores españoles, cuyos bajeles se hallaban por mar ó en propartida para los puertos de Cerdeña.

La Cerdeña era la paciente en aquellas hostilidades tan desaforadas, acarreadoras, como queda dicho, de mucho mas perjuicio á sus nacionales que á los Españoles; por tanto á los tres meses ya se arrepintió del cerramiento de sus puertos. El 14 de noviembre de 1837, Carlos Alberto, á impulsos de tanto clamor por parte de los comerciantes, dispuso que los bajeles españoles que *por el temporal ó averías* asomasen á los puertos sardos, fuesen acogidos sin reparo, y árbitros de entablar su comercio;

lo que venia á ser una retractacion disfrazada é indecorosa para franquear de nuevo sus puertos. Declaró el gobierno que estaba pronto á guardar escrupulosamente neutralidad sobre los negocios de España, y al mismo tiempo quedó Letamendi autorizado para seguir desempeñando sus funciones en los mismos términos que antes del 1.º de julio.

No hicieron meilla al gobierno español todos aquellos extremos de fermento agasajo, como que estaba muy claro que se encaminaban al objeto de frecuentar los puertos de España.

Por tanto cuantas instancias estuvo haciendo Letamendi al intento fueron infructuosas, mostrándose inflexibles sobre el particular cuantos gabinetes han sobrevenido en Madrid desde 1837, insistiendo en la alternativa: el *cumplase á los cónsules españoles, ó nada de puertos para el pabellon sardo*.

Propasóse todavía con sus iras caballerosas Perez de Castro, pues el 11 de abril de 1839, mandó á los cónsules españoles de Génova y Niza que saliesen de los estados sardos, añadiendo, *que no cabia en el pundonor de S. M. y de la nación el permitir que sus cónsules permaneciesen allí sin el cumplase*.

Mientras se estaban espidiendo de Madrid órdenes tan terminantes, se vino á entablar en Paris una negociacion entre el embajador marqués de Miraflores y el conde de Brignoles, embajador sardo, insistiendo igualmente entrambos diplomáticos en las pretensiones de sus respectivos gobiernos.

Letamendi, noticioso de esta novedad, suspendió su salida de Génova, pero nuevas órdenes de Perez de Castro (1), aun mas ejecutivas que las del 11 de abril, le estrecharon para salir al fin de Génova en el 14 de setiembre del mismo año.

En el discurso de la corona del 1.º de noviembre, el ministro español habla de este acuerdo en los términos siguientes: «Han mediado consideraciones para retraer á nuestros agentes *tolerados* en Génova y en Niza. Estoy sin embargo esperanzada de que este negocio se ha de terminar *ventajosamente para el comercio y el honor nacional*.»

Parecia pues que Perez de Castro habia estremado el sistema planteado por Calatrava sobre la Cerdeña, y entónces le cabia bisonar de sus arranques ante la representacion nacional.

Pero no hay rastro de tal entereza, pues sea por negadez, por equivocacion ó flaqueza vergonzosa, Perez de Castro ha venido á desairar el ademan gallardo de sus antecesores: hasta

(1) Con fecha del 6 y 10 de agosto.

ha venido á desmentir las palabras terminantes del discurso de la corona, con un decreto real declarando: *que habiéndose el gobierno sardo avenido á restablecer las relaciones comerciales sobre la planta que tenían antes de 1837, á admitir en sus puertos á los cónsules españoles, yá permitir á los Españoles el viajar por los Estados sardos, se franqueaban las mismas concesiones al gobierno sardo, volviendo los cónsules á sus funciones, en los mismos términos que los cónsules españoles en los Estados sardos.*

En este decreto increíble se espresa que el gobierno sardo se *avenia*, al paso que desde 1837 estuvo *pidiendo* incesantemente al de Madrid el restablecimiento del jiro comercial sobre la planta antigua. Con que Perez de Castro era el que se *avenia*, y Solar de la Margarita el que *lograba* la franquicia de los puertos españoles, no con la *admission* de nuestros cónsules en Cerdeña, sino por *mera tolerancia*, y por supuesto, sin *cumplase*. Lejos está este rendimiento de Perez de Castro de la alternativa tan despejadamente sentada por sus antecesores.

Publicaron los periódicos de Paris aquel decreto, harto contrapuesto al discurso de S. M. la reina rejente en la apertura de las Córtes, contradiciendo tan palpablemente las órdenes terminantes pasadas á Letamendi para salir de Jénova, que el interesado, impuesto cabalmente en el pormenor del negocio, hallándose en Paris, conceptuó desde luego el decreto por apócrifo y encareció su falsedad en el *Constitucional* con la carta siguiente:

Paris 27 de noviembre de 1839.

Señor Redactor:

He visto en vuestro periódico de ayer el extracto de una circular atribuida al gobierno español, como pasada á sus cónsules, con motivo del restablecimiento de las relaciones de comercio entre la España y el Piamonte.

Como cónsul jeneral de S. M. la reina de España en Jénova, donde he estado desempeñando mis funciones con anuencia del gobierno sardo, desde el 14 de marzo de 1836 hasta el 14 de setiembre de 1839, en que, no consiguiendo los agentes españoles el *cumplase* de S. M. el rey Carlos-Alberto, salí de sus estados con arreglo á las instrucciones de mi gobierno, y correspondiéndome el recibir la consabida circular, ya directamente de Madrid, ya por el conducto de S. E. el embajador de España en Paris, me hallo sin ella absolutamente; por donde infiero su ninguna autenticidad; y mas que estendida en los términos que se espresan, sería indecorosa para la España y para su augusta soberana, como tambien para mi gobierno,

cuyo honor debo sostener á todo trance.

El cónsul jeneral de S. M. la reina de España en Jénova.

A. DE LETAMENDI. (1)

Mas luego Letamendi quedó enterado de haberse atropellado en demasía con descreer aquella flaqueza en Perez de Castro, pues le comunicaron de oficio el decreto *indecoroso para la España, la reina y el gobierno*.

La carta de Letamendi fué parto de un hombre pundonoroso, que no se aviene á conceptuar desdoro en los demás, por cuanto no cabe en su interior.

Habia el *Constitucional* del 17 de noviembre, atendido al decreto, hablado de concesiones hechas por el gabinete de Turin: pero le remitieron una rectificacion tan terminante, deslinda da y vanagloriosa, que no cabe dejar de achacarla á la secretaria de embajada sarda en Paris; y la insertamos aquí puntualmente para evidenciar la ignorancia ó la flaqueza de Perez de Castro:

EL PIAMONTE Y LA ESPAÑA.

Al Redactor del Constitucional en Paris.

Señor Redactor:

Leí, bajo este encabezamiento en vuestro periódico del 17 de este mes, algunos renglones relativos á un artículo de los periódicos piamonteses del 9 sobre el restablecimiento del jiro comercial entre Cerdeña y España, infiriendo que S. M. el rey Carlos-Alberto acaba de *jugar al contraresto del Trocadero*. Estas son vuestras espresiones.

Me cumples decirlos que ni S. M. el rey de Cerdeña, ni su gobierno han hecho la menor concesion á la España, y que el restablecimiento de las relaciones entre aquellos gobiernos, en vez de ser el *juego de contraresto*, que decís, no es mas que la continuacion de la *puesta*, y con vuestro permiso, vamos á la prueba.

Interrumpiéronse en 1837 las mencionadas relaciones, por cuanto los agentes consulares de España no habían podido recabar el *cumplase*, ó sea la autorizacion de S. M. sarda, para el desempeño de las correspondientes funciones en sus estados; pero se les *toleraba con cartas de admision* de S. E. el presidente del senado ó cámara de comercio, con anuencia del gobernador jeneral del ducado de Jénova. No habiéndoles recojido aquellos documentos, ni tampoco revocádolos bajo ningun concepto, han seguido los agentes españoles de Jénova y Niza desempeñando sus cargos, tolerados en aquella forma, hasta que su gobierno los ha retirado, por no recabar el *cumplase* de S. M. el rey de Cerdeña, como os 'podeis enterar por el discurso de la reina-rejente de

(1) *Constitucional* del 28 de noviembre de 1839.

España, en la apertura de Córtes en Madrid, el 1 de setiembre último.

Por lo visto, el gobierno de España se aviene ahora á dicha *tolerancia* del gobierno sardo para con sus agentes consulares, como tambien á su regreso á Jénova y Niza, en virtud de las mismas *cartas de admision*, pero bajo el concepto de ningun *cumplase*, en cuyos términos jamás se opondría el gobierno sardo, puesto que viene á ser el mismo estado del asunto, cual ha rejido no solo desde el mes de julio de 1837, sino desde 1834, cuando la reina Cristina envió á Jénova el cónsul jeneral del gobierno de España; en estos términos y bajo aquella forma habrá revocado ahora la córte de Madrid su providencia de julio en 1837, con la cual cerró los puertos al pabellon sardo en toda la Península.

Apetecía el gobierno de España que el gabinete de Turin le pautase la promesa por escrito de franquear á los viajeros españoles y demás avecinados ó no en Cerdeña aquellos estados, tratándolos amistosamente. No habiendo vedado jamás el gabinete de Turin á los Españoles la entrada en los estados sardos, y habiéndoles manifestado los mismos miramientos que á sus propios súbditos, ningun sacrificio le costaba ni concesion alguna, pautando por escrito aquella promesa.

Pidiendo el gobierno de España que los súbditos sardos no hiciesen envío alguno de pertrechos ú otros renglones ó enseres á Don Cárlos, no le cabe al gabinete de Turin el desentenderse, puesto que los súbditos sardos jamás se han empleado en tales remesas, y retamos á quien quiera que se presente para que pruebe lo contrario.

Nunca suministraron los súbditos de S. M. Cárlos Alberto á Don Cárlos esos auxilios recibidos de Cerdeña, y así ningun reparo ha mediado en satisfacer por escrito á la peticion del gobierno de España.

Está patente, Señor Redactor, con pruebas innegables, que todo fué condescendencia, y no concesion por parte del gabinete piemontés; y si ahora franquea la España sus puertos al pabellon sardo, no es por haber jugado S. M. el rey Cárlos-Alberto el *contraresto del Trocadero*, ni porque S. M. sarda reconozca los agentes consulares del gobierno de España, sino por cuanto el gabinete de Madrid debe por su parte ser tan condescendiente como el de Turin.

El *pundonoroso por su país y su soberano*.

Paris 19 de noviembre de 1839.

Este documento, escarnio insultante, asestado á la diplomacia española, desata el enigma de las negociaciones entabladas en Paris. Cuesta arriba se hace el entrar aguantando un chasco para luego ser la bafa del público por los contrarios mas desafortados.

Nunca quedó desahuciado el gobierno sardo del restablecimiento de su jiro, desentendiéndose no obstante de entregar el *cumplase* á los

cónsules españoles; y el conde de Brignoles tuvo la maestría de encasquetarnos que la *tolerancia* equivalia al *cumplase*, y de embocar como innovacion benéfica el *statu quo* de 1837, sin que *el rey, el gobierno y sus agentes* (repárense bien sus agentes) se allanasen á la menor concesion, de lo cual estaban blasonando irónica y atrozmente en la esplicacion individual sobre la trascendencia de los pasos benévolos del gabinete sardo. En cuanto á Perez de Castro, con su pundonor tan asombradizo poco antes sobre el decoro de su patria, ha venido á sostenerlo, doblegándose al desaire de abrazar convenios desechados por el gabinete español desde el mes de julio de 1837. Perez de Castro retira altaneramente á Letamendi para luego atropellarse en proveer el consulado de Jénova en Estéfani, para recabar el mismo *cumplase* que su antecesor, y tan solo se le *tolerará* como á aquel. Este es el desenlace participado por Perez de Castro como *hacedero con ventaja para el comercio y el honor nacional*.

Engreidísimo con razon el gobierno sardo por su logro, pregonó por la posta en la *Gaceta de oficio* de Jénova, con fecha de 9 de noviembre de 1839, el siguiente aviso:

«Consta de oficio que la providencia del gobierno español para cerrar los puertos al pabellon sardo en julio último queda revocada, y que el jiro entre los estados de S. M. y la España está igualmente restablecido, bajo la planta anterior á dicho tiempo.»

Para justipreciar la torpeza descomunal del ministerio español en aquella negociacion, me bastará citar algunos renglones de cierto oficio de los comerciantes de Jénova á la cámara de comercio, á la propartida de Letamendi. Con la zozobra de carecer de empleados españoles para legalizar las remesas en bajeles destinados al comercio con la Península, y por consiguiente de toda posibilidad de remitir mercancías con pabellon sardo, esponian el sumo quebranto que iba á resultar á la Cerdeña entera de semejante disposicion. El importe de las salidas para los puertos de España, decian los negociantes de Jénova, asciende á la suma de veinte millones de francos, y la de los ingresos á quince de los mismos. Firman el documento ciento y siete casas de comercio jenovesas y veinte y un capitanes ó navieros de larga navegacion.

Al arrimo de intereses tan ejecutivos, podía el gobierno español anchamente arrollar toda repugnancia de la corte de Turin, aferrándose á todo trance en el sistema de represalias planteado por Calatrava. Con los recursos de sus propios súbditos se hacia muy obvio el doblegar la ojeriza y los ímpetus hostiles del conde So-

lar de la Margarita; pero en pasando los negocios de cualquier país en manos tan torpes y endebles como las de Perez de Castro, no cabe

extrañeza en ver los intereses públicos sacrificados y el pundonor nacional escarnecido.

CAPITULO NONO.

Nápoles.

El rey de Nápoles es el único Borbon que protestó contra la derogacion del *auto acordado* de Felipe V, y el enviado de aquella potencia igualmente el único individuo del cuerpo diplomático residente en Madrid que dejó de asistir al reconocimiento solemne de Isabel II por heredera del trono.

Conceptuóse la corte de Nápoles autorizada para protestar, pues se le alcanzaba cuánto perjuicio debía parar á sus miras con la derogacion del *auto acordado* de 1713. Guardaba consecuencia, pero cuantos derechos podía alegar eran harto contingentes. D. Carlos, al subir al solio de España, tenía dos hijos, y D. Francisco tiene hasta tres; faltaba luego que la España moderna revalidase el cambio dinástico, acarreado con el logro de las esperanzas de la corte napolitana. El único desacierto del gabinete de Nápoles se cifra en conceptuar que una protesta diplomática fuese de harta pujanza para hacer de la corona de una nacion grandiosa allá una herencia á la cual es habiente derecho, en defecto de la familia reinante, la parentela mas remota. Volaron aquellos tiempos en que, sobreviniendo vacante en el trono por el fallecimiento de cuantos príncipes preceden en derechos á la casa de Nápoles, se aviniese la España á permanecer vinculada como patri-

monio de la familia de los Borbones.

El rey de Nápoles, desentendiéndose del reconocimiento de Isabel, podía muy bien ansiar el triunfo de D. Carlos y aun auxiliarle; mas no ha mediado á las claras arranque de hostilidad, escepto vejaciones sobre pasaportes para atajar el tránsito de los Españoles por sus estados. Destemple que prorrumpe tan solo en tales ridiculeces se hace tolerable en un príncipe que tenía allá sus motivos para echar menos el *auto acordado* de 1713, y el único por lo menos que tuvo aliento para protestar contra lo que conceptuaba atropellamiento de sus derechos.

No son de ahora las pretensiones de la familia de Nápoles sobre España, pues en 1823 el príncipe Castelcicala pasó una nota á la Francia requiriendo, en nombre del rey de Nápoles su amo, la rejencia de España, ó por lo menos el derecho de sancionar por medio de un interventor cuanto pudiera practicar la rejencia española. Sostuvo el Austria la instancia; pero la rechazaron la Rusia y la Prusia, y aquel empeño vino luego á yacer en el olvido (1).

(1) *Congreso de Verona*. Carta de Mr. de Chateaubriand á Mr. de Caux, 12 de junio de 1823, tomo 2 página 55.

CAPITULO DÉCIMO.

El Papa.



En medio de tantísimo vaiven como ha ido padeciendo la España desde 1810, y á pesar de cuantas reformas han recaído sobre el clero, la Santa Sede ha seguido conservando acá el influ-

jo formidable de una Iglesia sumamente entonada, crecida, opulenta y poderosa. Jamás se alzó potestad temporal que le contrarestase aquella supremacía inveterada, y el gobierno cons-

tucional ha tenido que acatarla aun mas que los reyes absolutos, por cuanto le precisaba alistar en sus banderas los individuos de una religion que tan solo cuenta en su regazo acendrados feligreses.

Al morir Fernando VII, no se hizo cargo Roma de la España, ni de sus propias fuerzas, pues no alcanzó que aviniéndose al nuevo rumbo de los negocios, le resultaría sumo influjo en la reforma, ya imprescindible, del clero secular y regular. En vez de ir acompañando el torrente de novedades que no cabe en lo humano contrarrestar, el santo padre se ha estrellado con ellas. Bajo entrambos conceptos de soberano y sumo pontífice, raro descarrío ha venido á ser en todo un vicario de Cristo el anteponer su empuje político, por esencia ínfimo y arrinconado, al predominio poderosísimo de su móvil religioso, procedente de la única autoridad pontifical, remedio vivo de la concordia, de la mansedumbre y del cariño.

Yerro sumo ha sido en el papa meterse á interventor material en una contienda política, enzizando así la iglesia con desbarros torpísimos; y en vez de allá desentenderse de intereses temporales y revueltos, ha blasonado de su aciaga parcialidad. ¿A qué conduce ese entrometimiento desahogado en negocios mundanos? Orillando allá todo derecho, fuese ó no problemático, bastaba á la corte de Roma que asomase de hecho en España una potestad que rijese toda la Península, para no retraerse de la investidura canónica de los prelados nombrados para las sillas vacantes. Este desvío, en que aferradamente ha perseverado la Santa Sede, ha sido perjudicialísimo á la religion; pues el tema religioso, por desgracia enmarañado con el político, ha enconado mas y mas los pechos y acarreado atrocidades irreparables. Evítáralos Roma, en habiendo conjeniado con el sistema de mansedumbre que impone el cristianismo y que requiere la humanidad.

Ajenísimo estoy de minorar los homicidios que tantísimo horrorizan de sacerdotes indefensos; me lamento de tamaños desafueros que han venido á dar la palma del martirio á religiosos que merecian, reos ó no, el amparo de la ley; y si el papa, en vez de romper los vínculos que lo enlazaban con la iglesia de España, los hubiera estrechado como cachillo de la cristianidad, se evitaran infinitos fracasos.

Ejemplar tenia el Vaticano, planteado por él mismo en sus relaciones con la España constitucional; pudiendo seguirlo sin asomo de roce con el tema político, ni de concesion alguna, que era el alma del asunto. Al declararse independientes las colonias españolas, el auno pon-

tífice, á impulsos de su religiosidad, se determinó á conceder la investidura canónica á los obispos nombrados por los varios gobiernos desasociados de la América. Clamó España sin fruto, pues el santo padre, lamentándose del tema político en cuanto á príncipe temporal, se entrometió, como cabeza de la iglesia, para el mantenimiento de la religion católica. Tenia razon, pero no pretendiendo que la rebeldía de aquellas antiguas colonias fuese menos desacato á la autoridad real que una contienda de dinastía, y que los nombramientos americanos fuesen mas acertados que los de la España constitucional, no cabe alcanzar por qué parcialidad inaudita el sumo pontífice obraba por este único rumbo con los sublevados de América, al paso que atravesaba enfados políticos en la lid que está dividiendo á la España. ¿No cabria que se espidiesen bulas á los prelados americanos, por suponerlos adecuados para contrarrestar á las repúblicas, y que se niegan ahora las mismas á los obispos nombrados por la reina de España, por cuanto se les conceptúa afectísimos á los principios constitucionales? Esta ilusion se corrobora con el reparo de haber negado bulas en Roma á los arzobispos que, como individuos de una junta legislativa, habian vertido opiniones políticas, aunque ajenísimas del dogma y de la disciplina canónica.

A ser la Santa Sede árbitra en escoger su rumbo político, quizá reconociera sin titubear á Isabel II, pero sabido es que los principes italianos, avasallados por el Austria, carecen ya de independencia. La conducta de Roma con España era en suma una declaracion terminante de su parcialidad á la causa del pretendiente. Con esta adhesion debió el sumo pontífice entender que trascenderia muchísimo al clero regular, propenso siempre á fomentar sus propios intereses tras los de Roma, y á mancomunarse con ellos, resultandó luego daños imponderables. Abastecidos con los abusos escandalosos, y estremeciéndose al presenciar ya el vuelco reformador de todos ellos, el clero jeneralmente, al arrimo de Roma, ha echado el resto por la rebeldía de D. Carlos.

Poco antes del fallecimiento de Fernando VII, monseñor Amat de San Felipe vino á Madrid en reemplazo del nuncio cardenal Tiberi, y el breve que trajo pasó, segun las leyes del pais, al consejo de Castilla para su refrendacion. Envió el consejo su dictámen, cabalmente en el trance de espirar; y sabida es la práctica de que al morir un soberano, todo agente diplomático reciba de su gobierno nuevas credenciales; y así se dilató la admision del nuncio hasta la presentacion de otros breves de Su Santidad. Autorizóse sin em-

burgo al arzobispo de Nicea para desempeñar interinamente sus funciones, como lo practicó desde luego.

El santo padre, en vez de renovar el breve que se le estaba requiriendo en Madrid, mandó salir de allí al cardenal Tiberi; dejando, para hacer sus veces con el gobierno, á un vice-jerente de la nunciatura, y entónces el arzobispo de Nicea pidió encarecidamente que se le franquease el ejercicio de sus funciones espirituales, prescindiendo de toda representacion política y diplomática.

No podía el gabinete de Madrid avenirse á pretension tan desusada, pero á trueque de venir á deslindar dos ramos de suyo tan diversos, accedió á que caminasen lo político y lo religioso por sus respectivos rumbos, y cifró únicamente la admision del nuncio en el resultado de las negociaciones que se entablaron.

El paradero de ellas fué un convenio, en el cual se pactó que los obispos ya presentados, y cuantos acudieran en lo sucesivo de parte de España, lograrían la investidura de la Santa Sede, pero que se cercenarian en las bulas las cláusulas corrientes en que se sobreentendía el reconocimiento de la reina Isabel.

Con esta concesion apocadísima, parto de Martínez de la Rosa, propuso la España las modificaciones competentes al testo que hasta la sazón habia rejido; aceptólas el nuncio apostólico sin la menor alteracion por su parte, como arregladas en todo á su modo de pensar. Pero desaprobó la corte de Roma la conducta de su legado, se desentendió de la propuesta del gobierno español, atravesó nuevas dificultades, y se empeñó en que la forma recién propuesta era inadmisibile, por cuanto indirectamente embebia el reconocimiento de la reina. Sustituyó luego la Santa Sede otra nueva planta á la del gabinete de Madrid, pidió el cercen de toda cláusula relativa á la presentacion de los obispados y á la facultad de proveer las silllas vacantes, nombrando á los sujetos que se le apuntasen *motu proprio*, *benignitate sancte sedis*. Al mismo tiempo la Santa Sede tenia que estender separadamente una declaracion de oficio, dejando en salvo el derecho de presentacion, reservado á los reyes de España.

Rechazó el gabinete de Madrid aquella tranquilla como indecorosa para él y no menos torpe para Roma; se siguió mas y mas negociando, y por fin, apurado ya el sufrimiento, el 23 de agosto de 1833, el conde de Toreno, á la sazón ministro de estado, manifestó al arzobispo de Nicea que el gobierno de S. M. C. no podía avenirse á aquel atropellamiento del derecho esclusivo é inherente á la corona de España, para la presentacion de los obispados, y al entregar al

encargado del santo padre los pasaportes que habia pedido, los acompañó con una protesta briosa, cargando la responsabilidad á quien competiera, de las resultas aciagas que acarrearía á la religion el rompimiento que Roma apetecia á todo trance. Habia la España estremado sus miramientos hasta el confin de su independencia, la cual no le consentia desentenderse de una de las prerogativas fundamentales de la corona.

Despues acá en nada ha variado la Santa Sede su política, aferrándose siempre en desentenderse de toda investidura canónica, y ciñéndose voluntariosamente al tema político; pero aquella especie de entredicho episcopal se arrinconó, en asomando el producto cuantioso de dispensas matrimoniales, ú otras para la chancillería romana, atendiendo así únicamente la Santa Sede á su interés pecuniario, y desamparando allá de remate la iglesia de España.

Mueren y mueren pastores eclesiásticos, y desde 1834 se quedan sin reemplazo, y así la España está ya contando por fallecimiento hasta veinte y cuatro silllas episcopales vacantes, á saber: tres arzobispados, Toledo, Granada y Valencia, para los cuales el gobierno de Madrid tiene presentados los obispos ya anteriores de Mallorca, Córdoba y Cartajena; veinte y un obispados: Sigüenza, Segovia, y Osma, el obispado priorato de Leon, Málaga, Zamora, Mondoñedo, Lugo, Ciudad-Rodrigo, Oviedo, Almería, Tarazona, Teruel, Albarracin, Segorbe, Tortosa, Jerona, Vich, Solsona, Puerto-Rico y Nueva Segovia (Filipinas).

Además de dichas silllas vacantes por fallecimiento, lo están otras por desamparo voluntario de sus prelados, y otras en fin por providencia de los tribunales ó del gobierno, que ha sido forzoso tomar contra algunos obispos discolos.

Descuellan entre los primeros el padre Cirilo, arzobispo de Cuba, y Abarca, obispo de Leon, consejeros de Don Carlos, y ahora refujiados en Francia; el arzobispo de Zaragoza, los obispos de Barbastro, de Lérida, de Urjel, residentes hace tiempo en Francia; el arzobispo de Tarragona, residente en Italia, y el obispo de Orihuela, que estaba con Cabrera.

En los segundos entran los arzobispos de Sevilla y de Santiago, confinados, de orden del gobierno, aquel á Alicante, y el segundo á Mahon; el obispo de Menorca, detenido en Cádiz; los de Piacencia y Calahorra, destinados á otros puntos de la Península, y por fin el obispo de Palencia, encerrado en la isla de Ibiza, por mandato del tribunal supremo de justicia.

De modo que de los diez arzobispados de España y sus colonias, se hallan vacantes hasta ocho

por las causas sobredichas, y de los cincuenta obispados, hasta treinta se hallan en el mismo caso.

Siguiendo aquel rumbo, se fijaria el punto en que la España careciese absolutamente de toda silla episcopal.

La Santa Sede ha negado igualmente las bulas de su investidura canónica al patriarca de las Indias, nombrado por el gobierno para proveer aquella vacante; y otro tanto ha sucedido con el comisario de Cruzada.

No cabia que el gobierno español dejase en tamaño desamparo tantas sillas vacantes, y así, con arreglo á las leyes vijentes, ha dispuesto que los obispos nombrados se encargasen de la administracion de sus diócesis, haciendo que los cabildos, quienes, segun la disciplina corriente, ejercen la jurisdiccion en las vacantes, cediesen la autoridad canónica á los obispos nombrados. Dócilmente se han allanado todos á esta disposicion, excepto algunos canónigos del cabildo de Oviedo; pero se providenció ejecutivamente contra los discolos, y se avinieron á la razon, sujetándose al prelado revestido de la autoridad canónica por la mayoría del cabildo.

Esa hostilidad tan declarada y con el mayor aferramiento de la Santa Sede contra España nos suministra las reflexiones siguientes:

Como cabeza de la Iglesia, su instituto le obliga al pábulo espiritual de cuantos cristianos reconocen su autoridad con el culto religioso á todas luces cabal, y por consiguiente á surtirlo ante todo de ministros legítimos de la palabra y los sacramentos, pues en esta disposicion se cifra la salvacion de los pueblos, segun la doctrina católica. No cabe pues causa que dispense al papa de tan sagrada obligacion, y particularmente, siendo de orden tan inferior como el de la política; y sin embargo ha ocurrido repetidas veces, y con especialidad en Portugal, cuando el advenimiento de la casa de Braganza. Sin sentenciar la conducta de Roma en aquel caso, sin examinar si por entónces, como antes ó despues, se han entrometido intereses meramente temporales con un predominio lastimoso, ¿no se hace naturalísimo que la España se ponga á cavilar sobre qué móviles han podido mediar para que el romano pontífice vaya á cifrar la institucion de sus obispos en el tema de soberanía que se está batallando entre Isabel y Don Carlos? ¿Aspiraria á dar su sentencia?... ¿Seria acaso porque el pueblo español, en su concepto, ha de esperar la decision de su boca?... No caben ya en el siglo XIX creederas para presuncion tan desatinada y espuesta para Roma.

¿De dónde dimana pues tanta privanza como le merece Don Carlos, y el apoyo indirecto que

le franquea, desentendiéndose de aquellos nombramientos?

Larguísimos pasos ha dado la España, pues reformando el clero, atajó los cuantiosos manantiales cuyo paradero es Roma; ha dado al través con la frailería, milicia permanente á las órdenes inmediatas del papa, con la cual solia sobreponerse á los mismos soberanos.

Triunfando allá Don Carlos, se lisonjeara Roma de que se iba á rehacer de sus malogros, y ahí se cifra todo el arcano de sus amaños; y así favorece al pretendiente como muy esperanza de recobrar lo pasado por lo cual está suspirando. Mas ¿por ventura está sin contingencia patentizando á los pueblos que median allá para ella otros intereses mas entrañables que el de la religion misma, que la perpetuidad del ministerio pastoral y la conservacion de la fe, tan intimamente hermanada con su accion jerarquica y permanente? ¿No se recela que España, siguiendo el mismo sistema de justiprecio, se vaya tambien avezando á prescindir de lo que otros posponen á la política y á intereses meramente humanos?

Hay puntos en que seria para los papas muy ajeno de cordura el ponerlos en tela de juicio, y tenerlos así despacio á la vista.

O segun institucion divina, son los obispos imprescindibles para los fieles, y entónces no cabe que el papa se desentienda de sus obligaciones sagradas, negándoles las que los faltan, y en tal caso, se acudiría á medios que los apronten sin la intervencion del papa; ó bien no son precisos los obispos, en cuyo caso tampoco el papa, obispo y cabeza de la iglesia, viene á ser necesario.

No vemos lo que puede aventajar allá Roma con poner en planta este campo de reflexiones, y no vivimos ya en tiempos que le haga al caso el aferrarse en apurar el sufrimiento y la fe de los pueblos, siendo esto tan positivo, que ya el Nuevo Testamento se ha impreso en castellano en Madrid y ha circulado por toda la Península, por cuenta de la Sociedad Bíblica de Londres (1). Además, si no hay en la Península templos protestantes, á lo menos existe el derecho de practicar el culto reformado en todos los que lo profesan. Ahora bien sabida cosa es que de la indiferencia al cisma no hay mas que un paso.

(1) Tambien se imprimió en Barcelona, juntamente con la Biblia y el Nuevo Testamento, el último en lengua catalana; y por mas señas que uno y otro tuvieron un despacho extraordinario, como que del último se vendieron seiscientos ejemplares en cinco dias. Miles y miles se hubieran vendido, á no haber el ministerio Ofalia vedado anticonstitucionalmente la circulacion de la obra.

NOTA DEL T.

De los partidos españoles.

CONCLUSION.

La historia política de lo pasado y de lo presente contiene en España en cierto modo la revelación del porvenir, y si bien es para todos igualmente fácil proceder de lo conocido á lo desconocido, ya que las deducciones lógicas de los hechos se hallan al alcance de los lectores al par que del escritor, sin embargo para completar las bases capaces de fijar la opinion, debo añadir á la historia del gobierno y de la administración una crítica de los tres partidos que en España, mas acaso que en otra parte alguna, dominan casi esclusivamente la accion del poder.

Las revueltas que agobian á aquel país, de treinta años á esta parte, lo han dividido en dos grandes secciones ó banderías, es á saber: absolutistas y partido liberal fraccionado, tras de cuyas enseñas vese inmóvil, indiferente y yerta á la inmensa mayoría numérica, es decir, á los campesinos, masa pasiva, inerte y anonadada por el despotismo, al paso que mantenida en la ignorancia y empobrecida por el clero y el gobierno. Esta muchedumbre carece de opinion, bien que se halla del todo preparada para salir de su torpeza secular, en cuanto se cree un gobierno de fuerza y porvenir, capaz de identificar las cuestiones políticas con los principios de la buena administracion, y no hay duda sino que pertenecerá á la reforma desde el punto en que la reforma reparadora y benévola penetre en la campaña.

Los absolutistas *serviles* en 1814, *apostólicos* en 1823, *carlistas* en 1833, siempre crueles, reaccionarios, implacables, han perpetrado tantos crímenes y cedido á tan horribles inspiraciones, que á la verdad se experimenta invencible repugnancia en renovar tan espantosos recuerdos. Pues bien sabido es que desde Torquemada hasta nuestros días, ha pagado anualmente la España un tributo de sangre á ese frenético fanatismo, que, obrando á nombre de la religion católica, trabajó en un principio para sí, y luego para una monarquía que se le sometiera.

Por lo que al bando liberal atañe, llámanse

sus dos fracciones, ora conservadora y progresista, ora moderada y exaltada; mas en verdad que no conozco yo nada mas erroneo, nada mas á propósito para estraviar la opinion pública que semejantes denominaciones; pues tienen el defecto de no significar nada, ó cuanto mas, de dar la idea mas inexacta de la esencia de los partidos por ellas conocidos: así es que los extranjeros que así nos oyen calificarnos mutuamente han establecido equivocadísimas analogías, de las cuales han nacido errores que han influido fatalmente, mas acaso de lo que se cree, en nuestros destinos.

Cuando oigo á un partido llamarse en España conservador, tentado estoy por preguntarle: —¿Conservador, de qué?—¿Conservador, desde qué época?—Del mismo modo cuando oigo en boca de ciertos hombres las palabras revolucionario, exaltado, ganas tengo de preguntar á los que las pronuncian si han reflexionado algun tanto acerca de las calificaciones que dirigen á sus adversarios políticos, y si han tenido ellos que quejarse alguna vez de haber sido tratados con la misma injusticia que emplean ahora para con sus contrarios.

Las causas inmediatas del trastorno que ha producido nuestra actual situacion datan desde 1833; muchos de sus osados promovedores viven todavía; sus actos, sobremanera meritorios, son harto públicos, y creo honrarlos recordándolos en este lugar; pero esto será con condicion de que se borre de nuestro diccionario político la palabra revolucionario; pues si la conservamos, tan solo podrá aplicarse á las personas de que acabo de hablar.

Cuando la muerte de Fernando VII, existía un ministerio que se apresuró á declarar la inmovilidad, y este sí que pudiera llamarse conservador; puesto que nadie mas que él ha manifestado públicamente su voluntad de no consentir alteracion alguna en la forma de gobierno.

Apareció allá en aquella sazón, en lo mas encunbrado del órden administrativo y social, un partido *del movimiento* que intentaba volcar y

volcó en efecto el *ministerio conservador*. Nosotros los emigrados y cuantos sin emigrar abundaban en nuestras convicciones, para nada éramos llamados, y ajitábase únicamente la lucha entre el programa de 4 de octubre de 1833, que decía *nada de innovaciones*, y el de los progresistas que *querían innovar*. He aquí el único momento en que existió un combate entre el espíritu conservador y el innovador: entónces eran verdaderas esas calificaciones, mas despues acá no solo han dejado de serlo, sino que han presentado por el contrario un sentido diametralmente opuesto.

Entre los hombres que tomaron la iniciativa del movimiento en 1833, entre los mas nombrados por sus actos exteriores y públicos, citaré á dos grandes de España, el conde de Puñonrostro y el marqués de Miraflores, y entre los que realmente volcaron al ministerio conservador, se hallan los jenerales Quesada y Llauder, comandantes jenerales, el primero de Castilla y el segundo de Cataluña.

Tengo á la vista los escritos publicados por esos cuatro personajes, los dos primeros simples particulares, y los otros dos encargados de altas funciones públicas, y yo soy de opinion que desde entónces no se ha escrito nada tan revolucionario; que nadie ha socavado la esencia del gobierno con mas osadía y denuedo, con mayor espíritu revolucionario del que emplearon ellos en su agresion contra el ministerio Zea; y á la verdad este señor no se engañó; por esto no titubeó ni un instante en contener desde luego á los novadores.

El conde de Puñonrostro fué el primero que entró en liza, publicando en el número 32 de la *Revista Española*, á principios de 1833, un artículo en que se trataba de las facultades de las Cortés, y era la opinion del noble conde que para hacer las leyes se requeria la concurrencia de las Cortés con el rey. A la verdad no dejaba de haber acendrado valor cívico en publicar tal suerte de doctrinas en vida de Fernando VII, así fué que no vaciló el ministro en condenar aquel escrito, y en 26 de febrero participó á su redactor que el rey habia desaprobado altamente el artículo en cuestion.

Pero al siguiente dia dirijese el conde á S. M., quejase de las *arbitrarias interpretaciones* del señor Zea, en virtud de las cuales se habia inducido *temerariamente* á un error al poder real, no titubea en asegurar que *todos los Españoles piden Cortés*; dícese personalmente calumniado, y reclama que se le cite ante un tribunal para vindicar su honor y demandar contra los efectos de la calumnia. Tal fué el principio de las hostilidades contra el ministerio conservador.

Por el mes de octubre de 1833, dirijió el marqués de Miraflores á S. M. la reina rejenta una circunstanciada memoria acerca de la situacion política de España, y prescindiendo del mérito intrínseco de aquel documento, diré si, que es muy difícil lanzar mas violenta filípica contra un gobierno, de tal modo que se atacan allí sin el menor miramiento la conducta y política del señor Zea. Y fuerza es repetir con respecto al señor de Miraflores lo que he manifestado ya acerca del conde de Puñonrostro, es á saber: que fué laudable temeridad el colocarse tan resueltamente cara á cara con un hombre revestido de un poder sin límites, que podia encreuclerarse á su antojo contra un enemigo tan francamente declarado.

El marqués de Miraflores reclamaba *altamente las Cortés*, y aun se deslizaba hasta reglamentar y fijar la forma de convocacion de los diputados; por manera que iba acompañada su memoria de diez y siete proyectos de decreto, entre los cuales se halla el de la reunion de las Cortés por Estamentos. Sin embargo, este documento no produjo efecto alguno, y entónces quejándose el marqués de Miraflores de que su trabajo se hubiese pasado al presidente del consejo de ministros, y no al consejo de gobierno, dirijió en 15 de noviembre de 1833 una carta á S. M. la reina rejenta, con riesgo, dice él, de ser importuno, y á pesar del temor que abrigaba de que esta carta sufriese la misma suerte que la primera.

Despues de haber pintado la horrible perspectiva que se ofrece á su vista, el lastimoso porvenir de la España, los peligros de la corona y los suyos propios, quiere concretar á hechos las sinrazones del ministerio contra él, y se esplica en estos términos:

«¿No es un hecho que, en medio de esta crisis tan fácil de prever, es nulo nuestro ejército á pesar de los doscientos cincuenta y tres millones anuales señalados al ministerio de la guerra? ¿No es un hecho que el pretendiente conspira y arma jentes al abrigo de la espirante causa de D. Miguel? y si este último no ha triunfado, no es seguramente por falta del presidente del consejo de ministros, que le ha protegido abiertamente cuando su triunfo debia comprometer el trono de la reina.... ¿No es un hecho que el mismo hombre que despreció la negociacion propuesta por la Inglaterra, por medio de su enviado extraordinario sir Strafford Canning, se presenta hoy dia como mediador y negocia con la Inglaterra?.... ¿No es un hecho la existencia de trescientos mil voluntarios realistas armados contra nuestra causa? ¿No ha apelado á ellos el ministerio como á los verdaderos sostenedores del trono calificando de re-

volucionarios á los hombres adictos á V. M.?... ¿No es un hecho que existe un completo desacuerdo, una total disidencia entre el ministerio y los capitanes jenerales, posicion en que es imposible gobernar? »

He ido entresacando de la carta del marqués de Miraflores algunos cargos particulares que hacia al ministerio ante la majestad real, pero bastan para evidenciar que á la sazón se desacataba el poderío de la corona en la eleccion de sus consejeros.

Al cumplir con su instituto de ciudadano acendrado, fué Miraflores cuanto no quiere ser en el día; pues Zea lo conceptuó de revolucionario en tales términos que él mismo anda recalándose mas y mas en sus protestas contra la tacha de tal, repetida, dice, contra él y sus parciales.

Hallábase Quesada de capitán jeneral de Castilla, y el 8 de enero de 1833, envió desde Valladolid á la reina rejente una representacion, que es verdaderamente una acusacion fiscal contra el ministerio.

Está acertadamente ideado aquel documento, y luego era obra de un militar encumbrado, y batallador en 1823 contra la constitucion de 1812. Al fenecer aquella víctima descollante de nuestras discordias civiles bajo los aceros de asesinos, todo pecho jeneroso se condolió del paradero de aquel gallardo patricio, cuyo denodado ímpetu fué uno de los que volcaron el ciego despotismo.

El 25 de diciembre de 1833, el jeneral Llauder, mandando en Cataluña, envió desde Barcelona una memoria, seguramente mas aventajada que cuantas he ido citando. Abarca los acontecimientos anteriores, con pensamientos políticos briosamente espresados, eslabonando con despejada lógica toda la situacion de entónces. Denodadamente ponía el jeneral Llauder el dedo en la llaga, dando por sentada una verdad palmaria, y achacando todos los quebrantos de la España al menosprecio de los compromisos entablados voluntariamente por Fernando VII en su decreto de Valencia del 4 de mayo de 1814. Va recordando las promesas pregonadas á la sazón, manifestando un pundonor político harto recomendable, pues decia el jeneral Llauder: «Son, Señora, históricas las promesas de los reyes, debiendo cumplirse como las profecías del mismo cielo, y tampoco nos cabe el pedir mas que lo meramente justo y formalmente prometido, y así estamos presenciando con una especie de luto doloroso que no se verifican las declaraciones solemnísimas hechas por el difunto rey á la nacion, en el trance de ceñirse la corona por mano de esta misma nacion heroica, colocándosela á costa de miles y miles de vícti-

mas sacrificadas ante el ara de la lealtad y del patriotismo, con el afán de igualarse á los demás pueblos de Europa, encumbrados en alas de sus instituciones y sus monarcas á lo sumo del auge y de la prosperidad.»

¿Pero cómo es que ciudadanos acendrados, como el jeneral Llauder, se anonadan en el vaiven de las revueltas políticas? Este es el paradero de los agentes del gobierno absoluto, que sacan á plaza sus achaques mortales, pues en alzando el grito contra sus demasías, franquean campo á las pesquisas y se estrellan. Si enmudecen, se les conceptúa instrumentos de una tiranía odiosísima, y allá se empozan en la sima de los enconos populares.

Evidente aparece el derecho de Puñonrostro, Miraflores, Quesada y Llauder para clamar contra el réjimen de Zea, como que es un derecho incontestable con el desvío y los embates de la tiranía, y con harta razon conceptuaban dichos personajes el despotismo de Zea como desatinado, espuesto, y atropellador; quejábase denodadamente y á voz en grito; pero ¿eran acaso los únicos habientes derecho? y ¿su duracion tenia que ceñirse al plazo preciso de su desagravio?... No por cierto... y el día en que tras la mudez de diez años, articularon derechos, ya entablaron el de peticion contra el ministerio, y allá se arrojaron contra el sistema de gobierno: y el día en fin en que volcaron el uno y variaron el otro, pregonaron por de contado las reformas, y fuer on sus primeros apóstoles.

Si luego pechos enardecidos se han arrojado á mas, si entendimientos mas abarcadores se han afanado en abrir nuevos y grandiosos ensanches al cimiento tras aquella primera mamposería del escaso edificio; si varones mas denodados han despues antepuesto una planta fundada sobre el principio de la soberanía nacional á un fuero regalado, es ahora calumnia y es sinrazon el tildar á estos reformadores de revolucionarios por causa de sus opiniones. Tampoco han hecho mas que reponer lo derribado hasta dos veces á viva fuerza en 1814 y 1823; pues han ido meramente siguiendo el declive que media entre la cumbre del absolutismo de Zea y el finiquito de la constitucion del año de 1812. En andando por el despeñadero de las revoluciones, no cabe pararse despacio. Los desmontadores del terreno de la rejeneracion y los que asaltan la yerta inmovilidad y vuelcan el absolutismo con todas sus ínfulas conservadoras, son esclusivamente los revolucionarios, como ajuiciadamente los apellidaba Zea; y nosotros, jente progresista de 1840, no suponemos denominacion injuriosa en esa voz, conceptuándola al contrario de sumo blason.

Vamos ahora al adjetivo de los moderados.

Tropezamos con el mismo apuro que en la palabra conservador; pues andan por ahí preguntando en qué y cuándo fué moderado ese partido.

La moderacion descuella en los trances, pues cuando todo está en su asiento, la carencia de moderacion seria un devaneo rematado. Ahora bien, ¿es positivo que el bando usurpador de este nombre haya conservado en las vicisitudes, ocurridas durante su mando, aquella pujanza, aquel teson sesudo, con que únicamente descuella la acendrada moderacion?

No por cierto... A cada recio empuje, ha siempre acudido á los medios estremados de estados de sitio, desarme de guardia nacional, estrañamientos arbitrarios al Asia, Africa ó América, á las providencias ejecutivas y en fin á la suma tropelia. Se puso á Madrid en estado de sitio por conmociones leves, abultadas por la zozobra, en 1835, 36 y 40 y se ha desarmado y disuelto la guardia nacional por dos veces.

En tres años y medio, desde el 15 de mayo de 1836 hasta el 18 de noviembre de 1839, ministros del Partido moderado han disuelto hasta tres veces las Córtes.

Se han atropellado periódicos, y aunque la mayoría avenible ha providenciado el desagravio, con esto mismo queda evidenciada la demasía.

¿Se hacia por ventura imprescindible, lo requerian así gravísimas circunstancias? Orillemos ya un punto concluido en su lugar, pero afirmo y me recalco en que ciertamente en acudiendo á providencias violentas y leves y medios estremados, no cabe ya blasonar de moderacion.

¿Se ha manifestado esta con la tolerancia de opiniones?... Tampoco; pues en llegando la vez, allá va el vuelco de empleados, aun subalternos, cuyas opiniones desafinaban con la superioridad. Pudo ser preciso, pero en verdad que no asoma el comedimiento.

¿Acaso los ministros se han escaseado á sí mismos las finezas correspondientes á sus merecimientos? Abro la *Guía*, y no asoman ministros de aquella catadura que no se conceptúen acreedores á galardones sumos por su desempeño; habiendo consejero de la corona, desconocido antes y reempezado despues de su nombramiento, que se ha premiado marcialmente por algunos meses ó semanas, ostentando en su pecho veneras y cruces de órdenes civiles y militares. Campearian aquí los mismos hechos, á no repugnarme el sacar á la vergüenza nombres y apellidos, cuando tan solo se están ventilando cuestiones y sistemas.

A ver pues cómo abonan ese dictado de mo-

derados... No lo alcanzo, pues todas las gestiones de ese bando están demostrando cuán rara vez han procedido con moderacion los que tremolan ese pendon.

Ya estoy viendo que me van á responder cuán errados han estado siempre los contrarios por ese rumbo; pero aun cuando fuese cierto, y lo voy á desmentir, no por eso mejoraria de calidad el argumento.

Tan desacertadamente se apellidan los otros *exaltados* como estos *moderados*. Ojalá que asomase el alboramiento por alguna parte de España, pues daria muestras de vida para ahora y esperanzas para lo venidero. El partido ese tan descerrajado está todo yerto, y hace seis años que está la España aprensiva de accesiones calenturientas, y todo espira ya de tisis.

Los conocidos bajo el apellido de *exaltados*, emigrados en 1823 ó atalayados inquisitorialmente, no tomaron la menor parte en los primeros movimientos tras la muerte del rey. Vueltos á casa, se hacia naturalísimo el que esperanzasen los triunfos tan suspirados por espacio de doce años; y lejos de apellidarse *conservadores*, al presenciar el estado lastimosísimo de su patria, mal podia venirles la ocurrencia de meterse á tales.

Volcados los alborotadores de 1833, que pararon en conservadores el año de 1835, se encumbraron los emigrados liberales, siempre con su afan progresista. Derribados estos tambien con una arbitrariedad, empuñaron otra vez las riendas del gobierno para aplacar un nuevo alboroto, y á impulsos de una racionalidad desengañada, dieron á luz la áncora de la esperanza para España, que es la constitucion de 1837; y sus antagonistas han debido hacerse cargo de que allí se cifran todos los elementos monárquicos para franquear á la corona cuanta fuerza es apetecible para el desempeño de su autoridad en beneficio del pais.

En 1835 y 1836 asomaron allá algunas asonadas, pero sin destemplanza, pues las resultas que parecian forzozas no cuajaron, y solo en el embullamiento de la victoria cabe el alacorararse; y así en ambos trances, en vez de pasarse, cejaron de su propuesta, por atenerse á un arreglo racional.

Han reconvenido á los ministros progresistas por haber tambien acudido á los estados de sitio, aplicando esta ley del encaje por dos veces á la capital. No es puntualmente cierto, pues nunca pusieron á Madrid en estado de sitio. Al asomar el caudillo carlista Zariátegui, se apoderó de Segovia; declaró el ministerio la provincia de Castilla en *estado de guerra*, cuando el enemigo se hallaba ya sobre Madrid, pero sin ponerlo tampoco en estado de sitio. La realidad

de la guerra estaba ya requiriendo aquel paso del ministerio, y aquella situacion desencajada vino á durar nueve dias; y se renovó al acercarse Don Carlos. El cotejar tales providencias, cuando la causa de Don Carlos estaba ya en su cumbre y amagando á la capital, con el estado de sitio que padeció Madrid en 1835 y 1836, por alborotos menores, y en 1840, por allá no se qué desacato de la tribuna de las Cortes, para ya en insensatez.

La autoridad militar de Barcelona se halló en trance tan apurado, que acudió á las fuerzas navales inglesas y francesas ancladas en el puerto, para auxiliar con sus tripulaciones el mantenimiento del orden, y se puso la ciudad en estado de sitio; pero enterado el ministerio, revocó aquella disposicion.

Desapruebo desde luego todo quebrantamiento del orden legal, pues conceptúo las leyes suficientes de suyo para el desempeño de la jente desencajada; pues cuando la artillería estallaba por las calles de Barcelona, y cuando iban ya á desembarcar marinos extranjeros, parece que lo arduo del trance se debe tener presente, y disculpar, ya que no abone, la determinacion. Añádase que por entónces los carlistas estaban casi bloqueando á Barcelona.

Achaque de entrambos partidos ha venido á ser el vaiven de empleados, y por desgracia corren parejas en esta parte.

Pero ni un solo ministro hay del bando dicho acalorado que se conceptuase acreedor á la mas leve condecoracion; prescindiendo ahora de destinos, pues desbancados á viva fuerza, no podia caberles el menor acomodo. Deben ufanarse con este comedimiento, y me complazco en ir pregonando tanto pundonor, harto contrapuesto á la conducta de sus contrincantes.

Acaeció una sola disolucion en el réjimen progresista, á impulsos de una contienda parlamentaria, donde vinieron á contrarestarse por igual los campeones.

En el análisis moral de los partidos, he puesto sumo ahinco en desprender mi conciencia de toda parcialidad, ciñéndome á hechos innegables.

Se han comparado las opiniones políticas de acá con los muchos partidos franceses.... ¿Cuál ha sido la resulta?... Sobre cotejos equivocados consecuencias desatinadas. Así debia suceder.

Han asemejado el partido ardiente al bando del empuje, y nuestra parcialidad moderada al justo medio, á partido conservador de Francia.

Desatino... En Francia, el empuje apetece mayor caudal de franquicias, mayor ámbito en derechos políticos, y mas ensanche en el ramo de imprenta.... y el partido conservador quiere

el fuero íntegro de 1830, sin mas acá ni mas allá.

En España, el bando acalorado está por la observancia de la constitucion, al paso que los moderados piden, ventilan y votan leyes contra la imprenta, contra el derecho de peticion, contra las franquicias municipales y provinciales y contra la guardia nacional, arrojándose así contra la mente y la letra de la misma constitucion. En el senado, se cuentan hasta veinte y tres votos entre setenta y siete para protestar contra la propuesta de solemnizar como festividad nacional el 18 de junio de 1837, dia de la promulgacion de la constitucion actual (1). Se ha pedido en la cámara de los diputados el restablecimiento del diezmo, como propiedad del clero, y aun han sonado quejas de que no hubiese en las Cortes representantes del despotismo (2). No tiene el partido moderado español sus semejantes en Francia con las subdivisiones del bando liberal. Revolucionario en 1833 y reaccionista en 1840, ni ha sido ni es ahora mismo conservador.

El desconcierto de todas las potestades en España, la carencia de pasiones políticas, quebrantadas ya todas y exhaustas, imposibilitan el conceptuar lo venidero para esta nacion desventurada, y tanto mas por cuanto el desaliento medra con los asomos de la pacificacion; como si en cada individuo se fuese desmoronando la entereza, y por consiguiente la pujanza; nadie se atreve á obrar, y ninguno alcanza á ver lo de mañana.

Acuden sin embargo todos á la constitucion, como que es la bandera nacional, obra del bando progresista, y nadie ha pedido ya nada sobre su contenido. Lo venidero que sea probable tiene que estribar en España sobre ella, y segun ilacion muy obvia, debemos suponer que sus autores, los que han venido á plantear el único hecho existente, tengan tambien que acendir á desenvolver sus consecuencias, cuando todo lo que no esté allí embebido quede ya desgastado.

En medio sin embargo del desasosiego jeneral, asoma allá en la muchedumbre algun empuje, tal cual señal de vida. Hay afan por mejoras positivas, ornatos, y educacion pública ante todo; se plantean ramos de beneficencia, se desahogan las cárceles, pero al cabo estos son intentos particulares ú obras de los ayuntamientos. Se va aumentando el caudal del estado, y no dirán sino que la resurreccion del pais no está esperando mas que la voz de sur-

(1) Seccion del 3 de junio de 1840.

(2) Seccion del 7 de junio de 1840.



ge et ambula; y esta resurreccion es mas factible de lo que se opina.

Aquí dió fin mi tarea, despidiéndome con el concepto mismo que la encabeza, y es que me persuado entrañablemente de estar como viendo que en tomando sujetos de brio y desempeño á su cargo el timon de esa nave que está ahora vagando al impulso desalentado de la oleada política, aportaremos luego en salvamento. Felicísima es la situacion de España para marchar ajigantadamente por el rumbo de la prosperidad. Francia, Inglaterra, Bélgica y Holanda rebosan de capitales sin destino; y la España está brindando al extranjero con miles de especulaciones honradas y provechosas; y la aplicacion de caudales á empresas públicas, á la labranza, acequias y minas será un manantial inagotable de productos.

El porvenir de la España se cifra todo en afanes productivos, y estos derramarán la vida social y moral por la muchedumbre. En rayando el día que vierta al pueblo su bien estar, afianzado estará y bendecido el gobierno; y esa clase ínfima, siempre mas y mas desventurada, encenagada en el robo y la mendiguez, se desprenderá de su vida tan desastrada: progresará la agricultura y medrarán los productos de nuestro fertilísimo suelo; carreteras y canales irán acarreando esos frutos colmados de la activa labranza, y así el desahogo y la holganza abarcarán hasta las aldeas y cortijos. En moralizándose la muchedumbre, será al punto venturosa, habrá seguridad por las campiñas, habitándolas en seguida los pingües hacendados; y empieando allí sus haberes, serán labradores provechosos y empresarios en todos los ramos de industria. A impulsos de esta prosperidad campesina, y de tanto afan venturoso y al arrimo de leyes atinadas sobre aduanas destructoras del contrabando, escuela de todos

los atentados, quedará por fin redondeada la revolucion española. La España, capitaneada por la augusta sabiduría, se reencunbrará á su jerarquía escelsa sobre las demás naciones, como ya en otro tiempo se les sobrepuso en saber, en gloria y poderío. Entónces, y tan solo entónces, acudirán sus pueblos con su tributo al auxilio del mancomún universal de pensamientos que está agolpando la filosofía en destello centellante y de aquel luminar intenso brotará la organizacion de la sociedad venidera.

Vivo esperanzado de que con el advenimiento venturoso á la potestad suprema de varones de entereza y desempeño para plantear un régimen atinado, cual nos lo está guardando la Providencia, serémos otros, y por ahora terminaré con las palabras de Washington en circunstancias muy parecidas, cuando todos en torno suyo daban por desahuciada la patria, pues parece que está hablando con España en 1840: «Me cabe esperanzar que la sensatez del pueblo se sobrepondrá al fin á sus preocupaciones; y no puedo conceptuar que la Providencia nos haya agraciado tanto para tener por paradero la nada. Aquel escelso Hacedor del universo nos ha estado guiando harto tiempo y de suma lejanía, por el rumbo de la dicha y de la gloria, para desampararnos en medio del camino. Con los devaneos nuestros podemos á plazos descarriarnos, pero vivo confiado que atesoramos todavía bastante tino y virtud para recobrar el sendero debido antes de quedar enteramente extraviados (1).»

Salvóse la América; tambien le cabrá el salvarse á la España.

(1) Washington á Jonatas Trumbull, á La Fayette y á Benjamin Lincoln.

Tanteo sobre hacienda.

Conceptué que un tanteo sobre la hacienda de España, su deuda interior y exterior, sus recursos, el total de sus desembolsos y de sus entradas, seria un finiquito imprescindible á mi historia política. Puesto que donde quiera el ramo de hacienda es el arranque de todo tema político, en la Península se hace todavía mas palpable esta verdad, pues al desquicio de su hacienda está la España debiendo su menoscabo: y esto mismo es lo que me empené en demostrar por todo el discurso de mi obra.

La historia de su hacienda, el orijen de la deuda pública; y el escrutinio de los contratos gravosísimos que en todas épocas han estado devorando los recursos de España, merecian un empeño aparte. No obstante los documentos de oficio, que por fin he logrado acopiar, me parecen suficientísimos para que los muchos acreedores de la España cuenten sobre seguro con sus títulos para lo venidero. Orillemos ilusiones y justipreciemos recursos en verdad crecidísimos, pero acaso menguados para deuda tan enorme. No hay que abusar de la credulidad pública, y es faltar á la buena fe el empeñarse en que la España alcanza á cubrir suficiente porcion de atrasos para ir pagando los réditos con lo que sigue todavía en jiro. Tarde ó tem-

prano el gobierno español tendrá que entrar en composicion con sus acreedores. ¿Quién será el fiel y el árbitro en tamaño ajuste? La necesidad y el ámbito posible de los sacrificios que haya de hacer la España. Una guerra civil de seis años y de ahora mismo ha desangrado la nacion, y sin embargo el patriotismo ha logrado hacer esfuerzos inauditos. Con todo el aumento tan subido de las entradas no acude aun al presupuesto de los desembolsos, y en este mismo año el gobierno está confesando un descu-bierto de 681,821,734 reales y 23 maravedises. Despedido en parte el ejército con la paz cabal, acarreará sumo ahorro, sin igualar tampoco la entrada con el desembolso.

Inmensos vienen á ser los recursos mal justipreciados de la España, pues no se cifran todos en hipotecar sus bienes nacionales, sino en la aplicacion de capitales á la agricultura, con especialidad á las obras públicas, á las minas, al comercio y á la industria. Es un suelo virjen que se debe fecundizar repito una y mil veces; en los afanes productivos se cifra el porvenir de la España, en asomando un régimen brioso, activo, y ante todo pundonoroso, que le ofrezca seguridad y proteccion.

PRESUPUESTO de 1837 presentado á las Córtes por el Sr. de Mendizabal.

GASTOS.

Lista civil de SS. MM., de la Infanta y de D. Francisco de Paula.	rs. 43,500.000	
Ministerio de Estado.	7,881.220	"
de la Gobernacion.	101,021.954	28
de Gracia y Justicia.	18,581.142	"

MINISTERIO DE HACIENDA.

Intereses de la deuda interior		100.635.242	6	
Id. de la exterior.		182.538.390	18	
Sueldos y gastos de la Secretaria y Superintendencia.	1,013.100	"		
Direccion jeneral del Tesoro, Contaduria y Archivo.	814.475	"		
Quebrantos y gastos de letras y libranzas.	4,479.144	"		
Tribunal mayor de cuentas.	1,722.400	"		
Tesoreria de corte.	133.500	"		
Cesantes.	23,936.840	3	108.630.516	12
Monte Pio.	12,511.754	24		
Pensiones de gracia y recompensas.	8,404.416	4		
Id. de los regulares y esclaustrados.	54,684.440	"		
Gastos diversos.	930.446	15		
Direccion jeneral de Aduanas.	2,792.051	6		
Compras de tabacos, pólvora y azufre.	53,697.091	31		571.105.944 33
Direccion de Aduanas de tierra.	29,597.020	"		
Id. de mar.	5,211.332	"		
Id. de puertas.	963.321	"		
Administracion provincial.		39,063.917	31	
Barcos de vapor, vijias y fanales.		6,604.903	1	
Pensiones á viudas y huérfanos de la guerra civil.		4,499.866	32	
Administracion jeneral de loterias.		23.591.000	"	
Comisaria jeneral de Cruzada.		2.780.511	21	
Minas de azogue de Almaden.		6.713.561	31	
Casas de moneda.		2.250.026	24	
Encomiendas del Sr. Infante D. Antonio.		527.700	1	
Secuestro de los bienes de D. Carlos.		1.009.490	27	
Ministerio de la Guerra.				773,876.404 "
Id. de Marina.				54,260.834 32

Suma de los gastos de los presupuestos de 1837.

1.570,227,499 29

INGRESOS.

Producto de las Aduanas del reino.	64,000.000	"		
Derechos de importacion.	21,000.000	"		
Comisos.	1,000.000	"	87.400.000	"
Multas.	1,400.000	"		
Producto de varias contribuciones.			285.800.000	"
Derechos de hipotecas y de enajenacion de inmuebles.			12.000.000	"
Id. de puertas.			55.000.000	"
Id. sobre la sal.			50.000.000	"
Id. tabacos.			100.000.000	"
Id. papel sellado.			18.000.000	"
Salitre, pólvora, azufre y holla de naipes.			2.800.000	"
Arbitrios diversos.			5.363.000	"
Delegaciones á favor de la caja de amortizacion.			60.849.088	6
Loterias.	29.680.000	"		
Cruzada.	15.166.000	"		
Minas de Almaden.	21.784.844	"	68.742.774	23
Casas de moneda.	2.111.930	23		
Delegaciones á favor de varios ministerios.			124.733.156	25
Ascendiendo pues los gastos hasta	1.570.227.499	rs. 29 ms.		
Y los ingresos tan solo á	870.688.019	" 20 "		
El deficit anual es de un 44 y ½ p 3; ó sean			699,539.480	9
De todo lo cual resulta que ascendiendo la lista civil á	rs. 43,500.000	"		
Los gastos de la guerra á	773,876.404	"		
Y las compras de tabaco, pólvora, azufre, á	53,697.091	31		
O sea en junto á	871,073.495	31		

apenas si basta el total de los ingresos á cubrir estos tres solos gastos; quedando por consiguiente desatendidas en las actuales circunstancias y desde 1837 todas las demás obligaciones, como son: las secretarías de estado, de la gobernacion y de gracia y justicia, los intereses de la deuda pública interior y exterior, el personal de la administracion jeneral, las pensiones y cesantías, la dotacion del clero secular, la indemnizacion ofrecida á los exclaustrados, los sueldos de los empleados en Aduanas, en loterias, en las minas de Almaden, etc. etc.

PRESUPUESTO
DE 1837
DEL SEÑOR MENDI-
ZABAL.

DEUDA pública interior de España.

	<u>SIN INTERES.</u>	<u>CON INTERES.</u>	<u>SIN INTERES.</u>	<u>CON INTERES.</u>
5 p ^o consolidado.		1.387,833.382 » 8 »		
4 p ^o id		629,495.636 » 18 »		
Adelantos por la co- mision de recla- maciones contra la Francia		841.425 » 20 »	2.018,170.444 » 12 »	
<i>Deuda sin interés li- quidada y en circu- lacion.</i>				
Deuda corriente.	347.041.271 » 12 »			
Vales no consolida- dos	537.211.316 » 32 »		2.136,380.688 » 30 »	
Deuda sin interés.	1.252,128.100 » 20 »			

*Deuda no liquidada,
cuyo valor real no
se ha fijado todavía.*

2.136.380.688 30 2.018.170.444 » 12

Títulos no presenta-
dos á la liquidacion
de 1836. 648,562.534 » 12 »
Id. devueltos á sus
propietarios, des-
pues de esta liqui-
dacion 417,376.033 » 18 »
Id. emitidos para la
conversion de re-
cibos de intereses
de vales 84,046.852 » 10 »
Id. liquidados y re-
conocidos, somet-
idos á la aprobacion
de las Córtes. 278,404.395 » 23 »

1.428,389.815 » 29 »

3.564,770.504 rs. 25 ms. 2.018,170.444 rs. 12 ms.

Total del capital nominal de la deu-
da interior con interés y sin él en
1837 5.582,940.949 rs. 3 ms.

NOTA. Las Córtes acaban de autorizar la creacion de títulos al 5 p 3 hasta la cantidad de 700.000,000 de reales para que sirvan de garantía á los adelantos hechos y hacenderos al gobierno por los capitalistas.

DEUDA EXTERIOR.

	SIN INTERES.	CON INTERES.	SIN INTERES.	CON INTERES.
RELACION DE LA CO- MISION DE LÓN- DRES DE 1.º DE NO- VIEMBRE DE 1836.				
Empréstito de 1834, activo		701,754.386 »		
Deuda antigua con- vertida, id.		2.033,438.854 »		3,136.274,000
Deuda antigua para convertir, id.		401.080,760 »		
Deuda al gobierno inglés		60,000.000 »		
Deuda al gobierno francés		285.751,324 »		357.751,324
Deuda al gobierno americano		12.000,000 »		
Deuda pasiva.	1,194.960,000 »		2,883.202,000 »	
Nuevos diferidos (1)	1,243.828,000 »			
Antiguos diferidos.	444.414,000 »			
			2,883.202,000 »	3,494.025,324

Total del capital nominal de la deu-
da exterior, con interés y sin él. 6,377.227,324

(1) De estos pertenecen al gobierno español unos 243 millones.

	SIN INTERÉS.	CON INTERÉS.
Deuda interior.	3,564.770,504 rs. 29 ms.	2,018.170,444 rs. 12 ms.
Deuda exterior.	2,883.202,000 " "	3,494.025,324 " "
Adelantos hechos al gobierno español por varias autoridades inglesas, desde la conclusion del tratado de la cuádrupla alianza		61.649,000 " "
Atrasos á las lecciones inglesas y francesas (para recuerdo)		" " " "
	6,447.972,504 rs. 29 ms.	5,573.844,768 " 12 "
Total del Capital nominal de la deuda pública con interés y sin él.		12,021.817,273»

Pagos anuales que debería hacer la España para cubrir los intereses de la deuda consolidada.

DEUDA INTERIOR.	Rs. vn.	Rs vn.
1,387,833,382 8 en 5 p ^g consolidados	69.391,669»94.605,151 rs. vn.
629.495,636 18 en 4 p ^g id.		
841,425 10 id. adelantados por la junta de reclamacion	630.337,662. 4 25.213,482»	
2,018.169,444 » 2 »		
DEUDA EXTERIOR.		
3,136.272,000 en deuda activa	156.813,600	166.064,660 " "
Al gobierno inglés.	3.000,000	
Id. francés.	16.000,000	
Id. americano.	720,000	
103.652,320 por el $\frac{1}{2}$ del nuevo diferido que pasa anualmente al activo	5.182,610	
61.649,000 debidos al gobierno inglés por sus adelantos	3.082,450	
$\frac{1}{2}$ p ^g de comision.		2.794,038 " "
Total		263.463,849 rs. vn.

A cuyo total es preciso añadir para el extranjero: 1º. el $\frac{1}{2}$ del nuevo diferido que pasa al activo, durante once años. 2º. La mitad del pasivo diferido que pasa al activo durante 199 años. 3º. La regularizacion del antiguo diferido. 4º. Cuatro años de intereses debidos á los portadores del activo y á los gobiernos extranjeros en virtud de tratados diplomáticos, es decir, unos 726.756,800 rs. Y además, para el interior tienen que añadirse: 1º. la conversion de 347.041,271 rs. 21 ms. á razon de 66 p^g en títulos de 5 p^g con interés: 2º. la consolidacion de la mitad de 537.211,316 rs. 32 ms. en vales, ó sea 268.605,658 rs. 16 ms. en 5 p^g, tambien á razon de 66 p^g: 3º. los $\frac{2}{3}$ de 1,252.128,100 rs. 20 ms., ó sea 834.792,067 rs. 2 ms. de deuda sin interés en 5 p^g con interés, á razon de 5 p^g de su valor nominal.

Y debe advertirse en lo relativo á la deuda interior, que los bienes nacionales se pueden comprar mediante $\frac{1}{2}$ del precio en deuda 5 p^g del valor nominal, y $\frac{1}{3}$ en ocho años tambien con papel de la deuda 5 p^g al doble del precio corriente.

CONTRIBUCIONES JENERALES DE ESPAÑA.

Hay en España ciento y una contribuciones, sin contar con las pertenecientes al presupuesto de la gobernacion. Voy á tratar de algunas de ellas, aunque muy sucintamente, explicando su origen, naturaleza y producto.

En el último presupuesto regular que se ha presentado en las Cortes, es á saber, el de 1837, por el señor Mendizabal, se ve que el derecho de aduanas produjo en limpio, en 1836, 48 millones de reales (1), es decir, un 7 por ciento del

total del comercio jeneral de importacion y es portacion con el extranjero.

La estincion del contrabando es la primera condicion de órden que se ha de establecer en hacienda, y seguramente que el sistema prohibitivo, absurdo é inmoral, es el sosten de esa escuela de crímenes que puebla las cárceles y presidios de contrabandistas convertidos en asesinos. Cuando la Europa entera renuncia á esos valladares de aduanas en que luchan en vano la ley y la fuerza armada contra las necesidades reales ó facticias de las poblaciones,

(1) La aduana de Marsella los produce en 5 meses.



vemos á la España permanecer inmóvil en su imposible sistema de prohibiciones, cuya aciaga inutilidad sirve tan solo para robar al tesoro una renta considerable, por manera que se niega á los artefactos extranjeros una entrada legal, de que se encarga furtivamente el contrabando.

Adversario irreconciliable del sistema prohibitivo, séame lícito hablar aquí un momento de las acusaciones que se me han dirigido por haber deseado una revision de nuestros aranceles. Ansiaba en efecto que se hiciese de acuerdo con Inglaterra y Francia, en fin con todas las potencias comerciantes. Sin embargo se ha pretendido que solo se trataba con ello de condonar á la Gran Bretaña el monopolio de nuestro comercio, arruinando así la industria nacional.

A Dios gracias se ha desalado siempre mi alma en pos de la gloria, la independencia y ventura de mi patria; pero aun cuando hubiese yo abrigado tan criminal proyecto, hubiera sido en verdad tan absurda mi pretension, que los mismos á cuyo favor hubiera yo así abdicado de mi dignidad de Español la hubieran indudablemente rechazado con desprecio.

Lo que yo he querido, lo que quiero todavía, lo que querré siempre es acabar con los contrabandistas, azote del comerciante honrado y de la probidad industrial. Sí: quisiera arrancar al fraude su lucro inícuo, y quisiera hacer ingresar en las cajas del erario nacional, y en nombre de la ley, el verdadero producto de las aduanas.

ADUANAS.

Producto del comercio nacional y extranjero en 1836.

Importacion bajo pabellon español.	168,156.671 rs. vn.	{ 235,016.350 rs. vn.
Id. extranjero.	66 859.679 »		
Exportacion bajo pabellon español.	50,985.861 »	{ 227,307.060 »
Id. extranjero.	176,321.199 »		

Comercio colonial.

Importacion bajo pabellon español.	99,933.250 »	{ 111,965.363 »
Id. extranjero.	12,032.113 »		
Exportacion bajo pabellon español.			51,477.874 »
Producto del comercio jeneral en Mallorca, Menorca é Ibiza.			14,916.076 »

Total jeneral. . . . 640,682.723 »

Preveo que voy á tratar una cuestion muy delicada, la cual toca á preocupaciones nacionales, sinceras ó finjidas. En el apuro aparenté en que nos hallamos de recursos propios, á pesar de nuestras riquezas inmensas, en el abatimiento completo de nuestro crédito, parece que la primera indagacion administrativa del gobierno debia ser el exámen de los recursos interiores, pues el medio mas natural, mas obvio de ensanchar su importancia, es disminuir los gastos y aumentar las rentas del estado.

Uno de los ramos principales de los ingresos del tesoro deberia ser el producto de las aduanas, y sin embargo es nulo, porque, con nuestro sistema de aranceles, hemos rechazado de nuestros puertos casi todo el comercio extranjero, entregando el producto natural de nuestras aduanas al contrabando, al fraude, á la inmoralidad.

Para calcular las ventajas que resultarán á nuestra hacienda de un arreglo de aranceles, pocos datos bastan. Examinaré la cuestion con respecto á la Inglaterra, como la que mas ha

ocupado la atencion pública, y por tener mayor acopio de datos. Todo el valor del comercio lícito que hace esta con España, tomando el medio término de un quinquenio, sube á 391,000 libras esterlinas (1) (39,100,000 reales vellon), y se puede calcular el contrabando en 270,000,000 rs. vn. El vecino reino de Portugal recibe, por un término medio de igual tiempo, mercancías inglesas por valor de 1,325,655 libras esterlinas (132,565,300 rs. vn.), que pasan por contrabando á España en su mayor cantidad. Jibraltar recibe por valor de 657,357 libras esterlinas (65,735,700 rs. vn.), que pasan igualmente á Andalucía. Génova y Liorna reciben por valor de 2,643,867 libras esterlinas (264,386,700 rs.vn.) en sus puertos francos, donde van á proveerse todos los contrabandistas de las costas del Mediterraneo. (Y no se habla, por falta de datos oficiales, del contrabando francés en la estensa línea de los Pirineos.) Con estos muy escasos guarismos, pero exactos y auténticos, se responde victoriosamente á cuantas argucias

(1) Datos presentados al Parlamento inglés en 1837.

han inventado y propalado las preocupaciones y la mala fe, pintando el proyecto de un arreglo de aranceles como el toque de muerte de la industria nacional.

¿En un país que presenta 710 leguas de costas y fronteras, se puede impedir el contrabando, cuando existe un sistema prohibitivo? — No. — ¿De hecho, se impide en España? — No. — ¿Es público y notorio que toda la península se halla inundada de contrabando por los desagüaderos principales de Portugal, Jibraltar, Pirineos y costas orientales y septentrionales? — Sí. — Pues si no puede impedirse el contrabando; si de hecho no se impide, si todo el reino se halla inundado de mercancías extranjeras, ¿será preferible que perciba el contrabandista el derecho de entrada á que lo cobre el gobierno? ¿Será mas provechoso, mas útil á la nación que el estado perciba derechos sobre uno ó sobre ocho? Sin embargo, tal es la proporcion existente entre el lícito comercio y el contrabando.

Ignoro qué contestacion racional y fundada pueda darse á mis preguntas; mas aquí se presenta otra cuestion, y es que conviniendo los defensores del sistema prohibitivo en la realidad de mis argumentos, y reconociendo el resultado que seria consiguiente á un arreglo de aranceles, pretenden que ese aumento de ingresos en las arcas del estado no seria mas que una riqueza aparente, pues destruiria la industria nacional. Este sofisma material ha cundido de tal manera, que se ha llegado á presentar á Cataluña como pronta á sublevarse, y hasta á declararse independiente, si tal arreglo se hiciera: no obstante poco debería arredrar todo esto á un gobierno enérgico y fuerte, pues con muy sencillos raciocinios sabria reducir á su valor intrínseco tales declamaciones sin fundamento y sin eco.

Si el contrabando introduce jéneros extranjeros en la península por un valor tan considerable como he dicho, ¿podrémos suponer que se ha puesto á sí mismo un límite, mas allá del cual se alarma su moralidad? — No. — Es pues evidente que el consumo posible es el único freno á una introduccion mayor de jéneros; y siendo esto así, ¿no sufre al cabo la industria nacional todo el quebranto, toda la rivalidad que puede temer de las mercancías extranjeras? Una de dos: ó prosperan las fábricas nacionales en el estado actual de nuestros aranceles, ó no: — en el primer caso, ¿qué recelan los fabricantes de un arreglo de aranceles que no ha de producir aumento alguno en la introduccion de artefactos extranjeros, ejecutada así como así en la actualidad por el contrabando? Y en el segundo, ¿qué riqueza industrial se

destruye? ¿se quiere acaso que se fomente la riqueza inhumoral del contrabandista con preferencia á la del tesoro público? Predileccion seria esta tan desatinada, que nos llevara á una dolorosa conclusion, y es que, socolor de proteger los intereses de la industria nacional, lo que realmente se defiende es precisamente el contrabando escandaloso que se hace con sumo perjuicio de las fábricas nacionales y del tesoro público.

¿Y deberá un gobierno liberal, rejenerador, que se afana por establecer el orden en la hacienda pública, renunciar á aumentar sus ingresos con sumas cuantiosas, solo por reclamaciones apasionadas, injustas y faltas de buena fe?

Por lo demás, si el problema de la imposibilidad de impedir el contrabando necesitase nueva solucion, recuérdese el ensayo en grande que se ha hecho en estos últimos tiempos en la frontera de Francia. Por mas que se haya acusado al gobierno francés de tolerar la introduccion de equipos de guerra, municiones, caballos, etc. para los facciosos, esas acriminaciones no han sido del todo justas. Se aumentó considerablemente el resguardo, se vigiló con celo; mas ¿qué barrera no arrolla el interés individual? Todos los esfuerzos del gobierno francés no consiguieron mas resultado que el de aumentar el precio del seguro; y aunque no fué cosa despreciable, no pasó de allí. Sirva esto de leccion á los defensores del sistema prohibitivo.

La demostracion del mal inmenso que sufre la hacienda con el sistema prohibitivo no se concreta solamente á la disminucion de la renta, se estiende al consumidor, que tiene que pagar caro y recibir malo lo que podria adquirir bueno y barato: mas ¿acaso, llegando el gobierno á reemplazar la prohibicion con el derecho protector, haria esta bien entendida concesion á ciegas y sin compensacion? — Del arreglo de nuestros aranceles nace la reciprocidad por parte de los extranjeros; y aquí llegamos á los intereses de una clase numerosísima en Cataluña, y universal en la península, la de los labradores, clase efectiva, clase numerosa, clase trabajadora, á cuyo favor jamás ha habido privilegios ni monopolios. Ella trabaja, sufre y calla; paga mas que ninguna otra los gastos del estado con contribuciones de sangre y de dinero. Ha soportado mas que otras los males consiguientes á una guerra de devastacion sistemizada: y á la verdad, si se hiciese un cómputo de los brazos que emplea la industria fabril y de su importancia, y se comparase con el número de los que emplea la agricultura y con la riqueza de esta, veríase entónces si la justicia, la política y la buena administracion pueden autori-

zar que los intereses de un número contado de Españoles, por mas útiles que sean á la nacion, prevalezcan sobre la universalidad de ellos, y que esta se vea defraudada de las ventajas que le resultaran de una rebaja en los derechos de entrada de sus productos agrícolas, sobre todo en Inglaterra. Sin embargo tal seria la consecuencia inmediata que obtendria una nacion de labradores de la concesion que hiciera á otra de fabricantes. En este sistema de concesiones, se adelantó el gobierno inglés hasta ofrecer que cerraria el puerto de Jibraltar á la introduccion del tabaco; y haciéndose anualmente por Jibraltar un contrabando de ocho millones de libras de tabaco, calcúlese lo que pierde la hacienda en este solo ramo de rentas estancadas.

Por lo visto claro es que se abusa de la buena fe pública, cuando se esparcen alarmas sobre las consecuencias de un arreglo de aranceles, puesto que se propala un hecho falso, es decir, el de una innovacion ruinosa para la industria nacional; cuando queda ya demostrado que esta sufre ya ahora todo el perjuicio que puede recelar de la rivalidad de artefactos extranjeros en los mercados de España, y que toda la innovacion consiste en aumentar las rentas del estado, haciendo pasar por la aduana lo que introduce el contrabando.

Amagado de mil maneras por los enemigos de nuestra regeneracion política, ha temido el gobierno lanzarse á una nueva arena de reformas administrativas, y se detiene. Los inconvenientes de una oposicion tan desventajosa son grandes, pues no solamente se priva al gobierno de recursos efectivos, que hallaria en esas reformas con grande alivio del pueblo, sino que debilita toda la fuerza moral de los ministros, si acuden en busca de auxilios necesarios fuera del reino. Y en verdad, ¿qué argumento victorioso presentaria un delegado del gabinete español, si, al proponer un plan de subsidios pecuniarios á los capitalistas extranjeros, estos le contestasen: «¿Los que faltan á España no son consecuencias de un mal sin remedio, no son resultados inevitables de su posicion: su penuria, sus atrasos son efectos de su pésimo régimen administrativo?»

La reconcencion seria dura, pero justa. Esta no es una hipótesis; el caso es histórico. Evitemos pues su repeticion, y sobre todo desengañémonos de una vez; los gobiernos, como los individuos, no gozan crédito, sino en razon directa de su buena administracion, y jamás inspirarán interés ni confianza los que por apatía ó descuido imperdonable se dejen devorar lentamente por la gangrena del desórden.

Ninguno mas asqueroso que el del contrabando entre nosotros. Escuela de crímenes,

plantel de asesinos; los contrabandistas forman un estado en el estado. Ni los presidios, ni las leyes, ni la fuerza armada podrán jamás destruir de cuajo ese taller de desmoralizacion, sino quitándole el medio de sostenerse en su auge á la ayuda de beneficios que empobrecen á la nacion, y desorganizan la sociedad. Entónces desaparecerá ese enjambre de bandidos, plaga de nuestra España: no conozco otro remedio á tamaño mal, sino el arreglo de nuestros aranceles. Con la causa cesará el efecto, y esa parte de la poblacion fuerte, activa, soltará el arma homicida, y tomará el azadon pidiendo al trabajo moralizador y reproductivo de la agricultura y de la industria lo que hoy busca entre los azares de una vida nómade y criminal.

Hé aquí cómo los intereses bien entendidos de una nacion se enlazan siempre naturalmente con la moral. De la proteccion á la agricultura y á la industria fabril brotan resultados inmediatos con ventajas de entrambas, se aumentan las rentas del estado sin perjuicio de ninguna de las clases productoras, se acaba con el contrabando, y vuelven á ejercer la profesion de agricultores hombres que tal vez la abandonaron por no hallar en ella suficientes ganancias por falta de salida de sus productos.

Si á esta importante reforma que la razon y los intereses nacionales están reclamando, se juntase la ejecucion de trabajos públicos que facilitasen las comunicaciones, se veria el portentoso vuelo que tomara nuestra agricultura, riqueza fundamental, inagotable de nuestra patria, sin que dejase por eso de aumentar á la par la riqueza fabril. Y no se diga que esta verdadera regeneracion hallaria entre nosotros oposiciones insuperables; no reconozco imposibles en la aplicacion de la moral y de los principios eternos de la verdad; y yo opino que será siempre oido el gobierno, cuando hable el lenguaje de la razon á esta nacion cuerda y cansada de padecer los males de una falsa administracion de sus riquezas.

Los que por sostener el sistema prohibitivo niegan al gobierno los medios pecuniarios que puede hallar en la reforma de los aranceles, digan si cabe prosperidad industrial ni agricola en medio de tan aciaga administracion de tres siglos que ha acabado con las glorias y casi con la vida de la España. Además, ¿será acaso ese arreglo de aranceles una ley fundamental que no pueda revisarse ó revocarse, cuando un ensayo de algunos años haya revelado sus ventajas ó inconvenientes?

Como con las palabras se disfrazan las ideas, y se les da un sentido opuesto al verdadero, se ha hablado de un tratado de comercio que se suponía entregaba la España al monopolio in-

glés. Con esta falsa interpretacion de los hechos se ha alucinado á muchos incautos; un acto sencillo de administracion se ha trasformado en un pacto de odioso vasallaje, y por fin á un arreglo de aranceles liso y llano entre ambas naciones se le ha dado el nombre pomposo de tratado de comercio, y se ha supuesto en el gobierno inglés un maquiavelismo mercantil, que se puede reducir á la siguiente realidad. En semejante negociacion trata la Inglaterra de hermanar la utilidad de España con la suya propia. Para ella es mas bien una cuestion de moral que de intereses materiales pues al fin, para la salida de sus jéneros, arrolla perfectamente con el contrabando nuestro sistema de prohibiciones, mientras nosotros nada podemos introducir en Inglaterra por ese medio; mas el gobierno inglés calcula con sobrado tino que los beneficios pecuniarios de algunos súbditos suyos no compensan, ni con mucho, la desmoralizacion que lleva tras sí el contrabando con grave perjuicio de los honrados fabricantes españoles é ingleses; y visto se está que una nacion cuya mayor riqueza es el comercio, ha de querer por precision que este descanse en el honor, en la buena fe, en la inviolabilidad de las leyes, cuyo quebrantamiento es en todos paises una calamidad pública.

No rehusemos pues al gobierno los medios de consolidar la pacificacion del pais: no hay reputacion, no hay prestigio que resista á los apuros de un erario exhausto; no hay hombres capaces de plantear una buena administracion, si no pueden obrar con vigor por falta de recursos pecuniarios; sin estos no hay disciplina en el ejército, ni direccion suprema obedecida, en una palabra, no hay gobierno.

Por lo dicho, creo haber demostrado las ventajas inmensas que reportara la nacion del arreglo indicado, y lo imaginario de los inconvenientes que se suponen, cuando tan efectivos son los males que sufre la agricultura, no menos que la industria fabril, del estado actual de la cuestion. La mejor garantía que podemos ofrecer de un porvenir venturoso, es aumentar nuestras propias riquezas, además de que no hallaremos otra que restablezca nuestro crédito perdido. Ante objeto tan vital, las demás consideraciones deben parecer nímias é insignificantes; y si algunas personas insensibles á la razon se obstinasen en ver en un arreglo de aranceles un perjuicio mayor para la industria nacional que en el contrabando, al gobierno no le faltarán medios de ilustrar esa cuestion con la fuerza de demostraciones lógicas, tanto mas cuando en el caso de que resultase de un exámen detenido algun perjuicio á nuestras fábricas, claro es que deberian estas recibir la competente indemnizacion, concediéndose por de contado desde lue-

go la introduccion libre y sin derechos de las máquinas y materias primeras, como son tintes, algodón y demás, que puedan dar á la industria medios de fabricar barato: y hasta dando un premio de esportacion, con lo cual se conseguiria el resultado apetecido; bien que industria á quien no basta un sistema protector, y que necesita para prosperar de un sistema prohibitivo, no es industria, es un monopolio, y un monopolio odiosísimo, porque pone una barrera á los adelantos y al perfeccionamiento. ¿A qué se afanaria en promover mejoras y progresos el fabricante que supiese que, buenos ó malos, caros ó defectuosos, tiene asegurado, merced á un privilegio, el consumo de sus jéneros? Demostrar aquí los inconvenientes del sistema prohibitivo y los males que causa á la industria misma que se intenta proteger, seria ir mas allá de los límites de este escrito. Question es esta ya resuelta, sin que haya necesidad de citar, por una pueril ostentacion de erudicion, la autoridad de los hombres eminentes que la han tratado fuera de España; por lo cual me limitaré á decir que hasta entre nosotros es ya una verdad vulgarizada; y si no, véase lo que acerca de ella dicen el señor Pío Pita Pizarro en su exámen de la Hacienda y deuda del Estado, página 318, Don Manuel Inclan en su folleto titulado: «Reflexiones sobre aduanas y efectos de la ley prohibitiva;» y el señor Peña Aguayo en su tratado de la Hacienda de España, página 152. ¡Qué mas! Hasta el gobierno mismo, esa entre nosotros triste imájen de la inamovilidad y de la rutina, ha dado ya un paso en la carrera de mejoras, sometiéndolo al exámen de dos juntas (una de ellas revisora de la otra) el bárbaro arancel de 1825. Pues bien, el proyecto de ley que remitió al gobierno la junta revisora en 23 de diciembre de 1839, aunque sanciona todavía el principio de prohibicion, aplicándolo á 231 artículos diferentes, sin embargo presenta una grandísima mejora en beneficio del comercio nacional y extranjero.

Acabaré de esplanar mi opinion acerca del sistema prohibitivo, consignando en su apoyo la de un miembro del consejo jeneral de manufacturas de Francia, es á saber, la del señor Fulchiron, diputado por la ciudad de Leon, porque el dictámen de un delegado de una de las poblaciones mas industriosas de aquel pais deberá ser de algun peso para los sostenedores del sistema prohibitivo, cuando se trata de probarles que si este es un absurdo en todos los paises, como principio de economía política y prosperidad pública, lo es todavía mucho mas en España, en cuanto su observancia se hace materialmente imposible.

En la sesion de 22 de diciembre de 1837, en

el Consejo jeneral de manufacturas en Paris, para probar las ventajas del concurso de los artefactos extranjeros, decia aquel diputado: «Que antes de la revolucion se trenzaba é hilaba tan mal la seda en Leon, que los productos eran muy inferiores á los del Piamonte. Leon pidió y obtuvo un derecho para proteger la industria francesa. Cuando la reunion del Piamonte al Imperio, la línea protectora de las aduanas desapareció; los hiladores reclamaron con violencia; mas Napoleon no les hizo caso: ¿qué sucedió? -- Los hiladores perfeccionaron sus métodos de hilar y sus productos, y en el día trabajan mucho mejor que sus rivales de antaño, los Piamonteses. La concurrencia, añadía Mr. Fulchiron, es un estímulo enérgico. Al principio asusta, mas luego entra la calma, y si alguna pérdida se ha experimentado, se rehace de ella muy pronto el fabricante, perfeccionando los productos y abaratando los precios, dos cosas que tienen por consecuencia inmediata el aumento de consumo.» (Diario de los *Debates* del 24 de diciembre.)

En corroboracion de esta verdad, recuérdese lo que sucedió en la ciudad de Barcelona, cuando el establecimiento de las primeras máquinas de vapor. Hízose creer á los jornaleros que aquella nueva invencion iba á anonadar la riqueza industrial del principado, y que de resultas morirían de hambre millares de fabricantes: así fué que muchos de la clase proletaria barcelonesa llegaron hasta el extremo de contemplar gozosos el malhadado incendio de las fábricas de vapor de Bonaplata en el año 1835. ¿Quién les dijera que habian de llorarlos mas tarde, y que cuatro años despues todo su anhelo seria el ver fomentada por todo el principado la innovacion contra la cual tanto declamaban entónces?... Sin embargo, esta ha sido la realidad.

Como por desgracia entre nosotros han de mezclar siempre los partidos, la cuestion extranjera á todos nuestros asuntos interiores, se ha pretendido que la rivalidad inglesa y francesa era un obstáculo á un arreglo bien entendido de nuestros aranceles; pues lo ansiaba la Inglaterra y se oponia á él la Francia. Ni lo uno ni lo otro es cierto. La Inglaterra ha deseado y desea ese arreglo de aranceles, por creerlo ventajoso á entrambas naciones, y caso de convenir nuestro gobierno con el inglés, como es ya axioma de derecho público comercial entre las naciones que ninguna de ellas pueda gozar de un beneficio que no se estienda á las demás, la conformidad religiosa á los principios de esta convencion jeneral excluye toda queja fundada. Y esto es tan cierto, que interpelado el señor conde de Molé, presidente del Consejo de estado, por el diputado Dugabé, en una de las sesiones del mes de

mayo de 1837, sobre la negociacion de un tratado de comercio, que se decia hallarse entablado entre España é Inglaterra en perjuicio de la Francia, contestó el señor ministro que nada podia temerse del tratado de comercio á que se hacia alusion, puesto que, por tratados anteriores, la España estaba obligada á tratar á la Francia como á la nacion mas favorecida, y que por tanto ninguna estipulacion podia hacerse con la Inglaterra, que no aprovechase de hecho y de derecho al comercio francés.

Esta declaracion, tan explícita como terminante, del señor presidente del Consejo de Francia, hecha en la tribuna de la Cámara de los Diputados, encierra en sí todos los derechos y obligaciones internacionales en la materia, y constituye el derecho público comercial de entrambos paises. Este homenaje, tributado con tan buena fé, responde á cuantos argumentos se han ajitado para probar que existia por parte de la Francia el intento de atacar la independencia nacional, oponiéndose á actos de pura administracion interior. La Francia acaba de firmar un tratado de comercio con la Holanda, y está, hace mucho tiempo, discutiendo otro con la Inglaterra. ¿Cómo podria pues extrañar que nosotros, siguiendo su propio ejemplo, quisiésemos revisar nuestra ley de aranceles, de acuerdo con las naciones que quisiesen entrar en un sistema liberal de comercio recíproco? Ya que hemos hablado de la Francia, recordáremos, con el objeto de probar la necesidad de un arreglo de aranceles para acabar con el contrabando, un discurso del señor conde Molé, como autoridad irrefragable. Este ministro, en la Cámara de los Pares, en la discusion del discurso contestacion á la corona en el año 1837, decia: «En cuanto á lo que se ha dicho de las ventajas que la Gran Bretaña trata de sacar de la situacion revolucionaria de España á favor de su comercio, contestaré que estas son acriminaciones que tambien nos dirijen los Ingleses. La verdad es que el comercio de ambos paises se aprovecha de las turbulencias de España y del anonadamiento del poder que no tiene fuerza para hacer ejecutar las leyes de aduanas.»

No he creído indispensable recargar esta exposicion, que lo es de principios jenerales, con guarismos sobre la balanza de nuestro comercio actual, y sobre las economías que resultáran de un sistema mas acertado de aduanas. Este examen estadístico no me ha parecido de este lugar; mi objeto no ha sido otro que el de tratar la cuestion en su esencia, y demostrar una verdad casi trivial, es á saber: que del sistema prohibitivo no resulta ningun beneficio á la industria, porque de hecho jamás existe, ni es posible que se observe, y que por lo mismo solo los contraban-

distas, ó personas que no han meditado bien sobre este punto, pueden abogar por su conservacion. Estoy convencido de que, con el arreglo de aranceles y con el derecho protector, se aumentarían nuestras rentas considerablemente, haciendo al mismo tiempo un bien inmenso á la industria fabril y á la agricultura. Si se examina sin pasion el porvenir de cuestion tan importante, fuerza será convenir que en ella todo está en nuestro favor, pues al fin, ningun estorbo se presenta para que llevemos nuestra industria al grado de prosperidad en que se halla la de Francia y de Inglaterra, ya que la naturaleza nos ha prodigado los medios de alcanzarla: pues el sol brillante que resplandece en nuestra patria jamás se apartará de nuestro horizonte: en otros términos, la prosperidad de aquellas dos naciones es obra de la inteligencia humana, imitable por igual inteligencia; mas nuestra riqueza es un don del supremo Criador, que todo el saber de los hombres no es poderoso á reproducir.

Por todo lo dicho se echará de ver fácilmente que he deseado siempre una *proteccion real* para nuestra industria, mediante una revision de aranceles; y que he tratado de procurar salidas considerables á la agricultura por medio de una rebaja en los derechos, que se concedia á la España por la introduccion de sus frutos en Inglaterra. Tambien he tenido presente que las fábricas de Cataluña merecen la proteccion del gobierno; por esto he pensado tanto como otro alguno en el bien de aquel pais industrial, y he propuesto los medios de socorrerlo eficazmente: pero al propio tiempo esa clase agricola, tan numerosa, tan acreedora á la gratitud de nuestra patria, no tiene tambien derecho á que se dediquen á su prosperidad los gobernantes? — Así que, claro es que en 1837 no quise mas que lo que reclamaba en 1793 el ilustre Jovellanos, en su obra inmortal sobre el estado de la agricultura. Siguiendo las huellas de aquel hombre grande, reproduciendo sus principios, no cabe engañarse ni desviarse del provechoso sendero; por lo cual mi conviccion es profunda é inalterable, y hoy mas que nunca creo en la urjentísima necesidad de un arreglo y revision de nuestras leyes y aranceles de aduanas con cada una de las potencias de Europa y América. He aquí lo que decia Jovellanos medio siglo atrás:

«Nunca ha sido en España tan frecuente ni tan escandaloso el monopolio, como bajo las leyes restrictivas.»

Y mas adelante:

«El gobierno, por medio de sus restricciones, no solo aspira á que abunden y sean baratas entre nosotros, sino tambien á que sean raras y caras en el extranjero, y tal vez á que carezcan de todo punto de ellas. Está probado que la liber-

tad seria un camino mas derecho y seguro que las prohibiciones, para lograr el primer objeto.

«Ciertamente no se hubieran publicado tantas leyes, tantas ordenanzas y reglamentos, con tanto daño del cultivo jeneral, si el gobierno hubiese estado siempre íntimamente convencido de que ninguna profesion era mas merecedora de su proteccion y solicitud que la agricultura, y de que no podia favorecer á otras á costa de ella, sin cerrar mas ó menos el primero y mas abundante manantial de la riqueza pública.

«Cuando se sube al orijen de esta clase de opiniones, se tropieza al instante con una preocupacion funestísima, que de algunos siglos acá cunde por todas partes, y de cuya infeccion acaso no se ha librado ningun gobierno de Europa: todos han aspirado á establecer su poder sobre la estension del comercio, y desde entónces la balanza de la proteccion se inclinó hácia él; y como para protegerle pareciese necesario proteger la industria que le provee, y la navegacion que le sirve, de aquí fué que la solicitud de los estados modernos se convirtiese enteramente hácia las artes mercantiles. Su historia, cuidadosamente seguida desde la caida del imperio romano, y señaladamente desde el establecimiento de las repúblicas de Italia y ruina del sistema fendal, presenta en cada pájina una confirmacion de esta verdad. Siglos ha que la guerra, este horrendo azote de la humanidad, y particularmente de la agricultura, no se propone otro objeto que promover las artes mercantiles. Siglos ha que este sistema preside á los tratados de paz y conduce las negociaciones políticas. Siglos ha que España, cediendo á la fuerza del contajo, le adoptó para sí, y aunque llamada principalmente por la naturaleza á ser una nacion agricultora, sus descubrimientos, sus conquistas, sus guerras, sus paces y tratados, y hasta sus leyes positivas, han inclinado visiblemente á fomentar y proteger con preferencia las profesiones mercantiles, casi siempre con daño de la agricultura. ¿Qué de privilegios no fueron dispensados á las artes, desde que, reunidas en gremios, lograron monopolizar el ingenio, la destreza, y hasta la libertad del trabajo? ¿Qué de gracias no se derramaron sobre el comercio y la navegacion, desde que, reunidos tambien en grandes cuerpos, emplearon su poder y su astucia en ensanchar las ilusiones de la política? Y una vez inclinada á ellos la balanza de la proteccion, ¿de cuánta proteccion y solicitud no defraudaron á la muda y desvalida agricultura?

«No dice esto la Sociedad para persuadir á V. A. que la industria y comercio no sean dignos de la proteccion del gobierno, antes reco-

noce que en el presente estado de la Europa, ninguna nacion será poderosa sin ellos, y que sin ellos la misma agricultura será desmayada y pobre. Dícelo solamente para persuadir que no pudiendo subsistir sin ella, el primer artículo de su proteccion debe cifrarse siempre en la proteccion de la agricultura. Dícelo porque este es el mas seguro, mas directo y mas breve medio de criar una poderosa industria y un comercio opulento. Cuando la agricultura haga abundar por una parte la materia de las artes y los brazos que las han de ejercer; cuando por otra, haciendo abundar los mantenimientos, abarate el salario del trabajo y la mano de obra, la industria tendrá todo el fomento que puede necesitar; y cuando la industria prospere por estos medios, prosperará infaliblemente el comercio, y logrará una concurrencia invencible en todos los mercados. Entónces las profesiones mercantiles no tendrán que esperar del gobierno sino aquella igualdad de proteccion, á que son acreedoras en un estado todas las profesiones útiles. Pero proteger la industria y el comercio con gracias y favores singulares, protegerlos con daño y desaliento de la agricultura, es tomar el camino al revés, ó buscar la senda mas larga, mas torcida y mas llena de riesgos y embarazos para llegar al fin.»

RENTAS PROVINCIALES.

ALCABALAS, CIENTOS Y MILLONES.

La *Alcabala* fué concedida por los reinos al Sr. D. Alfonso XI, en el año de 1342, para subvenir á los gastos que ocasionaba el sitio puesto á los Moros en Aljéciras, considerada en la veintena parte de cuanto se vendiese y permutase. Aumentada hasta la décima parte, se prorogó por las córtes de Alcalá en 1349, y las de Burgos la perpetuaron luego que, en 1369, fué aclamado por rey el Sr. D. Enrique II.

Los *Cientos* consistian en cuatro unos por ciento de cuanto se vendiese y permutase, y fueron concedidos por el reino; el primero en 1639, el segundo en 1642, el tercero en 1656, y el cuarto en 1665, todos con objeto de cubrir obligaciones diferentes.

Por derechos de *Millones* se entienden aquellos servicios que el reino hizo á S. M. en diversas épocas para atender á las obligaciones del estado, y para su satisfaccion se señalaron caudales determinadas sobre varios artículos de consumo. Tuvieron principio estas concesiones en el año de 1590, reinando Felipe II, y aunque de pronto fueron temporales, sin embargo el rey

Felipe IV, so pretexto de regularizar aquel impuesto, consiguió que se hiciera perpetuo y que se ensanchara hasta 24 millones de reales. En 25 de febrero de 1650, se autorizó indefinidamente otro impuesto representativo de 8.000 soldados, y en 27 de junio de 1657, se decretó tambien un nuevo aumento de 4 millones de reales, como continuacion ó parte de la contribucion conocida por el nombre de *millones*. El conjunto de todos estos impuestos se calcula de esta suerte: Un octavo y 64 maravedises por arroba de vino, un octavo y 32 maravedises por arroba de vinagre, un octavo y 50 maravedises por arroba de aceite, 8 maravedises por libra de carne, 8 reales por cada cabeza de ganado, 4 maravedises por libra de jabon, y 4 maravedises por cada libra de velas. A cuyos *millones* deben además añadirse 3 millones de reales sobre la nieve y hielos, concedidos por las Córtes en 18 de julio de 1650.

El *fiel medidor* data desde 1642: su primitiva imposicion consistia en 4 maravedises por arroba de vino, vinagre y accite que fuese vendido por mayor en pueblos de cosecha; pero como este impuesto fuese redimible, lo han ido rescatando las poblaciones, y apenas percibe ya de él ningun lucro la hacienda pública.

La direccion de rentas provinciales nota en cuenta al tesoro un 10 por 100 sobre los jéneros extranjeros de lícito comercio, y un rédito eventual sobre el establecimiento de ferias y fabricacion de jabon.

De todas las indicadas contribuciones, resultaron en beneficio de la hacienda pública, durante el año 1834, última época en que se han podido recojer datos exactos, los productos siguientes, segun todo se lee en el presupuesto del Sr. Mendizabal de 1837.

Alcabalas	21,051.411	} 83,710.416 rs. vu.
Cientos	17,078.488	
Millones	39,620.178	
Fiel medidor	1,175.387	
Jéneros extranjeros	1,914.117	
Ferias y mercados	1,099.436	
Jabon	1,772.499	

CATASTRO, EQUIVALENTE Y TALLA.

En el quinquenio desde 1830 hasta 1834, produjeron estas tres contribuciones, por término medio, 38,346.410 reales anuales. En 1718, época de su establecimiento, ascendian ya á 33 millones.

Bajo esta denominacion son conocidas doce especies de contribuciones peculiares de Andalucía, del reino de Granada y de Castilla; pero ninguna interés ofrece su exámen.

AGUARDIENTE Y LICORES.

Percibe el tesoro en España 14 reales por cada arroba de aguardiente de 24 grados ; 18 rs. por la del de 28 grados ; 22 reales por la del que pasa de 28 grados ; 22 reales por cada arroba de licor común, y 26 reales por cada arroba de licor superior.

En el presupuesto de 1837 se estima el producto de esta contribucion en 14 millones de reales.

FRUTOS CIVILES.

Estos impuestos, decretados en 1785 y 1794 únicamente para las provincias de Castilla, gravitan sobre la renta de bienes raíces. Cataluña Aragon y Valencia se han negado constantemente á satisfacerlos.

En el quinquenio desde 1830 hasta 1834, produjeron por término medio la cantidad anual de 13,435.796 rs. En el presupuesto de 1837, se hacen ascender hasta 16 millones.

SUBSIDIO INDUSTRIAL.

Un real decreto de 16 de febrero de 1824 fijó esta especie de derecho de patente en 10 millones de rs.; en 31 de diciembre de 1839 se aumentó hasta 14 millones, eximiendo de él á los farmacéuticos por ejercer una profesion científica.

Produce el subsidio industrial, por término medio en un quinquenio, 13,484.754 rs. 26 ms.; pero en el presupuesto de 1837 se hace ascender hasta 20 millones.

HIPOTECAS, TRASPASOS Y DONACIONES ENTRE VIVOS.

Estas contribuciones produjeron en 1835 tan solo 1,177.956 rs. vn., y en 1836, 1,300.000 rs. Fácil es pues de conocer, como así lo advierte el autor del presupuesto de 1837, hasta qué punto se hallarán inveterados los abusos y el estelionato en este ramo, cuando ha llegado á reducirse á tan insignificante suma el producto de uno de los renglones mas importantes de la renta nacional en otros paises. Así es que en mi concepto no es exajerada la cantidad de doce millones á que hace subir este impuesto el Sr. Mendizabal, con tal que el gobierno español acierte en fin á contener el escándalo de tales dilapidaciones.

RENTAS DECIMALES.

Componianse de los valores que percibia la hacienda con los nombres de *noveno escusado* y *tercios*, cuyo producto anual por término me-

dio era de 29,534.266 rs. vn.: de *diezmos exentos* y *novales*, de renta anual 1,197.238 : de *anualidades* y *vacantes*, de valor 4,779.526 rs. vn.: de *encomiendas*, de renta 999.234 rs.; y de *maestrazgos*, que producian 1,334.851 rs. vn. anuales. De todo lo cual si deducimos los gastos de percepcion, administración etc. tendrémós, que las rentas decimales en junto dan por término medio 35,632.893 rs. en limpio de esta suerte:

AÑOS.	Escusado Noveno y Tercios.	Diezmos exentos y novales.	Anualidades y vacantes.	Encomiendas.	Maestrazgo.	Total.	Gastos de administración y percepcion.	Producto limpio de rs. vn.
1826	36,269,256	1,382,189	5,451,622	982,302	1,521,630	45,606,999	3,855,412	41,751,587
1827	31,334,237	1,183,583	6,321,403	1,003,503	1,130,251	40,972,977	4,284,314	36,688,663
1828	30,919,751	1,389,352	7,032,025	951,621	1,316,420	41,609,169	4,102,479	37,506,690
1829	30,577,309	1,133,540	6,534,402	873,304	1,414,409	40,532,964	1,198,800	39,334,164
1830	26,829,618	1,154,652	4,438,092	725,976	900,039	34,048,377	1,159,732	32,888,645
1831	26,997,807	1,059,982	5,874,231	524,828	1,412,386	35,869,234	730,608	35,138,626
1832	25,455,903	1,237,212	4,170,843	1,089,497	2,056,243	34,009,698	875,684	33,134,014
1833	32,386,399	1,322,097	3,503,652	1,152,913	1,288,968	39,654,029	1,623,318	38,030,711
1834	27,256,391	1,022,936	2,148,358	1,080,561	980,563	32,494,809	2,402,892	30,091,917
1835	27,316,992	1,086,843	2,320,640	1,607,840	1,321,603	33,653,918	1,890,000	31,763,918
	295,343,663	11,972,386	47,795,268	9,992,345	13,348,512	378,452,774	22,123,239	356,328,935

SUBSIDIO DEL CLERO.

Este subsidio se estimaba en 20 millones.

Ambos impuestos han quedado suprimidos á consecuencia de los acontecimientos, por lo cual es preciso que se trate de sustituirlos y de acudir al mantenimiento del culto y del clero.

El cual ascien- de á	153,000.000	}	228,632.893 17
Con mas el déficit procedente de la supresion de los diezmos y del subsidio del cle- ro, y son	55,632.893		
Y lo que debe dar- se á los partícipes legos, es á saber	20,000.000		

Para llenar este vacío propuso el Sr. Mendizabal á las Córtes una contribucion personal repartida del modo siguiente :

Número de vecinos. Contribucion. Importe de la Contribucion.

50000	de 400	á 500	rs.	22,500.000
50000	300	399		17,475.000
50000	200	299		12,475.000
50000	150	199		8,725.000
100000	120	149		13,450.000
100000	100	119		10,950.000
100000	50	99		7,450.000
500000	20	30		12,500.000
500000	10	16		6,500.000
1000000	4	6		5,000.000

2,500000	Total	117,025.000
Añadiendo á este total, 1.º las ren- tas de los bienes del clero		60,000.000
2.º un aumento en la contribucion de paja y utensilios de		52,000.000

Se tendrá un total de 229.025.000

PAJA Y UTENSILIOS.

Pocos impuestos, aun en España, han padecido tantas vicisitudes como el de paja y utensilios. Instituido en 1719 con el solo fin de satisfacer el gasto de camas, luz, aceite, leña, vinagre y sal que causaban las tropas fué despues, en 1736, estensivo á la paja que hubiese de consumir la caballería. Suprimido por real decreto de 30 de mayo de 1817, volvió á restablecerse por otro de 16 de febrero de 1824, fijándole en 20,000,000 anuales y haciéndole estensivo á todo el reino. En 1829 se recargó con 28 millones mas, haciéndole ascender hasta 48 millones, y acabamos de ver que el señor Mendizabal trataba, en 1837, de añadir un nuevo aumento de 52 millones.

La tendencia que han manifestado todos los gobiernos españoles hácia el indefinido recargo de esta contribucion, proviene de que se percibe de la renta limpia de los propietarios en las ciudades y en el campo y de la de los ganados de toda especie, mas como quiera que los objetos afectos á la contribucion de paja y utensilios sean los que menos pueden ocultarse siguiendo la renta territorial, es de aquí que el erario gravita pesadamente sobre este elemento de la

fortuna pública. En 1837 propuso el Sr. Mendizabal que se percibiese $\frac{1}{3}$ del capital de los ganados de toda especie, $\frac{1}{3}$ de las propiedades rústicas, y $\frac{1}{3}$ de las propiedades urbanas.

DERECHOS DE PUERTAS.

Desde 1.º de marzo de 1835 hasta igual dia de 1837, han producido los derechos de puertas á la hacienda pública 111,906.882 rs. vn. 18 ms. es decir, 55,953.441 » 9 » anuales.

Por el estado siguiente se verá la desigualdad con que pesa este impuesto sobre las diferentes ciudades sujetas á él.

	Número de habitantes.	Derecho de dos años.	Importe por habitante.
		RS. M.	RS. M.
Alicante.	25,243	784,048 32	15 18
Almería.	21,683	843,530 19	19 15
Avila.	4,976	684,260 14	68 25
Badajoz.	12,686	1,253,967 3	49 14
Barcelona.	113,786	17,459,072 19	76 24
Búrgos.	12,007	3,297,792 7	137 11
Cádiz.	53,496	6,839,534 8	68 31
Cartajena.	36,752	881,325 28	11 33
Córdoba.	86,957	2,251,894 32	12 32
Coruña.	22,507	2,400,061 21	53 10
Cuenca.	8,672	794,020 25	45 26
Gijón.	6,260	377,763 1	30 6
Granada.	76,000	4,914,945 16	32 11
Guadalajara.	6,736	567,064 23	42 3
Jaén.	18,702	635,522 10	16 33
Leon.	8,000	1,444,052 27	90 9
Madrid.	201,344	30,098,841 16	74 25
Málaga.	51,906	3,336,783 7	32 4
Murcia.	35,000	2,397,074 31	34 8
Oviedo.	10,476	1,231,832 30	58 18
Palencia.	10,813	1,366,188 1	63 5
Palma.	36,000	2,024,949 28	56 8
Salamanca.	13,686	1,799,360 15	65 25
Segovia.	9,367	1,160,387 8	61 31
Sevilla.	91,360	9,117,812 16	49 30
Soria.	5,413	735,785 11	67 32
Toledo.	14,950	1,400,796 9	48 6
Valencia.	115,714	6,588,752 12	28 16
Valladolid.	21,590	3,499,112 2	68 12
Vigo.	5,688	414,537 22	36 15
Zamora.	9,898	1,305,811 2	65 32
TOTAL.	1,151,668	111,906,882 18	

Por lo cual se ve que mientras un habitante de Cartajena paga 12 reales anuales, uno de Burgos paga 137 rs. 11 ms. Para que el reparto fuese equitativo debería pagar cada habitante 48 rs. 20 ms.

MANDA PIA FORZOSA.

Fué decretada por las Córtes extraordinarias en 3 de mayo de 1811 por el tiempo que durase la guerra de la independencia, y diez años mas, á

contar despues de haberse concluido. Consistia en 12 rs. vn., que forzosamente se habian de señalar en los testamentos que se otorgasen en la Península, y en tres pesos en los que se consumasen en América. Su producto se destinó esclusivamente para el socorro de los prisioneros, sus familias viudas y demás personas que hubiesen padecido en aquella guerra. Posteriormente se espidieron varios decretos para que continuase la exaccion de este impuesto, hasta que en 30 de mayo de 1831 se declaró que era uno de los que constituian las contribuciones del estado.

El año comun de su producto es de 503.390 rs. 26 ms., y en el año 1835, en que hizo el cólera morbo tantos estragos en la Península, ascendió hasta 857.092 rs. vn.

En 1837 propuso el ministro de hacienda la supresion de este impuesto, apoyando su parecer en el carácter odioso que consigo traia la mandapia forzosa, tanto mas cuando era difícil su cobro y de poca importancia. Las últimas Córtes la han suprimido.

CUARTELES DE MADRID.

Con este nombre se conoce una contribucion que solo se paga en el casco de Madrid y en ciento cuarenta y seis pueblos existentes en el radio de diez leguas. Su valor anual por término medio es de 1,022.567 rs. 25 ms., segun resulta de los siguientes datos:

Años.	Recaudado en Madrid y pueblos del radio.	
1830	852,342 rs. ms.	$\left. \begin{array}{l} \\ \\ \\ \\ \end{array} \right\} \text{Total. } 6,135.406 \text{ » } 16 \text{ »}$
1831	852,921 » 14 »	
1832	966,277 » 10 »	
1833	1,041,877 » 23 »	
1834	1,052,890 » 31 »	
1835	1,369,100 »	Año comun. 1,022.567 » 25 »

REGALIA DE APOSENTO.

Este derecho real sobre los inmuebles está puramente limitado al casco de la capital: pues al fijar Felipe II su residencia en Madrid á solicitud de sus habitantes, tomó pretexto de la necesidad de alojar cómodamente á su servidumbre para apropiarse la mitad de las casas, cuya disposicion permitia esta division, y el tercio del alquiler de todas las construidas á la malicia, es decir, que no eran susceptibles de la misma particion entre el rey y el propietario.

Confirmó Felipe IV este impuesto en 18 de junio de 1621, eximiendo sin embargo á aquellos propietarios que habitasen sus propias casas y justificasen que sus tiendas y trastiendas se hallaban ocupadas por jéneros ó mercaderías. En 22 de octubre del mismo año se regularizó esta contribucion, declarando que en lo suce-

sivo seria tan solo de la tercera parte de los alquileres. Y finalmente los reales decretos de 8 de junio de 1760, 3 de setiembre de 1761, y 8 de julio de 1768 autorizan la redencion ó quitacion de la regalía de aposento, mediante el pago del 4 p^g del capital de las casas.

El número de casas particulares en Madrid es de. 7.553.
Exentas ó que han redimido el impuesto hay. 4.368.

Quedan pues sujetas á la regalía. 3.185.
De las cuales corresponden á carga fija. 1.686 }
Idem á la material de terciaparte. 1.499 } 3.185.

El absurdo é imprevision de semejante carga revelan claramente la razon por qué se desploman en Madrid tan considerable número de casas, quedando gran parte de ellas inhabitadas; solo está cuidadosamente conservada la parte central de la Villa; pero los barrios excéntricos y arrabales se hallan en un estado completo de ruina; así es que el gobierno debería apresurarse cuanto antes á abolir una contribucion tan evidentemente perjudicial á la prosperidad de una gran nacion.

RENTA DE POBLACION.

Despues de la espulsion de los Moros de la provincia de Granada, otorgáronse concesiones de tierras á colonos españoles que se encargaron de su cultivo y beneficio, mediante un censo anual, que tomó el nombre de renta de poblacion.

Posteriormente en 17 de enero de 1798 se consideraron aquellos censos como perpetuos, y se mandó que pudiesen redimirse al respecto de 6 y $\frac{2}{3}$ al millar; y haciendo una distincion de las haciendas, que los pueblos gozaban como cuerpo, y las que los labradores trabajaban por sí mismos sin estar sujetas á vinculacion, se previno que estos pudiesen redimir sus cánones al respecto de 50 al millar.

Los valores recaudados por esta contribucion en el sexenio que feneció con el año 1835, produjeron una renta anual por término medio de 814.975 reales.

RENTAS ESTANCADAS.

SAL.



Desde 1830 hasta 1834 ha permanecido este impuesto casi estacionario, produciendo cada año casi invariablemente 71,052.107 reales y 25 maravedises.

El alzamiento de las provincias en 1835 y 1836 y la estension y prolongacion de la guerra civil

han perjudicado extraordinariamente á la entrada regular de los derechos sobre la sal, tanto que en aquellos dos años, no pasaron de 55,445.205, y en el presupuesto de 1837 se estiman en 50,000.000.

Años.	Número de libras espendidas.	Producto ingresado por valor de las mismas.	Elaboracion, administracion, portes y demas.	Precio del tabaco.		Total invertido por todos conceptos	Líquido producto de la renta.
R. vn.				Nacional.	Estranjero.		
1850	1,705,380	197,026,090	28,689,991	18,077,920	15,718,972	62,486,885	44,541,207
1851	2,585,168	94,054,505	20,851,456	5,959,555	10,826,000	57,656,791	56,447,711
1852	2,551,574	92,995,851	18,559,972	4,658,469	4,650,572	27,609,015	65,584,816
1853	3,150,787	99,154,925	19,744,035	5,008,157	2,557,158	25,289,550	75,865,575
1854	5,710,974	101,750,817	24,855,145	2,295,028	5,149,196	52,275,568	69,475,448
TOTALES.	14,282,084	495,012,166	112,458,617	55,976,891	58,861,900	185,297,409	509,714,757
Año comun.	2,856,416	99,002,455	22,491,758	6,795,578	7,772,580	57,059,481	61,942,951

Esta porcion tan considerable de la hacienda pública española se estima en Rs. vn. 100,000,000 »
He aquí el estado de esta venta en el quinquenio desde 1830 hasta 1834.

TABACOS

PAPEL SELLADO.

El año comun, desde 1829 hasta 1833, fué de 16,117.641 reales de vellon. Desde aquella época se ha observado una disminucion bastante considerable; sin embargo en el presupuesto del año 1837 se estima en 18 millones.

SALITRES, POLVORA Y AZUFRE. ALMACRAS Y BOLLA DE NAIPES,

Aun en tiempos de bonanza se ejerce impunemente el contrabando de estos artículos. Júzguese pues cuánto debe perjudicar á la hacienda pública, en los beneficios que de ellos reportaba, la duracion de la guerra civil, y no se extrañará que en el presupuesto de 1837 se estimen solamente en 2,800.000 reales.

ARBITRIOS DESTINADOS A LA CAJA DE AMORTIZACION.

De los arbitrios que, con destino á la consolidacion y estincion de la deuda pública, se han creado sucesivamente desde el real decreto de 12 de enero de 1794 hasta el de 31 de diciembre de 1829, cuyo número seria tan inútil como prolijo de referir, solo se hallan ahora subsistentes cuarenta y siete, cuyo exámen seria tambien ajeno de este bosquejo. Me contentaré pues con decir que

Su producto, segun el presupuesto de 1837, es de

Rs. Ms.
13,481.800

A los cuales deben añadirse los productos de los bienes nacionales reservados por la caja de amortizacion y estimados en

47,367.286 6.

TOTAL. . . 60,849.086 6.

SUBSIDIO DE NAVARRA.

Este subsidio, que se paga de un modo irregular, se estima en 4,500.000 reales.

DONATIVO VOLUNTARIO DE LAS PROVINCIAS EXENTAS.

Alava, Guipúzcoa y Vizcaya contribuyen voluntariamente á las cargas del estado con la insignificante suma de 3 millones.

LOTERIAS.

No se tienen todavia datos positivos acerca del rédito fijo de las loterías. Sin embargo puede calcularse aproximadamente que desde 1833 hasta 1835 han producido 10,240.460 reales vellon anuales. El señor Mendizabal, en su presu-

puesto de 1837, habiendo en cuenta que de esta renta se pagan los postillones de correos, beneficio considerable á favor del estado, la hace ascender hasta 29,680.000 reales.

CRUZADAS.

El origen, naturaleza y valor de esta contribucion queda ya explicado.

MINAS DE ALMADEN.

Unicas en el universo, en los años 1835, 36 y 37 han dado 46,672 quintales y medio, á 1085 reales el quintal, es decir, 50,712.426 reales 8 maravedises. En el presupuesto del Sr. Mendizabal se estiman en 21,700.000 reales vellon.

CASAS DE MONEDA.

Productos desde 1º de enero de 1852 hasta 31 de diciembre de 1856.

Rs. Ms.

Casa de moneda de Madrid.	113.189 4 2/3.	}	645.584 13 2/3.
Idem de Sevilla.	55.039		
Idem de Segovia.	250.295		
Idem de Jubia, junto con la fábrica de pernos, clavos y planchas de cobre para forrar los buques.	227.061 9		

Hanse propuesto mejoras tales y de tan fácil ejecucion que pueden cuadruplicar el producto de esta renta.

RENTAS Y RAMOS A CARGO DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Se dividen en tres categorías, á saber:

Rs. Ms.

Productos jenerales.	57,701.419 6	}	123,032.042 6
Beneficencia.	4,738.454		
Arbitrios provinciales.	60,592.169		

Como no tengo noticia de ningun presupuesto arreglado y presentado regularmente á las Córtes por los ministros de la Gobernacion, no me es posible entrar en los pormenores acerca de los productos particulares de cada uno de los tres referidos impuestos; pero sí diré que convendria que, á ejemplo de los demás paises en que se considera la buena administracion de

los caudales públicos como una parte esencial de la grandeza y prosperidad de un estado, se confiase exclusivamente al ministerio de hacienda la percepcion de todas las contribuciones, y que no debieran tolerarse en adelante dos tesoros distintos; pues si es una verdad conocida que ha de haber indispensablemente centralizacion, á nada puede esta aplicarse con mas propiedad que á los recursos pecuniarios de un gran pais. De lo contrario, no se ve por do quiera mas que desórden, desperdicio y malversacion.

No es menos de desear que desaparezca de una vez ese intrincado sistema de hacienda, compuesto de una multitud de contribuciones mal establecidas, y decretadas casi todas en siglos de ignorancia, de barbarie, y que se reemplace por una organizacion jeneral y bien coordinada, la cual esté en armonía con el estado actual de la civilizacion.

ARBITRIOS DE MARINA.

Este impuesto, malamente llamado con este nombre, está destinado al sostenimiento de las juntas y tribunales de comercio, y su producto es poco mas ó menos de 1.701.113 reales 21 maravedises.

Este capítulo es el último del presupuesto de 1837, redactado con innegable talento por D. Cesareo María de Saenz, subsecretario de hacienda, y presentado á las Córtes por el Sr. Mendizabal que dirigió su ejecucion. En 1839, el ministro de hacienda D. Pio Pita Pizarro presentó á las Córtes otro presupuesto amoldado al que acabamos de analizar, no solo en cuanto á la distribucion de los capítulos, sino aun con respecto al orden de los gastos y al conjunto de la obra. Por falta de espacio dejaremos de examinar esa voluminosa compilacion, que por otra parte sigue paso por paso el camino trazado por el Sr. Mendizabal, sin ofrecer diferencia ninguna asaz importante para ocupar nuestra atencion.

A fin de dar una idea completa, en cuanto sea posible, de la situacion de la hacienda española, añadiré á lo hasta aquí explicado:

1º. Un estado aproximativo de todos los bienes raíces en 1756 (faltan datos desde aquella época).

2º. Otro estado tambien aproximativo de las variaciones en la poblacion desde 1787 hasta 1826.

3º. Algunas reflexiones acerca del uso de los bienes nacionales.

4º. Un extracto del presupuesto de 1840.

PRODUCTO LIMPIO DE LA PROPIEDAD TERRITORIAL
EN 1756.

Propietarios legos.

	Rs. vn.	
61,196.066 hanegas de tierra.	817,282.098	1.267,289.978.
29,006.238 cabezas de ganado, excepto las mulas y caballos de tiro.	197,921.871	
Casas, molinos, fábricas, etc.	252,086.009	

Propietarios eclesiásticos.

	Rs. vd.	
12,334,057 hanegas de tierra.	161,392.710	2.552,534.605.
Casas, molinos, fábricas, etc.	164,154.548	
2,999.277 cabezas de ganado.	21,927.619	
El producto líquido de las tierras dadas á arrendadores y colonos se estima en	299,638.599	
El de las provincias de Aragon, Valencia y Cataluña en	638,136.151	

VARIACIONES EN LA POBLACION.

Años	Número de habitantes.	Aumento resultante.
1787.	10,269.150.	
1797.	10,541.371.	272.221.
1821.	11,248.000.	706.629.
1826.	12,500.000.	1,252.000.

Aumento total en 40 años. . 2,230.850.

MONASTERIOS Y CONVENTOS.

Como la supresion de las órdenes religiosas haya proporcionado considerable cantidad de bienes nacionales al estado, ha dado ocasion esta circunstancia á las mas singulares exajeraciones.

Unos ven en la circulacion de tierras, antes afectas á manos muertas, y en la venta de los edificios religiosos, no necesarios al mantenimiento del culto, un manantial inagotable de riquezas que pueden aplicarse á la estincion de la deuda pública, y que de consiguiente tienen que realzar el perdido crédito de la España hasta el nivel de las demás naciones. Otros empero son de parecer que habiéndose ya vendido á bajísimo precio las mejores posesiones, las restantes no tienen mas que un valor relativamente imaginario.

Mas ello es que no hay motivo para quejarse de las ventas verificadas á precio vil, pues ya que el destino que se ha dado á los bienes nacionales es la amortizacion de la deuda enorme que abruma á la España, claro es que una rebaja en la estima de las propiedades, ocasionada por la prolongacion de la guerra civil, trae consigo necesariamente una disminucion considerable en el precio corriente de los fondos públicos. Esto supuesto, como hasta aquí las compras de bienes nacionales se han realizado con títulos de la deuda á doble precio de la tasacion, resulta que el gobierno ha retirado de la circulacion y destruido por consiguiente un valor nominal de su deuda, mucho mas considerable que si se hubiese mantenido el precio de la propiedad en una estimacion mucho mas crecida.

Todas las provincias de España tienen todavía bienes nacionales que vender, y así las mas bien situadas como las demás, cuya posicion no es tan favorable, presentan una porcion casi igual de posesiones vendibles. En cuanto á la animosidad del pueblo contra los compradores, no se puede citar hasta ahora un solo hecho que la manifieste.

Ahora bien, ¿podrá el estado con tales circunstancias sacar de los bienes nacionales un beneficio tan considerable como el que se ilusionan en creer posible algunas jentes? Yo no lo creo así.

La proscripcion en masa de las órdenes monásticas no se ha verificado por orden del gobierno; pues el decreto de 4 de julio de 1835 autorizó tan solo la supresion de los conventos cuyo número de individuos no llegase á doce, y únicamente las revueltas escitadas por pasiones políticas y explotadas por la mas sórdida y criminal avidez, pudieron ocasionar el saqueo de los templos y el asesinato de hombres indefensos.

Tan abominables medios de destruccion dieron por resultado enormísimos robos, cometidos descaradamente á la faz del público, y por tan considerable número de personas, que llegó ya á hacerse imposible el castigar mas tarde á los culpables, sin que el tesoro sacase de ello cantidad ninguna de dinero, pues ó lo habian depositado los frailes en manos seguras, ó se apoderaron de él los incendiarios. Vimos pillar y destrozarse cantidad inmensa de muebles preciosos por su mérito artístico, perder, rasgar ó quemar muchísimos cuadros de inestimable valor, romper ó mutilar hermosísimas estatuas; fundir los mas preciosos ornamentos de la iglesia de plata y oro para sustraerlos así á las pesquisas del gobierno; enviar los diamantes al extranjero, y en fin pasar á manos de revendedores de libros de lance

los restos de escogidísimas bibliotecas que se arrojaron por las ventanas. Por otra parte, reducidos los conventos á cenizas, desaparecieron entre llamas los archivos y títulos de propiedad.

Como era de presumir, los deudores de los conventos se guardaron muy bien de denunciarse á sí mismos, y los que habian comprado algunas tierras á comunidades religiosas se apropiaban la parte mas lucrativa del terreno, retirando además los lindes de las propiedades limítrofes á expensas de los conventos. Aun mas, en aquellos momentos de confusion y desórden, incendiáronse magníficos bosques sin mas objeto que el de hacer daño.

Véase pues qué enorme perjuicio debió de resultar al tesoro de tan prolongadas é inmensas dilapidaciones.

Sin embargo á pesar de todas ellas aun pudiera contribuirse eficazmente al restablecimiento del crédito público, si se hiciera un acertado uso de los recursos que ofrecen todavía los bienes nacionales.

Antes de la supresion de los conventos, contábanse en las provincias de España, no privilegiadas, hasta 16.037 religiosos á quienes se habian conferido órdenes menores, y 7.187 profesores, es decir, un total de 23.224 religiosos que ocupaban 266 monasterios y 1670 conventos; los cuales representaban un capital de 724,102 411 reales, y una renta de 22,418.838, poco menos de 3 y 1/10 p.%; y esto prueba que no era tan desastrosa como se cree generalmente la administracion de los religiosos.

Debe añadirse á lo referido los bienes del clero que quedaron intactos en Navarra y en las provincias vascongadas, que al cabo y al fin tienen que venir á parar otra vez al estado, en cuanto vayan muriendo los frailes de aquellos conventos, ya algo avanzados en edad. En el mis-

mo caso se hallan las fundaciones pias y propiedades de las monjas. No se ha publicado ningun dato oficial que dé noticia del valor de estos bienes que han acertado á libertarse de la devastacion.

En suma, en 31 de marzo de 1840 se habian vendido de la masa jeneral de bienes nacionales, compuesta de bienes secularizados, fundaciones pias, monasterios, conventos de religiosos y religiosos, jesuitas, inquisicion, órdenes militares, etc., 29.529 fincas, estimadas por la administracion en 554,107.323 reales 33 maravedises, y compradas por el público por 1.197,963.802 reales 7 maravedises, es decir, mas del doble de la estima del gobierno (1).

Segun los datos que ha tenido la bondad de comunicarme la persona que los tiene sin disputa mas auténticos, en cuanto hace referencia á la hacienda española, y en particular al verdadero valor de los bienes nacionales, puede calcularse lo que queda todavía para vender en 2.030 millones, y con el aumento de precio efectivo, cuya medida dan los bienes ya vendidos, en 3.530 millones á lo menos, los cuales pueden y deben aplicarse á la estincion de igual cantidad de deuda interior y exterior en valor real.

Partiendo pues de esta base, puede cada cual calcular fácilmente el tiempo que se necesitaria para espendir 3.500 millones en bienes nacionales, y el que tardaria el estado en extinguir una gran parte de su deuda: yo de mí sé decir que no tendria por aventurado el asegurar que puede ésta disminuirse de 7.000 millones en solos veinte años, mediante un buen sistema en la venta de las propiedades nacionales que posee todavía nuestra nacion.

(1) Junta de ventas nacionales. Total de las fincas adjudicadas hasta fin de marzo de 1840.

PRESUPUESTOS DE ESPAÑA DESDE 1760 HASTA 1839 (2).

AÑOS.	GASTOS.	INGRESOS.	DÉFICIT.	CANTIDADES PROCEDENTES DE AMÉRICA (3).
1760.	306,737.866	392,506.410	85,768.544	En tiempo
1778.	861,171.735	630,217.409	230,954.326	de Felipe II. 26,400.000.
1798.	2,729,799.168	1,127,939.138	1,601,860.030	de Felipe III. 88,000.000.
1817.	713,973.600	578,164.411	135,809.189	de Felipe IV. 154,000.000.
1820.	664,813.324	552,800.000	112,013.324	de Carlos III. 240,000.000.
1833.	592,756.089	520,706.280	72,049.809	de Carlos IV. 580,000.000.
1835.	991,304.495	648,903.691	342,400.803	TOTAL . . . 1.088,400.000.
1836.	991,304.495	701,330.467	289,974.027	
1837.	1,851,787.855	715,791.944	1,135,995.861	
1838.	1,851,787.855	694,618.270	1,156,569.585	
1839.	1,650,273.151	694,618.270	955,654.881	

(2) Pío Pita Pizarro.—De la Hacienda y deuda del estado.

(3) Peña Aguayo.—Tratado de Hacienda.

TRATADOS DE ANTICIPOS HECHOS AL TESORO.

Años.	IMPORTE DE LOS CONTRATOS.		PRODUCTO LIMPIO		DEBIDO POR LOS CONTRAYENTES.	VALORES QUE LES SIRVEN DE GARANTIA.
1836.	67,282.832	27.	56,603.270	26.	" "	" "
1837.	148,988.216	14.	111,932.243	18.	32,327.086	7. 57,849.358 9.
1838.	126,611.218	27.	63,594.894	5.	42,930.381	22. 4,000.000
1839.	206,669.134	11.	94,456.323	16.	17,397.132	29. 70,600.612 29.
Tres primeros meses de 1840.	174,298.812	4.	60,428.813	29.	115,050.000	00. 117,000.000

MOVIMIENTOS DE LA BOLSA DE MADRID DESDE 1783 HASTA 1840.

1783	á	88	p 00.	1813	á	44	p 00.
1784	á	102	1/2 p 00.	1817	á	20	p 00.
1793	á	100	p 00.	1820	á	40	p 00.
1794	á	91	p 00.	1825	á	50	p 00.
1795	á	86	p 00.	1833	á	55	p 00.
1796	á	82	p 00.	1834	á	45	p 00.
1799	á	53	p 00.	1835	á	30	p 00.
1806	á	51	p 00.	1838	á	15	p 00.
1809	á	28	p 00.	1839	á	35	p 00.
1810	á	10	p 00.	1840	á	28	p 00.
1811	á	4	p 00.				

DEUDA CORRIENTE DEL TESORO EN 1.º DE ENERO DE 1839.

Deuda flotante.	452,182.261.	10.
Tratados sobre las provincias de Ultramar.	164,403.200.	
Anticipos sobre los productos de Almaden.	50,000.000.	
Idem sobre diversas rentas.	44,499.748.	16.
Debido por el Tesoro á los diferentes presupuestos aprobados, cuyo valor ha sido debidamente fijado.	1,932,879.357.	11.
TOTAL. . . .	2.643,964.567.	3.

PRESUPUESTO EN RESUMEN PRESENTADO A LAS CORTES POR EL MINISTRO DE HACIENDA PARA EL AÑO 1840.

GASTOS.

	Rs.	Mrs.
Casa real.	43,500.000	
Cuerpo legislativo (para re- cuerdo).		
Caja de amortizacion.	318,159.197	30.
Ministerio de Estado.	9,070.220	
de Gracia y Justicia.	17,854.923	
de Hacienda.	334,810.086	5.
de la Gobernacion.	137,111.135	3.
de Guerra.	787,550.441	24.
de Marina.	63,856.794	
	1,711,912.797	28.

INGRESOS.

	Rs.	Mrs.
Aduanas.	72,500.000	
Rentas provinciales.	550,210.604	
estancadas.	174,330.000	
de amortizacion.	45,798.500	
del ministerio de Estado.	30.000	
del de Hacienda.	128,647.640	
del de la Gobernacion.	56,117.070	13.
del de Marina.	2,457.248	26.
	1.030,091.063	5.

Déficit resultante para el año 1840, sin haber cuenta del de los años anteriores. 681,821.734 rs. 23

NOTA. La recaudacion del azufre y de la pólvora cuesta á la administracion 73 1/2 p 00. El tabaco 41 1/2 p 00. La sal 37 1/2 p 00. Las loterias 32 1/4 p 00. Las aduanas 25 p 00. Aguardiente y licores 16 1/2 p 00. Las puertas 20 p 00. El patrimonio real 6 1/2 p 00. La contribucion de los cuarteles de Madrid 4 1/2 p 00.

COLONIAS ESPAÑOLAS.

CUBA.

Aunque haya perdido la España sus vastas posiciones en el Continente americano, quedándole sin embargo algunas islas de una riqueza de producción asombrosa. Cuba, Puerto-Rico y las Filipinas indemnizan suficientemente á la España de cuanto va escapando á sus dominios; pues por inesperada dicha, se hallan aquellas islas en estado floreciente. Cuba en particular ha tomado, bajo la dirección inteligente y activa del intendente, conde de Villanueva, un prodigioso desarrollo.

He aquí los productos de aquella rica posesión de las Antillas, cuya población sin embargo no es mas que la siguiente:

Blancos de ambos sexos.	311.051	} 730.562 habitantes.
Negros y mulatos libres.	106.494	
Esclavos.	286.942	
Guarnición y viajeros.	26.075	

Los productos de la isla de Cuba valieron, en 1826, 7,097.936 pesos fuertes; en 1833, 8,797.182, y en 1839, hasta 11,076.403 4. Es decir, que ha habido en solos 13 años un aumento de 3,878.467 4, cerca de un 36 p^o.

El valor de las importaciones fué, en 1826 de 14,925.754 pesos fuertes, y en 1835, de 20,722.071. Y el de las esportaciones, en 1826, de 13,809.838, y en 1835, 14,059.247.

PUERTO RICO.

El comercio de la isla de Puerto Rico ofrece un aumento menos considerable que el de la Habana. Sin embargo se ve que va en estado sensible de progreso.

Valor de la importacion en 1838.	4,302.149 ps. fs.	7 rs. 19 mrs.	952.795 ps. 17 rs. 32 mrs.	de diferencia á favor de la esportacion.
Idem de la exportacion en idem.	5,254.945	5 17		
Importacion en 1837	4,209.489 ps.	6 rs. 10 mrs.	} diferencia en aumento, 92.660 1 9.	
en 1838	4,302.149	7 19		
Esportacion en 1837	4,861.637	4 24	} diferencia, 393.308 27 mrs.	
en 1838	5,254.945	5 17		

Los objetos importados fuéronlo en 1837 por 1.221 buques de 76.199 1/4 toneladas en junto.
en 1838 por 1.291 idem de 101.679 1/4 idem en idem.

AUMENTO. . . 70 " 25.480 "

Los objetos esportados fuéronlo en 1837 por 1.268 buques de 90.493 1/4 toneladas en junto.
en 1838 por 1.313 idem de 104.098 " idem en idem.

AUMENTO. . . 47 " 13.604 3/4

Derechos de Aduana en 1837	754.424 ps.	4 rs. 9 mrs.	} aumento 164.771 ps. 8 mrs.
Idem productos en 1838	909.205	4 17	

De los 1.313 buques que hicieron el comercio en 1838, los 655 fueron españoles y de cabida juntos 24.111 toneladas; 377 americanos, 2 brasileños, 17 breemeses, 32 dinamarqueses, 123 franceses, 92 ingleses y ocho hamburgueses.

Los productos de la isla cubren todos los gastos de la administración y dan todavía un sobrante de dos ó tres cientos mil pesos á la metrópoli.

En 1837 las aduanas de Puerto Rico produjeron 700.000 pesos, en 1838 1,100.000 pesos, y en 1839 1,400.000 pesos, segun todo resulta del extracto del balance del comercio de Puerto Rico, publicado por D. Antonio María del Valle, intendente de la isla, en 31 de mayo de 1839.

ISLAS FILIPINAS.

Posee la España en el mar de las Indias un archipiélago, cuya riqueza es incalculable, y cuya importancia sin embargo es por lo general muy poco conocida. El célebre viajero Lapérouse decia: «Que si alguna nacion, dueña de las Filipinas, llegaba á establecer en ellas la forma de gobierno mas adecuada á su feliz disposicion, nada debia importarle ya ningun otro establecimiento europeo en el Africa ó en América (1).»

(1) Viajes al rededor del mundo.

Esta feliz nacion es la España: pero no hay duda que hasta ahora no ha sabido llenar ninguna de las condiciones que pudieran hacerle indiferente la pérdida de las demás colonias, ni tampoco ha sacado grandes ventajas de sus vastas posesiones en el Asia, y no es probable que pueda la metrópoli por sí sola imprimirlas el desarrollo de que son capaces.

D. Tomás Comin, que vivió largo tiempo en Manila en calidad de factor de la compañía de Filipinas, publicó en 1810 una obra en que se esponen todos los vicios de la administración de aquellas islas, de tal modo que al leer aquellas pormenores, no parece sino que el gobier-

no español trataba de hacer imposible toda prosperidad. Y en verdad, en verdad, que si este ha sido su objeto, puede vanagloriarse de haberlo conseguido; pues veinte años despues vemos reproducidas las idénticas quejas en una curiosísima memoria de D. Francisco Enriquez, intendente de Filipinas hasta 1836 (1). Sujeta la administracion á un poder residente á seis mil leguas de distancia, debe necesariamente carecer de la fuerza necesaria para corregir los abusos y promover las mejoras; pues debiendo cualquiera determinacion de importancia de las autoridades locales recibir la sancion de Madrid, claro es que se necesita un año á lo menos para conseguir siquiera la contestacion; por lo cual habiendo en cuenta las interpretaciones equivocadas, los yerros inevitables, las intrigas de oficina, se tendrá una idea cabal de lo que puede dar de sí semejante administracion de la metrópoli. No se busque pues en nada mas la causa del ningun provecho que dan á España las islas Filipinas.

Sin embargo es tal la fuerza de las cosas, que á pesar de todo, se nota en los réditos de aquella colonia una progresion ascendente, á bien que se verifica con extraordinaria lentitud, cuando por el contrario, con un suelo tan fértil, con un clima tan bello y tan aventajada posicion, deberían producir frutos como por encanto. No obstante todo desfallece bajo el peso de una administracion viciosa.

Voy á presentar algunos datos estadísticos tomados de las dos obras citadas, los cuales bastarán para dar una idea de lo mucho que pudiera sacar la España del archipiélago de las Filipinas.

POBLACION.

En 1791, contábanse tan solo 1,649.678 habitantes, y en 1810 2,575.406, es decir, un aumento de cerca de 52 p^{tes} en 18 años. En la actualidad, existen 3,385.832; quiere decir que ha habido un nuevo aumento de 870.426 habitantes, nada mas que un 25 p^{tes} en treinta años.

Pueden las Filipinas contener hasta 20 millones de habitantes, y para obtener este resultado no habria mas que hacer sino dispensar proteccion al establecimiento de los Chinos. Sabido es que el Celeste Imperio no es suficiente para su exorbitante poblacion, por manera que lo sobrante se acogeria á las islas Filipinas, luego que protejiese el gobierno español la emigracion de aquella raza de hombres, dotados de una actividad sorprendente, muy laboriosos,

aunque al mismo tiempo en extremo dóciles, y que tienen la ventaja de saber sacar partido de los indijenas, jente de suyo perezosa é indolente, bien que muy á propósito para los trabajos de industria, en los cuales se les emplea á menudo con constante éxito. Además tienen los Chinos mucho apego á la propiedad territorial. Las Filipinas gozan sobre las Antillas la inapreciable ventaja de no conocer esclavos.

PRODUCTOS.

	Ps. Fs.
Segun el Sr. Comin, el producto total de las islas en 1810 era de	1,563.318
y los gastos	1,367.873

Producto limpio 195.445

Segun el Sr. Enriquez, en 1828, producian las islas 1,649.957 pesos fuertes, es decir, que por espacio de diez y ocho años habian permanecido las rentas casi estancadas.

En 1835 ascendian los productos á 2,094.896 pesos, y aunque el Sr. Enriquez no manifieste el importe de los gastos de un modo fijo, sin embargo se deduce de su memoria que el producto en limpio no pasa de 300.000 pesos, y que todo lo mas que pudiera esperarse por medio de las economías y mejoras que propone, seria el llegar á conseguir hasta 500.000.

Para hacerse cargo de cuán mezquina es esta suma, cuando se trata de una colonia en que se cuentan cerca de tres millones y medio de habitantes, echemos una ojeada á la riqueza y variedad de los productos de nuestra magnífica posesion.

El algodón de las Filipinas es superior por su blancura y por lo fino de sus hebras al de toda el Asia, por manera que los Chinos lo prefieren para sus tejidos y lo pagan un 30 p^{tes} mas caro que el mejor del Indostan.

La seda, que debería ser un jénero de extraordinaria esportacion, se cultiva tan solo para el consumo de las islas.

El azúcar es tan maravillosamente productivo, que proporciona al que lo cultiva un lucro de 90 p^{tes} 00.

El café es mejor que el de Borbon, y podría competir con el de Moka (1). Sin embargo su esportacion es ninguna.

La pimienta, cuya escelente calidad le daria la preferencia en todos los mercados, apenas se cultiva (2). El cacao es superior al de Guayaquil (3), sin embargo apenas si se produce el necesario para el consumo local. La canela

(1) Comin.

(2) Comin.

(3) Comin.

(1) Publicada en 11 de julio de 1836. en Manila.

nace allí por todas partes sin necesidad de cultivo; la nuez moscada es tambien abundantísima; el añil es mejor que el de Java, China y Bengala, y aunque pudiera cojerse cuanto se quisiere, apenas se encuentra un arbusto; sin embargo da al cultivador 57 p^g. de beneficio.

El arroz, uno de los principales alimentos de aquellos habitantes, crece allí con tal lozanía y le es tan propicio el terreno, que dan las cosechas hasta 100 p^g. (1): así es que si se diera á este cultivo toda la estensión de que es capaz, su importacion en China seria un objeto de comercio incalculable. El opio, el té, la grana ó cochinilla pudieran tambien llegar á ser ramos de crecidísimo comercio: el tabaco, que forma la principal renta del país, es tambien susceptible de tal y tan grande desarrollo, que pudiera abastecer todos los mercados del mundo. Segun el Sr. Comin, el producto del tabaco en 1810 era de un millon de pesos, y segun el Sr. Enriquez, ha ido sucesivamente aumentándose hasta 1,219.130 en 1828, hasta 1.731.374 en 1835, hasta 1,833.405 en 1836, y en 1837 ascendió hasta 1,922.259. Tambien producen con abundancia las Filipinas el *phormium tenax* para jarcias y velas de navio.

La aplicacion de los capitales necesarios á la agricultura de las Filipinas daria por resultado en cada uno de los ramos indicados la misma ganancia que he manifestado con respecto al añil y el arroz.

Encuéntanse en Filipinas las mejores maderas de construccion; en varios puntos de los arroyos de la isla sacan los indíjenas pepitas de oro, por lo cual es de creer que existen minas de este metal en las montañas donde tienen aquellos su manantial. Hay excelentes minas de hierro, cobre, azufre y carbon de piedra;

en una palabra, dijérase que la Providencia se complació en dotar las Filipinas de todos los tesoros de las mas ricas naciones, y que el gobierno español se ha empeñado en hacer estéril la voluntad de la Providencia.

Cuando se recuerda que la Holanda debe su mayor prosperidad á sus posesiones de Java y Batavia, tan inferiores en un todo á las Filipinas, y que la España no saca de estas mas que la miserable suma de seis ú ocho millones de reales, no se puede menos de deplorar los yerros administrativos que hacen nulo todo cuanto para en manos del gobierno español.

Si la España, mas sagaz, conoce algun dia sus intereses, si se decide á dar á sus posesiones asiáticas todo el desarrollo de que son capaces, no queda mas que un partido que tomar, y es seguir el ejemplo de la Inglaterra y de Holanda. creando una compañía de Filipinas bajo las mismas bases que la de Indias. Son harto portentosos los resultados de esta para que se estravie nadie siguiendo la senda trazada.

El interés privado y la intelijencia administrativa de los particulares darán un vuelo inesperado á las pingües producciones de aquellas islas y desarrollarán su comercio por todos los ángulos del orbe. No existen relaciones comerciales entre Manila y el Japon: pues bien, si se establecieran, bastarian por sí solas para cambiar el aspecto del mundo mercantil. Manila deberia ser el centro de todo el comercio del Océano Indiano, y entregando la España á la industria privada la explotacion de aquel suelo privilegiado, podria duplicar ya en los primeros años sus rentas coloniales y llegar en muy poco tiempo á sextuplicarlas: sin embargo el gobierno español no puede obrar esos prodijios propios de la actividad y riqueza de una compañía bien organizada, porque carece de dos importantísimos elementos de prosperidad pública, es á saber, *actividad y capitales*.

(1) Comin.

FIN.

ÍNDICE DE MATERIAS.

Prólogo	PÁG. 4
Introduccion	11

TEMA POLITICO.

CAPITULO PRIMERO. Primera temporada constitucional desde 1810 hasta 1814.—Reunion de las córtes en Cádiz.—Sus tareas.—Su composicion.—Constitucion de 1812.—Rejencia.— Gobierno.—Regreso de Fernando VII.—Caída de la Constitucion.— Reaccion de 1814 hasta 1820.	43
CAPITULO SEGUNDO. Segunda época constitucional de 1820 á 1823.—Gobierno de 1814 á 1820.—Tentativas militares.— Alzamiento del ejército expedicionario de la isla de Leon.—Restablecimiento de la Constitucion de 1812.— Gobierno de 1820 á 1823.— Invasion francesa.— Derribo de la Constitucion.	63
CAPITULO TERCERO. Intervencion de 1823. El Congreso de Verona por Mr. de Chateaubriand.	77
CAPITULO CUARTO. Reaccion de 1823. Ministerio de Zea Bermudez.	90
CAPITULO QUINTO. Tercera temporada constitucional.—Ministerio de Martinez de la Rosa.— El estatuto real.—Ministerio de Toreno.—Sublevacion de las provincias.—Caída del ministerio.	95
CAPITULO SEXTO. Ministerio de Mendizabal.— Su caída.	104
CAPITULO SÉPTIMO. Ministerio de Isturiz. Sublevacion de las provincias.—Acacimientto de la Granja.—Caída del ministerio.—Restablecimiento de la Constitucion de 1812.	113
CAPITULO OCTAVO. Ministerio de Calatrava.— Se restablece el orden en las provincias.— Se revalida la rejencia de la reina Maria Cristina.— Constitucion de 1837.—Caída del ministerio.— Triunfo del partido, á su decir, moderado.— Su existencia hace tres años.	124

TEMA MILITAR.

CAPITULO PRIMERO.	129
CAPITULO SEGUNDO. Acontecimientos de Vergara.	143

RESEÑA DE LA POLITICA EXTERIOR DE ESPAÑA DESDE CARLOS V HASTA NUESTROS DIAS.

CAPITULO PRIMERO. Desde el tratado de Madrid en 1526 hasta la paz de los Pirineos en 1659.	149
CAPITULO SEGUNDO. Desde la paz de los Pirineos hasta la de Aquisgran.	152
CAPITULO TERCERO. Desde la paz de Aquisgran hasta la de Utrech.	163
CAPITULO CUARTO. Desde la paz de Utrech hasta la de 1763.	174
CAPITULO QUINTO. Desde la guerra de América hasta el tratado de la cuádruple alianza.	183

DEL TEMA POLITICO ESTRANJERO.

CAPITULO PRIMERO. Tratado de la cuádruple alianza.—Francia.	193
CAPITULO SEGUNDO. La Inglaterra.	211
CAPITULO TERCERO. Portugal.	216
CAPITULO CUARTO. Norte.	217
CAPITULO QUINTO. Prusia.	220
CAPITULO SEXTO. El Austria.	221
CAPITULO SÉPTIMO. La Rusia.	223
CAPITULO OCTAVO. La Cerdeña.	224
CAPITULO NONO. Nápoles.	231
CAPITULO DÉCIMO. El Papa.	id.
Conclusion.	235
Tanteo sobre hacienda.	241
Colonias españolas.	261

APÉNDICE

Á LA

HISTORIA POLITICA

DE LA

ESPAÑA MODERNA

POR

el Sr. de Marliani.

ACONTECIMIENTOS DE

1840.

Los sucesos que agitan á un pueblo entero, las grandes fases de la vida de las naciones, no son en verdad cataclismos que estallan sin que se pueda atinar en las causas que los produjeron. Un acontecimiento grave en política, una revolucion, es siempre el último término de una serie de hechos estrechamente encadenados, cual otras tantas deducciones lógicas; es una mina cargada desde mucho tiempo y cuya explosion precipita una sola chispa; mas queda siempre á los contrarios de tales movimientos el triste consuelo de decir que son obra de algunos facciosos que imponen su voluntad á la inmensa mayoría. En todos países, en todas circunstancias, es el mismo el lenguaje. Luis XVI, al saber la toma de la Bastilla, dijo que era un motin; Carlos X, al dirigirse hácia Cherburgo para morir en el destierro, decia á los comisarios que le escoltaban en nombre del gobierno constitucional que las jornadas de julio eran una mera conspiracion de algunos banqueros y grandes personajes. Tambien decia Maria Cristina que todo ese murmullo acerca de la ley de ayuntamientos era producido por cuatro bullangueros. Véase cómo ese constante fenómeno es efecto de la atmósfera de ilusiones que respiran los reyes, lo mismo que los partidos. Se ha acusado al general Espartero de haber preparado la tormenta en que naufragara la

rejenia de Cristina; mas aun, se ha negado la iniciativa nacional del levantamiento de setiembre: la Inglaterra era quien pagaba la anarquía: y en 1841 se ha pretendido resucitar al Pitt y al Coburgo de 1793.

Triste es por cierto el encontrar hombres grandes en tal disposicion de entendimiento que desconozcan la verdad y los hechos mas materiales. Así es cómo, ocho meses despues de aquel acontecimiento, stampa Mr. Duvergier de Hauranne, en la *Revista de ambos mundos* y á propósito de la alianza anglo-francesa, estos extravagantes asertos: «En España tomaba partido la Inglaterra á favor del hecho contra el derecho, de la insurreccion contra los poderes establecidos.» ¿Y dónde se halla la prueba de tan positivas acriminaciones? Héla aquí, segun el mismo Duvergier: «En los primeros dias de julio y poco antes del tratado, animado Espartero, incitado por la Inglaterra, enarboló en Barcelona el estandarte de la revolucion y despojó violentamente á la Reina Rejente de sus atribuciones constitucionales.»

Prescindo ahora de esos supuestos estímulos y escitaciones de la Inglaterra; pues quiero hacer ver cuanto trabajo le hubo de costar al escritor de la *Revista* el encontrar una coincidencia entre los sucesos de Barcelona y la conclusion del tratado de Lóndres; afortunada-

mente nada hay tan inflexible como un hecho.

Sea cual fuere el carácter que la mala intención y la calumnia hayan pretendido atribuir á los acontecimientos de Barcelona, no es verdad que se verificasen á principios de julio y *pocos dias antes del tratado de Londres*, sino en 18 y 22 de julio, despues de firmado el tratado, y antes que este fuese conocido. Cuando llegue á hablar de aquellos sucesos, contestaré á las acusaciones de rebelion y de violencia contra la Reina Rejente, que son todas tan fundadas como las demás.

En cuanto á la gran cruz del Baño, concedida al jeneral Espartero, y de la cual se hace tambien mencion en el artículo, es lástima que ignorase el Sr. Duvergier, cuando lo escribió, que esta gracia de la Reina de Inglaterra fué conferida espontaneamente por aquella soberana como un testimonio del alto aprecio que los servicios eminentes hechos por el Du que de la Victoria á su Reina, y la noble causa de la libertad de su patria habían inspirado al gobierno y al pueblo inglés.

Si el gobierno inglés, menos escrupuloso que los acalorados partidarios y promovedores de la revolucion de julio de 1830, ha juzgado *leal* la conducta del jeneral Espartero hácia su soberana, y en 1840 le ha dado una prueba de sus sentimientos, enviándole el gran cordon del Baño, no ha hecho con ello mas que andar de acuerdo con la inmensa mayoría de los Españoles y con la verdad. Siete años de combates no interrumpidos por el trono de Isabel II y por la libertad nacional algo dicen por cierto en favor de la adhesion del jeneral á su soberana y á su patria, y si en julio de 1840 se negó el Duque de la Victoria á servir de instrumento á una reaccion insensata, tribútese por ello nuevo homenaje á su lealtad; puesto que hizo cuanto de su parte estuvo para arrancar á la Rejenta de los peligros hácia los cuales la veia arrastrada, y para libertar á su patria de los sacudimientos que ha tenido que sufrir. Cuando Mr. Duvergier conozca la verdad, se arepentirá sin duda de lo que tan aventuradamente ha escrito.

Ni en lo que acabo de decir se crea que he tratado de justificar á la Inglaterra; no, no soy yo quien deba hacerlo. Mi único objeto ha sido rechazar una acriminacion de todo punto injusta, fulminada contra el jeneral Espartero y la revolucion de setiembre, la mas pura, la mas lejitima, la mas nacional de las revoluciones; puesto que se realizó en defensa de las franquicias y derechos municipales.

Antes de pronunciar un fallo acerca de lo acaecido en España en 184, hubiera debido

procederse de los efectos á las causas. Semejante exámen era indispensable para apreciar debidamente si fué el derecho quien ejerció su irresistible imperio, ó tan solo la violencia, que no temió imponer, de grado ó á la fuerza, su irracional capricho. Forzoso era averiguar quien habia sido el agresor, quien habia quebrantado antes el pacto fundamental, quien en fin habia hecho ya inevitable el levantamiento de setiembre, cuya última peripecia ha sido un cambio en la rejencia del reino. Esto es sin embargo lo que no se ha hecho: no se estrañe pues que yo partidario de la revolucion de setiembre, procure tributar á la verdad histórica el homenaje que reclama el honor de la nacion.

Ciertamente no me jacto de poseer un talento profético extraordinario; pero ello es que en las primeras pájinas de mi *Historia política* señalé ya el peligro hácia el cual encaminaban á la Rejenta unos ministros incapaces con esa negligencia, esa inercia, ese *dejémosles que hagan*, que es la prerogativa característica de la ineptitud y de la nulidad; y en verdad que, á no estar ciego, forzoso era encontrar en las lecciones de lo pasado la revelacion del porvenir. En 1835, un ministro, el Conde de Toreno, provocó la insurreccion; creáronse las juntas, y cayó el ministrerio ante aquella manifestacion unánime. En 1836 estalló una nueva insurreccion contra otro ministro, el Sr. Isturiz, y contra el estatuto real; y el estatuto real y el ministro desaparecieron en un punto. ¿No era pues de temer que irritada con tan inaudita tenacidad la ola popular, fuese, cual las de la mar, adelantándose cada vez mas y mas embravecida, y socavando el débil muro que oponia á su furor un ministerio inconsiderado, hasta venir á estrellarse contra las mismas gradas del trono? ¿No echaban de ver los imprudentes consejeros de María Cristina que la rejencia de la augusta madre de Isabel II iba á arriesgarse en el primer encuentro que provocase un poder opresor? Jamás anda descaminado el instinto de las masas en sus primeros movimientos; pues el pueblo se dirige siempre con derechura y admirable tino á la fuente del mal. El dia en que María Cristina, obcecada, mal dirigida, se hizo cabeza de partido, se perdió sin remedio.

El ministerio Perez de Castro, al decretar en julio de 1839 la disolucion de las Córtes elejidas en 1837, cuya mayoría era adicta á su política tortuosa, pidió á la España un fallo solemnemente acerca de los actos de su administracion; y la nacion *legal*, es decir, los electores condenaron su conducta; pues dando su voto á los adversarios políticos del gabinete, claro es que le mandaban retirarse. Los ministros empero no

dieron oídos á aquel fallo imponente, sino que animados por la pacificación de las provincias vascongadas, de que neciamente se creían autores, en vez de preparar un desenlace constitucional, dieron un golpe de estado, y decretaron una nueva disolución. Y con servirme de esta espresion *golpe de estado*, al tratar de una disolución de Cortés, no es decir que desconozca una de las mas importantes prerogativas constitucionales de la corona; solo quiero atacar el abuso que de ella se ha hecho. Invoco en apoyo de mi opinion un testimonio, nada sospechoso en materia de monarquismo: «Sin duda que se halla en la carta el derecho de disolución, decia el *Diario de los Debates* en 12 de octubre de 1840, y les es lícito á los ministros el emplearlo bajo su responsabilidad; sin embargo es un recurso extremo, y si llegase á decretarse una disolución de una Cámara, antes que hubiese esta hablado y votado, semejante decreto seria ya una amenaza, y amenaza insolente.» Esto es cabalmente lo que hizo el ministro español; decretó una disolución antes que las Cortés hubiesen hablado y votado, y esta *amenaza insolente* fué el primer golpe dado al mecanismo parlamentario; golpe que lo desconcertó, imposibilitando desde entónces todo movimiento. Semejante desprecio de los hábitos constitucionales hubo de precipitar necesariamente á los hombres que de él se hicieron reos, en la senda desastrosa de las violencias, cuya inevitable consecuencia es siempre una catástrofe. Y no me arredra el hablar en estos términos; pues no he formado mi juicio despues de los acontecimientos, sino que los predije de un modo explícito y terminante en 18 de noviembre de 1839, en el momento mismo en que estaban disueltas las Cortés (1).

Veamos ahora con que rematada locura se trabó el combate por parte de los ministros y sus secuaces, y la constancia y denuedo que desplegó el partido liberal en la defensa, al principio por medio de la resistencia legal, y luego haciendo una revolucion.

Aquí será preciso entrar en pormenores que yo habia pasado por alto en la primera parte de mi obra, por haber creído mas conveniente no revelarlos; pero en el día se ha hecho ya necesario su conocimiento, y deben formar parte del proceso entablado por el pueblo contra un poder agresor y reaccionario. El desenlace ha parecido demasiado imponente; sobradas jentes lo han creído injusto para que deje yo de lavar la causa constitucional de las apasionadas acusaciones que se le han dirigido. Los incidentes

de este proceso, una vez puestos de manifiesto, probarán que si fué juzgado sin apelacion, no lo fué sin equidad: pues una revolucion triunfante es siempre legítima, no ya de hecho solamente, sino, lo que es mas, de derecho; porque no le es dado triunfar sin el consentimiento jeneral; y aquí brilla imprescriptible, eterno, el derecho que dimana de la soberanía del pueblo.

Convocáronse nuevas Cortés para el 1.º de setiembre de 1839, y la primera cuestion que las ocupó fué el convenio de Vergara. Tras largos debates acerca de los fueros de las provincias del Norte, decretaron las Cortés su conservacion, *salva la unidad constitucional*. Se ha dicho repetidas veces que el convenio de Vergara garantizaba los *fueros*; pero este es un error, que ha habido interés en propagar, con mala fe no titubeo en decirlo; pues habiéndose publicado su texto literal en todos los periódicos, no puede alegarse ignorancia. El convenio nada garantiza, nada asegura: léase sino su artículo 1.º, único que habla de la materia y que está concebido en estos términos:

«Artículo 1.º. El jeneral Espartero recomendará con interés al gobierno la oferta formal que ha hecho de proponer á las Cortés la concesion ó *modificacion* de los fueros.»

Así que, claro es que el Duque de la Victoria anduvo muy distante de arrogarse un derecho, que, en sus principios constitucionales, reconocia pertenecer esclusivamente á las Cortés: y cabalmente por no haber querido conceder aquella garantía, se retardó por algun tiempo la pacificación. Sin embargo, sabedores los diputados del empeño moral que contrajera el jeneral en jefe del ejército, no vacilaron un punto en manifestar á la Rejenta que la palabra del Duque de la Victoria seria considerada por las Cortés como deuda sagrada de la nacion.

En cuanto estas se constituyeron definitivamente, trataron, antetodo, de discutir una ley provisional sobre los fueros; y en efecto, despues de varias sesiones largas y acaloradas, en que algunos individuos del gabinete dieron pruebas de poca destreza y mucha mala fe, se cortó de repente la cuestion en 7 de octubre por uno de aquellos arranques en que el corazon puede mas que el raciocinio, y se votó una ley en dos artículos.

En el primero se decia «que serian confirmados los fueros de Navarra y de las provincias Vascongadas, *salva la unidad constitucional*.»

Y en el segundo se autorizaba al gobierno «para proponer á las Cortés las modificaciones indispensables, á fin de conciliar los fueros con

(1) Véase páj. 5.



el interés jeneral de la nacion y de la Constitucion, con facultad de resolver interinamente las dudas y dificultades que pudieran ocurrir, conformándose al espíritu y forma de la autorizacion.»

He creído indispensable el reproducir aquí el texto de la ley y el del convenio: pues uno y otro han dado ocasion á las mas absurdas acusaciones contra el jeneral Espartero y contra la Rejencia, á quienes se acrimina el haber violado un pacto sagrado, unas garantias solemnes, que jamás han existido. La especie de tregua que produjo el 7 de octubre entre las Córtes y el ministerio tenia que ser por precision muy pasajera. Tras seis años de padecimientos y calamidades, no era extraño que en presencia de la ventura inesperada de la pacificacion de las provincias sublevadas callasen por un momento las pasiones; y esto es lo que aconteció en 7 de octubre, en el acto de votar la ley de fueros; pues ciertas sensaciones conmueven hasta á los hombres mas indiferentes; pero, ya desvanecida la primera impresion, vuelve á abrigar cada cual sus antipatías y cuenta uno á uno sus agravios.

El 18 de octubre era el dia señalado para la discusion de la contestacion al discurso del trono. El ministerio envió un mensaje á las Córtes, pidiendo que se aplazase para otro dia la discusion; y se vió estallar en el seno de la asamblea el mayor descontento. Manifestáronse en ella temores de que disolviese el ministerio las Córtes, antes de abrirse aquella discusion, por no atreverse á arrostrar el fallo constitucional que iban á pronunciar contra sus actos; hasta se presentó una proposicion para que se pasase adelante sin esperar la llegada de los ministros; sin embargo, no fué admitida esta idea, y conforme á la peticion del ministerio, se acordó retardar la discusion hasta que hubiese votado el Senado la ley de los fueros.

En 22 del mismo mes, publicó ya la *Gaceta* la dimision de los ministros de Marina y de la Gobernacion, y el encargo respectivo interino de estos dos ministerios al de la Guerra y al de Gracia y Justicia.

Al dia siguiente se abrió la discusion de la contestacion al discurso de la corona; y era de ver como se sucedian unos á otros los diputados en la tribuna para fulminar acusaciones contra el ministerio, sin que uno solo se levantara para apoyarle, y sin que él mismo acertase á mas que á tartamudear una mal forjada defensa. Compacta era la unanimidad en el ataque para probar que los ministros habian quebrantado la Constitucion, cobrando impuestos no votados por las Córtes y estableciendo otros nuevos, pu-

blicando el decreto de 5 de junio contra la libertad de imprenta, en menoscabo del artículo 2º. de la Constitucion, atentando contra la libertad individual, contra la de los electores, contra la propiedad; y en fin, todos reclamaban contra las leyes cuyos proyectos se anunciaban en el discurso de apertura.

Esta lucha parlamentaria se encontró mas y mas con motivo de un incidente, que no puedo pasar en silencio, aunque me ataña personalmente. Interpelado el ministerio en las sesiones de 27, 28 y 29 de octubre sobre una mision cerca de la Alemania, en que tuve yo gran parte, juzgó como medio mas espedito el negar la existencia de tal negociacion. Semejante acto de perfidia me obligó á contestar; pues no podia yo sobrellevar el peso de una negativa, que me hubiera quizás presentado como ajente aventurero de una secreta camarilla: por lo cual, vine precisado á dar al Sr. Perez de Castro el mentis mas solemne, publicando en Madrid y en Paris los documentos oficiales en que se me habia conferido una mision legal y esencialmente constitucional, mision que me encargara en un principio el Duque de Frias, en aquella sazón presidente del Consejo de ministros, y que ratificó y confirmó posteriormente el mismo Sr. Perez de Castro. Este hecho era notoriamente conocido por muchísimos diputados, aun antes de la publicacion de los documentos justificativos; así que, la estravagante conducta del ministerio no sirvió sino para desacreditarle mas y mas.

Y como se reprodujesen de dia en dia con mayor vehemencia las acusaciones é interpelaciones, el gabinete, ya desquiciado por la retirada de los ministros de la gobernacion y de marina, tuvo que sufrir una nueva modificacion, que no le permitió sostener por mas tiempo los debates con las Córtes. En 30 de octubre, el jeneral Alaix, ministro de la guerra, por no consentir en la disolucion de las Córtes, dió su dimision y fué reemplazado por el jeneral Narvaez.

Este, por primera entrada en sus atribuciones ministeriales, se presentó en las Córtes con el decreto de suspension de las sesiones hasta 20 de noviembre, «con el objeto, decia el decreto, de reorganizar completamente el ministerio del modo mas conforme á las graves cuestiones que debian ocuparle para el bien del estado, y de manera que pudiese asistir á las sesiones.» Antes de leer el decreto, pronunció el nuevo ministro un discurso, en que aseguró que, como ministro, estaria siempre inspirado por la idea de terminar aquella crisis á satisfaccion de la Corona y de las Córtes.

Con tales protestas intentaba el ministerio encubrir su constante y firme propósito de disolver las Cortes; pero no se dejaron estas alucinar por tan frívolas apariencias de conciliación, y en la íntima convicción de que no se las suspendía sino para disolverlas, en la misma sesión, y antes de la llegada del ministro que había de leer el decreto, hicieron una solemne declaración para recordar á los Españoles «que en virtud del artículo 77 de la Constitución, no estaban obligados á pagar ninguna contribución que no hubiesen votado las Cortes.» Protesta en verdad infructuosa, de todo punto inútil, que no podía producir resultado alguno: pues el pueblo español, con su admirable sensatez, echó de ver atinadamente que había algo superior á una infracción de la ley fundamental, y era la necesidad de mantener el ejército. Suspender el pago de los impuestos era dejarlo perecer, y á la verdad los heroicos defensores de la libertad y del honor nacional no habían de ser víctimas de las locuras del ministerio y de la justa indignación de las Cortes.

Esta suspensión, en medio de la discusión de la contestación al discurso de la Corona, alarmó en gran manera á las corporaciones populares: y así fué que los ayuntamientos de todo el reino principiaron ya desde aquel punto á elevar sus clamores hasta el trono; y la diputación provincial de Madrid, en una representación que dirigió á la Rejenta, le suplicó encarecidamente que disolviese el ministerio.

Pero, lejos de ello, se completó este en 16 de noviembre con hombres absolutamente nulos, y en 18 del mismo mes apareció el decreto de disolución. Iba precedido de un detallado manifiesto de las causas que la motivaron, y en él se decía harto claramente, como de costumbre en tales casos, que hacía necesaria semejante medida el espíritu faccioso de las Cortes. Convocabáanse las nuevas para el 18 de febrero.

Ya que estuvo disuelto el cuerpo legislativo, entregóse desaladamente el ministerio á su manía reaccionaria; y sus actos, que llevaban el sello de la demencia, eran infalibles precursores de su caída muy cercana. Véase en toda su marcha el paroxismo de la desesperación. Las autoridades que habían asistido á las anteriores elecciones con toda imparcialidad fueron de golpe destituidas. En Granada, Sevilla, Burgos, Valencia, en el Campo de San Roque, los capitanes jenerales y comandantes se vieron reemplazados por hombres notoriamente conocidos por sus opiniones reaccionarias. El personal de la administración fué casi totalmente cambiado, sin que los mas oscuros empleados acertasen á evitar tan inquisitoriales pesquisas. Cifrá-

base el porvenir del ministerio y del partido que representaba en las elecciones que iban á practicarse, y ganar la mayoría ó perecer era para él la única alternativa. Para conseguirla pues se hizo un cambio total en la administración; nada parecia ilícito á los ministros, mientras condujese al fin propuesto.

Habíause conservado interinamente algunas disposiciones reglamentarias del Código del año 12, como, por ejemplo, la relativa á las elecciones de diputados provinciales. Decía en el artículo 327:

«La diputación provincial se renovará cada dos años, por mitad, saliendo la primera vez el mayor número, y la segunda el menor, y así sucesivamente.»

Por consiguiente las diputaciones provinciales elejidas en 1837 debían ser disueltas en 1839, y en un decreto de 24 de octubre espedido por el ministerio de la gobernación, despues de oído el parecer del Consejo de ministros y de la junta consultiva, se mandó en efecto la renovación de diputados provinciales. Recibió su ejecución este decreto; fijóse en consecuencia el primer día para las elecciones, y se designaban ya los nuevos candidatos, cuando sobreviene de golpe la disolución de Cortes; y sabedor el ministerio de que la renovación de diputaciones va á serle fatal, no vacila un punto, sino que, caminando directamente á su objeto con increíble osadía, espide en 22 de noviembre un decreto en que declara: «Que considerando la renovación de las diputaciones provinciales, mandada por real decreto de 24 de octubre, como un estorbo para las operaciones electorales de los diputados á Cortes y Senadores, S. M. declara nulo el real decreto indicado, y quiere que los individuos que componían las diputaciones provinciales en el momento en que se espidió el decreto de 24 de octubre continúen ejerciendo sus cargos hasta que se hayan verificado las elecciones.» Así fué como una simple real orden anuló un decreto espedido en consejo de ministros y oído el parecer de la junta consultiva.

Se ha preguntado repetidas veces porqué el partido progresista ha pretendido que eran nulas las Cortes de 1840; pero, sin buscar razones políticas en su conducta posterior, acabamos de encontrar una legal en su origen vicioso, en la real orden de 22 de noviembre, que restablecía unas corporaciones ya disueltas, contra lo espresamente mandado en la ley reglamentaria de la elección de diputaciones provinciales, de las cuales depende la formación de las listas electorales, y por consiguiente la elección. Véase pues como las Cortes de 1840 fueron parto de unas elecciones hechas en virtud de

unas listas electorales, que la real órden de 22 de noviembre habia sustraído á la accion de las únicas personas que tenian derecho á formarlas, á fin de confiarlas á autoridades intrusas. Hé aquí el vicio radical, la nulidad.

Además de esto, en 5 de diciembre siguiente, dirigió el ministro de la gobernacion una circular á todos los jefes políticos; y por cierto que jamás se ha usado de un lenguaje tan anti-constitucional, ni se han dictado medidas tan arbitrarias. Decíase en ella: «El gobierno no pretende dominar las elecciones, pero está persuadido de que su deber es dirijirlas.» Esta circular, que violaba abiertamente los artículos 12, 15, 16, 17, 19 y 35 de la ley electoral de 20 de julio de 1837, fué una nueva tea que atizó la discordia; levantáronse por do quiera enérgicas reclamaciones; la diputacion de Madrid se negó á darle curso, y en medio de aquel conflicto universal de la Península, apareció el manifiesto del jeneral Linaje, que declaraba que la opinion del jeneral Espartero era contraria á la última dissolution de Córtes. Desde aquel punto quedaron derrotados el ministerio y su partido, pues no dejando ya el peso del ejército y de su caudillo duda alguna acerca de la caída del gabinete, reducíase todo á una simple cuestion de tiempo.

Hase afcado al jeneral Espartero aquella intervencion, mas ó menos directa, entre dos partidos políticos que estaban luchando; pero los que tal han hecho se han guardado muy bien de indicar las razones que obligaron al jeneral á manifestar abiertamente su parecer. Pues bien: esas razones yo las diré. Sabia el Duque, y tenia pruebas evidentes de ello, que los ministros se escudaban con él para justificar el golpe de estado que acababan de dar, y que hacian circular la voz en las provincias de que la dissolution de Córtes se habia decretado de acuerdo con el jeneral Espartero; y así fué como se le puso en la indispensable necesidad de desmentir formalmente tan pérfidas calumnias y denunciar al conocimiento del público tamañas maquinaciones. Bien conocieron el ministerio y su partido lo intenso de la herida que con aquel manifiesto se les hiciera; por esto nada omitieron para conseguir del Duque que desmintiese á su secretario; pero el Duque contestó que jamás lo haria. Y yo desafío á los que se atreven á contradecir lo que acabo de esponer, si es que alguien quiere negarlo, á que publiquen las cartas del jeneral en aquella época. En ellas se encontrará la prueba mas terminante del patriotismo de aquel jefe, de su lealtad hácia la corona, de sus nobles y acendrados sentimientos. Guardóse muy bien aquel gobierno

de publicarlas; y á buen seguro que no lo intentó tampoco en adelante.

En fin, á fuerza de intrigas, de fraudes electorales, de ilegalidades de toda especie, habia obtenido el ministerio una mayoría en las Córtes. Tenia ya el instrumento de reaccion; faltábale pues únicamente el emplearlo; y pronto vamos á ver el uso que de él hicieron aquellos hombres que jugaban ciegos al terrible juego de las revoluciones.

Reuniéronse en 18 de febrero las Córtes, que abrió la Rejenta, acompañada de la reina Isabel II; y el discurso de la Corona fué harto significativo, por anunciarse en él las leyes reaccionarias contra las diputaciones provinciales, los ayuntamientos, los derechos electorales, la prensa; en una palabra, iba á socavarse en su base la Constitucion por medio de leyes orgánicas dirigidas á este único objeto.

En esto comenzó, el día 20, la revision de actas, y no hubo una sola de estas que no sufriese serias impugnaciones, mas ó menos fundadas; pero la mayoría, dueña del campo, sancionó los fraudes mas evidentes, desconociendo en aquella discusion las disposiciones mas terminantes del reglamento interior de las Córtes.

El día 23 se discutieron las actas de Córdoba, las cuales, mas aun que ninguna de las anteriormente puestas á votacion, llevaban grabado el sello de la mas deplorable ilegalidad, y dieron lugar por consiguiente á una primera explosion en las tribunas públicas, provocada por el discurso del diputado Armendariz, individuo de la mayoría. Mandáronse despejar las tribunas, y como se lanzasen de todos lados del congreso durísimas acriminaciones, se separaron los diputados profundamente conmovidos por una escena que habia de tener un mañana mucho mas lamentable todavía.

El día 24, al tomar la palabra el diputado Lopez de la minoría acerca de las elecciones de Oviedo, renováronse estrepitosamente los aplausos en las tribunas públicas, mientras que se agolpaban al rededor del congreso numerosos grupos. La milicia nacional no se habia reunido, pero se llamó á la tropa de línea para disipar los grupos, se dieron algunas cargas de caballería sobre ciudadanos sin defensa, llevados allí por la curiosidad, y fué muerto uno de ellos á lanzazos. Durante tan lamentables escenas en lo exterior del recinto de las Córtes, eran estas presa de la mas violenta agitacion. Por una parte se acusaba al ministerio el no haber tomado precaucion alguna para evitar los desórdenes cuyos síntomas habian aparecido ya el día anterior; y por otra, se defendia el m

nisterio con bravatas muy ridículas y fuera de lugar, hasta que se levantó la sesión pública, quedando los diputados en sesión secreta.

En aquel mismo día se declaró á Madrid en estado de sitio, no por real orden, sino por un simple bando del capitán general Villalobos: sin embargo las escenas del 23 y 24 no pasaban de una insignificante asonada, y así es que lo excesivo del castigo hacia que este pareciese ridículo. Formóse consejo de guerra para juzgar á los perturbadores, y del sumario resultó que habia entre ellos algunos agentes de policía.

Las sesiones de las Cortes se suspendieron durante 5 días y se abrieron de nuevo el 29, asegurando el ministro de la gobernación que se habian tomado todas las medidas necesarias para afianzar la tranquilidad pública y las resoluciones del congreso. Con lo cual, el orador Lopez tomó de nuevo el hilo de su discurso, donde lo habia dejado el día 24, manifestando que eran nulas las elecciones de Oviedo, bien así como la mayor parte de ellas, y anunciando al congreso que tenia intención de renunciar el cargo de diputado, por no tomar parte en las resoluciones de unas Cortes, á su modo de ver, radicalmente nulas. Los Sres. Argüelles y Calatrava hablaron en contra del estado de sitio, sin que les permitiese la mayoría formular una protesta.

Sería sumamente pesado el ir explicando con todos sus pormenores la interminable serie de ilegalidades denunciadas contra las elecciones de 1840; baste decir que la revisión de poderes de 139 diputados duró todo un mes. Me limitaré pues á citar tan solo algunos hechos. La *Gaceta* de Madrid de 25 de enero contiene un estado comparativo del número de los electores de 1839 y de los de 1840, del cual resulta un aumento de 81.228 electores: sin embargo habiendo mediado entre ambas elecciones un intervalo de solos cinco meses, era materialmente imposible que por medios legales se hubiese llegado á obtener tan desproporcionado aumento. Así pues, la minoría de las Cortes tenia derecho á creer que las diputaciones provinciales, ilegalmente conservadas después de disueltas, habian formado las listas improvisando electores á su antojo. Y en muchísimas provincias era semejante aumento conocidamente arbitrario.

Albacete, por ejemplo, que en 1839 habia tenido solos 5.731 electores, presentó en 1840 una lista de 8.618; y por eso dos individuos de aquella diputación provincial denunciaron á las Cortes los fraudes de sus colegas, que de una sola plumada añadieron á las listas electorales 3.000

proletarios (1). Badajoz, que tuvo en 1839 solos 8.731 electores, inscribió en las listas de 1840 hasta 11.484 (2).

El ministerio anduvo muy distante de probar la legalidad de tamañas alteraciones en el número de electores; con lo cual se justificaban mas y mas la tacha de corrupcion que achacaban los diputados de la minoría á los agentes del gobierno y á las diputaciones provinciales.

Treinta días duraron los debates; pues la oposición los prolongaba de intento, resistiéndose á la impaciencia de la mayoría con la fuerza de la inercia y por medio de aplazamientos y votaciones nominales. De tales arbitrios echó mano O'Connell en el parlamento inglés cuando quiere retardar la aprobación de algun *bill* funesto á la Irlanda; pues hay en todos países una estrategia parlamentaria, con cuyo medio restablecen algun tanto las minorías el equilibrio de fuerzas.

Por fin, en 18 de marzo se constituyó definitivamente el congreso por la admisión de 139 diputados, algo mas del número rigurosamente necesario, y aquel mismo día se levantó el estado de sitio. despues de veinte y uno que llevaba ya Madrid de aquella posición escepcional. ¡Cuán lejos estábamos de los tiempos de nuestras antiguas Cortes, en que no podian acercarse las tropas sino á cierta distancia del sitio en que se reunian los representantes del pueblo!

Nombróse presidente al Sr. Isturiz, y como no abrigaba las pasiones de la mayoría que le habia elegido, presidió constantemente con la mas jenerosa imparcialidad, haciendo de su poder directivo un muro para la minoría, y dando al reglamento la interpretación que mas favorecia á la libertad de las discusiones. Ya en la primera sesión, los diputados Lopez, Caballero y Delgado presentaron su dimisión, apoyándola en el modo ilegal con que se formaran aquellas Cortes, y este ejemplo fué seguido en adelante por otros muchos.

En esto se propuso á las Cortes, en la sesión del 21, el proyecto de contestación al discurso de la Corona, é inmediatamente despues leyó el ministro de la gobernación en la tribuna los dos famosos proyectos de ley que habian de autorizar al gobierno para una nueva organización de diputaciones provinciales y ayuntamientos. El anuncio de ambos proyectos en el discurso de la Corona habia ya dejado vislumbrar la taima-

(1) Diario de las Cortes; Sesión del 2 de marzo pág. 64.

(2) Ibid; Sesión del 9, pág. 156.

da intencion del poder gubernativo; mas su presentacion definitiva era ya una declaracion de guerra. El gobierno arrojó el guante... Sí... pero estaba allí la revolucion, que lo alzó noblemente!!!

Doce dias mas duró la discusion de la contestacion al trono, y reprodujo en ellos la oposicion todos sus agravios, todos sus clamores contra el ministerio; sin embargo se aprobó el proyecto por la mayoría, sin que esta consintiese siquiera una enmienda.

Y llevaban ya las Cortes cuarenta y cinco dias de existencia, y nada se habia votado mas que el proyecto de contestacion á la Corona: por donde bien se echaba de ver que á pesar del apoyo de una considerable mayoría, la máquina gubernamental y parlamentaria no acertaba á jirar sobre su eje, teniendo que luchar con una minoría activa, infatigable, apoyada en el espíritu de oposicion de los ayuntamientos, del ejército y de su caudillo.

Era el 6 de abril, y se abrió la discusion sobre la ley de ayuntamientos.

Se ha hablado tanto de esta ley, se han desfigurado tantísimo su oríjen, su discusion, su votacion y su sancion; ha sido en fin tan fecunda en trascendentales resultados, que se hace indispensable examinar esta cuestion desde su principio, para ir siguiendo gradualmente todas sus fases. He visto repetido hasta la saciedad un aserto que se ha juzgado, ó se ha finjido juzgar, incontestable: y es, que habiendo sido la ley de ayuntamientos libremente discutida, votada por el Congreso y el Senado y sancionada por la Corona, estaba ya del todo consumada su legitimidad, y que por consiguiente una revolucion contra un acto de la omnipotencia parlamentaria y real renvidas no podia menos de ser ilegal y violenta y de probar al mismo tiempo que los Españoles no conocian todavía los hábitos constitucionales, que son, mas aun que el Código escrito, el antemural de la libertad. Hé aquí, si no me engaño, la sinrazon de que nos acusan amigos y enemigos.

Mas en primer lugar, no sé, lo confieso, qué quiera decir una *revolucion legal*; á lo menos yo no conozco ninguna, ni aun la de julio de 1830; pues por mas absurdo que fuese el artículo 14 de la carta francesa, no dejaba de formar parte de ella, y Carlos X, al invocarlo, hacia un uso constitucional del poder rejio, tal como lo habia creado la carta; uso que no tenia siquiera el mérito de la novedad, ya que Luis XVIII habia hecho lo mismo, si no mas, en 1815: pero los Franceses de 1830 probaron con un acto de soberanía nacional que no entendian su contenido como Carlos X y su ministerio;

una revolucion, la *razon postrera* de los pueblos, acabó con carta y dinastía. El todopoderio popular, siempre lejítimo en sus actos, ajustició la demasía rejia, y su vocería sonó por toda la nacion, que se avino á la heroica victoria de Paris.

No me empeñaré en comprobar que la revolucion de setiembre ha sido legal apuró tanto mi concepto seria un desatino inservible, pero demostraré que fué lejítima, y que ningun pueblo acosado en sus rumbos legales, apuró tanto los medios de conciliacion, antes de acudir para su salvamento á los derechos incontrastables su de propia conservacion y la de sus leyes.

Desentrañemos antetodo el acto de la presentacion de la ley por el ministerio.

Desde luego un ministro, al terminarse una legislatura, podrá allá en un caso rarísimo tener que pedir una ley urgente, cuya ejecucion contemporánea recaiga bajo su responsabilidad, y con el cargo de dar cuenta á la potestad legislativa del tenor de su desempeño; pero mediaba aquí una ley fundamental, cual ninguna, para la España. Están con efecto las franquicias concejiles tan arraigadas en las costumbres de acá, que la constitucion de 1837, al par de la de 1812, tiene pregonado el cimientto arreglador de los ayuntamientos, pues dice el artículo 70: «Habrá para el régimen concejil ayuntamientos nombrados por el vecindario hábil segun la ley.» Despejado está aquí el fundamento; *se nombrarán* los ayuntamientos por el vecindario. No deja la constitucion á la corona y á las córtés mas facultad que la de arreglar la ley orgánica de la eleccion municipal, pero planteada en el código la eleccion directa, el menor desvío de este derecho constitucional es un quebrantamiento de aquella ley ó pacto consabido; pues fué cabalmente lo que practicó el ministerio al pedir que los electores concejiles presentasen la nómina de los individuos entre quienes debia optar la corona para alcaldes. Tan enterado estaba el ministerio de que atropellaba la constitucion, que no quiso sujetar su minuta de ley á la discusion de las córtés; y al constituirse estas, les ofreció, ¿qué?.. ¿la ley de ayuntamientos? No por cierto, sino una ley de urgencia para poner en planta otra de ayuntamientos, que no se habia de ventilar, aunque fuese acompañada de la ley de autorizacion. Este borron, presentado por el ministro de la gobernacion, tras el dictámen de todos los demás, decia así:

ARTÍCULO UNICO.

Queda el gobierno autorizado para poner en planta el proyecto de ley sobre organizacion é

incumbencias de los ayuntamientos, presentado hoy á las Cortes, dándoles luego cuenta de los resultados de la ejecucion.

Madrid 21 de marzo de 1840.

Firmado *Saturnino Calderon Collantes*.

Con esto, desde el arranque de la lejislatura, presenta el ministerio á los diputados de la nacion una minuta de ley, diciéndoles: «No hay que ventilar el punto, sino autorizese para su ejecucion.» Pregunto á todo sujeto desapasionado: ¿no es una tropellía desafortada de todo derecho de discusion, atributo fundamental de cualquier gobierno representativo, y al mismo tiempo un desacato á la sensatez mas sencilla? Para hacerse cargo de tamaño desafuero, sépase que ya por dos veces el bando retrógrado habia intentado el pase á un proyecto de ley muy parecido, primero en 1838 con el ministerio de Ofalia, y en 1839 con el de Frias; en ambos lances se quedó rezagado por no tener cabida; mas Perez de Castro balló el arbitrio mas espedito de tramoyar la discusion.

Esta ley malhadada y ansiadísima por aquel partido, en asalto ú como fuere, era un plajio recargado de la ley francesa, pues enamorado del concentramiento administrativo en Francia, hace seis años que está soñando su colocacion en España. Lamento tanto como el que mas los descarríos que nos rijen, y estoy prendadísimo cual nadie del empuje orgánico de aquel país, mas en aquellos términos estoy muy ajeno de apetecerlo por acá, pues opino que se ha de plantear con nuestros propios elementos, y ante todo con las instituciones municipales empapadas en un temple democrático de suyo atinado y brioso. El acabar con él no es apadrinar la libertad; hay únicamente que pautarlo y ponerlo en rumbo, empleándolo páraque cunda por las campiñas el afecto á las instituciones políticas, y así los ayuntamientos requieren desahogo que les habilite para plantear el ensanche y fomentar la instruccion por aldeas y cortijos. El concentramiento cual se halla en Francia, artimaña asombrosa para el despotismo imperial, puede venir á ser funesto á la libertad, y siempre la coarta infinito. Encajona el reino entero en Paris, destronca las provincias, las avasalla á las disposiciones del telégrafo, y tendrá por paradero el fallecimiento de todo espíritu nacional en Francia. Harto se ha evidenciado esta verdad en la discusion sobre las fortificaciones de Paris, pues en concepto de las Cámaras y del gobierno, todo está reunido en la capital. Ahora bien, Madrid no es Paris, y aun es menos que Sevilla ó Barcelona.

Pero los Españoles alumnos de la escuela im-

perial no se han hecho cargo de que el mecanismo de aquel concentramiento no se reduce á una sola rueda, constando de mucha maquinaria, y requiere un empuje que por cierto no tienen á su disposicion. No mediando consejos de prefectura, de subprefectura, de estado, con otros mil adminículos administrativos á la francesa, esa ley municipal, tomada de la Francia, desde luego antinacional y anticonstitucional despues, se hacia impracticable, como lo evidenció la discusion.

Prescindiendo del pormenor de la ley, he querido encabezar el punto tachándola de atropelladora del texto mismo de la constitucion, y esta es la piedra de toque en defensa del movimiento de setiembre, y así hay forzosamente que deslindarla. Acudo á todo sujeto honrado que no conceptúa farsa mal disfrazada esto que llamamos carta y monarquía constitucional, pues no cabe en las prerogativas de la corona el derecho de quebrantar el pacto fundamental. ¿El poderío parlamentario trasciende acaso hasta sobreponerse á la carta, en cuya virtud se cifra la potestad lejislativa? El ministerio, al proponer el cercen del artículo 70, orillando toda discusion sobre una ley fundamental, y el partido anti-revolucionario, apersonado en la mayoría de las Cortes, al complacer al ministerio, se han desentendido igualmente del Código y de todo derecho constitucional. Lo sobrevenido en Barcelona, y luego en Valencia, ha sido el contraresto y la consecuencia lógica de los ataques inconstitucionales del ministerio y de la mayoría. Vamos á esplicar cuanto ha mediado entre la demasía y el escarmiento.

Otro desquiciamiento del gabinete hizo salir á los ministros de la guerra, gobernacion, marina y hacienda; trasformacion cuarta en quince meses del gobierno de Perez de Castro y Arrazola (1); novedad que rezagó mas la discusion consabida, que se entabló por fin el 11 de abril.

Los diputados de la oposicion, desentendiéndose de autorizaciones promovidas únicamente en las Córtes, anduvieron presentando enmiendas á la misma ley, protestando todos contra lo inconstitucional del intento; redoblando así aquellos estoques para minorar los descalabros del proyecto para la jeneralidad del país.

Sancho fué el guerrillero que rompió el fue-

(1) Fuera de los interinos, hubo tres ministros de la guerra, Alaix, Narvaez y Cleonard. Cuatro de la gobernacion, Hompanera, Carramolino, Calderon Collantes y Armendariz; cuatro de hacienda, Pita-Pizarro, Jimenez, Sanmillan y Santillan; tres de marina, Primo de Ribera, Montes de Oca y Sotelo.

go, y con su lógica incontestable se afanó en evidenciar el desatino rematado de aquel sistema electoral de la ley, pues aparentando generalizar los votos, venía á reducirlos en la realidad á cortísimo número. Creaba, por ejemplo, la ley en Madrid 55,000 electores municipales, y Sancho demostró que el máximo ascendería, á lo sumo, á 7.776, por mucho afán que mediase en acudir á los nombramientos. Este era su cómputo: Para escribir los 54 nombres de los consejeros municipales y luego los suplentes, tomar el billetillo y pasarlo al presidente, siempre se requieren veinte minutos, y votarán así tres electores en cada hora; pónganse hasta seis mesas, y habrá diez y ocho votantes, y en tres horas de escrutinio 72; y en tres días de elecciones resultarán 216 votantes por colegio; son 36 en Madrid, y así multiplicando, queda el máximo sobredicho. Con que es un verdadero escarnio, concluía Sancho, el abarcar á todos el derecho electoral, para coartarlo luego en la ejecución hasta la pequeñez demostrada.

Sale Olózaga y prorrumpe: «Aun cuando esa ley fuese tan primorosa cuanto es nefanda, aun cuando palpásemos sus ventajas, como yo estoy viendo sus tropiezos, tendríamos que contrarrestarla á impulsos del Código, con cuya letra y mente se estrella.» Para redondear su prueba, se para Olózaga á desmenuzar gramaticalmente la significación del verbo *nombrar*.

«Dispone el artículo 70 de la Constitución que ha de haber ayuntamientos nombrados por sus vecindarios, etc. ¿Quién ha visto en nuestra gramática, leyes ó códigos, que *nombrar* un individuo sea sinónimo de *apuntarlo*? Dice la Constitución en el artículo 25: *NOMBRARA cada provincia un diputado por 50 mil almas*: ¿se requerirá luego, al par que con los alcaldes, que el derecho electoral pare en *proponer* á la corona una nómina de candidatos? ¿Qué se diría, si por nuestra parte, desencajando la letra y la mente del artículo 47, donde se dice que el rey *nombra* los ministros, nos entrometiésemos á apuntárselos? Hay mas; en el mismo Código tenemos la explicación terminante, hablando constitucionalmente, del verbo *nombrar*, y es el artículo 15, cuyo texto es el siguiente: *NOMBRA el rey los senadores á propuesta de los electores que NOMBRAN los diputados*. Queda pues evidente que al disponer el Código constitucional entrambas participaciones de la corona y los electores, cabalmente lo dejó explicado; diciendo pues el artículo 70: *el vecindario NOMBRARA su ayuntamiento*, en nadie cabe potestad para apañarlo del derecho que el fuero le franquea, esto es, de *nombrar*. Cotéjense los artículos 15, 21 y 70, y á ver si la significación de la voz *nombrar* es

disputable ni gramatical ni constitucionalmente.» Concluyó Olózaga su esplendoroso razonamiento, que empleó gran parte de dos sesiones, demostrando que con el intento de aquella ley de ayuntamientos se quebrantaba la Constitución, y con la autorización pedida por el ministerio, se hollaba el reglamento de las Cortes, quedando entónces irrisorio el gobierno representativo, el cual queda en nada, en careciendo de discusiones.

Ciento veinte y tres fueron los retoques al proyecto de ley anejo á la petición entablada, echando siempre el resto la minoría en dilatar mas y mas las contiendas sobre aquel punto y la constitución de las Cortes; esperanzada siempre de que al fin se desengañase acerca de lo mucho que peligraban los ministros, sonando continuas quejas de los ayuntamientos principales de la monarquía, pues Madrid, Sevilla, Granada, Cádiz, la Coruña, Alicante, Valencia, Barcelona, Zaragoza y otros pueblos de mayor ó menor entidad habían formalizado y remitido sus protestas. Esperando la minoría arredrar á los ministros, estos, mas y mas aferados, creyeron atajarlo todo por medio de una nueva circular. Por tanto en 12 de mayo encargaron á los jefes políticos de las provincias mandasen á los ayuntamientos que careciendo de todo derecho para entrometerse en cuestiones legislativas ventiladas en las Cortes, se desentendrían sus recursos, viniendo á quedar nulos y de ningún valor.

Para patentizar mas y mas la arbitrariedad de aquella providencia, sépase que en el momento de contrarrestar á los ayuntamientos el derecho de petición contra una ley en que se cifraba su independencia, entonaba la Gaceta gubernativa con ufania y en la fórmula corriente: «S. M. ha leído con agrado» parabienes trasteros y tardíos que el ministerio se estaba ajenciando de tal cual ayuntamiento aldeano sobre el estado ridículo de sitio del 24 de febrero. Así pues por una parte se aceptaban alabanzas por una disposición indisculpable y peculiar, vanagloriándose ministerialmente, y por otra se vedaba el escrutinio de una ley que las habia con toda su existencia. ¡Concepto singular de un gobierno representativo!

Se empeñaba la mayoría en ceñir la discusión á la providencia autorizadora, pero los contrarios se desentendían asestando sus embates á la ley misma. Sobre los oradores ya nombrados, tomaron la palabra los prohombres de la oposición para impugnar el intento, como Argüelles y Calatrava, con su habla poderosa y patriótica y sus doctrinas recónditas acerca de las franquicias concejiles de España; Cortina y Ayllón

con su esmeradísimo análisis del proyecto; y el general San Miguel, con el garbo soldadesco de un campeón de la libertad, cubierto de esclarecidas cicatrices, prorumpiendo sin rodeos en que no cabía votar semejante ley sin perjurarle de remate.

Tras tantísimo discurso se daba por evacuado el punto, cuando Gonzalez lo esforzó con nuevo aliciente, comprobando por guarismos que la ley era impracticable, y protestando de mancomun con sus amigos contra lo inconstitucional del proyecto, y contra la tropelia de no franquear ensanches á la minoría, acudió á este cómputo: «Hay en España, dijo, 11,516 ayuntamientos; supongo á cada uno cuarenta expedientes al año, y me quedo cortísimo, constando que solo Madrid tiene hasta 2000, y que no hay capital de provincia sin sus 500; resultarían pues, orillando los quebrados, para todo el reino 460,000 expedientes. Hay 49 jefes políticos á quienes esa ley reserva su conocimiento, y así cada uno tiene que despachar 9,588 negocios al año; admitamos 300 días de oficina, y es demostrado y se infiere que cada uno tiene que zanjar 31 expedientes al día. Median por lo mas puntos contenciosos y de cuenta y razon que requieren largo rato de ahinco, y reduzcámoslos á media hora para cada uno; con que vivirán atareados todos á quince horas y media al día, tan solo para los expedientes municipales de la provincia, y entónces ¿cómo quedarán los demás? Aquí se palpa, concluyó Gonzalez, como esa ley no es solo inconstitucional, sino imposible, y por supuesto impracticable en España, donde se carece de cuantos elementos administrativos la facilitan en Francia.» Por último pidió que la discusion se entablase con arreglo á la constitucion y á los estatutos del congreso.

Argüelles y Olózaga vuelven á protestar contra la demasía de potestad en que incurre la mayoría, no franqueando la discusion, desafuero con que se tiznaba á sí misma y á su aborto. Propuso Sancho que se ventilasen las enmiendas ya corrientes ó propuestas por la comision, y que se fuesen votando una tras otra con arreglo al artículo 3 del reglamento; no mereció acogida la propuesta. Ventilense por lo menos, prorumpió Madoz, los cuatro polos de la ley: 1.º el padron electoral; 2.º el nombramiento de alcaldes; 3.º las incumbencias de los ayuntamientos, y 4.º la facultad de suspenderlos ó disolverlos. Esta nueva propuesta logró por fin mas aceptacion, y apoyándola el ministerio, cedió la mayoría; mas no dejará de agradar el enterarse del móvil de aquella condescendencia.

Destemplada la minoría con las demasías de

potestad, sin caberle el atajarlas, trató de quererse despedir de mancomun, y se frustró el intento al verse esperanzada de evitar una contravencion al Código, un desafuero. Por tanto el ministerio, hecho cargo de que el desvío de 35 ó 40 diputados imposibilitaba toda discusion por falta del número imprescindible para votar, acudió á esforzar la propuesta de Madoz, que le franqueaba camino para desatascarse.

Entáblase pues la discusion sobre los cuatro polos y realmente sobre el segundo, el único que se estrellaba con el fuero. Vuelve Sancho al intento, y con su lógica acostumbrada, demuestra que el sumo atentado, blanco del ministerio, autorizado por la comision y como sancionado por la mayoría, va á redundar contra los patronos y fraguadores de tan pernicioso empeño; que los vecindarios desobedecerán ó se vengarán votando por los sujetos mas enemigos del ministerio, entre los cuales forzoso será que nombren el alcalde; de donde resultarán desazones que perturbarán la administracion concejil.

Mediaron dos meses, y por fin quedó acordado el punto de los alcaldes, nombrándolos el rey en las capitales de las provincias; los jefes políticos en los distritos y concejos de 2,500 almas, y en los menores el consejero concejil que junte mas votos, queda hecho alcalde; con lo cual fué el artículo 70 de la Constitucion, y se cerró la discusion, habiendo todavía 22 individuos de la oposicion en lista contra la ley. Votóse el 5 de junio, y el 9 se pasó al senado, en donde la comision nombrada espuso su informe el 15 diciendo: «Se desentiende la comision de las mejoras que caben por supuesto en el proyecto, á fin de no rezagar su despacho; por tanto propone meramente la adopcion cabal y sencilla del artículo único de la ley de autorizacion pedida por el gobierno y votada por los diputados.» Breve tenia que ser la discusion tras semejante principio.

A esto se reduce la historia de esa malhadada ley de ayuntamientos, que tantísimo ha sonado por fuera, sin enterarse de su contenido y sus propensiones, y que, como se está viendo de extremo á extremo, ha tenido por estruendoso paradero una revolucion, y á esto condujeron los pasos del ministerio y de la mayoría lejislativa, acuchillando la Constitucion con un arranque de todo poderío que Martinez de la Rosa declaró en la misma discusion, sin el menor miramiento al concepto jeneral de constitucionalismo que correspondia á las Cortes. Nada mas faltaba ya que la sancion rejia para redondear el atentado, reservándose allá el pueblo aquel linaje de protestas que suele tener á la

mano cuando le huellan sus derechos.

Antes de engolfarme en el vaiven de los acacimientos que antecedieron y subsiguieron á la sancion real, quépame el preguntar, tras el pormenor que acabo de rasguear, si habrá algun amante entrañable de la libertad y formalmente afecto al sistema constitucional, que apruebe la conducta del ministerio y de las Cortes, y afee el movimiento de setiembre; y hablando sin rebozo, el contraresto cejador, tramado allá recónditamente, no salió á luz á solas con la ley sajadora de la Constitucion y retraida de la discusion de entrambos cuerpos lejislativos, pues brotaba sin cesar por mil caminos, y estaba manifestando el ideado paradero; y así en aquella lid formal y parlamentaria, vino el senado á votar una ley electoral para diputados y senadores, por un rumbo absolutamente retrógrado. Se habian aparecido en el senado hasta 23 votos contra una ley que ensalzaba á festividad nacional el cumpleaños del juramento de la Constitucion de 1837. Pedíase allí el restablecimiento de los mayorazgos, y en el congreso, el de los diezmos; se devolvian sus bienes al clero, propiedad nacional hacia tres años, y afectos al pago de la deuda pública. Habia el ministerio atajado á viva fuerza un periódico, y Cortes y Senado sancionaron aquel disparo despótico y violento contra la libertad de imprenta; hechos todos que estaban evidenciando un plan convenido. No se conceptuaba por cierto que la mayoría entera estuviere por el restablecimiento de la potestad absoluta, pero no cabia duda que allá en lo íntimo de tantísimo amago se encubriese el afan de regreso al estatuto real, soñado y perpetuo regalo de los caudillos de la aristocracia y del bando retrógrado. Se conceptuaron por largo tiempo estas zozobras por quiméricas, ó por lo menos extremadas, pero el manifiesto dado á luz en Marsella por la Reina Gobernadora, el 8 de noviembre, aventó por fin todo jénero de incertidumbre, pues mostrándose condolidada por el estatuto real, comprueba el límite eventual de las concesiones ideadas.

Habia pues logrado el ministerio por los medios sobredichos el voto de ambos cuerpos, mas habia enjendrado la guerra civil en España una potestad estra-legal y prepotente, y era la militar, concentrada en el general Espartero, y sin su arrimo y el del ejército, no tenia cabida el premeditado intento; se trató pues de que el generalísimo esgrimiese su acero á favor de la ley antinacional é inconstitucional de los ayuntamientos, y el influjo personal de la Reina Gobernadora para con el caudillo se conceptuó como imprescindible para el éxito, y se acordó

el viaje á Barcelona. ¿Quién fué el autor de aquel arranque? ¿cuál fué su verdadero manantial? ¿cuál era el ámbito de aquel plan de contraresto? Arduo fuera el contestar paladinamente á tamañas preguntas. En lo que no cabe duda, es que el partido ministerial quedó despavorido con aquella novedad. El periódico de aquel bando, el *Correo Nacional*, fué el despertador acerca del proyectado viaje, pregónándolo el 18 de mayo con razones enmarañadas y revueltas que equivalian á sobresaltos y alaridos.

Cunde la especie por Madrid, y asombra al vecindario todo. El 21, el general Mendez Vigo, diputado de la oposicion, manifiesta su intento de reconvenir al ministerio sobre el viaje de la familia real que estaba sonando por todo el vecindario; pero Olózaga prorrumpe inmediatamente que semejante paso seria peculiar del general Mendez, sin que interviniese la minoría que estaba toda por el viaje. Verifícase no obstante el cargo al ministerio, el cual contesta allá en términos ambiguos que la reina Isabel tal vez necesitaria los baños de mar para robustecerse, pero que la partida no estaba *irrevocablemente dispuesta*; falsedad palpable que manifiesta como el ministerio dilataba la publicacion de aquel intento temerario que comprometia hasta lo sumo su responsabilidad.

A la desesperada parecia con efecto que se emprendia aquel viaje, pues la guerra estaba todavía bramando en Aragon, en el reino de Valencia, en el principado de Cataluña, y hasta en las mismas puertas de Madrid. Tremolaba la bandera carlista sobre los muros de Morella, y así Cabrera como Balmaseda estaban todavía en pujanza. El empeñarse en atravesar varias provincias en busca allá de un extremo de España tras unos baños que habia por donde quiera, no dejaba de ser intento que comprometia en gran manera al ministerio para con las Cortes y la nacion; mas no se determinó la mayoría á entablar el cargo, por no desdecir del rendimiento obsequioso á la corona de que estaba haciendo alarde, y además por no dar muestras de la zozobra que le infundia la prepotencia del general Espartero.

La oposicion por su parte evitaba reyertas favorables al ministerio: calculando allá fundadamente que el paradero del viaje de la Reina habia de ser aciago para los retrógrados, se recataba de dificultar una salida de que tanto esperanzaba.

Acordado irrevocablemente el viaje, se acordó á Espartero para que providenciase el competente resguardo á la comitiva real. Contestó el preguntado que mientras no se rindiese Morella, no le cabia desprender un solo batallón

de las operaciones del sitio ; y así hubo que dilatar la salida hasta la rendicion asiada , en 30 de mayo. Puestas entónces las tropas en movimiento , partió la Reina el 11 de junio.

Desatino harto criminal fué el de ir á esponder la familia real nada menos que al trance de una sorpresa por parte de los carlistas, fatalidad que estuvo muy cercana á la cuarta jornada.

Descerrajábase mas y mas la contienda en las provincias rayanas á la capital , señoreándose Balmaseda por la de Guadalajara, por la que tenia que atravesar la familia real ; y para escurdir su tránsito , se mandó al jeneral Concha el levantamiento de los sitios de Beteta y de Cañete , abocándose con su jente sobre la carretera de Zaragoza. Aposentóse el jeneral Mahy en Medina Celi, interrumpiendo tambien Azpiroz sus operaciones , y franqueando así la provincia de Cuenca y demás puntos al vil albedrío de las gavillas asoladoras que estaban sacrificando todo aquel pais. Con retirar así las tropas de los parajes donde estaban obrando contra la faccion encruelecida mas y mas con los asomos de su cercano y cabal estermínio , se agolpaban estragos y quebrantos irrisarcibles á los pueblos entregados en enfurecimiento de una grey salvaje. Residenciables se hacian desde luego los ministros con esta sola jestion de inhumanidad y barbarie. Tras el relato de las provincias , veníamos al de la familia real.

La flojedad muy culpable de tales ministros tuvo espuesta , en medio de tanta cautela , á María Cristina y á las princesas sus hijas á caer en manos de Balmaseda , pues no hay mas que recordar el trance de Olmedilla , donde el valeroso jeneral Concha derrotó á Balmaseda haciéndole 1500 prisioneros y acosándole de muerte hasta aventarlo sobre el territorio francés. Hallábase la familia real tan cerca de Olmedilla , que estuvo oyendo las descargas ; con que , si , mediante alguno de aquellos azares que nos siempre acierta á sortear el mas consumado desempeño , fuera la division de Concha la derrotada , ¿ cuál era el paradero de la familia real enmarañada en el descalabro ?.. Prorumpió Balmaseda al guarecerse en Francia , segun los periódicos , que la hubiera mandado arcabucear... y añadía , dicen , que se le habia malogrado la intentona por la traicion de Palacios. Vamos ahora á patentizar el sumo desbarro del susodicho viaje.

La discusion dilatadísima de la ley municipal habia llegado á resonar por todos los ámbitos de la Peninsula. Se habian conmovido hondamente los ayuntamientos , y con desacuerdo rayano de la demencia , hacian arrostrar á la Reina Rejenta con ellos , resultando obviamente destemplan-

que se debian evitar en un gobierno representativo.

Por el mismo camino de Madrid , los vecindarios obsequiosos y desalados acudian acaudillados por sus alcaldes á saludar á las personas reales y tributarles sus acatamientos ; pero pidiendo todos el rechazo de la ley inconstitucional que las Córtes acababan de votar ; robusteciéndose las quejas en Zaragoza por la suma entidad de aquella poblacion. Dispusieron los ministros de la camarilla atajar á los cuerpos plebeyos todo roce con la Reina Gobernadora ; la diputacion provincial de Aragon y el ayuntamiento de Zaragoza pidieron su audiencia particular á la Reina , y el mayordomo mayor conde de Santa Coloma les comunicó aquel desaire , ajeno del réjimen de María Cristina , y así se extrañó y apesadumbró en gran manera.

La misma tarde en que se notificó el desaire , recibió la Reina las autoridades civiles y militares , y la diputacion provincial se adelantó para hacer presente á la Reina Gobernadora su pesar de no haber merecido audiencia. Llevó la voz el diputado provincial Montañés , y María Cristina dejó desairado al conde de Santa Coloma , se manifestó admirada de cuanto estaba oyendo , y aseguró que , muy lejos de haber dado semejante órden , estaba pronta á conceder la audiencia deseada en aquel mismo punto. Con efecto , al retirarse la concurrencia , oyó con sumo agrado los reparos que se le hicieron sobre la ley de ayuntamientos , y tomó cuantos se le presentaron por escrito , ofreciendo tenerlos en la debida consideracion.

Agasajos caballerosos y demostraciones desaladas del vecindario de Zaragoza estuvieron galanteando dignísimamente á la familia real ; funciones y regocijos sobrepujaron en gran manera á cuanto cabia esperar tras siete años de quebrantos y escaseces , como lo acredita el pormenor recién impreso por aquel ayuntamiento , contrarestando las calumnias estendidas sobre aquel recibimiento. Por supuesto que los defensores acérrimos de la libertad y el solio constitucional , hermanando siempre uno y otro , alternaban las voces de *Viva la Constitucion* con las de *Viva la Reina* ; pero el empeño se habia estremado tantísimo , que el afan por aquel pacto se conceptuaba contrapuesto á la corona ; disparo fatal , muestra patente de un achaque irremediable y presajio positivo de los fracasos que estaban amagando.

Los servicios esclarecidos tributados por aquella ciudad , tantos sacrificios sublimes por la causa del solio , sus acatamientos en medio de lamentaciones fundadas , pero atentísimas , na-

da alcanzó á serenar los celajes que asomaban por las sienes de la augusta madre de Isabel II, pues salió Cristina con desabrimiento de Zaragoza y entró en Cataluña.

Cúpole en Lérida el hallarse con el vencedor venturoso de los carlistas, portador de las llaves de Morella á las plantas de su soberana. No cabia duda en que el afán de aquel encuentro se cifraba todo en la aciaga ley de ayuntamientos que llevaba tres meses de estar azorando los ánimos y tener colgada la suerte de la España constitucional, dependiendo todo del acuerdo resultante de aquella conferencia. Se deja entender la ~~refracción~~ jeneral, dando por supuesto que el caudillo habia de ser el zanjador de la cuestion; mas no se entabló en Lérida semejante punto.

¡Cuán inhumana y equivocadamente se ha tratado al Duque de la Victoria, diluviándole encima baldones y calumnias, achacándole, no solo intentos ambiciosos, sino tiznándolo de rebelde, faccioso y mal ciudadano, ansioso mas y mas de avasallar á la Reina y al pais entero! A todos alcanza un dia justiciero, y desde luego salgo allá y tomo la delantera con pruebas históricas y auténticas de la lealtad del adalid Espartero; y á ver si logro la dicha de sincerar aquel temple caballeroso de los cargos supuestos por sus émulos, pues el soldado que al amanecer tras la victoria rompe su espada por acatamiento á un derecho de ciudadanía, descuellla desde luego gallardamente en la historia. Si no asoman en las victorias del general Espartero asombrosas combinaciones tácticas, ni se cuentan por millares los muertos en veinte campos de batalla, no mengua ni se empaña su gloria, pues el papel de gran pacificador corre muy bien parejas con el de conquistador afamado. Los padecimientos, y aun el desamparo inaudito de la tropa y su jeneral, cuyo aguante tan solo cabe en el teson y cariño español, equivalen por cierto á esas campañas esplendorosas donde la suerte de los imperios se zanjaba en algunas horas de pavoroso cañoneo y mortandad horrenda. Pusieron el destino y las revoluciones en la diestra de Espartero el manejo de grandiosas huestes, y no las empleó sino para el triunfo de la libertad, contrarestando á todo género de embeleso por su lealtad entrañable á los principios de toda su vida, realizados en la Constitución de 1837.

Pero antes de asomarnos á los acontecimientos donde se rasguean las opiniones políticas del mismo, será del caso apuntar su carrera militar en contraposicion de tan peregrinas biografías como lo están allí retratando.

Saliendo de la clase plebeya y asomando á la

guerra de soldado raso, allá va la escala de ser vicios que lo ha encumbrado á la suma jerarquía en que se halla.

Nació D. Baldomero Espartero en la Graná-tula, aldeilla de la Mancha, de padres menesterosos y arrinconados; sentó plaza en 1.º de noviembre de 1809 como *soldado distinguido* en el regimiento de Ciudad Real, y al mes pasó al batallón de voluntarios honrados de Toledo. Entró el 1.º de setiembre de 1810 en la escuela militar de la isla de Leon, de donde salió, en 1.º de enero de 1812, de alférez de ingenieros, y luego con el mismo grado pasó al regimiento de Soria el 28 de abril de 1813. Se halló en la batalla de Ocaña en 1809, siguió la retirada del ejército sobre la isla de Leon en 1810, y haciendo luego el servicio de avanzadas, se halló en el trance de las baterías de Portazgo en febrero y marzo, en la refriega de Barrosa el 5 de marzo de 1811, en las de Cherta y de Amposta, y en el bloqueo de Tortosa en 1813.

Pidió en 1814 su embarque con Morillo, ascendiendo á teniente en el regimiento de Estremadura. Salió de Cádiz Morillo á principios de 1815, y despues de apoderarse de la isla Margarita, envió al Perú el regimiento de Estremadura, que llegó á Lima en el mes de setiembre.

Siguió Espartero á su regimiento por el alto Perú, donde estuvo siempre descollando en los repetidísimos trances que ocurrieron. Enviáronle en agosto de 1816 con una columbilla á la provincia de Charcas, y con su llegada, en febrero de 1817, fué derrotando de remate en Icla-Mollecito, Montegrande y Oroncota á los cabecillas Zárate y Pereira, apresando al segundo. Se halló en las peleas de 13 y 19 de marzo y de 15 de abril, en las de Carretas y de Garzas, quedando sorprendidos y mal parados los rebeldes en Presto; y luego Espartero, aparentando ser el cabecilla peruano Fernandez, cojió prisionera una gran guardia avanzada. Peleó el 10 y el 14 de junio en Yamparaes y en Supachur contra la division de La Madrid, y empleó lo restante del año 1817 en construir los reductos de Tarabua y de la Laguna, los atrinchamientos de los pueblos de la Plata y el Potosí, que fueron luego utilísimos; y concluidos estos afanes, tuvo el encargo de levantar el mapa de las provincias de Charcas, Potosí, Cochabamba, Paz, Pruno y Arequipa, ejecutando la tarea con cabal desempeño, y facilitando así infinito las operaciones militares de los años siguientes.

Enviáronle en marzo de 1818 con tropas contra las aldeas de Pomabamba y del rio de Pilcomayo, donde aventando al cabecilla peruano Cueto, pacificó toda aquella comarca. Salió en

junio de 1819 de Sicasica para arrojar al caudillo Chinchilla, que estaba aposentado en los valles de la Paz; sorprendió en Yuquisibo al cabecilla Orihuela, haciéndolo prisionero con toda su jente. El 27, aventó de nuevo á Chinchilla, Castro, Videra, Contreras y otros que se habían ido juntando por los cerros de Yuquisibo, los fué acosando mas y mas, y los alcanzó y derrotó de remate en Marchacamarca; el 13, de julio, se descolgó de improviso contra la jente de Castro y la hizo prisionera. Hallóse en junio de 1820 en la expedición sobre Juguí y Salta, y descubrió en diciembre una conspiración en Oruru, castigando justiciamente á sus autores. En 1821, temeroso el jeneral del ejército de un desembarco por la costa de Arequipa, envió allá prontamente á Espartero, ya comandante de batallón en el centro.

Hallóse el 1 de enero de 1823 en el reconocimiento de Tacua y en la refriega de Cabua, y el 19, sobresalió por su denuedo portentoso en la batalla sangrienta y memorable de Torata, pues le mataron el caballo y sacó tres heridas de un avance á la bayoneta en que capitaneó airoosamente á su batallón; y dos días después, el 21, á pesar de sus heridas, se encontró en la refriega de Moquehua, donde quedó la division del caudillo peruano del todo esterminada.

Salió, con sus heridas todavía abiertas, con su batallón para Lima en febrero, y terció en cuantos lances ocurrieron sobre la toma de la capital, que fué el 19 de junio. Fué uno de los bloqueadores del Callao hasta el 2 de julio, pero habiendo desembarcado en Darien el caudillo peruano Santa Cruz con 7000 hombres, le enviaron á marchas forzadas de refuerzo al virey La Serna. Atravesó los Andes, pasó el *Desaguadero*, se halló en la batalla de Zepita, y contribuyó al destrozo del ejército desembarcado.

Acreeedor á premios era el ejército español con tantísimos afanes y servicios á cual mas esclarecidos, y en la promoción jeneral que hizo el virey La Serna, ascendió á Espartero al grado de brigadier el 5 de octubre de 1823.

El virey, que tenia motivo para justipreciar así el mérito militar como los sumos alcances de Espartero, lo nombró entre toda la oficialidad para venir á Madrid y dar razon al gobierno del estado en que se hallaban los negocios del Perú; y embarcándose el 5 de junio, de 1824 llegó á la corte en 12 de octubre. Lo agració el rey con la cruz de San Fernando de tercera clase; y no estuvo de vuelta en el Perú sino como al año de su salida, pues desembarcó en Arequipa el 4 de mayo de 1825 con los pliegos del gobierno. Pero la infausta batalla de Ayacucho (donde, por decirlo de paso, no se halló Espartero) habia

puesto ya toda la costa en manos de los rebeldes. Cayó prisionero luego Espartero, lo empozaron en un calabozo, y estuvieron para quitarle la vida. Salvóse milagrosamente y volvió á Europa á fines de noviembre de 1825.

Con su grado de brigadier, granjeado en los campos de batalla del Perú, empuñó Espartero de nuevo las armas, cuando la muerte de Fernando VII encendió la guerra civil. Tras de estar diez años peleando por conservar á la madre España un hemisferio que se iba perdiendo para siempre y sin desquite por la mentecatez de aquel gobierno, entró Espartero en campaña, y ha seguido por espacio de siete años, sin la menor interrupcion, en defensa de la libertad. Hallábase, al entablar la guerra, en Mallorca, mandando el rejimiento de Soria, y se le llamó al continente, desembarcando luego en Valencia para acudir al teatro de la guerra.

No me cumple el historiar esa lid horrorosa en que el jeneral Espartero ha descollado tantísimo, ni debe tener aquí cabida tan sangrienta epopeya; cada cual ha podido enterarse de sus vaivenes, y al gobierno toca el suministrar documentos adecuados para encumbrar á la nombradía del jeneral Espartero y á sus compañeros de armas los trofeos históricos del triunfo de la libertad. Lo hará por supuesto, y mi ánimo se ha reducido á manifestar lo que fué allá como militar Espartero, antes de ser el pacificador de España y salvador de la Constitución.

Apuntaré tambien tal cual especie sobre su papel de estadista, por cuanto le han calumniado á mares, y hay que contrarrestar las patrañas. Principia esta causa política en agosto de 1837, cuando la ida del Pretendiente sobre la capital se conceptuó efecto de las torpezas del ministerio; aunque no sucedía así, como se suele siempre opinar por los resultados, los émulos del ministerio echaron el resto en culparle cuantos fracasos acarrecaba la correría del Pretendiente, que no supo evitar.

Llega Espartero con diez batallones, el 13 de agosto, al auxilio de la capital, amenazada por los tercios de Zariátegui; mediaron amañados recónditos para que al desfilar el jeneral con su tropa por delante del palacio, voceasen *fuera el ministerio*. Malogróseles de piano el intento á los incitadores, mas no por eso desmayaron, pues consiguieron al cabo que alguna oficialidad firmase una esposicion á la Reina pidiendo el despido del ministerio. Desaprueba Espartero la esposicion, y aun debiera castigar ejemplarmente aquel deslíz de insubordinacion que no llega á desmoronar la disciplina de la tropa, y es en esto muy culpado; pero el ministerio, enfada



do con tantísimos embates, hace dimision; y asoma entónces sobre el tablado político el jeneral Espartero. Es la primera vez que lo ve la Reina Gobernadora y lo agasaja y encumbra sin término. Vuelve Espartero á Navarra en pos del fujitivo Don Carlos, y tras un ministerio apagadizo, campean luego varones notoriamente adictos al ímpetu anti-constitucional volcador del ministerio de Calatrava. El conde de Ofalia apetece por compañero en el ministerio de la guerra al jeneral Espartero, quien no lo admitió. Se le encargó entónces que apuntase el sujeto de mejor desempeño en su opinion; pero el jeneral fué recordando las prendas que de suyo requería aquel cargo, y dejando el nombramiento al absoluto albedrío de la corona, no tuvo á bien proponer á nadie.

Jamás medió asomo de afecto ú armonía entre aquel gabinete y el caudillo del ejército; siguió una desavenencia encubierta que ~~se~~ relampaguear en disparos de cuando en cuando; por tanto los apuros seguían acosando mas y mas al soldado, y las reconvenções del jeneral quedaban sin contestacion, ó cuando mas era muy insignificante. Espartero, hecho cargo de las resultas posibles de tamaño desamparo, para escudarse contra toda responsabilidad, determinó acudir á las Córtes, y así les representó el estado del ejército. El presidente del congreso, convenido de antemano con el ministerio, no dió cuenta de aquel recurso, y así no sonó en las Córtes, pero asomó el contenido en los periódicos, y venía á ser una especie de acusacion fiscal.

Deseoso estaba el ministerio de castigar á Espartero, mas careció de brío para intentarlo, y descargó su saña sobre el jeneral Van-Halen, su jefe de estado mayor, y sobre su secretario Linaje, apeando al primero y enviándolo sin destino á Valladolid: Espartero no quiso desprenderse de Van-Halen; mas derrotados Basilio y Negri, y tomada Peñacerrada, conceptuó Van-Halen que, sin nueva habilitacion, no le cumplía permanecer en una plaza de que se le había depuesto públicamente. Por tanto entabló su instancia con el gobierno, apoyada por el jeneralísimo, quien apetece conservar su jefe de estado mayor.

El gobierno, en vez de acceder á esta solicitud, llamó á Madrid al demandante sin destino; y Espartero, tomando por propio el desaire, hizo dimision, y tampoco se atrevió el ministerio á aceptarla. El malogro del avance sobre Morella acabó de echar á pique al ministerio de Ofalia, pero se le rodeó la coyuntura de nombrar á Van-Halen para el mando del ejército del centro en reemplazo de Oraa; término medio

entre el afán de separar á Espartero de su jefe de estado mayor, y la precision de no descontentar á uno ni á otro.

Sobreviene el ministerio del duque de Frias, y á pocos meses lo reemplaza Perez de Castro, acarreador de los acaecimientos de Barcelona. Trascendió todavía mas la desavenencia con aquel gabinete que con el del conde de Ofalia. Quedan ya esplicados los motivos que mediaron porque Espartero manifestase al público su dictámen sobre aquella providencia.

Por mas que se diga, nunca Espartero se entrometió á influir en los sucesos, y así á ver; ¿qué carta suya de oficio ó de amistad, tanto á los ministros como á la Reina Gobernadora, prueba lo contrario? Los ministros han sido los provocadores de sus intervenciones, de las cuales se ha estado siempre desentendiendo, á pesar de miles de instancias, sin prurupir en expresiones relativas al rumbo del gobierno ni á los sujetos que debían formarlo. No cabe por tanto explicacion para el encono de los ministros y del partido retrógrado con Espartero, sino con el concepto íntimo que abrigaban de que nunca habia de servir de arrimo á sus intentos anti-constitucionales.

Vuelvo al viaje de Barcelona. Me consta, como á todos, que el jeneralísimo, con todos sus brillantísimos servicios, no tenia el menor derecho para internarse en los pasos corrientes de las potestades constitucionales del estado. Pero, ¿á qué se acudia á él? ¿á pedirle consejos? ¿O se intentaba doblegar su ánimo con halagos que se conceptuaban incontrastables, y arrebatarlo desesperadamente á una resolucion que estaba ya acordada para que la sostuviese? En el primer caso, cumplió Espartero con una obligacion sagrada, usando con la Reina Gobernadora un lenguaje caballeroso, cual correspondia al primer servidor de la patria, y en el segundo, no le cabia desbaratar aquella maquinacion sino con un rompimiento terminante contra el ministerio, haciendo dimision en Barcelona; pues así correspondia á la causa pública, al ejército y á él mismo, y así tributaba un grandísimo servicio á la Reina madre.

Hay torpezas y desacuerdos que vienen luego á recaer sobre sus propios autores. El ministerio atajando con su circular del 12 de mayo todo asomo ante el trono de quejas de ayuntamientos, cometió, como ya se ha visto, un grandísimo yerro, y rodeó forzosamente á Espartero un trance singularísimo en aquel empeño nacional. Calenturientos los ánimos, acudían con sus quejas allá los vecindarios, atajados por el ministerio al enzaniamarse á la Reina, y así se agolparon representaciones de todos los ángulos de la Pe-

nínsula contra la ley de ayuntamientos; oí el guarismo de tantísimas representaciones y lo he trascordado, pero positivamente ascendía á millares; de modo que Espartero, prescindiendo de su dictámen, se hallaba revestido con la confianza de los vecindarios, y en disposicion de enterarse mejor que nadie de los ámbitos de la opinion pública sobre este particular.

Cuanto medió entre la Reina Gobernadora y Espartero en la conferencia de Esparraguera no ha salido todavía á luz, y los millares de calumnias que la bandería y el encono han ido inventando contra el duque de la Victoria quedarán, segun conceptúo, desvanecidas ante los documentos de oficio y absolutamente auténticos é irrefragables; y son la carta de Espartero á la Reina con su dimision, donde se refiere la conferencia de Esparraguera, y la contestacion del presidente del ministerio á nombre de S. M. Demostrará pues la historia la lealtad del pacificador de España; la interioridad positiva de aquella maquinacion contra el sosiego del pais y sus instituciones queda desembozada; y cuantos lograron variar los intentos que manifestó la Reina en Esparraguera serán los únicos responsables del resultado de su ciega temeridad.

Revistóla Reina, al dejar á Lérida, el ejército entre Tárrega y Cervera, aclamando todos á la Reina y á la Constitucion, pues para la tropa, como para el paisanaje, el solio y la Constitucion aparecian hermanados con vínculo indisoluble. Escoltó Espartero á la comitiva real hasta Esparraguera, donde tuvo que desviarse en busca de Cabrera; y allí se verificó la primera conferencia entre S. M. y el duque sobre el estado del pais, y desembozándose el duque, prorumpió en arranques de un varon pundonoroso y ajeno de toda lisonja y flojimiento. ¿Por qué causa quedó luego desoida aquella voz, escuchada al pronto con agrado? Mas el jeneral será quien hable y nos dará él mismo á conocer la verdad.

Despidióse Espartero, se encaminó á Manresa, y en breve alcanzó á Cabrera y su jente, arrollándola toda sobre el territorio francés, como lo habia hecho diez meses antes con Don Carlos. Pacificada quedaba la España tras seis años de peleas y de padecimientos, terminando el caudillo feliz y valeroso su esclarecido encargo; pero los ministros y la camarilla habian desempeñado el suyo, moviendo á la Reina Gobernadora á que sancionase la ley aciaga.

Entra la familia real triunfalmente en Barcelona el 29 de junio á las cinco de la tarde, y todo se vuelve regocijos en los dias siguientes. El sesgo que los palaciegos vinieron á dar, sesgo fatalísimo, á tanto beato, fué muy ajeno de la realidad, pues no advirtieron que estaba el pú-

blico esperanzado del vuelco del ministerio y del sistema, pero se empeñaron en que eran todas demostraciones con S. M. á favor de uno y otro, como que no sonaron ya las palabras comprometidas en Esparraguera, por mas que amigos fieles se esmeraban por cierto en recordarlas.

Conceptuó Van-Halen, comandante jeneral del ejército de Cataluña, que le incumbia el desengañar á la Reina sobre la situacion de los ánimos, y le pidió una audiencia particular. Verificóse el 5 de julio, con su brazo arrebozado por la herida que tuvo en la refriega ventajosa de Peracamps, mostrando con esto una prenda patente de su lealtad, pues la sangre vertida en el triunfo de aquel sistema no podia menos de dar algun realce al habla de quien solia esponer su vida en los campos de batalla. Desembozó el conde la verdad por entero, poniendo de manifiesto la situacion actual y prediciendo las desventuras venideras, á no variar de rumbo desde aquel punto. Se le oyó con sumo agrado, mas por desgracia sin el menor resultado; ministros que ningun servicio habian tributado á la patria, una camarilla dañadora, consejos advenedizos y suministrados por Españoles ajenos de su pais, preponderaron en el concepto de María Cristina á los dictámenes que le franqueaban jenerales que llevaban siete años de estar peleando por la prevalencia de los principios, á cuyos impulsos hablaban con tanto abinco. Retiróse el conde de Peracamps de aquella conferencia, muy persuadido de que estaba olvidada la de Esparraguera y que no habia alteracion alguna. Por lo demás, le manifestó que nada se acordaría hasta la llegada de Espartero, á quien se habia mandado acudir con prontitud á Barcelona.

Llega el 13, y pasa á tributar en las gradas del trono constitucional el homenaje de su afecto y de la suerte de España, y en aquella presentacion nada dice la Reina acerca de sus compromisos en Esparraguera, sin que tampoco se los recuerde el Duque. Vuelve á la madrugada y renueva sus instancias para que la ley de ayuntamientos no se sancione, por cuanto aquella tropelia va á traer consigo un estallido. Oye atentamente S. M. al jeneral, mas no chista acerca de la conferencia de Esparraguera, y su silencio comprueba que está ya cerrado su acuerdo sobre el particular. Sancionóse con efecto misteriosamente la ley en aquel mismo dia y se remitió á hurtadillas á Madrid. Forzoso se hace aquí andar deslindando fechas, para enterarse de la alevosía con que los ministros estaban empeñados en dar al través con el jeneralísimo, valiéndose sin embargo de su sobrescrito.

Se patentiza el intento de aquella sancion encubierta, en cotejando su fecha con la de la en-

trada del jeneral en Barcelona el 13, pues así se conceptuó por los mas que iba en todo acorde con su dictámen; mas como Espartero no tuvo á bien reservar las seguridades que le habia dado la Reina en Esparraguera, esperanzaban desconceptuarle por este camino y atajar el contraresto.

¿Qué le cabia hacer al Duque de la Victoria al presenciar tamaña deslealtad? Desentenderse del ministerio y la camarilla, rechazar así todo hermanamiento en las tramoyas recónditas que se estaban tramando en derredor del solio, y con arrojo brioso estrellar un amargo desengaño á la Reina Gobernadora asomada al despeñadero, y salvarla en fin, cuando aun cabia, de los peligros que la estaban amagando. Colocado el caudillo, como se va á demostrar, en el trance de ministro responsable, ni debia ni podia aceptar la hermandad que intentaban imponerle, pues correspondia á su terso pundonor, como atributo del ejército y de su patria, una manifestacion terminante de sus opiniones, y como no estaba en su mano el estenderla á su albedrío, hizo dimision.

Allá va el documento que resuelve el problema de los acontecimientos de Barcelona, pues todo lo esplica y contesta á todo; asoma un caudillo victorioso que en la cumbre de su nombradía quiere mantenerse fiel á la Constitucion que tiene jurada; arroja su espada y tan solo pide á la soberana que tan caballerosamente ha servido, en premio de su sangre derramada y del solio que le ha salvado, el arrinconamiento de su hogar casero.

Comandancia jeneral de los Ejércitos reunidos y Secretaría de Campaña. — Señora: — Un triste desengaño demasiado sensible á mi corazon me ha convencido de que en el dia no puedo ser útil ni á mi Reina ni á mi Patria, porque sin duda los hombres que ostentan hipócritamente interés por tan caros objetos han podido mas en el ánimo de V. M. que este soldado fiel á sus promesas, á sus juramentos, y á los deberes que su cargo le imponia. — La serie de triunfos no interrumpidos con que la suerte y mis constantes desvelos coronaron la grande obra de pacificar á esta nacion magnánima y jenerosa, eran títulos que me hicieron esperar que mis indicaciones serian apreciadas, y que nunca podria suceder que la reputacion del Jeneral en jefe de los ejércitos reunidos fuese menoscabada cuando mis principios han pasado por el crisol de las mas puras acciones, ni menos debia esperar que llegase este caso, habiendo querido V. M. favorecerme con una ilimitada confianza en todo cuanto pudiera concurrir á salvar el trono constitucional de vuestra Escelsa Hija. — Correspondiendo, Señora, á tan distinguidas mnestras de

su benevolencia, y conciliando, en cuanto ha estado al alcance de mi capacidad, el esplendor de la Corona con el bien jeneral, solo he hecho un uso prudente en situaciones críticas y cuando la necesidad lo ha requerido. Así es que teniendo un conocimiento íntimo del espíritu de los pueblos, y deseando prevenir los males que anunciaban las diferentes situaciones y juicios pronunciados, creí deber hacer presente á V. M. la conveniencia de que en uso de sus prerrogativas hiciese un cambio de Gabinete, capaz de salvar la nave del Estado. — Acojida la idea por V. M., quiso por primera condicion que yo formase parte, y aun cuando ni mis talentos ni mis inclinaciones me llamaban á un cargo tan superior á mis fuerzas, quise probar á V. M., viendo ya próxima la terminacion de la guerra, que no esquivaba ningun jénero de sacrificios por ver asegurada la tranquilidad pública y satisfecho el unánime deseo de los buenos Españoles que constituyen la inmensa mayoría, y que anhelando la paz, están animados de un entusiasmo puro por el reinado de Isabel II, por la Rejencia de V. M., por la Constitucion de 1837, y por la Independencia nacional. — Este compromiso de mi celo me puso ya en el caso de ofrecer legalmente á V. M. y de poner en sus manos la nota nominal de los candidatos que, profesando aquellos principios, reunian á mi ver la circunstancia de honradez y de puro españolismo, sin pertenencia á ninguna bandería. Las operaciones de la campaña, tan pronto como felizmente terminada, me separaron de V. M., y despues de la gloriosa jornada de Berga, se me pidió el programa, que formalicé, remití, y fué presentado á V. M., siendo entre otras las principales bases que se disolviesen las Cortes, fijándose el término de las nuevas elecciones, y que se negase la sancion de los proyectos de ley, ofreciéndose la presentacion de otros que conciliasen los diversos intereses y estuviesen en armonía con la Constitucion jurada. En consecuencia se me avisó que V. M. presentaba algunos reparos, y que para arreglarlo todo era la voluntad de V. M. que yo viniese á esta plaza, mediante á que la guerra podia considerarse terminada. Al presentarme á V. M. espuse á su alta consideracion las razones por las cuales no debia ser sancionada la ley de Ayuntamientos primera que se esperaba segun la circular que el Ministro pasó á los Capitanes Jenerales, haciendo anticipadamente serias prevenciones para reprimir con mano fuerte cualquiera tentativa que se promoviese en los pueblos contra ella. — Parecia, Señora, con tales antecedentes que de no haber desmerecido de la confianza que V. M. me habia dispensado, y si no requería algun deteniimiento la sancion de dicha ley, era natural que

al tratar de dársela hubiese tenido algun conocimiento; pero ¿cuál habrá sido mi sorpresa al verme informado de la precipitacion con que se verificó y fué comunicada por extraordinario á las provincias? = La profunda sensacion que esto me ha producido no es tanto por las consecuencias que me hace temer el espíritu de los pueblos, que ven envuelta la infraccion de la ley fundamental, porque de no tener la suerte de equivocarme, mi conciencia quedará tranquila, sino porque veo un manifesto desaire y una prueba inequívoca de que V. M. me ha retirado su confianza. Mientras que consideré tenerla, pude llevar con resignacion todas las penalidades y hacer con gusto los mayores sacrificios; pero en el dia, faltando este necesario garante de mi buen comportamiento y llenada la mision por que he peleado por espacio de siete años, no me es posible conservar ninguno de los mandos que desempeño, y de que hago formal dimision, rogando á V. M. se digne admitirla y me dé su real permiso, á fin de retirarme á mi casa donde pueda descansar de tan prolongadas fatigas, con el consuelo de haber hecho cuanto corresponde á un Español honrado que juró no envainar la espada hasta completar el triunfo que los rebeldes disputaron al trono de mi Reina vuestra augusta Hija; pues aun cuando hombres que se gozan en las desgracias de su Patria, y que miran con criminal desprecio los sacrificios de los pueblos y la sangre derramada por mis compañeros de glorias, privaciones y peligros, hayan logrado al fin inutilizarme, marcharé á mi retiro, confiado de que V. M. recibirá sin duda el desengaño que me vuelva el aprecio de que jamás me hice indigno. = Al reiterar á V. M. tenga la dignacion de admitirme la renuncia de mis cargos, dirijo á V. M. mi última súplica en favor de los valientes, sufridos y beneméritos individuos de todas clases que han estado á mis órdenes dando dias de gloria á su Reina y á su Patria, para que sean considerados como merecen sus virtudes y reciban las recompensas á que por tantos títulos son acreedores. = Barcelona 16 de julio de 1840. = Señora. = A L. R. P. de V. M. = El Duque de la Victoria.

Cuando un sujeto tan encumbrado llega á manifestar á su Reina, en un documento tan digno de la historia, sus quejas, sus pesares y su lealtad en tales términos, el ánimo mas retraido no acertaria á prorumpir en la menor duda acerca de la veracidad y el esmero en el pormenor de los hechos; mas cuando la potestad suprema, teniendo que enmudecer, se ve precisada á robustecer con su tácito otorgamiento aquellas quejas, pesares y lealtad, queda la causa sentenciada sin apelacion. Entretanto vaya la contestacion estendida por uno de los conseje-

ros responsables, el presidente del ministerio, en nombre de la Reina:

Presidencia del Consejo de señores Ministros. = Excmo. Señor. = La augusta Reina Gobernadora se ha servido pasar á su Consejo de Ministros una esposicion de V. E. fecha de ayer, en la cual, despues de referir varios antecedentes, manifiesta la sospecha de que S. M. le haya retirado su real confianza, y concluye por hacer formal dimision de los mandos que desempeña, pidiendo el permiso para retirarse á su casa á descansar de sus prolongadas fatigas. = Despues de haber oido el parecer de dicho su Consejo, se ha dignado S. M. mandarme decir á V. E., como de de su Real orden tengo el honor de hacerlo, que no ha caido, segun supone, de la gracia de S. M. ni desmerecido su confianza, de la cual acaba de dar á V. E. una prueba insigne con el recentísimo nombramiento de Comandante Jeneral de la Guardia Real, que es el cargo militar de mas importancia, concluida la guerra; y que tanto por esta razon, como por ejercer V. E. tan dignamente los dos cargos que se le han confiado, y al mismo tiempo determinar de la manera debida las recompensas del leal Ejército, que son el primero y mas ardiente deseo de S. M., no tiene á bien admitirle la espresada dimision. = De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes. = Dios guarde á V. E. muchos años. = Barcelona 17 de julio de 1840. = Evaristo Perez de Castro. = Señor Duque de la Victoria y de Morella.

Se está viendo pues que el presidente del Consejo, al hablar en nombre de la Reina, va recordando los *varios antecedentes* de la esposicion sobredicha, y no los *contraresta*, negando tan solo la ilacion de Espartero, despejando sus zozobras en cuanto al malogro de su privanza con su nuevo nombramiento para el mando de la Guardia Real. Este desengaño patenfe y reconocimiento espreso de los hechos relatados por el jeneral redunda en pleno abono de su conducta, pues tras las conferencias de Esparraguera y de Barcelona, venia á resultar Espartero constitucionalmente responsable del acuerdo real. Resuelta la Reina á sancionar la ley de ayuntamientos, tenia el Duque de la Victoria que hacer dimision, recurso postrero é inevitable de un consejero comprometido que protesta contra jestion que ha querido contrarestar.

De suma trascendencia era por cierto la dimision del jeneral, y su influjo el contrapeso único y legal contra los intentos que se suponian en el ministerio, como lo estaban evidenciando con sus pasos. Azoróse todo Barcelona con esta novedad, temiendo que se aceptase la dimision, cuyas resultas no podian menos de ser tremendas. Prorumpióse el 18 por la noche en

ímpetus á favor de un bando, y en alaridos de guerra por el otro; agolpóse el jentío vitoreando á la Constitucion y al Duque, y añadiendo *fuera ministerio, fuera ley de ayuntamientos*. Quedaron desarmadas patrullas de los mozos del pais, respetando las de tropa de línea y guardia nacional; se allanaron el depósito de la inspeccion de milicias y el cuerpo de guardia del hospital, se arrebataron armas, y el alboroto iba siempre á mas con visos amenazadores. A las doce y media, Espartero, en virtud de una comision del Ayuntamiento, que le enteró de lo mucho que se peligrosaba con aquel hervidero de la muchedumbre, tomó ciertas disposiciones militares, dando parte á la Reina. Llamáronle de palacio, y acudió en compañía del jeneral Van-Halen, y volvió con la noticia de que habian hecho dimision los ministros. Desde aquel punto se apaciguó todo, y se devolvieron las armas arrebatadas.

No ocurrió desgracia, ni salió herido ningun mozo de la escuadra en las cinco horas que duró el alboroto.

Supiéronse el 19 los nombres del nuevo ministerio; era del sistema liberal, y dos los contrarrestadores mas denodados á la susodicha ley, se nombraban para la presidencia del consejo y para la gobernacion. Gonzalez de gracia y justicia, Sancho para la gobernacion, Onís de estado, Ferraz de guerra, quienes habian votado como senadores contra el proyecto de ley; el de hacienda, Ferraz, aunque liberal, no era estadista; y Armero, para la marina, sin ser diputado, era del partido contrario.

Sosegada quedó Barcelona, y colgados todos del sesgo venturoso en el ministerio, cuando mediaron provocaciones por parte del bando que se apellida moderado, pues hubo alborotadores temerarios que intentaron desagaviar á la Reina del vuelco de sus ministros, lo que carecia de trascendencia, á no sonar la vocería sediciosa de *viva la Reina neta, viva la Gobernadora absoluta, muera Espartero, muera los progresistas*. Tras los gritos se pasó á los golpes; se adelantó la tropa, y desvió á los lidiadores armados de palos, con lo cual se restableció de nuevo el sosiego.

El 21, un abogado jóven y muy conocido, llamado Balmas, que se suponía, con fundamento ú sin él, uno de los alborotadores de la vispera, fué conocido en la calle; riñe con un particular, saca una pistola y le amenaza; huye á su casa; se asoma al balcon armado con cinco bocas de fuego y dispara contra el jentío que lo iba persiguiendo; mata á un cazador de Luchana, á un jóven llamado Bosch, y dos mas, y sigue hiriendo hasta ocho ú diez.

Semejante locura en un vecindario ya conmo-

vido no podia menos de acarrear aciagas resultas, y así se tomó la casa por asalto, matando á Balmas. Podia aquel horroroso lance encabezar otros todavía mas fatales, y el populacho enfurecido arrastra por las calles el cadáver de Balmas, con alaridos asalvajados, y embiste luego la imprenta del periódico *El Guardia Nacional*, cometiendo escesos lastimosos. Sabido es cómo van tomando vuelo semejantes venganzas populares; acude la tropa con guardia nacional, contiene aquel torrente tan desbocado, pero ya tarde para remediar las tropelías cometidas.

El ayuntamiento publica á las diez y media de la mañana un edicto, mandando que cada cual se retire á su casa, y anunciando la ley marcial. Espartero declara la ciudad en estado de sitio.

Llega entretanto á Madrid sancionada la ley municipal, mas no se atreven los ministros á publicarla, contentándose con manifestar á las Cortes que tenia ya la ley la sancion rejia; pero el ayuntamiento y la guardia nacional asoman en ademan contrapuesto, declarando sin rodeos que no obedecen una ley que desdice de la Constitucion.

Llegan luego tambien los nuevos ministros á Barcelona el 6 de agosto y se presentan el 7 á la Reina, pidiendo al punto Gonzalez la manifestacion de su programa en el desempeño venidero de su ministerio, y con efecto lo entrega el 9 á presencia de todos los ministros; y se ceñia principalmente á la disolucion del Congreso y suspension de la ley de ayuntamientos. Desecha la Reina el primer punto y suspende en el segundo la parte desavenida con la Constitucion, á saber, el nombramiento de los alcaldes. Puso Gonzalez el reparo de que no cabia á S. M. la potestad de ir así desgajando la ley, y que el ministerio sacado de la oposicion mal podia conservar las Cortes actuales; pero fué todo en balde, pues la Reina se aferró en su dicho, y Gonzalez hizo dimision.

Permanecieron sus compañeros esperanzados de alguna concesion; reemplazó el jeneral Ferraz á Gonzalez en la presidencia, y se nombró para gracia y justicia á Silvela, que se hallaba á doscientas leguas, en la Coruña. Hallábase Cabello, uno de los vocales mas acalorados contra la ley de ayuntamientos, nombrado ahora para la gobernacion, en Zaragoza; viene, mas ni él ni sus compañeros se doblegan al sistema opuesto. Sale la corte de Barcelona para Valencia, donde 30,000 almas agolpadas á su tránsito, la reciben con yerto silencio. Sigue la crisis ministerial, y los nombrados viéndose desahuciados de recabar su intento, van sucesivamente haciendo dimision. Aparece mas y mas la nómina de jente nueva y despedida sin término, manifestando el ánimo terminante de acarrear un esta-

lido. Fómase por fin en 30 de agosto un ministerio de individuos negados del partido retrógrado.

Llega á Madrid la noticia el 31 por la noche, y se dispara el cohete. Desde la salida de la Reina vino á quedar yerto el ministerio, mas desde el 16 de julio dejó de existir, y creciendo ya el encono, se debía temer la explosion á la menor novedad; y así al saber la formacion del nuevo ministerio, se alborotó al punto Madrid.

Amanecen dias en la vida del hombre, y aun de las naciones, en que al vaiven de la afrenta y de la venganza, no cabe mas arbitrio que el de pelear ó fenecer; y así se hallaba la España constitucional en 1.º de setiembre de 1840. Acudió á su pundonor, y al par de todo empeño denodado, la conmocion del 1.º de setiembre alcanzó su logro. Hartoazonada y justiciera seria aquella revolucion cuando no tropezó con el menor contraresto. Siguen las provincias todas el ejemplar de Madrid, pues en menos de quince dias quedaron alzadas, y por donde quiera se plantearon juntas de gobierno. Digámoslo con engreimiento: aquel movimiento inmenso se redondea sin desman alguno, sin el menor insulto al bando vencido y sin una gota de sangre derramada por los pueblos, no teniendo que llorar mas que dos individuos muertos por la tropa del jeneral Aldama en Madrid, en el trance de querer enfrenar el ímpetu de la capital. El ejército y la guardia nacional siguieron sin escepcion el movimiento nacional.

Espanzaba entretanto la corte contrarestar la revolucion, y el 5, mandó á Espartero que marchase contra los *rebeldes*; pero contestó el 7 que era el intento inasequible, y escusado es repetir aquí su manifesto harto sabido. Se enteraron en Valencia el 11 de la contestacion del jeneral, y nombrando entonces la Reina un ministerio liberal, se desentendieron los elejidos, cuya negativa se recibió en Valencia el 16, y se acordó nombrar al Duque de la Victoria presidente del consejo de ministros con credenciales amplias para formar el gabinete. El 19, manifestó su aceptacion, pidiendo facultad para pasar á Madrid y plantear el ministerio, y concedida el 21, llegó el Duque á Madrid el 23, donde se le recibió con sumo boato y entusiasmo.

El presidente del consejo arregló su ministerio el 1.º de octubre, nombrando para estado á Don Joaquin María Ferrer, presidente de la junta de Madrid; para la gobernacion á Don Manuel Cortina, diputado de Sevilla; para guerra al jeneral Don Pedro Chacon, senador; para hacienda á Don Agustín Fernandez Gamboa, cónsul en Bayona; para gracia y justicia á Don Alvaro Gomez Becerra, senador; y á Don Joa-

quin Frias para la marina; y en aquel mismo dia se espidió un correo á Valencia con la lista, en demanda de la aprobacion real. El 3, firmó la Reina los nombramientos, cuales se habian propuesto; llegaron el 5 á Madrid y partieron el 6 para Valencia los nombrados, y llegando el 8, tomaron posesion el 9 de sus carteras. Pero mudanzas de ministerio, cualesquiera que fuesen, no alcanzaban á desvanecer zozobras cuales eran las reinantes.

Antes de asomarnos al desenlace del drama, hay que apuntar dos palabras acerca de la situacion que habian ido acarreado los acontecimientos. En 1835 y 36, semejantes movimientos habian tenido ejecutivamente por paradero el triunfo del liberalismo; así es que la camarilla y el partido retrógrado arrollados habian tenido que orillarse, mas luego con pausa y con amaños habian logrado rehacerse. Así que el 15 de mayo de 1836, el ministerio de Mendizabal, mereciendo casi unanimidad en las Córtes, fué al través con una tramoya palaciega, y á los ocho meses de su descalabro, el bando del atraso habia recobrado su prepotencia. Otro tanto ocurrió con el ministerio Calatrava, cuando en 1839 las elecciones, verificadas con un ministerio tambien retrógrado, acarrearón una mayoría liberal, y al punto quedaron disueltas las Córtes; y así se evidenciaba la implicancia de la corona con el partido liberal, y que el palacio era el foco constante de los amaños que estaban dando pábulo á esta incompatibilidad. Eran los cabilderos y maquinadores, como siempre, hombrezuelos limitadísimos y por supuesto apocados. Tras de azuzar la asonada en 1835 y 36, no acertaron ni á contrarestarla y ni menos á avenirse oportunamente con ella, creidos que con la resistencia pasiva habian de lograr el estancamiento de aquel ímpetu, cuya trascendencia no querian ver. Con tales acontecimientos y cuanto sobrevenia en el espacio de tres años, y con especialidad tras la disolucion de las Córtes de 1839, resultó el concepto de que la Reina Gobernadora, avasallada tiránicamente por una pandilla, no podia desempeñar un cargo irresponsable sin contingencia para la libertad. Aquella modificacion del artículo 57 de la Constitucion, que ciñe la rejencia á un solo individuo, ó á tres, ó á cinco, se conceptuó como resguardo suficiente contra la renovacion de embates contrapuestos, anonadados ya por tercera vez.

Median instintos y pasiones, así en lo sumo como en lo ínfimo de la esfera social, solo que en la cumbre es mas sediento el afan de mando que en la planta inferior de la sociedad; y á fin de satisfacerlo se prescinde allá de los medios, y creyendo reinar, se yace esclavizado, y así al

asomarse á una caída irremediable, se tremolan infulas de prepotencia. Es tan innegable que se estrelló María Cristina con el embeleso de consejos equivocados, que no lo echó de ver, ni acabó de conocer á sus consejeros, hasta quedar aislada en medio de su irreparable quebranto; y entónces ha tenido que prorumpir contra sus fementidos amigos, sus estadistas atropelladores, en que *se habian acobardado los muchos que la amaban hasta el punto de no ofrecerle en testimonio de su cariño sino un compasivo silencio.* Confesion desconsolada y reconvenccion amarguísima, solemnizada con la inmensidad de su desventura; y sin embargo tan crudo desengaño pasará de largo como otros muchos del propio jaez.

Por empeñado que se mostrase el afan de corejencia con toda su fuerza lójica, nada influyó para los acontecimientos de Valencia, pues el intento de orillar la rejencia reinaba en el ánimo de María Cristina á su salida de Madrid, encomendado allá á los vaivenes del porvenir todavía encubierto; mas cabia una contingencia en que la renuncia tuviese su realizacion, pues S. M. misma tiene manifestado á sus ministros que estaba recapacitando hacia tiempo aquel pensamiento; y aun á su propartida de Madrid estuvo María Cristina previendo el caso de no volver, pues sus preparativos de marcha y de ausencia eran propios de quien no ha de asomar ya mas por el paraje que está abandonando.

Llegan los ministros á Valencia, les pide la Reina su programa, y lo estienden y pautan ajustado á las bases constitucionales, que ya se habian presentado á S. M., esto es, disolucion de las Córtes actuales, y suspension y revision de la ley de ayuntamientos por las nuevas; y como eran á la sazón imprescindibles ciertas concesiones, tuvieron estas cabida en el programa; y era ante todo la de aprobacion de las actas de las juntas que no desdijesen á las claras de los dictámenes de la acendrada justicia. Conservábanse como auxiliares las juntas de las capitales, reservando á las próximas Córtes la ventilacion y el acuerdo sobre varios puntos trascendentales sobrevenidos con la situacion, y entre ellos, el de la corejencia.

Oyó María Cristina el contenido del programa, y sin ponerle el menor reparo, requirió que los ministros tomasen sus carteras y prestasen el juramento corriente; y en seguida se desentendió de la propuesta por entero, escepto la disolucion de las Córtes, y sin entablar pormenores, manifestó su propósito irrevocable de orillar la rejencia y marcharse del reino.

Se esmero en vano el ministerio todo en disuadirla, impugnando aquella determinacion por cuantos medios le cupo; todo fué en balde,

y aun añadió S. M. que venia ya de muy atrás su resolucion.

Firmó el 11 su postrer decreto, que fué el de la disolucion de las Córtes, avenencia harto extraña, puesto que tres meses antes con aquel acto abonanzaba la tormenta y evitaba los vaivenes, tan solo apetecebiles cuando son ya precisos, pero que repugnan á todo buen ciudadano, como necesidad amarga. Con esto la despedida de María Cristina coma rejenta desairaba á las Córtes, cuyo ánimo inconstitucional habia trastornado el pais.

Verificóse el 12 la renuncia con sumo boato, participándole luego Cristina á la nacion en una cédula breve á las Córtes.

Atropelláronse las disposiciones, sin querer la Reina esperar la llegada de la fragata española de guerra *Cortes*, embarcándose en el *Mercurio*, vapor que estaba haciendo la travesía de Marsella á Cádiz. S. M., acompañada del ministerio y el ayuntamiento, se encaminó al embarcadero, estando la guarnicion tendida en el tránsito y tributándole sus honores militares. Embarcada la angusta señora, se despidieron los ministros, y el buque surcó el piélago.

Trocábase el ministerio, en virtud del artículo 58 de la Constitucion, en rejencia interina, hasta que las Córtes nombrasen otra definitiva, derecho que les incumbe por el artículo 57, y se habian convocado los estamentos para el 19 de marzo.

Permaneció aun algunos dias en Valencia la provisional; pero volvieron tres ministros antes que la reinita, quedando la otra mitad con ella. Entró Isabel II en Madrid el 28 de octubre, y el vecindario asistió con ademan grave y correspondiente á la situacion de las niñas; y así no se las recibió acaloradamente, sino allá con impulsos mas grandiosos y como de paternidad, y cual si les estuviera diciendo: «Acá venis á parar en manos de nuestro resguardo, de nuestro cariño y nuestra lealtad, y vamos á desempeñar dignamente este encargo de la Providencia. Ni ambiciones de familia, ni estravíos de partidos han de tocar sacrílegamente esa corona, galardón de tantísima sangre derramada. Como hijas de San Fernando, vuestra legitimidad mas acendrada se cifra en el rasgo de la soberanía nacional, reconociéndoos en una ejecutoria que está consagrando vuestras regalías y las nuestras, vuestras prerogativas y nuestras libertades. Bien haya el porvenir, si santifica este pacto, cimientó de la rejeneracion de nuestra preciosa y desventurada patria.»

Halló el ministerio-rejente todos los ramos desquiciados, los ministerios yertos, y las provincias gobernadas por juntas sin encabezamiento central, y ajenas de todo sistema; majistratu-

ra popular y repentina que tan solo servia de estorbo, estando ya planteada la potestad suprema; así lo conceptuaron las juntas, viniendo luego á disolverse voluntaria y patrióticamente.

Júntanse las Cortes ya tardías, puesto que por la Constitución debían reunirse á los tres meses de su disolución, y luego por cuanto de suyo toda potestad interina debe acortar su plazo por sí misma y por el beneficio público; pues los representantes son los que deben residenciar solemnemente al ministerio-rejencia. Sea el que fuere su dictámen, cábenle alabanzas por haber zanjado el punto de fueros con los diputados de Navarra, y traído á sus hogares la soldadesca de Don Carlos. Tienen las Cortes que despachar dos asuntos de entidad, la rejencia y la tutela de las hijas de Fernando VII. Deslinda la Constitución la autoridad de rejente del cargo de tutor, á no mediar padre ó madre del soberano en memoria (art. 60). También tienen que contestar los representantes de la nación al manifiesto publicado por la Reina viuda en Marsella el 8 de noviembre, obra de un bando absolutista, enemigo de toda institución constitucional. Hacen hablar á la augusta princesa en términos que nunca fueron suyos, conteniendo allá unos asertos y varios hechos que el pundonor nacional no puede jamás dejar sin respuesta; pues como hablan con los Españoles, á ellos corresponde la contestación, no incumbiendo á nadie el derecho de hablar por la nación, siendo pertenencia exclusiva de los representantes de la nación; y aun es de su obligación.

Así como se ha visto en 1835 y 36 abonanzar todo tras tantísima tormenta, ha descollado asombrosamente el buen orden por donde quiere; por donde se evidencia que el destempe revolucionario no asoma en España, á Dios gracias, y tan solo con sumas provocaciones se prorrumpe en alborotos, y desde los principios

pregona al punto su intento, y en lográndolo hace alto. ¿Cómo es pues que con elementos tan sanos y pujantes contra toda potestad ilegal no descuellan desde luego caudillos gallardos y planteadores para agolpar y ocasionar una resurrección cabal, una rejeneración de la vida moral, intelectual, comercial é industrial en este solar fecundísimo, donde al parecer en golpeándolo con la planta habían de brotar el orden y la opulencia?

¿El ímpetu de setiembre será un nuevo aborto? El porvenir vendrá á decirlo. No aparece todavía que se hayan comprendido debidamente las condiciones del porvenir de España y que al impulso de iras justicieras sobrevenga un pensamiento planteador y vivífico. Siempre estamos viendo el idéntico desatiento, la misma poquedad administrativa, y en suma, lo pasado, con mas y mas tradiciones de mas y mas abusos, embrollos, desconciertos; y el pueblo mas rico del orbe, merced á toda carencia de arreglo y despejo en su hacienda, no oye hablar mas que de la miseria pública y de la escasez del erario. Yacen todos los ramos doloridos, y el gobierno se arroja á actos frenéticos é injustos. Orillanse pactos y contratos solemnisimos. Crecen mas y mas los yerros con el aumento de las causas; se carece de crédito, por cuanto ningún compromiso se cumple, pues hay que faltar al anterior por acudir á la urgencia del día que no da tregua, y porque la necesidad carece siempre de ley. No intento con esto reconvenir á los sujetos del día, ni aun á los de ayer; pues me consta, cual á nadie, que el achaque es adquirido, y por esta misma razon me conduelo con tanto extremo, y lo pregonó con las veras que acostumbro, porque ya es hora de que cesen tantísimos quebrantos, ó que la nación fallezca de consunción incurable.

Rectificación sobre los acontecimientos de Vergara.

Cuando dí á luz esta obra, eran todavía muy recientes los acontecimientos que precedieron á la pacificación de las provincias vasco-navarras. No me hallaba á la sazón en Madrid, y por cuanto esmero puse en procurarme las noticias mas exactas de las negociaciones que precedieron al convenio de Vergara, nunca me lisonjé de haber dado con la verdad absoluta. La historia contemporánea es sobre manera difícil de escribir, mientras no hablen las personas que han sido árbitros ó directores de los acontecimientos, y estos ni habían hablado antes de mi escrito ni lo han hecho despues.

Mas yo, convencido de que por necesidad tenía que haber incurrido en inexactitudes, si bien nadie las ha rectificado, he ido en pos de la verdad ó á lo menos de rectificaciones que por instituto conocia necesitaba mi trabajo. Hoy me hallo en el caso de hacer algunas enmiendas esenciales. Dia vendrá en que se pueda decir la verdad entera: tal vez la reserva es todavía necesaria. La época en que se pueda sin dificultad decirlo todo dependerá de los acontecimientos que aun están reservados á esta trabajada nación.

He pagado un primer tributo á nuestra historia moderna: hoy lo mejoro. Este afán mio en busca de la verdad me absolverá sin duda á los ojos de mis lectores de las imperfecciones de que aun ha de adolecer mi trabajo, á quien por cierto no han faltado concienzudas investigaciones.

Las personas bien enteradas que han leído mi narración sobre los acontecimientos de Vergara han tenido á bien reconocer por atinadas mis reflexiones sobre la índole de la insurrección y sobre las causas que promovieron su decadencia, precursora de su terminación. Pero en cuanto á los hechos, aparecen en mi primer trabajo equivocaciones ú omisiones que voy á rectificar.

Es cierto que las disensiones que pinto existían entre los defensores de Don Carlos. Es también cierto que el jeneral Espartero, noticioso de cuanto pasaba entre ellos, supo aprovecharse con sumo tino y destreza de su discordia. Hizo mas, por medio de impresos mañosamente esparcidos en el campamento de los contrarios, aumentó la ya existente desconfianza, y remató el desconcierto que produjeron estos escritos, mandando que todas las familias que, en territo-

rio ocupado por sus tropas, tenían sus hijos en las filas rebeldes, se trasladasen al país ocupado por estas. Este repentino aumento de población, las vejaciones inseparables de una emigración forzada, produjeron un desmayo en el bando carlista.

Sin duda estas circunstancias, tan diestramente creadas por el caudillo constitucional, debieron convencer á su contrario de que la causa que defendía iba ya poco menos que perdida, pues que tomando el general Espartero á mediados de enero de 1839 la iniciativa para entrar en una transacción con Maroto, tuvo esta primera comunicación buena acogida: portador de ella fué el coronel Paniagua, que se trasladó al cuartel general carlista, encargado de un canje de prisioneros. De pronto no contestó Maroto, mas en marzo envió algunas proposiciones por conducto del arriero de Bargota, que hoy nos quieren pintar como un poderoso mediador, cuando todo su mérito consistió en haber especulado como contrabandista á la sombra de sus idas y venidas con recados de un campo á otro.

Lo que pedía Maroto era de tal modo inadmisible, que el general Espartero se negó redondamente á oír semejantes pretensiones, y con su negativa quedaron cortadas las comunicaciones.

Empezáronse las operaciones de Ramales y Guardamino, y en ellas, bien que las tropas carlistas se hallaban en buena disposición, Maroto no quiso que entrasen en acción todas las necesarias, temiendo sin duda que una derrota le hiciera perder el ascendiente que procuró tomar y había en efecto tomado desde que se hallaba mandando en jefe las tropas, y mas que nunca lo necesitaba conservar después de las sangrientas escenas de Estella.

No es exacto lo que he dicho de las proposiciones hechas por lord John Hay. La primera vez que el comodoro inglés se presentó al general Espartero, como portador de proposiciones de Maroto, fué para renovar las que ya mucho antes había desechado el general en jefe de nuestras tropas. Este las oyó con extrañeza, y no causó poca sorpresa al lord John Hay aquella circunstancia que Maroto no le había dado á conocer.

Tengo muy á pechos rectificar un punto sumamente esencial, y es, que el gobierno inglés en ningún tiempo fué ni se portó como mediador entre las partes beligerantes. Al contrario, declaró siempre que nunca se entrometería en una cuestión puramente española, como su mediación no fuera solicitada por el gobierno de Isabel II, único que había reconocido. Como el mayor timbre del convenio de Vergara es su carácter castizamente nacional, tengo un placer indecible en rectificar esta parte de mi narración.

Cuando el 14 de agosto emprendió el general Espartero su marcha desde Vitoria, no fué con dirección á Bilbao, sino para penetrar en el país enemigo y buscar las tropas contrarias. Estas en Villarreal se batieron con denuedo y resistieron cuanto pudieron el embate de las divisiones que entraron en batalla.

No es exacta la anuencia de Elío á los proyectos que Maroto llevaba adelante, de acuerdo

con muchos jefes. Ni parece cierto que abogase el jefe carlista por los derechos de Don Carlos como infante; y es erróneo que el general Espartero tuviese poderes del gobierno para el reconocimiento de los fueros.

Todo cuanto he dicho de la aparición repentina de Don Carlos en Elorrio, de lo que pasó estando al frente de sus tropas, y de la ida de Negri al cuartel general de Maroto, parece ser exacto; solamente que en vez de ser estos incidentes posteriores á la primera entrevista de los generales Espartero y Maroto, fueron al contrario anteriores, y causa eficaz para que se realizase dicha entrevista, que tuvo efecto en la ermita de San Antolin; y aun esta no se verificó sino después que habían vuelto los comisionados del caudillo constitucional de conferenciar con el jefe carlista, y de haberlo dejado todo acordado. De modo que, cuando el día 25 de agosto se puso en marcha el general Espartero, fué en la inteligencia de que se haría en los campos de Durango lo que luego se realizó en los campos de Vergara. Grande fué su sorpresa, cuando al acercarse, pidió Maroto una nueva conferencia, la que efectuada en la ermita de San Antolin, renovó Maroto sus pretensiones de fueros. Espartero las desechó, y quedaron rotas las negociaciones.

El 26, emprendió de nuevo su marcha el ejército constitucional, y como Maroto se viera en una situación muy crítica, envió un comisionado pidiendo renovar las negociaciones. El general Espartero no quiso recibir al nuevo emisario, haciéndole volver atrás con la prevención de que usaba con él de indulgencia, pues rota la negociación el día anterior, su venida tenía mas visos de querer explorar su marcha que de parlamentario; mas le añadió que deseoso siempre de evitar el derramamiento de sangre, si Maroto queria someterse, estaba dispuesto á oír proposiciones en Vergara hacia donde se dirijia. Desde Vergara fué el general Espartero á Oñate, donde recibió un oficio de Maroto, solicitando que nombrase jefes para conferenciar con los que él tenia elegidos. Otorgado esto por el general Espartero, se presentaron los enviados carlistas en Oñate, donde se extendió el convenio que llevaron á Maroto, y en consecuencia se realizó el acto de Vergara, presentándose Maroto al general Espartero, tal vez receloso del mal efecto que produjeran los capítulos del convenio, tan diferentes de los que queria y se habían lisonjeado obtener algunos jefes, y serian los que he indicado de reconocimiento de Don Carlos como infante, etc., proposición que nunca se hizo al general Espartero.

Urbistondo había quedado mandando las tropas carlistas, y habiendo aceptado el convenio, las condujo, dando previo aviso, al campo de Vergara. Allí, interpoladas con las nuestras, formaron todas, y á su frente las arengó el general Espartero: ya no hubo mas que españoles y hermanos, abrazándose los que por tanto tiempo habían sido enemigos, y la bandera de la libertad ondeaba majestuosa entre ellos como signo de paz y de reconciliación.

